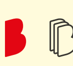
HISTORIAS Y GEOGRAFÍAS 

SIRINGA

Memorias de un colonizador del Beni

Juan B. Coímbra

ARREANDO DESDE MOJOS

Rodolfo Pinto Parada

Claudia Bowles Olhagaray | Estudio introductorio

Siringa
Memorias de un colonizador del Beni

Arreando desde Mojos

Siringa
Memorias de un colonizador del Beni

Juan B. Coímbra



Arreando desde Mojos

Rodolfo Pinto Parada







Coímbra, Juan B.
Siringa. Memorias de un colonizador del Beni / Juan B. Coímbra. Arreando desde Mojos / Rodolfo Pinto Parada ; presentación por Álvaro García Linera ; estudio introductorio por Claudia Bowles Olhagaray. – La Paz : Vicepresidencia del Estado Plurinacional, 2016.
498 p. ; 23 cm – (Biblioteca del Bicentenario de Bolivia ; 16) (Historias y geografías)
ISBN 978-99974-893-5-7 (TAPA DURA)
ISBN 978-99974-893-4-0 (TAPA RÚSTICA)

1. Bolivia – Novela I. Pinto, Rodolfo II. García Linera, Álvaro, presentación III. Bowles Olhagaray, Claudia, estudio introductorio IV. Vicepresidencia del Estado Plurinacional, ed. V. Título.

Siringa. Memorias de un colonizador del Beni
1.ª edición, La Paz: Editorial Cruz del Sur, 1946
2.ª edición, La Paz: Ediciones Puerta del Sol, 1974
3.ª edición, La Paz: Ministerio de Culturas y Turismo, 2014
4.ª edición, La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2016

Arreando desde Mojos
1.ª edición, Cochabamba: Fundación Serafín Rivero Carvalho, 1983
2.ª edición, La Paz: Proyecto de pavimentación carretera Santa Cruz-Trinidad, 2001
3.ª edición, La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2016

Cuidado de edición: Iván Barba Sanjinez, Wilmer Urrelo Zárate y Claudia Dorado Sánchez
Transcripción de *Arreando desde Mojos*: Rodrigo Urquiola
Concepto de cubierta: Rubén Salinas
Diseño y diagramación: Oscar Claros Troche
Ilustración de tapa: Armando Jordán Alcázar, *No hay apuro*, 1960 (cortesía del Museo de Historia de la Universidad Gabriel René Moreno).
Ilustración de interiores: Lorgio Vaca, *Carretón*.
Foto de Juan B. Coímbra (solapa): gentileza Álbum familiar del nieto de Juan B. Coímbra, Jorge Coímbra Argiro. Atención: Ateneo Librería.

Derechos de la presente edición, diciembre de 2016
© Rodolfo Pinto Parada
© Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia
Calle Ayacucho N° 308
La Paz, Bolivia
(591 2) 2142000
Casilla N° 7056, Correo Central, La Paz
Los derechos morales de las obras contenidas en el presente libro pertenecen a los autores, herederos, causahabientes y/o cesionarios, según sea el caso.

Primera edición en esta colección: diciembre de 2016
2.000 ejemplares
DL (TAPA DURA): 4-1-208-16 P.O.
DL (TAPA RÚSTICA): 4-1-207-16 P.O.
Imprenta: Artes Gráficas Sagitario S.A.
Impreso en Bolivia

Este libro se publica bajo licencia de Creative Commons:
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)



Índice

El mito de la siringa

Arreando desde Mojos
(Novela histórica)

Presentación

La Biblioteca del Bicentenario de Bolivia

Álvaro García Linera

Uno de los principales problemas en la formación educativa de los estudiantes tanto de nivel secundario como universitario es, por decirlo de alguna manera, su relacionamiento conflictivo con los libros; es decir, la dificultad que tienen para apropiarse de la información y el conocimiento universal depositado en el soporte material de los textos impresos.

A lo largo de mi trabajo académico universitario, he podido detectar diversos componentes de esta relación conflictiva. Uno de ellos, el débil hábito de la lectura o, en otras palabras, el rechazo, la negativa o resistencia del estudiante para dedicarle tiempo, esfuerzo, horas y disciplina a su acercamiento con el conocimiento, de manera sistemática, rigurosa y planificada. La tendencia a buscar el resumen rápido en vez de esforzarse por sumergirse en la narrativa del texto, a copiar del compañero en vez de escudriñar la estructura lógica o los detalles de la argumentación de la obra, es mayoritaria. Se trata de una ausencia de paciencia y disciplina mental, y, a la larga, de una falta de aprecio por el trabajo intelectual, que hace que el estudiante se aproxime al conocimiento universal en distintas áreas –ciencias naturales, ciencias exactas y ciencias sociales– de una manera superficial, mediocre y poco rigurosa.

Un segundo problema es la falta de comprensión de lo que se lee, la carencia de métodos para una lectura que posibilite encontrar el núcleo argumental y sedimentar en el cerebro el conjunto de información, procedimientos y resultados que están presentes en los libros e investigaciones. Por lo general, la capacidad de comprensión –e incluso de retención– de lo

leído es bajísima. Eso significa que además del ya reducido esfuerzo que el estudiante promedio despliega en la lectura, gran parte del mismo resulta inútil porque ni siquiera consigue aprehender el núcleo argumental de lo planteado o escrito por el autor.

Estos son problemas estructurales que se arrastran desde la formación educativa escolar y que, por tanto, requieren de una transformación igualmente estructural de la formación educativa básica, de la disciplina educativa, de la facultad para construir lógicamente los conceptos y de la inculcación de hábitos duraderos de investigación y métodos de estudio.

Otro problema que también se presenta en la formación educativa de los colegiales y, en particular, de los universitarios, tiene que ver con el acceso a la información y documentación, y a la disponibilidad de las publicaciones a fin de poder acceder a los conocimientos que nos brindan.

Ciertamente existen libros útiles y libros irrelevantes. Sin embargo, no cabe duda de que el texto escrito –ya sea bajo el soporte material de impresión (libro impreso) o de información digitalizada (libro digital)– representa, en la actualidad, el lugar fundamental de preservación del conocimiento que los seres humanos han sido capaces de producir en los últimos cinco mil años de vida social. En todo caso, esto no niega la presencia de otros soportes de información como el que se encuentra, por ejemplo, en el cuerpo, en la experiencia; mas, aun así, la única manera de universalizar y socializar ese conocimiento e información sigue siendo el texto escrito: el libro.

El conocimiento, en calidad de bien común universal y no únicamente como sabiduría local, tiene su base material en los libros; desafortunadamente, el acceso a ellos no es siempre universal. Por ejemplo, en nuestro país, dado que generalmente los textos de mayor referencia en el campo académico son de edición extranjera, gran parte de ellos tienen costos elevados o son de difícil acceso para los estudiantes. Adicionalmente, nuestras bibliotecas poseen obras editadas décadas atrás y, muy excepcionalmente, de relevancia para la formación académica. Por otro lado, nuestras librerías presentan una limitada disponibilidad de obras producidas en el extranjero (no más de 20 ejemplares por cada título), cuyos únicos destinatarios se convierten en un grupo de expertos; mientras que, en el caso de las obras editadas en Bolivia, aquellas a las que se tiene acceso no siempre son las más adecuadas o necesarias para la formación educativa estudiantil. Entonces, las dificultades que tienen los alumnos para acceder de manera directa a las publicaciones e investigaciones más relevantes, recientes, sólidas y mejor elaboradas, que les

permitan potenciar su formación académica en las diferentes áreas de estudio, son notorias.

Con tristeza he podido atestiguar, en la universidad, que parte de la autoridad académica de algunos profesores, lejos de sostenerse en su capacidad intelectual o didáctica –y mucho menos en su capacidad de síntesis o investigación–, se sustenta en la mezquindad o el monopolio del acceso a ciertos libros necesarios para su materia. He visto a profesores facilitar a sus alumnos simplemente algunos capítulos de una obra importante, preservando para sí el resto a fin de poder contar con un mayor conocimiento que ellos. De hecho, algunos profesores conservan su autoridad académica y su puesto no –como se podría esperar– gracias a su mayor capacidad de conocimiento e investigación, sino porque básicamente restringen o conservan el monopolio de tal o cual investigación y/o publicación, que difunden a sus estudiantes de manera selectiva (a cuenta gotas) y no en su plenitud.

¿Cómo ayudar a superar estos límites de la formación académica estudiantil y universitaria? ¿Cómo facilitar el acceso de los estudiantes a las publicaciones más importantes, de manera rápida, fácil y barata, para que coadyuven con su formación intelectual y académica? ¿Cómo inculcarles la idea de que un buen alumno no depende de su capacidad adquisitiva para la compra de determinados libros o de la buena voluntad del profesor para proporcionarle las respectivas fotocopias, sino de su formación en la construcción de esquemas lógicos, de su capacidad de análisis, síntesis e investigación, y de su capacidad de sedimentación e innovación de las investigaciones y/o aportes realizados en diferentes latitudes del país o del mundo?

Esta preocupación constituye, pues, el punto de partida del nacimiento de este destacable proyecto. Lejos de pretender la mera publicación de 200 obras relucientes para ser guardadas en los rincones o anaqueles de algunas bibliotecas (particulares o pertenecientes a instituciones públicas o privadas), sin utilidad alguna, la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB) nace con una función práctica muy clara: apoyar a ese trabajo de acercamiento profundo a la lectura por parte de estudiantes, investigadores y ciudadanía, en general, facilitándoles el acceso a las 200 publicaciones más importantes y necesarias para la comprensión de la realidad boliviana en los últimos siglos.

¿Por qué 200 libros o publicaciones? En reconocimiento a los 200 años de independencia y fundación de Bolivia, cuya celebración tendrá lugar el año 2025.

Nuestro deseo habría sido que ese objetivo (de acceso fácil, rápido y barato de los lectores bolivianos y bolivianas a las 200 investigaciones más importantes del país) abarcara todas las áreas de la formación académica (desde las ciencias exactas y naturales hasta las ciencias sociales), pero queda claro que, en las actuales circunstancias, esto resulta imposible.

Por ello, el trabajo de selección tuvo que enmarcarse a un conjunto de estudios referidos a Bolivia a lo largo de los últimos 400 o 500 años que, en su mayoría, abarcan la historia social, económica y política boliviana, aunque también se orientan al campo de la literatura, la cultura y las artes, entre otras áreas.

Se trata de textos –muchos de ellos de difícil acceso– publicados años atrás, pero nunca más reeditados; o publicados en otras partes del mundo, pero de difícil acceso para el estudiante; o publicados recientemente, pero con costos elevados y excluyentes. Nuestra tarea consistió en juntarlos e incorporarlos en una biblioteca a la que estudiosos e investigadores del país entero, pero, en particular, jóvenes escolares, colegiales y universitarios, puedan acceder de manera sencilla.

Para llevar adelante el proyecto con éxito, se tomó la decisión de reunir a importantes –si no es que a los mejores– investigadores y estudiosos de las distintas áreas de las ciencias sociales, artes y letras para que, en un largo debate conjunto, ordenado a través de comisiones temáticas, fueran seleccionando, a partir de los cientos de títulos disponibles, esos 200 más importantes para la comprensión de la historia de nuestro país.

Para nosotros fue determinante el hecho de que este proceso de selección sea realizado con la mayor pluralidad posible. Por ello, los más de 30 notables estudiosos de la realidad boliviana (la mayor parte de ellos residentes en territorio nacional y otros en el extranjero) invitados a conformar el Comité Editorial de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, trabajaron en base a un amplio catálogo (que superó los mil títulos) elaborado gracias a sus sugerencias, las de decenas de especialistas invitados y la participación directa de la ciudadanía a través de la web del proyecto, en la selección final de las obras.

Este gran esfuerzo colectivo y estatal por brindar a la juventud estudiosa un material de calidad y decisivo para la comprensión de la formación de la sociedad, el Estado, la economía y la estructura social boliviana, en los últimos siglos, queda sintetizado en las siguientes cuatro colecciones que engloban las 200 obras seleccionadas: 1) Historias y Geografías (69 textos), 2) Letras y Artes (72 textos), 3) Sociedades (49 textos) y 4) Diccionarios y compendios (10 textos).

La Biblioteca del Bicentenario de Bolivia no habría sido posible sin la participación comprometida de todas las personas que apoyaron a su realización. Un agradecimiento especial al Director del Centro de Investigaciones Sociales de la Vicepresidencia (CIS), Amaru Villanueva; a la Coordinadora Académica del CIS, Ximena Soruco Sologuren; al equipo de la Coordinación General del Proyecto; y, por supuesto, a todos los miembros del Comité Editorial que trabajaron de manera gratuita en largas y apasionantes reuniones durante más de seis meses, en procura de seleccionar esas 200 obras imprescindibles para la comprensión de la historia de nuestro país. Nuestros mayores reconocimientos para: Adolfo Cáceres Romero, Alba María Paz Soldán, Ana María Lema, Beatriz Rossells, Carlos Mesa, Claudia Rivera, Eduardo Trigo, Elías Blanco Mamani, Esteban Ticona, Fernando Barrientos, Fernando Mayorga, Germán Choquehuanca, Godofredo Sandoval, Gustavo Rodríguez, Hans van den Berg, Isaac Sandoval, Juan Carlos Fernández, José Antonio Quiroga, José Roberto Arze, Jürgen Riester, Luis Oporto, María Luisa Soux, Mariano Baptista Gumucio, Pablo Quisbert, Pedro Querejazu, Pilar Gamarra, Ramón Rocha Monroy, Roberto Choque, Rubén Vargas, Verónica Cereceda y Xavier Albó.

Es indudable que toda formación pasa por el tamiz de la lectura, estudio y abordaje del conocimiento depositado en los libros. Y la BBB ha sido justamente imaginada como una herramienta de estudio y de formación.

Nuestro mayor deseo es que estos 200 libros no se queden intactos y sin uso en el rincón de alguna biblioteca, sino que sean leídos, debatidos y comentados por estudiantes e investigadores, que sumergiéndose en el contenido de sus líneas y páginas (marcándolas, subrayándolas, tomando o haciendo notas en sus bordes), las puedan procesar, utilizar y transformar.

Si en los siguientes meses o años vemos a los jóvenes estudiantes agarrando una obra del Bicentenario en la mano, debatiendo o reflexionando acerca de tal o cual idea o tal o cual capítulo; entonces, el objetivo y la misión de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia se habrá cumplido: ayudar a la formación de una nueva generación de estudiantes con una mejor capacidad intelectiva, de estudio, análisis e investigación en el ámbito de la realidad social boliviana.

Estudio introductorio

La Amazonia en la literatura boliviana

Claudia Bowles Olhagaray*

De la capital de Beni o Trinidad de Mojos al pueblo de Reyes, hay 100 leguas por tierra y agua con caminos cómodos. Existe también otra ruta desde el pueblo de San Borja en Mojos por la misión Chimanes, hasta Santa Ana de Mosetenes, situada a la margen del río Beni y a 62 leguas de Reyes, distando asimismo 51 leguas de la Capital de Yungas, ruta que hizo reconocer el Corregidor de San Borja en compañía de doce chimaneses [sic] *que bajaron por el río Beni hasta Reyes y que no ofrece inconveniente alguno para abrir un buen camino para el cómodo tráfico de los comerciantes de ambos Departamentos…*

De las Exploraciones de José Agustín Palacios Pinto efectuadas en el año 1844 (citado en *Arreando desde Mojos)*

Bolivia padece de insularidad, encerrada entre sus montañas, por un lado, y los llanos infinitos como un océano de esmeralda, por el otro. De ahí que su literatura sea tan desconocida en el exterior. Siringa, *de Juan B. Coímbra […] logró consagración internacional cuando en el año 1943 fue distinguida en el concurso literario panamericano convocado por la editorial Farrar y Rinehart de Nueva York. Obtuvieron el mismo galardón, en esa oportunidad, nombres que luego han tenido consagración permanente como Jorge Amado, del Brasil, y Osorio Lizarazo, de Colombia.*

Mariano Baptista Gumucio (Prólogo a la 2.ª edición de *Siringa*, 1974)

El desconocido territorio de Mojos y la dicotomía barbarie-civilización

Rodolfo Pinto Parada, autor de una de las obras publicadas en este volumen, da fe con su cita de lo que lo ocupa y preocupa: la existencia de caminos que vertebren al Beni internamente y con el resto del país, en una natural concepción de la comunicación terrestre como punto de despegue hacia el desarrollo integral. Mariano Baptista, por otro lado,

* Licenciada en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Docente de literatura hispanoamericana, teoría y crítica literaria y semiología. En la producción de los Bolsilibros (2004 y 2007) de la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno y *El Deber*, junto a Ma. Pía Franco, estuvo a cargo de la antología de narrativa cruceña contemporánea y de la obra de Alfredo Flores. Elaboró la edición crítica de las obras de Raúl Otero Reiche, Roberto Echazú y Germán Coimbra Sanz.

en un comentario a propósito de la primera edición de *Siringa*, define a este país por su insularidad. Este será uno de los elementos de fondo que vincule temáticamente ambas obras: el aislamiento que la región de Mojos –que constituye gran parte del departamento de Beni– ha mantenido respecto al país.

Esos "llanos de esmeralda" a los que alude Baptista son justamente el contexto en el que se desarrollan las historias contadas en estas dos importantes obras. Esos verdes mares, serpenteados por ríos enormes, poderosos y a veces infranqueables, con sus temidas cachuelas.[1] Y atravesando los dos relatos, otro gran tema aún latente en nuestra historia literaria: la violencia histórica y las respuestas a esta violencia a veces impune, la dicotomía civilización o barbarie. El sostén primario de estos relatos es la manifestación de la naturaleza, silenciosa, impersonal, primaria. Y frente a ella, la presencia del hombre, civilizador y, no obstante, igualmente violento.

A los autores los movía la necesidad de plasmar en palabras lo que apenas se empezaba a entender y comunicar en los hechos. Concluyendo el siglo XIX, Bolivia aún desconocía gran parte de su propio territorio. Llegaría este desconocimiento hasta la mitad del siglo XX. La falta de vías terrestres transitables impedía además el transporte de los insumos que cada región necesitaba o producía. Los agricultores, ganaderos e inversionistas de entonces verían fracasar una y otra vez sus esfuerzos por contribuir con la economía nacional, arruinando incluso sus propias economías familiares, como se verá en la obra de Pinto Parada. Sin embargo, la esperanza del enriquecimiento inmediato y el espíritu emprendedor atribuido a la idiosincrasia regionalista –en el caso de *Siringa*–, así como el deseo de engrandecer la patria –en *Arreando desde Mojos*– acicateaban a estos hombres para enfrentar lo desconocido y arriesgarlo todo. Frente a ellos, la naturaleza es concebida como esas "inmensas regiones misteriosas donde aún no ha penetrado el hombre", como destaca Carlos Fuentes acerca de la novela *Canaima* de Rómulo Gallegos (Fuentes, 1997: 97).

Las palabras de Mariano Baptista Gumucio, en un comentario que acompaña a la segunda edición de *Siringa*, refieren a esta epopeya boliviana que, no solo por las características de los eventos narrados sino por el discurso que instala, constituye una referencia ineludible del notable aporte de Coímbra a la literatura, la historia y la sociología, así como a la construcción de una perspectiva acerca de lo nacional. Estas arriesgadas incursiones al noroeste boliviano –lideradas por siringueros,

1 Cachuela: del portugués *cachoeira*, cascada pequeña y pedregosa.

inversionistas, aventureros y, entre todos ellos, cronistas– configuran en cierto modo la forma de narrar la historia y la ficción nacional, el discurso acerca de lo nacional, ampliando lo realizado por los escritores del resto del país hasta entonces.

La intención obedece a una preocupación análoga de la escritura literaria, dominante en esta época de la historia de Bolivia, producida tras la Guerra del Chaco. Una búsqueda interior se hacía imprescindible para comprender al hombre beniano, cruceño –oriental en suma– que, a su vez, empezaba a ubicarse de otra manera en el devenir político y social de la nación. Ello se realizaba en gran medida a través de la crónica periodística y del registro histórico de la guerra y la posguerra, pero también de la ficcionalización de lo real.

En el caso de *Siringa*, se haría mediante la indagación en las distintas subjetividades –a través de los personajes– que confluyen en ese prolongado viaje que constituye el relato. Porque no solo era necesario conocer al hombre, sino –a partir de él– a este significativo período de la historia del país que configuró una manera de hacer en la relación con la tierra, con la sobrevivencia en un medio aún desconocido y en circunstancias que extrajeron, además de la rica savia gomera, lo peor de la condición humana, pero también lo más heroico.

Esta minuciosa crónica opera como desciframiento y construcción, cual posibilidad de comprensión de una parcela del mundo desde la mirada del viajero que se va lentamente incorporando a ese espacio y a la inversa. Pero también se construye sobre la base de la descripción e interpretación –muy poética, por cierto– del transcurrir diario de este grupo de hombres de pueblo en su aproximación a la selva. Salvo en escasos pasajes, la obra tiene un espíritu más referencial que novelístico, aunque el tenor poético de la escritura de Coímbra marca una distancia con la realidad objetiva, como cuando se refiere al río Mamoré llamándolo "El Padre": "En la margen izquierda del coloso, siempre turbio y encrespado y arrastrando siempre raigones y bagazo, entre palmeras y naranjos y plagada de mosquitos, estaba la garita del oficial" (pág. 128),[2] y en otros lugares: "Los remos roncaron y la rancia población, que vivía en nuestras charlas desde hacía años, se hizo visible por entre el azuloso vapor fugitivo. Allá a lo lejos, los cuerpos se alejaban de su materialización, convertidos en alas abiertas… Ingrávido el volumen de los árboles" (pág. 172).

Por otra parte, pese a que la época y los sucesos observados y vividos podían ser sometidos a una mirada crítica –desde la sociología, por

2 Nota de los editores (NE): la paginación corresponde a la presente edición.

ejemplo–, a Coímbra no le interesa llevar a cabo esa tarea, sino más bien mostrar la paradigmática hazaña realizada por los futuros colonos. Así, de manera muy sutil y en escasos pasajes, se referirá a un episodio de la historia regional muchas veces cuestionado:

> No hay para qué detenerse en patentizar el desenvolvimiento de los reenganches que, por los métodos fraudulentos e ignominiosos que emplearon algunos agentes, llegaron a la más tenebrosa celebridad. Se reclutaba hasta entre los párvulos y se robaba los sirvientes. Pero esto no era lo malo, sino la forma violenta y atentatoria con que después se procedía a conducirlos. Y no queremos describir tales cuadros, pues comprendemos que semejantes fenómenos sociales se han repetido siempre, donde quiera que habiéndose descubierto riquezas extraordinarias se haya requerido imperiosamente el aporte del brazo humano para su explotación (pág. 61).

Calle del Beni, por donde se va y no se vuelve

Siringa retrata el viaje de un gran contingente de exploradores de la goma desde Santa Cruz hasta las inmediaciones de los ríos Iténez, Mamoré, Beni, Madre de Dios, Orthon, etc., en la región tradicionalmente conocida como Mojos. Ya desde 1860, cruceños interesados en explotar el producto del árbol de la siringa, abundante en la región, lo habían hecho en proximidades del río Madera; pero el tratado de Melgarejo (conocido oficialmente como Tratado de Ayacucho, 1867), que cedió territorio del Acre a Brasil, los forzó a retirar sus barracas y dirigirse a zonas más occidentales. Entre 1870 y comienzos del siglo xx, se desarrolló la llamada "epopeya de la goma", que fue en principio un emprendimiento de carácter estrictamente privado: exploradores de varias regiones del país, especialmente cruceños y paceños, fueron instalándose por donde se encontrara el generoso árbol de la *hevea brasiliensis*, el árbol del caucho, dejando como signo de su paso por allí una serie de barracas o centros de acopio y distribución del producto.

Para la historia de Bolivia esta actividad intensiva fue particularmente importante pues, a medida que los establecimientos crecían y se formalizaban, también nacían poblaciones de diversa importancia: Cachuela Esperanza (1882), Riberalta, Villa Bella, Guayaramerín (1884) y Puerto Alonso (1899), junto a otros establecimientos menores. Huelga decir que muchos de ellos hoy están reducidos a caseríos o totalmente abandonados. Por su parte, el gobierno central, atendiendo algo tardíamente estas actividades, estableció en 1884 una aduana en Villa Bella y las llamadas Delegaciones Nacionales (por la ley de 1890 que se hizo efectiva en 1893).

Ahora bien, la escalada gomera no puede entenderse al margen de la amplia movilización social que implicó: se ha calculado que entre 1860 y 1910 unas 80 mil personas salieron de Santa Cruz rumbo a las ya míticas tierras del noroeste, el legendario Mojos, tras las prometidas riquezas. Esta histórica movilización se asentaba en un hecho económico tangible, más allá de las leyendas que luego se tejerían sobre este otro Paitití: la cotización de la arroba de goma había pasado de entre 20 y 25 bolivianos, en 1880, a 40 bolivianos en 1900 y llegó hasta los 60 bolivianos hacia 1905. Estas cifras se relacionan con las estadísticas de las exportaciones bolivianas: de ser la goma un 2% del total en 1890, pasó a ser un 49% para 1898.

La actividad de la extracción de la goma convocó a grandes contingentes de arrojados aventureros. La mayoría de ellos no regresaba, ya porque se establecieran en aquellos lugares, ya porque, según su oficio, dejaran la vida allí mismo. Las riquezas alcanzaron a pocos y, aunque en grandes cantidades, se trataría de riqueza efímera. De allí surgieron los nombres que hasta hoy resuenan como grandes magnates, los llamados "barones" de la goma: Nicanor G. Salvatierra, Nicolás Suárez y Hnos. y los propietarios de The Orton Rubber Company Ltda. (fundada en Londres por Antonio Vaca Díez) son algunos de los potentados que concentraron los capitales obtenidos por la explotación y comercialización de la goma.

De esta forma nació la "cultura siringuera" (Barnadas y Coy, 1977: 6), fielmente descrita por Juan Bautista Coímbra en su obra. Este régimen de vida iniciaba en Santa Cruz, donde el personal era contratado. Tras largas y penosas travesías por ríos y caminos peligrosos, los peones eran ubicados en las distintas barracas. Las condiciones de trabajo no eran, de hecho, apropiadas. La productividad se medía de acuerdo a la entrega de "bolachas" (la blanca resina solidificada a fuego); al completar la "cuota" se entregaba al puerto o empresario de la barraca. Tras el pago, no era infrecuente incurrir en lapsos de jolgorio en los que los trabajadores solían agotar lo poco acumulado. La temporada de trabajo se repetía y así, cíclicamente, sin mucha evolución o ascenso social en la mayoría de los trabajadores.

Las poblaciones de actividad gomera involucraban a una variada y amplia gama de ellos: fleteros, rescatadores, remeros, abarroteros, agentes extranjeros, etc. Por fuera de lo visible, quedaba la escoria, como resaca que lanza la marea: indios afiebrados, mutilados y tuberculosos sin otro futuro que la misma muerte (*ibid.*: 7). Este es, en breve síntesis, el contexto en el que ocurrirán las historias relatadas por Juan Bautista Coímbra.

Por su parte, Santa Cruz vivió, según el autor, una encrucijada de vida o muerte: "El pueblo cruceño, alegre y cristiano, hecho a la molicie,

de pronto se encontró abocado a un problema que puso a prueba su temperamento. Era la encrucijada de la vida y de la muerte" (pág. 59). Para fines del siglo XIX, la vida en esta aún aldea transcurría serena pero con limitaciones y carencias de las que, en cambio, no padecían otras regiones del país, más desarrolladas debido a actividades como la minería:

> Santa Cruz de la Sierra, ciudad fundada por los más temerarios conquistadores, alimentados de carne como los pastores de la Sierra Morena, fue un pueblo de lanzas y arcabuces, un pueblo guerrero y conquistador. El transcurso de tres y medio siglos de paz le hizo volver los ojos a la tierra, tornándolo agricultor. Y alimentado ya de frutas se convirtió en pueblo nocturno, en el pueblo de las guitarras y de las coplas (*idem*).

Pero el valor y la diversión podrían convivir, diría el autor, apelando a la metáfora "lanzas y guitarras, siempre han podido entrar en el mismo cuadro" (*idem*), anunciando así lo que sería la reacción y la naturaleza de esta empresa que empezaba a nacer:

> Hombres dotados de coraje y penetración y, sobre todo, de ambiciones: hombres en cuyas venas, si se había dormido, no perdió jamás su impulso la sangre celtíbera, reaccionaron como era de esperar. Y estimulados por los nuevos ricos, por esos gomeros que andaban con la fábula a flor de labio y su fama bien pagada de "hombres", se aprestaron lo mejor posible para marchar rumbo a lo desconocido (*idem*).

Rogers Becerra Casanovas, en su columna del 21 de enero de 1996 llamada "Lecciones para estudiantes", de la revista dominical "Extra" del diario *El Deber*, grafica de esta manera el perfil de la época concreta y su relación con el proceso que mucho después se convertiría en novela:

> Tras la noticia del descubrimiento del "oro negro", allá por 1869, su importancia industrial en todo el mundo y el elevado precio de esa substancia que crecía en abundancia sobre los ribazos de los ríos amazónicos, hizo que muchos empresarios bolivianos acometieran el propósito de explotar la goma elástica. A partir de ese suceso, las puertas de Mojos quedaron abiertas a dicha extracción y comercio, que pronto se redujo a "poderío económico, libras esterlinas, derroche, impunidad, influencia política y social". En pos del apetecido vegetal, acudieron a la selva de su imperio diversas caravanas de exploradores. Los ríos Mamoré, Beni, Madre de Dios y Madera eran navegados por hombres de esfuerzo y audacia, que formaron la masa vívida de la región. "Abogados, comerciantes, agricultores, universitarios" cruceños corrieron hacia la siringa "como atraídos por una fuerza irresistible". Entre estos, en 1896, estuvo Juan Bautista Coímbra Cuéllar, apenas obtenido el título de Bachiller en ciencias y letras, en el colegio Episcopal de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra.

Es probable que el propio autor hubiera sucumbido a ese encanto peligroso, seductor, en el que se había convertido esta casi legendaria actividad. Pero –como podemos ver– no para convertir la experiencia en una forma de vida y enriquecimiento nada más, sino, por el contrario, para documentar esta travesía una y otra vez a manera de notas personales, crónica íntima que luego sus descendientes convertirían en novela histórica.

Jorge Coímbra Ojopi, noveno hijo del autor, proporciona datos al respecto:

> Mi padre era un adolescente de 16 años de edad cuando conoció y recorrió el teatro gumífero [*sic*] beniano en busca del ansiado árbol de la goma elástica, que "improvisaba fortunas de la noche a la mañana". En consecuencia, la época histórica del noroeste boliviano está descrita en las páginas de *Siringa*, "con todas sus grandezas, todo su heroísmo, toda su barbarie y su magnificencia salvaje", al decir de Fabián Vaca Chávez, en el prólogo que le escribió. Pero la manifestación decisiva de *Siringa*, hecho libro, fue de mi hermano Gil, que en 1941 llega a Magdalena acompañando a nuestra penúltima hermana, Rogelia, que acaba[ba] de egresar bachiller del colegio Inglés Católico de La Paz. Encuentran a mi padre con la idea de plasmar sus recuerdos de tantos años sacrificados en el inmenso y verduzco murallón del bosque silencioso, que era la selva virgen del noroeste boliviano durante el auge de la goma. Había iniciado los apuntes, encontrándose en su pequeño rancho agro-industrial, "San Rafael", de la provincia Iténez. Rogelia, que ya fuera dactilógrafa profesional, comenzó a escribir lo que papá le dictaba (recorte de periódico, sin referencia, en el álbum familiar de Jorge Coímbra Argiro, nieto de Juan B. Coímbra).

De esta forma, llegada ya la madurez y la serenidad que el paso del tiempo suele permitir, Juan Bautista Coímbra, colaborado por su hija, se dispuso a organizar este relato. Nada hacía suponer que poco tiempo faltaba para que el autor falleciera y su obra tendría que publicarse póstumamente.

De la acción a la escritura poética

Siringa es una obra en la que el autor participó de manera directa. Protegido tras el nombre de uno de los personajes, logra distanciarse de manera adecuada para, además, enunciar desde la voz del narrador. Muchos años pasaron entre los hechos sucedidos y el momento en que el autor se decidió por la narración. Entonces se produjo el efecto de trasformar un hecho, en el sentido fáctico, en un hecho literario que cuente con suficientes elementos literarios como para concentrar su valor en este aspecto.

Siringa está organizada como una sucesión de cuadros o episodios relativamente autónomos que coinciden, en términos de estilo e ideología,

con la perspectiva del costumbrismo aún vigente en la primera mitad del siglo xx en muchos escritores de nuestro país. Pero, dada la naturaleza de los hechos –el relato de un viaje de varios años por innumerables lugares aún desconocidos y de difícil acceso–, la obra logra un efecto unitario. De hecho, la obra no es una novela en sentido estricto, y no porque esté sustentada en una realidad tangible, que muchas así lo han sido; sino porque al asumir el autor la intención de "asentar" a la manera de la crónica o la historia los acontecimientos, con especial apego a la fidelidad de los sucesos, prescinde de lo "novelesco", optando por lo referencial, por lo informativo. Es probable que lo aliente un sentido de la responsabilidad para con la realidad, el lector y la misma posteridad de la región. No era poco frecuente que esto ocurriese. Era más bien parte de un momento de la literatura nacional, que consideraba al escritor una suerte de vocero de la problemática social, económica e histórica. Ya lo había dicho acusadoramente Pedro Shimose, cuando se refería a la literatura boliviana de la primera mitad del siglo xx describiéndola como "provinciana de forma y anacrónica de contenido" (1983: 35).

Ha sido frecuente en las literaturas regionales que el escritor se apoye en la descripción de las costumbres vernáculas como base de sus narraciones. Tal como dice Castañón Barrientos, "la narración es de corte realista, de copia fiel de lo que se ha visto y se ha vivido por el narrador". Y se pregunta "¿hay tremendismo en las páginas escritas por Juan B. Coímbra? ¿Hay deseo premeditado de mostrar los hechos como si ocurriesen en un lugar infernal y horripilante?" (1984: 140 y 141). No se puede obviar que *Siringa* incluye el relato autobiográfico de las primeras impresiones y experiencias de un joven cruceño lanzado, como muchos otros, a la aventura de la goma. Por ello, no es previsible encontrar un relato totalizador de lo que fue esta máquina febril. Es necesario considerar, como hacen Barnadas y Coy (1975: 7), que probablemente su extracción social y sus vinculaciones –es decir, su lugar en la sociedad del momento y en el grupo del que él mismo formaba parte– condicionaran su perspectiva. De este modo, su mirada hará hincapié en el sesgo "heroico" y "civilizador" de los protagonistas y de sus acciones, de toda esta tarea por más de uno llamada "epopeya".

No es casual que ello suceda así. Hasta bien entrado el siglo xx, los escritores bolivianos fueron elemento importante en las actividades políticas partidarias y, a menudo, alternaron el desempeño de las funciones políticas o diplomáticas con la esporádica escritura de ficción. Salvo contadas excepciones que corresponden a autores que vivieron largo tiempo fuera de Bolivia, las letras nacionales del siglo xix y principios del siglo

xx están contaminadas por la política. Y aunque Coímbra se decantó más bien por actividades culturales una vez establecido en aquella región, prima en él una mirada informativa, descriptiva, que parece coincidir con la intención de mostrar un gran suceso a un público en general, pero también un hecho cuya intención política es tomar posesión de un territorio y hacerlo en calidad de ciudadano colonizador, en ese afán y necesidad de época de "desencantar" la tierra, poblarla.

Por ello, su palabra es a la vez serena pero elogiosa; y, como tal, está destinada a decorar la superficie sociocultural de una clase (Zeraffa, 1973: 90). Por ello, el narrador –testigo y protagonista de las vicisitudes de este periplo– no vacila en describir la valía y destreza de este pedazo de pueblo nómade: los siringueros y reenganchados que, con sus deseos y ambiciones, llevan también algo de progreso y trabajo a una región con escasa presencia del Estado.

Coímbra no busca solamente mostrar un medio y una naturaleza tal como él los ha visto, tal cual se presentaron a sus ojos. El monte no es una mera aglomeración vegetal; es una realidad compleja. Y es, también, la transformación de este hombre de pueblo que llega al monte y experimenta mutaciones irreversibles. Por otra parte, el género narrativo ha operado a menudo mostrando una sociedad en construcción, que busca garantías de cohesión en un sistema económico precariamente instalado, entonces, en la elaboración y consumo de bienes materiales.

La escritura es, por otro lado, gesta épica literaria. La de narración, gesto épico. Y ello porque, más allá de las dificultades naturales de la escritura y de lo narrado, por lo menos en este caso, la operación de poner en palabras estos hechos se constituye en un accionar fundante de los elementos constitutivos del ser nacional a partir de una región y de un momento económico e histórico.

Varios comentarios y reseñas indican que la obra *Siringa* fue impresa por primera vez en 1946. Sin embargo, cabe aclarar que Fabián Vaca Chávez data en 1942 el comentario que, a manera de prólogo, aparece en la segunda edición de 1974 y que también fue incluido en la primera. Y, por otra parte, Raúl Botelho Gosálvez data también en 1942 el comentario final que aparece en la segunda edición y que se incluyó, igualmente, en la de 1946. Por tanto, es posible inferir que ambos comentarios fueron escritos de forma previa a la primera edición, en coincidencia y como homenaje a la muerte del autor, ocurrida en septiembre de 1942.

Organización y perspectiva narrativa en *Siringa*

La obra es una suerte de fresco histórico y sociológico del hombre inmerso en la selva, pues se ocupa del medio que lo rodea, su vida, sus costumbres y algunos hechos anecdóticos. Coímbra narra a lo largo de más de una treintena de fragmentos (cuadros descriptivos), agrupados en tres partes, lo sucedido desde la partida de Santa Cruz de la Sierra hasta la llegada de reconocimiento a las enormes y míticas tierras de Mojos. Fragmentos que, claro está, constituyen un "todo" narrativo, equiparable a una crónica novelada que recibe la memoria de todo lo que observan y conocen los componentes de un grupo de "enganchados" que han ingresado a Mojos desde Santa Cruz, montados en frágiles lanchas y siguiendo el curso de los ríos benianos San Miguel, Baures, Iténez, Beni, etc., afluentes todos del río Madera y del Amazonas.

Las primeras palabras del narrador nos ubican en lo que será el eje temático que la obra apunta a ilustrar: el descubrimiento de la *hevea boliviana*, su explotación, comercialización y, de hecho, todos los acontecimientos que se suscitan alrededor de ello. Los recorridos desde la región de Santa Cruz hasta la de Mojos son referidos bajo la forma de "relato de viaje", en tres grandes partes llamadas "Reenganches en Santa Cruz", "El gran Mojos" y "El mito de la siringa", además de un brevísimo epílogo:

> En enero de 1896 se alistaron en Santa Cruz de la Sierra tres empresas de conquista conducidas por patrones felizmente ya experimentados, que gozaban de confianza por el buen trato que daban a su personal. Comandaba una de estas empresas el Dr. Feliciano Antelo, abogado [...]. La otra, don Ramiro Justiniano, estudiante de medicina [...]. La tercera, otro joven, don José Hurtado Justiniano que, como los anteriores, era un espíritu inquieto y emprendedor [...]. Acompañaba a este último su hermano Mauro, de 23 años, talludo, de espesas cejas negras y una temprana voz grave. Carácter impulsivo. Testarudo y temerario (pág. 64).

Esta primera caracterización de las comitivas nos muestra un complejo de personalidades y profesiones, lo que da cuenta del interés y la necesidad de llegar a este aún ignoto lugar con todos los recursos humanos para acometer esta suerte de conquista de la selva beniana –retratada muchas veces como imponente catedral verde, infestada por bichos pero también por maleficios, atravesada por ríos caudalosos– de manera óptima. Y en el centro de ese enorme paisaje estaba el "cauchero", el explotador de la goma, obsesionado por hacerse con la riqueza de este insumo que, en el momento que la obra retrata, generaría enormes riquezas.

Breves relatos que se aproximan al cuadro de costumbres, con cierta autonomía interna, van reconstruyendo el recorrido de un variado grupo de hombres desde la partida de Santa Cruz hasta la llegada a Cachuela Esperanza, Villa Bella, etc. Cómo se llegaba por tierra y ríos, hasta las tierras de Mojos, en la primera parte. Mojos, la tierra del caucho, llena de poblaciones establecidas a la vera de los incontables ríos, la presencia de las avanzadas civilizatorias y conquistadoras del pasado y de ese momento de auge económico, constituyen la segunda parte. Pero también aparece el registro de la presencia de los grupos indígenas aún poco contaminados por las sociedades occidentales, unos más reticentes que otros a aceptar la presencia del hombre blanco:

> Los salvajes que poblaban esta zona (sirionós, yaminahuas y chapacuras) constituían agrupaciones primitivas, tribus nómadas de vida vagabunda cuya única preocupación era satisfacer por cualquier medio su subsistencia, buscándose arriba y abajo los elementos de su nutrición. Por eso eran peligrosos. Cuando llegaba para ellos la estación de los peces, infestaban la orilla de los ríos poblando las umbrías de espinas de pescado y esqueletos de caimán. Agotado este recurso, dirigían las flechas hacia los animales del monte o la cacería de aves, que abundaban en tales o cuales sitios. Luego gustaban nutrirse de frutas y entonces se trasladaban a la región de los árboles frutales. Por este imperativo, tales bárbaros llevaban una vida errante. No cultivaban la tierra como los mojos. Eran belicosos y sanguinarios (pág. 68).

Como se puede ver, la percepción sobre los indígenas corresponde a la época del ojo civilizador: desde el vocabulario utilizado para nombrarlos (salvajes, primitivos), con todas las connotaciones que ello implica, hasta la descripción misma, sancionándolos como belicosos y sanguinarios. Se justifica esta actitud como una reacción ante la imposibilidad de entender al otro con sus propias características, y a esas reacciones agresivas como la respuesta natural de defensa ante la llegada de un extraño, a su vez violento e invasor.

En la tercera parte, "El mito de la Siringa", Coímbra se ocupa de describir la forma de aprovechamiento de este curioso y hoy ya olvidado recurso natural, gracias al cual ingresaron enormes cantidades de divisas por concepto de exportación, con el subsiguiente desarrollo de la región, el más destacado de toda la historia del noroeste boliviano, solo comparable, salvando las distancias, al que viviera Potosí en épocas de la Colonia y luego al gran período de extracción del estaño en el occidente.

La travesía da cuenta de un lapso de seis años, los que además corresponden a la transición del siglo xix al xx, de 1896 a 1902. De hecho, de la siringa se había sabido ya en la década de 1860, y la reacción colonizadora se produjo muy pronto.

Contexto socio-histórico de *Siringa*

La Guerra del Acre fue un conflicto limítrofe y bélico entre Bolivia y Brasil, cuyo desenlace afectó también territorios en disputa con el Perú. El conflicto tuvo dos fases desarrolladas durante el periodo de 1899 a 1903, en el que se disputó el territorio del Acre rico en árboles de caucho y yacimientos auríferos. Considerando la importancia de la explotación del caucho en el período narrado por Coímbra en *Siringa*, es sencillo comprender lo determinante que sería cualquier resolución no favorable a Bolivia en términos geopolíticos y económicos. Concluyó con la victoria de Brasil y la consecuente anexión de los territorios sobre los que Bolivia argüía soberanía.

La región del Acre poseía ricos yacimientos auríferos y abundancia de recursos madereros, principalmente del árbol de caucho que, a finales del siglo XIX y casi mediados del XX, fue muy importante para la industria del automóvil y el transporte, puesto que la goma sintética para la fabricación de ruedas y otros objetos no fue descubierta hasta prácticamente la Segunda Guerra Mundial. Por eso, a aquella contienda se la suele llamar La Guerra del Caucho, ya que uno de los motivos por los cuales se movilizó el gobernador Torres del Amazonas fue el impuesto determinado a las exportaciones de caucho.

La extensión territorial de Bolivia era significativamente diferente antes de producirse el conflicto del Acre. Bolivia, desde 1867 y hasta 1903, detentaba unos 253.242 km² del territorio del Acre, región a la que se conoció como Territorio de Colonias.

El conflicto militar del Acre vivió su momento más álgido entre 1902 y 1903, pero comenzó realmente en 1899 con el primer levantamiento secesionista en Puerto Acre, mientras el país vivía la guerra civil en altiplano y valles. Se trataba de conflictos que, desarrollados en dos regiones distantes e incomunicadas, afectaban sensiblemente al país.

Su origen se relaciona con las diferencias de límites con el Brasil, y junto a ello –pues la ubicación es determinante–, la importancia económica de la goma para el país. Pero existe también un antecedente, crítico para el destino nacional, que fue el tratado de 1867 firmado por el presidente Mariano Melgarejo, el cual marcó los límites binacionales entre la confluencia del Mamoré y el Beni. Con ello cedía soberanía sobre el río Madera (principal acceso boliviano al océano Atlántico en el norte) y una línea hasta las desconocidas nacientes del río Yavarí.

Sobre Juan B. Coímbra y su obra

Abundantes son los comentarios sobre la obra y vida de Juan B. Coímbra, tanto a raíz de su muerte como cuando se publican la primera edición de *Siringa* (1946, La Paz: Editorial Cruz Del Sur) y la segunda comentada (1974, La Paz: Ediciones Puerta del Sol), durante la década del setenta.

"La siringa, símbolo de riqueza y muerte" de Carlos Castañón Barrientos (*De Letras y Letrados*, 1984), "Un libro epopéyico y con sombrías denuncias" de Gerardo Coímbra Ojopi (*Presencia*, 15 diciembre 1974), "Los Coímbra y su aporte a la cultura y el arte" de Germán Vargas Martínez (*Presencia*, 15 de enero de 1975), "Significación del Beni en la cultura y en el futuro de Bolivia" de Eduardo Ocampo Moscoso (*Presencia*, s.f.), "*Siringa* o la epopeya del hombre beniano" de Mariano Baptista Gumucio (prólogo a la edición de 1974), son algunos de los artículos publicados en diarios o en antologías que ponderan y reconocen de manera unánime el valor literario e histórico de la obra en cuestión.

El 23 abril de 1989, en el suplemento literario de *Presencia*, Castañón Barrientos elaboró una lista de novelas publicadas hasta 1960 que, en su concepto, eran las más representativas de la literatura boliviana (en la misma incluyó, sin discusión respecto a su pertenencia al género novelístico, a *Siringa*). De esa lista en general destaca "la inquietud social que late sin cesar en la entraña misma de dichas novelas demuestra que ellas han brotado en un país pobre, atrasado y repleto de injusticias". Así, afirma que *Siringa* contiene:

> […] los apuntes, galanamente escritos, de un pionero cruceño metido hasta el cuello en las tierras gumíferas, del noreste, en pleno cruce de los siglos XIX y XX. Hasta este último y alucinante rincón del mundo han llegado gentes de las más diversas nacionalidades, a conquistar la riqueza que nace del maravilloso árbol de la siringa. Es dura y desigual la lucha que libran los hombres con la selva, los ríos, las enfermedades y las alimañas del monte. La tensa obra fue escrita bastantes años antes de su publicación.

Germán Vargas, en un artículo dedicado a un grupo de pensadores y escritores de la familia Coímbra (*Presencia*, 15 de enero de 1975), registra los datos generales de la obra en el momento de su publicación. La edición inicial de *Siringa* se realizó en 1946, por cuenta del Estado boliviano, y la tirada fue de 500 ejemplares. Esta primera edición fue ilustrada por Gil Coímbra, hijo del autor, cuatro años después de su muerte. Vargas señala además que mereció el primer premio en un concurso de la Editorial Farrar y Rinehart de Nueva York, y que la edición fue realizada en Buenos Aires.

La segunda edición (1974) tuvo una tirada de 1.500 ejemplares, y fue realizada por Ediciones Puerta del Sol en la ciudad de La Paz, en una elegante edición profusamente ilustrada por Lalo Flores.

En esta nota de diario, Vargas realiza una breve relación del contenido de *Siringa* a raíz de la publicación de la segunda edición. Desde una lectura biográfica, señala que a los 19 años habría partido enganchado "de las 7 calles" de Santa Cruz, en compañía de su hermano menor, Nicolás, rumbo a "lo desconocido", hacia la "pica" del caucho en el noroeste. Coímbra realizó la excursión junto a otros cruceños y paceños; la misma dejó en ellos "marcas de fuego" y dio pruebas de su capacidad de sacrificio, de integridad física, de salud y de vida conducida a los hitos de nuestra nacionalidad en aquellas inhóspitas tierras.

Coímbra fue –según se consigna– profesor improvisado, poeta, compositor, guitarrista, violinista, orador y político liberal de cepa, así como bohemio empedernido y pendenciero cuando llegaba la ocasión; nómade impenitente con su actividad intelectual y artística. A Coímbra se le atribuye la composición de la letra y música de varias piezas importantes de la tradición beniana. Así, hubiese escrito la letra (allá por 1914) de un hermoso vals que identifica a la región hasta la actualidad: "En las playas desiertas del Beni", con la colaboración del profesor Víctor Manuel Rivero (música), así como "La bella itonama", "El Chorro", "Morenita" y, tiempo después, "La baurecita", "Río Blanco" y "Campo Santo". Tampoco fue indiferente al folclore de países vecinos, y podía muy bien interpretar zambas, rancheras o tangos, con el mismo gusto que lo hacía con el resto del folclore boliviano en cuecas, caluyos y bailecitos. Al respecto, el propio escritor se refiere a esta costumbre de tañir la guitarra como un crepuscular gusto, como un tiempo de "amor-enfermedad": delectación patológica por las nostalgias, las flaquezas y los sufrimientos humanos. Evidentemente, a pesar de haberse aquerenciado en las tierras benianas, la nostalgia por su tierra natal podía alimentar el espíritu melancólico en serenatas nocturnas o rondas de guitarra al calor de una fogata al caer la noche. Pero, al mismo tiempo, su voz y su guitarra eran el centro de animación en las reuniones sociales del pueblo, como sucedía en las fiestas patronales de la región.

Todos estos aspectos de su propia vida y de la colectiva en la época van llenando poco a poco las páginas de *Siringa*. Con su relato llena un cuarto de siglo de historia y costumbres, convirtiendo a su obra en un documento de referencia y consulta que permite varias formas de lectura.

Su presencia en la región, además, contribuyó a desarrollar la cultura gracias a que varias "imprentas" (a saber, editoriales) se instalaron

sucesivamente en Riberalta, Villa Bella, Baures, Magdalena y Trinidad, importadas gracias a sugerencia de Juan B. Coímbra, quien influía sobre los patrones y hacendados de la época. Estas editoriales se convirtieron en focos de cultura en los lindes mismos de la selva, en una escala no siempre comparable con la que se desarrollaba en la misma época en otras ciudades capitales, bastante menos activas en este sentido. Llegó a desarrollar actividades de tipógrafo, armador, prensista y escritor a la vez, habilidades que perfeccionó de forma autodidacta. *El Eco del Beni*, *El Porvenir* y *El Marconi* fueron algunas de las casas editoras que contaron con su participación. Desde allí, y sin salir de esa selva intensa a la que amara tanto, formó a su vez a otros hombres de letras y artistas.

Coímbra fue padre de 11 hijos, seis varones y cinco mujeres. Tres de ellos convocan, en la nota de prensa "Los Coímbra y su aporte a la cultura y el arte" (*Presencia*, 15 de enero de 1975), la atención de Germán Vargas: sus hijos Gerardo, Gil y Jorge, a los que dedica comentarios halagüeños. Además de que una de las mujeres, Rogelia, transcribió gran parte de *Siringa*, fue Gil Coímbra el que organizó y realizó los ajustes que consideró necesarios para organizar la estructura de los capítulos. Realizó algunas copias y las llevó a la ciudad de La Paz, para ponerlas en consideración de lectores autorizados de la época. De allí en más, todo fue recibir elogios, hasta su primera edición y las sucesivas.

El estudio de Emma Villazón sobre la obra de Juan Coímbra, publicado con la edición del Ministerio de Culturas y Turismo en 2013, es sin duda el más importante de tipo interpretativo realizado en los últimos años. En este comentario, la autora se refiere al proceso de lectura como a uno análogo al realizado en la obra misma: Coímbra y los personajes del relato van tras la colonización de un territorio, y Villazón se define como una colonizadora/expedicionaria del sentido en la obra del cronista.

Siringa y *Arreando desde Mojos* desde la perspectiva del género literario

Con su insistencia en el pensamiento racional y la observación empírica, la Ilustración generó un gran interés por las ciencias exactas y naturales. América resultaba, pese a los dos largos siglos transcurridos desde el "descubrimiento", un continente desconocido, envuelto todavía en creencias, teorías e interpretaciones que el nuevo siglo consideraba ya superadas. Era el momento de observar, analizar y clasificar. Este interés tomó la forma práctica de expediciones y viajes científicos organizados por personalidades, entidades o países extranjeros que quisieron recorrer

el continente y comprobar *in situ* los detalles y las notas distintivas de su realidad física.

Indudablemente uno de los antecedentes más importantes en este sentido para la historia de los viajeros bolivianos, particularmente del oriente del país, fue la presencia del barón Alexander von Humboldt, quien a lo largo de cinco años, a partir de 1799, recorrió los trópicos y otras zonas del continente, y dio a conocer sus hallazgos y su asombro ante el paisaje americano en *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau monde* (1814). Además de los hallazgos realizados por el investigador y viajero, sus consecuencias fueron grandes para el rumbo que la literatura y la cultura continentales tomarían poco más adelante: pusieron de relieve, a veces con auténtica emoción, la grandiosidad y variedad de la naturaleza americana –algo que los neoclásicos y prerrománticos aprovecharían copiosamente– y subrayaron la identidad del continente como una realidad singular y esencialmente distinta de la europea. Esto último sería un fermento que empezaría a crecer en el espíritu literario americano en las primeras décadas del siglo xx.

La exploración ha constituido una de las vetas de la literatura boliviana en su historia como tal. Indagar en la subjetividad del hombre boliviano, en su relación con la naturaleza, con sus pares, con su historia y su devenir, han sido a menudo parte de las búsquedas realizadas por la literatura bajo la forma de ficción; pero, en este caso, bajo una forma más próxima a la historia y a la crónica épica del siglo vx. Ambas obras estudiadas, *Siringa* y *Arreando desde Mojos*, se aproximan a la literatura de viajes. Como que es innegable que sus autores fueron viajeros y exploradores en el sentido estricto de la palabra, en consecuencia la escritura se resuelve, bajo cierta perspectiva, de manera natural.

La pregunta de qué es un género literario y a qué género corresponden estas obras ha rondado lo comentado hasta ahora. Podría responderse diciendo que es una clasificación de las obras literarias que tienen una serie de aspectos comunes en su forma textual que las diferencia de otras pertenecientes a géneros distintos. Estas normas clasificatorias no son ni eternas ni inmutables, sino que deben permitir la flexibilidad, parafraseando a García Berrio (1992: 34 y 35). Ahora bien, las reglas de género procedentes de la primitiva clasificación expresiva no siempre deben ni pueden alcanzar, lógicamente, la realidad de las cosas. La decisión de género determina una opción inicial que no fija la entidad lingüística del texto como tal. Las reglas de género se confunden, pues, a menudo con las reglas performativas del texto mismo, como sucede sobre todo en la obra de Rodolfo Pinto Parada.

Esto es posible porque en principio la normativa de género le deja espacio a la intención comunicativa del texto mismo (por no decir ahora del autor). En segundo lugar, porque las reglas expresivas de cada género –incluso también las menos delimitadas condiciones simbólico-referenciales– admiten no solo la composición de las obras por yuxtaposiciones sucesivas, sino otras muchas posibilidades de hibridación y de contaminación posibles. Tal es el caso de estas dos obras comentadas. Estas consideraciones nos permiten entender –y resolver de algún modo– el problema de la clasificación de *Siringa* y *Arreando desde Mojos* como obras narrativas, cuando no absolutamente obras consideradas dentro de la variante "literatura de viajes", pues son producto de ellos.

Las diferencias existentes entre los libros de viajes con respecto a los de cualquier otro género convierten a este tipo de literatura en una modalidad bien diferenciada. Dichos libros fueron escritos con la intención de dar a conocer nuevos territorios y culturas a través de la descripción, real o imaginada, de las vivencias de un viajero en tierras extrañas. Esta característica basta por sí sola para reflejar el hecho de que este género no tenga comparación con ninguna otra obra narrativa. Cualquier otra modalidad novelística no ofrece las cualidades descriptivas de gentes y paisajes que nos ofrece la literatura de viajes. En este sentido, no cabe duda acerca de cuáles fueron las intenciones de los autores, respondiendo además a lo que probablemente era una necesidad nacional: la de construir, en el registro escrito, los sucesos descritos en cada una de ellas.

Si continuáramos analizando otras características de estas obras –como la intención del autor, el tratamiento del tema, la exposición del argumento, la construcción de las imágenes– no haríamos sino reforzar la tesis de la literatura de viajes como género diferenciado.

Arreando desde Mojos: Examen sociológico, imaginación romántica y realidad brutal

Nombrada por el mismo autor como novela histórica, la obra retrata con perspectiva microscópica un importante período de la historia del Beni, departamento del noroeste boliviano, a partir de momentos trascendentales en su desarrollo socioeconómico, los cuales significaron su inicial y progresiva vertebración con el resto del país.

Rodolfo Pinto Parada elige situarnos en la realidad rural beniana, mencionando en su epígrafe un detalle muy simbólico: la cita de Valeriano Ordóñez de 1682 ilustra la llegada del primer contingente de ganado vacuno a esas tierras, guiada por el R.P. Cipriano Barace, quien fuera además

el fundador de Trinidad de Mojos, luego capital del departamento, ganado que provenía de Santa Cruz (pág. 201). La elección de esta información, así como la de la siguiente, que ubica geográficamente al lector en las latitudes en que se encuentra esta población, manifiesta la intención del relato que posteriormente se realiza: narrar la arriesgada y compleja apertura de un camino medianamente transitable que permita la conexión entre regiones incomunicadas (Trinidad, Reyes, San Borja, etc.) en el mismo departamento y con la sede de gobierno del país, La Paz.

Esta cita inicial anticipa el grado de dificultades que sobrevendrán en todos los episodios en los que se describen los reiterados intentos por abrir los senderos del desarrollo, a medida que se narra el apogeo y la declinación de la riqueza de una familia típica de la región. Así como de 200 cabezas (de ganado) solo llegaron a destino 86, tras 500 kilómetros de recorrido a pie por los más dificultosos senderos, y abriendo brecha en realidad, así esta historia vivida por Barace en los inicios de la colonización de la región se repetirá una y otra vez en los primeros 50 años del siglo xx.

Arreando desde Mojos, en tanto relato histórico, desarrolla ejes temáticos que se entrelazan: un programa ideológico asentado en la antítesis civilización/barbarie, muy aceptada en la época y en casi todo el sur del continente; una biografía familiar prototípica, que organiza el hilo narrativo del relato y opera como un soporte próximo al género novela; un estudio personal del proceso histórico de Bolivia centrado en esa región del país.

Dichos temas se organizan además a partir de la perspectiva de oposición campo/ciudad y de la sociedad engendrada por esa oposición dicotómica. El paisaje, en consecuencia, aunque siempre cambiante pues es el que acompaña a este "arreo" colonizador, es como el teatro en el que se va a representar la escena.

La vida de la familia de Alfredo Añez –desde la construcción de una pequeña fortuna a partir del trabajo sacrificado y prolongado hasta su casi previsible desaparición una generación después– sostiene argumentativamente un relato que, alternando registros e incluso géneros, se muestra como un fresco histórico de la primera mitad (y un poco más) de este difícil y tortuoso camino que fue, justamente, el proceso de abrir el sendero del progreso, aproximando Mojos a la sede de gobierno y al resto de la nación, y llevando hacia Beni lo necesario para efectivizar el ansiado progreso.

Si bien no podemos afirmar categóricamente que esta sea una novela histórica, aunque así la ha llamado su autor, es innegable que varios de los elementos de esta clasificación de género se encuentran presentes.

El lenguaje de la región, el lenguaje del oriente boliviano, aparece de manera palpable en todo el relato, ilustrando con ello parte de la identidad de los habitantes que a su vez se constituirán en eventuales personajes. Casticismos y regionalismos salpicados en cada capítulo desafían la lectura, a partir de términos que hoy han caído en desuso o son de conocimiento de un segmento de hablantes muy reducido.

Sin llegar a tener la estructura de novela de folletín, es cierto que cada episodio es relativamente autónomo, e incluso algunos podrían haber constituido un apartado documental: nos referimos justamente a los documentos (informes, decretos, artículos de leyes, ordenanzas, comunicados, discursos de autoridades, etc.) que el autor incluye para garantizar la veracidad de lo que se narra, así como para confirmar su condición de relato realista: es documento y testimonio de un proceso histórico –y simbólico– de construcción de una entidad regional: el departamento de Beni, más familiarmente llamado Mojos. Podemos entonces considerarla novela histórica, por el hecho de apoyarse de hecho en abundante cantidad de documentos administrativos oficiales, pero sobre todo por la vocación historicista del autor, consigna que trasluce la mirada ideológica que mencionamos.

Por otro lado, además del rescate del lenguaje típico regional, del pintoresquismo del lenguaje e incluso de las escenas, el espíritu idealista del autor se manifiesta en la perspectiva defensora del progreso de la región y en el tenue pero constante reclamo dirigido al gobierno central que, a través de la voz del narrador, se va desarrollando, junto a la exhaustiva incorporación de textos "testigos" de los distintos momentos que recorre la trama ficcional.

En tanto obra costumbrista, *Arreando desde Mojos* es heredera –como muchas otras obras del período– de los cuadros de costumbres. La búsqueda del color local, la escena popular y pintoresca, es apropiada para mostrar las condiciones de vida cotidiana de pobladores, hacendados y peones, pero también de las poblaciones indígenas de las distintas regiones ya habitadas de Beni, todas relacionadas de una u otra manera con esta actividad central: la ganadería, las labores de faeneo, transporte y comercialización de las reses entre el departamento beniano y las capitales del país.

Desde la década de los años treinta hasta bien entrados los setenta, en un relato dividido en tres partes, el autor recorre la región pero también la historia del departamento. Así, relata la participación de algunos personajes en la Guerra del Chaco, la partida de gran cantidad de jóvenes a esta contienda que implicó inevitablemente la desatención de las propias

tierras y del ganado, el paso de distintos gobiernos electos y de facto, y su consecuencia, positiva o no, en la economía de la región.

La central es la historia de Alfredo Añez y su joven familia, en medio de los avatares que implicarían esas décadas, por hacerse de una "propiedad" –como habitualmente se dice en el ámbito rural– y mantenerla. Los hechos narrados en esta singular novela son también testimonio de la urgencia de integración que existía en la época, y que aún hoy es motivo de dificultad para el desarrollo integral de la región.

El cuadro de costumbre en *Arreando desde Mojos*

La novela apela al recurso del cuadro de costumbres como forma de ilustrar los usos de la época y las formas de vida habituales del campo, tal como sucede desde el inicio de la primera parte, cuando se grafica las formas de ganar herramientas de trabajo a través de las apuestas. Un "ensillao" (montura y otros elementos necesarios para montar un caballo) propio de la región se gana con trabajo o con apuesta. En la "riña de gallos", descrita precisamente en uno de esos primeros "cuadros", conocemos un tradicional hábito de la región que, además de ser una forma de diversión u ocio, camufla la habilidad para el juego y la apuesta, maneras no legítimas de obtener dinero.

El ganado se compra pero también se consigue cuando, tras haber sido marcado, eventualmente y por diversos factores se vuelve otra vez montaraz, y entonces los peones de una hacienda se darán a la tarea de recuperar aquellos animales que deambulan sin dios ni ley. El final de la jornada, esa primera jornada que el narrador presenta, es motivo para contar anécdotas de toda índole: "Después de escuchar al mayordomo, cada uno relata anécdotas de esa vida sencilla que se lleva en el campo donde todo lo que ocurre se considera natural, inclusive si alguien mata a otro no lo hace por deficiencias mentales sino porque de alguna manera se sintió ofendido. Ningún hombre vive tranquilo si no sabe defender su honor" (pág. 204).

En esencia, uno y otro cuadro retratan en esta primera parte lo que fundamentalmente estos hombres han tenido que hacer de modo cotidiano: domesticar a la naturaleza, indispensable para su propia sobrevivencia. Así como se doma un caballo o un toro salvaje:

> Un estampido retumba en la inmensidad de la pampa y la presión de los lazos afloja lentamente. Las patas delanteras del cuadrúpedo se van doblando y los mil músculos del grueso cuello sueltan la tensión permitiendo que la cabeza,

> erguida un minuto antes, empiece a bajar hasta caer junto con la mole de trescientos kilos de carne ruidosamente al suelo (pág. 206).

Así, se domestica diariamente cada uno de los salvajes obstáculos que la región le impone al hombre. El cuadro de costumbre permite adentrarnos en las costumbres más características de estos tiempos y los modos de vida de la peonada. Pero a través de ello, en una lectura más simbólica, nos permite interpretar el modo de apropiarse de la realidad, de marcarla, como cuando se marca al ganado:

> Para calentar la marca en todas las estancias se usa como leña la *tacuara*, porque produce mayor temperatura y calienta más rápido el fierro.
>
> Los otros muchachos no pierden el tiempo y cada uno va maneando una vaquilla para tumbarla después doblándole el cuello y, con la rodilla sobre el pescuezo de la res, inmovilizarla hasta que se le coloque el fierro caliente.
>
> —¿Ya está caliente la marca? –pregunta a gritos el capataz.
>
> —¡Ya la llevo! –contesta Juanito mientras corre con el fierro al rojo vivo y se lo alcanza al mayordomo.
>
> El olor a pelo quemado se siente en el ambiente mientras un humo denso brota del anca de la vaquilla que no puede contener el dolor de la quemadura y lanza un berrido lastimero. El mayordomo pasa su mano sobre el cuero quemado para ver si la marca ha quedado bien grabada. Parece que el trabajo no es de su agrado porque nuevamente le coloca el fierro caliente en el mismo sitio tratando de superponerlo al anterior, sin hacer caso al grito angustioso del animal al ser torturado en esa forma.
>
> Ya más tranquilo por la operación exclama sonriente:
>
> —Hay que calentar más el fierro, Juanito, pa' que la marca quede bien visible y sea difícil que los abigeatistas traten de cambiar la figura (págs. 210 y 211).

Así, mientras se describe esta tradicional cuanto violenta manera de proporcionar una identidad y seña de pertenencia al ganado, se alude también a otra práctica tan habitual como inevitable, que es el robo de ganado: el abigeato.

Entre otros temas que se vinculan con la vida de los personajes de este relato, aparece de manera diferenciada la necesidad de las comunidades indígenas de alejarse de los *carayanas* (blancos o mestizos). Desde la perspectiva del relato, la presencia de un indígena con gran ascendencia en la población nativa –trabajadora a la sazón– es percibida como una "maldición" (pág. 392). Así, el indígena guarayo José Vaca Iva aparece con la misión, encomendada por el Santo San Miguel, de llevarse a los indígenas que en ese momento se encuentran en San Ignacio para trasladarlos monte

adentro, en búsqueda de la Loma Santa: un lugar ideal, seguro, provisto de todo lo necesario para vivir, y que goza de protección divina.

Al punto, el autor no duda en ilustrarnos históricamente al respecto. Ya en 1887, habría comenzado una peregrinación indígena tras el fracaso de un levantamiento dirigido por el cacique Andrés Guayocho, que se conoció justamente como "la guayochería".

Visión de país. La vertebración de Bolivia

Desde la relación de aquella primera escena de cuanto constituye una práctica cotidiana, Pinto Parada alternará (al cabo del primer capítulo), una primera referencia documental, tomada del informe del Dr. Damián Z. Rejas, exministro de Fomento y Comunicaciones de Bolivia en 1896: la petición que este habría hecho, a partir de su nombramiento, de que se arreglen los caminos de todo el departamento, así como sus gestiones por conseguir subvenciones para trabajar por las autoridades del Beni. "En Agosto, Septiembre y Octubre de ese mismo año [1896] siguieron llegando partidas de ganado y al mismo tiempo se llevaban toda clase de mercaderías de Cochabamba en recuas de mulas a San Borja, Rurrenabaque, Santa Ana, Riberalta, etc., estableciéndose un comercio activo entre ambos departamentos" (pág. 208).

De la misma forma que a Pinto Parada le interesa mostrar cómo las autoridades electas se preocupan por favorecer todo lo concerniente a la apertura y el mantenimiento de caminos, deberá señalar cómo los avatares de la política, inestable en esos años, afectan la constancia de estas gestiones. Son los años de la Revolución Federal, a lo cual le atribuye el abandono de los recientes caminos, hasta su cierre temporal "porque es sabido que en regiones boscosas, los caminos desaparecen en menos de un año si no se los repara continuamente…" (*idem*). Al vigor con que se ha narrado el proceso de marcado de animales, le sucede el desaliento ante la noticia de este dato, el cierre de caminos y el cierre de las comunicaciones.

En el resto de la obra, también se llegan a incluir noticias que, a juicio del autor, son la mejor prueba de la trascendencia que están tomando los pasos en el desarrollo de la región. Una de ellas, importante por cierto, ya en el contexto del proceso que se inicia con la Revolución del 52, es la del inicio de la construcción de un tramo caminero:

> *La Nación*, 15 de mayo de 1955
>
> Ayer, el Ministro de OO.PP., Sr. Ángel Gómez García, hizo estallar una carga de dinamita como inicio simbólico de los trabajos del Camino San Pedro

> - Caranavi. La ceremonia se realizó a 2 km del campamento San Pedro. Después hubo una recepción de honor a los visitantes por parte de la empresa Bartos [...]. Con esta obra se abre, por fin, la soñada ruta hacia las llanuras mojeñas (pág. 377).

La vertebración caminera había sido una larga y tediosa tarea tanto de peticiones como de paciente espera ante la indiferencia, desinterés o desconocimiento de su importancia por parte de las autoridades del gobierno central a lo largo de varias décadas.

El proyecto de vida más natural de la región consiste, por supuesto, en continuar con la crianza del ganado. De allí que surgen además diversas posibilidades de hacerlo, en caso de no tener la independencia suficiente (financiera o de otro tipo). Esto se evidencia en una charla de jóvenes que se informan entre sí sobre lo que van pergeñando para el futuro. Tras la construcción del camino, uno de ellos dice: "Yo he estado comprando ganao y se lo he dejado a mi padre pa' que me lo críe al partido" (pág. 384). Y allí mismo se explicará que esta modalidad consiste en entregar el ganado a una persona por un lapso determinado de tiempo, para que lo cuide, al cabo del cual adquiere el derecho de quedarse con la mitad de las "crías" del nuevo ganado nacido.

Bibliografía citada

García Berrio, Antonio y Javier Huerta Calvo
1992 *Los géneros literarios: sistema e historia*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Almarcegui Elduayen, Patricia
2004 "La metamorfosis del viajero a Oriente", en *Revista de Occidente*, Nº 280. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Gregorio Marañón.

Aristóteles
1974 *Poética* [335 a. C.]. Ed. Trilingüe de V. García Yebra. Madrid: Gredos.

Baptista Gumucio, Mariano
1974 Prólogo a la segunda edición de *Siringa*. La Paz: Litografías e Imprentas Unidas S.A.

Barnadas, Josep M. y Juan José Coy
1977 *Realidad sociohistórica y expresión literaria en Bolivia*. Colección Estudios Críticos. Vol. 11. La Paz: Los Amigos del Libro.

Becerra Casanovas, Rogers
1996 "Así nació la Siringa" en "Lecciones para Estudiantes" (columna semanal). Santa Cruz de la Sierra. Periódico *El Deber*. 21 de enero de 1996.

Castañón Barrientos, Carlos
1984 *De Letras y Letrados*. La Paz: Juventud.

Fuentes, Carlos
1997 *Valiente Mundo Nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*. México: FCE.

García Pabón, Leonardo y Wilma Torrico (comp.)
1986 *El paseo de los Sentidos. Estudios de Literatura Boliviana Contemporánea*. La Paz: Instituto Boliviano de Cultura.

Vargas Martínez, Germán
1975 "Los Coímbra y su aporte a la cultura y el arte". Suplemento "Presencia literaria" del diario *Presencia*. La Paz, 15 de enero de 1975.

Zeraffa, Michel
1973 *Novela y Sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Bibliografía sobre Juan B. Coímbra y Rodolfo Pinto Parada

Alcázar, Reinaldo
1973 *Paisaje y novela en Bolivia*. La Paz: Difusión.

Barnadas Josep M. y Juan José Coy
1977 *Realidad sociohistórica y expresión literaria en Bolivia*. Colección Estudios Críticos. Vol. 11. La Paz: Los Amigos del Libro.

Díaz Machicao, Porfirio
1975 "Mundo cálido y misterioso de *Siringa*". Suplemento "Presencia literaria" del diario *Presencia*. La Paz, 16 de febrero de 1975.

Hurtado, Óscar
1981 "Sobre literatura beniana". Suplemento "Presencia literaria" del diario *Presencia*. La Paz, 3 de febrero de 1981.

García Pabón, Leonardo y Wilma Torrico (Comps.)
1986 *El paseo de los sentidos. Estudios de Literatura Boliviana Contemporánea*. La Paz: Instituto Boliviano de Cultura.

Oporto Ordóñez, Luis
2013 "Una biblioteca singular sobre el Oriente y la Amazonia Bolivianas". Semanario *La Época*. La Paz: 9 de septiembre de 2013.

Vargas Martínez, Germán
1975 "Los Coímbra y su aporte a la cultura y el arte". Suplemento "Presencia literaria" del diario *Presencia*. La Paz, 15 de enero de 1975.

Villazón Richter, Emma
2014 "Bitácora de una expedición a *Siringa*". Prólogo en Coímbra, Juan B., *Siringa*. La Paz: Ministerio de Culturas y Turismo.

Siringa
Memorias de un colonizador del Beni

Sobre esta edición

La presente edición de *Siringa. Memorias de un colonizador del Beni* ha sido elaborada a partir de la publicación realizada por Ediciones Puerta del Sol (La Paz, 1974), que incluye un "vocabulario" de términos locales. Sobre esta versión, se han corregido las erratas y se ha realizado un trabajo de edición que, respetando la redacción original –rica en términos locales y usos del español de hace más de 70 años–, la adecue a las normas editoriales de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB).

Además, se ha visto por conveniente la elaboración de un glosario que proporcione referencias claras –ya sea en lo concerniente a los términos locales, ya sea en lo referido a alusiones culturales lejanas en el tiempo– para una lectura contemporánea. Este glosario, que retoma el vocabulario ya presente en 1974, se presenta en notas al pie que consignan la intervención de los editores de la BBB con las iniciales NE (nota de los editores).

En su elaboración se han considerado fuentes privilegiadas: diccionarios como el de Ciro Bayo que, fechado en 1910, remite específicamente a la época del auge de la siringa en la frontera boliviano-brasileña, pero también diccionarios contemporáneos, como el de la Real Academia Española, o temáticos, como aquel referido a fortificaciones militares de los siglos XVIII y XIX.

Prólogo a la edición de 1942

Siringa es el nombre que los pobladores de la hoya amazónica dan al árbol del caucho. Durante medio siglo este vocablo fue una voz mágica que sonaba a libras esterlinas y sabía a derroche, a poderío, a fastuosidad, a influencia política y social. La siringa dominaba corazones y conciencias, era la impunidad, el libertinaje y la audacia. Ante ella enmudecían los códigos y se doblaban las autoridades, como dominadas por un sortilegio.

En ese *Far West* de Bolivia que era el imperio de la goma, encerrado en el cuadrilátero de aquellas grandes arterias fluviales del Beni –el Madre de Dios, el Acre y el Madera–, se ha dicho más de una vez que solo regía el artículo 44, o sea el calibre de la carabina Winchester.

Poblaciones enteras sucumbieron tragadas por la vorágine de la selva gumífera. Primero Mojos, después Chiquitos y Cordillera, por último Santa Cruz de la Sierra, pagaron su tributo a este Moloc moderno que es el árbol de la goma. Numerosas e incesantes caravanas de aventureros cruceños cruzaron el ancho territorio de Mojos rumbo a la región del "oro negro", en la que, según la conseja popular, se improvisaban fortunas de la noche a la mañana.

El dinero de los grandes potentados de la siringa corría a raudales por las calles de Santa Cruz de la Sierra, en forma de anticipos y habilitaciones, para sustituir a los obreros desaparecidos. Las bandas de música no

cesaban de sonar en las casas de enganche, en tanto que en las cantinas de toda especie se consumía la cerveza y los licores con que los fastuosos agentes se entregaban a la caza de peones, la mayoría de los cuales no volvió a ver el suelo nativo. Hasta hace poco se leía aún en una de las casas de los extramuros de Santa Cruz este letrero: "Calle del Beni, por donde se va y no se vuelve".

El éxodo aquel, que tanto preocupara a las autoridades cruceñas, comprendía no solo al elemento trabajador, sino a todas las clases sociales de Santa Cruz: abogados, comerciantes, agricultores, universitarios… todos corrían hacia la siringa, como atraídos por una fuerza irresistible. Muchos jóvenes abandonaron sus estudios, decididos a probar fortuna en las selvas del noroeste, convertidas en un país de leyenda. Entre estos últimos partió al Beni, en 1896, Juan B. Coímbra, apenas obtenido el título de bachiller.

Coímbra recorrió y conoció de este modo el país de la goma. Entró por Guarayos a la provincia de Iténez, que era como la antesala del imperio del caucho, e hizo, en batelones a remo, la travesía de las cachuelas del Mamoré y del Madera, la más grande de las proezas. Llegado a Riberalta, la capital surgida como un milagro del caucho, buscó ocupación. Él mismo relata la escena:

—¿Cuál es su oficio? –le pregunta un industrial.

—Soy tipógrafo –responde modestamente.

Infelizmente, la imprenta de la delegación –la única que existía entonces– tenía completo su personal de cajistas. Tuvo que optar, mientras tanto, por el cargo de oficial de sastrería. Pero bien pronto en Villa Bella –tierra de fleteros y asiento de la principal aduana de la goma– se instala una nueva tipografía. Hacia allá vuela Coímbra para ser primero cajista y luego redactor de *El Eco del Beni*.

De esta manera comenzó la vida periodística de Juan B. Coímbra. Pocos años después, pasada la Guerra del Acre (1899-1903), encontramos a nuestro hombre en Baures, dueño de una imprenta y dirigiendo y redactando *El Porvenir*, pequeño semanario que sostuvo durante 37 años. Coímbra se convierte así en el árbitro de Iténez. Redacta, compone e imprime su periódico, escribe versos, asesora a las autoridades, levanta caudillos y hace elecciones. Él mismo ejerce la Subprefectura en varias oportunidades, es el orador, el cerebro y el mejor agente político en aquella dilatada provincia.

Fruto de su labor intelectual y de sus recuerdos es este libro, una colección de poesías –selváticas– y la obra *Mojos*, que su muerte, acaecida hace poco, dejó trunca. Para los que le conocimos y le apreciamos

de cerca, *Siringa* ha sido una sorpresa y una revelación. En ella palpita, mejor que en ningún otro libro, el alma y la vida de aquel mundo aparte que es la tierra del árbol de la goma. Es el Beni y el noroeste de hace 40 años, con todas sus grandezas, todo su heroísmo, toda su barbarie y su magnificencia salvaje.

En las escenas que relata no hay un ápice de fantasía. Él es el pintor y el autor, o cuando menos el testigo, de todo cuanto describe. En este punto *Siringa* supera a *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera (1888-1928) y a *Canaima* (1935) de Rómulo Gallegos (1884-1969). Los protagonistas que pinta son de carne y hueso y figuran con sus propios nombres. No podemos resistir a la tentación de copiar uno de esos pasajes. Hablando de los "dramas del monte", Coímbra apunta lo siguiente:

> Don Nicanor Vaca –aguileño orejudo con un gran quirichi en la mejilla– era uno de esos curtidos fregueses de la casa Seiler. Vivía con su familia metido en el remoto extremo del Madre de Dios.
>
> Casi nunca veía a su mujer porque, salido a la madrugada sin otros compañeros que su Collins y su barcino (perro de pobre, uno de esos perros flacos que a los gritos del amo se levantan despavoridos de entre la ceniza), volvía de noche, muy cansado y se metía en el mosquitero.
>
> Pero la mujer cada año, infaliblemente, le daba un hijo.
>
> Así nacieron Elías, Primitivo, Genoveva, Nicéforo, Tristán, Zósima y Estefa. Cada cuatro años que iba al pueblo, bautizaba cuatro changos. Cuando vinieron los tres últimos –Rosendo, Dionisia y Anselmo– ya Genoveva estaba maltona, es decir, moza, con su imponente mocedad acentuada por los ejercicios del tacú.
>
> La madre murió de un nuevo parto –el undécimo– y Elías y Primitivo tuvieron que ir a Villa Bella, dejando solo al viejo con los menores, en medio del monte.
>
> Exactamente al cabo del siguiente año, don Nicanor tuvo otro hijo. La madre fue Genoveva.

Coímbra es, a la vez, un paisajista y un retratista, un historiador y un sociólogo de una exactitud y una originalidad extraordinarias. Tomamos al azar una de sus siluetas:

> Un condestable criollo era don Arístides Antelo. La gente lo sabía excéntrico y gruñón. Presumía –y no sin muchísima razón– que, de todo el pueblo, era únicamente en su mesa donde se presentaban con mejor gusto las comidas. Se pavoneaba del esmero con que regalaba a sus invitados, en ademán de crítica a las costumbres de los demás, antes que por ostentación. Las bebidas que consumía eran de lo más calificado que podía conocerse y, en lo que a su persona se refería, no había quién llevara lo que él usaba ni quién pisara donde él pisaba; era único –en su propio concepto– en la selección de las cosas.

> Hacía confeccionar sus trajes de diario con telas que encargaba de ultramar, finísimos linos flexibles y claros casimires ingleses. Para diferenciarse de "los otros", no llevaba el reloj con la cadena de oro pendiente de bolsillo a bolsillo, sobre el chaleco: lo ajustaba en el ojal de la solapa y lo introducía en el bolsillo izquierdo del vestón. En su mano derecha, un regio topacio solitario. Durante las ceremonias oficiales o religiosas –eso sí– no podía prescindir de la levita y la chistera, reluciente como los cirios en la procesión del viernes santo, y de todo carácter en las recepciones del 6 de Agosto o en los bailes de la Purísima Concepción, patrona del pueblo. De cara, era un hidalgo español. Nariz de conquistador, frente amplia, una barba espesa y bien cuidada, un tanto canosa, y la nota característica: el birrete. Era algo así como una pequeña gorra vasca, pero con borla y bordada de perlas, regalo de familia, como él decía. Grande figura la de este viejo. Muchas veces lo hemos encontrado, posteriormente, en las páginas de Valle Inclán.

Y ahí va una nota de geógrafo y de historiador:

> Es el de más largo curso en la hidrografía nacional y puede decirse que es la arteria más substancial del suelo boliviano. Nace en el departamento de Chuquisaca, recorre la provincia Cordillera del departamento de Santa Cruz, insumiéndose en los arenales del Izozog. De allí reaparece con el nombre de Parapetí y, rumbo al Norte, ofrece su linfa a muchos pueblos llaneros, atravesando los paralelos que abarca la planicie oriental, hasta llegar al lago de Concepción, en Chiquitos. Vuelve a formarse y sale de allí con el nombre de San Miguel, y más tarde el de San Julián y, finalmente, sirviendo los intereses de las Misiones de Guarayos, el de San Pablo, confundiendo, por último, sus aguas con el gran lago de San Luis o Itonamas. Río histórico. Brindó su corriente a los colonizadores españoles. Dio recurso a los guerrilleros de la independencia. Presenció las luchas de los indomables chiriguanos (sirionós y otros grupos) contra la dominación de los blancos. Y, por último, ha pocos años, se tiñó con la sangre de los defensores del Chaco.

Es que para Coímbra, igual que los hombres y los pueblos, los ríos poseen su linaje, su jerarquía y su espíritu propios. Así, el Mamoré –"el de las socavadas, movedizas e inconsistentes orillas" que dijera René Moreno– es un señor Río, el Padre Río "Calle Mayor del Beni". Y dice de él:

> Fue persiguiendo su cauce que llegaron los primeros conquistadores de El Dorado; a su vera –dicen– hallaron todavía erguido el ruinoso palacio del Gran Moxo. Toma cuerpo el Mamoré en el centro de la planicie beniana, auxiliado por muchos tributarios; y cuando la sequía le niega caudal, para seguir adelante arrastra greda y –colorado, encolerizado– socava la pampa tremante. Brama con las lluvias y se distiende, deflagrado, anegándolo todo. Así trasciende implacable su genio potente y maligno.
>
> Como el Tíber y el Eurotas para romanos y espartanos, el Mamoré para los benianos es la imagen de su sino turbulento y trágico. Siempre los ríos han encauzado la historia fisonomizando a los pueblos.

El paisaje del trópico tiene en Coímbra a su mejor intérprete, lo cual se traduce en la pintura no solo del detalle físico, sino en la traducción del alma misma de las cosas. Ved cómo describe una tempestad en medio del lago Itonamas:

> Anocheció.
>
> El piélago agitado acentuó un rumor de tromba. Impelidos por furioso vendaval, empezaron a moverse velozmente los islotes en un espectáculo grandioso y complejo de ceguera cósmica… Luces y ruidos… Por momentos arreciaba el retumbo del chubasco, alarmándonos el fuerte y seguido gotear por dentro de los toldos. Resbalando por los cueros y filtrándose en los batelones el agua henchía la madera y la estopa.
>
> Los relámpagos tornaban a encorvarnos por la fuerza sobre el bamboleante batelón a la deriva… Todos aterrados oíamos cómo las olas golpeaban los tablones con sus manoplas, pareciéndonos que las islas, con nuestras barcazas, eran el centro de un gigantesco torbellino… Pájaros agoreros, con graznidos lejanos y lúgubres, comenzaron su sonata maldita… Sobre aquel océano-fantasma, ausentes de todo paisaje, yacíamos como agobiados por algo oscuro y terrible que se cernía en nuestras vidas… ¡Era el surazo en pleno! ¡El azote que aplasta y disgrega las selvas a su paso…!
>
> Vimos que los guarayos tenían el coraje, estirando la cabeza, de mirar el firmamento con aires de estrelleros de los tiempos de Galileo… A la luz de los relámpagos, tornasolaba el lomo viscoso de los saurios, cuyos ojos sin párpados nos miraban fijos y vidriosos… Un siniestro ruido de crótalos les hacía cortejo…

Los peligros de la selva… Coímbra relata una de tantas escenas y lo hace con el verismo único de su pluma:

> Fresca estaba la historia de doña Adelaida Pedraza.
>
> Su marido, don Isidro Hurtado, dueño de El Tacuaral, emprendió viaje al Acre, llevándose víveres en cuatro monterías. Y, como hacía poco que se había casado en Huacaraje, no se animó a dejar a la mujer tan sola durante un tiempo que sería tan largo. Era bonita doña Adelaida, aunque –decían las gentes– un poquito "acopaibada".
>
> Acamparon por una de esas márgenes del Iténez, lindas por las arboledas de tajibos. Encontraron varios mutunes y un jochi, carne rica para el pacumuto; a la orilla del fuego, charlando y bostezando, se quedaron hasta bien entrada la noche. Así que a la madrugada –en medio del sueño– aprovecharon los bárbaros para asaltarlos, lanzando gritos tremendos. Sin atinar a nada –¡ni siquiera a tomar los rifles!– mozos, patronos y todos corrieron despavoridos, empujando los batelones y, con más barullo que tiempo, se lanzaron río adentro.
>
> Al cabo, el peligro quedó atrás.

> Comenzaron entonces a preguntar por doña Adelaida. ¡Nada! La buena mujer había desaparecido…
>
> Durante muchos años todos estuvieron seguros de que vivía la señora. Y más seguros todavía de que, algún día, uno de esos jefes de tribu aparecería heredando sus ojos celestes y su cara blanca y fina.

Coímbra tiene su léxico, como tiene también su técnica y su retórica. "Al alba del día siguiente partimos. Siempre río arriba, pecheando la corriente". "Por ahí viboreaba una senda que procedía de Guayaramerín y llegaba a Riberalta".

De estirpe de grandes autodidactas, el autor de *Siringa* no tuvo maestro ni ambiente propicio, igual que Gil, su hijo –el pintor–, que salió de la tierra natal, sin escuela ni modelos, a correr mundo, armado de los pinceles. Es que uno y otro poseen la suprema espontaneidad de la selva.

Juan B. Coímbra ha tenido el privilegio de asistir al apogeo y al ocaso de una época. Del Beni y el noroeste que él conoció ya no queda sino el recuerdo. Permanece intacto el paisaje, pero el alma que le dio vida ha sufrido una profunda transformación.

Se acabó el misterio de la tierra gumífera. Esfumóse la poesía de Baures, donde Coímbra encontró todavía los restos de la antigua organización de las Misiones. Han venido a menos el esplendor y la actividad y el viejo encanto de los pueblos itonamas, cuya capital –Magdalena– fue la cuna de la más rancia aristocracia mojeña. Uno a uno van desapareciendo los hidalgos vecinos que labraron la prosperidad de la provincia.

Con el ruido de las libras esterlinas y las caravanas de inmigrantes y los viajes a remo por las rompientes del Mamoré y del Madera y los malones de los salvajes y las grandes partidas de juego y las fiestas y las barracas rumbosas, se perdió el mito de la siringa. Mas, quedará este libro, que es como la odisea de aquella época.

A fuerza de sinceridad y de realismo, Juan B. Coímbra, acaso sin sospecharlo, modesta, silenciosamente, nos ha dejado las páginas más intensas de la literatura boliviana.

Fabián Vaca Chávez
La Paz, diciembre de 1942

Siringa
Memorias de un colonizador del Beni

De todo lo escrito por el hombre, amo lo escrito con su propia sangre: escribe tú también con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu.

Nietzsche

Primera parte
Sugestión de la selva

Reenganches en Santa Cruz

El descubrimiento de la *hevea* elástica o *hevea brasiliensis*, que sería mejor llamar *hevea* boliviana, hecho por esforzados exploradores cruceños allá por las regiones del río Beni y sus afluentes, solo fue realidad en el último tercio del siglo pasado. Llegado el año 1860 la industria extractiva de este producto ya se practicaba en las márgenes del río Madera por colonias de brasileños y bolivianos allí establecidas, pues la preciosa resina se había colocado pronto a la cabeza de los mejores artículos de exportación alcanzando halagadoras cotizaciones en los mercados de América del Norte y de ultramar. Este trabajo dio por consecuencia un progresivo comercio estimulando la población de esas tierras cubiertas por inmensos bosques milenarios y nutridas por la linfa de los grandes ríos amazónicos.

Los *mirajes*[1] que surgieron de estas perspectivas revelaron la necesidad y la importancia de todas aquellas acciones creadoras de fuentes de riqueza y representativas de la soberanía nacional en los más remotos confines.

Los hombres habían localizado ya definitivamente lo que durante la conquista fue la fascinación de la aventura castellana: la Tierra del Gran Moxo o del Gran Paitití. Pero las riquezas de "oro y pedrería" no se veían en forma precisamente mineral…

El hecho de haberse organizado los primeros centros de trabajo en los ríos Beni, Madre de Dios, Orthon y sus respectivos afluentes, tuvo profunda repercusión en todas las poblaciones del país, especialmente en Santa Cruz, cuyos hijos habían coronado las hazañas más loables.

1 Nota de los editores (NE): Espejismos. Barbarismo del término portugués *miragem*.

Cuantos cruceños retornaban del Norte, de las selvas –el Antisuyo para los Incas–, todos eran portadores de la buena nueva, encareciendo la urgencia de elemento humano, cuyo concurso era necesario para el éxito de la naciente industria.

Estos hombres referían las maravillas que habían visto en aquellas regiones de riqueza incalculable, aparejando sus relatos con la visión mitológica de sufrimientos y trabajos que confrontaba el viaje a la siringa por largos recorridos a través de caminos donde no se hallaba un alma cristiana; pampas infinitas y bosques infestados de tribus salvajes enemigas de los civilizados y prontas al asalto por traición; hablaban de las panteras y los cocodrilos, animales feroces y potentes; hablaban de las víboras y de toda suerte de alimañas venenosas que forman la fauna tropical, aparte de enjambres de insectos transmisores de enfermedades repugnantes y mortales. Se pintaba la imponencia de los ríos de bravía corriente y oleajes formidables en cuyo ámbito desaparecían las frágiles embarcaciones; o bien el misterio de los arroyos ocultos en donde acechaban enormes caimanes o pululaba la *sicurí*, serpiente que se engullía los animales después de triturarles los huesos por estrangulación. Se descubría el poder mortal de las rayas que hieren con flecha ponzoñosa, y de millares de otros bichos mortificantes, reales, aunque las más de las veces creados por la fantasía, esa fantasía que señoreaba entre las pocas ideas de la enorme masa ignorante de entonces. Hasta la falta de alimento era mentada como un castigo. Pues todavía no se aceptaba como buenos ciertos comestibles desconocidos, como los huevos de tortuga (tracayá),[2] las plantas acuáticas, algunas raíces o tubérculos, una de ellas la yuca, de donde provenía el refrescante y nutritivo chivé.[3]

Como está visto, con respecto al Antisuyo en nada había avanzado el criterio que de él se tenía en los tiempos de Guamán Poma de Ayala. Y no es de extrañarse. Medio siglo atrás, en las gentes cruceñas, sencillas y crédulas, todos los recelos florecían y se daba pábulo a todos los fantasmas. Especialmente al fantasma del “monte”, del fondo del cual, como rodeado de siniestra aurora, venía surgiendo el mito pánico de la siringa.

---

2 NE: Tortuga pequeña a orillas de los ríos (Ciro Bayo, *Vocabulario de español-criollo sud-americano*, Madrid: Librería de los Sucesores de Hernando, 2010).

3 NE: Harina de yuca entreverada con harina de maíz, o sola mezclada con agua dulce y dejándola hinchar un poco. Es una bebida muy usual en Mojos y el Brasil (*ibid.*).

Lanzas y guitarras

El pueblo cruceño, alegre y cristiano, hecho a la molicie, de pronto se encontró abocado a un problema que puso a prueba su temperamento. Era la encrucijada de la vida y de la muerte.

Una gran mayoría, aferrada al terruño y a la tradición, no encontró entonces causa ni poder suficientes para cambiar esa vida, regalada y colorida, por aquella otra que significaba peligro y coraje.

Santa Cruz de la Sierra, ciudad fundada por los más temerarios conquistadores, alimentados de carne como los pastores de Sierra Morena, fue un pueblo de lanzas y arcabuces, un pueblo guerrero y conquistador. El transcurso de tres y medio siglos de paz le hizo volver los ojos a la tierra, tornándolo agricultor. Y alimentado ya de frutas se convirtió en pueblo nocturno, en el pueblo de las guitarras y las coplas.

Pero lanzas y guitarras siempre han podido entrar en el mismo cuadro.

Hombres dotados de coraje y penetración y, sobre todo, de ambiciones: hombres en cuyas venas, si se había dormido, no perdió jamás su impulso la sangre celtíbera, reaccionaron como era de esperar. Y estimulados por los nuevos ricos, por esos gomeros que andaban con la fábula a flor de labio y su fama bien pagada de "hombres", se aprestaron lo mejor posible para marchar rumbo a lo desconocido.

Los contratistas paseaban por el pueblo su arrogante estampa. Gruesa cadena de oro les cruzaba el chaleco floreado y alto. Alardeando opulencia y con aire de manirrotos, propiciaban interminables convites y festines, accionando muy sueltos para hacer tintinear en los puños las esterlinas de sus tibies.[4]

4 NE: Gemelos. El autor se refiere a utilizar –como signo de ostentación– las monedas de oro inglesas (libras esterlinas) engarzadas como gemelos para cerrar los puños de las camisas.

Después, hartos ya de francachelas, se daban a la contratación de trabajadores, con los cuales debían incrementar el desarrollo de la industria gomera.

Estos personajes traían, en realidad, abundante oro, de aquel buen oro del Banco de Londres. A su influjo surgieron los reenganches de peonada, primero en forma franca, pero más tarde, cuando entraron en acción los especuladores, viciada y clandestina, y por último, en pleno imperio de la mala fe que lo sumía todo en uno, como comercio de negrería, con la intervención de funcionarios armados que imponían el cumplimiento de las leyes creadas a raíz precisamente de tan especial situación.

Los conquistadores

Andando los meses y al ejemplo de algunos expedicionarios a quienes acompañó la suerte, la gente moza se contrataba resueltamente. Unos, calculando realizar a corto plazo una fortuna que les permitiera volver a compartirla con los suyos, en medio de las comodidades y del placer burgués. Otros, en la simple confianza de sí mismos, creían llegada la oportunidad para probarse. Los más, llevados casi instintivamente de lo misterioso y romántico de la fábula. Así, en cada pelotón se destacaban no pocos muchachos encandilados con el espíritu de la época creyéndose conquistadores de "El Dorado Fantasma", como llamó a esas tierras el padre Constantino Bayle.

Los hombres se echaban a gozar por anticipado, derrochando en música, bebida y mujeres –sin pensar en lo que pudiera venir– todo el dinero que recibían de sus contratantes como anticipo. Las esposas o las novias se encargaban de la buena alforja, y no decimos las madres, que ninguna madre del mundo manda a sus hijos a una de estas empresas tan arriesgadas como la misma guerra.

No hay para qué detenerse en patentizar el desenvolvimiento de los reenganches que, por los métodos fraudulentos e ignominiosos que emplearon algunos agentes, llegaron a la más tenebrosa celebridad. Se reclutaba hasta entre los párvulos y se robaba a los sirvientes. Pero esto no era lo malo, sino la forma violenta y atentatoria con que después se procedía a conducirlos. Y no queremos describir tales cuadros, pues comprendemos que semejantes fenómenos sociales se han repetido siempre, donde quiera que habiéndose descubierto riquezas extraordinarias se haya requerido imperiosamente el aporte del brazo humano para su explotación.

Cabe hacer constar que –como lo veremos después– este movimiento convergente a la región gomera interesó también a muchos paceños que pronto rompieron lanzas poniendo en alto su espíritu valeroso, con más fortuna que los emisarios del Inca. Transpusieron la sierra escarpada y vencieron las terribles quebradas de los ríos hasta llegar a la tierra deseada. Y también –cuando el auge de la siringa fue pregonado dentro y fuera del país– concurrieron al Beni sabios y aventureros oriundos de otros pueblos del mundo.

Mauro

Dos vías se hallaban habilitadas para viajar de Santa Cruz hacia el Beni. La más frecuentada tomaba rumbo al Norte pasando por la población de Portachuelo (capital de la provincia del Sara), el cantón Palometas y varios establecimientos agropecuarios importantes, hasta dar con Cuatro Ojos, puerto oficial en el río Piraí, en un recorrido de 30 leguas.

Allí empezaba la navegación que, en ciertas estaciones del año, dependía de las crecientes de dicho río, tal como ocurre en todas las precipitadas corrientes que no se detienen hasta estar encauzadas en las grandes cuencas fluviales.

Las embarcaciones, impulsadas a remo, navegaban dos o tres días para llegar al río Grande o Guapay, y otros tantos hasta la confluencia del mismo con el Chapare, desde donde surge imponente el río Mamoré, cuyas aguas tumultuosas cantan un salmo de vida, haciendo florecer estancias industriales, pequeños rancheríos y poblaciones.

Quizá esta fue la ruta seguida por los remotos intentos de conquista inca, como por las empresas de españoles que se alistaron en Charcas, desde 1539 hasta 1570 (Pedro de Candia, Pedro de Anzures, Gómez de Tordoya, Juan Nieto, Luján Álvarez Maldonado, entre los pocos que recordamos).

La otra ruta se orientaba al Noroeste por el camino que conduce a las poblaciones de Chiquitos, misma ruta que desde el siglo XVI vino tragándose vidas no solamente de cruceños, sino de mercenarios contratados en Lima, Potosí o Buenos Aires. Recuérdese al gobernador Suárez de Figueroa (1580), a Torres Palomino (1595) y, sobre todo, recuérdese aquella aciaga

expedición del gobernador don Juan de Mendoza, cuya gente amotinada cayó bajo el fusilamiento o pereció en la fuga, a la desbandada.

Por Chiquitos entró Aguilera,[5] cuando Mojos ya era una Gobernación.

⁂

En enero de 1896 se alistaron en Santa Cruz de la Sierra tres empresas de conquista conducidas por patrones felizmente ya experimentados, que gozaban de confianza por el buen trato que daban a su personal. Comandaba una de estas empresas el Dr. Feliciano Antelo, abogado que llevaba el propósito de ejercer su profesión en los distritos judiciales recién establecidos, a la vez que realizaba negocios ayudado por la gente de su dependencia. La otra, don Ramiro Justiniano, estudiante de medicina, distinguido por su capacidad intelectual y apreciado por sus cualidades de nobleza y generosidad. La tercera, otro joven, don José Hurtado Justiniano que, como los anteriores, era un espíritu inquieto y emprendedor; había renunciado a los libros y aprendizajes de otro género, enrolándose en las primeras expediciones que respondieron al descubrimiento de la *hevea*.

Acompañaba a este último su hermano Mauro, de 23 años, talludo, de espesas cejas negras y una temprana voz grave. Carácter impulsivo. Testarudo y temerario. Bueno para los puños, sus compañeros requerían de su sociedad para gozar de su buen humor al par que por la secreta admiración que despertaba su fuerza siempre al servicio –oficiosamente– de reparar agravios. Recordamos mucho su gesto habitual cuando, sabedor de que alguien nos golpeaba y todos callaban el nombre del agresor, se plantaba en el centro del grupo echando chispas.

—¡Je! A ver, ¡que salga el más pintao!

Y claro, no salía nadie.

Si pudiéramos dar por menudo detalles de las actitudes peculiares de Mauro Hurtado Justiniano, espécimen ya no generalizado por desgracia en nuestra sociedad; si pudiéramos atender a su biografía desde los días de la infancia hasta aquellos de su influencia –resumidora de toda la influencia cruceña en el Beni, máquina creadora de esa epopeya de la siringa–; si pudiéramos atender a los estímulos, variantes y justificaciones de su conducta (aunque solo fuera así como trazamos este libro, sin

5 NE: Francisco Javier Aguilera (1782-1828), militar cruceño que combatió en la Guerra de la Independencia a favor de España.

especulaciones, sin aguzar ni ingenio ni perspicacia, que no tenemos, nutrido únicamente de observaciones directas y objetivas), con esta sola vida tendríamos materiales de sobra para un libro revelador.

Mauro fue, en nuestro viaje a la selva, nuestro apoyo y garantía.

La ondulación de su conducta, la angulosa sucesión de rasgos antipódicos de violencia y generosidad, de genial ceguera de la fuerza y serena eficacia del bien –tan característicos de un pueblo recién despertado al porvenir– infundieron un sentido de drama en nuestra empresa y en nuestra vida, puesta en el corazón de lo ignoto.

Integraban el grupo de don José algunos artesanos, campesinos y mozos conocidos suyos. Leoncio Sosa, colorado como una hormiga (por lo que le llamaban jorebaré[6]), iba con Asunta Languidey, su mujer. Telésforo Pinto, Eulogio Suárez, Baltazar Peredo, Ceferino Ardaya, Hermógenes Roca, Policarpo Añez y nosotros dos con Mauro.

En el pescante, de carretero, estaba el viejo Espiridión Ortiz.

---

6 Pequeña hormiga colorada.

Nicolás Cuéllar

También venía con nosotros un adolescente de 16 años que se incorporó a nuestra cuadrilla de puro mosquetero.[7] Era un precoz. Había ya vencido la instrucción secundaria, pero vivía sin consejos ni orientación saludables. Se llamaba Nicolás Cuéllar. A las dos puertas, sobre la misma calle de nuestra casa en la calle Velasco del barrio de San Roque, vivía su familia.

Nico, como se le decía, no conoció a su padre de cuya lejana ascendencia hidalga tenía referencias y documentos que le hacía saber su abuela, una veterana dada a las lecturas y a los papeles. Su madre, brava criolla garrida y valiente, con solo su trabajo había sostenido su educación y la de sus hermanos. Cuando Nico estaba en tren de hablar nos revelaba sus impresiones de infancia. Recordaba difusamente –y solo tenía tres años de edad– cómo sus familiares lo sacaban por las madrugadas para enseñarle el cometa, visible a esa hora, en los primeros meses de 1882.[8]

—Yo no podía abrir los ojos, pero cuando me preguntaban si lo había visto contestaba que sí, a fin de que me volvieran a la cama.

También conservaba el recuerdo de angustia colectiva que produjo la epidemia de viruela. Una carreta, con aires de "carreta del otro mundo", precedida de gritos que lanzaban los camilleros previniendo a las gentes, recorría las calles transportando enfermos al lazareto y cadáveres al cementerio.

---

7 NE: Alusión a la fuerte amistad que caracteriza las aventuras de los personajes de la novela *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas, publicada en 1844.

8 NE: Fue conocido como el "Gran Cometa de 1882" debido a que podía ser observado incluso de día. Sin embargo, hay una imprecisión –o licencia novelística– en la referencia: fue avistado en septiembre de 1882, es decir, durante los últimos meses del año.

—Pasaba rechinando por nuestra puerta, que mi madre cerraba toda azorada. Unas banderolas rojas señalaban las numerosas casas infectadas por la peste.

Su sensibilidad estuvo así ejercitada desde temprano. En los años subsiguientes a la viruela, oyó las quejas de los vecinos considerando las calamidades que los afligían. Esa gente estaba cierta de que eran castigos del Cielo por los vicios y la corrupción reinante. Se apoyaba en que el padre Cabot, un franciscano vagabundo, había pasado prediciendo mayores desgracias, para lo que exhortaba al arrepentimiento y la firmeza de la fe.

Como todas estas cosas de tono fabuloso se prestaban a las pullas, Mauro, que quería entrañablemente al muchacho y se sentaba a su lado para oírle, siempre sacaba cara por él gritando:

—¡Sosiéguense ustedes, carajo! ¡No hacen pizca de gracia!



Las tres caravanas citadas tomaron la ruta de Chiquitos. La primera impresión fuerte que recibimos los viajeros fue la que nos causó el río Grande, a 15 leguas de la ciudad, que por estar de avenida con las torrenciales lluvias ostentaba una anchura mínima de media legua. Parecía una gigantesca lombriz viscosa que se moviese por la llanura. Su corriente, entre malvones y atronadoras olas, arrastraba a lo largo de su recorrido una tupición de árboles arrancados de cuajo. Semejante espectáculo, apavoraba[9] el ánimo aun de los individuos con él familiarizados.

Nosotros –gente bisoña y timorata– no podíamos imaginar cómo habríamos de pasar sin peligro de nuestra vida tan estupendo obstáculo. Pero ahí estaban los vaderos,[10] domadores del vórtice bravío. Ellos, asistidos por sus hercúleas fuerzas y confiados en su habilidad para nadar horas y aun días enteros, empezaron a transportar, de orilla a orilla, personas, animales y carga, imperturbables y seguros, entre el bufar de las bestias y el desasosiego de los viajeros. Nos encomendábamos a todos los santos, tocándonos el pecho para ver si teníamos aún los detenes[11] y las medallas

---

9 NE: Probablemente, de empavorecer: llenarse de pavor, miedo, espanto, sobresalto (*Diccionario de la lengua española,* vigesimotercera edición en línea, Real Academia Española, 2014; RAE de aquí en adelante).

10 NE: Personas dedicadas a vadear el río, es decir, cruzarlo sorteando la corriente por lugares donde se pudiera hacer pie.

11 NE: Un *detente* es un escapulario o trozo de tela con la leyenda “Detente, bala” o “Tente, bala” que llevaban junto al corazón algunos soldados de las guerras españolas de los siglos XIX y XX (Cecilio Nieto *et al., Don José Nieto, maestro nacional*, España: Editorial Club Universitario, 2012).

benditas de las despedidas. Y permanecíamos mudos, con ambas manos tomadas del duro borde de las “pelotas”.[12]

Estas “pelotas” eran cajas de cuero vacuno dispuestas de tal suerte que hacían las veces de chalana,[13] sostenidas por livianos troncos utilizados como flotadores. Afuera de cada pelota, en medio del río, nadando con una mano y asidos con la otra, precavidos, vigilantes, remaban los vaderos. Parecían vikingos haciéndose a la mar. Bien ceñido el cinto que agarraba el machete cruzado por detrás de los riñones, peleando con las olas y la empalizada,[14] ganaban la orilla opuesta después de haber bajado con la corriente varios tornos[15] desde el punto de partida. Los puertos de llegada, por eso, siempre quedaban muy distantes.

Pero benéfica reacción produjo en nuestro espíritu esta primera experiencia. Admiramos la valentía de aquellos hombres y nos convencimos, una vez más, del poder de la voluntad.

Otras 15 leguas a través del bosque, cada vez más crecido, formaban el resto del camino. Prevenidos contra los salvajes cuyas huellas se descubrían de tanto en tanto, llevábamos los rifles bala en boca. Que los bárbaros, si vencen, no es por el poder venenoso de sus flechas ni por la rapidez de sus ataques, sino porque jamás muestran la cara, seguros de la eficacia de la traición.

Los salvajes que poblaban esta zona (sirionós, yaminahuas y chapacuras) constituían agrupaciones primitivas, tribus nómadas de vida vagabunda cuya única preocupación era satisfacer por cualquier medio su subsistencia, buscándose arriba y abajo los elementos de su nutrición. Por eso eran peligrosos. Cuando llegaba para ellos la estación de los peces, infestaban la orilla de los ríos poblando las umbrías de espinas de pescado y esqueletos de caimán. Agotado este recurso, dirigían las flechas hacia los animales del monte o la cacería de aves, que abundaban en tales o cuales sitios. Luego gustaban nutrirse de frutas y entonces se trasladaban a la región de los árboles frutales. Por este imperativo, tales bárbaros llevaban una vida errante. No cultivaban la tierra como los mojos. Eran belicosos y sanguinarios.

---

12 NE: Batea de piel de vaca que usaban en América para pasar los ríos personas y cargas (RAE).

13 NE: Embarcación menor, de fondo plano, proa aguda y popa cuadrada, que sirve para transportes de poco fondo (RAE).

14 NE: Barricada de troncos atracados al pie de las barrancas en que terminan las curvas de los ríos (Bayo, *op. cit.*).

15 NE: Vuelta o codo de un río (*ibid.*).

Al atardecer de un día caluroso, los caravaneros nos mostraron, a orillas del río San Miguel, la barraca de San Julián. Cuando llegamos al puerto, ya la noche había caído, pero el día aún parecía temblar allá en los confines de la pampa…

Carabelas

Grata sorpresa causó a los viajeros la vista del puerto bautizado con el nombre de San Julián, no sabemos si por el conde de Andalucía que peleó contra el rey Rodrigo, o por el santo obispo de Cuenca. En la margen derecha del río, hinchado, se destaca la casa de hacienda, perteneciente entonces al Dr. Guillermo Velasco.

Para vincular los pueblos de la provincia Velasco con los de Ñuflo de Chávez y las misiones de Guarayos, había desde este puerto un camino terrestre, mucho más socorrido que el que acabábamos de dejar.

Los viajeros nos sentíamos felices de la travesía. Nos figurábamos haber llegado al término de nuestra peregrinación y sin experimentar mayores cambios, es decir, no vislumbrábamos siquiera remotamente los brutales trabajos que nos esperaban. Coincidiendo con nosotros, llegaron los batelones[16] tripulados fuertemente por neófitos guarayos.

La sola contemplación de esas cáscaras de nuez, en que nunca nos habríamos atrevido a embarcarnos y que tenían que soportar, a más del equipaje, el crecido número de los viajeros, produjo en nuestro espíritu el pavor de lo ignoto. Vino a nuestra imaginación la escena del adiós, allá en Santa Cruz, cuando nuestras madres con su llanto nos daban la medida del sacrificio que hacían: los unos que partían y los otros que quedaban en espera… Sin embargo, igual que en esa dolorosa despedida, serenados los espíritus tras el primer paso, sostenidos por la fe en Dios que da campo a la esperanza, el corazón se sosegó mezclando a los temores un imperceptible escozor de curiosidad.

---

16 NE: Embarcaciones a remo, de mediano calado, que sirven para la navegación y el transporte por ríos y arroyos (*Expresión poética del Beni*, César Chávez Taborga, La Paz: Plural editores, 2005).

En el fondo del río, las barcazas tiraban de sus amarras quebrando el reflejo del cielo. Los indios preparaban sobre ellas anchos camarotes de *palla*.[17]

Pero no todos estaban resignados. No todos miraban la corriente del río San Miguel con los ojos redondos de quien mira lo inexorable, de quien asiste a la hora del destino. Había pechos dentro de los cuales la opresión se les subía a la garganta y les manaba por los ojos y renegaban del atolondramiento que había primado en su resolución. Por volver al lado de los suyos, allá en la dulce casona familiar, hubieran querido que se operase un milagro.

Tal vez por esas reacciones inacallables en el hombre, fue que los patronos cambiaron de conducta con la peonada, distinguiendo y llamando cerca de sí a los más resueltos y acabando la amiganza[18] que hasta entonces había reinado entre nosotros.

Una mañana de color muy malva la naturaleza se despertó como intocada. Las cosas del orbe presentaban la virginidad de los recién nacidos… nos sentimos como empequeñecidos e inocentes… Tras de hincar los remos, el agua comenzó a rebullir… Nuestros caracoles eran carabelas sin mástiles ni lona.

Al fin, partimos…

Partimos como los argonautas tras el vellocino.

---

17 Hoja de palmera *cusi*, abierta para el techado.

18 NE: Camaradería.

El río San Miguel

Es el de más largo curso en la hidrografía nacional y puede decirse que es la arteria más substancial del suelo boliviano. Nace en el departamento de Chuquisaca, recorre la provincia Cordillera del departamento de Santa Cruz, insumiéndose en los arenales del Izozog. De allí reaparece con el nombre de Parapetí y, rumbo al Norte, ofrece su linfa a muchos pueblos llaneros, atravesando los paralelos que abarca la planicie oriental, hasta llegar al lago de Concepción, en Chiquitos. Vuelve a formarse y sale de allí con el nombre de San Miguel, y más tarde el de San Julián y, finalmente, sirviendo los intereses de las Misiones de Guarayos, el de San Pablo, confundiendo, por último, sus aguas con el gran lago de San Luis o Itonamas. Río histórico. Brindó su corriente a los colonizadores españoles. Dio recurso a los guerrilleros de la independencia. Presenció las luchas de los indomables chiriguanos (sirionós y otros grupos) contra la dominación de los blancos. Y, por último, ha pocos años, se tiñó con la sangre de los defensores del Chaco.

La ruta que emprendimos era de reciente practicabilidad. Dos años antes, en 1894, había sido explorada y utilizada por el Dr. Velasco –el propietario de San Julián–, a quien siguieron otros bucaneros de la selva, que hallaban estímulo en el ejemplo de los padres conversores de las reducciones guarayas que quedaban más adentro.

Cabeceaban los árboles sobre las márgenes del río. Su poca anchura trajo confianza a los novicios. Las carabelas bajaban blandamente, más por un mar de verdura que de agua. La corriente se mostraba mansa. Pero de pronto vinieron las sorpresas del *manechi*.[19] Y a los pocos días la sorpresa de las cachuelas.[20]

---

19 Mono grande, peludo.

20 NE: Del portugués *cachoeira* (cascada). Rauda o caída que en el Oriente forman

Cuatro grandes pedrones sordos y enhiestos represaban la corriente dejando solo espacios breves por entre sus redondas cabezas. De un salto violento, el agua se convertía en polvo que subía en espirales a confundirse con las nubes. Había un bullicio ensordecedor y extraño, como de antros rotos y pájaros siniestros. El sol –a intervalos– nos hincaba sus doradas espinas castigando a nuestros nervios tensos.

Pero no hubo desmayos.

Gobernados a gritos por los sudorosos pilotos, encostamos con movimiento rápido y, maniobrando con unas sogas desde tierra, hicimos pasar los batelones con relativa facilidad. En todos los rostros renació la alegría. Y los nuevos cuatro saltos –unos más fieros que otros– que embarazaban al viajero ya no requirieron de tanto cuidado para ser superados. Pero en cada uno de ellos los baqueanos,[21] entre bocanadas de humo y salivazos, tornaban a comentar lo "bagatelas" que eran tales correntíos comparados con las grandes y temibles cachuelas del Mamoré.

Por la encorvada espalda de los guarayos caía a chorros el sudor que iba a reunirse en los riñones. Accionaban los remos con sus atléticos músculos y solo dejaban de hacerlo un instante para espantar algún tábano o simplemente para ensalivar las manos.

Empleamos ocho días en el trayecto de San Julián a San Pablo, hallándonos ya en la jurisdicción de las Misiones.

Por este último pueblo cruceño que impone su nombre al río San Miguel seguía un camino de tierra que conducía a los pueblos mojeños del Mamoré, frecuentado en tiempo seco –de junio a diciembre– por numerosos comerciantes rescatadores de ganado para Santa Cruz. San Pablo, por esos días, se hallaba en el proceso de su organización.

Los padres franciscanos Doménico –italiano como su nombre lo anticipa–, Wolfgang –austríaco– y otros más, tenían a su cargo el gobierno de pequeños centros de aborígenes diseminados en la zona. Gozaban del respeto y el recuerdo agradecido de todos los viajeros, por el socorro que tributaban con diligencia a quien quiera que se aventurara por tan recónditos parajes. Por esos tiempos estaba en todo su

---

algunos ríos en olas gigantescas, con remolinos al pie que abarcan de un extremo a otro de la orilla en una anchura de centenares de metros. Por esta causa las embarcaciones se descargan, transportando la carga por tierra hasta reembarcarla en el punto donde el agua está mansa (Bayo, *op. cit.*).

21 NE: Guías prácticos de un terreno. El baqueano es hombre que ha debido de andar mucho y tener buen ojo para reconocer lo andado (Bayo, *op. cit.*).

vigor la hidalga costumbre de hospedar al peregrino, proporcionándole todo lo mejor que pudiera tenerse para rehacer su cuerpo y confortar su espíritu, y los franciscanos eran en verdad un brazo del santo pobrecito de Asís.

Los bárbaros

Una semana estuvimos en la misión de San Pablo. Al cabo, arreando alforjas, capachos nuevamente repletos y calafateadas ya las barcazas harto resentidas por el uso, buscamos nuestros puestos en los batelones. Y de nuevo entre cielo y agua. Entre orilla y orilla, cada vez más pobladas de monos y guacamayos.

Cierta tarde baja y nebulosa, a don Espiridión Ortiz, piloto de nuestra nave, le vino la idea de que su cuerpo necesitaba algún estimulante. Lo sentía "quebrao". De entre el aparejo de cargas sacó una botella de fino y transparente resacado,[22] a cuya sola vista todos sintieron que se les había secado la garganta… Y soplaba un vientecillo delgado que escarmenaba la copa de los árboles.

Al ritmo de los remos fue circulando el *jumechi*.[23] Los mozos limpiaban con la mano el pico de la botella y chupaban un trago, según la costumbre. Pronto, en bulliciosa alegría, desbordó el ánimo de la tripulación.

Llegó la noche.

Elegida la pascana[24] para pernoctar, encallados los batelones, encendidos los fuegos y atadas las hamacas, alguien –como tenía que ser– sacó la guitarra. A su conjunto se allegaron la caja y las mandolinas. Y comenzó una media jarana que duró hasta muy adentro de la madrugada. Fue la primera noche de disipación de nuestros hombres, que harto la necesitaban para amodorrar mejor los cuerpos tan castigados por la intemperie.

---

22 NE: El aguardiente dos veces pasado o sacado por alambique (*ibid.*).

23 NE: Aguardiente (Alfredo Flores Suárez, *La virgen de las siete calles*, 1941).

24 NE: Voz del quichua. Desatar, porque en las pascanas, jaras o altos en la marcha se alivia de su carga a las bestias y antes a los indios. Las pascanas son lugares en despoblado, donde se descansa o pernocta en un viaje (Bayo, *op. cit.*).

A la mañana siguiente y al alba, como es costumbre, y por entre una baja neblina que subía del rocío, cada cual tomó su embarcación llevando a cuestas su bolsa, casi sin tiempo para saborear en paz el pocillo de café que nos alcanzaban las mujeres.

—¡Listos! –gritó el jefe desde el timón.

Dos peones metidos en el agua empujaron el batelón a la corriente y pronto, a favor del viento, estuvimos río abajo. Dejamos el monte con su olor a brea y a pescado frito.

No habíamos bajado ni un torno y aún se veía el humillo de nuestro campamento, cuando una lluvia de flechas comenzó a rasgar el aire.

—¡Los *choris*![25] ¡Los *choris*…!

El piloto y los remeros eran el blanco.

Nos sunchó Mauro:

—¡Agáchense!

En su expresión nosotros vimos el peligro.

Tratamos de refugiarnos, pero como el fondo de la embarcación estaba tan lleno y el atolondramiento era tan grande, solo el instinto nos guió, en medio del pánico, a replegarnos del lado opuesto a los flechazos. La embarcación se inclinó de tal modo que estuvo a punto de zozobrar…

El griterío de los viajeros se mezclaba con el *japapeo*[26] ensordecedor de los salvajes. Nos parecía que los bárbaros, mientras unos estiraban sus arcos, otros tocaban tambores y se lanzaban a nado sobre nosotros… Para colmo de males, no se veía al enemigo y el viento, meciendo los árboles, multiplicaba la impresión agigantando fantásticamente el peligro.

Los del batelón trasero, dando grandes voces, pedían auxilio a los compañeros que –por mejor tripulados– nos llevaban la delantera. Pero sus jefes no nos hacían caso pues –como en la vieja fábula– a costa de simular estos asaltos con algazaras semejantes, habíamos perdido el crédito.

Pero una de las tripulaciones dio media vuelta y tras de ella, la otra. Repartían tiros por el aire y las mujeres en el camarote daban chillidos desconcertantes. El viejo Ortiz ordenó ¡a todo remo! para salir de la zona de peligro y, por fin, torcida la punta del torno y tras de avistado un sitio propicio, encostamos para reparar los desperfectos.

---

25 Nombre que se le da a los indígenas de vida nómada. En lengua guaraya significa extranjero, bárbaro.

26 NE: El jaleo de manos o palmoteo que acostumbran los indios del Oriente, con acompañamiento de voces y alaridos para provocar al combate (Bayo, *op. cit.*).

Mauro sacó dos flechas del tablón del leme[27] y, en seguida, a los lloros lastimeros de Asunta Languidey y una sirvienta, todos abrimos tamaños los ojos: otra flecha, traspasando el camarote, había herido con milagrosa precisión a la sirvienta en la nariz y a la otra en el oído, dejando a ambas en medio de un temblor entrecortado.

Leoncio Sosa comenzó a lavar a su mujer recogiéndole la sangre en una tutuma.[28] El resto de la mozada, parloteando con desenfado, se dedicó a remover sacas, calafatear los agujeros, ajustar las guascas y luego a bañarse la cara y los brazos sudorosos.

—Elay[29] lo que sacás vos por meterte a cantor…

—¡Vos, hombre, que has traído la guitarra!

Unos a otros se recriminaban. Y en los comentarios no faltó quien se adjudicara serenidad y valor, y aun quien afirmara haber visto a los salvajes por la orilla, saltando entre los pajares. Lo cierto es que hasta los que pelaron las armas lo hicieron a la buena de Dios, sin puntería, como se hacen las cosas cuando se está atufado.

Cuatro días después, Leoncio quedó viudo.

---

27 NE: Timón (RAE).

28 NE: Recipiente hecho de la piel de la calabaza seca.

29 NE: Locución interjectiva que resulta de la contracción de “Helo ahí”, pero que tiene otro significado. Es una exclamación de sorpresa, enfado o disconformidad (Hernando Sanabria Fernández, *El habla popular de Santa Cruz*, La Paz: Librería editorial Juventud, 1975).

Sur[30] y chilchi[31]

Cuando entramos en tierras vecinas a la jurisdicción del Beni, comenzaron a menudear los encuentros con pequeñas canoas que pasaban arribando.[32] Otras que habían salido de San Julián después de nosotros nos dieron alcance y nos pasaron. Eran las famosas "comisiones" o "propios", los chasquis del agua que empleaban ya sea las autoridades para comunicarse con los lejanos pueblos de abajo o ya sea los estancieros para ir a los predios vecinos. Al divisarnos desde el extremo del torno, tocaban –y nosotros también– una trompa de cuerno y enarbolaban una banderola hecha de cualquier camisa. Era la consigna. En una de estas canoas fue reconocido un señor Serrate, vecino de Magdalena, y don Francisco Landívar que, según se dijo, era el nuevo subprefecto del Iténez.

Por cuenta de los navegantes y con la colaboración de algunos centros más próximos se efectuaba la limpieza de los ríos, cortando los puentes de los bárbaros y canalizando los camalotes[33] y las empalizadas acumulados por la corriente.

Al entrar en el lago de San Luis, el río se hacía difícil. Para ahorrar tiempo se había hecho, por terreno bajo, una zanja que lo ligaba sin mayores vueltas con el lago. Con este auxilio y mediante un corte practicado en la parte más angosta de este último, en medio de un *yomomal*[34]

---

30 NE: Viento frío austral, que dura tres o cuatro días y cuya temperatura alcanza grados muy bajos (Chávez, *op. cit*).

31 NE: Lluvia fina y ligera, llovizna.

32 NE: En este caso, quiere decir navegar río arriba, contra la corriente.

33 NE: Nombre común a varias plantas acuáticas que abundan en las orillas de ríos y lagunas (RAE).

34 Lugar pantanoso en que crece una capa vegetal que aparenta ser tierra firme.

extraordinario, se salvaba en seis horas –si había tiempo propicio– lo que de otro modo se hacía en una semana. Este lago es tan grande como el Rogoaguado.

Sobre el *yomomo* del San Luis, como jamás volvimos a ver en otras partes bajas y cenagosas de la región, se había formado, por acumulación del fofadal,[35] un denso pelmazo que se afirmaba en una trama de raíces acuáticas. Había verdaderas islas flotantes en cuya pequeña vegetación se albergaba toda especie de pájaros salvajes. Solo faltaban seres humanos para parecerse a las playas de totora de los urus en el Titicaca.

Ansiosos de contemplar la parte limpia del lago en toda su vastedad, entramos en él durante la mañana de un día sofocante después de sortear los ribazos de la zanja. Por entre el patujú[36] algunos troncos tomaban la forma y el color de los reptiles y estaban ahí como adormilados… Tocados con nuestras varas, se hundían removiendo la lama del fondo para volver a flote un poco más allá.

En el cielo se atropellaban unas nubes redondas, mecidas por un soplo ligero y alto.

Un olor denso proveniente de la disgregación de toda clase de despojos vegetales inundaba el ambiente caliginoso y húmedo. Tábanos, hormigas coloradas, bejucos, raíces de *isipó*,[37] tejían en el aire y en el agua un arabesco desesperante… Ni siquiera se podía beber ese líquido bullente y viscoso.

Pronto se nubló por completo el cielo y el viento pareció resuelto a soplar seriamente. Salimos a una ensenada. Sobre las aguas bajaron nubarrones grises y blancos que se perseguían y toda la superficie empezó a moverse en una forma amenazante…

Anocheció.

El piélago agitado acentuó un rumor de tromba. Impelidos por furioso vendaval, empezaron a moverse velozmente los islotes en un espectáculo grandioso y complejo de ceguera cósmica… Luces y ruidos… Por momentos arreciaba el retumbo del chubasco, alarmándonos el fuerte y seguido gotear por dentro de los toldos. Resbalando por los cueros y filtrándose en los batelones el agua henchía la madera y la estopa.

---

35 NE: Tremedal. Terreno pantanoso, abundante en turba, cubierto de césped, y que por su escasa consistencia retiembla cuando se anda sobre él (RAE).

36 Platanácea. Se cría en matas de mucha hoja, en lugares pantanosos.

37 Como el *tarope*, planta acuática que forma "colchas" de gran resistencia. La hoja redonda y pulposa engorda al ganado.

Los relámpagos tornaban a encorvarnos por la fuerza sobre el bamboleante batelón a la deriva… Todos aterrados oíamos cómo las olas golpeaban los tablones con sus manoplas, pareciéndonos que las islas, con nuestras barcazas, eran el centro de un gigantesco torbellino… Pájaros agoreros, con graznidos lejanos y lúgubres, comenzaron su sonata maldita… Sobre aquel océano-fantasma, ausentes de todo paisaje, yacíamos como agobiados por algo oscuro y terrible que se cernía en nuestras vidas… ¡Era el surazo en pleno! ¡El azote que aplasta y disgrega las selvas a su paso…!

Vimos que los guarayos tenían el coraje, estirando la cabeza, de mirar el firmamento con aires de estrelleros de los tiempos de Galileo… A la luz de los relámpagos, tornasolaba el lomo viscoso de los saurios, cuyos ojos sin párpados nos miraban fijos y vidriosos… Un siniestro ruido de crótalos les hacía cortejo…

La tempestad había deshecho, en poco tiempo, el angosto paso abierto a tanto costo a través del *yomomal*. Cuando amainó la lluvia, continuando en forma de chilchi, pudimos advertir que estábamos aprisionados muy lejos de nuestra ruta, entre una empalizada y en medio de un limo verde sobre el que pululaban batracios de toda especie. Arrimados a unos troncos y aún poseídos por el recelo de misteriosos peligros que agrandaba la oscuridad, pasamos el resto de la noche.

El lejano fulgor de la aurora reanimó nuestro cuerpo dolorido.

Dos o tres ruidosos bostezos de los indios, algunas maldiciones en su lengua nativa y, entre el viento y la llovizna, de nuevo a la brega formidable.

Segunda parte
El gran Mojos

La tierra fabulosa

Al fin entramos en el remoto país cuyos distantes confines jamás pudo la leyenda precisar. Mojos –para los benianos– es concretamente el actual Cercado y la provincia Marbán. Pero para la historia es la "tierra siempre en fuga más allá de Chiquitos". No se olvide, al respecto, que hubo prefectos que actuaron en Magdalena, y aun en Baures (José de Borja, en 1843, y Rafael de la Borda, en 1845).

En cada cosa que surgía a nuestro paso, la fantasía ponía su nota fabulosa: ya eran los árboles ribereños, las pampas matizadas, los palmerales y los avestruces o ya los monstruos del agua, el bramido del *borochi*,[38] el plumaje de los pájaros y el canto lejano de la naturaleza toda.

Llegamos a un nuevo correntín[39] que pasamos sin dificultad. Las haciendas próximas se revelaban por el balido del ganado y la presencia de algunos vacunos semisumergidos entre el pastizal. Fue esta una etapa de risueña navegación.

A pocos días encontramos el río Huaracaje. Nuevos pasos rápidos en el curso del Itonama, que no eran obstáculos apreciables, pero que no dejaron de producirnos demora y alguno que otro susto. Y ya sentíamos la proximidad del histórico pueblo de Magdalena que, al influjo de su nombre, nos lo figurábamos como una cortesana inclinada sobre el río lavándose los cabellos en el agua lustral del arrepentimiento.

---

38 NE: Es un zorro esbelto y el más grande de los cánidos sudamericanos, de pelaje largo y con tonalidades pardo-rojizas. Habita en pampas, pastizales y bosques de inundación (Wildlife Conservation Society, en línea).

39 NE: Pequeña corriente submarina (Erasmo Ubera Morón y Javier Osuna García, *El lenguaje de la mar de Cádiz*, Madrid: Silex Ediciones, 1991).

Una pascana previa –para dar a los patrones la oportunidad de afeitarse y sacar la gomosa ropa de circunstancias– y a la diáfana luz de una hermosa tarde que engalanaba el paisaje con vivos cambiantes vimos por fin surgir, entre el plumero de totaíses,[40] y el mundo de los ramajes, la cruz del campanario parroquial.

De improviso apareció la garita del puerto, un airoso edificio de dos pisos, y pudimos apreciar, a cada instante más distintamente, la muchedumbre de curiosos que acudió al sonar de nuestro cuerno y al disparo de las salvas del saludo.

Como el cañonazo de los homenajes, en estas ceremonias de llegar y de salir, el Winchester tenía su parte.

Unas hábiles paletadas a favor de la corriente y pisamos la seductora tierra de la provincia del Iténez.

40 NE: Variedad de palmera común en el oriente boliviano. De la pulpa de su fruto se extrae un aceite muy apreciado por sus propiedades cosméticas y farmacológicas.

Santa María Magdalena

Es un pueblo como todos los del Oriente de Bolivia, por su aspecto urbano y por las costumbres de sus habitantes. De modo que nosotros verdaderamente nos creíamos en “nuestra casa”, como repiten los periódicos de la capital al saludar el arribo de algún personaje de campanillas. Y es lógica tal semejanza: desde los días coloniales, y con mayor intensidad en los tiempos de la República, cruceños fueron los gobernantes, los párrocos, los maestros de escuela, los administradores de los bienes del fisco y de la Iglesia; los comerciantes, industriales y artesanos que figuraron en las primeras planas de fundación de todos estos pueblos. Influencia cruceña, con todas las virtudes y defectos de la raza, fue la que se esparció por todo el ámbito de la llanura boliviana, desde el Matto Grosso hasta los Andes.

Bastaría citar algunos de los nombres de los jefes de familia que encontramos a nuestra llegada para saber de lo cruceña que era la sociedad de Magdalena: don Ángel María Dorado, don Gabriel Ortiz, don Hipólito Fernando Durán, don José y Andrés Arza, don Alexis Suárez, don José R. Muñoz, el notable don Pedro Manuel Hurtado, don Simón Dorado, don Nicómedes Ortiz, los jueces Dr. Manuel María Durán y Soleto, Ángel Salvatierra y Elizardo Pedraza Bravo, el cura José Lorenzo de Velasco, etc., todos apellidos solariegos, que dan la idea de un padrón de los tercios castellanos destacados a las campañas de Flandes.

Los cambas, como se llama generalmente a los indios del Beni, los cambas itonamas, formaban –como es natural– la gran mayoría del pueblo, siendo notable la circunstancia de que muchos de ellos hubieran sabido ya expresarse en castellano para sus relaciones con los *carayanas*, nombre que se daba –también de un modo general– a los blancos. Solo dentro de la

familia y en sus manifestaciones de regocijo usaban el dialecto que tiene voces flexibles, de amplio significado, a la vez que palabras sintéticas de dicción sonora y precisa.

La epidemia de viruela que en 1896 asoló a toda la comarca, viniendo de Santa Cruz, destruyó los troncos raciales, las clásicas cepas aborígenes, dejando solo los retoños. De aquí que se compactara mejor toda la generación de mestizos y criollos, en cuyas venas circulaba esa sangre de vaqueros y cazadores –con veleidades de artistas– de los nuevos indios.

El itonama es sobrio y de costumbres regularmente honestas. Fuerte para el trabajo. Limpio, obediente y laborioso. El alma recelosa que trae de la selva se aquieta en la comprensión de la lealtad y el honor en el sentido castizo. Incorporado a la familia cruceña, se tornó expansivo y obsequioso.

Ya definitivamente de espaldas al monte y rescatados por la civilización, los hombres visten camisa, pantalón y una chaqueta corta (cuanto más corta, más elegante), aunque existe la minoría conservadora que se aferra a la camiseta, túnica de algodón, blanca y larga, con pequeñas guardas de vivo color por los costados, camiseta que para el trabajo amarran a la cintura con una faja recamada de dibujos.

Las mujeres, tradicionalistas por esencia, solo han aceptado embellecer el tipoy[41] con flecos y adornos, cuando no se los mandan hacer de zarazas[42] floreadas que compran a los tenderos de cosas de ultramar. Se adornan el pelo con cintas de colores simples y el cuello con varios hilos de cuentas vistosas y en las que no faltan las garras de tigre y los dientes de caimán encasquillados, así como pequeños caracoles y toda la variedad de semillas (*sirari*) pintadas que hay en los bosques.

Aficionados a la música, tocan sus flautas acompañados de tambores y, a su compás, surgen en las fiestas los cánticos y las danzas seculares, por veces diabólicas, por veces amorosas y abstraídas.

El gran día para los itonamas es el 22 de julio, en que se celebra a la "patrona", la Santa a cuya advocación se ha entregado el pueblo. Bajo la devota efigie de ojos penitentes alzados al cielo, los cabellos esparcidos y esa ostentosa capa tachonada de chaquiras con que los "donantes" se

---

41 NE: Túnica larga, generalmente de lienzo o algodón, con escote cuadrado y mangas muy cortas (RAE).

42 NE: Tela antigua de algodón, listada o floreada, ancha y muy fina (Rodolfo Oroz, *Diccionario de la lengua castellana*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1989 [1942]).

empeñan en ataviarla, florecen alrededor del *yorebabasté*,[43] armoniosas y rítmicas, las mejores piezas del folklore musical, que mueven interminables cadenas de danzantes.

Rocían su entusiasmo con una chicha espumosa y rubia, sacada del maíz o de la yuca, aunque desgraciadamente, poco a poco, ha venido imponiéndose el aguardiente con sus consecuencias desastrosas.

Pocas supersticiones tuvo que vencer la religión en el ánimo de este indio, si bien su fe se halla conturbada por resabios mitológicos, sobre todo, en algunos aspectos de la mecánica exterior. Que los jesuitas, con una visión social más inteligente que la que desenvolvieron los conversores en el Alto Perú, sin resentir en nada los hábitos del pueblo, se dieron a perfeccionar su alma, perfeccionando sus cánticos, su música, sus danzas, con que –hasta hoy– al conjuro de las campanas y de los petardos que retumban en los grandes amaneceres, contribuyen los indios al esplendor de la festividad.

Sin embargo, en las profundas capas de la indiada –impermeables a las ideas predicadas por los curas– aún se practica aquella especie de espiritismo por el cual, reconociendo a un ser superior y sobrenatural, en él los aborígenes ven al árbitro inexorable de los destinos del hombre. A este genio tenebroso lo denominan Choquigua.

En medio de una suerte de misa negra que se oficia a oscuras, en el mayor misterio, con temblor de exorcismos y ruido de manipuleos, Choquigua es invocado por los brujos que lo "sienten" e interpretan. Ni más ni menos que el oficio conocido de los yatiris entre los aymaras del altiplano. Y tal es el poder de sugestión en todo caso que, cuando la voz del augur anuncia la muerte de cualquiera de los circunstantes, el sujeto se resigna, languidece y muere, fatalmente. Hubo choquigüeros, como Andrés Guayacho, cuya fama traspasó la frontera provincial.



Los hombres que dirigían nuestra empresa y las tripulaciones nos distribuimos en los diferentes destinos que nos fueron asignados. Mauro, Leoncio, Eulogio Suárez y nosotros dos con Nico quedamos en Magdalena. Más tarde se sumaron a nuestra comitiva Crisóstomo Castedo, el *Jaúsi*, y Romelio Ardaya.

---

43 NE: Danza folclórica de los itonamas, que se baila en ruedas por las calles el 22 de julio en homenaje a la patrona del pueblo, santa María Magdalena (Chávez, *op. cit.*).

Numerosos traficantes y cambalacheros cruzaban el territorio del Iténez en uno y otro sentido, vendiendo mercaderías de toda laya y comprando las valiosas especies regionales y los productos agropecuarios, que eran revendidos en el Madera.

Así se podía conseguir, a trueque de algunos zurrones de arroz, un corte de *macanilla*,[44] o por dos chispas de charque, una buena navaja toledana. Los artículos mayormente demandados eran el chivé,[45] el frejol, la chancaca, la manteca, el cacao, etc. Los tejidos regionales –ya muy escasos– si eran adquiridos, se lo hacía sin más incentivo que el lujo o la curiosidad.

Casi todo el comercio era ambulante, por lo menos en esos días de fin de siglo en que Magdalena apenas contaba con la Casa Maciel, gerentada por sus propietarios, unos rumbosos brasileños cuyo recuerdo perduró mucho tiempo.

Cuando se hizo el descubrimiento de que en las islas y en los bosques ribereños del río Iténez también había germinado la milagrosa siringa (descubrimiento del cual nos ocuparemos más adelante) fue mayor la inquietud comercial por estas tierras. Se afirmaron los capitales y los patricios radicados en la capital, y demás pueblos, en arduas jornadas de trabajo, ampliaron sus posibilidades económicas.

Todos estos varones ejemplares no era solo en la sonoridad de sus nombres que llevaban el timbre de su ascendencia hispánica; a él respondía el desprendimiento hidalgo de su corazón humanitario.

Así prosperó muy luego Magdalena.

Sus obras públicas fueron encaradas en común esfuerzo, con el aporte sin tasa, de todos los vecinos. Hasta 1910 aún se conservaba en buen pie el templo de la parroquia, obra monumental y artística por desgracia edificada con materiales poco nobles –la madera y el adobe– que abatió el tiempo. Por esta circunstancia es que los documentos de la cultura de Mojos, desaparecidos, no cuentan para nada cuando de arte e ingenio nacional se habla en el país.

Era el altar de la Virgen un amplio frontón de cedro tallado y esmaltado a pan de oro, con una seguidilla de nichos y hornacinas de abajo para arriba, tal como actualmente se ve en las capillas esparcidas por la sierra andina. La imagen de la penitente, aquella que loca de místico amor enjugó con sus cabellos los pies de Cristo cuando comía en casa del

44 NE: Palmera de madera muy dura (José Eustasio Rivera, *La vorágine*, edición crítica de Flor María Rodríguez-Arenas, EE. UU.: Stockcero, 2013).

45 NE: Harina tostada de yuca (Chávez, *op. cit.*).

fariseo, era opulenta y bella. El cuello delgado, anhelante y sensual, la boca entreabierta, las mejillas mórbidas y los ojos, en vez de estar caídos, se elevaban al cielo en busca del Señor. Al mediodía, en la umbrosa nave de la iglesia, únicamente lucía la fosforescencia del oro. Con la oblicua luz de las ventanas se realzaban los frisos enconchados, las columnas, los círculos florales y la sucesión de plintos estofados. Ningún mal trajo acá la churriguería. Los artífices itonamas asimilaron los dictados de los arquitectos y escultores, sin veleidades morbosas y con rectitud hacia el fin ideado. Solo que el orín y la polilla todo lo reducen a polvo.



De este templo queda hoy, como vestigio, la regia y vetusta torre. Con ella se mantiene el recuerdo de don Manuel Fernández de Córdova, quien la mandó a levantar en el corto plazo de tres meses, en 1858, de acuerdo a documentos fehacientes. Aún cuelgan en ella las campanas que donaron los Maciel. Se perfeccionó el cuidado de las comunicaciones con difíciles obras de canalización, terraplenes y puentes, siguiendo la tradición que venía desde el coloniaje y los primeros gobernadores del lugar.

Para ejemplo de altruismo y largueza, no olvidaremos de consignar otra vez el nombre de don Ángel María Dorado, veterano que entregó una hacienda entera para beneficio de los necesitados, a la cual el pueblo acudía en busca de leche, gratuitamente.

Huacaraje

En cumplimiento del programa que se impuso don José Hurtado Justiniano, se organizó un viaje a los cantones del Sud, Huacaraje y Baures. Y una mañana de marzo, en plena llanura y con los baqueanos Castedo y Ardaya que guiaban la embarcación, por el mismo camino de tierra (cuya huella seguíamos a través del agua), partimos de la vieja garita de Magdalena. Solo nos despidieron las indias que iban al puerto por agua corriente.

Los remos quedaron en el vientre del batel y empezamos a esgrimir las singas.[46] Por momentos, ingresábamos al campo que ofrecía un lecho de grama recamado de florecillas blancas. Apartábamos el *tarope*[47] entremezclado de motas rojas, adelantándonos en grandes estuarios matizados de nenúfares y victorias regias. Allá, en las orillas, el asabí y el marayaú.[48]

Después de un fatigoso día, encostamos en San Antonio, floreciente propiedad en que vivía su dueño, don Tristán Languidey –viejo hidalgo, exquisito de humor– y en cuya casa debíamos permanecer por corto tiempo, todo el tiempo que demandaba el derribo de unas reses que debían ser convertidas en charque.

Parece que los últimos viajeros habían traído a esta hacienda el no extinguido mal de la viruela. Se produjo alarma en todo el campamento y no

46 Varas para impulsar embarcaciones.

47 NE: Nenúfar o planta acuática flotante, de disco verde. En los ríos se ven taropes mezclados y retenidos por las tacuaras espinosas y por las empalizadas que entorpecen la navegación (Bayo, *op. cit.*).

48 NE: Palmera de tronco espinoso y frutos comestibles que crece abundantemente en lugares húmedos o encenagados (José Antonio Del Canizo, *Palmeras*, Madrid: Ediciones Mundiprensa, 1991).

sin razón, pues cayeron 40 variolosos[49] en un solo día. Entre ellos, nuestro patrón. Sin auxilios de ninguna clase, se improvisaban remedios de dudosa eficacia, que más curaban, al parecer, por sugestión. Se nos hacía beber a todos cada mañana un endemoniado brebaje preparado con limón y sal. Nunca olvidaré la cara que ponían esos peones corpulentos de ralos bigotes. Salvó don José de tan grave enfermedad. Y luego pusimos rumbo a Huacaraje.

Llegamos al pueblo en una hora de desgracia. Todo era sigilo. Caras pálidas y largas asomadas por las puertas nos mostraban el fatídico rastro de aquel mal. Solo se veía en la plaza el balsamino[50] y una enormidad de patos y gallinas estudiando botánica por entre las raíces. En grandes macollos crecía el *aribibi*.[51] Detrás de los cerros los perros nos daban con ladridos su poco cordial bienvenida. Los portones de gruesos batientes de las casas señoriales estaban cerrados. Don Napoleón Leigue, don Ramón Dorado, don Jovito Egüez y otros habían sellado su contacto con el mundo.

Mas no por eso las ambiciones se aquietaron. Había marchantes que seguían el trabajo en ritmo acelerado, acumulando víveres y apresurándose a desplazarlos a los centros de consumo. Por la quimera del oro el hombre fue siempre capaz de arrostrar hasta a la muerte.

Era Huacaraje el solar privilegiado donde se producía el mejor tabaco de la zona, cuya excelencia llegó a convertir el mazo[52] en la unidad monetaria de comercio. Sus habitantes autóctonos pertenecen a la raza itonama y el sitio donde se asienta el pueblo era el campamento obligado para todos los viajeros que cruzaban de Magdalena a Baures y viceversa. De tal modo que *guacaraje* (y no Huacaraje, como se escribe oficialmente) quiere decir pascana.

Su fundación data de los primeros años de la República y es atribuida a un corregidor de apellido Velarde, el que, para aliviar el largo peregrinaje de 14 leguas desiertas que se hacía a pie, llevó a ese sitio las 80 familias de itonamas que originalmente lo poblaron.

De su florecimiento solo quedan vestigios. Un camino recto con terraplén por un lado y canal por el otro, que unía las aguas de su río con el río Blanco, llamado también Baures.

---

49 NE: Del lat. mediev. *variola*, pústula. Perteneciente o relativo a la viruela (RAE).

50 NE: Bejuco herbóreo trepador que produce vistosos frutos de aspecto parecido a un limón.

51 Arbusto que da un ají pequeño, salvaje y fuerte.

52 NE: Un mazo de tabaco, en el siglo XVIII, era un atado de cerca de cien hojas de tabaco en rama.

Los baures

Todavía nosotros alcanzamos a utilizar el canal que acabamos de mencionar. A remo limpio, por él, llegamos por primera vez a la tierra sobre la que se extiende el maravilloso país de los baures.

Cruzamos un nutrido movimiento de canoas en todo su trayecto. Por entre los ramajes hundidos de la orilla, saltaban los sábalos dando coletazos. Era incesante el comercio. Sobre un barranco recio y alto sombreado de viejos árboles de *sumaqui*,[53] era costumbre pasar la siesta. La corriente en este punto era intensa. De pie sobre un tronco, y bajo las altas ramas del zumacal, nos solazábamos contemplando el encoste de las embarcaciones. Venían algunas tan cargadas que, milagrosamente, surgían del agua con los *jasayeses*,[54] las blancas sacas y los cajones, detrás de los cuales seguía la débil estela del piloto.

Caso fortuito fue el de una de las embarcaciones que, al hacer el movimiento de atraque, en menos de un minuto se dio vuelta de campana, sembrando en el profundo lecho carga y tripulación: la una que se perdió totalmente, la otra que fue a reaparecer bien lejos, entre un salto de pirañas y el bogar de las ojotas[55] y el saó.[56]

---

53 NE: Denominación local del árbol de zumaque: arbusto de la familia de las anacardiáceas, de unos tres metros de altura, con tallos leñosos y fruto redondo y rojizo, y que tiene mucho tanino, que los zurradores emplean como curtiente (RAE).

54 NE: Formación plural de *jayase*: canasto hecho de hojas de palmera cusi.

55 NE: Calzado a manera de sandalia, hecho de cuero o de filamento vegetal, que usaban los indios del Perú y de Chile, y que todavía usan los campesinos de algunas regiones de América del Sur (RAE).

56 NE: Palmera propia del oriente de Bolivia y sombrero típico que se teje con la misma (RAE).

Pero nadie, que no fuéramos nosotros, sufrió impresión. Es que el mojeño, por el determinismo geográfico, lo mismo se mueve dentro del agua que sobre la corteza de la tierra. Ambos son sus elementos naturales.

La tarde –como los pájaros– iba bajando a la copa de los árboles. Los viajeros sentimos esa vaga impresión que embarga el espíritu cuando la predestinación nos señala un punto del mundo, como una piedra miliar en el camino de nuestra vida.

Es la de los baures una tribu antigua dedicada al labrantío de sus campos en la extensa zona que se amplía a la derecha del río Blanco, hasta dar con el San Martín y el Iténez. Su núcleo principal se había concentrado en ese punto en el que –arribados los españoles en el siglo XVII– oficializaron su fundación en el nombre del rey, hincando la rodilla en tierra, enarbolando estandartes y alzando una cruz y una horca. Fue un 8 de diciembre, razón por la cual pusieron al pueblo bajo el patrono de la Purísima Concepción, sin haberle cambiado el nombre original autóctono.

Famosa es la belleza de su tipo: las mujeres trigueñas, fuertes, esbeltas, poseen una triangulación perfecta en su arquitectura física; los hombres, erguidos y robustos, tienen la corpulencia de los hachadores.

Meticulosos en el aseo de su persona y en la limpieza de sus cosas, son amables y obsequiosos con los forasteros, a los que brindan buena chicha en la clásica tutuma. En sus fiestas bailan con donaire al compás de música propia, compuesta y ejecutada por artistas intuitivos. Los aficionados a la música, además de tambores y flautas, tocan el violín, el acordeón y otros instrumentos de procedencia europea.

Aún hoy está en todo su vigor la música vernácula. Que es en el llano, y solo en el llano amazónico, que el campo tiene a la ciudad copada. En los sitios en que la ciudad marcha hacia el campo –y con la ciudad el maquinismo, la grandeza material– se ve cómo, automáticamente, se confina, se apaga y muere, desarraigado, el arte del país. Solo falta en Mojos el estudioso que lo descubra y explote.

Visten las mujeres el tipoy confeccionado de telas brillantes, realzando el escote con varias seguidas de collares, en que se alternan con productos de la tierra y trofeos de caza (colmillos de puma), perlas, chaquiras, cuentas de vidrio y, las más lujosas, cadenas de plata con pendientes de libras esterlinas. Ajorcas[57] y abalorios en las orejas. Anillo de chonta o de hueso encasquillado –o de oro puro– en las manos. En

57 NE: Especie de argolla de oro, plata u otro metal, usada por las mujeres para adornar las muñecas, brazos o gargantas de los pies (RAE).

las trenzas de su abundante pelo negro y lustroso, cintas coloridas que tornasolan el aire.

Sus casas están siempre bien barridas y arregladas. Hasta decoradas con siluetas de tajibos, palmeras y toros, en altos frisos pintados por hombres de indudable habilidad, sobre la pared de barro blanqueada. Rozados y limpios los canchones. Religiosos todos y consagrados al trabajo y muy cumplidos en sus obras.

De antiguo debieron ser nómadas, cazadores, sujetos a largas migraciones como los sirionós, yaminahuas y chapacuras. Pero como la agricultura es la condición más natural del hombre, la más libre, reducidos por los misioneros que facilitaron su vida con la internación de los primeros vacunos y el constante hábito de trabajo, se han tornado labriegos y obreros manuales, perdiendo todo contacto con las tribus que aún quedan "infieles".

El idioma baure es armonioso y dúctil, tanto que ha dado paso al genio poético, que es el brote mayormente señalado de su riquísimo folklore.

Nos instalamos en Baures, con todos los aperos del negocio. Felices como un labrantín frente a su campo arado. En aquel lejano tiempo, este era el pueblo de paz y de trabajo del que hablan los salmos de David. Constaría de una cuarentena de familias de grandes señores *carayanas*, unas mil personas del pueblo medio y unas cuatro mil de indios –todos familiares y castellanizados– aparte de los individuos de tránsito que en crecido número animaban con sus noticias y dinero el inquieto colmenar.

Los vestigios de la variolosis eran perceptibles en sitios aislados, en los que se hacía continua hoguera calcinando huesos de animales. Casi todas las casas del centro se hallaban animadas por un trabajo febril. En la sombra de los grandes corredores se embalaba los granos en enormes zurrones que iban a formar verdaderas pirámides de cargamento.

Luego se veía el desfile de mozos, como se dio en llamar castizamente a los peones, y de sirvientas, duras y entrenadas, que lo confiaban todo a los tendones del cuello para cargar sobre la cabeza hasta cuatro arrobas, carga que transportaban a larga distancia, entre el vibrar de sus cuerpos jóvenes y un salobre chorro de sudores.

Encontramos en todo su vigor la organización social del trabajo que impusieron los jesuitas en días de la Colonia. Igual que en Magdalena, en este pueblo todos los gremios se hallaban distribuidos en cuarteles

edificados con amplitud por distintos barrios; cuarteles que ocupaban hasta manzanas enteras de recio adobe y techo de tejas. En el frontis de su portal ostentaban un escudo con el nombre de su “parcialidad”, como se distinguía a los distintos grupos de trabajadores.

Lo mismo se ha observado tanto en Potosí como en el Cusco, en donde hasta la fecha existen las calles de tejedores, escribanos, espaderos, etc., amén de otras con menesteres menos altos.

La metódica distribución mantenía el ritmo del trabajo en las mejores condiciones de exactitud y rendimiento. Al toque del alba en el campanario parroquial, todo un regimiento de obreros acudía bulliciosamente a sus talleres y sitios de labor, donde un turno semanal de mujeres realizaba el barrido y la minuciosa limpieza de galpones.

Muchas sorpresas encontrarán los sociólogos que quieran ahondar en el estudio de esta repartición del trabajo y la consiguiente percepción de sus ventajas, puesto que métodos idénticos son los que han venido a “revolucionar”, en los últimos años, los sistemas de producción europeos. Permítasenos enunciar solo las disciplinas sociales y políticas de estos pueblos, sin entrar en su interpretación, que dejamos a mentes capacitadas para ello ya que, por otra parte, este libro sin pretensiones –páginas de heroísmo civil– está dictado por la contemplación y el recuerdo, antes que por la creación en su sentido trascendental.

Bajo los árboles del río Blanco y en un recodo pintoresco, funcionaba una especie de astillero cuyo olor a mara e itaúba y cuyos martillazos sobre tablas y cuadernas inundaban de ruido la ribera. Chalupas, canoas, monterías[58] y batelones, perfectamente construidos, salían de aquí; algunos tan grandes y capaces que cómodamente podían cargar hasta mil ochocientas arrobas.

Los vecinos de Baures eran bravos y cruceños. Después de haberse enriquecido trabajando en los siringales del Madera, nutridos de experiencia, ávidos de sosiego, habían tornado con la serena cosecha y, elegido este rincón, plantaron sus reales para gozar de la vida. De estos eran don Balvino Franco, don Pastor Oyola, don Rafael Ruiz, don Manuel José Justiniano (cuyo empeño y alucinación estaba siempre jugando con todos los acaeceres de sus compañeros), don Benigno Vaca Moreno, don Manuel Ruiz, don Fernando y Arístides Antelo, don Urbano Melgar, don José Manuel Martínez y otros muchos que sería largo enumerar.

Entre los nativos que ostentaban el blasón de su alcurnia y sus riquezas, estaban los señores Rómulo, Pedro y Nemesio Ojopi, hijos del gran

58 Embarcaciones intermedias entre la chalupa y el batelón.

cacique don Hipólito y de doña María Manuela Vaca, cruceña "americana-española", como dice un documento público que a ella se refiere. Eran especímenes espléndidos de la raza mestiza, los tres primeros; raza que dio más tarde a muchos notables pioneros de la goma, grandes benefactores de su pueblo, artistas e intelectuales.

A la inversa de los idilios de razas distintas –tan memorables en los anales de la Colonia alto y bajo peruana– acá fue un jerarca indio el que sedujo a la mujer blanca que se tocaba con saya y mantilla. El matrimonio de don Hipólito y doña Manuela se efectuó en Santa Cruz. Del cacique se conserva un retrato al óleo hecho en 1882 y firmado por un notable pintor colombiano que, con su pincel, redondeó toda una fortuna.

Al día siguiente de nuestra llegada, muy de mañana, fuimos con Nicolás a visitar la iglesia. Retablos con olor a brea que hervían de corolas y volutas, de arcos, columnas y escudos, caminos del escoplo y de la gubia.[59] Sobre el paredón de adobes se prendía y se espesaba como una yedra de itaúba.[60] Recios pilares de cedro labrado sostenían el techo, desde el atrio hasta el altar. Todo aquello era sombrío como un bosque, la luz se dispersaba como un dorado enjambre de insectos voladores. Igual a todos los templos de procedencia jesuítica, el de Baures ostentaba, sobre algunas tallas, recubrimientos de plata bruñida y cincelada, frontones, mallas, floreros, candelabros; y de plata era la vajilla y todos los accesorios del servicio ritual.

En la casa parroquial, parece que el presbítero Dr. Antonio Núñez Espinoza esperaba a Nico. Amigo de su madre y vecino de San Roque en Santa Cruz de la Sierra, se encaró con él en demanda de noticias. Y luego, ajustándose los cordones de su hábito, inquirió sobre su conducta en el siguiente diálogo:

—Has venido de fuga…

—…

—Aquí te haré quedar y veré la forma de que regreses. Eres demasiado niño para sufrir sin necesidad.

—No, padre, salí con la bendición de mi casa. Quiero rodar tierras…

—Después de la secundaria, has debido estudiar una carrera. ¿No tienes en cuenta acaso los sacrificios de tu madre a quien dejas sola?

—Pienso regresar pronto y con recursos para servirla. También seguiré estudiando. Bien sabe usted que por mi madre soy capaz de poner la mano al fuego.

—Bueno, hijo, está bien. Dios te ayudará.

---

59 NE: Herramientas para labrar madera: cincel y formón, respectivamente.

60 Madera aplicable a la ebanistería y la construcción.

—Amén.

Y el reverendo, con su mano larga, le tocó la cabeza.

Fue el presbítero Núñez quien lo recomendó a su notable vecino don Arístides Antelo, hombre de pesadilla para el prójimo por la causticidad de sus juicios, por todas las exigencias que, comenzando en su casa, hacía, apoyado en la rectitud de su vida y en la altura de sus costumbres. También don Arístides recibió a Nicolás con un sermón.

Pero, hablando que hablando, entró en las razones del muchacho, no se sabe si simplemente por sus palabras de explicación o por los punteos de la guitarra que, maquinalmente, tomó en uno de los movidos instantes de la conversación.

En poco tiempo este conocimiento se trocó en amistad y simpatía. Tan rancio de linaje, tan hondo de espíritu, esta relación con el señor Antelo era para Cuéllar como una carta blanca para su presentación a las otras familias importantes.

Un condestable criollo era don Arístides Antelo. La gente lo sabía excéntrico y gruñón. Presumía –y no sin muchísima razón– que, de todo el pueblo, era únicamente en su mesa donde se presentaban con mejor gusto las comidas. Se pavoneaba del esmero con que regalaba a sus invitados, en ademán de crítica a las costumbres de los demás, antes que por ostentación. Las bebidas que consumía eran de lo más calificado que podía conocerse y, en lo que a su persona se refería, no había quién llevara lo que él usaba ni quién pisara donde él pisaba; era único –en su propio concepto– en la selección de las cosas. Hacía confeccionar sus trajes de diario con telas que encargaba de ultramar, finísimos linos flexibles y claros casimires ingleses. Para diferenciarse de "los otros", no llevaba el reloj con la cadena de oro pendiente de bolsillo a bolsillo, sobre el chaleco: lo ajustaba en el ojal de la solapa y lo introducía en el bolsillo izquierdo del vestón. En su mano derecha, un regio topacio solitario. Durante las ceremonias oficiales o religiosas –eso sí– no podía prescindir de la levita y la chistera, reluciente como los cirios en la procesión del viernes santo, y de todo carácter en las recepciones del 6 de Agosto o en los bailes de la Purísima Concepción, patrona del pueblo. De cara, era un hidalgo español. Nariz de conquistador, frente amplia, una barba espesa y bien cuidada, un tanto canosa, y la nota característica: el birrete. Era algo así como una pequeña gorra vasca, pero con borla y bordada de perlas, regalo de familia, como él decía. Grande figura la de este viejo. Muchas veces lo hemos encontrado, posteriormente, en las páginas de Valle Inclán.

Otros pueblos indígenas

En el plan de nuestros viajes figuraba El Carmen, pero de Baures tuvimos que desandar hasta Magdalena. Nueve años más tarde, en 1906, visitamos recién este pueblo fundado en las postrimerías del coloniaje o en los primeros días de la República, sobre la base de familias baures y también sobre el río Blanco, pero en la margen izquierda.

Era constante por El Carmen el movimiento naviero desde la misión de Urubichá, en Guarayos, hasta el Iténez. El comercio de tierra contaba con excelentes caminos terraplenados, entre los que se recuerda (porque ahora de eso no hay sino vestigios) aquel que unía este pueblo con Loreto, a través de 40 leguas, por el cual se llegaba a la capital del Beni y se viajaba a Santa Cruz. Caminos perdidos entre montes y bajíos. Caminos largos en que las leguas estaban marcadas por los viejos tajibos y las palmeras solitarias.

Grandes cafetales y cacaotales, en especial, eran la base de las riquezas del lugar. Los apellidos Melgar y Hurtado predominaban por entonces.

Varios núcleos tribales o clanes antiguos –de estrecho parentesco, pero diferenciados por la lengua– existieron sobre las fértiles márgenes del río San Martín, principal afluente del Blanco. Todos escalonados en esa larga extensión territorial.

El suelo generoso y la vida fácil fueron dos factores determinantes de la dispersión de las tribus; fenómeno contrario al que se ofrece en las comunidades de los yermos andinos en que la mezquindad del suelo enseña a los hombres la cohesión social.

En las nacientes del San Martín estuvo un pueblo bautizado con el nombre de San Nicolás, y sucesivamente –bajando el curso del nombrado río– venían San Simón, cerca del famoso cerro aurífero de igual nombre,

San Martín, Santa Rosa, la Estacada de San José y San Joaquín, últimas fundaciones españolas regidas por los jesuitas, que se disolvieron, pasado un tiempo, tirando sus componentes como las cabras, cada uno a su trecho en la montaña. Lo mismo pasó con la población de San Miguel en el río Blanco.

Había, sí, algo más que el instinto de regresión para tales alzamientos. Y era principalmente la leva forzosa y brutal de trabajadores que practicaban los portugueses cuyo cuartel general estaba en la fortaleza del Príncipe de Beira.[61] Y esto, aún después del tratado del 13 de enero de 1750, en Tordesillas, que adjudicó a la corona lusitana todas las tierras situadas al Oriente del río Iténez.

Son visibles hasta hoy los vestigios de aquellos pueblos aventados por la usurpación y las guerrillas. Montones de tejas, ladrillos y algunas paredes esparcidas al acaso, en terreno firme –bajo la jungla– evocan recuerdos de pasados siglos oscuros y misteriosos.

Además, por cualquier dirección que han seguido los buzos de la selva en pos de El Dorado han encontrado signos de la fugaz existencia de grupos humanos, como ser zanjas y bardas, ya para la defensa o ya como delimitación posesoria, adoberías y muchos documentos de su cultura (cántaros, vasos, hachas, utensilios de hueso, etc.) aunque, naturalmente, rudimentarios y primitivos.

Es probable que San Joaquín se mantuviera con escasos habitantes. Por el testimonio oral de cambas octogenarios –recogido a su vez de generaciones anteriores– se sabe que una inmensa cantidad de murciélagos que provenía de los zumacales ganó la ciudad, albergándose en los techos ruinosos. Tales bichos constituyeron una calamidad, pues succionaban la sangre de los indefensos moradores que, como hasta hoy, tienden sus hamacas para dormir al aire libre por imperio del calor.

Vino a salvar la situación el traslado de la ciudad, ordenado por el gobernador de Mojos, teniente coronel don Miguel Zamora. Con todos los enseres de su templo y los arreos de pesca, ganadería y labranza, los habitantes se trastearon, el 20 de agosto de 1795, en numerosas canoas a través de los ríos, lagos y campos inundados al lugar de Agua Dulce, que hoy ocupa la margen izquierda del río Machupo.

Engrosaron esta expedición numerosas familias movilizadas de Baures, cuyo dialecto es común para ambos pueblos.

---

61 NE: Fortificación edificada en 1776 en la margen derecha del río Iténez con el fin de garantizar el territorio de la corona portuguesa frente a la española. Considerada una de las mayores edificaciones militares del Brasil colonial, actualmente subsiste como reliquia arquitectónica.

Fiel a la sangre, el aborigen del nuevo San Joaquín conserva las características ejemplares de sus progenitores. Son diligentes y limpios. Sienten tanto deleite por el agua que, aparte de disponer de los ríos en que nadan como *jichis*,[62] en sus casas la conservan en hormas, tinajones y aljibes.

Cuéntase que una de las flotillas migratorias llevaba la campana más grande del viejo pueblo y que, cuando la canoa que cargaba con tan preciosa reliquia atravesaba una laguna extensa y brava, naufragó. Por largo tiempo hicieron los joaquinianos esfuerzos para recuperarla. Tentativas iguales fracasaron, por otra parte, de los caciques de Magdalena y Baures. Sin embargo, constantemente los viajeros y campeadores que conocían el sitio aseguraban haber visto –en tiempo seco– la oreja de la misteriosa campana. Pero las cuadrillas organizadas para extraerla decían que, cada vez que lo intentaban, se desataba un fuerte temporal que encrespaba las aguas. En pueblos primitivos se desborda la propensión al animismo. Entonces, se dijo que la laguna estaba embrujada. No podía ser de otro modo. La imaginación vio instalado en su seno a un genio maléfico y un pavor supersticioso y tremebundo empezó a cundir en los ánimos, determinando no solamente el abandono de la empresa del rescate, sino el alejamiento de los viandantes de todos los campos que circundan el lugar.

En el año de gracia en que recibimos informes de esta población, era cura de la parroquia el presbítero Diego Gutríe, destacándose como señores feudales don Jesús Vásquez, don Miguel Montero, don Ricardo Hurtado, don Anselmo Sánchez y otros a la par que muchos nativos y mestizos de respetable posición.

Y ahora nos toca referirnos a San Ramón, contemporáneo del pueblo de El Carmen.

Un buen gobernador resolvió y llevó a la práctica, con familias de Magdalena, su edificación en la margen derecha del río Machupo, eligiendo un lugar equidistante entre Magdalena y Trinidad.

Rodeado el lugar de grandes campos de pastoreo, la riqueza pecuaria recibió vigoroso impulso. En pocos años eran varios ya los hacendados y empresarios de consideración, pudiéndose recordar a don Octavio Roca, don Matías Sanguino, don Vicente y don Benjamín Salvatierra, don Manuel Melchor Montero y don Nemesio y Avelino Hurtado, entre los más esforzados.

---

62 NE: Voz chiquitana. Rey. Nombre que los cruceños dan a todo animal que, siendo rey de alguna laguna, dicen que alimenta con su presencia o atrae la humedad, como el caimán, un viborón, una anguila (Bayo, *op. cit.*).

San Ramón ocupa un puesto central entre todos los pueblos de Mojos, razón por la cual no decae su importancia. A 18 leguas de Magdalena, a 16 de los puertos del Mamoré, a 24 de Trinidad y a seis de San Joaquín, tiene el privilegio de encontrar todas las redes de comunicación.

La peste virulenta que trajo tanta mortandad, parece que con mayor ensañamiento, atacó a este pueblo dejando grandes vacíos en su vecindario. Pero se repobló después con nuevas gentes.

Erigido en departamento este vasto jirón de suelo patrio, no fue difícil a los gobernantes y administradores el tránsito del régimen colonial al nuevo régimen. La disciplina, la honradez y el orden –que caracterizaron el gobierno de los jesuitas– fueron aprovechados por juiciosos funcionarios que, entre otros aciertos, tuvieron el de conservar muchas de las instituciones tutelares de los lugareños tan profundamente enraizadas y que datan, al parecer, de su vida de tribu superior. Así, por ejemplo, el Cabildo Indigenal continuó sus actuaciones como cuerpo colaborador de la administración general. Lo presidía un Cacique, jefe nato del pueblo, que gozaba de cierta autonomía y de un mando muy respetado.

Se siguió dando este alto cargo a cambas de abolengo, *taitas*, dotados de claras condiciones para la organización y el gobierno. Todavía, a nuestra llegada, nos fue dado conocer, en toda su dignidad de reyezuelos, a los caciques Ángel María y Regis Sosa, Zacarías Omireji, Eliodoro Cajereico y, hasta 1912, a Elías Pinaicobo y Cornelio Imopoco en el pueblo de Baures. Todos ellos jerarcas descalzos, bondadosos y cordiales, que contaban en el pueblo con extensos fundos de su heredad y riquísimas haciendas y chacras de todo ganado y de todo cultivo en los campos aledaños. Y en Magdalena, a los caciques Ascencio Mopi, Sótero Guacama, al *taita* Patricio Mereca, Pedro Cayaduru y José Guarivana.

Estos *paducas*[63] del pueblo, en las grandes ocasiones, se mostraban con arrogancia, más que por sus posibilidades económicas, por su atuendo de jefes y por el aparato para presidir todas las ceremonias religiosas del lugar.

Por debajo de esta autoridad venían los intendentes y los jueces, que eran los ejecutores inmediatos de las disposiciones superiores.

Entre las atribuciones del Cabildo estaban las de vigilar el desenvolvimiento gremial de todos los obreros, atendiendo demandas e impartiendo

63 Padres, en lengua itonama.

justicia; ni más ni menos que una corte del trabajo, pero con la ausencia del papeleo de chupatintas, y sí con verdadera eficacia salomónica. Personalmente, el cacique y sus colaboradores inspeccionaban el orden y la limpieza en la plaza, los templos, las calles y los cementerios, castigando sobre el terreno la ociosidad, la mentira y el robo.

En los días de fiesta y particularmente en los del santo patrono de cada localidad –días en que se quema mucha pólvora y en que, con las casas blanqueadas, las calles parecen acendrar la luz hasta su más alto grado de luminosidad– se calaban la arrogante camiseta –también blanquísima– con rapacejos y galones de vivos colores, con la que, seguidos del pueblo, concurrían a la misa mayor.

Terminada la procesión, presidían el banquete de los grandes de su clase arengándolos con su léxico conciso, y luego asistían a los convites de los *carayanas*, risueños, y en los labios el comento del gracejo de los bailarines (toreros, angelitos, cabitocusiris, chechebecos, uchulos, nichoros, guaroyanes,[64] etc.), que pirueteaban en el patio sopados de sudor.

Todos los cabildantes usaban, como símbolo de autoridad, bastones de chonta[65] o de cuerno, con empuñadura de oro y plata, según el gusto de cada cual; empuñadura que en muchos casos sirvió para hacer advertencias contundentes a borrachos y respondones.

Tales figuras majestuosas y clásicas han ido alejándose del escenario rural hasta desaparecer completamente, a medida que ha venido cundiendo la decadencia cultural, reflejo de la decadencia material de los pueblos. Tal fenómeno determinó, aún más, el menosprecio y la supremacía del mestizo y del blanco. Ni más ni menos que en los centros aymaras y quechuas a lo largo de la cordillera de los Andes.

E igual que en esos centros, la Iglesia, que tenía sus centros y establecimientos ganaderos de cuyo rendimiento se servía –bienes que eran todos administrados por representantes del cacique– poco a poco fue siendo víctima de despojos, no siempre imputables a los descreídos corregidores o a los viciosos subprefectos de la última época.

Un capítulo de cultura que es necesario exaltar, a despecho de las miserias actuales, es el que se refiere a la instrucción pública. No había sitio en que no hubiera una buena escuela de ambos sexos pagada por las municipalidades y bajo la regencia de maestros consagrados como

---

64 Bailes típicos de los itonamas.

65 NE: Árbol que constituye una variedad de palma espinosa y cuya madera, fuerte y dura, se emplea en bastones y otros objetos de adorno por su color oscuro y jaspeado (RAE).

los sacerdotes a sus deberes. Anualmente, centenares de niños salían alfabetizados y –lo que es mejor– educados.

Estos establecimientos, que nada costaban al erario de la nación, reunían fraternalmente alumnos de raza blanca con indios natos, sentándose a veces en el mismo banco el hijo del patrón con el del mayordomo y vaquerizo. Y en más de una oportunidad, hemos visto, complacidos, el vivo aprecio que se manifestaban personas de edad y de distinta condición social, que se decían "de la misma lechigada".[66]

Por regla general, la gente de Mojos es hábil de manos e inteligente para superarse en la enseñanza que recibe. Su contacto con la naturaleza, la complacencia de sentirse confundido en el grandioso acorde cósmico –embriagado de todas las esencias de la pampa y la llanura– antes que empequeñecerla, como postulan los más, despierta en ella una suerte de coraje, de fe en el trabajo, sentimientos de los que nacen sus más altas concepciones del presente y del porvenir.

Los cunumis o niños indígenas –hijos de sirvientes– siempre se han distinguido por su interés en aprender, llegando muchos a sobresalir en los planteles de educación.

Por eso el Beni, Mojos, donde hay un 65 por ciento de alfabetos, en comparación con el escaso 42 por ciento de las estadísticas del Altiplano, es un país de honda tragedia: padece un desequilibrio entre su espíritu y la realidad social porque ha avanzado por dentro mucho más que por fuera.

---

66 NE: Conjunto de animales que han nacido de un parto y se crían juntos en el mismo sitio (RAE).

Los tejidos de algodón

Añoraban los viejos la época de la industria de hilados y tejidos de algodón, que comenzó con las gobernaciones y acabó con los corregimientos. Existían en toda la comarca grandes extensiones de tierra cultivada con esta planta, habiéndose hecho la mejor instalación de los telares en los pueblos de Magdalena y Baures.

En amplios galpones funcionaban los talleres; en ellos, ante inmensos bastidores verticales, enjambres de tejedores sacaban diariamente centenares de varas de driles, macanas,[67] lienzos, a la vez que alfombras, hamacas y otros productos, todos franjeados de colores, de acuerdo al gusto de entonces y al uso al que estaban destinados. Se los enrollaba en piezas y se hacían fardos destinados a la exportación.

Fue una industria de prosperidad inusitada. Antes del auge de la goma, este era el objeto de todo el tráfico que se hacía con los pueblos del interior y las ciudades vecinas. Comerciantes de todos los confines adquirían estos productos, ya sea por dinero en efectivo o en permuta por sal, ganado, medicamentos y otros artículos.

Pero los apetitos humanos todo lo envilecen. El afán de lucro vino haciendo perder a tan noble actividad su carácter social y progresista. Y la explotación por todos los medios que dicta la avaricia tocó los extremos. La opinión, por órgano de sus gacetas, dio la voz de alarma, invocando la intervención de los poderes públicos en favor del indio. Se abogó por la liberación, en nombre de básicos principios de la democracia en nuestra Carta.

Estas protestas, presentadas ante el nivel central, determinaron que el gobierno del general Ballivián dictara sus notables decretos de 6 de

---

67 NE: Especie de chal o manteleta, de algodón fino, propio del vestido de la chola (RAE).

agosto y 18 de noviembre de 1842 que, al ser conocidos en Mojos, causaron enorme júbilo entre las masas explotadas y sus defensores. Pero la ejecución de tales disposiciones trajo aparejada la clausura de los talleres y el cese en la actividad de los telares.

Y vino la anemia del comercio.

Los exportadores mejor avisados tornaron la vista a Europa y a Norteamérica, sin desalentarse mayormente. Enviaron muestras de las finas y pintorescas telas indígenas y no tuvieron que esperar demasiado para colmar toda la plaza beniana de sus necesidades en lo tocante a vestido. Las fábricas de ultramar les hacían puntuales remesas de las mismas macanillas, los mismos driles, el mismo lienzo –si bien es verdad que sin la nobleza y la calidad de los genuinos– con la ventaja de un precio rebajado y de una abundancia sin limitación.

Así cayó en desgracia, muy temprano, esa ocupación artística tan saludable para la dignidad del pueblo. Pero las gentes –gracias a sus virtudes innatas– no se cruzaron de brazos, inactivas, sino que tornaron a la faena de los campos.

La ganadería, fácilmente atendida y libre de enfermedades y de plagas, por entonces absolutamente desconocidas, se multiplicaba y prosperaba en vigor y calidad. La marca en las ancas del vacuno o la señal en las orejas del ternero eran suficiente garantía de inmunidad contra la acción dañina –si la había– del prójimo. Los hacendados contaban por miles sus cabezas y por leguas sus posesiones territoriales.

Paralelamente, la agricultura daba en abundancia los medios de subsistencia: frutales, caña de azúcar, cereales y legumbres. Los platanares se extendían en desorden y bastaba tirar en los canchones la semilla del mango, de la palta, la naranja o el guayabo, para tener de cada árbol almácigos crepitantes de lujuria. Debe además tenerse en cuenta que si los frutales cultivados eran tantos y tan varios, mayor era el número de los mismos, silvestres, que abundaban por todos los caminos: aguahí, achachairú, motoyhé, sinini, quitachiyú, ambaibo, mangaba, ví, cayú, tarumá, guapomó, pitones, ocoró, guayaba, lúcuma, guapurú, marayaú, solo para citar las que se nos vienen a la memoria.

Pero todas estas riquezas no sirvieron para otra cosa que para hacer la vida regalada y cómoda, tendiente a su caída en la molicie. Se aflojaron un poco los resortes de la sociedad y se relajaron en parte sus austeras costumbres patriarcales. Sin embargo, viéndose cómo los traficantes de mercadería importada recogían esos productos en permuta con los tejidos de que eran marchantes, y sabiéndose sobre todo de la prosperidad en

que entraba la goma, algunos cruceños pensaron en movilizarse personalmente transportando víveres.

Y a la idea siguió la acción.

Principiaron por construir en los bosques, y con las más finas maderas, batelones y monterías. Se hicieron derribos de ganado en masa. Se apuró la molienda. Y de los trojes[68] se sacó el arroz y el maíz, y de las hormas el azúcar en terrón; y con un cargamento de costales y *panacuses*[69] y *chipas*[70] de charque, grasa, queso, chivé y horneado, y con tripulaciones de personal escogido se hicieron –otra vez entre cientos de veces– a la buena ventura.

Y salieron triunfantes de todo: de la sabandija que los hostigaba (*Anopheles gambiae*), de los salvajes que los asaltaban, de las enfermedades endémicas que los consumían y de los terribles saltos desbocados del Mamoré y de ese otro monstruo de agua –el "ríomar"–: el Madera.

El viaje lo efectuaban en seis meses, desde Magdalena y Baures hasta Villa Bella. Es un hecho confirmado que los peones –que había que pedirlos al Corregidor– solo recibían 20 reales como anticipo de salario, además de algunos cortes de género que dejaban a sus mujeres. Pero también es cierto que, de regreso, en grandes baúles tachuelados, traían novedosas telas, lampiones,[71] trazados, hachas, escopetas y –los más empeñosos– el Winchester 44.

Los patronos tomaban contacto con comerciantes de Manaos, Santarén y Belem do Pará y traían todo a precios sumamente ventajosos. ¡Y qué calidad! Aún siguen corriendo en nuestros días los relojes adquiridos entonces. Fotografías de la firma Fidanza, con esos sellos llenos de firuletes, aún están claras y muestran serenamente a los patricios bigotudos del novecientos.

De la industria brasileña se importaba guaraná, sombreros de jipijapa, zapatos y abarrotes. En muchos casos, preciosos muebles de junco.

---

68 NE: Espacio limitado por tabiques, para guardar frutos y especialmente cereales (RAE).

69 NE: Suerte de bolsa larga, tejida toscamente con hojas de motacú, que sirve para portar yuca (Chávez, *op. cit.*).

70 NE: Voz quichua. Envoltura de paja para huevos, frutas o charque (Bayo, *op. cit.*).

71 NE: Farol de alumbrar (RAE).

La guasca

Los agentes de la Colonia implantaron el castigo con azotes a nalga pelada, imponiéndolo a los nativos que cometían faltas graves. Era un medio riguroso de establecer disciplina, propio de aquellos tiempos inquisitoriales.

Al cimarrón,[72] al que robaba, a los rebeldes, se les aplicaban los azotes. A veces, "atirantado", es decir, sujeto al suelo por cuatro hombres en tanto que otros dos blandían los chicotes y la autoridad contaba la zurra. Y como a todo se acostumbraba el cuerpo, según la conseja vulgar, la guasca cobró el rol de una institución que todos respetaban.

Pero este sistema de corrección degeneró en abuso. Mucho tuvo que ver la crueldad en este bárbaro principio, ya de por sí cruel. En los siringales, en las empresas de transporte, en las estancias ganaderas, los patrones llegaron a establecer una especie de tarifa: 50 palos para el mentiroso, 100 para el ladrón y de 200 a 500 para el bribón y reincidente. En estos últimos casos, llagadas y temblorosas las espaldas de las víctimas, eran sajadas por verdugos expertos que acababan su operación espolvoreándoles sal y mandándolos al galpón para su convalecencia, en una, dos o tres semanas. Tirados de barriga, así comían, dormían y hacían sus necesidades.

Hasta 1910 o 1912, jamás hubo autoridad que sobre la mesa de su despacho no ostentara un chicote de varios chorros, mangos trenzados de cuero, con argollas y aún anillos de plata. Tal era la fe que en su acción se tenía o, quizá, tal era el complejo de ferocidad sanguinaria.

Hubo corregidores que, al tiempo de mandar una cuadrilla de cambas para los trabajos viales o para alguna comisión fuera de la ciudad, la hacía

---

72 NE: La persona asalariada que huye al monte (Bayo, *op. cit.*).

formar, la amonestaba previniendo cualquier desacato y, algo más, hasta se adelantaba al delito propinando a los hombres una tanda de 70 u 80 azotes que ejecutaban los sayones.[73]

Así se rebajó el sentido moral de los castigos.

Y tanto que, en la época de nuestras observaciones, época de auge y de vicios, en que el alcoholismo hacía presas fáciles, los mozos y las sirvientas del servicio doméstico no hacían ya caso de amonestaciones verbales, de multas pecuniarias o arrestos policiales: siempre requerían de algo contundente y sonoro, como era la guasca.

---

73 NE: Verdugo que ejecutaba las penas a que eran condenados los reos (RAE).

El árbol de oro

La perspectiva de los grandes ríos, que enderezaban al Norte, enderezaba también los anhelos de estas gentes. Naturalmente, a la vera de ellos crecía, suelto y pletórico, el "árbol de oro", es decir, la siringa.

La inquieta inteligencia de los conquistadores no tardó en concebir que no solo en el Acre estaban los cauchales y que también podía haberlos acá, al comienzo de Mojos, cuyos bosques bañados idénticamente por ríos y por lagos fecundantes tenían la misma naturaleza que aquellos otros que se extendían más allá de las grandes cachuelas.

Y tornaron los pasos a husmear en el monte.

Intrépidos exploradores hicieron el reconocimiento de todas las vertientes que aparecían por el lado del Iténez, del Blanco y del San Miguel. Entre ellos, muchos científicos europeos. Estos últimos fueron los primeros en acopiar datos geográficos y en ver todas las posibilidades de una segura comunicación con el Atlántico. Al mismo tiempo que los Vázquez, Arteaga, Salinas, Cárdenas, Vaca Díez, Salvatierra y tantos otros descubrían la *hevea*, estableciendo trabajos en las márgenes del Madre de Dios, el Orthon y sus afluentes, en las tierras del Sur se tentaba la suerte con igual denuedo y con no despreciables resultados.

Ya desde el año 1860 –según se dice– circuló el indicio de siringales en estas tierras. De pronto, no se le dio importancia a este hecho, primero por el bajo precio que se le daba a la resina (se colocaba apenas a ocho pesos la arroba portuguesa de 30 libras) y, segundo, porque no se tenían esperanzas de que existieran grupos de plantas que pudieran ser bases de explotación.

Un joven llamado Santos Durán, empleado de don Quintín Quevedo, después de haber pasado algunos años en el Madera, vino comisionado

en una exploración que trataba de ubicar el cerro aurífero de San Simón. Él fue quien identificó, en esa travesía por las márgenes del San Martín, el precioso árbol que dio a conocer a sus compañeros. Con ellos mismo probó la extracción de *leche*.[74] No insistió, porque no contaba con las herramientas necesarias para la pica.

Tiempo después, el mismo Durán, ya asociado a don Agustín Mercado, descubrió goma en las islas situadas al Norte del pueblo de San Joaquín. Y un comerciante suizo llamado Santiago Dutua, que antes había venido con los exploradores del San Simón, reconoció la existencia de siringa en el río Iténez, de donde llevó muestras que pudo enseñar a varios viajeros.

En 1875, don Benigno Vaca Moreno retornó también del Madera en donde estuvo varios años y, sabedor de los antecedentes anotados y aplicando su propia experiencia, se propuso llevar a cabo incursiones por los ríos y bosques aledaños.

Sus exploraciones no fueron estériles. Constató la presencia de grupos de siringueros en la laguna llamada Chememea, una de las varias aguadas extensas que dan origen al río Negro, importante tributario del Blanco. Repitiendo sus viajes, encontró en el Alto San Martín mayor cantidad, deteniéndose allá para fundar la primera barraca de ese río. Trabajó duramente algunos años, consiguiendo con creces la compensación de sus afanes y sacrificios.

Véase pues cómo –simultáneamente– comenzaron los trabajos gomeros en diferentes latitudes del Beni.

---

74 NE: El caucho que brota del tronco de la siringa cuando se realizan cortes en forma de canales para recogerlo.

La fortaleza de Beyra

Un buen día de mayo, después del peregrinaje por todos estos sitios someramente descritos, comenzaron a cargar las embarcaciones. Don José había resuelto la prosecución del viaje, contando con nuevas *freguesías*:[75] Elías Pinaicobo, que no se separaba de un monito amarillo cargado al hombro, Felix Tacaná –el *Candirú*– José Mopi, Manuel Guacama y cuatro indios más, apellidados Sisoboco, Omireji, Choquere y Gumersindo Yaune.

Varias monterías y batelones integraban el convoy.

La garita de Magdalena desbordaba de gente de nuestra relación o simplemente curiosa, aficionada a esos espectáculos tan emocionantes para los actores.

Cumplidas las despedidas con sus consiguientes palmoteos y recomendaciones, cada cual de nosotros ocupó su sitio en la tripulación. Libres de amarras, comenzaron a deslizarse las embarcaciones. Un redoble de tambores y las salvas del 44 –indispensables en estas ocasiones– pusieron la nota de carácter. Salimos por la tarde, pues –como decía el patrón– lo difícil era salir, aunque solo fuera para ir a dormir dos tornos abajo.

Lívido el cielo, damasquinaba de oro el poniente.

Los bentones,[76] con sus aletas, pasaban quebrando la clara corriente.



75 NE: En este caso, se emplea para designar a los nuevos integrantes del grupo (o *fregueses*).

76 NE: Peces de la familia de los gádidos (de forma parecida a la del bacalao).

A tres días de viaje llegamos a Chalamama, lugar donde comienza ya la verdadera selva brava; si bien muy mentada por su riqueza de cacao, ipecacuana[77] y vainilla –aparte de la siringa– nadie quería posesionarse de ella por temor al dardo venenoso de los *choris*. Algunos aseguraban que eran hasta antropófagos.

Correspondió a don Gabriel Ortiz la hazaña de afincar en una colonia por él presidida y desarrollar actividades que confirmaron la existencia de la tierra. Pero no le fue posible sostenerse por mucho tiempo. Por su aislamiento, aumentaba en peligros todo el barracón,[78] y tanto Ortiz como sus hombres desistieron de la empresa.

Pasamos la desembocadura del Machupo.

En el vértice formado por este y el Itonamas, se alza un barranco rojo de tierra pedregosa, sobre el que notamos un claro en el bosque. Supimos después que se trataba de un grupo diminuto de soldados que la Prefectura destacó, pretendiendo echar así como así las bases de una colonia militar. Demás está decir que estos infelices sucumbieron. El puesto se llamaba La Horquilla.

El majestuoso río Iténez nos causó la más profunda impresión. Su linfa cristalina y su extrema anchura, que deprime la talla del bosque ribereño, su corriente, rizada siempre por un aura baja que viene de los cerros, y sus tornos, tan prolongados que la vista no alcanza a distinguir su extremo, eran –y siguen siendo– suficiente motivo para asombrar a cualquiera.

Una jornada más y arribamos a la famosa Fortaleza del Príncipe de Beyra, cabeza de un sistema que detentaba las posesiones de Portugal y que, con la fortaleza de Coímbra, fundada por nuestros mayores en el río Paraguay, y más abajo el fuerte Olimpo, guardaban a su vez los extremos linderos portugueses hacia el poniente.

Tan insistentes eran los amagos de invasión lusitana, allá por el siglo XVIII, que, alarmado el gobierno de la Península, se vio en la necesidad de librar la Real Cédula de 15 de septiembre de 1772, por la que se mandaba establecer "pequeños castillos o vigías" que sirviesen para guardar sus dominios.

En los últimos años del siglo XX parece haberse dado con los rastros de tales vigías construidos en piedra, aunque no con la envergadura de la ciudadela de Beyra.

---

77 NE: Planta fruticosa de la familia de las rubiáceas propia de América del Sur. Muy usada en medicina como emética, tónica, purgante y sudorífica (RAE).

78 NE: Estancia provisional construida para albergar a peones, enseres y herramientas en áreas de colonización.

Nos detuvimos a reconocer el notable monumento, hoy perfectamente restaurado por el gobierno del Brasil, y en donde tiene asiento una importante guarnición.

La raigambre de los árboles había abierto considerables brechas entre las ranuras de los pedrones. Un bosque achaparrado –nido de manguríes– impedía la visión de conjunto, pero se adivinaba el sistema de palenques[79] y la barbacana,[80] apareciendo en lo alto de las torres flanqueantes, las atalayas, y en la cornisa central, las saeteras,[81] los canecillos[82] y parapetos, las troneras,[83] almenas[84] y buhardas,[85] por donde debieron moverse los barbudos ballesteros y granaderos de casco. También aparecía la cúpula de la capilla con la cruz abatida.

Transpuesto el terreno que hay entre la orilla del río y la primera rampa, entramos por el disecado foso. El plan de la edificación se atuvo, exactamente, a las construcciones militares de la época. No faltaba nada.

Desapareció el puente levadizo, subimos agarrándonos de las matas hasta alcanzar unos escaños mohosos. No nos cansábamos de admirar el esfuerzo que representa el traer al pulmón de la selva –desde largas distancias hasta donde no había caminos– esas enormes piedras graníticas que deben pesar una tonelada. Y luego, para levantar semejantes murallones en una superficie de más de 10 mil metros cuadrados.

---

79 NE: La barricada, el atrincheramiento en que entra por elemento principal la madera (José Almirante, *Diccionario militar etimológico, histórico, tecnológico,* Madrid: Imprenta del Depósito de la Guerra, 1869).

80 NE: Obra de fortificación situada frente a las murallas y protegiendo una puerta de acceso. Podían contar con portales propios fortificados de paso obligatorio para acceder a la puerta principal (Revista *Clío. History and history teaching* en línea, Universidad de Zaragoza).

81 NE: Hendidura estrecha y larga abierta en el muro para disparar a cubierto (Almirante, *op. cit.*).

82 NE: Cada uno de los apoyos que constituyen las buhardas en los viejos recintos torreados (*ibid.*).

83 NE: De la voz antigua *trueno*, que genéricamente comprendía máquinas balísticas. Agujero, abertura hecha en una almena para disparar a salvo por la parte de dentro (*ibid.*).

84 NE: En la fortificación antigua, cada uno de los pequeños prismas que se levantaba sobre el adarve, en lo alto de las torres o muros de mampostería, generalmente equidistantes el cuerpo de uno o dos hombres, para tirar por el claro y cubrirse con el macizo (*ibid.*).

85 NE: Corredor encima de un muro, a cielo raso, entre dos torres (Basilio Pavón, *Guadalajara medieval: arte y arqueología árabe y mudéjar*, Madrid: CSIC, 1984).

Cuando llegamos al enorme portal, recién pudimos observar la extensión de la plaza, que debe tener 80 por 80 metros. A la izquierda quedaba la capilla, en la que aún levantaba su brazo flamígero San Miguel Arcángel.

Por un sistema de andenes llegamos hasta las prisiones, nutridas de letreros profundamente grabados, pero ya mellados por el tiempo. Tal vez testamentos jamás cumplidos, tal vez recuerdos de infelices castellanos capturados por los invasores; todo lo cual, actualmente borrado y en definitiva, bajo el revoque de los restauradores.

Bien podía distinguirse el cuartel de alabarderos y el de los arcabuceros con su arsenal destartalado. Sobre las almenas y apuntando al río, algunos cañones dislocados de sus cureñas[86] y semisepultados por la maleza. El fuerte, por momentos, con ese ombligo sin fondo en el centro, que es la entrada al subterráneo, nos daba la sensación de un grito: el grito de todas las miserias y de todos los crímenes de un pasado complejo y tenebroso, al mismo tiempo que un clarinazo: el clarinazo de la grandeza y el heroísmo de esas razas que –fundidas en el presente– viven, para bien de nuestro continente.

Mayores precauciones comenzamos a tomar previniendo las sorpresas de los salvajes, pues nos encontrábamos en el centro mismo de la tribu más alzada, famosa por su flecha corta. Nuestro convoy bajaba por una línea equidistante de ambas márgenes. Repetidas veces hubo que preparar el locro a bordo porque oíamos silbidos y presentíamos movimientos por detrás del bosque. Nos imaginábamos a bestias canibalescas siguiéndonos sigilosamente…

Fresca estaba la historia de doña Adelaida Pedraza.

Su marido, don Isidro Hurtado, dueño de El Tacuaral, emprendió viaje al Acre, llevándose víveres en cuatro monterías. Y, como hacía poco que se había casado en Huacaraje, no se animó a dejar a la mujer tan sola durante un tiempo que sería tan largo. Era bonita doña Adelaida, aunque –decían las gentes– un poquito “acopaibada”.[87]

86 NE: Esta voz, exclusiva hoy de artillería, para designar el aparato o montaje del cañón, vino significando hasta los últimos años del siglo XVI, como voz genérica, la caja de toda arma de fuego pequeña o grande (Almirante, *op. cit.*).

87 NE: Dícese del individuo torpe, lelo o de reciocinio tardío y desmañado (Sanabria, *op. cit.*).

Acamparon por una de esas márgenes del Iténez, lindas por las arboledas de tajibos. Encontraron varios mutunes[88] y un jochi,[89] carne rica para el pacumuto;[90] a la orilla del fuego, charlando y bostezando, se quedaron hasta bien entrada la noche. Así que a la madrugada –en medio del sueño– aprovecharon los bárbaros para asaltarlos, lanzando gritos tremendos. Sin atinar a nada –¡ni siquiera a tomar los rifles!– mozos, patronos y todos corrieron despavoridos, empujando los batelones y, con más barullo que tiempo, se lanzaron río adentro.

Al cabo, el peligro quedó atrás.

Comenzaron entonces a preguntar por doña Adelaida. ¡Nada! La buena mujer había desaparecido…

Durante muchos años todos estuvieron seguros de que vivía la señora. Y más seguros todavía de que, algún día, uno de esos jefes de tribu aparecería heredando sus ojos celestes y su cara blanca y fina.

88 Pavos silvestres, de pluma negra tornasolada.

89 Roedor salvaje menor que la capiguara.

90 Asador de madera, excelente para asar monos y pavas.

Las cachuelas

A tres días corridos desde nuestra estada en la fortaleza, se nos presentó el imponente Mamoré; turbulento, ancho, profundo.

Sus aguas pesadas y turbias formaban olas voluminosas que estallaban estrepitosamente, coronadas de espuma. Sus remolinos parecían taladrar el abismo. Ese aspecto de braveza conmovía las entrañas y nosotros –impotentes– nos sentíamos presas del delirio, asistiendo así al fin del mundo…

Enormes rocas, palizadas[91] gigantescas, bufeos y peces voraces surgían de improviso a nuestro lado, como brazos amenazadores que de pronto desaparecían en la alborotada torrentera.

Un día después oímos claramente un ruido lejano, sordo, insistente. Y en medio de la espesa batahola, sentimos como hervores de agua; era Guayaramerín, la mentada y enigmática cachuela. Al acercarnos, poco a poco, la cachuela se nos fue haciendo más encabritada y urgente. Y ahí, al filo mismo de la escollera, tuvimos que hacer un precipitado encoste. Se pararon afianzados en las chumaceras[92] dos peones expertos que, espía[93] en mano, de un salto felino y mortal, se lanzaron a la fayanca[94] disputando la embarcación a la corriente.

Por ese tiempo no había en este –que era foco de la malaria– más que dos o tres pequeñas casas, cuyos propietarios eran don Leonor Castro,

91 NE: Barricadas de troncos atracados al pie de las barrancas en que terminan las curvas de los ríos (Bayo, *op. cit.*).

92 NE: Tablita que se pone sobre el borde de la lancha u otra embarcación de remo, y en cuyo medio está el tolete. Sirve para que no se gaste el borde con el continuo roce del remo (RAE).

93 NE: El cabo que, amarrado por un extremo a un punto fijo, entra a bordo de un barco y sirve para moverlo.

94 NE: Postura del cuerpo en la cual hay poca firmeza para mantenerse (RAE).

don Manuel y don Memesio Jordán, los tres, con sus *fregueses*,[95] aplicados a extraer siringa y a desbravar la selva. Era tan inundadiza la región que empezó a imponerse, en previsión del tiempo de aguas, un sistema de casas cuyo piso de palmas partidas estaba a una vara del suelo. Cuando se las abandonaba una semana, las plantas que crecían por debajo horadaban el piso inundándolo de hormigas.

En la margen opuesta sí que no había nada. Solo las estradas gomeras ocupadas por los *machadiños*[96] brasileños.

Previa preparación de algunos días, nos dispusimos a afrontar el misterio que teníamos delante. Reconocimientos y tanteos. Encomendados a todos los santos y con mucho de ese coraje fatalista de los "voluntarios de la muerte", nos lanzamos por fin al canal. Estábamos como en medio de un mar salido de madre por algún capricho sísmico. Las olas se alzaban contra nosotros, como manada de tigres, de las cuales nos defendíamos a tajos de remos, como si fueran cuchillos…

Nuestras embarcaciones se deslizaron en vilo a la velocidad del relámpago.

Y no supimos más…

El monstruo había desaparecido y por unos instantes solo escuchábamos –ya lejano y desdoblado por el eco– el fragoroso rugido de sus siete fauces… Los mozos tenían la frente inundada de sudor. Las curvadas espaldas brillaban al sol; tomando el agua, todavía la mano temblorosa, se sopaban la insolada cabeza.

La siguiente catarata nos halló ya bautizados. No nos impresionó mayormente. Divisamos la tercera de esta serie, llamada Bananera, donde el río se extiende encauzando sus aguas por diferentes brazos –todos traidores– en los que cientos de navegantes han hallado la tumba.

Una mezcla de espuma y vaho era el horizonte.

Por las cachuelas de Layo y Palo Grande, tuvimos que pasar la carga por tierra, sosteniendo los batelones vacíos con cables de proa y popa.

Al acercarnos a Villa Bella –término acordado a nuestro viaje– renació la alegría. Más aún cuando se presentó el dorado caserío enfilado por la margen izquierda del río, que fue saludado con salvas y aclamaciones, y la banderola blanca en alto.

---

95 NE: Voz portuguesa. Feligrés o cliente. Individuo al que el barraquero del Beni habilita para la pica de goma, dándole víveres y arrendándole estradas, de cuyos gastos se cobra con la goma que aquél le entrega (Bayo, *op. cit.*).

96 Forma de referirse a los siringueros brasileños, en alusión al hacha pequeña (*machadinho*, en portugués) con la que se realizan los cortes o hendiduras en la corteza del árbol del caucho para luego recoger la resina.

Tercera parte
El mito de la siringa

Villa Bella

No recibimos en esta población el deslumbramiento que nos habíamos imaginado. Nada tenía de extraordinario que no fuera el movimiento febril de mercachifles. Diariamente y de toda procedencia llegaban las embarcaciones cargadas hasta el tope de goma, víveres del interior y mercaderías del exterior del país.

Como el andén de las pequeñas estaciones ferroviarias, el puerto congregaba siempre un enorme gentío a la llegada o a la salida de las tripulaciones.

No tenían reposo los empleados de aduana. Grandes depósitos de carga con distintos destinos esperaban ser inscritos en las planillas arancelarias. En el entrevero de tanta gente, se advertía a desconocidos con cara de expresión expectante. Sin embargo, muchos de los foráneos –como ocurrió con nosotros– encontraban allí amigos, viejos compañeros que se habían anticipado en Villa Bella con los mismos fantásticos ensueños.

La mayor parte de los grupos inmigrantes pasaba desesperadamente a las zonas mentadas como más ricas en siringa, cuyos misteriosos reflejos se percibían ya de frente. El mito de la siringa era el mito de la dicha: cambalache arriesgado de temeridades y de miserias por un puñado de oro… ¡Lo de siempre en la humana historia!

❧

No se sabe con entera exactitud quién o quiénes fueron los primeros ocupantes del “pico de plancha” que deja la confluencia de los grandes ríos de la zona –el Beni y el Mamoré– que desde ahí forman el Madera, triángulo

en el que andando los días vino a asentarse Villa Bella. Lo indudable es que comenzó siendo la simple pascana olvidada para los primeros comerciantes, tal vez brasileños amazónicos, tal vez cruceños aventureros.

Aclarados los conocimientos sobre los lugares más promisorios de un futuro industrial a mediados del siglo XIX, conjuntos de colonizadores ya se hallaban instalados y posesionados de diferentes sitios a lo largo de las riberas de los ríos. Villa Bella apareció fundada con todos los ritos de una fundación colonial.

Es irrecusable la influencia que ejercieron los bolivianos sobre la cuenca del Madera; don Benigno Vaca Moreno, hombre resuelto que forma parte del número de los valientes, nos lo anota con precisión. En 1860 –dice– interesaba ya la goma a la actividad europea. De esta suerte, los primeros y oscuros centros siringueros empezaron a despertar interés, cobrando valor rápidamente. El Dr. Ricardo Aguilera, que había adquirido un gomal apreciado en dos *contos de reis*,[97] pudo revenderlos en diez. El histórico Crato, con algunas estradas gomeras y apenas cincuenta cabezas de ganado vacuno, fue ofrecido por su propietario –un coronel apellidado Leonardo– a su colega, el capitán Justiniano, por solo tres *contos de reis*. Más tarde, el Crato fue transferido a la firma Mercado y Cuéllar –bolivianos ambos– por 35 *contos de reis*. Todos estos lugares se hallaban alrededor de la punta de plancha.

Siguiendo un proceso natural, constantemente fue aumentando la población de este paraje. Ya en 1879 existía radicado un apreciable núcleo de comerciantes e industriales empeñados en la extracción del caucho, núcleo que confirmaba el sitio con ese nombre que hace honor a las delicias de su naturaleza: Villa Bella. Desde entonces fue Villa Bella el más sólido resguardo de los intereses nacionales y un firme puntal de nuestra soberanía.

A nuestra llegada era una urbe, en el sentido de agrupar como un crisol formidable a los elementos humanos más insólitos, desde el selvícola rescatado y desplumado o el guarayo traído de Santa Cruz, hasta el flemático londinense de pipa y anteojos o el turco cambalachero.

97 NE: Un *conto de reis* equivalía a mil escudos, moneda legal en Portugal entre 1910 y 1998.

El caserío

De inmediato fuimos a vivir en un galpón retirado en el campo, de propiedad de un indio llamado José Guarimo, mozo dedicado a los viajes. El galpón estaba lo mismo en el pueblo que en el campo, como decían los vecinos. Cercano al río, gozaba de un recodo propicio para amarrar la chalupa y tomar el baño dos veces diariamente. Que la temperatura de 38 grados a la sombra era como para estarse metidos en el agua igual que un lagarto. Solo de febrero a mayo –durante los chubascos y los sures– el termómetro descendía a 26 grados.

Ningún otro alojamiento nos habría quedado mejor. El cercano rumor del bosque odorante apagaba el tosco ruido del Mamoré. La casa, como casi todas las construcciones de entonces –y también de ahora– estaba edificada rápidamente con horcones medio desbastados y corpulentos, formando los principales y costaneros. El techo de mucha corriente estaba tejido de motacú[98] y sostenido en la cumbrera por bejucos protegidos por esteras que redondean su arista superior. A esta ajustaban varios pares de troncos amarrados entre sí y cabalgados de modo que el viento no escarmenara las hojas fácilmente.

La puerta de tablas clavadas sobre dos barrotes horizontales estaba abierta siempre, esperando las corrientes de aire. No había entonces miedo a los ladrones y las puertas no tenían más llave que la tranca de un palo. Las paredes eran de *chuchío*[99] parado, sin revoque, tan frágiles que hasta las culebras se abrían paso por entre ellas. En los rincones del

---

98 Palmera tosca, de tallo grueso, cuyas hojas sirven para techar casas en el campo. De su cogollo se obtiene el palmito.

99 Caña crecida en los bajíos. Delgada y fina, es temblorosa a los vientos. Los *choris* construyen sus flechas mitad chuchío y mitad chonta.

galpón todavía estaban las *chapapas*[100] de los anteriores moradores, toda gente de tránsito.

El suelo era de tierra apisonada, húmedo de tanto ser regado y siempre barrido. Por él hacían su camino las hormigas cada vez que descubrían las alforjas de algún viajero. En ciertos sitios pugnaban por retoñar los troncos enterrados, y no pocos de los palos que formaban las paredes parecían ya haber arraigado. A la hora de la siesta, en esa terrible somnolencia que da el bochorno, nos parecía oír el crujido de los horcones abriéndose paso bajo el techo retostado.

Las hamacas se trenzaban por todos los rincones. Que la hamaca es en el Beni el mueble múltiple: cama, sofá, silla, mecedora. Cuna y ataúd. Y tálamo (con mosquitero y sin él…).

Saliendo del cuarto hacia la derecha, peleando con el mamurisal,[101] estaban los campos de labor precedidos por grandes manchones de jocos,[102] sandías y balsamino que avanzaban desordenadamente. Ya por entonces comenzaban a verse, por ambos lados del camino en que acababa de convertirse la calle, muchos chaqueados para las haciendas arroceras y cañaveras, unidos por diversas sendas por las que trajinaban con sus haces los leñadores.

Hacia la izquierda se alzaba la perspectiva del pueblo.

La casa subsiguiente a la nuestra –después de la de doña Encarnación Salazar– tenía ya paredes de tabique, es decir, de barro recubriendo la trama de troncos. Los techos eran más regulares aunque siempre de motacú. Las goteras recortadas mostraban el espesor de la capa de palmeras. Algunas viviendas tenían techo de troncos de palma abiertos en canal y pisos de pachiúba[103] partida. Por dentro, más allá de la barda o media pared que llega hasta la cintura y cierra los corredores habilitándolos como aposentos, se veía el patio anchuroso, unas veces cubierto por una

---

100 NE: Barbacoa, parrilla armada con palos, a manera de tendal. Andamio (Bayo, *op. cit.*).

101 NE: Colonia vegetal del arbusto leñoso llamado también “matapasto”, que coloniza áreas abiertas en las planicies inundables de la Amazonia y es abundante a lo largo de los ríos de aguas claras y nutritivas (Pia Parolin, “Pionero en las planicies inundables amazónicas”, en *Ecología aplicada*, vol. 4, Lima: Universidad Nacional Agraria La Molina, 2005).

102 Zapallo silvestre.

103 Madera fuerte. Se aplica en la fabricación de utensilios domésticos y, como la chonta, sirve a los indios en la preparación de arcos y púas de flecha.

incipiente parra y un surco de tutumos[104] y urucú;[105] y otras a cielo abierto, mostrando el azul intenso y luminoso de aquella bóveda. En un cobertizo, manojos de paja de repuesto. Algunas casas tenían su noria propia.

Entre casa y casa, los huertos con guayabas y ambaibos,[106] ya medio salvajes o ya cuidados, entre corredores de plantas vulgares, un poco moradas, crecidas atropelladamente. Matorros de malva, penacho, albahaca y macororó.[107]

Trillas humanas de acá para allá sobre la arena.

Cortezas de plátanos, mondaduras de naranjas, hollejos;[108] chiquillos descalzos y barrigudos por la uncinariasis;[109] pálidos *fregueses* minados por la terciana[110] formando grupos de vagabundos inseguros; bandadas de mauris[111] y chaisitas;[112] trajineo de gentes comadreras, cunumis, mandaderos, peones, siringueros y mendigos.

Ya en el centro, las casas de los "decentes", aireadas de ventanas y con puertas de dos hojas barnizadas. Comercios y depósitos con el insólito techo de calamina y su olor a charque y a zaraza. Los hoteles atestados de hombrotes, algunos de aspecto saludable, gringos tartamudos y contratistas prósperos que provocaban las primeras escaramuzas a plan de cerveza y guitarra, y las cantinas de "a ochenta" y la *Pata de rifle* con sus hijas.

Faltaba una escuela, faltaban hospitales, asistencia pública. De boticas, apenas la de don Benjamín Leigue.

Dentro de estas casas ya no había aljibes henchidos de buena agua y hornos para el bizcocho como en las del canto, sino grandes montones,

---

104 NE: Árbol tropical de cuatro o cinco metros de altura. Tiene un fruto globoso o alargado, de corteza dura y blanquecina, del cual, serrado en dos partes iguales, hacen los campesinos de América tazas, platos, etc. (RAE).

105 Planta bixácea tintórea. Achiote para los quechuas. El fruto da color rojo a las comidas y sirve a los nómadas para hacer un unto con el que se libran de la acción del sol y de los insectos.

106 NE: Árbol de América del Sur también llamado "árbol del perezoso" porque este se alimenta con preferencia de sus hojas, yemas y frutas. Estas tienen la figura de dedos de guante y son de gusto exquisito, parecido al higo (Bayo, *op. cit.*).

107 NE: Planta comúnmente conocida como ricino de la que se extrae un aceite purgante (RAE).

108 NE: Piel delgada que cubre algunas frutas y legumbres (RAE).

109 NE: Infección intestinal causada por un gusano parasitario de las especies nematodas, ampliamente diseminada en las zonas tropicales húmedas.

110 NE: Los episodios de fiebre y escalofríos de la malaria, o paludismo, se suceden cada tres o cuatro días. De ahí el nombre de terciana.

111 Pájaro negro, insectívoro, que vive en los barbechos.

112 Palomas muy pequeñas.

por una parte, de planchas de goma, y por otra, de vacíos cajones de toda procedencia. Las bardas eran de ladrillo, dejando ver en fila los tinajeros de la bodega de licores finos que cumplían sus funciones especialmente por los calurosos meses de agosto y septiembre.

Recio barro colorado y rezumante el de las tinajas, símbolos de hospitalidad. Sobre la gruesa tabla, que les servía de tapa, el caneco[113] de guayacán con bordes de plata, o el simple caneco de fierro enlozado colgado de una estaquita. Bajo la humedad de las tinajas –si los dejaban en paz– los perros hacían la siesta, respirando desaforadamente.

Algunas jaulas dejaban ver, por entre la reja, los inquietos saltos del matico.[114]

Clavado en las paredes, un reloj de cajón con la palomita del "cucú" y su péndulo ostentoso. Las hamacas en estas casas tenían ricos rapacejos[115] de blonda[116] y a sus pies, si no se tendían curtidos cueros de tigre,[117] se veían esteras de esparto traídas desde el Yacuma.

Dentro de los cuartos y arrimadas a las cuatro paredes, una seguida de ricas petacas cruceñas de buen cordobán,[118] baúles de lomo redondo y clavos dorados y las clásicas "cachas" de itaúba. Guardados en ellos, los ternos de dril bien estirados y la ropa blanca almidonada.

El pampón de la plaza estaba un poco descuidado. ¡Tanta gallina suelta y tanto *mojotobobo*[119] por el suelo! Al centro, el kiosko de pachiúba y, cuadrando el espacio, los terraplenes del paseo. Al nivel de la calle se veía la casa del intendente, con dos casuarinas[120] sombreando la entrada, en donde conversaba toda la mañana, ordenando a este mozo diez azotes y a aquel

---

113 Vaso fabricado de madera.

114 NE: Pájaro ictérido de color amarillo-anaranjado y negro, con ojos de iris celeste; muestra un pintoresco contraste y mide unos 20 cm (Salvador Mazza, "Curiosos hábitos domésticos de un ictérido de Bolivia", *Revista de ornitología neotropical,* Buenos Aires, 1929).

115 NE: Alma de hilo, cáñamo o algodón, sobre la cual se tuerce estambre, seda o metal para formar los cordoncillos de los flecos (RAE).

116 NE: Encaje de seda del que se hacen y adornan vestidos de mujer y otras ropas (RAE).

117 NE: En la zona se llama tigre al jaguar.

118 NE: Piel curtida de macho cabrío o de cabra (RAE).

119 Planta rastrera que produce un fruto amarillo utilizado para hacer dulces en conserva.

120 Árbol de la familia de las casuarináceas, que crece en Australia, Java, Madagascar y Nueva Zelanda. Sus ramas producen con el viento un sonido algo musical (RAE).

otro, cuatro horas en el cepo. Y esparciendo por el cielo el olor a resina y a tierra llovida, los *suchas*,[121] todo el tiempo rondando desde arriba.

Como está visto, no era mucho el refinamiento de los hombres de pro en lo que a la vivienda se refiere, como lo era en la mesa o a la hora de beber. Entonces sí se daba cuenta uno de que había dinero y mucho tono para agasajar y divertirse.

De entre los vecinos prominentes que había a nuestra llegada, recordamos a don Lucio Pérez Velasco y a su hermano don Gerardo, ambos de gran autoridad moral por sus prendas personales; a don Abel Reyes Ortiz, conocido por su capacidad intelectual y al Dr. Rómulo Arano Peredo, médico. Era administrador de la aduana don Santos Moreno, reputado como un "crisol de competencia y honradez", e intendente, don Isidro Blanco Benavente.

La seguridad de las casas no descansaba como ahora sobre los secretos de las chapas Yale. Caer en el delito de robo era caer severamente bajo el estigma de la sociedad. La respetabilidad de las firmas estaba acuñada en la exactitud de los números y en la consideración a la propiedad privada. Solo rara vez se daba el caso de alguna ratería que la autoridad castigaba inmediata y expeditivamente, con 40 o 70 azotes. En casos extremos, el 44 era argumento definitivo.

Pero jamás el oro dejó de poner miseria en las almas ni dejó de encender las más bajas pasiones en las vidas. La placidez exterior no era sino el anuncio del drama interno.

121 Aves de rapiña, gallinazos.

El padre Mamoré

En la margen izquierda del coloso, siempre turbio y encrespado y arrastrando raigones y bagazos, entre palmeras y naranjos y plagada de mosquitos, estaba la garita oficial. Pero cada casa tenía también su puerto. El que tocaba a la nuestra, es decir, a la de Guarimo, estaba resguardado por un *cupesí*.[122]

Bajo la quieta pesadumbre de la siesta caldeada, en vez de dormir rodeados de moscas en el galpón como los compañeros, nos divertíamos con Nicolás vagando por los barrancos. Gustábamos del agua humilde, que se sosiega y clarifica, y en la que hacían su playa los cunumis y abrevaban bueyes y caballos. Paraísos de la *pirapitinga*[123] y del *tambaquí*.[124] Los chiquillos en estas ensenadas jugaban con los caimanes sacándolos de su cubil. Los toreaban usando como "capa" sus grandes sombreros de paja. Como los saurios solo atacan nadando a la par de su presa, cuando quedan lado a lado con su cuerpo, los muchachos se deslizan como anguilas zambulléndose en el tiempo preciso y dejando a flote solo el sombrero. Sobre él caía el coletazo y la dentellada. Ágilmente salían los chiquillos por otro lado, con sus cabecitas redondas y brillantes como cabezas de lobo.

Hacia la tarde mirábamos el cielo para admirar la densidad vital de aquella atmósfera, que tan pronto se electrizaba, trayéndonos el pánico, como se elevaba en el éter llevándonos al éxtasis.

---

122 Algarrobo. Árbol espinoso. Produce una vaina amarilla que sirve para hacer chicha.

123 NE: Pez del género *piaractus*, omnívoro y voraz; también se lo llama pacú. Los ejemplares de aguas cristalinas son casi negros y los de aguas sedimentarias, claros. Pesan entre cinco y ocho kg (Proyecto tsimane, www.tsimanelodge.com, consulta: septiembre de 2016).

124 NE: También conocido como pacú blanco, es el mayor carácido del Amazonas; llega a medir 90 cm y pesar 30 kg. Es herbívoro (www.pecesdebolivia.com, consulta: septiembre de 2016).

Nico siempre perseguía el diálogo. Y los ribereños de verbo fabulador, por más que iban apurados, tenían siempre un tiempecito para lucir su ciencia y posesión de todos los misterios del río. Del Padre Río, Calle Mayor del Beni, del soberbio Mamoré, que en el tórrido paisaje, empapando selva y agua establece por igual sus derechos sobre el haz de la tierra.

Esta arteria no nace de la Cordillera Real, a los cuatro mil metros, como el Madre de Dios, ni viene dando tumbos, haciendo curvas, para llegar cansado y remansado a la oquedad de la selva: baja de los estribos sureños y desde su origen pasa recta y solemnemente hacia su destino.

Fue persiguiendo su cauce que llegaron los primeros conquistadores de El Dorado; a su vera –dicen– hallaron todavía erguido el ruinoso palacio del Gran Moxo. Toma cuerpo el Mamoré en el centro de la planicie beniana, auxiliado por muchos tributarios; y cuando la sequía le niega caudal, para seguir adelante arrastra greda y –colorado, encolerizado– socava la pampa tremante. Brama con las lluvias y se distiende, deflagrado, anegándolo todo. Así trasciende implacable su genio potente y maligno.

Como el Tíber y el Eurotas para romanos y espartanos, el Mamoré para los benianos es la imagen de su sino turbulento y trágico. Siempre los ríos han encauzado la historia fisonomizando a los pueblos. Manso y somnolente el Sena, sin el drama de las llanuras o de las sequías, tranquilo, como el Madre de Dios o el Iténez, ha formado el alma de una raza de artistas.



Con tales sugerencias, la mitología camba no es una invención extraordinaria. El ribereño, con esa su sensibilidad atenta y receptiva, con esa su siempre despierta fantasía, ha concebido un numen macho para el espíritu de su río. Ya no se trata de una ninfa inspiradora de bardos, como en el mito occidental, tampoco es dulce y benigna como las hadas de los estanques y manantiales; es un espíritu torvo y brutal que –como aquellas terribles deidades de los pueblos nómadas– más que corderos y niños inocentes, exige en su honor el sacrificio de vidas jóvenes, músculos nuevos y almas llenas de esperanza.

La proximidad de este numen tremendo se la siente mejor en las cachuelas. Tal vez al recordarse la leyenda por la cual Él, para castigar la perversión de los hombres que peleaban entre hermanos, envió tal desborde de aguas y diluvio que todo se anegó y se ahogaron todos, excepto uno, Tupá, el elegido, que se salvó en la copa de la más alta palmera del palmeral de la pampa.

Aunque el Tupá del que hablan los indios es el Dios universal de la jungla, los ribereños dicen que tiene su morada en el río, a la vera del cual reina e impera. Se desdobla en almas errantes de poderes malignos, fulminantes, contra los que intentan hollar sus designios. Una de estas almas se denomina Añá. En la leyenda indígena siempre sucumbieron los

hombres tirados a valientes que, resistiendo sin disparar ante los aparecidos fantásticos, los hacían desaparecer gritándoles. Estos hombres, a la larga, o se extraviaban o naufragaban o caían en las garras del tigre.

Eran diferentes las formas en que hacía su aparición Añá, o Genio del Mal. Las más frecuentes se producían en el centro de los bosques solitarios hacia los que eran atraídos los hombres. En medio del murmullo de la floresta se dice que se oían de improviso como golpes de hacha o el desgajarse de algún árbol corpulento. Al levantar la cabeza el siringuero, veía al demonio encarnado en un pájaro, en un ciervo cornudo o en un mono que parecía hacerle señas desde el hueco de algún tronco. No debía desanimarse el sujeto ni tampoco exaltarse con gritos y amenazas, sino reducirse a preguntarle lo que quería. Como la aparición de Añá se producía cuando necesitaba castigar las faltas humanas, no pocos espíritus timoratos escapaban del bosque, despavoridos… Llegaban al rancho y, como tocados, se enfrascaban en un obstinado silencio o hablaban consigo mismos recorriendo mentalmente el pasado en un prolijo examen de conciencia.

Para el mojeño, toda acción extraordinaria era debida a los designios del Tupá: aquel que se enfangaba, el otro que se perdía en la maraña de la selva, la mujer que tropezaba, en fin, todos los que morían. Hoy esta deidad, un tanto confusa por el avance de los blancos, está reducida a sus características fundamentales: su faz benigna y maligna; su poder de Dios y de Diablo.

Los siringueros tienen un rico acervo mitológico, aunque ya no puramente nativo, pues la fantasía criolla y europea ha puesto también su concurso.

Cada invocación, cada plegaria de amor, tiene un origen remoto y mágico que iremos explicando a lo largo de estas páginas. La historia del Curupirá[125] y el Asahí[126] es verdaderamente poética y los viejos baqueanos de la región, cuando se sientan a narrar “sucedidos” en los anocheceres, la cuentan a los recién venidos para ejercitarlos en el noviciado de sus creencias.

---

125 NE: En la mitología indígena, es el dios tutelar de la selva; la defiende de quienes cortan sus árboles o los destruyen en las quemas, y extravía en la espesura a quienes dañan sin necesidad a los árboles (Ana María Gómez y Victoria Palma, *Leyendas de la Amazonia brasileña*, Brasilia: Embajada de España en Brasil, 2011).

126 NE: Palmera amazónica conocida como múltiple fuente de recursos: alimento (palmito y fruto), medicina y material de construcción. La leyenda respecto a su origen se relaciona con la falta de alimento de una tribu amazónica y el provisional descubrimiento de la palmera (*ibid.*).

Cimarrones

La extracción de la goma fina, del caucho y del sernambí[127] concentraba el interés de todos los hombres, siendo la razón cardinal de sus actividades a través de dos generaciones.

La *hevea* y la *siphonia*, plantas ambas nativas de América, crecían en desorden, en forma salvaje a lo largo de los grandes ríos, mezcladas tumultuosamente con la demás vegetación. Su conquista fue una epopeya inédita hasta hoy.

Los prácticos o conocedores del lugar, llamados también materos, luego de hacer el drenaje de la selva, comenzaban por colocar trabajadores en estradas[128] sucesivas entre uno y otro punto, trabajadores que anunciaban a las fieras y a los bárbaros su presencia haciendo retumbar machetes y *machadiños* bajo aquellas arrogantes bóvedas salvajes.

Cuarenta, ochenta, doscientos siringueros de una misma empresa formaban los barracones. Desde el caserío en que acampaba el patrón, se daba protección a los *fregueses*. Muchos de estos, de repente, no regresaban a sus estradas.

---

127 NE: El trabajo de entichelar empieza al rayar el alba. La leche se coagula y endurece al salir el sol, tal, que si prontamente no se lleva al "desfumadero" se moja y pierde su calidad, convirtiéndose en sernambí o goma inferior (Bayo, *op. cit.*).

128 NE: Trecho o avenida de 150 árboles gomeros que se confían a un picador o siringuero. Las estradas varían de extensión según cómo estén agrupados los árboles. Así, estrada *de surco*, cuando los gomales forman avenidas rectas; *de mancha*, cuando están dispuestos en semicírculo o círculo entero; *de manga*, cuando la línea de los árboles sigue una marcha caprichosa, y *serpentina*, como la de una corriente de agua (*ibid.*).

Las tucanderas[129] e insectos venenosos, las víboras, los bramidos del tigre y del *borochi*, las miasmas y sabandijas, el chillido de las cotorras, en suma, el misterio del monte que creaba recelos hiperestésicos, todo apavoraba el ánimo de los mostrencos.[130] Un pájaro agorero que nunca se dejaba ver seguía a los hachadores por entre la tupición, como el *cuyabo*[131] sigue a las carretas en las noches. Aprovechaba de la calma del bosque para silbar con un silbo agudo, por un lado y otro de la selva, haciéndoles compañía por veces solemne y benigna, por veces aciaga. Se concluyó buenamente por llamarle *el siringuerito* y por dar –cada cual– a su insistente compañía una personal explicación supersticiosa.

De lo remoto del monte y por tallares de cedros poderosos surgía el mito de Curupirá, algo así como el de *Mandinga*[132] o el de la Trampa. Los leñadores hacían su trabajo con precauciones, pues Curupirá, que protege a los árboles, se venga de los hombres, haciéndoles perderse en un laberinto de sendas. Hacía cosquillas en el cuerpo la presencia del palo santo, poblado desde la raíz hasta las hojas de hormigas voraces y hormigas-tigre, de maligna picadura. Refiere la tradición que el nombre "palo santo" viene de la antigua práctica inquisitorial de castigar a los infieles, u ofensores de la religión, atándolos vivos a este árbol. De ellos no quedaba sino el esqueleto…

Con sus sonajas, y nativa de América como la siringa, siempre atravesaba alguna serpiente de cascabel, ciega, fatídica, mortal. De repente, por entre el opaco ruido de las hojas y la multifonía del ámbito, se sentía un rumor creciente de cascabeles en rastra, con un blandir de guadañas en el aire, como siniestros anuncios de agonía entrecortada… Los crótalos del macho en celo, y de la hembra escabullendo, sonaban como un remoto rumor, vertebrado, de asechanza…

Tras de todas estas cosas sobrevenía el estado pánico del miedo: los muchachos ahuecaban los oídos, pero un lejano zumbido lo traspasaba

---

129 NE: Hormiga negra tropical de 2,5 cm de largo. Su picadura es considerada la más dolorosa ocasionada por un insecto; el dolor dura más de 24 horas y se lo ha comparado con el ocasionado por una herida de arma de fuego (John Kricher, *Un compañero neotropical*, Colorado Spring: American Birding Association, 2010).

130 NE: Dicho de una persona: que no tiene casa ni hogar, ni señor o amo conocido (RAE).

131 NE: Ave de pequeño tamaño y de hábitos nocturnos que forma parte de la mitología ayorea pues encarna a una deidad femenina: *Asojná*.

132 NE: Término de raíz africana para referirse al diablo. Se origina en el apelativo que se aplicaba a los hombres negros del oeste de Sudán.

todo; los ojos se les hacían redondos y vidriosos, se les erizaban los pelos y temblaban los huesos al mismo tiempo que una sensación de humedad les bajaba por la entrepierna convulsa.

Fracasaban.

Apareció entonces la casta de los cimarrones; aquellos individuos trasplantados a estos parajes desde lejanas circunscripciones del país que, ya por nostalgia del agro familiar o ya por mal disposición de ánimo por los cuentos que volaban agrandados, se tornaban desabridos, aventajados, tomando por último la deserción como un recurso salvador para sus vidas.

Y escapaban.

Desesperados, con la moral rebajada y mirándose unos a otros con mirada de conmiseración, emprendían –reuniendo el resto de su deshilachado entusiasmo– un viaje sin más destino que el de la libertad de aquel presidio; de aquel presidio con barrotes de pájaros agoreros y seres fabulosos…

Inmediatamente eran perseguidos por peones más diestros y, si algunos alcanzaban a Loreto o Rurrenabaque, otros –lo más– eran apresados y entregados al flagelo o a cualquier otro castigo material.

Apresados, insultados, escarnecidos, los cimarrones formaban una clase al margen de toda confianza.

—¡Elay, qué palanganas!

—¡Ave María!

Y pusilánimes, conformados de mal talante a un destino insuperable, volvían a la senda, a las sabandijas, al grito del *siringuerito*, a la aparición del Diablo en forma de mono, al rastro de tigres, a la piel con manchas amarillas de la cascabel…

La pica[133]

Es frecuente la confusión de la siringa –árbol de la goma o *hevea*– con el caucho o *siphonia*. Es planta más preciosa la primera por la abundancia de su magnífica resina y por ser incorruptible e inmune a las enfermedades criptogámicas,[134] razón por la cual los expertos en plantaciones prefieren la *hevea*, ahora llamada “boliviana”.

Los cultivos hechos en nuestro siglo en la Malaya Británica y en las Islas Orientales Holandesas, y recientemente en el río Tapajoz, del Brasil, tienen plantaciones en surco con un número de 2.500 árboles de goma por cada hectárea. Acá, en nuestras tierras, cada hectárea, apenas si presenta, cuando la región es rica, de ocho a diez árboles. Se comprenderá entonces la extensión que tenían que recorrer los pobres *fregueses* para picar 170 plantas, más o menos, que componían sus estradas, para colocar y recoger diariamente hasta 1.200 *tichelas*.[135] Cada fregués tenía dos estradas a su cargo. O cuatro, si era casado y todavía sin hijos.

Trabajo de negros era esto de “picar”.

No se tenían domingos, es más, no se conocía el día en que se estaba viviendo. El tiempo era una sucesión de soles y de lunas, de estaciones secas y lluviosas.

A la madrugada, tras el canto de las *huaracas*[136] y entre lumbradas de un fuego abundante en cuyas llamas se cocían los restos de la caza anterior y

---

133 NE: Incisión en los árboles gomeros para obtener leche o goma (Bayo, *op. cit.*).

134 NE: Causadas por un hongo u otro organismo parásito filamentoso.

135 NE: Voz brasileña aplicable en el Oriente gomero. Pichel o pequeño recipiente de hoja de lata o peltre, al que desciende el líquido gomal de la siringa en estado blanquecino y un tanto espeso (Bayo, *op. cit.*).

136 Pava silvestre. Domesticada, se cruza con las gallinas.

hervía el agua para el café, el siringuero comenzaba a reparar los aperos[137] del trabajo. Echaba a la espalda el sapicuá[138] y al hombro su carabina.

Dejaba la choza al clarear.

Y peleando a palmadas con los mosquitos, rayado el "principal", o sea el árbol con que comienza la estrada, colocadas en él 12 o 15 *tichelas*, se internaba en la selva. Agredido por las cortaderas dispuestas sobre la senda, que le arrancaban la ropa –la poca ropa–, que se le prendían y enredaban tironeándole, se defendía igual que del tigre: de un solo tajo. El acero afilado sonaba como un cristal. Unas hojas anchas en forma de mano le barajaban la vista. En el pulmón del azorante bosque, denso y vitaminoso, se mezclaban penumbras de catedrales y resonancias de catacumbas. Pero la vista del siringuero sabía distinguir perfectamente, en medio del follaje, las hojas trípodes, lanceoladas de la siringa, y el penetrante olor de sus flores rosadas en septiembre.

Cuando la estrada era grande –180 a 200 palos–,[139] antes de amanecido y a la luz macilenta de un mechón de sernambí, el fregués se internaba en el gomal, hería con el *machadiño* de arriba para abajo la corteza dura de cada gigante, trazaba afluentes por sus costados, le incrustaba una por una las *tichelas* y, tras de ver que asomaban las primeras gotas de resina, seguía hacia el próximo gigante que a veces estaba a una cuadra de distancia. Se rayaba de un solo lado el tronco y nunca –lógicamente– más allá de lo que daba el brazo extendido. El hecho de que los tallos de la siringa sean redondos, cilíndricos y sin ramificaciones, a veces hasta los ocho o diez metros de altura (cada árbol mide hasta 30 metros), facilitaba la tarea.

El precioso látex comenzaba a destilar resbalando sobre el tronco amarillento, hasta los pequeños vasos de hojalata; en tanto zumbaban los mosquitos y se oía un remezón de hojas allá adentro. Pronto la mano diestra se ponía en el cabo del machete o la escopeta, y el oído se afinaba rastreando el peligro… Pero esa vez era un *tapití*[140] o un tejón que, al instante, se metía en la cueva. Cuando el hombre descubría el rastro de un anta o algún ciervo, le armaba trampa con su carabina. A veces tanteaba los huevos en los nidos silvestres entre el *chamular*,[141] o cortejaba panales cargándose con la miel.

---

137 NE: Conjunto de instrumentos y herramientas de un oficio (RAE).

138 Bolsa engomada que usan los siringueros para recoger el látex, en lugar del balde o la lata.

139 NE: Árboles gomeros.

140 Armadillo de la familia de los roedores.

141 NE: Arbusto de los campos chiquitanos; sus hojas en infusión son utilizadas en medicina naturista por sus propiedades diuréticas y antirreumáticas.

Y caminaba horas de horas vigilado por los ojos asustados de los pájaros y por cientos de otros ojos, misteriosos e invisibles, de los genios y duendecillos del monte. Había que tener condiciones para esta empresa: fortaleza física, serenidad, coraje y decisión instantánea.

Llegado al extremo de la estrada, es decir de nuevo a su cabaña y al "principal" –punto de partida–, el fregués miraba el sol por entre los claros del monte para saber si eran las dos o las tres de la tarde. Y, limpiando con una rama la maleza, buscaba leña y calentaba el almuerzo. Con el jochi despicado en el camino hacía un pacumuto sobre el gran rescoldo (jenecherú) que desde el día anterior, y desde el mes anterior, allí estaba prendido, eternamente; comía las *pitajayas*[142] y lúcumas silvestres y –uno de sus mayores placeres– liaba un cigarro de tabaco negro para fumarlo entre los eructos y bostezos del hartazgo.

Y luego de un breve descanso, se alzaba, estiraba las piernas y los brazos, y otra vez andando sobre lo andado.

Pero ahora recogía en su vasija la dolorosa sangría de los pobres árboles desgarrados. Los vasos lácteos quedaban por mucho tiempo abiertos y rezumantes, dejando sobre la corteza de los árboles hilos amarillentos en que iba a prenderse la basura o quedaban apresados los insectos. Estos rebalses son los que van a formar después lo que se llama cuaje, viruta o sernambí.

Canijo, derrengado, sudoroso, ya anochecido, llegaba el peón al ahumadero de su cabaña. Mas su labor todavía no terminaba. Había que beneficiar la leche dándole consistencia, para lo cual hacía girar sobre el escaso calor de una especie de hornillo semisubterráneo –llamado buyón– un eje de palo sobre el que iba derramando el látex, exponiéndolo al humo. Crepitaban los húmedos troncos metidos en el buyón. La pequeña tutumita con la pringue de leche se movía sobre el molde y día tras día el palo se tornaba en las orejas de una enorme bolacha elástica, que ya concluida dio en llamarse *plancha*. A medida que crecía la bolacha el siringuero se sentía mayormente estimulado. No miraba a su mujer con más amor que a esas formas mórbidas y esféricas, a esas cuatro arrobas, como cuatro nalgas, de un gris verdoso. Palmeándolas y ya en la *punilla*[143] de su choza o bajo el coposo almendro que centraba el patio, las iba reuniendo una a una, semana tras semana.

Recogía las virutas y chorros coagulados sobre la corteza del árbol y, liándolos en forma de mazo, preparaba el sernambí.

---

142 Sale del caracoré. Fruto de color amarillo, hueco por dentro, con semilla negra y abundante pulpa.

143 Extremo descubierto de paredes en una casa de campo.

A esta cosecha amontonada se la denominaba *fábrico*.

Estimado que el fábrico ya era apreciable o, sencillamente, cuando la numerosa familia aparecería macilenta, atacada de malaria (enero, febrero, tiempo de los grandes diluvios; o julio, agosto, tiempo de las grandes sequías), los mozos hacían desatar las hamacas, lavar sus camisas y estirar sus pantalones domingueros. Y a pie, o metidos en una canoa apartando con el remo el cúmulo de semillas de siringa (cápsulas) que quedaban bogando, cargados de artefactos de goma, desde la maleta y los zapatos hasta los juguetes de los niños, se llegaban al cortijo o barracón, donde tenía su asiento la administración y donde el sonriente capataz los esperaba.

Allí estaban las casas mejor paradas, los almacenes de ropa, las tiendas de comestibles y las cantinas. Mercaderías a precios subidos y goma a precio de conveniencia.

Rumbeadores,[144] picadores y *fregueses*, todos estaban para ajustar sus cuentas y recibir la ganancia en moneda contante y sonante. Este dicho no era por entonces, como hoy, una simple figura, una figura afónica y desteñida. Porque cada pagador tenía sus cajoncitos dentro de los que, apilados, se recostaban pequeños sacos, cada uno de los cuales tenía 200 libras esterlinas. Los peones más aptos, que traían de 50 a 60 planchas por fábrico, sacaban un saldo astronómico. Seguían en categoría descendente los bisoños y en último término los enfermos, desidiosos y cimarrones, que hacían tan solo de 15 a 20. Aunque de entre estos últimos los hubo que, si no morían de consunción y tedio, pronto se rehabilitaban superándose en el esfuerzo.

Las estradas gomeras con sus respectivos barracones se extendían hacia el Norte, en todas esas tierras parceladas por los ríos Madre de Dios, Orthon, Abuná y Xapurí, desde el Perú hasta el Brasil.

---

144 NE: El práctico o baqueano encargado de abrirse camino por el monte o en la pampa y de buscar yerbales, árboles de goma, etc., desde una altura (Bayo, *op. cit.*).

Dramas del monte

Los *fregueses* que tenían prole crecida, hijos ya jóvenes, se distanciaban del centro para poder acaparar más estradas. La tapera[145] –siempre a la vera de algún arroyo, de alguna laguna o del mismo río, entre tajibos y cacaotales– era siempre una sola con su pequeño ahumadero. Allá pasaba la familia dos o tres años seguidos, apenas mandando a uno de los muchachos cada vez para entregar el fábrico y adquirir medicina, ropa y víveres. Así resultaba fácil que esas gentes ya no supieran más para qué sirve el peine y, en tren de olvidarlo todo, olvidaran hasta el son de las campanas.

Era una humanidad silvestre y bravía.

Las mujeres, casi desnudas, diariamente lavadas, el pelo aceitado y aromado, el cuerpo con balsamina y esencias del monte, crecían robustas y esquivas, rematadamente montaraces. Trabajaban en todo y no temían a nada. Agarraban los sapos de una pata y aplastaban con el talón a las tarántulas.

De repente parían un hijo que no se sabía para quién era. Los hermanos se resentían, los viejos se callaban muy esquivos y amargos. Pero eso pasaba más o menos pronto.

Nada tiene de extraordinario el mito de las amazonas inventado por Orellana, según el cual aquellas varonas alimentadas de frutas y peces, cuyos senos apuntaban como dos pitones, estaban con sus hombres en el secreto de la alta noche, y de sus partos mataban a los niños, salvando solo a las mujeres a las que temprano entrenaban en la pelea contra otras tribus. Eran crueles –dice la leyenda– con sus prisioneros de guerra, a los que colgaban en los árboles y se los comían entre horribles gritos

---

145 NE: Voz del quichua. Ruina; rancho destartalado y, por consiguiente, abandonado (*ibid.*). Según la RAE, es voz proveniente del guaraní.

estentóreos. Tal vez para atemorizar al enemigo. Algunas se cercenaban un seno para mejor poder manejar el arco.

La verdad es que –cuento aparte– casi todas las hembras nacidas en estos barracones eran tan fuertes que, cuando los hombres caían descaecidos a la hamaca minados por endiabladas fiebres, hacían las veces de ellos, es decir, tomaban las estradas, peleaban con las fieras, amasaban la zafra y remaban con el fábrico al cortijo.

El instinto les rezumaba por todos sus costados.

Don Nicanor Vaca –aguileño orejudo con un gran *quirichi*[146] en la mejilla– era uno de esos curtidos *fregueses* de la casa Seiler. Vivía con su familia metido en el remoto extremo del Madre de Dios.

Casi nunca veía a su mujer porque, salido a la madrugada sin otros compañeros que su Collins[147] y su barcino (perro de pobre, uno de esos perros flacos que a los gritos del amo se levantan despavoridos de entre la ceniza), volvía de noche, muy cansado y se metía en el mosquitero.

Pero la mujer cada año, infaliblemente, le daba un hijo.

Así nacieron Elías, Primitivo, Genoveva, Nicéforo, Tristán, Zósima y Estefa. Cada cuatro años que iba al pueblo, bautizaba cuatro changos. Cuando vinieron los tres últimos –Rosendo, Dionisia y Anselmo– ya Genoveva estaba maltona, es decir, moza, con su imponente mocedad acentuada por los ejercicios del tacú.[148]

La madre murió de un nuevo parto –el undécimo– y Elías y Primitivo tuvieron que ir a Villa Bella, dejando solo al viejo con los menores, en medio del monte.

Exactamente al cabo del siguiente año, don Nicanor tuvo otro hijo. La madre fue Genoveva.



El despliegue de estos hombres por la selva, a la vez que fue remontando el peligro de los tigres, poco a poco atrajo y fue absorbiendo a una gran parte de los salvajes que, en numerosas tribus, infestaban el campo. Algunos indios, definitivamente rescatados, fueron eficaces colaboradores

146 NE: Verruga (*ibid.*).

147 NE: Por metonimia, machete. La compañía estadounidense Collins, activa entre 1826 y 1965, hizo famosa la calidad de sus machetes de acero templado en toda América entre finales del siglo XIX y mediados del XX.

148 NE: Mortero grande hecho de un tronco labrado en el que se muelen cereales con una porra manejada a dos brazos (Bayo, *op. cit.*).

del blanco en la persecución de ese fugitivo airón[149] de la ventura. Por medio de ellos se conocieron nuevas estradas, se llegó a nuevos ríos y se incorporó al conocimiento geográfico del Acre ricas tierras hasta entonces todavía incultas e inaccesibles.

149 NE: Garza real (RAE).

La variolosis

Villa Bella, con vaivenes, fue, en los últimos diez años del siglo XIX, afirmándose como ciudad en la dirección triangular de toda ciudad: como mercado, como templo y ateneo, y como fuerte.

Frente al puerto, sobre la margen derecha y un poco abajo, se veían entonces las rústicas construcciones de Villa Murtinho, puesto avanzado brasileño en que vivían unos cuantos *fregueses* caucheros. Su autoridad era designada con el nombre de agente fiscal.

Por el otro lado –sobre el río Beni y antes de su confluencia para formar el Madera– quedaba el floreciente caserío denominado la Gran Cruz, de propiedad de don Lucio Pérez Velasco, caserío que albergaba plácidamente a una colonia de indios dedicados a la construcción de embarcaciones y a la conducción de viajeros.

La viruela que –como ya hemos visto– asoló al Sur también cundió en estas tierras haciendo sus mayores estragos entre las tripulaciones que venían de San Antonio, término de la navegación por las cachuelas del Madera. Los varaderos, los barrancos o cualquier playa escogida al azar eran la tumba de centenares de pilotos y remeros caídos sin gloria. El río, imperturbable, seguía pasando con su espuma y sus hervores.

Hubo casos de exterminio total de algunos centros poblados y de casi todos los navegantes. Solo quedaban, reveladores de la tragedia, los restos humanos sobre las tundras, semimondados por las hormigas, putrefactos, diseminados entre el *yomomal* de la orilla, o esparcidos, bogando en la ensenada y en los recodos del río.

Nadie contaba con auxilios ni con recursos contra el mal.

Así fueran ingleses, cruceños o cambas.

Todos rindieron el tributo de su vida al mito de la siringa, al mito de la felicidad. Las algas moradas, en los remansos, tanteando a flor de agua, eran el responso con que los recogía la naturaleza…

En 1890, muchos empresarios de transportes habían paralizado sus actividades y estaban vacilantes en su posición financiera. De no ser por los refuerzos que llegaban de Santa Cruz, el tráfico gomero habría quedado indefinidamente estancado.

El oro de Londres

Pero cinco años después, a tiempo que la demanda de la siringa crecía haciendo que esta alcanzara altas cotizaciones, volvió a florecer la industria naviera y el comercio de cabotaje. El intercambio de subsistencias y vestuario llegó a su grado mayor, subiendo correlativamente el salario de los trabajadores.

Afluyeron a Villa Bella gerentes, representantes, empleados y pinches de instituciones mercantiles remotísimas y de toda nacionalidad. Grandes capitales con base central en Londres o Hamburgo estaban puestos en juego. Día a día abrían sus puertas nuevas casas bajo nuevos rumbos. Se edificaba, se contrataba, se gastaba el dinero a puñados. El más infeliz de los hombres tenía por ahí un crédito, una cuenta abierta. Casi al igual que el castellano, se hablaba el inglés y el alemán.

Fue por esta época que, al hacerse la fundación de puertos para el embarque gomero, se bautizaba a estos sitios con nombres de ciudades europeas: Verdún, Nuevo Berlín, Manchester.

Los cruceños, prosperando en su sabiduría de navegantes, llegaron a manejar sobre esos "caminos que andan", verdaderos convoyes con desplazamientos de millares de arrobas. Desde la Gran Cruz trascendía el olor a estopa y alquitrán, y se oía la sierra mordiendo y el martillo remachando la itaúba y el curupaú en esos gigantescos esqueletos montados sobre recia quilla. Los ingenieros cambas calculaban con la vista, y no por eso dejaban de ser precisos, las 800, mil o dos mil arrobas de cada batelón. Milagro portentoso convertido en costumbre primitiva y simple.

Reinaba la más perfecta cordialidad en todo lo largo de la escala social y nunca como entonces hubo una cabal intelección entre mozos y patrones. Si el primero se encaprichaba en un precio, el otro cedía.

—Son 300 libras, *taita*…

—Bueno, Bautista, tomá…

Y todo se arreglaba como en familia. La fiebre del trabajo no daba tiempo para turbar la paz de las almas, reparando en injusticias, y las únicas inquietudes de los hombres eran las de la muerte; más por sus misterios que por la muerte misma.

Las celebraciones se veían multiplicadas por las despedidas o los cumpleaños y, en vez de los bautizos –que no había cura–, por el agua de los niños. Los presentes se hacían en seda, oro y joyas.

En las esferas oficiales, siendo poca la semana del entusiasmo popular conmemorando los aniversarios patrióticos o el carnaval, se ampliaba a otra semana, especialmente entre los círculos de paceños –que los había muchos– y cruceños, que eran los más.

Los músicos soplaban de día y de noche. En las últimas horas cabeceaban boquiabiertos sonando solo el bombo, en tanto que de la embocadura de los instrumentos salía un grueso hilo de saliva.

Los juegos de plaza, tales como el del pato, el chivo –que se hacía a pie–, el palo ensebado, el *chichijco,*[150] etc., se tornaron infantiles frente al apasionado y varonil torneo de las regatas y de las carreras. Que aún no se conocía el fútbol. También entonces los "decentes" no reparaban en mezclarse con el *cambetú*[151] cantonal.

Para cada una de estas anuales celebraciones, el siringuero abandonaba eventualmente su cabaña hundida en el espesor de la estrada entre bejucos y espinas; *chiraposo*[152] y barbudo, el bulto de hamacas cargado en la cabeza de su mujer, recruzando las aguadas, para lo que se quitaba las abarcas, desandaba la tupida senda, el pajonal enredoso y, seguido del perro y los hijos, llegaba hasta el puerto de embarque y luego, remando, al pueblo para ajustar cuentas, recibir la paga, emborracharse y olvidar las miserias de la pica.

---

150 NE: Juego consistente en desaparecer o esconderse lo más rápido posible.

151 NE: Grupo de cambas.

152 NE: Andrajoso.

Fanfarrones

Recordamos bien lo que vino a ocurrir en un 6 de agosto.

Era el año 1898. La tarde anterior, entre cientos de *fregueses*, habían cobrado sus salarios en la Casa Barber varios pilotos hirsutos y curtidos. También pasaron por la ventanilla caucheros huesudos, llenos de cicatrices.

El patrón los miraba entre satisfecho y compasivo, los llamaba por sus nombres, los regalaba con un trago y les daba las monedas de oro en talegas, sin otro comprobante que el de los números y la fecha en el libro. Nada de cicatería. No había regateo. No cabía el regateo. ¡Pero si eran esos hombres los que en verdad acuñaban esas monedas! Un rato, sobre la tosca mano las extendían y –brillantes, doradas– les daban vueltas para mejor ver esas testas coronadas de lejanos reyes cuyos nombres y cuya historia no les importaban.

Dispersaban sus haberes casi con menosprecio, aunque no sin cierto sentido de arrogante ostentación.

Cumplidos los números de la víspera y la mañana, banquete, baile y dianas, el pueblo se había congregado bajo los ralos árboles, a todo lo largo de la ceja del barranco, para presenciar las regatas. La sociedad ocupaba –emperifollada de gasas y sombrillas– el alero de la garita. Los gringos Barber integraban la comisión a cargo de este número (es de advertir que entonces todo programa se preparaba por números y que la ejecución de cada número –en competencia, sin que al Estado le costara un cobre– estaba librada al entusiasmo y a las regalías de los ricachones).

Personalmente, entre chiste en alta voz, el paletó[153] en la mano haciendo gala de agilidad y luciendo sus bien cortadas camisas blancas,

153 NE: Gabán de paño grueso, largo y entallado, pero sin faldas como el levitón (RAE).

los comisionados fueron depositando, en las marcas de la competencia, cajones de finas etiquetas visibles a todos los ojos que los seguían por descubrir el secreto.

No hubo ni secreto ni necesidad de esperar.

Ellos mismos, ayudados por la mozada comedida que adivinaba su parte, los fueron abriendo para dejar a disposición de quien alargara la mano copiosos surtidos de bebidas, desde los vinos franceses que a tanto costo llegaban a Santa Cruz para el Obispo hasta esas garrafas recubiertas de paja, barrigudas, que ostentaban su collar de medallas en el envase, un año marcado en el corcho y un sabor insospechable en su contenido.

Licores bermejos, dorados, ambarinos; dulzones o ásperos; en frascos pequeños o grandes; de asiento cuadrado, oval o redondo. ¡Qué de marcas no había dentro de cada caja reluciente!

Las champañas Roederer y La Mercier fueron probadas por primera vez. Hasta los músicos, siempre tan cuidados y atacando siempre el chotis[154] o la mazurca[155] de moda, tuvieron su abundante ración. Nunca otra vez vimos semejante derroche en precio y calidad.

La música dominante –lo acabamos de decir– aún en las estudiantinas y en los instrumentos solos no era el carnaval cruceño, con su previa maraca, ni los boleros o pasacalles de las despedidas que lo fueron después. Con la influencia extranjera, con los primeros gramófonos Víctor armados de una colosal corneta giratoria, vinieron los valses vieneses, las habaneras, las polcas, las tarantelas y varsovianas. Todo lo terrígeno quedó supeditado. Alguna vez, al amanecer, como un grito lejano de atavismo, revivía llorando en la guitarra la letra de un "¡ay de mí!", inconsolablemente quejoso del bien perdido.

Quizá esta circunstancia ha librado a la música beniana (la aborigen) de ese morbo de ansiedades sensuales y pungentes que ahora se advierte en otras latitudes.

---

154 NE: Baile agarrado y lento que suele ejecutarse dando tres pasos a la izquierda, tres a la derecha y vueltas, y que es típico de Madrid (RAE).

155 NE: Danza de origen polaco, de movimiento moderado y compás ternario (RAE).

Pero el Diablo no duerme…

Donde el reflejo del auge económico se mostraba más altamente ostensible era en el juego. Los primates de la goma y de los fletes, los enganchadores (verdaderos tratantes de blancas), los agentes rescatadores, etc., con los ojos clavados y fijos veían danzar su suerte al azar de los dados.

En ciertos círculos, especialmente en el de los fleteros, para simplificar la parada[156] habían adoptado como medida la capacidad de una tutuma que se llenaba y vaciaba repetidas veces, según el monto de la apuesta. Era una tutumita barnizada de negro por dentro y por fuera amorosamente decorada con mariposas de color.

No circulaban los billetes nacionales y, si era en general escaso el papel moneda, más se conocían las notas del banco de Londres o de París que las del Francisco Argandoña o del Nacional de Bolivia.

Uno de esos días, charlando que charlando sobre cosas y cosas, un grupo de *fregueses* adinerados se puso a jugar en compañía del patrón, don Marcelino Mostajo. Tipo de campanillas, pero amable y campechano. Alto, apuesto, de ojos zarcos, el pecho peludo, cadena de oro colgando sobre el chaleco; en el meñique un brillante de clarísimas aguas y en la otra mano, el aro de matrimonio.

Los caucheros eran el *Petacudo* Emeterio Santos, Isidro Neira, Heriberto Padilla, los hermanos Melitón, Severo Velarde –de la barraca de El Porvenir– e Ignacio Bejarano, que fue el último en llegar. Instalados en la punilla, se disputaban la “polla” manoteando entre carcajadas, conjuros y maldiciones. En un momento de esos, la suerte se decidió por Neira, hombre de mucho crédito en el lugar. Corrían las libras hacia su lado y

156 NE: El monto inicial de una apuesta.

él las recibía extendiendo su mano morada y nudosa. El patrón –entre sudores e impaciencias– le abría paradas cada vez más gruesas, a la vez que le estimulaba con aspavientos.

—¡Tire, amigo Neira!

Y los cubitos se deslizaban sobre la colcha, haciendo muecas endiabladas.

—Sena quina…

—Van 200, Neira. ¡Cope!

Y Neira copaba.

—¡Cuadras…!

Sendos vasos de cerveza en sonoros cristales servían de paliativo a los contrastes. Padilla y Santos repetían los números en alta voz y los otros hacían sus cábalas y cobraban sus apuestas.

Pronto, a la vuelta de una hora, la suerte fue abandonando a Neira, del que los compañeros rescataban gruesas sumas en metálico. Se le acabó la bolsa y apostó, haciéndose obligaciones a la vista. Don Marcelino, entre chanzas y risotadas, ahora ya le ordenaba.

—¡Pare, Neira!

Se las había tomado con él.

Y cuando el pobre Neira acabó con todo lo que poseía y se endeudó hasta los pelos en ese tan conocido rapto de despecho en todo jugador, y cuando radiante el ruedo de contrincantes lo tomaba con zumba, lo farreaba,[157] todavía se le ocurrió al patrón decirle, agitando triunfalmente el cubilete en lo alto del puño remangado:

—¡Pare el camba, Neira!

Fue suficiente.

En aquel tiempo era oprobioso ser tenido por camba. Neira reaccionó como una fiera y espetó a don Marcelino una ducha vitriólica de carajazos e improperios; por uno y otro bando los hombres se ajustaron el cinto y se armó la bolina.[158] Hubo tiros, una docena de puñetazos, fuga, insultos, atropello.

Neira pasó un año en la cárcel y Mostajo dos meses en su cama.



Pero aun se han dado casos más dramáticos.

En casa de doña Encarnación Salazar, que tenía dos lindas hijas casaderas –Lastenia y Petronila–, se jugaba sin parar dos y tres días. Sortijas,

157 NE: En este caso, lo molestaba, exasperaba.

158 NE: Ruido o bulla de pendencia o alboroto (RAE).

relojes, mercaderías era lo más común en circular cuando al perdedor ya no le quedaba un tostón. Hasta se llegó al caso (de don Jesús Jiménez) de jugarse batelones enteros cargados de siringa que pasaban de dueño en dueño. Lo cual nada tendría de extraordinario si no fuera que justamente con los batelones, que valían 15 o 20 mil bolivianos, se copaban apuestas incluyendo 12, 14 o 20 tripulantes.

Argonautas

Todo el trato de los siringueros se hacía por agua.

Don Ascencio B. Dorado fue sin duda el más temerario de los fleteros conocidos desde Villa Bella hasta el Bajo Madera. Esforzado, puntual en lo posible, no trepidaba ni ante las desgracias grandes.

Era en verdad un argonauta.

El recorrido que por encima de las rompientes, vale decir, por sobre las encrucijadas de la muerte, realizaban los viajeros a San Antonio resultaba no menos que una empresa de titanes.

La móvil superficie del río con un cauce tan lleno de repliegues hacía temibles las cachuelas que se anunciaban con las correntadas, el estallido de las olas, la trompa de sus rocas y el vacío de sus cavernas y remolinos.

¡Cómo no admirar a los remeros! Ellos, fiados en la precisión de sus cálculos al ojo, en su frialdad de peces y en la serena confianza de sus músculos, se lanzaban intrépidos a la lucha. Como los héroes de Homero, un poco fatalistas: "Nada sucede la víspera".

Sufrían averías, contrastes y reveses. Muchos de ellos quedaban allá en el fondo entre pedruscos revueltos y la hojarasca putrefacta.

Los pormenores del embarque se ofrecían ruidosos.

Reparados los viejos batelones, bautizados los nuevos, listo el bastimento[159] necesario para la expedición, elegidas las tripulaciones y los pilotos, la colorada barranca del puerto hormigueaba de mozos, aduaneros y patrones.

---

159 NE: Provisiones.

Pedro Gualachavi, Nicéforo Sosa, Nicómedes y Carlos Orótare, José Guarivana (llamado *Guatoco*[160]), Eleuterio Durán, Ciro Huasico, Cayetano Aulo… medio cuerpo desnudo, los pantalones holgados y el cinto ancho y fuerte, agarrando la vaina del *trasao*…[161] Los estibadores se manejaban a gritos en el control de las bolachas[162] que, tras salir de la romana y anotado el peso, eran rodadas cuesta abajo cayendo con estruendo en la ensenada.

—¡Eh, *Guatoco*! ¡Cuida el *jone*…![163]

Se hundían revolviendo el lodo y salían a flote con gran impulso, bogando por entre la resaca y las burbujas. Guavirana y Durán las tomaban con un palo y las iban ordenando en el interior de las barcazas.

Esto duraba por veces hasta una semana.

Acá se ponía la goma fina, encima el sernambí y allá las maletas, los ponchos engomados y dentro del *portabalayo*,[164] las botellas de sal molida, el cajón de velas y las latas de azúcar baya y de manteca. Había que llevarlo todo porque se pasaban semanas enteras entre el río y la barranca tupida, sin que pudiera encontrarse un "cristiano" y con él alguna esperanza de auxilio. Mil seiscientas arrobas. Cada embarcación, 12 tripulantes con dos proeros y el piloto. Cuatro rifles de a 25 balas cada uno.

Delantero, para escoger las paradas e indicar los pasos, tenía que ir don Ascencio que, a la hora de partir, siempre pagaba a la banda, obsequiaba a los peones con aguardiente y desplegaba sobre su camarote la bandera nacional, dando valor a sus hombres.

—¡Tchj! Cuidado con tener miedo: lo que tiene que suceder sucede nomás.

A esa hora venían las últimas cartas recomendadas por los amigos, el encargo de las mujeres. El gentío compuesto de curiosos, changadores[165] y familiares, hormigueaba alrededor de los héroes que, con camisola

---

160 NE: Voz quichua. Persona o cosa pequeña y petacuda (Bayo, *op. cit.*).

161 Machete.

162 NE: Bultos de goma ya solidificada que entregan los picadores del Beni a los barraqueros (Bayo, *op. cit.*).

163 NE: El barro endurecido (*ibid.*).

164 Cajón grande en donde se guardan las provisiones para viajes largos.

165 NE: El que se ocupa de llevar cargas a pie de una parte a otra en las ciudades o pueblos. Para en las esquinas de las calles, con cuerda y bolsa al hombro, y usa palanca y angarilla, cuando es necesario (Daniel Granada, *Vocabulario rioplatense razonado*, Montevideo: Imprenta Rural, 1890).

holgada y blanca, el saó amarrado a la barbilla, bebían y oían como con nostalgia la *cacharpaya*[166] de los músicos.



Nadie, ni los mismos remeros veteranos, pudo decir nunca que sabía cruzar una cachuela. El canal de estas, como el mismo curso del río, variaba de tiempo en tiempo a capricho del caudal. De Villa Bella a San Antonio tenían que pasarse 13 cachuelas, aparte de un sinnúmero de torrenteras. Y la primera, llamada Madera –como el río– se la tenía ahí, con su potente quijada casi a la vista, a pocos minutos de dejar el puerto.

Pero las cataratas más altas e intrincadas, y que obstruían completamente el río sin dejar un resquicio para el paso, eran las de Riberón, Salto Girao y Theotonio.

Tenía que encostarse medio torno antes de llegar a ellas, en sitios señalados por el rastro de todos los viajeros, transportar por tierra la carga más delicada hasta muy abajo de la cachuela y pasar los batelones por vados en que se los arrastraba a pulso.

Claro que había la senda, y no solo una sino muchas, entre un sitio y otro. Pero el trabajo resultaba agotador. Espantando con el sombrero nubes de puquillas,[167] de tábanos y marigüises[168] bajo un calor de 39 grados en que era preferible no llevar más ropa que una baticola,[169] con las cuatro o seis arrobas de cada bolacha encima, la cabeza agachada y los brazos en alto, iban y venían los remeros por entre aguadas que acababan de convertirse en charcos y tremedales que eran focos apestosos, sudando, escupiendo y maldiciendo. Con las piernas abiertas equilibraban la plancha que buscaba resbalarse por entre el canal de los lomos; la atravesaban con un palo y así quedaba fija sobre el hombro; en cambio este sufría las llagas que le producía el palo.

Cada cuadra que se andaba, atormentados los oídos con el zumbar de sabandijas, parecía tanto como andar una legua. El *anopheles*[170] hacía su

166 Despedida. Voz proveniente del occidente de Bolivia.

167 Es el *anopheles gambiae*.

168 NE: Mosquitos pequeños cuyas picaduras causan inflamación (Ernesto Rück, *Guía General: primer año*, Sucre: Imprenta Boliviana, 1965).

169 NE: Por analogía con la pieza del apero de ese nombre, el taparrabos que usan los indios bárbaros y los bañistas (Bayo, *op. cit.*).

170 NE: Dicho de un mosquito cuyas larvas viven en aguas estancadas o de escasa corriente, y cuya hembra transmite el parásito productor de las fiebres palúdicas (RAE).

agosto y los tábanos al picar, succionando la sangre, dejaban una ampolla abultada con su punto rojo en medio. Las úlceras aparecían de inmediato en las canillas, por la acción de espinos y cortaderas. Y al rascarse los hombres sobre las picaduras, florecían las espundias.[171]

Paralelamente, pero un poco más apegados al río, otra partida de *fregueses* padecía nuevos suplicios arrastrando el batelón. Antes había trabajado un largo y sinuoso "varadero", que iba desde la entrada hasta la salida de la cachuela, en parte por tierra movediza, entre *yomomos* y patujuzales, y en parte por terreno duro, entre cascajos, hormigueros y posetacú. Era la labor más extenuante.

Se debía llevar en vilo, como en procesión, esas barcazas, que no iban completamente vacías pues era costumbre dejar en ellas la impedimenta, cuidando los tablones de cualquier accidente y el casco de cualquier avería. El patrón tenía que dar ejemplo tirando de una espía[172] y gritando para mejor disimular la fatiga:

—¡Eh, pandorgas, maricones!

—¡Fuerza, carajo…!

Sus gritos no resonaban, apagados por la estruendosa voz de la cascada.

Gualachavi, Orótare, Sosa, Durán, todos se movían. Mezclado al bronco rumor del agua que caía en ocho metros de desnivel, se percibía el ruido de hojas aplastadas y ramas trituradas, los improperios que lanzaba el uno que se hundía de una pierna, el otro trozando las *tacuaras*[173] con el machete y el de más allá espantando culebras y tucanderas. Los 365 soles del año parece que allí se reunieran en uno solo, grande, cercano y caldeado…

Así, todo aquello daba la impresión de que el propio caos se estuviese disgregando y disolviendo.

Los ojos ardorosos, llenos de legañas, de esos pobres seres hundidos en un fango amoniacal, eran la atracción de millares de mosquitas amarillas, empeñadas en chupar los lagrimales. El vaho soporiento del *tarope*, el hedor a sudores y a podrido, la porfía de los tábanos malignos, los gusanos y las sanguijuelas, la greda mefítica pegada como costra, el

171 NE: Úlceras.

172 NE: El cabo que, amarrado por un extremo a un punto fijo, entra a bordo de un barco y sirve para moverlo.

173 NE: Caña de Indias y bambú en Asia. Gramíneas. Caña gigantesca de 20 a 30 varas de alto por tres palmos de circunferencia. Su madera, ligera y sólida, aprovecha, sin más que abrirla en sección longitudinal, para tabiques o paredes y para entarimados. Los cortes de tacuara sirven de recipientes, y en caso apurado para vasijas de cocina, pues es caña que resiste por algún tiempo el fuego (Bayo, *op. cit.*).

grito de los loros y los *manechis*, los bejucos que trababan el paso, el calor, todo enloquecía a esa pobre humanidad dentro de aquella viripotente selva, siniestra y bella a la vez…

Para aplacar la sed, buscaban sin ir muy lejos un hueco de agua tranquila.

Y no reparaban en renacuajos. Algunos atinaban a las *pitajayas* que exprimían con avidez sobre la lengua gruesa y fatigada…

Y duraba días este trabajito.

Al atardecer, derrengados, magullados, se juntaban los trabajadores; tomaban silenciosamente un gran poro[174] de chivé, se lavaban las úlceras en el río, bañaban el cuerpo, comían dos o tres platos de locro, sacaban una chala y, con el tabaco negro que siempre tenían picado en la bolsita, liaban un cigarro. Y fumando y eructando se tumbaban como troncos bajo el mosquitero, durmiéndose de un tirón hasta el amanecer.

Entonces era cuando comenzaban a sentir dolores.

Algunos se levantaban apenas, delirantes, *lopopudos*,[175] con el principio de la fiebre en las venas. Otros se curaban las heridas con manteca de caimán o simplemente con un emplasto de tabaco y saliva. Y todos –hubieran o no debido– tomaban la dosis de quinina prescrita por la experiencia y, sobreponiéndose a las miserias de la carne, resignadamente, tornaban al monte…

Se reiniciaba la navegación hasta la siguiente cachuela. Pero esta jornada siempre dejaba el saldo de varios peones que tiritaban al sol todo el día y que no tenían ganas de probar bocado.

Pasada la cachuela de Theotonio, ya podía procederse en las otras como lo hicimos nosotros en Quayará. Al amparo de la poca corriente –momentáneamente remansadas las aguas por la barrera de piedras–, se atracaba a poca distancia. Se llevaba a hombro hasta el campamento de abajo la carga de privilegio en tanto que el piloto y capitán, con auxilio de los proeros que eran expertos, se ponían de acuerdo sobre la posición del canal.

Se daba instrucciones precisas a la tripulación, se decidía el momento y, una por una, las embarcaciones tenían que hacer la travesía ineluctable.

Era una visión angustiosa y trepidante…

---

174 NE: Calabaza en forma de pera y con cuello, que sirve para diversos usos, especialmente para cebar mate (RAE).

175 Con los párpados hinchados.

Los batelones, desde la distancia, debían ir en línea recta, con todo su impulso. No pestañeaba el piloto y la consigna de sus hombres era remar impetuosamente. Él ordenaba a gritos para mejor dominar ese clamor desencajado…

Remolinos que tiraban sordamente para adentro… trombas detonantes que se alzaban para afuera… espeluznante dentadura de pedrones, fijos y mudos, a uno y otro lado… chiflones, resaca procelosa, bufeos,[176] peces voladores, anguilas eléctricas, espuma, vaho, ramalazos del viento… y el batelón como un bálago en el vértice del mundo…

El piloto –con los ojos fijos– semejaba un pequeño dios parado en su tronera.

Unos segundos en el vacío… un choque con otras correntadas allá en el fondo nublado por gruesa lluvia, el crujir de la madera reventada y –con la ayuda del Tupá, que secretamente invocaban los indios, o con las gracias al cielo, que daban los cambas– ¡todo se había salvado…!

Aunque no siempre "todo".

Con frecuencia se erraba el canal y, entonces, de las embarcaciones no quedaba ni el rastro. Otras veces, caían al vacío, como astillas humanas, cortados por las olas, algunos tripulantes; los remos saltaban por el aire…

Nunca se tuvo como segura la travesía de las cachuelas. Pero en estas se hacía la empresa con mayor decisión que en esas otras al arrastre por la margen paludosa de los ríos, ya que aquí todo se libraba de una vez y "si los hombres tenían que morir, pues morían".

—Nada sucede en la víspera…

Y, en vez de arrastrar un esqueleto botado y carcomido para el resto de la vida, preferían quedarse allá despedazados. Tal razonaban los unos, en tanto que los otros hombres de este drama enorme, en vitando[177] festín, jugaban al cubilete la embarcación, la carga y los peones, engordaban la panza y, después de beber complicados licores refinados, dormían la siesta en hamacas suaves, guarnecidas de blondas flamencas…

---

176 NE: La vaca marina que citan los geógrafos antiguos al hablar del Amazonas. Es un pez enorme de 180 a 200 kilos; su boca, como la del esturión, labio superior hocicudo, con dientes muy finos. Su carne es poca y hedionda, pero de ella se extrae aceite para el alumbrado. Se le encuentra en el Madera y en todos los tributarios del Amazonas que no están obstruidos por rápidos o *cachuelas* (Bayo, *op. cit.*).

177 NE: Odioso, execrable (RAE).

San Antonio

Dieciocho días mortales eran los de ese viaje, hasta dar con San Antonio.

Este puerto contaría entonces con unas tres o cuatro mil almas, de las cuales –como en Villa Bella– la mitad era gente de paso. Unos años atrás, apenas si era un campamento. Calles anchas, rectas, dos casas bajas y sombreadas, todo sosiego por fuera, con algunos mangos y totaíses (así se hace en el Beni el plural de totaí) que se alzaban sobre el monte. El monte traía, cuando soplaba el viento, un lejano rumor de mar y, al pelar el sol, un inquietante olor afrodisiaco.

Tierra gruesa y rezumante. Tierra de platanales y de almendrales. Don Ascencio S. Dorado, a la cabeza de su tripulación, henchía el pecho a su sola vista.

Los fleteros buscaban la fonda o el galpón. Tomaban su tutuma de chivé. Abrían la maleta. Asentaban la navaja pasándola por la lonja de cuero sobado y, como matarifes, comenzaban a rasurar con ruido de lija esa barba tupida y negra. Luego se bañaban, se cortaban las uñas y se cambiaban la ropa.

En diez días, entre el buen comer y el mejor beber, entre animadas tertulias, trasnochadas, madrugones (fuerza de la costumbre) y largas siestas en que el vientre atosigado empezaba a digerir, los hombres se reponían. Y luego se daban al cúmulo de diligencias que informaba su oficio.

Entregaban la goma a los capitanes de las lanchas que venían de Portho Velo, Santarén y Pará; recogían la carga de retorno; buscaban los mejores comercios para adquirir los encargos de la casa, o de los amigos, o de las queridas (sortijas con rubíes o esmeraldas, bordados, agua florida),

se hacían fotografiar y comenzaban las despedidas de estilo, con cerveza y con guitarra.

Pero la cerveza León era mala. Los fleteros preferían el *resacado* con su cáscara de limón o unas gotitas de jengibre.

Para comprar, todos tenían cuenta abierta; todos disponían de un crédito relativamente ilimitado. Mejor si de golpe se endeudaban con ocho, 10 o 12 mil pesos. Así a los remeros, después de la cruda travesía, se les ofrecía el espejismo del goce.

A los hombres de su mayor confianza, entregaban las compañías, con especiales recomendaciones, una pesadas cajas cuadradas, con bisagras de estaño, llenas de libras esterlinas. También iban patacones,[178] plata blanca sellada, tostones,[179] quintos, tomines[180] y medios. Todo eso destinado a las agencias en Villa Bella, Cachuela Esperanza y Riberalta. No se exigía del conductor más que el simple recibo. Y esas valiosas encomiendas, después de pasar por la aduana, eran entregadas religiosamente en el destino. Salvo el caso de que cayeran, con los hombres, en el fondo del río. Y si alguien sentía tal percance, aparte de los fleteros, eran solo las compañías de seguros de Europa.



Si los padecimientos anteriormente descritos representan la odisea más espantable de que pudiera tenerse noticia en ese tiempo, ¿cómo podremos dar al lector una idea de lo que significaba el viaje “de arribada”? Si esa fuerza líquida que atropella, tumba y pasa era el peligro vivo, no obstante el favor de su impulso, ¿cómo no habría de ser ella la fauce palpitante de la muerte, yendo como se iba a buscar su encuentro?

De subida, por el Madera, todas las cachuelas había que pasarlas tirando de los batelones por los varaderos. Y la carga ya no consistía en planchas de goma fina, sino en cajones con clavos y cinchos de fierro. De poco o nada servían los remos que no fuera para cruzar los cuatrocientos y tantos metros de una orilla a otra, yendo a parar en el cruce, un torno abajo, todos aplanados y exhaustos.

Los veinte días de bajada se tornaban en dos y tres meses de arribada.

---

178 NE: Antigua moneda de plata de una onza (RAE).

179 NE: Moneda con diverso valor y factura según las épocas y los lugares en que se usó (RAE).

180 NE: Moneda de plata que se usaba en algunas partes de América (RAE).

El vado movedizo diezmaba la tripulación. No caía un solo hombre en los tumbos, pero sí, y muchos, a la hamaca, víctimas de mortíferas endemias. No se era mejor comandante por mejor conocerse los resquicios de las cataratas, cuanto por saber defender la salud de los *fregueses*. El excesivo tributo de vidas en todas las empresas humanas siempre fue aparejado del desastre.

Si se estaba en tiempo seco, con el descenso del agua se aumentaba la fuerza del torrente, pero podían utilizarse las varas para el impulso. De noche, con luna, no se navegaba por temor a los roquedales descubiertos. Mucho menos sin luna. Algunas lajas que quedaban a flor de agua, así como las islas próximas, se aprovechaban como apoyo para tirar con los cables. A veces se mandaba ganar alguna roca para el mismo fin.

Encallar entre dos pedrones o sobre algún banco de arena era una maldición. Los peones permanecían dentro del agua días enteros y sus pavorosas noches. Ni siquiera podía ganarse a tiempo un barranco para enterrar a los muertos que hedían, morados y boquiabiertos.

Los convoyes de vuelta casi siempre aceptaban pasajeros, los cuales –también casi siempre– eran técnicos extranjeros, altos jefes, accionistas, empleados o inspectores de las compañías rescatadoras; eran los primeros en morir. Los estragos de la malaria, la impotencia para combatirla, el peligro del contagio en esas nubes de bichos voladores, sembraban el desasosiego y el pavor en los espíritus. ¡Qué humillado y qué pequeño se veía el hombre ante ese enemigo implacable e invisible que segaba tantas vidas!…

Si se estaba en tiempo de aguas, dilatada la corriente y disminuida su fuerza, en un lecho de 900 metros de ancho por 15 de profundidad, era eficaz el uso de los remos. Pero las torrenciales lluvias lo malograban todo. Semanas enteras sin sol, entre sur y chilchi, pudrían las guascas; el charque se tornaba pujosó;[181] gelatinosos los cueros. Las pascanas eran malas, los caimanes asechaban si se dormía en la embarcación. Mojada la leña, las pajuelas deshechas, no se podía prender lumbre siquiera para el café.

Cuando cesaba el diluvio –unas pocas horas– había que ver el modo de preparar el cocido con las yucas o plátanos que aún quedaban; pero había que embarcar las ollas con mucha incomodidad y el camba come abundantemente. Por aquellos días no se usaba otro cubierto que el machete filo ni otra cuchara que la concha grande, ovalada, reluciente. Por eso se hablaba siempre del "majadito de concha parada".

181 Se dice de las cosas que, con la humedad, crían una capa musgosa blanca.

Nunca hubo de San Antonio a Villa Bella un viaje sin desgracias. De sesenta hombres, por lo menos morían diez en la selva y otros veinte, empalidecidos, llegaban como lastre.

Y a veces no llegaba nadie.

Alguna empalizada retenía escorado el batelón, en tanto que las osamentas quedaban esparcidas por la playa, con el último supremo gesto: el anhelo de vivir…

Era tocante el acto postrero de aquella mala comedia de la vida: un puñado de tierra arrojado sobre la cabeza, una cruz de tajibo entre otras muchas y la maleta del difunto a la viuda, –eso sí– intocada, sagrada, entera, respetada cual si fuera el testamento.

La fiebre

El personal que tomaba la terciana, el paludismo, el sarampión, la espundia, el beriberi[182] o la malaria era trasladado a donde fuere para ser devuelto a sus familiares. Los que no tenían "ni siquiera un barcino" eran concentrados en galpones distantes, en los que un sirviente los asistía en menesteres simples; la manteca de caimán, la dosis de quinina que les repugnaba, algún antojo de cocina que después ni lo probaban, el lavado de la ropa, etcétera.

Tirados sobre las *chapapas* o sentados al sol, desnudos, sedientos, convulsos, padecían los espasmos friolentos de la fiebre.

Uno de estos galpones estaba junto a nuestro alojamiento.

Cuando se contagiaban las mujeres, el cuadro era ya insufrible: juntos en el mismo camastro o tirados por el suelo sobre un cuero de vaca, maridos y mujeres en promiscuidad, taladraban con su quejumbre la noche densa y lóbrega. Pero era lo último. Crinudos, secos, los dientes crecidos, los ojos vidriosos, en verdad no eran más que espectros errantes de carne y hueso. O mejor dicho, de piel y huesos.

Al día siguiente unos estaban muertos al lado de otros que aún resistían…

Esos que resistían y aún podían moverse se tumbaban durante la siesta al abrigo del naranjo o a la sombra de las punillas; unos estirando junto a su vómito negro la cabeza cadavérica llagada de úlceras tropicales que les carcomían el paladar o las membranas de la nariz; otros –pocos, los convalecientes– reumáticos o tísicos, haciéndose sacar las garrapatas o reventar el pitaí.[183] Las moscas orillaban los esputos bacilosos agitando las

182 NE: Enfermedad caracterizada por polineuritis, debilidad general y rigidez dolorosa de los miembros, causada por una deficiencia de vitamina B (RAE).

183 NE: Sarpullido producido por el calor que suele ocasionar inflamación por pequeñas pápulas eritematosas localizadas en los pliegues cutáneos.

patas traseras, en tanto que las gallinas, espulgándose también y dejando el jumbarayú,[184] escarbaban en los tallos del cerco.

Algunos caminaban como aparecidos por el aposento, cojeando de la pierna de cuya canilla se abría una espundia maloliente. Sosteniendo con un dedo el calzoncillo, se llegaban hasta otro naranjo en cuyo tronco se apoyaban para orinar. No faltaban pacientes raros, de esos que se ponían tristes, a quienes aparecían por el cuello y entre los dedos unas manchas lechosas, en forma de mapas, parecidas a la pinta overa de los vacunos.

Hemos sido testigos de la extinción paulatina de numeroso personal recién llegado de Santa Cruz y que inmediatamente había sido empleado en las rudas tareas del transporte fluvial. Caían los hombres para no levantarse más.

Por aquellos días llegó un batelón del Dr. Marcial Aguilera, el mismo que trajo entre otros conocidos nuestros a Nicanor Vásquez, el *Japutamo*, y a Telésforo Gutiérrez. Vinieron a vivir con nosotros alojados en el galpón de Guarimo.

Nos sentíamos felices de tener compañeros para la lúgubre vecindad. Los muchachos, al principio cohibidos, se metían en el mosquitero tras de anochecido, procurando no oír las lamentaciones de los enfermos. Pero nadie, que no sea un rematado miserable, queda enteramente sordo a ese subfondo de humanidad, a ese recóndito sentimiento de altruismo que hay en cada hombre. Poco a poco acostumbrados a tanta desgracia junta, a tanta desventura inenarrable, Gutiérrez y Vásquez nos seguían siquiera para alcanzar el *churuno*[185] de agua y mojar los labios resecos de los afiebrados, cuyo cerebro se debatía en lastimoso delirio.

Toda vez que dieron con la casa de la *Refusilo* (Ramona, una muchacha donosa), en la cual pasaban largas horas de juerga, comenzaron a llegar tarde de la noche y un poco bebidos. Entonces, para ellos, la tapera de las lamentaciones perdía su aspecto macabro y los muchachos se tornaban hasta temerarios: olvidada la noción del contagio, del peligro y de la muerte, hicieron amistad con algunos tipos palúdicos y espudientes a quienes llamaban por sus nombres.

Facundo era un mozo de Concepción de Chiquitos, de 22 años, unos ojos zarcos y una flacura verdosa y transparente; tenía beriberi y nadie daba por él un centavo. Erasmo era todavía más joven, plagado de

---

184 NE: Excremento acuoso de la gallina (Bayo, *op. cit.*).

185 NE: Calabaza redonda con un agujero, que sirve para llevar agua. Úsase también en el Oriente colgarlo de algún árbol, porque el viento, al colarse por la abertura del *churuno*, produce un ruido semejante al del cuerno, sirviendo de señal para llamar a los extraviados en el monte (*ibid.*).

escoriaciones por las orejas, tenía todo el cuerpo cubierto de llagas infectas. Siempre estaba malhayando al *somó*[186] que, allá en su casa de San Javier, hacían sus hermanas todos los viernes para invitar a sus amistades.

A veces –y no pocas– nosotros acompañábamos a Gutiérrez y al *Japutamos* en sus sandungas por lo de la *Refusilo*; de vuelta, Gutiérrez, que era vehemente, entraba hasta la cama del leproso.

—¡Enciendan el lampión!

—¡Sch!…

Los chulupis escapaban de la luz.

Facundo, todo sapirá,[187] abría perezosamente sus ojos verdes.

A su lado, en la violenta posición de aquel que lucha, aparecía rígido el cuerpo de algún compañero, todo inundado de mosquitos y de hormigas. Facundo lo miraba sin desesperación. Le importaba un garbanzo… Ya había muerto Erasmo y él habría de morir un día de esos… Su cara alargada por la luz del kerosene, los delgados labios desabridos, entreabiertos, su rala barba sudorosa, se movía en un levísimo temblor. Solo le faltaba la sigla cristiana del INRI, pero transformada así: FRS, Facundo, Rey de los Siringueros.

Se oían algunos ayes lejanos, muy lejanos, y muy profundos. Eran los de la sirvienta del rincón que sufrió la picada de una serpiente venenosa. Apenas si respiraba…

Nos imaginábamos a la *Descarnada* en su trono, con una guadaña por cetro…

Nada, no había caso: solo con agua no se curan los malignos achaques de la selva.

Sin protesta, todo aquello contribuía a robustecer en los hombres un sentido fatalista de la vida. Ante semejantes miserias el estupor era inútil; era ridículo el pasmo.

Los patrones pasaban todo el tiempo en tertulia, rodeados de cerveza y whisky o concurriendo a los babilónicos festines de sus amistades. Si los dueños de tripulación confiaban el deber que tenían a los capataces, estos a su vez lo confiaban a otro que no se creía obligado a nada. Ninguno se movía del centro –de los hoteles, de las cantinas– con alimentación, con medicamentos o siquiera con una palabra de consuelo. ¡Tanta era la desesperación que daba el dinero! Doña Encarnación, nuestra vecina, compadecida, era la única que mandaba a los enfermos algún sinapismo, o simplemente borraja con sal.

186 Chicha con mote de maíz. Se toma en tutuma.

187 NE: Lagañoso (Eduardo Cortés León, *Mito y realidad de la educación boliviana*, Cochabamba: Editorial Serrano, 1974).

Río arriba

Mientras sucedían estos acaeceres y mientras nosotros, al amparo de ciertas circunstancias favorables, habíamos hecho conocimiento de la dilatada zona del Norte, se había venido el año 1897 y se avecinaba el 98.

Restituidos en Villa Bella, encontramos a los viejos compañeros ensimismados con la noticia de que el patrón iba a viajar a Santa Cruz. Estábamos tan acostumbrados a don José, que la idea de ser traspasados –y en esa forma de negrería– a otro patrón, justamente, alarmaba a todos.

—Es preciso arreglarse en la Policía –dijeron algunos.

Era el intendente un viejecito de barbas pluviales que –como muchos de los empleados de entonces– tenía una ejecutoria marcial de la que se gloriaba (y no era para menos la guerra del 79 y siempre estaba hablando de Melgarejo, Morales, Frías y Daza, que fueron los hombres de sus mocedades. Pasado el episodio del Pacífico, anduvo brujuleando de sitio en sitio; sin dinero, siempre deseoso de ir a otra parte, pobre y simpático, siguió el camino de grandes paceños como los Pérez Velasco. Este viejo –don Isidro Blanco Benavente, si no estamos trascordados– trató de armonizar las diferencias y de calmar los ánimos que se iban exaltando.

Al reparar en Nicolás le dijo:

—¿Y tú, aparcero?

Y viéndonos juntos añadió:

—Hasta que haya una ocupación mejor, estarán ustedes cerca de Mauro, que me sabrá responder…

Mauro explicó que la situación se reducía a lo siguiente: Viajaba su hermano con nuevos recursos, obtenidos de la casa Vásquez, para procurarse personal en Santa Cruz, y sencillamente nos dejaba a todos en poder de los industriales de esta firma. Como hasta entonces ninguno se había

vuelto rico y más bien faltaban varios, entre otros, Ceferino Ardaya, que murió en San Antonio, y Omireji, Choquere y Yaune, que se enterraron en Cuayará; y como al volver de tantas penurias experimentadas los itonamas se creían cerca de la casa que tanto añoraban, de sus hermanos y de sus hijos de los que no sabían ni una palabra, cundió de un modo natural la obsesión de la fuga y la cimarronería. Y en el plazo de una semana se hicieron humo Félix Tacaná –el *Candirú*, que se marchó el primero–, José Mopi, Pinaicobo y después Guacama.

No obstante estos contratiempos, en enero de 1898 un batelón de 800 arrobas había sido reparado para resistir la larga navegación por los barrancones de río arriba, del Beni.

Cargado de mercaderías, del más rico surtido extranjero y con algunos productos del país, debía ir en busca de siringa. Los Vásquez eran expertos en esta clase de negocios y todo lo dispusieron minuciosamente. Por otro lado, la tripulación estaba encabezada por remeros cayubabas veteranos. La integraban otros indios y el resto que aún quedaba del personal de don José.

Mauro desempeñaba el papel principal. Y con esto queda dicho que nosotros teníamos todas las garantías, aunque no una situación definida.

Con Nicolás trabajábamos al lado de los chimoris[188] hasta más no poder, comprendiendo que de otro modo nos habríamos atraído la animosidad de la ruda gente que –por su misma condición– desconocía todo valor que no fuera el del músculo.

Cielo de aluminio.

Ya dijimos que era enero.

Oscurecidas las aguas y deslucida la fronda, zarpamos en gesto voluntarioso tras de las claras linfas del Beni que debíamos ganar la misma tarde.

Al brillar las primeras estrellas, las aguas se tornaron celestes. Los barqueros, dorados de sudor, embarcaron los remos y se hicieron la señal de la cruz. No hay nada más sugestivo en los grandes ríos que esta hora. Hasta las gaviotas, en nostálgica fuga, parece que tocando el agua con las alas se persignaran…

En la chacra en que pasamos la noche pudimos al siguiente día admirar la tierra en toda su opulencia. Enormes bosques de lluvia (*higrodrymium*). Los racimos de plátanos, como hasta entonces no habíamos

188 Nombre que se da a los aborígenes de la provincia de Velasco, en Santa Cruz. Son parientes de los guarayos.

conocido, más que sostenidos por el tallo parecían apoyados en el suelo. El impulso de crecimiento les hacía descubrir las raíces y doblegarse con el peso. Las avenidas de castaños (*bertoletia excelsior*), daban sus ramas siderales a toda una flora graciosa y distinta de asahíes, palmas y jarandá.[189] El asahí es la más seductora y fina de las palmáceas en toda la jungla beniana. Una vieja leyenda dice que por su savia florece la pasión de una sirena prendada de un forastero. Como que –con el marayaú– da un fruto pequeño y sabroso de pulpa morada del que se hace chicha para las curas de amor. Y si no, ahí va una letrilla anónima que lo dice claro:

Vino de Pará
paró.
Tomó asahí,
quedó.

Por momentos me parecía oír el canto lejano de las amazonas, repitiendo aquello de "quedó"... Al temblar las hojas creíamos ser espiados por estas hembras orgullosas de trenzados cabellos sobre la cabeza, desnudas, como múltiples Godivas y siempre con un blanco para sus diestras flechas. Pero era solamente el vagar del pensamiento al compás del trópico o, más bien, el remezón del viento allá en lo alto y el remezón de esas hojas allá en lo bajo.

Los mosquitos y el horrible calor no dejaban tiempo para divagaciones. Mas no pudimos menos de detenernos –la milésima vez– ante una siringuera joven, de tronco liso y alto, dejada intacta en medio del barranco como una vela prendida en el altar de la selva virgen. Con el viento, sus pequeñas hojas lanceoladas parecieron saludarnos.

De vuelta al río, los prácticos nos guiaron por la orilla y, con la energía humana bien distribuida, vencíamos los sitios de menor corriente con toda ventaja. Pero al cruzar de margen, el tumulto avasallador de las aguas nos devolvía a la realidad. En estos ríos casi no hay cabida, como en los umbrosos arroyuelos, para las fantasías. En los arroyos, la mitología ribereña tiene sus doncellas –nuevas Loreley del Amazonas– que llaman con cánticos a los viajeros y los hechizan, y sus genios galantes seducen a las mujeres que se bañan o que beben sus aguas, las embriagan, les roban la virginidad y se alejan después, fatalmente, sin oír sus lamentaciones.

Se dice que un pez rojo, que de tanto en tanto salta a la vera de las embarcaciones, es el genio galante en su estado natural. Las muchachas lo espían y lo temen.

---

189 NE: También denominado jacarandá. Árbol ornamental de gran porte, con follaje caedizo y flores tubulares de color azul violáceo (RAE).

Cachuela Esperanza

A poco de avanzar en la tercera jornada se anunció con su tronar profundo Cachuela Esperanza.[190] Y luego, como una montaña blanca, reluciente, que al caer sobre el precipicio en su continuo derrumbe levanta un extraño velo irisado y transparente, así se presentó a nuestra vista. Sentimos la *marecía*, como llamaban los remeros al formidable oleaje que produce el agua al romperse. Era como si un tremendo yacaré diera continuos coletazos. En verdad aquello parecía un lenguaje monstruoso de fieras en acecho desde ocultos abismos. Nuestra embarcación se puso en peligro… Encostamos.

Cachuela estaba en pleno desarrollo. Los edificios principales solo diferían de los otros en cuanto a comodidad.

Sus almacenes estaban instalados en grandes galpones, con una infinidad de mercaderías para todos los gustos. Ya se notaba la disciplina impuesta por don Nicolás, pues los escritorios y todas las reparticiones de trabajo se abrían con estricta regularidad. Estaba levantada la capilla e izadas las campanas, aunque solo cuando misioneros en giras evangelistas o de estudio pasaban se podía oír misa. Era necesaria la capilla, pues el personal obrero, oriundo de los pueblos mojeños que hacen tan severas las prácticas religiosas, tenía allí su sitio para congregarse, celebrar según sus ya viejas costumbres la fiesta patronal, o simplemente practicar sus devociones.

Infundía un natural respeto el vigor físico y la actividad organizadora de don Nicolás Suárez. Apuesto, de ojos sonrientes y cordiales. Inteligente.

190 NE: La cachuela más importante del río Beni es “La Esperanza”, que tiene las proporciones de una verdadera cascada (Bayo, *op. cit.*).

Parecía acostumbrado a mirar y "ver". Parecía que, para él, era en las cosas insignificantes en las que encontraba la significación. ¡La experiencia! Su bigote de húsar no escondía el labio resuelto, como tanto bigotudo del siglo XIX.

Fueron seis estos Suárez que, abandonando la tierra cruceña en 1880, vinieron, como todos nosotros, a probar fortuna en el Beni: don Francisco, Rómulo, Antonio, Gregorio, José y Nicolás. Ya don Gregorio, en uno de los viajes más macabros de esta etapa, había rendido el tributo de su vida en manos de los araonas, sin que se hubiese podido rescatar su cuerpo. Los bárbaros se llevaron su cabeza, cercenada del cuello, como un trofeo precioso.

Cachuela Esperanza –llamada así por el explorador norteamericano Edwin Heath que la avistó después del ilustre viajero paceño don José Agustín Palacios, bajando el río Beni en 1880– había pasado a ser posesión de los Suárez dos años después de que don Nicolás, luego de trasponerla, dejara establecido a su vera un pequeño grupo de sus empleados. Aquella vez (1882) se había embarcado don Nicolás en Rurrenabaque, utilizando balsas para transportar hasta el Mamoré un cargamento de goma. Fue don Nicolás Suárez el primer colonizador que unió la selva con los caminos del Madera y el Amazonas, aprovechando la experiencia de Heath.

No faltó quién nos invitara a la mesa general de empleados y, pese a la fama del derroche de productos de ultramar –caviares, carnes ahumadas, quesos–, fuimos servidos con los platos preferidos por toda esa gente criolla: el buen majao con pimientos morrones y azafrán, el caldo de gallina o de tracayá y la yuca con tasajos de cecina.

Los patios interiores de las casas se veían siempre cubiertos de planchas de goma, todas del mismo tamaño. Ochocientas, mil, dos mil bolachas. Cada una de seis arrobas, representaba cada arroba seis libras esterlinas. En tiempo de aguas se las conservaba al aire libre, lo cual no podía hacerse en tiempo seco porque el sol las derretía. Así, estaban listas para ser entregadas por lotes a los numerosos fleteros.

Sobre esta extensa capa elástica y movediza no era posible caminar. Era como la cuerda floja. No olvidamos lo que le ocurrió a Andrés Guastovara, un fregués picado por la viruela que siempre andaba en el más ominoso estado alcohólico, estado en el cual se excedía en manoteos y vociferaciones. Con su mala chispa, no dejaba en paz ni al mismo administrador. Un día, un empleado se quitó de malas pulgas y –como no había calabozo– ordenó que se hiciera un espacio en medio de la extensa superficie de bolachas que había en el patio principal. Allí condujeron por la fuerza al borracho que se defendía furioso, dándonos enseguida un

estupendo cuadro bufo: cada vez que trataba de salir y daba un paso, caía como un toborochi.[191] Allí, desde su "celda", maldijo, insultó, suplicó, amenazó, lloró, hasta que al fin quedó dormido. El correctivo fue eficaz.

Los pilotos de Cachuela Esperanza eran los más famosos de toda la región, hasta el Amazonas, no solo por la precisión de sus pronósticos y la seguridad infalible de la mano en el timón, cuanto por esa "ciencia" maravillosa que en ciertos seres pone la intuición.

Había un hombre llamado José Gutiérrez que a estas cualidades unía otras no menos sorprendentes. Conocía en distintas estaciones la profundidad de determinadas piedras, de fama siniestra por los naufragios que habían ocasionado; sabía por dónde habrían de desviarse las corrientes en las cachuelas, según el caudal de las últimas lluvias; se jactaba, y no sin razón, de ser el único que podía llevar a término tal o cual empresa erizada de riesgos. Los gomeros lo miraban con toda consideración y los patrones le llamaban el *doctor fluvial*.

Analfabeto absoluto, Gutiérrez lucía –atuendo barbárico– los dientes cortados en punta como los de palometa;[192] pero también, al igual que los marinos amazónicos, ostentaba en los brazos tatuajes azules de anclas y corazones.

En él hablaban claro las dos levaduras de la raza: la de los mestizos cruceños y la de los cambas mojos.

En San Antonio, era él quien recibía el correo para su distrito –correo sin valija– y cargaba con paquetes y cartas sin guía, casi dispersos.

—¿Hay algo para mí, doctor? –le salía al paso algún jefe de barraca donde encostaba.

—Sí, este despacho de Liverpool.

Los sellos postales, la disposición de los rótulos, la letra, nada más que estas cosas daban a Gutiérrez la clave de la correspondencia.

---

191 NE: Árbol que también se llama "palo borracho" o "luchán" (en el Chaco). Figura en el escudo de Santa Cruz porque en su panza excavada los guerrilleros cruceños ocultaban sus municiones.

192 NE: Pez mediano, de colores amarillos, con doble hilera de dientes en forma de pirámide, con los que corta la presa e incluso los dedos de los caimanes […] los dientes de palometa han sido, desde los tiempos más remotos, las tijeras de los indígenas del Oriente, y aun de los tejedores primitivos, para recortar los hilos (Bayo, *op. cit.*).

Orthon

Era obligada la permanencia de varios días en Cachuela, mientras se hacía el transporte de la carga y la embarcación por el lago varadero. En esta espera, se reunían viajeros de todas partes y de paso a diferentes destinos. Nada pues nos extrañó –aunque nos fue tan grato– encontrarnos con compañeros de colegio en Santa Cruz y amigos del barrio de San Roque, como lo eran Lucio Barba y Agustín Sosa.

Una noche en la cabaña de Lucio, allá lejos del estruendo del río y alumbrado el campo por una ovalada luna sin viruelas, conversábamos comentando nuestra situación.

—Pero así y todo, yo no estoy corrido, aseguraba Nicolás.

—Oí –le dijo Barba– espera mi regreso en Riberalta. Te acomodaré lo mejor posible; como que ya ves: estoy negociando bajo buenos auspicios.

Trastornado por las viceversas de la suerte:

—Todo está bien, pero acuérdense de mí –dijo Sosa con tono patético–. ¡Hay que salir del Beni!

Del cercano bosque saltó un *chiñi*,[193] poblando el aire con espantables graznidos esotéricos…



Al alba del siguiente día, partimos.

Siempre río arriba, pecheando la corriente.

193 Ave nocturna de grito estridente, de la familia de la lechuza, pero más pequeña y colorida.

El bramido de los tumbos y el fresco aire que empieza a correr desde la media noche eran como una llamada que predisponía el ánimo.

En el trayecto, visitamos muchas barracas con sus ranchos de *palla* y su ancha faja de bosques umbrosos, amarillo y marrón arcilloso: el color de la cascabel…

Penosamente alcanzábamos y dejábamos atrás puestos gomeros en plena actividad, a la vez que vestigios de algún chaco arrasado por los salvajes; que todavía quedaban muchos. Otros puestos denotaban un precipitado abandono, por la misma razón: aún los cultivos estaban en pie.

Más adelante admiramos Florida, magnífica altura de grandes proporciones que se adentra en el monte. Buena tierra para tinajas. Detrás de la casa, el huerto y detrás del huerto el cielo, con su cornisamento de nubes caliginosas.

Por ahí viboreaba una senda que procedía de Guayaramerín y llegaba a Riberalta y que había sido abierta para transportar el ganado que, eventualmente, se traía en balsas de los pueblos del Sur. Encontramos muchas chalupas y monterías. El sector Cachuela-Riberalta siempre fue el mayormente recorrido por la navegación.

Nos tocó hacer pascana, a la hora de la siesta, en la desembocadura del río Orthon. Este río comenzó a ser recorrido por los exploradores desde 1880 cuando Edwin Heath llegara a su desembocadura bajando el Beni. Antiguamente se llamaba Datimanu, nombre (como el de Tahuamanu y Manuripi, que le dan origen) de procedencia araona.

La fabulosa riqueza de cascarilla (*cinchona calisaya*), ipecacuana y goma que encierra concentró sobre él la atención. Pero no antes de don Antonio Vaca Díez, fue entregado a la navegación, por más que ya existía la barraca de Puerto Rico, en la precisa confluencia de los ríos nombrados. Vaca Díez lo recorrió en sucesivas ocasiones desde 1881, cuando se hizo "amigo" de los araonas, hasta siete años adelante en que llegó al arroyo Nasebe, colaborado por uno de sus peones favoritos: Querubín Vásquez.

A dos tornos de la pascana, encontramos el barracón del mismo nombre, situado en la margen izquierda del Beni. A primera vista se apreciaba su importancia por la cantidad de casas bien construidas que se alineaban en la orilla. La vecindad estaba compuesta por las familias de los empleados y trajineros con agencias en ese sitio, todos los cuales dejaban traslucir en su conversación el bienestar que afirma un trabajo provechoso y la tranquilidad que da un seguro porvenir.

Vaca Díez –dueño de la empresa– no estaba en Orthon. Se hallaba en las capitales de Europa (después de haber tentado a la compañía Huanchaca de Potosí, que era la más rica en Bolivia por aquel tiempo),

empeñado en buscar capitales para asegurar una buena colonización y explotación de la Amazonia boliviana. Soñaba con transformar esas tierras en perenne emporio a la vez que afincar en ellas una seria civilización. Si recordamos que Vaca Díez fue el primero en introducir la imprenta en el Beni y difundir la lectura (con *La Gaceta del Norte* en 1877), hacemos justicia –siquiera de paso– a uno de los prohombres de esta gigantesca jornada histórico-social que significó la siringa.

A Nico, tan lleno de simpatizantes, esperaba en Orthon otro gratísimo encuentro: el de su compañero de infancia Rafael Araúz. Al verlo en el puerto, el viajero saltó con el remo en la mano y se confundió en sus brazos sin decir palabra.

Rafael –otro tanto que nuestro Mauro– potencia activa y desbordada, verdadero calibre del espíritu cruceño, era además soñador, apegado a los libros, inquieto, vivaz y despreocupado. Libre como un pez, era una especie de linyera[194] pero de cuello limpio y barba rasurada. Andaba así, por donde le era grato…

Aquella noche, la sosegada luz de la luna le trajo el recuerdo de su amigo Tavárez, un negro fornido y relumbrante. Ignacio Antonio de Tavárez era –a pesar de su oficio de albañil– el Brindis de Salas[195] de esa corte de caucheros. Tocaba la flauta y el violín con tal sentido de su estro pagano, fantasioso, que parecía un taumaturgo. Todo el mundo le rodeaba con asentimiento, estimulándolo a la creación. Esa noche, el inefable Tavárez nos hizo oír las composiciones en que desleía toda la gama de sus sentimientos, al par que música blanca en la que introducía florilegios y variaciones alucinantes.

Nicolás le siguió con la guitarra.

Y Rafael ya no quiso separarse de nosotros.

Tanto que, al siguiente día, en instantes de emprender la marcha, nos sorprendió con la decisión de acompañarnos. Tomó su pasaje.

---

194 NE: Persona vagabunda, abandonada, que vive de variados recursos (RAE).

195 NE: Claudio José Domingo Brindis de Salas y Garrido (1852-1911) fue un músico y violinista cubano. Conocido como el *Paganini negro*, fue considerado el mejor violinista de su época.

Riberalta

Dos nuevas jornadas y una mañana brillante nos pusieron a las puertas de Riberalta que, con el canto de los gallos, nos daba la bienvenida.

—¡Fuerza, muchachos! –dijo el piloto.

Los remos roncaron y la rancia población, que vivía en nuestras charlas desde hacía dos años, se hizo visible por entre el azuloso vapor fugitivo. Allá a lo lejos, los cuerpos se alejaban de su materialización, convertidos en alas abiertas…

Ingrávido el volumen de los árboles, se diría que "desincorporados" se transformaban en nubes, manumitidos por la melodiosa atmósfera de todas las leyes físicas de la gravedad.

Los dorados techos y las arquerías enjalbegadas, la alegre gente madrugadora y la impotencia de la montaña en perspectiva pronto ganaron el corazón ya rendido de tanta cabaña primitiva, de tanto mosquitero sucio…

El puerto al que arribamos daba frente al pomposo Madre de Dios. ¿Quién bautizaría con este nombre al torrente tan fornido del viejo Amarumayo?

Los compra-venteros de productos se atropellaron reclamando preferencias.

Esa misma mañana, el intendente de la Delegación Nacional ordenó el comparendo de patrones y de mozos. Se informó de que todo estaba en orden y no existía queja de ninguna clase. Pero reparando en Nicolás y algo extrañado, preguntó:

—¿Y ese chico, en qué condiciones va?

—Como auxiliar del capataz que soy, señor –contestó Mauro, correcto y serio.

—¿Su contrato?

—No lo tengo aquí a la mano.

—Aquí está –dijo Nico, que siempre lo llevaba consigo como si fuera un detente. Era un viejo papel doblado en ocho. La autoridad, después de darle vueltas, ordenó sencillamente:

—Este muchacho se queda.

Y como Mauro intentara protestar.

—No, amigo –replicó vivamente–, se le está dando falsa aplicación al compromiso –y no admitía más excusas.

Rafael Araúz, que espectaba la audiencia, estuvo gozoso, nos abrazó a todos y fue con el chico al puerto para traer su equipaje, es decir, su sapicuá, o bolsa de lienzo engomado. Y consiguió más tarde que nosotros también nos quedáramos.

Gozando al reencuentro del espejo y del peine, ¡qué impresión sutil de felicidad y de belleza la que se tiene! La satisfacción del orden, dentro de un cuarto de paredes blancas, nos hacía recordar –por contraste– aquel desparramo de hamacas en el monte y por debajo los botines, duros de barro, con las suelas levantadas.

Cambiados de ropa, nos dimos cuenta de que, según la propia apariencia, nace la confianza o el recelo, por más que se diga que el traje no hace al monje.

Estimulados por los amigos –y aún por el mismo Mauro, siempre tan generoso y entero– nos presentamos a don Juan Alberdi que gerentaba la casa comercial G. Saravia, hijos y Cía. Caballero de pueblo, atildado y cenceño, pero digno y, en todo caso, noble. ¡Ojalá los hubiera hoy como aquel viejo!

Nicolás habló, pero su atolondramiento y su escasa decisión para exponer y pedir casi embarraron la entrevista. Felizmente el señor Alberdi siempre atendía, de quien fuera, las continuas demandas de habilitación y de empleo. En el momento en que nos hizo pasar se hallaban en su despacho el Dr. Domingo Vargas y el coronel don Pastor Baldivieso.

—¿En qué podría ocuparlos? –dijo, como si hablara consigo mismo.

—He vencido la secundaria…

—Tengo buena caligrafía…

En aquel tiempo no había máquinas de escribir y la buena caligrafía lo era todo.

—Pero es que están completos los cuadros correspondientes a escritorio, almacenes y venta…

Baldivieso pareció reponerle: "A los muchachos de voluntad hay que ayudarlos a hacer su destino. Un destino hecho es solamente aquel que ha podido desarrollar con éxito todas las potencias que duermen en el espíritu".

—También somos tipógrafos…

—Entonces… ¡aquí está el Dr. Vargas!

Vargas tenía un periódico y administraba la empresa tipográfica de la Delegación.

—¡Caramba! Pero es que tengo los operarios cabales. ¡Y más que nada, ocurre que pronto vamos a suspender todo trabajo!

Terció el coronel:

—¡Hombre! Hay que darles cualquier ocupación.

Por hacer algo, el gerente de G. Saravia, hijos y Cía. nos mandó de aprendices de su sastrería. Y durante toda la primera quincena en Riberalta comenzamos a mascar driles, cotines, cáñamos playeros, traídos desde el Brasil. Nos hicimos diestros en agujas y dedales, en forros y entretelas; y a la otra quincena, el maestro nos consideraba auxiliares importantes…

Libres de preocupaciones y mejorada notablemente nuestra situación, fue ensanchándose el círculo de nuestras amistades, no precisamente entre el gremio de los solaperos, sino entre la muchachada de la primera generación criolla; muchachada no podemos decir que virtuosa, dada la holganza y la comodidad en que vivía, sino más bien disipada, inclinada un tanto a las francachelas con guitarra y a la bohemia de capa arrastrada… Porque mucho mal han hecho en todo el mundo las heroínas del amor-enfermedad. Y esos eran los días en que las niñas se bautizaban con nombres de encantamiento (Lauras, Brunildas, Eloísas…), en tanto que los hombres irónicamente se llamaban Zoilos o Celestinos… Esos eran días de Strauss con "Vino, mujeres y música". Eran los días de Chocano y de Darío, entrecortados por Vargas Vila, vale decir, los días de la verba frondosa, de los lagos azules y las duquesas…

¡Nadie pensaba en el indio, en el pobre indio emplumado o en ese otro del rancho de motacú!

Aunque grata la camaradería y lindas las ribereñas, Nicolás, el guitarrista y el centro de esas tenidas, huía en procura de algo que él mismo no advertía claramente. Por ese tiempo, llegaban los perseguidores del gobierno a raíz de frustradas revoluciones a Arce, Baptista y Fernández Alonso. La sublevación federalista en La Paz, tras de la ley que autorizaba el traslado del gobierno a Sucre (1889), formó una legión de descontentos

que voluntariamente emprendieron el exilio. Nicolás conversaba con los soldados desollados y *cuchuquis*,[196] escuchando de ellos historias fantásticas de fusilamientos y de fugas, las peripecias del largo viaje, la muerte de algunos compañeros y las tristes canciones del quechua. Y al regresar a casa, entraba en el cuarto champurreando un kaluyo.[197]



Desde el comienzo, fue la Villa de Riberalta un pueblo de vastas proyecciones. La visión de su futuro que se tuvo desde el principio inclinó al Gobierno a oficializar su radicatoria en ese sitio, y el 3 de febrero de 1894 se estableció la primera Delegación Nacional, presidida por el Dr. Lisímaco Gutiérrez e integrada por otros personajes venidos del altiplano.

Una vasta inmigración europea consolidó sus principios culturales.

El volumen del capital movilizado alrededor de la siringa era de grandes proporciones e influencias. Los creadores del movimiento gomero en Riberalta, o residían, o estaban representados en el pueblo. Al lado de los pioneros bolivianos como Vaca Díez, Suárez, Salvatierra, Cárdenas, Roca, Mariaca, Velasco, Saravia, Aponte, se nombraban los Braillard, Clausen, Hénike, Winkelmann y muchos otros.

Ya traficaban, como exponentes del progreso, pequeños paquebotes y lanchas movidas a motor con sus descomunales ruedas traseras, sus 60 toneladas y una o dos alvarengas acopladas a los lados, sin por eso dejar de verse enormes cantidades de batelones y monterías que traían mercaderías y llevaban goma dejando en circulación dinero a montones para el derroche fastuoso.

Procedente de los ríos inmediatos, todos los días eran subidos desde el puerto grandes cargamentos de siringa a los almacenes o a los patios de las casas. Mismos cargamentos que a su turno bajaban a la aduana para su exportación.

Y una cosa: aún no se había abierto en Riberalta una escuela pública; sin embargo, ya circulaban periódicos locales escritos por eminentes ciudadanos sembradores de ideas.

---

196 NE: Cosa o persona sucia en extremo. Derivado de cuchi o cucho (Bayo, *op. cit.*).

197 NE: También caluyo. Baile tradicional de la región andina (RAE).

Otra vez a Villa Bella

Rafael llegó con una noticia de calibre: le habían hecho saber que una persona comisionada por don Lucio Pérez Velasco traía el propósito de llevarnos a los tres para que nos hiciésemos cargo de la tipografía que acababa de llegar a ese puerto. Y como había prometido contestar esa misma tarde, vino volando a consultarnos.

—¡Pero, che, decíle que nos vamos!

(No obstante la respuesta, Nico estaba ya encariñado con Riberalta.

Y una sonora mañana del mes de mayo, fragante a malva y jacarandá, nos ubicamos, casi como patrones, en el camarote de hojas tejidas de una embarcación de mil arrobas.

No podíamos ocultar el gozo de sabernos en el futuro no ya metidos como un gorgojo entre las bolachas y en aquella vasta feria de todos los humanos apetitos, sino puestos en situación tal que nos era perfectamente dado seguir los encuentros y desencuentros de todos los colonizadores, desde el ambiente mismo de todos ellos.

El bajar sin gran esfuerzo al impulso de la corriente, la tranquilidad del camino que nos permitía disparar contra los patos, almorzar aquí o allá y abordar a las *freguesías* de las barracas, nos hizo –ya desde el comienzo– distinta de antes esa vida en el corazón de Mojos.

Pensamos también en el placer de ver otra vez a Mauro.

Las historias que Rafael nos contaba llevaban nuestra mente a regiones fabulosas y remotas. En Buen Retiro, viendo junto al cerco de los canchones una planta en la que una hoja grande, de venas rosadas, iba siempre unida a otra tierna y pequeñita, nos dijo que nació de la tumba de un indio que, después de vagar y vagar por la selva llevando en brazos el cuerpo de su amada muerta, se enterró vivo con ella… Rafael arrancó

un tronquito diciéndonos que, para el nativo, eso era considerado como un lazo de amor.

Así, Daniel Añez, joven a cuyo cargo estaba el beleño, se hizo con nosotros cada vez más atento y servicial.

Bajamos en Cachuela y ya no tuvimos que poner el hombro para trasladar la montería. Todo lo ordenó Añez y, puestos al otro lado del tumbo, reembarcamos sin mayor inquietud por la *marecía* que golpeaba la popa.

Ya nos sentíamos en nuestros trechos.

Los cabañales, por ambas márgenes del río, se mostraban empenachados con el humo del hogar y, desde el fondo del bosque lejano, nos era devuelta por un eco multiplicado la palabra de nuestro grito. Y desde larga distancia ya pudimos avistar el caserío con un panorama mucho más atrayente que el que divisamos la primera vez por el turbulento lado del Mamoré.

El Eco

En dos semanas la imprenta estuvo en condiciones de producir.

Ramas para las planchas, galeras, componedores, regletas, todo lo ordenamos debidamente. No se trataba solo de trabajos para el comercio, sino de sacar un diario que fuera portavoz de los siringueros. Por vía de ensayo, efectuamos la impresión de etiquetas y carteles. Luego se incorporaron al plantel otros operarios de gran competencia.

Los jefes o patrones se hacían presentes con alguna frecuencia en los talleres, en especial don Abel Reyes Ortiz, a quien se había delegado –como experto– la empresa. Era su flaco el sacarse "mentiras", haciendo sonar la mesa sobre las sillas o sobre un cajón, los nudillos de sus dedos, uno por uno.

Pero pasaban los días y no se hablaba del periódico.

En cierta ocasión nos visitó don Lucio que, como ya hemos dicho, era el propietario de todo eso. Se trataba de un hombre garboso y alto, joven, que siempre que saludaba lo hacía como bien cuadraba a él:

—Oh, mi señor don Rafael, ¿cómo está esa salud?

Rafael, con esa su desenvoltura tan llena, abordó el tema.

—A usted se le deberá uno de los adelantos que ostentará esta región.

—No hago más que responder al espíritu de mis amigos. Y toda obra que puedo realizar en beneficio general no es sino mi retribución a este pueblo en que me lisonjeo de ser estimado…

—Así es, don Lucio. Por el ejemplo de sus obras, su nombre es pronunciado con orgullo.

—Gracias, amigo, pero usted exagera un poco…

—¿El periódico será comercial y político?

—Comercial y de propaganda nacionalista. Procuraremos transparentar para los hombres de adentro y de arriba el valor de estas riquezas abandonadas. Nada de política. El ambiente es ajeno a esta preocupación y tal vez por eso es tan unánime y cordial. ¿No le parece?

—Y ¿qué nombre llevará el periódico?

—Yo creo que *El Eco… El Eco del Beni*.



A fines de junio de 1897 empezó en serio la actividad tipográfica.

La presentación de *El Eco del Beni*, con sus más vistosas galas, debía hacerse el 16 de julio, como contribución de los paceños al festejo que se hacía todos los años.

No eran sino ocho páginas, pero de gran formato, las del periódico. El trabajo se comenzó con singular empeño, no dándonos ningún reposo los tipógrafos para cumplir con el compromiso contraído con los jefes y que estos a su vez habían contraído con el público.

El Eco del Beni debía ser entregado la noche del 15 de julio a la medianoche, en circunstancias en que, acabado el banquete, comenzaba el gran sarao.

Nos vimos en duros aprietos, primero por los menudos accidentes que traía la nerviosidad del patrón y, segundo, por las muchas deficiencias de la prensa e inconvenientes imprevistos.

Las diez de la noche, las once… las doce.

El tiraje de la última página se atrasó porque los rodillos se fundieron. Hubo que poner la tinta a mano, emparejándola con un cepillo. La impresión no era nítida y, atrás, los cuatro ojos de don Lucio y las exclamaciones entrecortadas de don Abel todo lo acabaron por estropear.

El pobre Rafael, literalmente, sudaba tinta… en tanto que de la calle llegaban los acordes de la banda "defendiendo" un chotis del maestro Tavárez.

De balde iban y venían los caballeros almidonados del baile a la imprenta y de la imprenta al baile, en la esperanza de ser unos, primero que otros, los portadores del gran "número". Al fin –por la madrugada– pudo ser satisfecha la ansiedad general.

Las aclamaciones en los salones del hotel atronaron el ambiente. Corrió sobre las copas el Clicquot, el Príncipe Alexandre y la Pomery, que eran las champañas más conocidas de entonces.

Nosotros celebramos el bautizo de nuestro diario durmiendo como troncos descabezados, después de tres fatigosos días de labor.

Se impuso *El Eco del Beni* hasta en los estados brasileños fronterizos, no tanto por el esmero de la presentación, que nosotros cuidábamos desvelados, cuanto por la calidad de la información escrita con atildamiento.

De todo se ocupaba el periódico: prevenciones a los industriales, cotizaciones, tráfico, fletes, accidentes, notas de sociedad (con inefable adjetivación) y artículos de fondo y referencia a los acontecimientos del interior en general.

Vida social

Y entramos al periodo de una vida ebria de sí misma.

Los banquetes o comilonas y los bailes se producían en ocasiones patrióticas o simplemente en acontecimientos familiares. En ambos casos acudía al lugar de la cita toda la sociedad compitiendo en elegancias. Los primates de la siringa vestían a sus mujeres con atuendo versallesco: perlas, oro, plumas, encajería. Rasos celestes o verde olivo, y nácar o salmón, según fueran rubias o morenas, alto el corpiño y bien ceñido el corsé. Blondas, encajes de chantilly, joyas, faya granate, para las señoras maduras; las manos un poco tiesas, empedradas de brillantes. Terciopelos, brocado negro, muarés con argenterías para las suegras; abanicos y relojes de oro pendientes.

Muchas bujías en las repisas, rinconeras, lampiones colgantes entre horcón y horcón. Los sirvientes de pantalón blanco a media canilla, "choto", llevaban y traían las porcelanas; y las sirvientas –cunumis o "peladas"– indias o mestizas, con el cabello suelto y lustroso de cusi, aretes y gargantillas de oro, limpiaban y pulían presurosamente la vajilla.

Algunas fiestas, sobre todo las de cumpleaños, duraban dos o tres días y también una semana. Los anfitriones ofrecían toda comodidad a los invitados, que se daban a ruidosos esparcimientos, ordenándose a la servidumbre que incluso atendiera a los curiosos y transeúntes de la calle. Así, se instalaban en los portones fuentes con picana, carne al horno embutida de huevos y uvas pasas, y grandes cántaros de chicha para que todo el que atinara a pasar comiera y bebiera a su antojo. Pasada la noche del sarao y avanzado ya el día siguiente, a las ocho o nueve de la mañana, se despedía a la banda y se llamaba a la orquesta de aficionados,

compuesta siempre de flautas y violines, intercalándose números de guitarra y canto.

Música nocturna con bordoneo de responso. Cantos tristes, evocadores de bienes lejanos o perdidos: premonición de la tragedia inevitable…

Como en toda sociedad, entre los pinganillos y pisaverdes de las casas pudientes, había el grupo de los bohemios y soñadores. Máxime en este tiempo en que –a pesar del torrente de esterlinas que producían los gomales– hablaba de un modo lírico la aristocracia del espíritu.

Lisandro Guzmán Rosell –el de mayor edad–, la frente pálida, alto el jopo y los largos cabellos ensortijados, era el poeta y conferencista del círculo; Rafael, de palabra cabrilleante y festiva, hacía las delicias de la tertulia; René Rodríguez, con sus camisas de cuello abierto sobre el ancho tórax, declamaba y pronunciaba discursos en los aniversarios patrios y se lo reputaba como a la mejor figura de nuestro teatro; Nicolás, en todo comedido, lo mismo era el trovador de las serenatas que el bardo inspirado de las postales de natalicio. Se daba a pasto en todas las juergas. Que sabía bien que los señorones de las agencias de exportación, más que el verso en el sentido de la belleza marfilina, gustaban de la orquestación verbal, y así no se mezquinaba ni mucho ni poco, dando vuelo al trombón declamatorio.

Severino Vásquez, los Mejía, Céspedes, Mendoza y otros muchos integraban el grupo. El grupo de las amanecidas…

Hubo –claro está– la idea de formar un cenáculo serio pero todo se resolvía en parrandas para, a la semana siguiente, arrepentidos, libres del marasmo delicuescente, empezar de nuevo.

Estas andanzas eran las que mejor barajaban la monotonía diaria. Había animadores apasionados como el Dr. Arano Peredo, que recordaba tal vez sus propias inclinaciones juveniles.

Los escenarios para la representación teatral eran todos de nuestra creación. Los papeles, escritos a mano, eran distribuidos y ensayados en verdaderas sesiones con santo y seña.

Las muchachas jóvenes regateaban su concurso, pero se dio un caso singularísimo de la inteligencia del pueblo: una joven llamada Manuela Melgar, que era analfabeta como todas las jóvenes de su condición, pero vivaracha y desenvuelta. Se aprendía de oído largos papeles –tan largos como eran entonces las parrafadas del teatro– y se presentaba como una heroína, ansiosa de laudes, disputando a Rodríguez los aplausos y los regalos del público entusiasta.

❧

La revuelta iniciada en La Paz el 12 de diciembre de 1898, y concluida con la victoria del Segundo Crucero, hizo sensación al ser conocida –meses después– en Villa Bella. No obstante la fiebre por la especulación económica de todas esas gentes, aparecieron los liberales, que no solo eran la mayoría sino que también eran los más calificados elementos. Se trajeron simpatías y con grandes regocijos organizaron formalmente el partido. A este entusiasmo contribuyó no poco el haberse sabido que don Lucio había tomado parte activa en las barricadas, en calidad de coronel y caudillo.



La ley del 19 de enero de 1900 creó la provincia de Vaca Díez, señalándole como capital a Riberalta. Conjuntamente fue establecida la segunda sección municipal de Villa Bella, que no tardó en organizar su Junta en una elección popular tranquila.

Inmediatamente entró en prosperidad la flamante institución, pues supo usufructuar del estado bonancible de la época. La acción edilicia fue efectiva. Se crearon por primera vez las escuelas y se echaron las bases para establecer un servicio sanitario. Casi de inmediato, se levantó el edificio de la Comuna, como un ejemplo del nuevo espíritu público.

Oro y sangre

Como ya hemos visto, frente a frente con nuestro puerto de Villa Bella, aunque un poco más abajo, sobre la orilla oriental del Mamoré, se perfilaban las casas de Villa Murtinho, naciente población brasileña regida por una autoridad que llevaba el nombre de agente fiscal. Era un cargo semejante al de alcalde de campo en la organización política boliviana, aunque con facultades policiarias y, sobre todo, con mejores recursos económicos.

Los pocos vecinos de Murtinho cubrían sus necesidades con el comercio fronterizo, pues aún no se había terminado de explotar su rica tierra litoral. Solo estaban habilitadas pequeñas estradas gomeras y los colonos más se daban a la caza y a la pesca que a la pica. Abundaba en sus aguas mucho pescado, especialmente aquel de la familia de los gádidos, del que se saca grasa medicinal.

En cierta ocasión el agente fiscal, llamado Lorenzo de Oliveira –hombre elemental, alma de chonta, oscura montaraz– exagerando sus derechos, dispuso que toda embarcación que arribaba a Santo Antaon (San Antonio) debía encostar en su puerto para recabar una visación.

Los comandantes no tenían inconveniente en cumplir esta orden, máxime si eran tan cordiales las relaciones con el país vecino. De paso, se tenía noticia de que el tal Oliveira era un maniático insoportable que más valía tenerlo satisfecho así con tan poco esfuerzo.

Eso, sin embargo, no duró.

Viniendo don Miguel Antonio Chávez en uno de sus muchos viajes, harto retrasado y sobre eso enfermo, resolvió pasar de largo por Murtinho con la intención de explicar posteriormente su conducta al agente Sr. Oliveira. Como que así lo hizo. Y fue para su mal.

En un próximo viaje, llegó a su puerto y se encaminó a la Fiscalía sin sospechar que en el ánimo de la autoridad había fermentado abundantemente su “desobediencia”. Fue apresado y encadenado sin ningún miramiento, aún a sabiendas de que este buen señor era uno de los vecinos representativos de Villa Bella y un hombre de muchas vinculaciones desde Santa Cruz.

Naturalmente, se hizo la alarma.

Nuestra autoridad y todos los viajeros propios y extraños intercedieron. Incluso se movilizó el propio cónsul brasileño, Soarez da Rocha, ordenando la libertad de ese pacífico ciudadano tan injustamente vejado. Pero nada consiguió. Oliveira –rostro curtido, de ancha mandíbula– padecía la ceguera de un tenebroso despecho por la prosperidad regional de nuestra tierra.

A los dos días, los habitantes de Villa Bella se reunieron espontáneamente, para deliberar sobre la forma de salvar tan ingrata situación. Los más exaltados no encontraban medio mejor que el rescate de hecho, violento e inmediato, temperamento que apoyaba la mayoría. Pero la palabra de algunos hombres reposados contenía el desborde. Don Gerardo Velasco creía en los medios conciliatorios, ya que –decía–se había dado al funcionario tiempo suficiente para reflexionar.

El cónsul brasileño también estaba sofocado, no sin condenar abiertamente el exabrupto de Oliveira.

Al final, el pueblo enceguecido se desbocó con Mauro Hurtado Justiniano a la cabeza; con ese Mauro impaciente, ansioso de romper bretes, eternamente de pie contra todo oscuro impulso de prepotencia y de barbarie.

Catorce hombres decididos ocuparon una chalupa, en tanto quedaban en el puerto otros 60 que hubiesen también querido ir sobre el fiscal. En Murtinho se notaba movimiento, tal vez en prevención contra los expedicionarios.

Conviene dejar constancia de que los mejores vecinos de la banda del Brasil estaban disconformes con los atropellos –este no era el primero– del *Lorenzote*, como le llamaban.

Ante la expectativa general, la piragua tocó tierra sin ninguna novedad. Los hombres avanzaron casi sin precaución, en la creencia de que –con su sola presencia– se liquidaría en bien este asunto. Ni siquiera llevaban un plan preconcebido, por si ocurriera lo contrario.

Mauro ingresó al corredor de la Fiscalía, llamó a la puerta, penetró en el despacho y, desconcertado de no hallar a nadie, quiso buscar a la gente por fuera. Mas aún no había dado un paso para salir cuando, de entre la

armazón de palos que servía de cama de Oliveira, salió un alevoso disparo de Máuser que se le incrustó en el pecho. Cayó de bruces contra una mesa. Hubo desconcierto tanto entre los brasileños, cuyo jefe escapó a la selva, como entre los incursores azorados, ante lo que jamás hubiesen creído. Pero reaccionaron estos últimos, disparando contra el bosque, en tanto que otros quitaban de los pies y de las manos los hierros que sujetaban al pobre don Miguel Antonio.

Era ya casi de noche cuando los expedicionarios pusieron pie de vuelta. El sol, caído, rociaba el poniente de oro y sangre… Los dioses del monte asistían en cortejo al entierro del último ensueño de aquel siringuero. Ensueño fabuloso y andante. Andante y fabuloso como las basílicas de pedrería que lucía el cielo…

Luego se hizo de noche. Una noche siniestra y apretada…

El filibusterismo

Al par que en los puertos bolivianos crecían cuantiosas fortunas en instalaciones, vehículos de transporte y enorme cantidad de productos acumulados, listos para el embarque, por la otra orilla se movía con sigilo el pie descalzo y la faca de la piratería.

Había de reeditarse en la selva, a los dos siglos, la vieja fricción hispano-portuguesa.

Puerto Alonso, fundado el 2 de enero de 1899, no contaba con ninguna fuerza ni civil ni militar que fuese una garantía para la soberanía nacional y menos contaba con recursos para la más mínima resistencia en caso de una agresión, que parecía inminente.

Sublevados los brasileños y una cantidad de mercenarios, que eran los más desalmados, obtuvieron a muy poco costo la rendición de la pequeña plaza.

Lejos de nosotros el pretender historiar los sucesos de la campaña del Acre –todavía desconocidos, con todo lo que se ha escrito– aquí nos limitamos a su repercusión microcósmica en los puertos y las barracas.

Los primeros que pensaron en la reivindicación y en la defensa del solar patrio, por pensar en la reivindicación y defensa de sus propios intereses, fueron los patrones y el personal que con ellos trabajaba. El siringuero en su senda era el verdadero dueño y señor de esas riquezas, por ser el hombre sin segundo en las luchas contra los misterios y las inclemencias del monte. No concebía, pues, que hubiese alguien sobre la tierra que pretendiese despojarlo de su propiedad. Propiedad secular, si él era camba, como lo eran los más.

Tras la noticia del asalto, que cundió en todo el territorio del Beni y de Colonias, los *fregueses* comenzaron a meter baqueta y engrasar los dos cañones de sus arcabuces.

—"¡Al primer negro que pille, lo bandeo!"

Y recién cuando los partes oficiales, tramontando los Andes, llegaron a la sede de Gobierno –cerca de cuatro meses adelante– bajaron desde las quietas cumbres a esta zona dinámica, tan llena de vaivenes y de furias humanas y cósmicas, tropas regulares con bayoneta, mochila y quepí.

Es historia aparte la de estos seres inmolados por sendas borrascosas dentro de las cuales fracasaban por la acción del clima. Interminable sería referirse a su ominoso desamparo material.

El primer delegado del Gobierno que llegó a la región acreana fue don Andrés S. Muñoz. En Villa Bella organizó la Junta Pro-Defensa, cuya primera diligencia fue la de colocar un empréstito voluntario, suscrito por importadores y exportadores, bajo la garantía de vales de aduana descontables en sucesivas operaciones.

En el transcurso del primer año del siglo xx, sucedió a Muñoz don Lucio Pérez Velasco, ya vicepresidente de la República, a quien acompañaba un lúcido Estado Mayor. Su gestión fue provechosa, dejando establecida la Guardia Nacional que agrupaba en su seno a todos los hombres aptos, entre los 18 y los 60 años; al mismo tiempo, concretó un modo operativo para la aplicación de esta fuerza.

El tráfico por el Madera ya estaba entorpecido. Y, con la incorporación a las filas de los personales que llegaban del Sur, el comercio por el Mamoré y el Iténez se vio casi paralizado.

Por lo que a nosotros respecta, fracasada tiempo atrás la empresa de *El Eco*, desahuciados en nuestro trabajo, trasladada a Trinidad la tipografía en donde después prestó más amplios servicios, no tuvimos ningún inconveniente en alistarnos con las tropas irregulares de la Guardia. Sobre todo, siguiendo a Rafael Araúz, una vez muerto Mauro.

En tanto, los sucesos del Acre tomaban proporciones de peligro y la masacre parecía cernirse con inminencia fatídica.

Aumentadas considerablemente las huestes filibusteras, no pudo ya negar su intervención el gobernador estadual de Manaos, que apoyó sus pasos en la actitud arrogante del Barón do Rio Branco. Y en la entraña americana abortó la consumación de un presente; de un presente en suspenso todavía, sin esperanza –hasta hoy– de un porvenir, que debiera ya llegar…

Epílogo

Un pelotón de soldados de línea nos entrenaba en el ocioso ejercicio de las marchas y contramarchas, entre estentóreas voces de "carrera" y "tenderse", bajo soles abrasadores y entre nubes de mosquitos. Recorrimos al trote pampas y caminos. En 40 días, de las compañías de voluntarios de Villa Bella, solo unos cuantos hombres estaban en pie.

Presa del sopor de la malaria, Nicolás expiró oscuramente.

En tanto a nosotros nos salvaba la naturaleza, por milagro.

Rafael, desesperado, como un autómata, tomó el camino del centinela Paredes, el camino del sacrificio.

Mediaba el año 1902, cuando llegó con su habitual cargamento de víveres, desde Baures, don Carmelo López, con 60 mozos. Los 60 fueron incorporados a la Guardia Nacional. Mas, como las tropas combatientes allá en el Norte, sobre los males del trópico, también morían de hambre, se dio la orden de que todos los tripulantes volviesen a sus batelones para formar columnas de abastecimientos. Y los mozos de don Carmelo, como los de otros viajeros, fueron dados de baja. Y con ellos, desgarbados, en la idea de tornar a Santa Cruz, vacilantes aún por la fiebre, huérfanos de todo afecto, de todo apoyo, hicimos el rumbo de regreso.



Lorgio Vaca: *Carretón*.



Arreando desde Mojos

Rodolfo Pinto Parada

Sobre esta edición

Esta edición de *Arreando desde Mojos* ha sido transcrita de la primera (1983), alentada por la Fundación Serafín Rivero Carvalho del Beni e impresa por Editorial Serrano Ltda. en la ciudad de Cochabamba. Se han corregido erratas, aspectos de puntuación y algunas imprecisiones en la presentación de diálogos en el armado gráfico de la primera edición.

Además, se ha adecuado el texto a la norma de estilo de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB) mediante cambios en la forma de tildar los adjetivos determinantes relativos (este, ese, aquel) siguiendo la norma actual dictada por la Real Academia de la Lengua (RAE). Finalmente, se ha elaborado un glosario de palabras y expresiones locales que se ha añadido a la obra, a pie de página, con el afán de garantizar su comprensión por un público amplio. Este trabajo lo ha llevado a cabo el equipo editorial de la BBB.

Arreando desde Mojos

(Novela histórica)

A mi madre,
mi primera maestra.

Primera parte

1931 - 1935

Datos históricos

El R.P. Cipriano Barace fue el primero que introdujo en Trinidad y Loreto de Mojos el ganado vacuno, caballar y mular, después de una odisea de 500 kilómetros, frecuentemente con el lodo hasta las rodillas y por las rutas más extrañas para evitar ser robado. Creyó así asegurar la vida de aquellos centros de población y le parecieron los animales más adaptados a aquellas latitudes. Las doscientas cabezas de ganado conseguidas por él con la generosidad de las buenas familias de Santa Cruz de la Sierra, iban pereciendo una a una, en aquella terrorífica caminata de 54 días; pero lograron llegar 86, conducidas por Barace, vuelto por caridad mayoral y vaquero.

Del folleto "Barace de Isaba" escrito por Valeriano Ordoñez, octubre de 1682.

De la capital de Beni o Trinidad de Mojos al pueblo de Reyes hay 100 leguas por tierra y agua con caminos cómodos. Existe también otra ruta desde el pueblo de San Borja en Mojos por la misión Chimanes, hasta Santa Ana de Mosetenes, situada a la margen del río Beni y a 62 leguas de Reyes, distando asimismo 51 leguas de la Capital de Yungas, ruta que hice reconocer con el Corregidor de San Borja en compañía de doce chimaneses que bajaron por el río Beni hasta Reyes y que no ofrece inconveniente alguno para abrir un buen camino para el cómodo tráfico de los comerciantes de ambos Departamentos…

De las *Exploraciones* de José Agustín Palacios Pinto efectuadas el año 1844.

—¡Ataje esa vaquilla, carajo!

—¡Corra, hombre, no sea flojo!

La lluvia de interjecciones dirigidas al peón no logra disminuir la rabia del mayordomo de la estancia El Chiverío, al ver huir en estampida el ganado cerril que prácticamente tenían acorralado en esa rinconada de la pampa.

Han sido cuatro días de ardua persecución a la manada por todos esos islotes de monte en la pampa. Esto les ha costado una mudada de ropa por cada peón debido a los espinales que se atravesaron en loca carrera tras el ganado montaraz.

Al ver que los últimos rayos solares se pierden en el horizonte, don Marcial baja de su sudoroso caballo y empieza a desensillarlo. El recio animal espera pacientemente que le quiten la montura y, con los hoyuelos de la nariz dilatados por la última carrera, se mantiene quieto todavía un buen rato. Después, ya más calmado, empieza a comer el pasto de los alrededores sin alejarse de su amo, no obstante que se encuentra libre de riendas y ataduras.

—¿Tenés tabaco? –le pregunta el capataz a Moye, uno de los vaqueros.

—Sí, don Marcial –le responde respetuosamente José Moye–, enseguida le preparo un liao.

Y sacando su tabaquera engomada va extendiendo el tabaco picado y desmenuzado sobre una chala de maíz que ha sido pulida previamente con *turos* (caracoles) y después de envolverlo le pasa la lengua a lo largo del cigarro a manera de goma.

—Otro día perdido –comenta más para sí mismo don Marcial– y ya que los teníamos acorralaos. Andá, ve que amarren bien los siete animales que pudimos enlazar y que se vengan a tomar un cafecito. ¡Ya nada podemos hacer hoy!

Obediente, el peón monta nuevamente sobre su cabalgadura y al galope se dirige hacia donde se escuchan los gritos de los otros catorce peones que sin perder las esperanzas tratan de enlazar a la carrera alguna vaca retrasada.

Mientras tanto don Marcial junta un poco de leña seca, y corta dos estacas con palca para atravesar el palo que debe sostener la olla de hierro enlosado con agua de la cañada cercana, o más propiamente del charco formado por la lluvia y que por la impermeabilidad del terreno y por la vegetación acuática que crece se mantiene por mucho tiempo sin evaporarse.

Cuando los peones llegan a la pascana[1] ya el café batido está listo para servirse. Desensillan sus cabalgaduras dejándoles a los animales las caronas para que no se resfríen y sacan de las alforjas algunos bizcochos para acompañar el café.

—Don Marcial –empieza Julio Teco tratando de disculparse– no fue culpa mía que se haigan escapao por donde yo vigilaba, sino que mi caballo se espantó cuando esas perdices volaron casi en su nariz, y como es un animal muy brioso no pude controlarlo porque me agarró también a mí de sorpresa.

—No se aflijan ni se culpen, muchachos –les dice paternalmente don Marcial–, son cosas que le pasan a cualquiera, pero mañana los vamos a madrugar a esos desgraciaos pa' que no les queden ganas de seguir huyendo. Mientras nosotros les quitamos el resuello a esos pícaros, Pancho les sacará el cuero a los tres torillos que cogimos. Solo nos llevaremos las hembras.

—Oí, Pancho, como vos te estás quedando en la casa, te encargo unos riñones asaos en palo –pide Moye.

—Y yo me conformo con unos costillares –añade otro.

—Muchachos, hagan sus pedidos que lo que sobra es carne –les contesta riendo el aludido.

Ricardo Guayacuma observa en silencio a sus compañeros. Introvertido, habla solo lo indispensable para que no le crean mudo y casi nunca ríe. Ya lleva un buen rato apreciando y palpando las riendas con argollas de plata del caballo de don Marcial. Espera hasta que sus compañeros se callen un poco a fin de no interrumpir la conversación y dirigiéndose al capataz le dice:

—Don Marcial, ¿podría decirme dónde consiguió los arreos para su caballo? porque hace tiempo que yo quiero conseguir una cosa parecida y no puedo encontrarla.

—¡Ah! –dice el mayordomo entornando los ojos y gozando por anticipado al internarse en sus recuerdos– es una historia interesante cómo conseguí las riendas y ese ensillao. Si no les molesta, la puedo contar.

Y apoyando la espalda contra el tronco del árbol empieza:

—Ocurrió el año pasao cuando salí a San Ignacio con motivo de la fiesta patronal. Primero acompañé la procesión del Santo San Ignacio y como no hallaba dónde ir a distraerme me fui a ver la riña de gallos. Estuve un

1 Nota de los editores (NE): Lugar improvisado para comer y descansar, haciendo parada durante los viajes prolongados (César Chávez Taborga, *Expresión poética del Beni*, La Paz: Plural editores, 2005).

buen rato haciendo apuestas y me ganaron unos cuantos reales. Ahí me anoticiaron que donde doña Anita estaban jugando pinta y hacia allá me fui, más con la idea de pasar el día que por jugar. Cuando llegué, ya las apuestas estaban gruesas y me quedé un rato observando el ambiente. Circulaba de boca en boca aguardiente en unos canecos pequeños, tal vez invitados por el coimero pa' levantar el ánimo de los jugadores y que suba la banca. En eso se retiró uno que ya no tuvo con qué responder y me invitaron a que ocupe su lugar. Ya llevaba un buen rato jugando cuando el mozo que estaba a mi lao sacó su billetera de cuero curtido y la colocó sobre la mesa diciendo: "un quinto tapao a la cabeza". El que estaba frente a mí arrojó los dados y tiró senas ganando la billetera. Siguieron las apuestas y los dados continuaron rodando sobre el tapete de la mesa, llevando en su correr el destino de los hombres que absortos confiaban en los puntitos negros de sus caras. El mozo paró tercio y puso de tercera el ensillao con esas riendas con argollas de plata que se ven ahí. Le tocó el turno y tiró cuadras perdiendo la partida. A mí me llegó la racha de suerte y me gané la montura y los arreos. El nerviosismo del joven que había perdido su ensillao era tan fuerte que agarró el caneco con alcohol y de un solo trago se vació el contenido. Casi se asfixia, fue necesario darle un buen golpe en la espalda pa' contenerlo. Pero, no terminó ahí la cosa, ya que el joven jugador con la mente ofuscada por el juego y más que todo por haber perdido ya tanto, hizo una última apuesta: "Paro sexto y pongo de cola mi caballo". Pero la suerte no estaba de su lado ese día y el mismo que ganó la billetera le tiró cinco y seis. El muchacho quería llorar de rabia y de impotencia porque, pa' colmo de males, el caballo era de su patrón.

Después de escuchar al mayordomo, cada uno relata anécdotas de esa vida sencilla que se lleva en el campo donde todo lo que ocurre se considera natural, inclusive si alguien mata a otro no lo hace por deficiencias mentales sino porque de alguna manera se sintió ofendido. Ningún hombre vive tranquilo si no sabe defender su honor.

Cansados por la tarea diaria uno a uno se van durmiendo, cobijados por un techo de estrellas.

No ha aclarado aún y ya todos están en pie, listos para la faena. Tal como se ha ordenado la noche anterior, Francisco Semo se queda para sacarle el cuero a los tres torillos que están amarrados y para preparar los asados pero, a última hora, deciden ayudarle entre todos ya que así no tienen que volver para desayunar.

Muy pronto el olor del rico costillar inunda el ambiente abriendo más el apetito de la concurrencia.

Después de ensillar sus caballos salen a paso lerdo, atravesando la pampa, en busca de los animales sin dueño.

Ricardo, que cabalga al lado del mayordomo, le pregunta:

—Don Marcial, ¿usted sabe a quién perteneció este ganao que estamos persiguiendo?

—Hace muchos años, un poco de esta ganadería perteneció a la casa Suárez, pero hubo un momento en que por falta de alambradas y de peones se perdió el control de la cantidad de animales y estos se remontaron[2] y se criaron libres. Tal vez alguna de esas vacas más viejas todavía tenga la marca de sus antiguos dueños, pero la mayoría está sin marca ni señal.

—¿O sea –continúa Ricardo– que lo que estamos haciendo no puede ser considerado abigeato?

—Exactamente –contesta don Marcial–, este ganao es de quien lo amanse primero, aunque también puede considerarse como una especie de robo, pero la verdad es que no solo Suárez Hermanos tiene ganao cerril, casi todas las estancias de la zona dejaron animales sueltos. La mayoría de los ganaderos nunca supo cuánto tenía.

—Yo creo que eso se debe a que como no hay dónde vender la carne –continúa la charla Ricardo, entusiasmado– las estancias se las mantiene solamente por tener un prestigio de estanciero grande y para llenar la boca en las charlas, con las miles de cabezas que pastorean en sus campos.

—Y es cierto eso –dice don Marcial– a tal extremo que hay propietarios que no conocen sus estancias, solo de tiempo en tiempo le llegan al administrador las órdenes escritas para entregar ganao a fulano o a zutano.

Los gritos que se oyen a lo lejos cortan la conversación y los ponen alerta. El mayordomo mira a ambos lados y al ver una palmera que se eleva sobre las demás, ordena:

—¿Sabés subir a una palma?

—Sí, don Marcial –contesta el peón.

—Muy bien, pues, manos a la obra y arriba pa' ver dónde está la tropa.

Con agilidad de mono, el joven sube hasta lo alto de la palmera y, cuidando de no lastimarse con las espinas de las hojas, empieza a observar hacia todos lados, hasta que sosteniéndose con una mano apunta hacia el naciente y grita:

—¡Están por aquel lao!

—Bueno –dice el mayordomo– hacia allá nos vamos.

Después de un breve galope encuentran a los vaqueros tratando de enlazar a un toro que se ha separado de la tropa. El animal junto a un

---

2 NE: Huyeron, escaparon al monte.

espinoso árbol los mira de frente, esperando el momento oportuno de atacar. Sus ojos enrojecidos parece que desprenden chispas por la rabia acumulada y su actitud demuestra que no está decidido a dejarse atrapar tan fácilmente. Los vaqueros a gritos tratan de que empiece a correr para arrojarle sus certeros lazos en magnífica competencia de desafío al peligro. Las patas delanteras del enfurecido animal escarban el suelo en actitud desafiante.

El descuido de uno de los mozos al dar la vuelta a su caballo da al toro la oportunidad que esperaba. Una fracción de segundo y el jinete vuela por los aires mientras su caballo queda con el vientre rasgado por los afilados cuernos del atacante. El mozo más tarda en caer al suelo que en levantarse y correr desesperado buscando un árbol que le sirva de refugio. El toro lo hubiera alcanzado si no lo detenían tres certeros lazos que al templarse sirvieron además para medir la fuerza de un toro contra tres experimentados caballos criollos.

—¡Embrámenlo[3] en el árbol! –grita el mayordomo–. ¡Moye, no vayas a aflojar tu lazo!

Ninguno cede terreno, y si alguno de los caballos disminuyera la tensión de los lazos, es muy posible que los otros dos se suelten con un jalón violento del toro.

Un estampido retumba en la inmensidad de la pampa y la presión de los lazos afloja lentamente. Las patas delanteras del cuadrúpedo se van doblando y los mil músculos del grueso cuello sueltan la tensión permitiendo que la cabeza, erguida un minuto antes, empiece a bajar hasta caer junto con la mole de trescientos kilos de carne ruidosamente al suelo.

El mayordomo, al ver que los lazos estaban por soltarse y sabiendo el peligro que ello significaría, desenfundó su Winchester 44 y con un solo disparo certero al oído del animal había terminado la competencia de fuerza.

Desenvainando los filos cuchillos, en poco tiempo los peones le sacan el cuero y el festín de las aves de rapiña continúa, ya que de la carne no se ocupa más que lo necesario para comer y lo demás se abandona en el sitio donde se mata la res.

—¿Y por qué no lo mataron con el rifle? –pregunta el capataz, dirigiéndose a Moye que estaba más cerca de él.

—Tal como usted lo vio, don Marcial, era un toro que tenía una hermosa estampa que pensamos que debía servir pa' sacar cría. ¡Podía servir como semental!

---

3 NE: Acción de sujetar (Chávez, *op. cit.*).

—Sí, pero ya vieron que nos costó un caballo y casi se llevó a Julio por delante –comenta el capataz.

Con los cueros conseguidos y las cuatro vaquillas que van mancornadas de dos en dos, los vaqueros regresan a la estancia. En ancas va Julio Teco después de dispararle un tiro a la cabeza de su fiel caballo para acelerar su muerte. Todo ese día se caminó, y al atardecer, ya se encuentran en terreno conocido, por lo que los caballos apuran el paso.

El ladrido de los perros se escucha cuando todavía falta media legua para llegar a la casa; sin embargo, las mujeres y los muchachos ya saben que los seres queridos están volviendo al hogar después de cinco días de ausencia.

Datos históricos

En Mayo de 1896, fui nombrado Diputado por Ayopaya. Aprobadas mis credenciales sin observación e incorporado en la Cámara de Diputados comencé por gestionar se arreglen los caminos en todo el Departamento, principalmente los que van de Quillacollo hasta Morochata y de aquí a Independencia. Conseguí una subvención para que el infatigable industrial Don Elías Sainz trabaje el camino desde Cotacajes, donde lo dejé el año anterior, hasta Huachi y se trabaje también, por las autoridades del Beni, de San Borja a Huachi. De este modo en Mayo de 1898 cuando gobernaba el país el Dr. Severo Fernández Alonso, los industriales Elías Sainz, Botelho, Palma y otros hicieron llegar ganado de San Borja, en buenas condiciones a la plaza de Quillacollo y lo vendieron a 80 y 100 pesos febles cada cabeza. En Agosto, Septiembre y Octubre de ese mismo año siguieron llegando partidas de ganado y al mismo tiempo se llevaban toda clase de mercaderías de Cochabamba en recuas de mulas a San Borja, Rurrenabaque, Santa Ana, Riberalta, etc., estableciéndose un comercio activo entre ambos departamentos.

En este estado sobrevino la Revolución Federal, subió al Poder el Partido Liberal y se abandonó la conservación del camino quedando cerrado el tráfico al siguiente año, porque es sabido que en regiones boscosas, los caminos desaparecen en menos de un año si no se los repara continuamente…

Del informe del Dr. Damián Z. Rejas, exministro de
Fomento y Comunicaciones de Bolivia.

Un destello luminoso aparece primero sobre el horizonte casi infinito que forma la inmensa pampa. El verde claro de los pastos contrasta con el verde oscuro del monte que apenas se puede apreciar desde la ventana donde don Marcial Ribera, mayordomo de la estancia El Chiverío, observa emocionado el despertar de un nuevo día.

No necesita alarma de ninguna clase para estar de pie junto con los primeros rayos del sol. En verano o en invierno sucede lo mismo: una extraña sensación de molestia en la espalda lo impulsa a levantarse exactamente en el momento en que se ve clarear la aurora de la mañana.

Rápidamente salta de su hamaca tejida por hábiles manos indígenas y se viste para iniciar la jornada de trabajo que dura de sol a sol. Comienza cuando el padre del universo empieza a calentar la corteza terrestre y concluye cuando las tinieblas se ciernen sobre la inmensidad de la pampa.

Este día, don Marcial se siente entusiasmado, desea que su alegría se transmita a sus peones, que más que empleados son sus colaboradores y amigos.

Se dirige al galpón que sirve de comedor con su cocina en el cuarto del fondo, y mientras saborea el humeante café bien cargado y caliente, acompañado del cotidiano masaco,[4] saluda a los demás, que sin necesidad de pasar lista van llegando y sentándose en sus banquetas rústicas.

—¿Alguno de ustedes –les dice– se ha preguntado alguna vez cómo apareció esta loma tan grande y tan alta donde se ha instalado la estancia?

Y como ninguno contesta, él sigue con sus preguntas sin respuesta.

—¿Sería tal vez construida por la gente que vivió hace muchos siglos por esta región o serían alturas naturales?

Nadie puede dar una explicación, pero eso no importa mucho. La pregunta ha surgido al observar la extensión de la pampa que, desde esa elevación donde se encuentran, parece más amplia y da la sensación de grandeza del hombre sobre la naturaleza, al mirar desde arriba esa magnificencia natural.

—Don Marcial –le dice Teco, sacándolo de sus sueños– yo no voy a poder acompañarlos al campo hoy día porque ayer me disloqué el tobillo cuando me embistió el toro y no puedo andar.

—'Ta bien –responde el mayordomo– pero como necesitamos gente activa, quiero que te sanés rápidamente y te vas a quedar en manos de doña Eduviges pa' que te deje como nuevo.

Y dirigiéndose a la cocinera que hace las veces de ama de llaves y enfermera le dice:

---

4 NE: Masa de yuca o banana cocida con un poco de charque.

—Le encargo a este joven pa' que le componga la pata.

Después de observar la hinchazón y comprobar, mediante un apretón al tobillo, que efectivamente hay luxación, la mujer da su receta:

—Hay que remojar ese pie en salmuera caliente y después de aplicarle la barriga de un sapo lo vendaremos pa' que no mueva el tobillo. Y pa' que no se aburra mientras esté descansando, lo pondremos a *champar*[5] velas.

—¡Pero ese es trabajo de mujeres! –reclama el enfermo.

—¡Qué trabajo de mujeres ni qué ocho cuartos! –responde autoritariamente doña Eduviges–. ¡Aquí no se admiten ociosos por más que estén con la pata quebrada, así que o hace velas o se va de la casa!

El aludido agacha la cabeza, decidido a cumplir la orden disciplinadamente.

Una sola carcajada se escucha entre los demás peones, mientras se retiran haciéndole bromas al enfermo.

Charlando animadamente todos se dirigen al corral a concluir la labor comenzada: tienen que marcar las vaquillas que han traído el día anterior. Don Marcial lleva la marca "Pata de gallo" y dirigiéndose a Juanito que es el experto de la fogata le dice:

—¿Tenés *tacuaras*[6] suficientes pa' calentar el fierro?

—Sí, don Marcial –responde el joven–, además como no son más que cuatro no se necesita mucha leña.

Para calentar la marca en todas las estancias se usa como leña la *tacuara*, porque produce mayor temperatura y calienta más rápido el fierro.

Los otros muchachos no pierden el tiempo y cada uno va maneando una vaquilla para tumbarla después doblándole el cuello y, con la rodilla sobre el pescuezo de la res, inmovilizarla hasta que se le coloque el fierro caliente.

—¿Ya está caliente la marca? –pregunta a gritos el capataz.

—¡Ya la llevo! –contesta Juanito mientras corre con el fierro al rojo vivo y se lo alcanza al mayordomo.

El olor a pelo quemado se siente en el ambiente mientras un humo denso brota del anca de la vaquilla que no puede contener el dolor de la quemadura y lanza un berrido lastimero. El mayordomo pasa su mano sobre el cuero quemado para ver si la marca ha quedado bien grabada. Parece que el trabajo no es de su agrado porque nuevamente le coloca el fierro caliente en el mismo sitio tratando de superponerlo

---

5 NE: Fabricar velas de sebo de vaca.

6 NE: Bambú sólido y fuerte empleado en las construcciones.

al anterior, sin hacer caso al grito angustioso del animal al ser torturado en esa forma.

Ya más tranquilo por la operación exclama sonriente:

—Hay que calentar más el fierro, Juanito, pa' que la marca quede bien visible y sea difícil que los abigeatistas traten de cambiar la figura.

Los peones tienen que esperar hasta que el fierro esté bien caliente para proceder a la misma operación con los otros tres animales.

Después los sueltan en el corral a que esperen la vaqueada y se junten con las vacas mansas para que les enseñen dónde es su nuevo hogar.

Cumplida esa tarea se encaminan a la orilla del río a cortar leña para almacenarla en la cocina.

Cuando el sol se encuentra en el cenit, el mayordomo da la orden de volver a la casa a buscar almuerzo:

—¡Vamos, muchachos! Es hora de llenar el buche pa' poder continuar las labores esta tarde.

Todos, hacha al hombro, siguen a don Marcial y en fila india salen hasta el sendero que seguramente se formó por el pisoteo constante del ganado.

Al llegar a la estancia ven que el patrón ha regresado después de casi tres meses de ausencia y que los está esperando en la *punilla*[7] de la casa principal. Al verlos, se levanta de la hamaca, donde está descansando después de una semana de viaje desde Trinidad.

—Buenas tardes, patrón –dice el mayordomo agarrando su sombrero a la altura de su pecho–, nos alegra verlo de nuevo por la estancia. Cómo le ha ido por Trinidad.

—Buenas tardes, Marcial –contesta Alfredo Añez, propietario de la estancia El Chiverío–, espero que todo haya marchado bien durante mi ausencia.

Y dirigiéndose a los peones, que lo escuchaban en silencio, les dice:

—Buenas tardes, muchachos.

—Buenas tardes, patrón –se escucha en coro general.

—Después de la siesta –continúa Alfredo Añez– quiero que Marcial me entere de todas las novedades que han sucedido en estos días.

—'Ta bien, patrón. Con su permiso, vamos a buscar algo de comida.

—Sigan nomás, nos vemos más tarde.

Todos se dirigen al comedor, donde doña Eduviges los espera con la mesa lista y los platos servidos.

7 NE: Extremo descubierto en una casa de campo.

—¡Rosa, falta un plato aquí! –vocifera la jefa de la cocina a su ayudante y copera.

—¡Ya estoy llevándolo, doña Edú! –contesta la aludida desde adentro.

—A estos hombres hay que atenderlos rápido –continúa doña Eduviges, para quedar bien con la peonada– porque no pueden aguantar un minuto sin comer, si no, se vuelven unas fieras de bravos.

—Ya voy, ya voy –dice la muchacha, mientras llega con el plato de locro quemándole los dedos.

Al ver a Rosita contoneándose, Juanito Nojune, el más joven del grupo, le dice a doña Eduviges:

—Doña Edú, ¿cuántos años tiene ya Rosita?

—¡Qué! –responde la cocinera– ¿acaso ya querés casarte?

—Yo solamente le preguntaba, porque cada día se está poniendo más linda y tal vez… uno nunca sabe… de repente se decida a ser mi compañera.

—Bueno, bueno, si querés declararte decíselo a ella, no a mí –le contesta malhumorada doña Eduviges–, no me vengás a mí con indirectas, ni a que yo te ayude.

—No se enoje, doña Edú –le dice el muchacho tratando de calmarla–, yo solo le pregunté la edad de Rosita y nada más.

La muchacha, atenta a la conversación y con las mejillas sonrosadas por el rubor, agacha la cabeza y da vueltas innecesarias por el comedor tratando de no perderse ninguna frase. La voz del mayordomo la saca de su ensoñación:

—Rosita, ya terminamos el locro, ¿hay algo más para comer?

—Disculpe, don Marcial –responde aturdida la muchacha–, enseguida le sirvo otro plato de lo mismo porque ha sobrado harto.

Y sin mirar hacia atrás sale rápidamente con el plato vacío para repetir la ración de locro carretero hecho de arroz, plátanos verdes y charque. Llena de nuevo todos los platos, pero al llegar a Juanito no puede evitar un estremecimiento interior, mientras una gota de sudor frío le recorre toda la columna vertebral. Con los nervios alterados, casi derrama el plato de Juanito. Este no le dice nada, sino que se limita a mirarla fijamente.

Terminada la comida, acompañada de una tacita de café, se levantan de la mesa y cada uno busca dónde pasar la hora de la siesta lo más cómodo posible. Uno dormita en su hamaca, otro se dedica a asentar el filo de su cuchillo aprovechando la piedra de afilar, otro trenza su lazo ensebándolo en cada vuelta para aflojar el cuero. Cada uno es libre por una hora.

—¡A caballo, muchachos! –se oye la voz del mayordomo–, ¡nos vamos a *vaquear*![8] Vayan yendo delante, que yo los alcanzo después de conversar con el patrón.

Y dirigiéndose a Ricardo le dice:

—El ganao nuevo se está aquerenciando en aquella rinconada. Hay algunas paridas que deben arrearlas pa' señalar los *guachas*.[9] Si encuentran alguno recién nacido lo traen alzao pa' que no se canse.

—No se aflija, don Marcial –responde el peón–, vaya tranquilo, que ya le estamos hallando al trabajo. Nos vemos allá. Y dando un apretón de talones a su caballo sale al pasitrote rumbo a la pampa tratando de alcanzar a los demás.

El mayordomo los mira un rato mientras se alejan y luego se dirige hacia la casa del patrón.

Como la estancia recién se está formando, la vivienda principal es rústica, igual que la de los peones, casa con horcones de tajibo, techada con canales de palma negra, con un cuarto de paredes embarradas de tabique y una punilla donde hay una mesa que sirve de comedor y de escritorio.

Alfredo Añez tiene grandes planes, y uno de ellos es construir una casa grande, con techo de teja para cuando la familia vaya creciendo. El problema será la educación escolar de los hijos, pero siempre hay la solución de dejarlos pensionados en alguna casa de familia honorable y verlos solamente durante las vacaciones. Su esposa, que también ha sufrido la incomodidad de viajar, durante una semana, unos ratos en carretón y otros a pie, se encuentra en cama, después de que doña Eduviges le hizo masajes y le colocó fomentos y cataplasmas en la espalda.

Miriam de Añez, patrona de la estancia, tiene a su cargo todo lo que es control de víveres, cocina y principalmente dirigir y almacenar la producción de los derivados de la leche. El cuidado de las aves de corral está bajo su control. Ella reparte cada semana lo necesario para que a los peones no les falte buena alimentación.

Después de un restablecedor descanso, se levanta y se dirige a la cocina para averiguar cómo se ha desarrollado la actividad durante su ausencia.

—Aquí todos los días el sol amanece por el mismo lao y las cosas suceden porque así Dios dispuso que sucedan –explica doña Eduviges, con un conformismo contagioso.

—No sea tan fatalista, doña Eduviges –dice la patrona–, ya vamos a ir ayudando a que esto cambie poco a poco porque así nos enseñó el Señor

---

8 NE: Sacar a pastar al ganado.

9 NE: Novillos.

cuando dijo: “ayúdate que Dios te ayudará”. Por ejemplo, he traído un chanchito macho y dos hembras pa’ sacar cría. También compré al paso por San Ignacio diez gallinas ponedoras grandes pa’ echarlas apenas se encluequen. Alfredo quería traer un gallo de riña, pero yo no quise porque no hay cerco que los ataje, además no me van a dejar flores en el jardín. Mejor nomás que los gallos ordinarios se encarguen de sacar pollos grandes de esos que llenan una olla de locro. ¡Ah! También traje diez patos.

—¿Y se acordó de mis encargos, patrona?

—Claro que me acordé, si los tenía anotados. Le he traído un cortecito de tela estampada azul oscuro pa’ su estreno el 31, cuando estemos en San Ignacio. Yo misma le voy a costurar su vestido pa’ que vaya elegante.

En ese momento llega Rosita con su cántaro lleno de agua, sostenido en la cabeza sobre una rosca hecha con un paño de lienzo. Este trabajo, encargado a las mujeres en el campo, las obliga a mantener el cuerpo erguido, lo que les da un porte de altivez y hace desarrollar un cuerpo perfecto. Antes que trabajo es un ejercicio físico diario.

—Buen día, patrona –dice respetuosamente–, me alegra que haya llegado bien.

—Buen día, Rosita –contesta Miriam–, supongo que no le has dado motivos de queja a doña Eduviges, ¿no es así?

—Se ha portado bien y me ayuda en todo –interviene la sirvienta– solo algunas mañanas que le agarra el sueño, pero no es todos los días.

—Pa’ Rosita también le he traído un cortecito, ya vamos a darnos tiempo pa’ costurarle un vestido –dice la patrona y cambiando de tema añade– ¿y cómo estamos de reserva de víveres?

—Tenemos bastante maíz, arroz, manteca y charque, aunque carne no falta cada día. Lo único que va a faltar es la sal, que no hay más que cinco moldes porque han estado salando cueros.

—Yo he traído sal y otros víveres –contesta Miriam–, así que por un tiempo no faltará la comida.

Vida sencilla, sin comodidades, aislada de la civilización, viviendo el presente sin saber lo que depara el mañana.

La estancia El Chiverío es una parte de la gran extensión de terreno que perteneció a don Juan Manuel Añez, quien le dio a su hijo, como venta ficticia, veinte mil hectáreas y trescientos vientres de ganado manso, más todo el ganado cerril que pueda enlazar. Es por eso que ahora está dedicado a señalar y marcar todos los terneros y vaquillas que encuentra en el campo. Los toros sirven solo para sacarles el cuero y algunos para hacer charque para consumo local. Como no hay alambradas en la estancia y colinda con una propiedad de la Casa Suárez Hermanos, la mayoría del

ganado cerril es ajeno, pero como está junto con el de su padre igual se señala y marca el que cae en manos de sus ágiles laceros.

—Patrón –empieza don Marcial– ya estoy por aquí.

—Adelante, Marcial –le invita Añez–, pasá nomás y tomá asiento. ¿Qué novedades ha habido en este tiempo?

—Bueno, la verdad es que no ha ocurrido nada fuera de lo normal. Hemos enlazado ya ochenta y seis vaquillas sin marca y cuarenta y siete vacas paridas con la marca del patrón Juan Manuel. Los toros que hemos hallado con marca ajena han servido pa' hacer lazos y guascas[10] con el cuero, en cambio, los que tienen marca Añez están salados y secos, listos pa' venderlos.

—Muy bien, Marcial –contesta entusiasmado Alfredo–, veo que no se han dormido por aquí.

—Además –continúa el mayordomo– ya tenemos casi todos los estacones pa' hacer de nuevo el corral, pero esta vez de madera dura pa' que aguante unos veinte años, por lo menos. Este trabajo se está haciendo por las mañanas y por las tardes seguimos *vaqueando* el ganao pa' que se amanse junto con el que ya estaba *aquerenciao*.[11]

—Te felicito, Marcial –le dice el patrón–, y cuando esté listo el nuevo corral comenzaremos a chaquear toda la orillera del río pa' sembrar arroz y maíz en cantidad. También tengo la intención de sembrar caña y, si Dios quiere, el próximo año tendremos molienda pa' proveer de azúcar a todos los pueblitos cercanos y tal vez hasta a Trinidad.

El mayordomo sigue explicando todo lo que había sucedido en la estancia, con esa sencillez de campesino al que no se le escapa detalle de lo que sucede a su alrededor, y después de despedirse del patrón sale a encontrarse con su gente.

Antes de que el mayordomo se retire, el patrón le dice:

—Mañana, yo los acompañaré a todas las actividades. Por ahora quiero desembalar las cosas que he traído.

—Hasta luego, patrón –dice el mayordomo–, me voy a *vaquear*. A la tardecita estaré de vuelta con todo el ganao pa' señalar y carimbar[12] los terneros nuevos.

—Muy bien, entonces la actividad va a ser bien movida mañana… Estaremos listos.

El mayordomo ensilla su caballo color castaño y a paso tranquilo sale a dar alcance a los peones.

---

10 NE: Cintos.

11 NE: Amansado, domesticado.

12 NE: Marcar con hierro a las reses.

El ganado, al escuchar los gritos de los vaqueros, empieza a juntarse y guiado por las vacas corraleras se va dirigiendo hacia la estancia. Solo tienen que arrear a una que otra vaquilla cimarrona que levantando la cola pega el disparón[13] fuera de la tropa. Los hatos van juntándose hasta formar una sola manada y el trabajo se hace más fácil a medida que se van acercando a los corrales.

Al llegar se escucha muy fuerte el berrido de los terneritos llamando desesperadamente a sus madres, que apuran el paso para llevarles su alimento.

Ya en los corrales, los torillos aprovechan para aprender a montar a alguna vaquilla en celo.

Con carreras violentas y con gritos, los vaqueros van controlando la tropa sin dejar que se escape ninguna.

—¡Gánale a ese lao! –grita uno.

—¡Cuidao con esa vaca mañuda! –se oye por otro lado.

Por fin el último animal entra en el corral grande y se procede a cerrar la tranquera. Todos respiran más tranquilos y después de desensillar sus caballos, agarrando su tutuma[14] y jabón de lejía, se encaminan hacia el río antes de que les agarre la noche. A esa hora es muy agradable la temperatura del agua, pero también es la hora en que las víboras salen de sus madrigueras, aumentando el peligro de encontrarse con alguna en el camino.

La cena no varía mucho y en la mayoría de las veces es un majadito, de arroz y charque, o con carne cuando salen a enlazar ganado cerril y vuelven con algún torillo mancornado a las vaquillas.

Doña Eduviges ya tiene la mesa servida cuando llegan los vaqueros.

—¿Qué tal les ha ido? –le pregunta al mayordomo.

—Bien, doña Eduviges –contesta este antes de sentarse en su taburete rústico–, todo ha salido bien, sin ninguna novedad. Los muchachos ya son expertos en la vaquea.

—Y cambiando de tema –dice la cocinera– le cuento que su enfermo se ha portado muy bien. Ha estado trabajando todo el día y yo creo que pasado mañana podrá montar a caballo sin problemas. Eso sí, caminar sin que le moleste el tobillo recién podrá hacerlo en más de una semana.

—Procuraremos que no se baje del caballo todo el día.

No es que haya tema especial para contar pero cada noche, después de cenar, los peones de la estancia se reúnen alrededor del mayordomo a comentar los sucesos del día por muy insignificantes que sean, y a recordar

---

13 NE: Estampida o huida.

14 NE: Recipiente hecho de la piel de la calabaza seca.

casos que ocurrieron en otros tiempos y en otros lugares. El tema favorito es la búsqueda de *entierros*[15] o los *bultos*[16] que aparecen en la noche. Cosas inexplicables contadas por gente sencilla.

—…Y nosotros le dijimos al patrón –explica uno de los mozos– que no lo lleve al finao en el carretón nuevo, pero como nuestro patrón era bien testarudo y no creía en cosas de muertos ni *aparecidos*[17] hizo cargar el muerto hasta el cementerio y por nada más fue que el carretón se volvió rechinador por más sebo que le poníamos al eje, y los bueyes se hicieron *jarones*,[18] en un ratingo se cansaban. ¡No sirve llevar a los muertos en carretón! ¡Hay que cargarlos nomás entre dos, colgando de una *tacuara*!

—A mí me ocurrió una cosa muy rara el otro día –dice Julio Teco, que no se perdía ninguna de las reuniones por más que estuviera con el tobillo roto– cuando fui a recoger los bueyes que el patrón le prestó a don Andrés, el dueño de La Esperanza. Yo llegué al puesto a eso de la oración y ya no me dio tiempo pa' volver, por lo que me quedé nomás a pasar la noche. Había amarrao mi hamaca en uno de los corredores de la casa y como estaba venteando un poco no había mosquitos, así que me senté en la hamaca a fumar un rato hasta que me llegue el sueño. Me preparé un liao y ahí estaba yo escuchando los ruidos de la noche cuando, del lao naciente, ¡elay que se oyó el rechinar del eje de un carretón y los gritos del carretero! Yo me dije: "¡parece que tendremos con quien conversar un rato porque lo que es aquí, en esta estancia, todos se han dormido a la hora de las gallinas!" Como había luna llena me puse a mirar la tranquera, que estaba abierta. Cada vez se oían más cerca los gritos del carretero. Cuando de repente, y sin que yo viera nada, empecé a oír gritos hacia el poniente de donde yo estaba y se fueron alejando más y más, hasta perderse en la noche. ¡Ni pa' decir que yo estaba durmiendo! Pero la verdad, estoy seguro que era el mismísimo carretón de la otra vida y, como parece que no estoy todavía marcao pa' morir, pues por eso no lo vi.

Todos escuchan atentos el relato y, de rato en rato, cada uno mira hacia atrás, para no ser sorprendido por algún ser sobrenatural.

Juanito, después de preparar y encender un nuevo cigarro, con voz pausada empieza su relato:

---

15 NE: Tesoros escondidos.

16 NE: Forma local y supersticiosa de referirse a las "almas en pena" de personas asesinadas.

17 NE: Entidades de leyendas populares (como "La viudita" o "El carretón de la otra vida") relacionadas con el mundo de los muertos.

18 NE: Remolones.

—Yo, antes, no creía en *bultos* ni *aparecidos* pero en el último viaje que hice a San Ignacio me encontré con *La viudita*.

Cada uno de los presentes ha escuchado hablar de esta famosa dama y espera impaciente una nueva aventura de ultratumba.

—Fue una noche, sin luna, en que yo salía, después de estar con los amigos, de la cantina de las Vásquez, y me estaba yendo tranquilo a dormir cuando me salió al paso una mujer vestida de negro y con un velo sobre la cara. Me extrañó encontrar una mujer a esa hora y más aún cuando sin mucho preámbulo me invitó a una fiesta.

—Es aquí cerca –me dijo–, yo estoy sola y seré tu pareja toda la noche.

Su cuerpo era esbelto y, aunque no podía verle la cara muy bien por el velo que la cubría, me animé a correr una aventura y acepté. No me dejó que la abrace y empezó a caminar delante de mí volcando la cabeza a cada instante para ver si yo la seguía. Cuando pasamos por la última casa, recién pensé que mi compañera podía ser *La viudita* y me entró el miedo. Ahí nomás empecé a gritar pa' que me oigan mis amigos, porque no habíamos andado nada más que una cuadra y ya estábamos en el monte. Fue tal el escándalo que armé, matizado con oraciones, que *La viudita* desapareció, no supe en qué rato, pero cuando quise huir me di cuenta que estaba entre un *cerrateputal*[19] tan tupido que fue imposible moverme. Por suerte los amigos me habían oído y salieron a buscarme, pero tuvieron que usar machetes pa' llegar hasta donde yo estaba. Solo cuando les conté lo que me había pasado pudieron explicar cómo había llegao yo a ese sitio lleno de espinas que un día antes no existía. Tuvimos que quedarnos toda la noche en la cantina porque ninguno se animó a salir a la calle.

---

19 NE: Arbusto espinoso.

Datos históricos

Para la construcción de este camino la representación beniana de 1922 hizo votar la suma de 100.000 dólares de los fondos del empréstito Nicolaus. Es con esta base que los señores Rodolfo Ibáñez y Elías Sainz presentaron una propuesta al Gobierno para la apertura de esta vía, propuesta que fue debidamente aprobada y en virtud de la cual los contratistas antes nombrados están trabajando dicho camino desde 1923.

El señor Ibáñez tiene a su cargo el sector que va de San Borja a Santa Elena, y el resto, hasta Cocapata, Asunta e Inquisivi, el socio Sainz.

Según el informe presentado por el ingeniero Ulises Reátegui Morey, en Septiembre del año pasado, el trabajo se está efectuando con bastante éxito pudiendo asegurar que su conclusión será una bella realidad si los contratistas persisten como hasta ahora en su empeño venciendo las mil dificultades que le opone la naturaleza siempre hostil en estas regiones.

El recorrido que hace este camino tiene una extensión de 568 kilómetros con un costo aproximado de 330.000 Bs. Hasta la fecha se han construido 216 km.

A fin de hacer un mejor trabajo, el Sr. Ibáñez parece haber contratado los servicios del ingeniero Raúl Peró quien se encargaría de la dirección técnica de la obra.

Las ventajas que reportaría este camino son numerosas, abriendo desde luego los mercados de La Paz y Cochabamba para los productos benianos y viceversa. La industria ganadera será sin duda la más beneficiada con esta nueva vía, pues ella permitirá la internación de ganados al interior de la República en muy excelentes condiciones…

Del informe que presentó el prefecto del Beni, señor Hernán Velarde Rojas, por la gestión 1926-1927. Camino de San Borja a Inquisivi y Cocapata.

Cuando los primeros fulgores del amanecer se vislumbran en la lejanía, los gallos empiezan a mover agitadamente las alas como si se sacudieran del letargo nocturno y quisieran apresurar al padre sol en su despertar diario. Luego empieza el contrapunteo de sus cantos, que en su lenguaje significa el darse los buenos días.

La orquesta de sapos y ranas en el *curiche*[20] hace eco al sonido estridente de las cigarras y los grillos, que también desean agradecer al creador del universo por permitirles vivir un día más de su efímera existencia.

Desde el ramaje de las palmeras y tajibos fluyen los trinos y gorjeos de los tordos curicheros iniciando el concierto musical de la pampa.

El bramido de los toros encerrados en el corral contrasta con el berrido de los terneritos hambrientos, que se amontonan en la tranquera del chiquero llamando angustiosamente a sus madres.

La temperatura de la madrugada va en aumento a medida que el sol va haciendo su aparición en el firmamento y las titilantes gotas aperladas de rocío, temblorosas sobre las hojas de los árboles, se van disolviendo en la nada.

¡Va a empezar la ordeña!

En muchas estancias no se acostumbra, porque los terneros se *descrían*,[21] pero el ordeñar tiene la ventaja de que, con el manoseo de las ubres, la vaca se amansa más rápidamente.

El patrón ha dado la orden de trabajo y ya los mozos están en movimiento. Descuelgan de los garabatos del galpón sus lazos y sus maneas[22] bien ensebadas y se dirigen al corral.

El mayordomo distribuye al personal de acuerdo al trabajo a efectuar:

—Juanito a la tranquera… y no vayas a dejar pasar dos vacas juntas… mucho cuidado porque hay algunas muy bravas. Moye y Pancho, agarren sus lazos, sus maneas y se meten al chiquero a ordeñar. Ricardo y yo nos encargamos de enlazar a esas más cimarronas.

Cada uno se dirige a su puesto del deber. También doña Eduviges ya ha despertado a Rosita y entre bostezo y bostezo se dirigen a juntar el fuego en la cocina, donde se encuentran con los perros tigreros[23] que todavía duermen, acurrucados sobre las tibias cenizas.

—¡Fuera de aquí, perros ociosos! –exclama al verlos–. ¡Rosita, dejá de peinarte que no vas a ir a ninguna fiesta y vení a ayudarme!

---

20 NE: Pantano o lodazal lleno de arbustos, originado por “ojos de agua”, brazos de ríos, arroyos o lagunas (Chávez, *op. cit.*).

21 NE: Crecen desnutridos.

22 NE: Sogas para amarrar a las reses

23 NE: Perros de caza.

Y el ajetreo en la cocina también comienza.

Mientras tanto, en el corral, los baldes llenos de espumosa y blanca leche son vaciados rápidamente en una gaveta grande de madera que está colocada afuera, para evitar accidentes.

—¡Eche, eche, eche! –se escucha la voz de Juanito, que con un palo a manera de lanza hace pasar las vacas que el patrón arrea después de escoger entre las que se ven con las ubres más cargadas.

—¡Bueno carajo, atrás si no quieren palo! –les dice, mientras golpea en la cara a las que, al escuchar el llamado lastimero de sus hijos, se impacientan por alimentarlos.

Una fracción de segundo bastó y una vaca, bastante brava, atropella al cuidante dándose previamente impulso para iniciar su carrera desesperada. Con una agilidad asombrosa, Juanito apenas puede esquivar la embestida del enfurecido animal. Cuando recobra el equilibrio empieza a gritar:

—¡Cuidao que se pasó la cariblanca!

José Moye y Francisco Semo, que muy tranquilos se encuentran en cuclillas ocupados en su tarea específica, al escuchar los gritos del cuidador de la tranquera miran a ese lado y ven a la cariblanca que se les viene encima buscando alguien en quien desquitar su rabia. Apenas tienen tiempo para salir en loca carrera a refugiarse en lo alto del corral, mientras la vaca atropella un balde de leche, embiste a la vaca que está maneada haciéndola caer y solo se va calmando cuando siente que su hijo empieza a amamantarse a cabezazo limpio.

—¡Déjenla un rato hasta que se calme! –instruye el mayordomo cuando quieren separarle el ternero–. Más bien enlácenla y que pase otra… ¡Ustedes vuelvan a sus puestos que ya pasó el peligro!

Apenas entra la overa colorada, del grupo de menores sale un ternerito del mismo color. Pancho manea a la vaca rápidamente sin necesidad de colocarle el lazo al cuello, ya que es de las más mansas. Agarra al ternero de su boca y lo obliga a mamar de otro pezón, luego de otro y así sucesivamente, a fin de que la vaca suelte la leche. Después pone una guasca al cuello del ternero separándolo para poder ordeñar, dejando un pezón sin tocar para que el hijo tenga también su parte de alimento.

—¡Oye, Ricardo! –llama Pancho–. A esta guacha hay que curarle la gusanera del ombligo. ¿Podés hacerlo?

—'Ta bien –responde el aludido–, apenas se canse de chupar me encargo de curarlo… Mientras tanto voy a traer el *churuno*[24] con creolina.

---

24 NE: Utensilio hecho de calabazas grandes que se abren por un lado para transportar agua o guardar miel.

Cuando el ternerito se siente satisfecho de su alimento, Ricardo aprovecha para amarrarlo y después de limpiarle bien la herida infectada le va aplicando creolina Pearson inglesa, usando una pluma de garza. Al verlo, tan concentrado en su trabajo, don Marcial le dice:

—Ricardo, ¿vos sabés cómo se curaba antes la gusanera de los terneros?

—No, don Marcial –contesta el peón.

—Cuando yo trabajaba en una estancia a orillas del lago Rogaguado había un tipo especial que curaba mediante secretos, que le habían sido confiados por su padre y que se transmitían de generación en generación. Nunca pudimos saber cómo lo hacía, pero con rezos, brujerías y aplicándole jumbacá[25] a las heridas sanaba a los terneritos. Y cuando algún caballo se enfermaba de cólico o se le hinchaba la barriga hacía una cruz con la crin del animal y se la colgaba de la cola mientras rezaba y maldecía. Luego le daba una patada a la panza del caballo y cobraba por la consulta.

El patrón se dirige al mayordomo diciéndole:

—Marcial, estoy queriendo capar a ese torillo hosco y al hijo de la cariblanca pa' tener una yunta de bueyes grandes. Vos, que tenés buena mano, ¿podrías hacer el trabajo?

—No, patrón –responde el mayordomo– no es conveniente hacerlo ahora porque la luna está muy delgadita, pero apenas engruese un poco puedo caparlos. Si lo hacemos ahora se desangran y se mueren. Además hay que esperar a que ventee un poco, mejor si llega un surcito[26] pa' que se lleve a todas las moscas y no haiga el peligro de que se agusanen. Yo estoy también esperando esas condiciones pa' capar el potro nuevo de Julio Teco.

—Bueno, si es así… ni modo –responde resignado el patrón– pero por lo menos aprovecharemos pa' señalar y carimbar los terneros nuevos, ya que los tenemos encerraos.

—'Ta bien, patrón, apenas suelten la teta los vamos a ir agarrando.

Las tareas en el corral siguieron hasta casi media mañana. A cada ternero se le coloca en la cara una marca pequeña llamada "carimbo" con los mismos signos que la marca del patrón. También se le corta la punta de la oreja izquierda haciéndole una muesca en forma de V, que igualmente sirve como señal. La oreja derecha es señalada con una doble V.

---

25 NE: Excremento reseco de ganado vacuno.

26 NE: Viento austral muy frío, que dura tres o cuatro días (Chávez, *op. cit.*).

—Marcial –dice Alfredo–, ¿vos estás de acuerdo con esto de ordeñar, sabiendo que los terneros se *descrían* por dejarlos sin leche?

—Mire, patrón –contesta el mayordomo– yo creo que pa' que se amansen las vacas hay que ordeñarlas, pero solamente quince días y largarlas otros quince días pa' que el ternero se recupere. Eso sí que hay que *vaquear* todos los días, o día por medio, pa' que el ganao sepa de corrales y no tenga miedo a la gente. Pa' poder controlarlo y amansarlo, hay que hacer nuevos puestos que tengan entre quinientas a mil cabezas cada uno.

—Eso sería interesante, pero el ganao se mezcla todo el tiempo y va a ser difícil saber cuál es de cada puesto. Tal vez cuando se pueda comprar alambre barato y se separen los puestos con alambradas se pueda hacer eso.

—No, patrón –le interrumpe don Marcial–, el ganao es inteligente y en poquito tiempo se aquerencia en su puesto. Lo único que hay que hacer es encerrar a los terneros, y las vacas se acostumbran a buscarlos cada tarde. Con los machos, a punta de *vaquea* se consigue también aquerenciarlos. Y cuando llegue la inundación, como todo el campo se inunda, lo único seco es el puesto así que el ganao duerme cerca del corral y así se va acostumbrando.

—Y volviendo a la pregunta que te hice –dice Alfredo Añez–, ¿vos estás de acuerdo con la ordeña?

—Sí, patrón, siempre que se largue a las vacas un tiempo pa' evitar la mortandad del terneraje que se debilita por falta de leche. La ventaja de la ordeñada es que se hace queso y, en algunas estancias, mantequilla, que sirven pa' vender en el pueblo y con esa plata pagar los gastos que hay en cada establecimiento.

—Yo también pienso así –contesta Añez– y de ahora en adelante así se va a hacer en El Chiverío… Más adelante haremos un nuevo puesto. Creo que el sitio más conveniente va a ser en la Isla del Aceite. Es una loma bien alta y está libre de inundaciones. Eso sí… hay que tumbar algunos árboles pa' limpiar el trecho donde se van a hacer las casas y hay que dejar los más coposos dentro del corral pa' que den sombra a los animales. Los corrales los haremos de madera dura…

Y mientras se señala a los terneros nuevos, se hacen planes para instalar nuevos puestos a medida que vaya aumentando el número de cabezas de ganado.

Cuando termina la ordeña y la señalización de terneros, se abre la tranquera principal y el ganado va saliendo en forma desordenada, atropellando en su carrera a los más débiles.

Una hora después, Ricardo, designado ese día como pastorero, sale montado a caballo llevando a los terneros para que tomen agua y vayan

aprendiendo a comer pasto en la pampa. Hay que vigilarlos para que no se junten con sus madres.

Ya el sol está declinando, por lo que Ricardo calcula que es más de mediodía, cuando llega al chiquero con todos sus protegidos. Mejor dicho, con todos menos uno, ya que no supo en qué momento una víbora cascabel mordió a uno de los terneritos que al poco rato cayó, expirando rápidamente ante la impotencia del pastorero. Inmediatamente se va a darle parte al patrón:

—Perdone, patrón, pero la víbora le picó a un ternerito… En el *curiche* de los lagartos hay mucha víbora y da miedo pasar por ahí.

—La única solución –dice Alfredo– es que te vayas con Moye y le prendan fuego a la pampa que ya está bastante seca. Observen bien de qué lao está soplando el viento pa' que no se nos venga el fuego hasta aquí y nos queme las casas y los corrales.

—'Ta bien, patrón, apenas almuerce me voy a prenderle fuego a la pampa.

Al poco rato se escucha el chisporroteo de la paja seca que arde en lenguas de fuego y que con ayuda del viento se va propagando rápidamente. En la pampa se oye la voz de alerta de las aves, que en forma angustiosa hacen conocer a los demás el peligro que se avecina. Los *piyus*[27] y las hurinas corren desesperadamente buscando salvarse de morir achicharrados. Muchos no lo consiguen y sus cuerpos quedan carbonizados entre el pasto quemado.

Las aves de rapiña, apenas sienten el calor del incendio en el ambiente, se dirigen inmediatamente a vigilar el avance de las llamas y esperar pacientemente a sus víctimas, ratones y víboras, que por huir del fuego caen fácilmente entre sus garras.

Para el ganadero, la quema de los pastos le trae, fuera de la renovación del verde de sus campos, la ventaja de liquidar casi totalmente el peligro de las víboras, además de que en los campos quemados muy pocas veces se presentan pestes y epizootias.

Y mientras la pampa es un infierno, Juanito Nojune, con su filo cuchillo amarrado en la punta de un *curi*,[28] se dedica a cortar hojas de totaí[29] para, después de picarlas, dárselas a los caballos como refuerzo de su alimentación. Tarareando un taquirari, se va alejando de la casa

27 NE: Avestruz amazónico.

28 NE: Variedad de bambú delgado.

29 NE: Palmera de contextura mediana abundante en tierras bajas, de tallo recto, cilíndrico y con espinas. En la parte tierna del tallo se puede encontrar el palmito, que contiene agua dulce y potable.

en busca de mayor cantidad de alimento para la caballada, siguiendo la senda hacia el río y observando a todos lados.

De repente, se queda paralizado de emoción ante el espectáculo que se le presenta: a orillas del río, lavando ropa, se encuentra Rosita, quien tal vez por comodidad o para combatir el excesivo calor se ha desnudado completamente. Abstraída en su trabajo no siente la presencia del joven. Pasado el primer momento de estupor, este se ha ido acercando silenciosamente admirando la belleza de la muchacha. Al pisar una rama seca, delata su presencia y Rosita se da vuelta asustada. Instintivamente cubre sus senos con las manos en un gesto de pudor, pero tiene que retirarlas nuevamente para buscar alguna ropa que cubra un poco su desnudez, acentuada aún más por la mirada libidinosa del joven que no atina a decir nada. Lentamente, sigue acercándose hasta estar junto a ella, que lo mira confusa, asustada y paralizada por las circunstancias.

Armado de coraje, Juanito la toma entre sus brazos sabiendo que no iba a ser rechazado porque ha leído en su mirada que ella también está enamorada de él. Un beso largo sirve de ceremonia a la unión de estos dos seres que no necesitan notario ni cura para formar un nuevo hogar. El rumor del río es una marcha nupcial y el trino de las aves acompaña la dulce melodía del amor.



Cuando las últimas luces del día se pierden en el horizonte, ya en la estancia El Chiverío los peones han comido su majadito, después de haber tomado su baño en el río, y se encuentran reunidos contando cuentos, anécdotas, chistes o algo que haga pasar el rato antes de encontrar el ansiado descanso, cumplida una jornada más de arduo trabajo.

Durante la cena, Rosita no pudo atender en el comedor porque se sentía indispuesta, por lo que doña Eduviges tuvo que hacer de cocinera y copera a la vez. El rostro de Juanito desborda de alegría y, apenas los demás se retiran de la mesa, no puede contenerse de exclamar:

—Doña Edú, usted es la primera que lo va a saber… desde mañana quiero pedirle permiso al patrón pa' hacer otra casa y separarme del grupo, pa' formar una nueva familia.

—No necesitás contarme nada, grandísimo sinvergüenza –le dice la mujer queriendo mostrarse seria, pero conteniendo la risa–, sin necesidad de verlo ya lo sé, y ahí está Rosita que no puede levantarse a ayudarme, enferma pero radiante de alegría. Lo único que quiero aconsejarte, como responsable que soy de la chica, es que la hagás feliz… que seás siempre

trabajador y valiente pa' que no le falte nada… ella también te ayudará mucho porque sabe hacer todo en la casa… ¡No es a dedicarse a la botella! ¡Cuidao con el trago porque eso arruina los hogares!… y cuando comiencen a llegar los pelaos ya la situación mejora, porque entonces hay una razón más grande por la cual seguir sufriendo las penas que nos da la vida.

Larga fue la aconsejada que recibió Juanito sobre lo que tenía que hacer para formar su nuevo hogar.

—Y por último –dice la mujer– pa' la fiesta del Santo San Ignacio vamos a ir al pueblo pa' que el señor cura los case como Dios manda. Pa' esa fecha le pedís al patrón que te ajuste tu sueldo porque de allá hay que traerse muchas cosas que siempre hacen falta pa' vivir solos.

—Muchas gracias, doña Edú, por sus consejos y su ayuda. Usted también tiene que alistarse porque va a ser la madrina y, si me acepta, el patrón va a ser el padrino.

Y despidiéndose de doña Eduviges se dirige al galpón grande, donde los demás lo esperan para felicitarlo y festejar con una media de alcohol que tiene guardada Pancho por si alguien se resfría. ¡Todos conocían su secreto!

Mientras tanto, en la casa del patrón, este charla animadamente con el mayordomo sobre las novedades que había escuchado durante su permanencia en Trinidad:

—…Y después de sufrir durante diecisiete días todas las peripecias que uno se puede imaginar, llegaron a Chulumani, donde dejaron que el ganado recupere un poco su peso. Ese Nogales es muy audaz pa' animarse a transitar por esa senda. Salió de San Borja con ochenta cabezas y perdió cuarenta y seis en esa infernal caminata.

El mayordomo escucha absorto el relato, ya que durante toda su vida como estanciero los mercados tradicionales del ganado beniano han sido siempre Santa Cruz y el Brasil, en su área amazónica. Es la primera vez que escucha nombres como Quiquibé, Huachi y Chulumani.

—…Se quedaron cinco meses en Chulumani y cuando el ganado engordó un poco lo llevaron a La Paz, donde se encontraron con el mercado abarrotado de ganado peruano. Como no podían esperar más tiempo y a fin de no perder el capital invertido, tuvieron que vender a crédito y al precio que les impusieron los matarifes paceños. Yo creo que con esta experiencia no la vuelven a hacer, hasta que el gobierno dé un impulso a la comercialización de la ganadería beniana. Esta ayuda podría ser imponiendo un fuerte arancel aduanero al ganado que ingrese a Bolivia ya sea del Perú, de Chile o de la Argentina y además construyendo como primera prioridad nacional el camino Chulumani - San Borja. Con un buen camino se puede competir con el ganado extranjero que cuesta de 120 a 150 Bs en La Paz, mientras que por un novillo nuestro, de cuatro

años, nos pagan para llevar al Brasil o a Santa Cruz apenas 20 Bs puesto en San Ignacio o sus alrededores. Según lo que contaban en Trinidad, a los arreadores se les paga 20 Bs por cada cabeza que llega a Chulumani y allí cuesta 5 Bs el "inverne" de cada novillo, más otros 5 Bs la arreada hasta La Paz. Resulta que, si se lleva con cuidado, el ganado vale 50 Bs puesto en La Paz.

El mayordomo le interrumpe:

—Oiga, patrón, o sea que, por lo que me cuenta, muy pronto ya no vamos a depender solo de vender cueros dejando la carne pa' banquete de los *suchas*.[30]

—Así es –dice Alfredo– siempre que los encargados de la construcción de caminos tengan el presupuesto necesario y cumplan con su trabajo eficientemente. Lo malo es que la experiencia nos ha enseñado que eso va a ser muy difícil de ver… pero, ahora que me acuerdo, he traído un periódico que leí en Trinidad donde se habla de llevar carne en avión.

—¿En avión? –exclama absorto don Marcial.

—Sí, en avión –responde Añez– y aunque es un proyecto muy audaz yo creo que podría ser una solución, aunque un poco más cara que llevar el ganado arreando… Esperá un poco, voy a buscar ese periódico que lo tengo en el cajón de mi mesa.

Y mientras Alfredo Añez se levanta para buscar el documento prometido, don Marcial se queda pensando en qué cosas más se inventarán para acortar las distancias entre los pueblos. No se puede explicar cómo podían hacer para que un aparato de fierro pueda volar igual que los pájaros. Una vez, cuando estuvo en Trinidad, se dio el gusto de acercarse a una de esas máquinas volantes, incluso se permitió tocarla para ver si era de fierro como decían. ¡No encontraba una respuesta! "Son cosas de los gringos", le habían dicho. Y pensar que ahora quieren llevar carne en uno de esos aparatos. ¡Es algo increíble! ¡Qué cosas más irán apareciendo!

Alfredo le cortó el vuelo de su imaginación:

—Aquí está… es un número del periódico *La Patria* del 16 de marzo de 1932… y este es el artículo que te decía. Está firmado por mi amigo Nataniel García Chávez y se titula: "El porvenir del Beni está en la ganadería y en su agricultura. El factor mercado es la incógnita a resolver".

"La crisis producida por la baja en el precio de la goma, sin ninguna posibilidad de reacción, ocasionó que el mercado brasileño para la ganadería beniana se cierre por completo…

…"La mirada se debe volcar hacia la comercialización en los mercados del altiplano boliviano. Pero, ¿por dónde llevar ese producto si la montaña

30 NE: Buitres negros.

aún no está vencida, con caminos transitables? La senda que existe entre Chulumani y San Borja, para unir La Paz con el Beni ocasiona la pérdida de más del 50% del ganado que algún audaz se atreve a arrear por esa vía.

"Es por este motivo que los industriales ganaderos del Yacuma tratan de establecer un Sindicato, bajo sólidas bases de solidaridad y de recursos, con el propósito de formular un contrato con el Lloyd Aéreo Boliviano, para establecer un intercambio de productos con las plazas del interior de Bolivia, en las siguientes condiciones:

"1º. Los ganaderos del Yacuma se comprometen a pagar al Lloyd, Bs 1.000 por cada viaje de un avión trimotor con capacidad de 4.000 kg.
"2º. El contrato sería firmado por 200 viajes anuales, que si calculamos en 160 kg el peso de cada novillo, tendríamos 25 cabezas por viaje o sea 5.000 anuales.
"3º. El aparato debe estar provisto de cajas frigoríficas necesarias para la conservación de las carnes.
"4º. El Lloyd tendría a su favor el servicio de carga y pasajeros en los vuelos de retorno, dejando solamente 20 viajes anuales para uso de los ganaderos.

"Haciendo cálculos aproximados vemos que la empresa aérea, trabajando en condiciones normales, tendrá una utilidad líquida de Bs 41.000 anuales, fuera de los vuelos de retorno, como sigue:

	Debe	Haber
Costo aproximado del avión Junquers trimotor, capacidad 4.000 kg	Bs 100.000	
Sueldo del piloto y mecánico a Bs 10.000 cada uno	Bs 20.000	
Gasto anual de combustible, aprox.	Bs 20.000	
Seguro anual del avión	Bs 10.000	
Intereses sobre el costo del avión 9% anual	Bs 9.000	
Pago por 200 viajes anuales a Bs 1.000 cada uno		Bs 200.000
Utilidad neta del Lloyd por año	Bs 41.000	
Sumas iguales	Bs 200.000	Bs 200.000

"A partir de estos cálculos aproximados se evidencia una utilidad neta del Lloyd, quedando además amortizado el avión, al cabo de un año de servicios.

"Mientras tanto, nuestra palabra de franco aplauso a los industriales del Yacuma, por su iniciativa, que bien merecería el apoyo de la representación legislativa."

Cuando Alfredo termina de leer tanta cifra y tanto dato, el mayordomo, conteniendo un nuevo bostezo, le dice:

—Mire, patrón, yo no entiendo todo eso que ha leído, pero creo que si encontramos dónde vender carne todo va a mejorar en nuestra región.

—El problema radica –dice Añez– en que, según comentan en Trinidad, el Lloyd Aéreo Boliviano no va a poder firmar ese contrato porque, si se declara la guerra con el Paraguay, cada día la situación empeorará en el frente de batalla y es muy posible que hasta se suspenda el servicio aéreo con el Beni porque los aviones tendrían que ayudar en la guerra.

—Y usted, patrón, ¿se arriesgaría a mandar carne sabiendo que se puede caer el avión o si hay mal tiempo y no sale el avión, se puede echar a perder?

—La verdad –dice Alfredo, después de pensar un buen rato– es que yo me arriesgaría… pero no lo voy a hacer porque mis planes son otros. Yo quiero incrementar el número de hembras lo más rápido posible y con la sal que he traído vamos a dedicarnos a hacer charque de todos esos cerriles que por ahí andan sueltos, y más lo que consigamos de la venta de los cueros que ahora están pagando a 85 centavos el kilo, nos alcanza pa' los sueldos y gastos de la estancia. Los víveres como arroz, maíz, yuca y plátanos los tenemos ya en el chaco. Muy pronto tendremos también azúcar y, como ves, no falta nada pa' poder vivir cómodamente y sin privaciones.

Y la verdad era que con tanto trabajo diario, cuando los peones regresaban del campo, solo pensaban en hacer descansar el cuerpo. Con tener los víveres necesarios para comer el locro y el majao de cada día, tener sus dos mudadas de ropa y de vez en cuando su botellita de alcohol para olvidarse de sus penurias, no pedían más. El peón de una estancia beniana no aspiraba a más porque, como no conocía otras comodidades ni otra forma de vida, lo poco que tenía le era suficiente para vivir feliz y sin preocupaciones. El sueldo casi nunca se veía. Cada fin de año, el patrón notificaba al Corregidor o a la autoridad más próxima para hacer el ajuste de cuentas de sus mozos. Cada uno de ellos presentaba su tarja de cuero donde tenía marcadas las semanas trabajadas durante el año. Por su parte el patrón presentaba las entregas a buena cuenta ya sea en ropa para la mujer y los hijos, dinero o alcohol que se le había entregado al peón. En la mayoría de los casos, el saldo en contra iba a aumentar la

cuenta anterior, por lo que los peones quedaban hipotecados de por vida y, cuando morían, la cuenta era heredada por el hijo mayor o dividida entre todos los hijos.

Y la sierra sin fin continuaba cortando con sus afilados dientes los sueños de progreso de quien se atrevía a querer cambiar la forma de vida que habían llevado sus padres y abuelos.

Datos históricos

Camino San Borja - Inquisivi. Sensiblemente, esta obra ha sido paralizada debido a la inesperada muerte de uno de los contratistas, que obligó al otro a rescindir el contrato que tenían suscrito con el Gobierno, después de haber trabajado 216 kilómetros. Sin embargo, este contratiempo no debe postergar indefinidamente la realización de la obra emprendida, cuya trascendencia es aún mayor si tenemos en cuenta que los pueblos del interior de la República, especialmente los del Departamento de La Paz, necesitan de ella para proveerse de ganado vacuno en vista de las restricciones que ha puesto el Perú a la internación de su ganado a Bolivia. No dudo que el Gobierno y, sobre todo, los representantes del Beni, buscarán los recursos que requiere la ejecución de esta obra, cuya conclusión no debe ser preterida por más tiempo.

Del informe que presentó el señor Lucas Saucedo Sevilla, prefecto del Beni el año 1929.

Han pasado dos semanas y el trajín diario ha sido casi el mismo. Unos ratos a cortar madera para los nuevos corrales, *vaquea* por la tarde, ordeña de madrugada, enlazada de ganado cerril, cacería de algún tigre[31] que osadamente se ha acercado hasta las goteras de la casa, marcación de ganado y señalización de terneros, construcción de galpones y, en fin, que cuando finaliza el día la gente solo ansía descansar después de estar todo el día con los riñones molidos, corriendo de un lado a otro sobre sus cabalgaduras.

Ese día se ha programado capar a los torillos destinados a vivir ungidos al yugo del carretón. Toda la noche anterior se ha escuchado el bramido de los toros, que encerrados en el corral hacen alarde de fuerza delante de las vaquillas casaderas. La luna llena ha brillado con todo su esplendor, tratando de igualar a la luz solar.

Todavía es de noche cuando se siente movimiento en la estancia. La actividad empieza con la ordeña. En el corral, la novedad es que se está estrenando el galpón de ordeña que se ha construido en el chiquero a fin de dar sombra a los terneritos que se quedan durante el día y para poder continuar ordeñando aunque amanezca lloviendo.

—¡Separen a las vacas que se han estado ordeñando durante estas dos semanas pasadas!... ¡Suéltenlas porque ya sus *guachas* fueron señalados y carimbados!... ¡Que se vayan con sus hijos! –ordena el capataz.

Carreras en el corral, sustos que dan las vacas más bravas, resbalones al tratar de eludir las embestidas, risotadas de los demás, acción y trabajo conjunto.

—¡Atájeme a este ternero porque tengo que caparlo ahora!... ¡Al hijo de la cariblanca, hombre!... –y siguen las órdenes–. ¡También vamos a capar a ese hosco grande!... ¡Juanito, alistá las *tacuaras* pa' encender el fuego y me traés la marca, el carimbo y mi cuchillo señalador que lo tengo colgado en la pared junto a mi hamaca!

En la estancia El Chiverío el único autorizado para capar los animales es don Marcial, que tiene mano de santo para esa faena.

—¡Ricardo!... –grita el mayordomo.

—Sí, don Marcial –contesta el peón, mientras se acerca a la zona de operaciones.

—¡Alistate pa' capar un guacha!... es necesario probar pa' saber si tenés buena mano. Vas a mirar cuando yo lo cape al cariblanco y vos le brincás al hosco. No sé si el patrón querrá que preparemos algunos otros novillos más.

31 NE: Forma coloquial de referirse al jaguar.

Y mientras van saliendo las vacas que están fuera de turno, acompañadas de sus hijos por la tranquera del chiquero, los mozos ya tienen completamente inmovilizado en el suelo al ternero escogido y don Marcial procede a operar como si fuera el mejor cirujano de la región.

—¡Patrón! –grita don Marcial, dirigiéndose a Alfredo Añez que absorto observa el ajetreo subido sobre el corral– ¿vamos a capar a algún otro torillo?

—Sí, Marcial –contesta el patrón, bajando del sitio en que se encuentra y encaminándose donde Ricardo se ensaya como aprendiz de cirujano– tenemos que preparar diez más pa' escoger después entre los que se desarrollen mejor.

—En ese caso, hay que escoger los más grandes –dice el mayordomo, y dirigiéndose a los otros peones ordena–. ¡A ver, muchachos!… ¡Agárrenme a ese bayo, a ese overo negro, al patas blancas, al colorao!…

Y los va eligiendo por su nombre o distintivo, ya que a todos los conoce de esa forma. Son como sus hijos adoptivos, ha asistido al bautizo de cada uno de ellos.

—¡Juanito! –ordena el patrón–. Andá, traé una olla pa' juntar todos los huevos de toro y se los llevás a doña Eduviges pa' que los prepare.

Ya todos saben que cuando hay capadura en la estancia el plato del día es huevos de toro asados al palo. Esa es una costumbre que aún perdura en todas las estancias y que se efectúa casi como una ceremonia tradicional, tal vez con la creencia de que así se está consiguiendo el vigor y la fuerza de los toros.

Cumplidas las labores con el manipuleo del ganado, la orden ha sido buscar y cortar los árboles de la madera más dura que se encuentre para preparar un corral que aguante más tiempo, ya que el que tienen está hecho de palma partida y es sabido que ese material no dura mucho.

Una vez ubicado el árbol adecuado, se lo abate a golpe de hacha y en ese mismo lugar, usando una azuela, se labra en forma lo más regular posible, luego se le hacen seis agujeros cuadrados para incrustar los travesaños que formarán el corral.

La ventaja que tienen es que la elevación de terreno donde han ubicado el establecimiento está junto al río Apere y en toda la orillera hay madera para escoger sin necesidad de alejarse mucho. Concluido el estacón, se lo traslada en carretón hasta el corral.

Ricardo Guayacuma y el mayordomo se encuentran frente a un frondoso árbol de *masaranduba*.[32] Después de mirarlo de abajo hacia arriba,

32 NE: Árbol de níspero, que alcanza hasta 35 metros de altura.

alistan sus herramientas para iniciar la tarea por turnos. Cada diez hachazos cambian de lugar hasta que después de debilitar lo suficiente el tronco ven que el peso de las ramas acelera la caída estrepitosa del árbol.

Sudorosos, se sientan sobre el tronco vencido y el mayordomo comenta:

—¿Has visto anoche el grosor de la luna?

—No, don Marcial, no me fijé –contesta Ricardo, extrañado por la pregunta.

—Siempre que salgás a cortar madera o cuando tengás que capar a algún animal, lo primero que tenés que fijarte es que no sea luna nueva porque a esa madera le entra el *turiro*[33] rápidamente o, si no, se pudre, y cuando se capa un torillo o un potro estando delgada la luna, seguro que el animal se desangra y muere.

—Yo no sabía eso –dice Ricardo, y después de callar un rato, continúa–. Oiga, don Marcial, me gusta charlar con usted porque uno va aprendiendo tantas cosas de la vida en el campo que algún día me van a servir pa' poder mejorar de situación.

El mayordomo adopta un aire paternal y dice:

—El cambio de luna es muy importante pa'l que vive en contacto directo con la naturaleza. No se debe lavar ropa en esos días porque se pica y rápidamente se vuelve *chirapas*.[34]

Y continúa entusiasmado:

—Si la luna está con ruedo y aparece *daleada*[35] un poco hacia el Norte es señal de que caerán mangones,[36] en cambio, cuando está completamente *daleada* al Norte se dice cántaro lleno y es señal segura que al día siguiente amanece lloviendo fuerte. También llueve cuando hay luna nueva, salvo que sea una sequía extraordinaria en los meses de julio o agosto, pero en los otros meses del año la luna nueva es esperada para favorecer los chacarismos[37] con buen riego. Y hablando de chacos… trasplantar o sembrar sin fijarse en el cambio de luna, seguro que es trabajo en vano. ¡La luna tiene mucha influencia en nuestra vida!

Ricardo lo escucha con la atención de un alumno que admira las enseñanzas de su maestro. Y es que las cosas de la vida campesina no están escritas en ningún libro, se enseñan de padres a hijos, desde tiempos muy remotos.

---

33 NE: Termita.

34 NE: Prenda de vestir muy gastada.

35 NE: Uso coloquial del adjetivo ladeada.

36 NE: Lluvias pasajeras, de verano.

37 NE: Sembradíos.

—Bueno –dice don Marcial– ya está bueno de charla y a seguir con el trabajo. Hay que medir 15 cuartas pa'l tamaño de cada estacón y después de que esté labrao le abriremos los ahujeros. Solo hay que labrar diez cuartas y lo demás queda al natural. A esa parte se le da una quemadita de su cáscara pa' que sirva pa'l entierro.

—Va a quedar lindo el corral con esta madera tan dura –piensa en voz alta Ricardo mientras hace vibrar su hacha en el sitio marcado de la tronca– así los toros no van a poder romperlo tan fácilmente.

Cuando escuchan los gritos del carretero, cada pareja de hacheros colabora para que su obra de arte se traslade hasta el corral. Después salen hacia la estancia a recibir nuevas órdenes, almorzar y seguir trabajando por la tarde.

Al llegar encuentran al patrón ocupado en atender a unos viajeros que han llegado a caballo. Se trata del ingeniero Raúl Peró acompañado por el topógrafo Enrique Lenz, que están dedicados a la apertura del camino San Borja - Huachi que es el tramo que aún falta mejorar para unir Trinidad con La Paz.

—¿Así que muy pronto tendremos camino bueno hasta La Paz y se podrá arrear ganado sin mucho riesgo? –pregunta Añez.

—Bueno, yo espero que, si hay suficiente presupuesto este año y el próximo, para fines de 1933 podremos concluir el camino de herradura, pero con características de carretera –contesta el ingeniero Peró, Seccional de la Comisión de Caminos que se encuentra de paso por la estancia y con destino a Trinidad.

Entusiasmado por la hospitalidad recibida, trata de explicar los alcances y la importancia de su trabajo.

—…Y ya tenemos estacados los primeros 54 kilómetros desde San Borja, o sea más o menos la tercera parte del camino San Borja - Huachi. Desde ahí pasando por La Asunta se llega por un camino de condiciones regulares hasta Chulumani y La Paz. Este nuevo trazo va por terrenos más firmes y hemos evitado así el paso por tres cerros del antiguo camino: Mercedes, Tonoy y Emey, que tienen condiciones geológicas muy difíciles de vencer en forma definitiva por ser muy erosionables.

—¿Y qué tiempo lleva ya esta construcción? –vuelve a preguntar Añez, después de haber escuchado atentamente la explicación.

—Como empleado de la Comisión de Caminos solo hace dos años que estoy en este trabajo, pero ya antes estuve trabajando con los contratistas Rodolfo Ibáñez y Elías Sainz que se adjudicaron la apertura de este camino el año 1923.

La explicación es interrumpida por la llegada de Rosita quien, charola en mano, ofrece un cafecito, bien cargado y caliente.

Mientras saborean la deliciosa bebida, Añez aprovecha para decir:

—Mis felicitaciones, ingeniero, por la labor que están efectuando. Si este camino se hubiera construido unos veinte años atrás, no estaríamos en las condiciones de aislamiento en que nos encontramos ahora. Con lo que el mercado del norte se ha cerrado pa' la ganadería, por la baja del precio de la goma, es que se nota más la necesidad de tener un camino hacia el altiplano.

—Don Alfredo –contesta humildemente el ingeniero Peró–, nosotros lo único que hacemos es cumplir con nuestro deber. Ese es nuestro trabajo y tratamos de hacerlo lo mejor posible, no obstante las limitaciones económicas de nuestra oficina.

La conversación continúa durante el almuerzo, y por la tarde invitan a los viajeros a que los acompañen a recorrer la hacienda mientras efectúan la *vaquea* del ganado.

Los carretones con los instrumentos y los víveres salen ese mismo día, con la orden de esperar en San Ignacio, y al día siguiente los técnicos de caminos continúan viaje a caballo, rumbo a Trinidad.

En El Chiverío dejan la semilla de la esperanza de que muy pronto ya se va a vincular al territorio beniano con el resto de la República. Grandes planes se hacen entre los habitantes de la estancia, inclusive ya se habla de lo que harán cuando, arreando una partida de ganado, lleguen hasta La Paz.

Sueños, sueños… ninguno sabe que aún falta mucho tiempo para ver sus sueños convertidos en realidad.



—¡Jía, jía! –se oye la voz del carretero, mientras azota con su largo chicote al *buey madrina*[38] para que haga girar el carretón hacia la derecha.

—¡Utsa, utsa! –dice al azotar al *buey novillero*[39] para que empuje a su compañero de yugo obligando a torcer hacia la izquierda, evitando así

38 NE: Buey ya amansado para tirar del carretón; se lo unce al yugo al lado de otro todavía no acostumbrado a esta labor (Ciro Bayo, *Vocabulario de español-criollo sudamericano*, Madrid: Librería de los Sucesores de Hernando, 1910).

39 NE: Buey atado recientemente al yugo; va a la izquierda del Buey Madrina (*ibid.*).

los inmensos hormigueros que se encuentran al borde del camino, que la mayoría de las veces ocasionan el vuelco del carretón.

Don Marcial ha quedado solo en la estancia y todos caminan hacia San Ignacio. Las mujeres viajan un rato en el carretón, pero los continuos bamboleos y el ir todo el tiempo con el Jesús en la boca las obliga a caminar junto a los demás. Llevan los patos y pollos necesarios para el matrimonio de Juanito Nojune y Rosa Masapaija, oriundos de Trinidad y San Ignacio respectivamente pero aquerenciados en la región del río Apere. Ya Juanito tiene cultivada la hectárea de plátanos que se exige a todo varón que desea contraer matrimonio y Rosita ya tiene tejida su hamaca de algodón.

Esta vez no se ha cumplido la tradición de que son los padres quienes eligen al pretendiente de su hija y después de las explicaciones de doña Eduviges, a quien le encomendaron la custodia de la muchacha, se aprueba el matrimonio que debe efectuarse aprovechando la llegada del sacerdote para solemnizar la fiesta patronal.

Ese día la actividad del cura será agotadora porque debe celebrar once matrimonios y 45 bautizos.

Después de la misa, cada una de las novias debe ir sola a la parroquia a recibir la instrucción matrimonial, y luego Juanito y Rosita, acompañados de sus invitados, se dirigen a la casa de los padres de la novia.

Hay una sábana colocada a manera de telón que oculta una mesa. Delante se colocan los novios a recibir sus regalos consistentes en gallinas, chanchos, huevos o algunos otros alimentos, dependiendo su valor del grado de amistad o parentesco que se tenga con el invitado. Dos muchachas van recibiendo y colocando los regalos en la mesa escondida.

Por todos lados circula la *chicha patacada*,[40] guardada especialmente para la ocasión. También hay chicha de camote fermentado.

—¡Pueden pasar a la mesa! –se oye una voz invitando a salir al patio donde en una larga mesa con manteles blancos se ofrecen pollos, patos al horno, yuca, carne asada y el infaltable jate con majao de charque y arroz.

El jate se prepara con dos partes de yuca cruda rallada, una de yuca cocida molida en tacú,[41] y sal a gusto. Se mezcla todo hasta formar una masa a la que se le da forma de platillo con las manos previamente impregnadas con manteca y, por último, se hace cocer esta masa moldeada en un tiesto caliente, dejándola dorar por ambos lados, para que sirva como envase comestible.

40 NE: Chicha de yuca cocida, masticada y macerada.

41 NE: Mortero hecho en troncos excavados.

Para preparar el majao ignaciano se hace cocer el charque hasta que ablande, se lo muele y se lo deshilacha. En el agua donde hirvió el charque, se colocan las hilachas y se aumenta arroz y manteca.

Durante la ceremonia, Rosita había lucido un tipoy blanco con blondas también blancas, y ahora para sentarse a la mesa se ha cambiado por uno color rosado y adornos rojo vivo. ¡Está radiante de felicidad!

El novio luce un terno negro, que el patrón le ha conseguido entre sus amistades de San Ignacio, y una corbata roja. No se ha quitado el sombrero sino para entrar a la iglesia. Después del almuerzo, el tipoy de la novia es color mordoré[42] con cintas lila pálido.

La fiesta se suspende a las seis de la tarde y todos se van a dormir la borrachera, tranquilos y contentos, para poder aguantar los tres días que duran los festejos.

Doña Eduviges también se alegró tomando algunos vasitos de chicha, aunque siempre con la suficiente moderación como para no tener que sufrir de su acostumbrado ataque al hígado. Ya se había acostado, cuando fuertes golpes en la puerta la hicieron saltar de la cama.

—¡Doña Edú, levántese! ¡Rápido, que se muere! –grita su comadre Rosaura.

—¡Ya voy, ya voy! –contesta mientras abre la puerta y, al reconocer a su comadre, continúa– espere que termine de vestirme y voy con usted.

—Es mi hija, doña Edú, que se muere –explica la afligida mujer.

—¡'Ta bien! ¡Vamos!

Al llegar a la casa pasan directamente hasta el cuarto donde una muchacha se encuentra agonizando. Una gran mancha de sangre da una idea de la hemorragia que tiene la enferma. Toda esa tarde había estado haciendo esfuerzos para dar a luz infructuosamente.

Rápidamente, doña Edú apoya su oído sobre el voluminoso vientre de la enferma para luego levantar la cabeza lentamente, mientras exclama:

—Creo que ya es tarde, comadre, porque la criatura está muerta y la hemorragia ha sido muy fuerte. Dios dispone las cosas a su manera por alguna razón, solo que da rabia que se lleve a una muchacha que apenas está empezando a vivir y no se lleve a una vieja como yo que está cansada de ver tanto sufrimiento en este mundo. ¡Tiene que tener valor, comadre!

Y mientras las dos mujeres se abrazan, llorando, la joven deja de sufrir.

42 NE: Galicismo que significa de color morado rojizo.

Pasado el triste momento, doña Eduviges se queda a colaborar en la preparación del cuerpo de la muerta.

—Hay que amasar el cuerpo usando puños y rodillas pa' que su alma salga completamente del cuerpo –ordena la anciana, mientras prepara una pequeña cruz de chala de maíz, luego continúa sus instrucciones:

—Esta crucecita debe amarrársele al dedo gordo del pie pa' evitar que su alma quede vagando en la tierra y lograr que se vaya directamente al cielo. Después hay que barrer cuidadosamente toda la casa y por último me traen un chicote pa' darle guasca a la escoba pa' que el alma de la muerta no se quede entre las hojas de la escoba de motacuchí.

La bebida que sobró del matrimonio sirve para invitar en el velorio, alternando con tacitas de aromático café ignaciano y *maitos* de cigarros del país.

A las cuatro de la tarde del día siguiente se llevan a la muerta al cementerio envuelta en una hamaca, pero cuando están por colocarla en la fosa preparada, se adelanta la madre y exclama:

—¡Un momento! ¡A mi nieto no lo entierran bárbaro! ¡Bajen un rato a mi hija!

Los dos mozos, que sostienen a la muerta en una larga *tacuara*, la colocan en el suelo mientras la madre saca un cuchillo de cocina de entre sus ropas y procede a abrir el vientre para sacar a la criatura muerta.

Un grito de horror sale de algunas mujeres que acompañaron el féretro, mientras se retiran asustadas.

La mujer, con la criatura muerta en sus manos, llama a un amigo de la familia para que proceda a la ceremonia de echarle agua a manera de bautizo *post mortem*, quedando como padrino.

Uno de los presentes pasa una botella de alcohol y después de brindar por el alma del niño todos se retiran tranquilos, seguros de que tendrá un espacio en el cielo o por lo menos en el purgatorio.

Noticias de la prensa nacional

El año pasado la Junta Central de Caminos autorizó la inversión de 300 jornaleros de la prestación vial, para el verificativo de una nueva picada en la sección del camino San Borja - El Huachi, sobre el camino que conduce al pueblo de Chulumani del Departamento de La Paz; desgraciadamente la instrucción llegó cuando el señor Pastor Roca, persona encargada de la dirección del trabajo, ya había partido en su anual viaje conduciendo ganado a esa región.

Sabedor el Prefecto del Departamento, doctor Saucedo Sevilla, de que el señor Roca había llegado a Santa Ana, instruyó su venida a esta ciudad. En efecto, el señor Roca estuvo entre nosotros, siendo su viaje enteramente fructífero.

En sesión plena de la Junta de Caminos, relacionó sus trabajos de comunicación con el Departamento de La Paz, iniciados poco más o menos en 1914, dando importantes indicaciones para asegurar la comunicación permanente por aquella zona. Por último, hizo cálculo de recursos para emprender un trabajo serio, indicando la duración de estas labores en dos o tres meses.

Oída con todo interés la información, la Junta decidió destinar la prestación vial del cantón San Borja y sus alcaldías, al trabajo de ensanche del camino, bajo la inmediata dirección del mismo señor Roca, quien aceptó el patriótico cometido, expresando que él no pedía retribución alguna, dejándola librada al Poder Público, cuando vea el fruto de sus esfuerzos; además se destinó el producto en dinero de toda la Provincia del Yacuma. Se nombró como representante de la Junta de Caminos para el estricto cumplimiento de sus acuerdos al señor Ángel Roca, como inspector de los trabajos. Se dispuso, además, por la Junta, que los señores Roca dispondrían del concurso vial por los años 1929-1930 y 1931 con cargo de rendición de cuentas.

La Junta Central de Caminos entregó al señor Pastor Roca cien piezas de herramientas diferentes para los trabajos que se le han encomendado, con cargo de distribución a los indígenas Chimanes que más se destaquen en la apertura del camino. Con este concurso y auxilio de 80 hombres, en breve estará más expedita la vía de San Borja a El Huachi, que como se sabe, tiene una distancia de 38 leguas, de las cuales siete son campos abiertos, once de bosques y veinte de serranías.

Comunicadas estas actividades al señor Prefecto de La Paz, para que a su vez haga lo propio con la sección que le corresponde, ha contestado al señor Prefecto en los siguientes términos: "Respecto camino San Borja - Chulumani, mi autoridad

procurará mantener en condiciones perfectamente transitables la sección perteneciente a este distrito. Felicítole por sus obras.- Sanjinés".

Indudablemente que ha de aumentar el entusiasmo existente en los hacendados del Yacuma, con los trabajos de reparación del camino, al cual deben contribuir para bien de su industria casi inexplotada.

El Deber, Trinidad, 19 de mayo de 1930. "El Camino San Borja - Chulumani".

A la hora de costumbre, comienza la movilización de todo el personal. Las órdenes reparten la responsabilidad a cada uno.

—¡Revisen que sus hachas y machetes estén filos!… ¡Mejor lleven una piedra pa' volver a afilarlos!… ¡Las bolsas engomadas con sus camas, al carretón!…

Toda esta actividad se debe a que tienen que organizar un puesto nuevo para separar el ganado manso que ya casi llega a las dos mil cabezas.

Primero sale el carretón con las herramientas, víveres y camas. Unas dos horas después le siguen los de a caballo. Rosita y la mujer de José Moye van en el carretón a cargo de la cocina nueva y como puesteros se han ofrecido Juanito Nojune y José Moye, que tienen grandes planes para independizarse y formar su estancia propia con la ayuda de sus mujeres. El patrón les ha prometido entregarles primero trescientos vientres más la torada necesaria al partido,[43] y para pagar con lo que saquen de la partición les irá dando ropa, sal, balas, un rifle, dos escopetas, herramientas y víveres para la primera época de instalación. Después, con lo que puedan cosechar del chaco que van a preparar, podrán subsistir los próximos cinco años, término de duración del contrato.

José Moye ha hecho venir a su mujer desde San Ignacio para que lo acompañe en el nuevo puesto.

Los de a caballo llegan a La Bellacada a las cuatro de la tarde y ese rato comienzan a limpiar un claro en el bosque para instalar el campamento. Se ha elegido una loma artificial al igual que la otra donde está la estancia principal. Esta loma, de unos cinco metros de altura en su cúspide, tiene unos 300 metros de diámetro y su forma es casi circular. Está rodeada por una depresión pantanosa que sin duda alguna es de donde se extrajo el material para elevar la loma. Con esto se cumple lo necesario: altura libre de inundaciones para la época de lluvias y agua en tiempo seco. De todos modos, para el ganado no faltan alturas a orillas del río Apere que mantiene agua todo el año y que está a unas dos leguas de distancia. Desde la loma se divisa la inmensidad de la pampa a los cuatro puntos cardinales.

El carretón recién llega a las nueve de la noche aproximadamente. Encuentran la olla con el locro hirviendo porque los peones, calculando la hora en que llegaría el carretón, han preparado la comida una media hora antes.

---

43 NE: Consignar ganado a un cuidador a cambio de compartir con él el número de novillos.

Las mujeres bajan del carretón quejándose del dolor de espalda después de un día de vaivén en los hormigueros de la pampa que hicieron bambolear peligrosamente el carretón con riesgo de volcar en cualquier momento.

—¡Qué tal el viaje! –les dice el mayordomo a manera de saludo.

—¡Ay, don Marcial, ya no siento la espalda! –se lamenta la mujer de Moye.

—No se quejen tanto y vengan a comer un locrito caliente pa' reponer las energías –le corta don Marcial.

—Y esto más –dice Rosita– que durante todo el día solo hemos comido *pazoca* (harina de yuca con charque) y agua pa' no perder tiempo y llegar de día, pero había sido bien lejos el sitio que escogieron.

—Lo único que hay que ver es que, gracias a Dios, llegaron sin ninguna novedad –comenta don Marcial, mientras amarra su hamaca entre dos árboles–. Mañana nos espera una gran actividad, tenemos que estar descansaditos, así que apenas terminen de comer y después que me inviten un cafecito, este angelito se dormirá como picao de la víbora.

—Enseguida le preparo un café bien caliente y tinto como a usted le gusta, don Marcial –se ofrece Rosita.

Después de haber comido su locro carretero y de servirse su cafecito bien cargado, don Marcial da las buenas noches y se acomoda en su hamaca mientras los demás se instalan como pueden, unos en hamaca y otros sobre el cuero del carretón, protegidos de la voracidad de los mosquitos por sus mosquiteros de lienzo.

Al rato, haciendo coro al ronquido de los vaqueros, se escucha el insistente croar de las ranas y el canto lúgubre de las aves nocturnas que, en el silencio de la noche, parece más lastimero y tétrico.

Temprano empieza la faena del desbosque a fin de tener espacio libre para los corrales. El lugar es seleccionado después de observar las señales en los árboles, para saber si alguna vez la inundación había llegado hasta allí.

Como en la zona no hay palma para las construcciones, los corrales se preparan con *tacuaras* amarradas con bejucos de los más flexibles. Los estacones para las tranqueras se cortan de *cuta*,[44] madera dura que abunda en la región.

---

44 NE: Especie arbórea de los bosques secos muy poco conocida. Alcanza los 20 metros de altura.

También cortan *piraquina*[45] para el maderamen del techo de las viviendas que se cubre luego con hojas de palmera motacú.[46]

—Pa' evitar que la uñeta te fregue el ganao –instruye don Marcial al nuevo puestero– hay que cavar una zanja en todo lo ancho de cada tranquera del corral y lo llenás con ceniza de ajo mezclada con creolina pa' que los animales metan la pata al pasar. Así no se te presentará esa plaga.

—Gracias, don Marcial –dice José Moye–. ¿Y pa' la peste de cadera de los caballos?

—Ya le di unas ampollas de Naganol[47] a Juanito, además de otros remedios.

La cacería es abundante y cada noche salen, acompañados de los perros, a buscar la carne para el día siguiente. El animal preferido es el jochi pintao[48] (agutí) que es cazado exclusivamente por los perros después de obligarlos a entrar a sus cuevas.

Ya llevan tres días de trabajo cuando, en una de esas cacerías vespertinas, el ladrido de los perros se oye en un solo lugar y en forma angustiosa. Don Marcial sabe inmediatamente que los perros han empalcado[49] a un tigre y llama a los demás para que aceleren la carrera. Efectivamente, en la palca de un robusto y frondoso bibosi[50] se encuentra un hermoso ejemplar adulto mostrando su dentadura a los perros, que incansables giran alrededor del árbol.

Los hombres llegan insultando a gritos al tigre queriendo con ello demostrarle que no le tienen miedo mientras Juanito, quien porta la escopeta de dos cañones, se sitúa lo más cerca posible para no errar el tiro y apunta a la cabeza para no dañar el cuero.

Al sentir el primer impacto de perdigones el animal herido salta sin importarle el peligro. Los perros enardecidos por el ruido del arma de fuego lo acosan de todos lados, impidiendo al cazador efectuar el segundo disparo. El animal, acorralado por los perros y sintiendo que las fuerzas se le van, se sienta sobre sus cuartos traseros y de un zarpazo le vacía los intestinos a uno de los perros que se aventuró a acercarse demasiado.

---

45 NE: Arbustos y árboles pequeños abundantes en los llanos del Beni, pero de escaso valor comercial.

46 NE: Palmera tosca, de tallo grueso, cuyas hojas sirven para techar casas campesinas (Chávez, *op. cit.*).

47 NE: Suramina sódica, un antiparasitario para animales.

48 NE: Roedor de gran tamaño que vive en la proximidad de los cursos de agua en los bosques tropicales; pesa hasta 12 kilos.

49 NE: Acorralado en las ramas (palcas) de un árbol.

50 NE: Higuera de cuya corteza macerada se extraen fibras para tejidos indígenas. Crece envolviendo generalmente a la palmera llamada motacú.

Juanito aprovecha el momento y aprieta el otro gatillo, apuntando siempre a la cabeza del felino. La cacería ha terminado entre gritos alborozados y lamentaciones por el perro que cayó en la acción.

—¡Era mi mejor tigrero! –se lamenta don Marcial, después de comprobar que el cachorro ya no respira.

—Murió peleando –le dice Juanito– era un perro muy valiente, por suerte dejó cría y yo creo que sus hijos también serán buenos.

Luego, mirando al enemigo muerto, añade:

—Pero no murió en vano, este nos hubiera asustado en cualquier momento. Saldrá un lindo cuero que se lo llevaremos al patrón pa' que en Trinidad adorne su sala.

Salen los filos cuchillos y el cuero queda como trofeo de guerra. Se le hacen pequeños orificios en los bordes, donde se le colocan estacas de madera para atirantarlo en el patio de la casa y que seque con el calor del sol.

Rosita tampoco ha permanecido inactiva y, mientras los cazadores perseguían al tigre, ella y Carmen de Moye habían estado explorando los alrededores de la región. Como a un kilómetro, a orillas de un arroyo, encontraron un barbecho, o chaco abandonado donde había muchos frutales, y por supuesto plantas pequeñas para llevar a su nueva vivienda.

En la memoria lleva grabados los consejos que doña Eduviges cada noche fue dándole sobre las bondades de la farmacopea campesina y el uso adecuado de cada planta o de cada remedio sacado de los animales.

—Cuando tu marido sale a *vaquear* y por descuido deja el caballo ensillao al sol y luego se sienta en lo caliente, seguro que le da *pasmo*.[51] A veces esta enfermedad aparece cuando hay un enfriamiento repentino del estómago o cuando uno se queda mucho rato al sereno por la noche. Los síntomas son dolores fuertes en el bajo vientre y como si se retorcieran las tripas. Hay que calentar un tiesto y sentar ahí al enfermo, al mismo tiempo que se le frota la vejiga con aceite de cusi[52] tibio. Después se le da media taza de café, bien tinto, con tres cucharillas de aceite de pata sin dulce.

—Y si le agarra una lluvia cuando esté sudando, le puede dar *arrebato*.[53] En ese caso hay que hacer hervir en una lata agua con hojas de

51 NE: Enfriamiento, indisposición.

52 NE: Palmera del bosque seco chiquitano; de sus semillas se extrae un aceite de uso cosmético.

53 NE: Malestar debido a procesos infecciosos que originan estados febriles e inflamatorios.

naranjo o de limón y, después de entibiarla, darle un baño echándole el agua lentamente en la corona de la cabeza.

—Otra enfermedad corriente, principalmente entre los muchachos, es la diarrea y a veces la disentería. En este caso hay que preparar un mate de cáscara de guayaba o de tarumá[54] y asunto arreglado.

—Y si se mojan y por la noche empiezan a toser, hacés hervir el cogollo, o sea la hoja tierna, de la planta de guayabo y se les da a tomar. Mejor todavía es darles infundia de gallina mezclada con miel de abejas en una cuchara calentada al fuego de una vela.

—Si a alguno le pica la víbora hay que cortarle la herida en cruz y chupar el veneno, luego darle a tomar hiel de jochi pintao, o si no se le da una tutumada de alcornoque molido disuelto en agua y luego se le aplica una cataplasma de yuca sobre la herida.

—No te debe faltar *churiqui de piyu*[55] pa' los dolores de barriga o cólicos fuertes. Se le da al enfermo un pedacito, remojao en el locro.

—Pa'l dolor de los riñones se debe tomar una infusión de hojas de palta o de pelo de choclo, con caracoré.[56]

—Cuando se te presente un enfermo con dolor de oídos hay que agarrar una hoja de cuguchi,[57] calentarla en las brasas hasta que ablande y luego envuelta en un trapito exprimirla sobre el oído enfermo. También es bueno colocar una tripa de chulupi (cucaracha) en el oído.

—Y si una se siente fatigada y necesita calmar los nervios se prepara un mate de paja cedrón. Es muy bueno pa' los enfermos del corazón.

—Cada seis meses les vas a dar a tus hijos una cucharada de aceite de macororó (ricino) y los encerrás pa' que no coman nada durante ese día hasta que boten las lombrices que tienen en la barriga.

—Tenés que tener cerca a la casa todas estas plantas: macororó, paja cedrón, guayabo, palto, cuguchi, tarumá y también siyeye, esta palmera que tiene sus flores amarillas bien olorosas. Después de lavar la ropa hay que ponerle flores de siyeye pa' espantar los malos espíritus de la casa y además porque perfuma el ambiente. También tenés que guardar en tu casa hiel de jochi, infundia de gallina y miel de abejas.

—Cuando de tanto comer guayabas los muchachos se tranquen y empieza a dolerles la barriga, hay que ponerles un enema de jabón o

---

54 NE: Árbol frutal silvestre.

55 NE: Molleja de avestruz.

56 NE: Cactus gigante.

57 NE: Planta de la familia Anonáceas, provista de abundantes espinos.

mejor de piñón. Le pides al patrón que te dé un irrigador pa' los enemas y te lo cargue a la cuenta.

—Pero la primera planta que debes poner junto a tu casa es limón, mejor si son dos, porque eso sí que es necesario pa' los resfriados, pa' la tos, en refresco y pa' muchos usos más.



Cumplida la misión de instalar a Juanito y a José Moye en el nuevo puesto La Bellacada, se encuentra el mayordomo en la casa grande, frente a Alfredo Añez que escucha su informe, mientras la señora Miriam, con su voluminosa gravidez, descansa en la hamaca después de un día muy agitado.

—...Y les hicimos una casita y el corral.

—Muy bien, hombre –contesta Alfredo entusiasmado–. Yo creo que los muchachos lo van a hacer bien. De vez en cuando hay que ir a ayudarles pa' que la tarea no les resulte muy dura.

—¿Y aquí en la estancia va a contratar otros dos muchachos pa' reemplazarlos? –pregunta don Marcial.

—Sí –dice Alfredo y luego se queda callado– pero tendrás que ir vos a San Ignacio a buscarlos... eso sí, hay que averiguar sus antecedentes pa' no traerse algún flojo o mañudo.

—Yo conozco un muchacho, hijo de mi compadre Isidoro Yuco, que recién ha vuelto de Santa Ana donde ya trabajó en ganadería. Cuando estuve en San Ignacio pa' la fiesta, lo encontré y me preguntó si no había trabajo en El Chiverío, y yo le prometí avisarle si se presentaba una vacancia.

—Si vos lo conocés pues lo traés junto con algún otro que haya trabajado en estancias. Mañana podrás ir hasta el pueblo y yo creo que hasta el domingo estarán de vuelta.

—Sí, patrón –contesta don Marcial–, y cambiando de tema quería contarle que, cuando volvíamos del nuevo puesto, vimos una tropita de cerriles y ahí nomás alistamos lazos y nos lanzamos tras de ellos. Enlazamos dos vaquillas sin marca y también un torillo de unos dos años, que no lo matamos porque tiene una linda estampa. Ya lo va a ver, patrón, parece de raza.

—Ahora que me hablás de toros de raza, me olvidé contarte algo que escuché en Trinidad y me gustaría conocer tu opinión. Se trata de que el gobierno ha prometido construir el camino San Borja - Chulumani, pero va a obligar a todos los ganaderos a que mejoren la calidad de su ganado mediante una selección de razas. Como ayuda va a enviar diez sementales vacunos pa' distribuirlos entre los diez ganaderos más grandes que tengan

inscritas sus propiedades en el catastro. Cada ganadero tendrá el semental por un año y luego lo pasará al que le corresponda según la inscripción del catastro. Ahora que, si alguno quiere comprar sus propios sementales, se va a liberar de impuestos la importación, así como la maquinaria, implementos y accesorios destinados a la ganadería. ¿Vos creés que eso dará resultado?

—Yo pienso, patrón, que va a fracasar porque en nuestras pampas el único animal que aguanta es nuestro criollo que soporta inundaciones, sequías, y cuando el pasto se muere después que bajan las aguas los animales se meten al monte y comen hojas como si fueran chivos. Al ganado de raza no se lo puede criar así. Una vez en Santiago de Rogaguado, donde yo trabajaba, la Casa Suárez trajo del Brasil tres hermosos toros de raza. Había que bañarlos y darles la comida en la boca prácticamente, pero ni así pudieron sobrevivir y no duraron ni seis meses. Con el calor andaban tan atontados que cuando les ponían delante las vaquillas en celo no mostraban ningún entusiasmo pa' cubrirlas. ¡Daba pena verlos así!

—Pero hay algo más –dice Alfredo Añez– y es que el gobierno se compromete a poner un servicio de veterinarios que estarán instalados en Trinidad, Santa Ana y Magdalena pa' asesorar a los ganaderos. Además, van a dar créditos pa' sembrar pastos pa' este ganado de raza. Y a fin de que no haya peste en las estancias, van a vender vacunas baratas y van a obligar a todos a que vacunen su ganado. Solo así se puede evitar que se acabe la ganadería y más bien vaya pa' delante.

—Sería lindo si así fuera, pero usted sabe mejor que yo, patrón, que al gobierno no le interesa lo que pasa en el Beni, peor va a estar preocupándose de mandar vacunas, semillas de pasto, sementales o veterinarios.

—No hay que ser tan pesimista, Marcial –le dice Alfredo–, algún día la ganadería del Beni va a salvar al país, porque todavía no se ha inventado nada que sustituya a la carne en la alimentación y si ahora no tiene precio nuestro ganado es solamente por la falta de caminos. Yo quisiera comprarme unos cuantos toros de raza pa' tener una mestizada que dé por lo menos trescientos kilos por novillo. Claro que pa' eso es necesario créditos a largo plazo e interés bajo, sino uno trabaja pa'l banco, además no se pueden hacer planes si no se construyen los caminos.

—A mí déjeme, patrón, con mis vaquitas criollas aunque sean cerriles, que yo las voy a ir amansando, porque con esas no hay que preocuparse más que de curarles la gusanera y de lo demás se encarga el toro.

Datos históricos

El Congreso Agropecuario reunido en La Paz en julio de 1931 resuelve:

Primero.- Declarar que los caminos Chulumani - San Borja y Cochabamba - Todos Santos son obras inaplazables de necesidad nacional, cuya construcción debe realizarse sin pérdida de tiempo.

Segundo.- Debiendo contratarse un empréstito para la primera de dichas vías, insinuar al Supremo Gobierno la conveniencia de efectuar estudios de exploración para que de los principales centros ganaderos de la provincia Cercado del Beni, y especialmente de San Ignacio, partan caminos secundarios que empalmen con el troncal de San Borja a Chulumani a fin de dar a este el mayor campo de acción.

Miriam de Añez no ha querido esperar el nacimiento de su primogénito en el campo y, aguantando los dolores y las incomodidades del interminable viaje, ha obligado a su marido a viajar a Trinidad.

Mientras la ramada se mece al influjo del viento frío, en el dormitorio de la casa de Alfredo Añez los dolores de parto se han ido repitiendo en períodos cada vez más cortos. A las dos de la mañana, Miriam no soporta más y le pide a su esposo:

—Ya es hora, querido, tenés nomás que ir a llamar a doña Arminda.

—¿Y no será mejor que te lleve hasta el hospital Guadalupe? –pregunta Alfredo, asustado porque no sabe lo que debe hacer.

—No, yo le tengo más confianza a doña Arminda, que se quedará toda la noche pa' atenderme si es necesario. ¡Ay! ¡Apurate que ya no aguanto de dolor!

Colocándose a la espalda una frazada doblada en dos a manera de capa, con un cordel al medio para sujetarla al cuello, sale de la casa en busca de la partera.

Ya de retorno, alumbrando el camino con su linterna de tres pilas, guía los pasos de la enfermera.

—Ojalá que sea hombrecito –le dice.

—Eso solo puede saberse después del nacimiento –contesta la mujer.

Al llegar a la casa, doña Arminda se hace cargo de la situación y después de la palpación se dirige al nervioso marido:

—¿Hay alguna sirvienta en la casa?

—No, señora.

—Entonces, usted tiene que encender el fuego y poner a hervir una olla grande con agua, además necesito trapos limpios, alcohol pa' desinfectar, yodo y, si hay, algodón.

—Todo eso está listo de acuerdo a lo que usted indicó antes. En cuanto al agua, ahurita mismo juntamos la leña y hacemos hervir la olla. ¡Déjelo por mi cuenta!

Cuando el sol trata de asomar su brumosa cara, la temperatura del surazo empieza a descender y la influencia de los astros hace efecto en la madre primeriza que no resiste los dolores del desgarre y lanza sus alaridos despertando la curiosidad de los vecinos que a esa hora ya salen hacia el mercado en busca de la carne para el sustento diario.

En la sala hay varias mujeres cuando doña Arminda sale con un muchachito envuelto en pañales en el mismo momento en que llega a la casa Julio Bejarano con la última noticia que había circulado en la

radio-cocina del Mercado Municipal: ¡la guerra con el Paraguay había estallado!

Y el clarín de la guerra llegó hasta el último rincón de la patria. La sangre rebelde de la juventud empezó a hervir ante la noticia de la invasión paraguaya, que buscaba un pretexto para avanzar hacia los contrafuertes de la cordillera, después de haber hecho prospecciones infructuosas en busca de petróleo en todo su territorio. Las compañías transnacionales, como siempre, tuvieron su parte de culpa para que dos pueblos vecinos se enfrenten en una lucha donde el que lleva la peor parte es el mismo pueblo, ya que el hambre, la desocupación y la miseria invaden los hogares humildes.

En el Beni, al llamado de la patria acudieron muchos voluntarios a formar filas en el Regimiento Beni y eufóricos marcharon hacia las regiones del Chapare por la vía fluvial, para después seguir por tierra hasta Cochabamba.

Entre los que dieron el paso al frente se encuentra Pedro Ribera, hijo mayor del mayordomo de la estancia El Chiverío. Su padre no se enteró sino varios meses después, cuando ya el regimiento se encontraba en viaje a Cochabamba.

El reconocimiento a cargo de los doctores Eduardo Fleichman y José G. Osoro empezó el 30 de octubre de 1932 tratando de cumplir en la mejor forma su trabajo, y comprobando que el estado de salud de los moradores de San Javier, San Ignacio y Trinidad era el más deficiente. No obstante, se seleccionó a los que gozaban de mayores energías.

El 18 de noviembre, aniversario de la creación del departamento del Beni, los nuevos soldados de la patria hicieron su primera presentación en público. A las cinco de la tarde, al compás de una vibrante marcha militar y precedidos de la Legión Cívica, los conscriptos llegaron hasta frente al quiosco de la plaza principal desde donde se oyeron las palabras del señor José Chávez Suárez, Jefe del Distrito Escolar del Beni, que empezó su discurso con:

—Soldados del Regimiento Beni, el espíritu militar de los pobladores de Mojos siempre estuvo latente y a estas regiones no se les permitió llegar ni a las aguerridas fuerzas invasoras del inca Yupanqui, que trataron de llegar por el río Madre de Dios, ni a los *bandeirantes*[58] lusitanos que

58 NE: Exploradores de la corona portuguesa que se adentraban en territorio de la Colonia española.

dirigidos desde Río de Janeiro trataron de ampliar las fronteras del Brasil. En ambos casos el valor del mojeño se hizo sentir y no permitió…

En ese momento una fuerte indisposición de las cuerdas vocales le impidió seguir con su alocución, porque le privó momentáneamente de la voz. Para solucionar el problema y a una señal disimulada, la banda de músicos empezó a tocar una marcha y todo el contingente inició el desfile ante el altar patrio instalado frente a la Prefectura del Departamento. Nutridos aplausos acompañaron a los futuros defensores de la patria que muy pronto marcharían al campo de batalla.

En el Norte del Beni, la Casa Suárez Hermanos dispuso que el vapor *Rodolfo Araúz* traslade a todo el contingente que se formó a partir de la Séptima División de Ejército acantonada en Riberalta.

El 22 de noviembre llegó la noticia de que los reservistas de Riberalta estaban en el puerto y entrarían a Trinidad a las seis de la tarde. El pueblo se reunió desde temprano junto al tanque de agua, al final de la calle 6 de Agosto, a esperar a los soldados que marchaban a defender la patria. También estaban en perfecta formación los conscriptos que se habían presentado en Trinidad.

Ya había oscurecido cuando se oyó el clarín que, rompiendo el silencio de la noche, daba con sus notas la señal de que estaban presentes, desde las alejadas regiones gomeras del noroeste, los valientes voluntarios riberalteños. Algarabía y gritos eufóricos contestaron la clarinada.

—¡Viva Bolivia! ¡Viva el Beni! ¡Honor a los voluntarios del Regimiento Beni!

Por el terraplén que une Trinidad con la laguna Loras aparecieron perfectamente formados los soldados de la patria que habían desembarcado en Puerto Ballivián, a dos leguas de Trinidad y que atravesando la pampa llegaban sin perder su espíritu marcial. Encabezaba el regimiento su comandante, el teniente coronel Bravo. Seguidos del pueblo trinitario que los aclamaba llegaron a la plaza principal y se instalaron frente al Hotel Oriental, donde el Prefecto, don Samuel de Ugarte, a nombre del gobierno nacional, les dio la bienvenida. El joven reservista Félix Bascopé, a nombre de sus camaradas y con palabras eufóricas y llenas de civismo, agradeció al pueblo y a sus autoridades por la bienvenida que se les había brindado.

Después del acto, los 255 soldados riberalteños se instalaron en el local de la escuela de niños, que había sido improvisado como cuartel. Cuando pasaron revista a toda la tropa, entre riberalteños y trinitarios sumaban más de 500 efectivos.

El principal problema que se confrontó fue el de equipar al regimiento. De La Paz tenían que enviar uniformes, botas, armamento, etc., pero, por dificultades en el transporte, todo ese equipo no había llegado.

El Centro Díaz Villamil y el Comité Pro-Soldado organizaron el 25 de noviembre una *kermesse* en la plaza principal de Trinidad. Temprano empezó a sonar la banda de músicos para atraer a la clientela y el ajetreo de las damas trinitarias para llevar la comida y las bebidas se hizo notorio. Toda la sociedad pudiente estuvo presente sirviéndose ricos platos y los más entusiastas continuaron con las bebidas hasta por la tarde. La *kermesse* se clausuró a las cinco porque las peleas entre los borrachos se hicieron insoportables.

Por la noche el teatro Colón se vistió de gala para ofrecer una función dramática en que el primer actor Ángel C. Chávez Arza representó a un soldado que tenía que elegir entre el amor a su madre o el de su patria, obra escrita por el director del semanario *La Patria*: don Carlos Loayza Beltrán. Ambos recibieron el aplauso emocionado de todo el público presente. Números musicales y de poesía completaron la velada. Excelentes comentarios y felicitaciones a los actores y buena recaudación en favor de la movilización del Regimiento Beni.

Triste despedida y salen rumbo a Todos Santos en las lanchas *Britania*, *Bolivia*, *Luis Antonio*, *Dr. Grether*, *Río Chapare*, *Mamoré* y *Rodolfo Araúz*.

Dos días de descanso, y a caminar por el terraplén que años antes había construido el Regimiento Zapadores hasta San Antonio. Cada soldado lleva su ropa y su frazada. Ninguno tiene armamento militar.

Siguiendo el peligroso sendero montañoso muy pronto quedan atrás Jatun Pampa, Locotal, Cuesta Colorada, Sal Si Puedes, El Sillar, Siete Zetas, La Cumbre de San Benito, Incachaca, hasta llegar a Sacaba en cuatro días de fatigosa caminata.

Las postas o pascanas ofrecen queso y mote, pero las cantidades son tan pequeñas que apenas abastecen a los que caminan más rápido. La marcha es desordenada y los soldados se reúnen solamente al concluir la jornada diaria.

Los puentes de madera, que con tanto patriotismo se construyeron bajo las órdenes del general Federico Román, ahora por falta de mantenimiento se encuentran destrozados. Los movilizados tienen que vadear los ríos agarrados de la mano para evitar que la fuerte corriente arrastre a alguno de ellos.

A medida que ascienden hacia la cumbre, aumentan los problemas porque a ninguno se le entregó uniforme militar y son muy pocos los que tienen chompas o frazadas gruesas.

Al llegar a Cochabamba, unos resfriados y otros con pulmonía, la prensa nacional publica la noticia, se hace el escándalo por la falta de responsabilidad de los encargados de la movilización y el Gobierno ordena el retorno del Regimiento Beni con sus efectivos que puedan caminar y, además, ¡la no movilización del Beni y Territorio de Colonias!

La vuelta es otra odisea, solo que ahora los víveres y las mochilas de los más débiles van cargadas sobre una recua de mulas que las damas cochabambinas consiguieron para aliviar la travesía de sus hermanos benianos.

Ya llevan tres días de viaje y se encuentran en la famosa cuesta de Sal Si Puedes. Los soldados van caminando en grupos de cuatro o cinco.

—¿Y ustedes creen que después de este desastre nos llamarán de nuevo? –pregunta Ángel Bravo.

—Nos van a llamar –le responde Rodolfo Pinto– pero la movilización va a ser por aire, en los trimotores.

—Si nos hubieran llamado por la ruta de Guarayos, no hubiéramos tenido tanto problema –acota Lucio Castro, mientras se coloca al borde del barranco para dar paso a la recua de mulas.

O no calculó bien el espacio libre o la mula en su nerviosismo se separó mucho de la montaña, lo cierto fue que Castro recibió un empujón y rodó por la pendiente hacia un precipicio de aproximadamente 300 metros. El instinto de conservación le agilizó todo su cuerpo y agarrándose de unos arbustos quedó colgando diez metros abajo del camino. Con unas frazadas añadidas con las ataduras de la carga que llevaba la mula, sus compañeros fueron izándolo lentamente.

¡El molde de sal que con tanto cuidado llevaba Castro bajo el brazo cayó hacia las profundidades del precipicio!

Y el Regimiento Beni que tiempo atrás saliera con tanta gallardía y entusiasmo desde Trinidad retorna hoy con sus efectivos disminuidos sin haber pisado el frente de batalla y sin haber recibido siquiera el fusil de reglamento.

Datos históricos

Camino San Borja - Chulumani. La Prefectura ignora el estado en que se encuentran los trabajos de construcción del camino ganadero San Borja - Chulumani. En fecha 1º de octubre de 1932, de acuerdo con instrucciones emanadas del Comité de Vialidad al Beni por Yungas, con asiento en la ciudad de La Paz, se convocó a propuestas para la construcción del tramo Pupuritumpsi (km 37) - Yucumo (km 51) de la Sección San Borja - Huachi. Habiendo sido aceptada, por el mencionado Comité, la propuesta del señor Belarmino Gutiérrez. Posteriormente, el 16 de mayo del corriente año, se hizo un nuevo llamamiento para la construcción del tramo Yucumo (km 51) - Quiquivé (km 80). En esta ciudad no se presentó propuesta alguna.

Del Informe del señor Carlos F. Garret, prefecto del Beni. Gestión 1932-1933.

Estamos a fines de junio de 1933 en el Bar América, esquina noroeste de la plaza de Trinidad.

—¡Buen día, don Juan! ¡Qué tal, Néstor! ¡Se los saluda a todos!

—¡Hola, Alfredo! ¿Cuándo llegaste?

Alfredo se acerca al grupo de amigos que se encuentran tomando unos aperitivos antes del almuerzo, casi como una costumbre diaria. Ahí se comenta de política, de deportes, de ganadería, de medicina, de caminos y, en fin, que los asiduos concurrentes conocen de todo y solucionan todo tipo de problemas.

—¿Por cuál calle van? –pregunta sonriendo Alfredo.

—Estamos comentando sobre la muerte de los siete sementales *Shorthorn* que llegaron de la Hacienda Pairumani desde Cochabamba y que no aguantaron ni quince días antes de estirar la pata.

—Yo pienso –dice Néstor Suárez, ingeniero agrónomo recién llegado de Santiago de Chile– que los sementales murieron de una enfermedad infecciosa, y creo que una de las fallas garrafales en la compra fue no exigir certificado de vacunación.

—Pero ¿qué enfermedad es esa? –le pregunta uno de los concurrentes.

—En realidad, como aquí en Trinidad no tenemos ningún laboratorio, ni siquiera un veterinario, nunca sabremos en forma cierta la causa de su muerte porque solo con un análisis de sangre de la res muerta podríamos conocer con certeza el diagnóstico pero, por los síntomas, parece que se trata de la enfermedad llamada hemoglobinuria y más conocida como picada o meada de sangre que hace estragos en el ganado en otros países… comienzan orinando sangre, a los tres días les viene la diarrea, después se paralizan, se caen y ya no se levantan más.

—Con esto nadie se va a animar a comprar sementales ni a tratar de mejorar su ganado –dice uno a manera de comentario.

—No –contesta Suárez–, yo creo que este problema no debe desanimar a los ganaderos, más bien debería ser un desafío pa' tratar de conseguir el mestizaje de su ganado a fin de poder competir con los productores argentinos y uruguayos.

—Bueno, eso es una teoría –interviene don Juan C. Miranda, periodista que ya había dado su opinión en la revista *Moxos*–, yo más bien creo que antes de pensar en traer sementales, hay que tener las condiciones adecuadas como ser pesebres con piso de cemento, pastos cultivados, agua purificada, veterinarios para el control diario de su salud, etc. Además hay que traer sementales de alguna región que tenga las mismas condiciones climáticas que el Beni, porque los que llegaron murieron por falta de adaptación igual como les pasó a los 30 soldaditos del Regimiento Beni que al

llegar a Cochabamba murieron por falta de adaptación, o sea de neumonía, y por no tener los medios para prevenirla, chompas ni medicinas.

El secretario de la Prefectura, que había estado escuchando atentamente, interviene en la conversación:

—Yo les puedo contar lo que pasó en la reunión que promovió el doctor Garret y donde estuvieron, aparte del veterinario regional, los dueños de los sementales, personeros de la Casa Suárez y del Banco Central de Bolivia. ¡Se dijeron zamba canuta! Al final quedaron en que cada uno elevaría un informe por escrito para que el Prefecto pueda informar a su vez al Ministerio de Agricultura y Ganadería sobre el caso.

—¿Y ya enviaron sus informes? –pregunta don Juan C. Miranda.

—Sí –continúa el secretario–, nadie quiere cargar con el perro muerto, o mejor dicho con los toros muertos –se calla un momento como si tratara de ordenar sus ideas y luego continúa, mientras observa la atención con que los demás escuchan su relato.

—Primero llegó una carta del Banco Central donde informa el agente que por gestiones de esa institución se adquirieron siete torillos de pura raza *Shorthorn* y que fueron distribuidos entre varios ganaderos de la provincia Cercado. Los torillos llegaron en magníficas condiciones el 4 de mayo y hasta el 19 ya habían muerto cinco ejemplares sin que se pueda saber el motivo, ya que dichos torillos salieron de la Hacienda Pairumani con certificado de sanidad. Solicitan que el veterinario regional eleve un informe detallado de las causas y la enfermedad, ya que él examinó a los animales estando enfermos y después de muertos. El señor Prefecto hizo notificar al veterinario regional para que eleve su informe. Ese funcionario presentó sus conclusiones sobre los famosos sementales, e indica que los siete torillos llegaron en pésimas condiciones, es decir aniquilados por el viaje, e inclusive uno de ellos tenía temperatura elevada. Cree que la causa fue la falta de inmunización contra las enfermedades del clima tropical. Cuando practicó la autopsia en uno de los torillos muertos dice que no encontró ningún órgano dañado, debiendo atribuirse su muerte a la falta de una atención esmerada como la que estaban acostumbrados a recibir en Cochabamba. “Inclusive he sabido”, dice, “que al desembarcarlos se los dejó a la intemperie, donde seguramente tomaron agua sucia de pozos estancados o comieron pastos malos para su organismo, que no estaba acostumbrado a esas condiciones”. Y cuando se lo llamó al establecimiento de La Loma, de Suárez Hermanos, ya era tarde y no se podía hacer nada, aparte de que no se disponía de ninguna inyección apropiada para el caso.

—Seguro que don Napoleón Solares ha pegado el grito al cielo con ese informe –acota el ingeniero Néstor Suárez– yo creo que el veterinario regional pierde *la pega* después de esto.

El secretario espera los comentarios y continúa:

—Efectivamente, apenas llegó el informe del veterinario el señor Prefecto lo hizo transcribir tanto al agente del Banco como al gerente de la Casa Suárez. La contestación la firmó don Medardo Solares en representación de Suárez Hermanos Sucesores y estaba dirigida al veterinario regional con copia a la Prefectura. “Es falso –dice Solares– que los torillos al desembarcarse estuvieron a la intemperie porque fueron albergados en los pesebres cuyas ventanas se encuentran protegidas con malla milimétrica contra mosquitos y donde normalmente se crían los potros de raza árabe que tiene la Casa Suárez. Fueron alimentados con pasto cultivado y se les dio agua limpia que se colocaba en la misma pesebrera. Permanentemente fueron atendidos por un mozo y un muchacho que no tenían otra obligación”. “Cuando usted visitó La Loma –le dice al veterinario– había muerto solamente un torillo y había otro que empezaba a enfermarse. Todavía no era tarde pero usted no dio ninguna indicación ni recetó ninguna inyección para prevenir la muerte de los demás”. En la carta de atención –adjunta a la copia para la Prefectura– el señor Solares pide que se contrate a un veterinario titulado para el cargo ya que ese señor no tiene idea de las enfermedades del ganado vacuno.

—Bueno, pero ¿quién va a pagar el valor de los torillos? –pregunta don Juan Miranda.

—Tendrá que ser el Banco –interviene el ingeniero Suárez– el que cargue con la deuda porque ninguno de los interesados llegó a recibir la mercadería y no creo que la Casa Suárez se haga cargo del bulto solo porque los torillos se desembarcaron en su establecimiento. Lo malo es que este fracaso seguramente influirá en las tentativas de mejoramiento de la raza del ganado beniano y los ganaderos la van a pensar dos veces antes de comprar nuevos sementales mientras no haya profesionales que garanticen la vida de los animales y mientras no haya vacunas, pastos cultivados y otras mejoras pa’ este ganado que necesita condiciones especiales pa’ vivir en nuestro medio.

—Permítame mi opinión –dice Alfredo Añez, que había estado escuchando atentamente–, todo lo que ustedes han dicho es cierto, la falta de adaptación, la falta de veterinarios, el cultivo de pastos especiales o las enfermedades tropicales, pero se han olvidado de un asunto muy importante: de nada sirve el mejoramiento de la raza si el Beni no tiene caminos por dónde comercializar su ganadería.

La charla toma otro rumbo, y calma los ánimos antes de que se produzca una polémica sobre la causa de la muerte de los sementales. La verdad es que, como ninguno en Trinidad es veterinario, todos se creen con la autoridad y experiencia necesaria para opinar. ¡Ni siquiera el veterinario regional es titulado!

—Y cambiando de tema –empieza Miranda–, ¿alguno ha recibido noticias de la guerra?

—Las últimas noticias las ha traído el sargento Juan de la Cruz Rodríguez, que ha vuelto del Chaco con un brazo menos y que ahora está viajando a La Paz donde le pondrán uno artificial… yo estuve cuando el Comité Pro-Soldado le obsequió algunas ropas y dinero como ayuda para su viaje. Lo que me emocionó de su discurso fue lo que dijo que extrañaba su vida en campaña y que si lo admitían volvería otra vez a pelear contra los *pilas*.[59]

—Y la verdad –dice uno de los asistentes– es que los contingentes benianos ya deberían movilizarse hacia el Chaco, y solo porque el Regimiento Beni fue un fracaso, el gobierno va a pensar que somos unos inútiles y cobardes. Eso sí, que la movilización debe hacerse llevando a los soldados por la ruta de Guarayos hasta Santa Cruz sin necesidad de matarlo a uno congelándolo primero.

—Yo creo –dice Alfredo– que *los collas* solos no van a poder pelear en esas tierras calientes del Chaco y necesitarán guías de la selva pa' poder llegar a los sitios donde hay agua o por lo menos pa' orientarse en el monte.

—No sé si se enteraron ustedes –anuncia don Juan Miranda– que el doctor Joaquín de Sierra, después que se desmovilizó el Regimiento Beni, y no obstante que fue declarado inhábil, insistió en seguir viaje al frente de batalla y ahora está creo que en el Fortín Muñoz atendiendo heridos.

—Pero si él es español, y no tenía obligación de ir a la guerra –acota uno.

—Así es –dice Miranda– pero lo hace por su familia que es beniana y porque se ha encariñado con el Beni.

—Yo creo –dice Alfredo– que muy pronto nos van a llamar a filas porque a nuestros campesinos los van a necesitar como conocedores. Hay que estar listos pa' enrolarse al Ejército.

—Todos estamos listos –le interrumpe Suárez–, solo falta la orden para movilizarnos.

---

59 NE: Soldados paraguayos, quienes muchas veces iban descalzos durante la Guerra del Chaco (en tierras bajas se dice "patapila" a quienes caminan descalzos).

Don Juan C. Miranda consulta en su reloj de bolsillo con cadena de plata y exclama:

—Bueno, muchachos, ya son las doce y en mi casa no almuerzan si no llego.

Todos se levantan y después de arreglar la cuenta se van cada uno por su lado. Alfredo es el último en salir, pues ha querido quedarse un rato más para rumiar el tema de los sementales *Shorthorn*, ya que entre sus planes está conseguir algunos ejemplares para su estancia y todos estos errores le servirán de experiencia para no incurrir en ellos.

❧

—¡Urgente! ¡Llevá este radiograma al señor Prefecto! –dice el radio operador al mensajero de la oficina, mientras se quita los pesados auriculares que le sirvieron para captar atentamente las señales en código Morse–. ¡Como no hay Jefe de Plaza, a él le corresponde!

El muchacho sale corriendo rumbo al vetusto edificio prefectural que constituye el dolor de cabeza del doctor Garret, quien ya tiene los planos para construir un nuevo edificio de dos pisos donde se instalen todas las oficinas públicas.

El doctor Garret ha estado haciendo gestiones permanentes ante el Supremo Gobierno para que se decrete nuevamente la movilización de los territorios del Beni y Colonias, ya que después del desastre que ocurrió con el Regimiento Beni se había eliminado a estos patriotas de contribuir con sus conocimientos selváticos en la Guerra del Chaco. Todo eso lo ha explicado el doctor Garret en sus informes. Nervioso, rasga el sobre y lee ansioso:

"Radiograma 574/33

"La Paz, 6 de octubre de 1933

"Jefe Plaza - Trinidad

"Ceg. I/2997.- Convocatoria reservistas años 1921 y 22 exceptúa Departamento Beni quedando contingentes dichos llamamientos postergados hasta nueva orden. Comunique resolución autoridades civiles provincias para conocimiento interesados.- Acuse recibo (fdo.) Gral. González Flor Esmayorino."

Una exclamación de rabia contenida estalla en los labios del Prefecto.

—¡Yo no entiendo al Alto Mando! Pero si necesitan a los contingentes benianos, ¿por qué no los movilizan? ¿Será que piensan mantenerlos como una reserva? ¿Pero hasta cuándo? Yo pienso que cuando *los pilas* estén entrando a Santa Cruz recién van a movilizar al Beni. Bueno. ¡Allá ellos! ¡Sabrán lo que hacen!

Pensativo se retira de su oficina porque, como no había público en la antesala, decide ir a tomar un aperitivo al Bar América. Con ademán distraído jala la cadena de su reloj y ve que son las once de la mañana, luego vuelve a guardar el reloj en el bolsillo del chaleco de su terno de fino lino blanco almidonado y cruza la calle hacia la diagonal de la plaza principal.



—Y te vas hasta la casa de Alfredo Añez y después a la de Néstor Suárez y en mi nombre les decís que los estamos esperando pa' que vengan a servirse un plato de chancho –ordena a su sirvienta una de las organizadoras de la *kermesse* patriótica preparada por el Centro de Señoritas de Trinidad en el local de la Prefectura, con el fin de recaudar fondos para enviar a los soldados que están en el Chaco–. Que traigan a sus amigos pero que vengan con plata.

Desde las nueve de la mañana de ese asoleado 12 de octubre se escuchó la música de la banda del maestro Zeballos instalada en los corredores de la Casa Prefectural para atraer a los consumidores.

Gran actividad femenina. Unas llegan con sus ollas de comida, otras salen apresuradamente en busca de sillas, un ejército de robustas sirvientas recibe las órdenes y sale hacia las casas vecinas para retornar, cual columna de hormigas *sepes*,[60] cada una con su silla en la cabeza.

—¡Faltan manteles! ¡Tal vez la señora Argentina pueda prestar algunos! ¡Elvirita, mandá a tu sirvienta pa' que traiga manteles de tu casa!

—Señora Julia, usted deber tener cubiertos, tiene que prestarnos. ¡Mejor si vienen con alguna marca pa' que no se mezclen!

Las bebidas que se sirven han sido traídas desde Europa y donadas por las familias ricas de la ciudad.

—Y tenemos whisky escocés de varias marcas –explica una de las que tiene la comisión de atender en las mesas–, claro que sería mejor que tomen un buen vino francés o también tenemos champán bien frío.

El problema más serio era conseguir hielo, por eso se tuvo que pagar con tiempo la producción de la fábrica de hielo del doctor Sierra.

60 NE: Hormigas cortadoras de hojas.

—La comida está bien sabrosa, así que cuando tengan hambre me avisan nomás –continúa la joven, entusiasmando a los clientes que apenas si le miran preocupados por el problema actual: la guerra.

—Según las últimas noticias llegadas del Chaco –explica un joven– parece que el problema más serio es que los indios que han llevado de los cerros no se acostumbran al calor y se mueren de insolación, más aún con lo que no hay agua en esa zona. La situación es bien peligrosa porque esos *pilas* están decididos a entrarse hasta Santa Cruz.

—Y se van a entrar si no se los para a tiempo –añade otro–. Yo creo que debe decretarse la movilización general en Bolivia y llevar principalmente a la gente del Beni y del norte, que son los que conocen el monte y saben cómo encontrar agua en las raíces de los árboles o en algunas plantas parásitas.

—Yo quiero que nos movilicen de una vez pa' irme a la línea de fuego y meterle bala a esos *pilas*.

—Estás hablando así porque estás con tragos en la cabeza –interviene otro.

La charla continúa sobre el mismo tema, pero el entusiasmo aumenta a medida que se van consumiendo los licores y cuando comienzan los ¡viva Bolivia! y ¡abajo el Paraguay! se decide suspender la atención al público.

Datos históricos

Camino intercantonal a San Ignacio y San Borja.- Los contribuyentes de Palma Sola se encargarán de la construcción del Puente del Arroyo San Gregorio. Los contribuyentes del Puerto del Almacén y demás comprendidos entre el río Ibare y margen derecha del Mamoré, limpiarán y ensancharán este camino y trabajarán los puertos de acceso al río Ibare.

Los contribuyentes de la margen izquierda del Mamoré, Puerto Manuel Julio, Loma de Kiusío y circunvecinos de la laguna de San Mateo, limpiarán el camino hasta la Loma de Kiusío y construirán los puentes de este camino. Dirigirá el trabajo el Guarda de dicho puerto.

Los contribuyentes de los lugares San Andrés, San Pedro, Concepción, San Pablo, Las Abras y el Buri, limpiarán el corte del arroyo Nachacha, reconstruyendo el galpón y los corrales del Puerto del Tijamuchí y arreglarán los puertos de acceso en ambas márgenes del río. Dirigirá estos trabajos el Guarda de dicho puerto.

La limpieza y canalización de la zanja del Recreo, se hará efectiva mediante llamamiento a propuesta conforme se tiene acordado en la Junta Central de Caminos.

Los contribuyentes de los lugares San Antonio, El Triunfo y demás circunvecinos, refaccionarán los corrales y galpón de San Lucas, verificando además la limpieza del camino que conduce a San Ignacio.

Con el personal de La Casualidad y otras estancias vecinas de Rivero Hermanos, se limpiará la zanja de Altagracia, Corte del Sénero, la zanja de Tumareco sobre el mismo Sénero, asimismo la limpieza del monte Sicopure y se arreglará y calzará este camino.

Con parte de los contribuyentes del pueblo de San Ignacio se limpiará la zanja del pueblo que larga al Sénero. Igualmente la parte montuosa del camino que viene a esta capital. El Corregidor cantonal se hará cargo de la dirección de estos trabajos.

Con el personal de Miguel Rea y circunvecinos, se limpiará el camino que pasa por el monte de Chevejecure, hasta salir a la pampa de Florida y se arreglarán los puertos del arroyo Cuberene.

Con el personal de Juan B. Cuéllar y circunvecinos, se limpiará el camino que va a San Borja y se arreglarán los puertos de acceso al río Apere…

Del informe del señor Carlos F. Garret, Prefecto del Beni. Gestión 1932-1933.

El 1º de noviembre de 1933, el general Federico Román presenta al Prefecto, doctor Carlos F. Garret, las instrucciones llegadas del Estado Mayor del Ejército que dicen:

"1º) El Supremo Gobierno y el Comando Superior, correspondiendo a la exaltación cívica que anima a los contingentes benianos para participar juntamente con sus demás hermanos de la República en la sagrada defensa de los derechos y la soberanía nacional, ha impartido órdenes a las autoridades militares de ese Departamento para que procedan al reclutamiento general de los contingentes de 1921 a 1934 inclusive, con la prontitud que requiere la necesidad de apresurar el reclutamiento, para que los destacamentos lleguen debidamente organizados a Santa Cruz antes de la iniciación del período de lluvias.

"2º) Se ha designado al general Federico Román para organizar y conducir los destacamentos.

"3º) En los primeros días de la próxima semana viajará en avión la Comisión Sanitaria llevando drogas y prendas de primera necesidad.

"4º) La Pagaduría de Guerra girará, a la vez, los fondos necesarios para atender los gastos de reclutamiento.

"5º) Para lograr el mayor éxito posible en el reclutamiento y efectuar el despacho de los destacamentos con la celeridad que el caso requiere, se necesita la decidida y patriótica colaboración de todas las autoridades políticas de las provincias dependientes de la Prefectura de su digno cargo. Esta circunstancia indúceme a encarecer a usted se sirva dictar medidas enérgicas al respecto.

"6º) La utilización oportuna de las lanchas para el transporte de los contingentes reclutados en el territorio de Colonias y Riberalta requiere medidas de atención especial de parte de esa Prefectura.

"Atentamente

"Estado Mayor Interino"

El Prefecto Garret, después de leer las instrucciones militares, delega todas las funciones al general Román para que él organice la movilización de los contingentes benianos y del territorio de Colonias. El llamamiento se hace público el 4 de noviembre y comienza a circular la noticia por todo el territorio beniano.

Alfredo Añez, que se encuentra para esa fecha en Trinidad, se presenta inmediatamente y es asignado como soldado de la Compañía 21 por ser bachiller y por pertenecer a una familia respetable de la capital. Llenados los requisitos, solicita autorización para enviar una copia del llamamiento hasta la estancia El Chiverío a fin de que se enrolen sus peones, a excepción del mayordomo que por su edad ya no puede ir a pelear por la patria en el campo de batalla, pero tiene que seguir luchando por el engrandecimiento de Bolivia mediante el mejoramiento de la industria ganadera.

Atendida su petición, el general Román le ordena que aliste su caballo y salga como correo a movilizar a todos los que viven a orillas del río Apere, ya que él, como habitante de la zona, conoce a todos sus vecinos.

—…y tiene de plazo quince días para retornar a su compañía con el mayor número de movilizados. Si no se presenta en ese tiempo, se lo considerará desertor y se atendrá al castigo que el Ejército le impondrá cuando se lo encuentre.

—Es su orden, mi general –contesta Añez, después de escuchar todas las instrucciones del general Román.

—¡Puede retirarse!

Asustado por la advertencia, apenas llega a su casa alista sus víveres y, después de despedirse de su mujer y de su hijo, que tiempo atrás ha cumplido un año, sale rumbo Oeste. En Puerto Almacén ya han sido movilizados los varones comprendidos en el llamamiento. Al llegar al puerto que está frente a Puerto Manuel Julio, se encuentra con los remeros que trabajan como porteros del río. Dos canoas mancornadas a través de tablas atravesadas sirven de callapo para el cruce de los caballos, que haciendo un poco de equilibrio colocan las patas delanteras en una canoa y las traseras en otra. Ambas embarcaciones tienen arena y cañuela en el piso para evitar que los animales resbalen al entrar.

Atravesar el majestuoso río Mamoré, con sus encrespadas olas, es un hermoso desafío para esos valientes que en cada momento se juegan la vida contra esa masa líquida que en su eterno correr por el territorio beniano ya lleva en sus entrañas miles de vidas humanas disueltas junto con el limo fértil, transformando la tierra de sus orillas en alimento para los pobladores de esa región.

Río de historias no contadas, en cuyas profundidades descansan para siempre, mezclados con el lodo, los restos de muchos barcos a vapor, simples canoas o huesos de navegantes, cuyos cuerpos nunca recibieron cristiana sepultura.

Turbidez milenaria en su inevitable ruta hacia el mar. Nervio motor de los transportes primero en la época del Imperio del Gran Paitití, después de las naciones aisladas que encontraron los misioneros jesuitas que se arriesgaron por el mismo cauce hacia lo desconocido. Carretera líquida en la época de oro de las lanchas movidas con la fuerza del calor de los calderos y, por siempre, vía principal en el progreso de los pueblos del Beni.

—¡Quieto, negro! ¡Calma, m'hijo! –con voz pausada el amo trata de apaciguar los nervios del brioso animal, que con los músculos en tensión y respirando agitadamente se mantiene quieto solamente porque siente la presión de su amo que se transmite a través de las riendas.

—Ha tenido suerte, patrón –dice uno de los remeros– porque todo el día hemos estado esperando que se calme un poco el viento y las olas disminuyan su altura. Don Remigio que venía de San Ignacio ha tenido que esperar todo el día y recién cuando usted llegó al puerto acabábamos de cruzarlo. ¡Con el Mamoré no se juega!

—Pero como hay luna llena –responde Alfredo– supongo que seguirán trabajando, porque veo que tienen algunos clientes.

—Yo creo que cruzaremos solo los caballos –añade el portero– porque lo que es con los carretones y los bueyes el trabajo es más difícil, así que los dejaremos pa' la madrugada cuando el ambiente esté quieto y no haya oleaje.

Por fin la frágil embarcación llega a la otra orilla después de casi una hora de peligrosa navegación.

—¡Hasta pronto, muchachos! ¡Muchas gracias! ¡La próxima semana estaré de vuelta!

Después de pagar el precio por el trasbordo, Alfredo revisa la cincha de su ensillado, monta rápidamente y al pasitrote se aleja del río.

A medida que avanza hacia la pampa el paisaje va cambiando. Primero llega al rancherío Los Puentes, donde se encuentra con don Julio, antiguo capataz de la estancia de su padre que ahora se dedica al chacarismo para subsistir. Cada semana agarra su vieja escopeta y se interna en el bosque a buscar la carne para su alimento, y si quiere variar de menú, lanza sus anzuelos al Mamoré y ya tiene para preparar su plato de pescado. Una vida sin ideales, sin problemas económicos y preocupándose solamente por trabajar para comer.

El alboroto de los perros anuncia la llegada del viajero y don Julio sale a su encuentro.

—¡Niño Alfredo! ¡Felices los ojos que lo ven! ¡A qué se debe el honor de su visita!

—¡Buenas tardes, don Julio! Aquí me tiene con rumbo a San Ignacio y enrolao en el Ejército.

—Supongo, niño, que se quedará a pasar la noche con nosotros, porque ya el tiempo no le alcanza pa' llegar ni siquiera hasta Tijamuchí.

—Sí, don Julio, le solicito su hospitalidad por esta noche.

—No faltaba más –contesta don Julio, mientras se dirige a desensillar el caballo de Alfredo.

—Deje nomás, don Julio, que ya aprendí a desensillar.

—Entonces le haré invitar un cafecito –y dirigiéndose a su mujer que se encuentra en la rústica cocina le grita–: ¡Eulalia! ¡Vení a saludar al niño Alfredo!

Limpiándose las manos en su vestido y tratando de acomodar su despeinada cabellera sale sudorosa doña Eulalia, una robusta campesina.

—Disculpe, niño Alfredo, que no le dé la mano pero no me dio tiempo de asearme y, como estaba descamando pescado, he salío a la carrera con los gritos de este viejo. ¡Pero qué grata sorpresa que nos da con su visita! ¡Enseguida le preparo un cafecito!

—No se preocupe mucho, doña Eulalia, que hay tiempo pa' tomar el café con calma.

—Enseguidita vuelvo, niño.

Mientras tanto, don Julio le indica a Alfredo un sitio donde puede templar su hamaca y su mosquitero, y espera ansioso que le cuente las novedades de Trinidad.

Los celajes oscuros dan al cielo un aspecto fantasmagórico y semejan montañas haciendo fondo a la pampa apenas iluminada por un sol que se pierde en el infinito. El calor sofocante es una seguridad para los conocedores de la ciencia campesina de que al día siguiente el cielo vaciará su caudal sobre las humedecidas regiones de la cuenca del río Mamoré.

—'Ta fuerte el calor –empieza Alfredo, ya instalado en su hamaca.

—Sí, pero mañana va a refrescar porque seguro que amanece lloviendo… ya son tres días de calor insoportable.

—Ojalá que la lluvia sea con viento pa' que se lleve un poco de mosquitos –comenta Alfredo, mientras se defiende a mano abierta de los aguerridos insectos–. Aunque ya estamos acostumbrados a esta plaga, es un alivio cuando el viento se los lleva. Lo que es en Trinidad, ya no se puede con la proliferación de mosquitos. Eso se debe a que cada esquina

es un barrial que aparte de servir pa' atascadero de los carretones es nido de mosquitos. Con la tumbada de la vieja iglesia pa' construir la nueva catedral parece que todos los murciélagos que había en el techo emigraron hacia el Iténez y ya no hay quién se coma los mosquitos.

—Pero la nueva catedral está quedando linda –le corta don Julio.

—Bueno, es cierto eso, y no podemos negar que es un gran adelanto pa' Trinidad. El año pasado pa' la Navidad se estrenó la catedral con una misa solemne. ¡No había dónde pararse! ¡Vinieron curas de todas partes pa' darle realce! Imagínese, don Julio, lo que está costando esa obra. Solamente pa' que se dé una idea, el cemento lo trasladan desde Inglaterra por la ruta de Manaos.

—¿Y la plaza, la están arreglando? –pregunta nuevamente don Julio.

—Lo que es la plaza, sigue lo mismo, un pajonal lleno de pozos y zanjas donde los sapos y las ranas cada noche hacen un verdadero concierto a manera de retreta, especialmente los días de lluvia. Y no es raro encontrarse el rato menos pensado con alguna víbora que le deja a uno paralizado de susto. Pa' llegar a la plaza cuando llueve hay que cruzar nomás por las muelas de gallo, esos troncos enterrados que con el uso se han vuelto tan resbalosos que hay que hacer verdaderos equilibrios pa' no caerse al barro y ser el hazmerreír de los ociosos que se paran en las esquinas nada más que a ver si alguien se cae.

—¿Y qué otro edificio público más han hecho las autoridades?

—¿Cuánto tiempo hace que usted no va a Trinidad, don Julio? –pregunta Alfredo.

—Ya va pa' cuatro años.

—¡Juju! Entonces usted estuvo cuando inauguraron el hospital Guadalupe.

—Sí, fue el año 29 y yo estuve por allá después de la gran inundación que nos corrió de nuestras casas. El 1° de mayo me tocó la suerte de estar cuando se entregó el hospital.

—Pero lo que usted no sabe –comenta Alfredo– es que ese hospital está tan mal ubicado que cada año se inunda y tienen que sacar a los enfermos a otros locales de emergencia. Cuando bajan las aguas, esas paredes quedan tan remojadas que parecen bizcochuelo. ¡No creo que aguanten mucho!

—Con las inundaciones cada año se repiten los mismos problemas en Trinidad –comenta don Julio, mientras enciende su cigarro en chala acercando un tizón a la cara.

—Sobre eso, el gobierno mandó el año pasado al ingeniero Formerio González de la Iglesia pa' que estudie el problema y proponga una solución.

Después de estar casi dos meses en Trinidad propuso tres soluciones: La primera, trasladar la ciudad a un lugar más alto, que podía ser San Pedro, San Joaquín o alguna otra región que no se inunde. La segunda, rellenar todas las calles aprovechando los camiones que van a sobrar cuando se termine la guerra. Y la tercera, construir un terraplén circunvalante pa' aislar a Trinidad de las aguas de inundación. Parece que esta última solución es la que más ha entusiasmado a las autoridades y, si no fuera porque ahora todo el presupuesto es pa' movilizar el Ejército, ya hubieran empezado los trabajos. Pero yo creo que, cuando se acabe esta guerra, seguro que se soluciona el problema de la inundación de Trinidad.

—Ojalá fuera cierto eso, niño Alfredo –dice don Julio después de haber escuchado atentamente la explicación– porque lo malo que tiene Trinidad es que todos los años se inunda y uno tiene que salir de su casa y trasladarse o a una escuela o a algún edificio que esté en la altura. Por eso la capital del Beni debería ser San Ignacio porque allá no hay inundaciones.

—Así debería ser, don Julio, pero no se olvide que por estar Trinidad cerca del río Mamoré se facilita la vinculación con cualquier parte, cada día hay más vapores y a cuáles más cómodos, que lo llevan desde Guayaramerín hasta Todos Santos…

—Perdone que le corte, niño Alfredo, pero ya que habló de Todos Santos me acordé de mi comadre Estefanía. ¿No la ha visto últimamente?

—Claro que la he visto, no cambia su costumbre de salir con su silla cada noche al corredor de su casa, y las tertulias que se arman son tan entretenidas que cada vez se ve más gente y ya no alcanza su corredor pa' colocar tanta silla y ocupan hasta la calle. Y ahora que me acuerdo, otra cosa que propuso el ingeniero González, que mandaron de La Paz, es que las calles se modifiquen en forma de lomo de pescado y que se tape la zanja que hay al centro de cada calle. Pero yo creo que a nadie le va a gustar tener esa zanja en las goteras de su casa estorbando pa' colocar las sillas de la tertulia y además que, como mucha gente bota basura a esa zanja, hay días que el olor no se puede aguantar, al menos cuando va a llegar el surazo y la temperatura aumenta tanto que no se puede dormir temprano.

—En eso yo tengo ventajas –interviene don Julio– porque aquí a la orilla del río todo el tiempo corre una brisa muy agradable. Lo malo es la cantidad de mosquitos que hay y que ni con el viento se van.

—Eso hay en todo el Beni –dice Alfredo– esa plaga no hay forma de acabarla.

—¿Y la luz eléctrica ya funciona? –pregunta don Julio, deseoso de saber todas las novedades.

—Hay una instalación que funciona a veces, cuando consiguen repuestos pa' los motores que ya están muy viejos y así medio nos alumbramos desde las siete hasta las diez de la noche, que de todos modos es mucho mejor que los faroles de tela e' vaca que había hace unos quince años atrás, o las velas de sebo con que se alumbraban todas las casas del pueblo. Le falta mucho pa' ser un servicio eficiente pero algo es algo y algún día las cosas mejorarán. Lo que anda mal es el sistema de agua potable que se instaló cuando era prefecto don José Cronembold, según me contó mi padre. ¿Usted vio cuando lo estaban instalando?

—Me acuerdo –responde don Julio y después de hacer un poco de memoria continúa–. Fue hace mucho tiempo que llevaron hasta la laguna Loras un caldero que funcionaba a leña y en Trinidad instalaron las cañerías hasta cada una de las pilas que pusieron en las esquinas.

—Bueno, sucede que hace tres años que la Prefectura firmó un contrato con el gringo Yulow pa' que se arregle ese servicio, pero diga que hasta ahora no hay miras de que funcione.

—Todos esos contratos son puro pillerías de las autoridades –le interrumpe don Julio– y al final el pueblo se queda sin agua en las pilas y tiene que comprar la que venden un turriles traída desde la laguna de la pampa o, si no, tomar agua salada de las norias.

—Y otra cosa, don Julio –continúa su narración Alfredo–, hay algo muy bonito y moderno: el reloj público que regaló la señora Ludgarda Suárez viuda de Ortega, que un tiempo estuvo en la heladería del señor Mastodoraki, ha sido colocado en una de las torres de la nueva catedral pa' reemplazar al viejo cuadrante que había en la plaza y ahora ya no es necesario esperar que haya sol fuerte pa' saber la hora. Da gusto escuchar las campanadas, especialmente de noche cuando todo está silencio en el pueblo… lo único malo fue que cuando lo estaban subiendo a la torre de la catedral, por descuido, tumbaron uno de los relojes. Ahora solo quedan solo tres y por eso no hay esfera de un lado.

—Oiga, niño Alfredo, me alegra escuchar todo eso. A ratos hasta me animo a volver a Trinidad pero después la pienso mejor y me quedo nomás aquí tranquilo con mi chaco, mis anzuelos, mis perros y mi escopeta de dos cañones.

—¡Ah! –exclama Alfredo–, me olvidé de contarle lo principal, que es lo que de verdad ha sido un salto en el progreso de Trinidad, y es que la empresa Lloyd Aéreo Boliviano ha instalado el servicio de vuelos cada quince días entre Cochabamba y Trinidad. En menos de tres horas lo llevan a uno, con toda comodidad, hasta Cochabamba, evitando el viaje por agua hasta el Chapare y en mula después durante cinco y hasta

diez días, según la época del año. El pasaje cuesta 300 bolivianos, más o menos el valor de doce novillos, y así Trinidad se ha vinculado con el interior de la República y muy pronto se construirán los caminos pa' llevar el ganado hasta los mercados de La Paz… ¡La verdad es que ya se nota progreso!…

La charla continúa hasta muy entrada la noche. Luego don Julio se despide y solo queda el rumor nocturno haciendo compañía a los pensamientos del nuevo soldado de la patria.



La torrencial lluvia impide continuar viaje muy temprano, y recién después del almuerzo sale Alfredo de Los Puentes, apurando a su cabalgadura a fin de recuperar la mañana perdida. Tiene el plan de ir a dormir a Dolores, estancia muy grande y bien instalada a orillas del río Sénero sobre una loma artificial de las muchas que hay en esa región. Aunque esta estancia queda a un lado de la ruta normal a San Ignacio, le interesa llegar hasta allí a visitar a su tía y de paso ver si se puede notificar a algunos peones para que se enrolen en el Ejército que viajará hasta el Chaco a defender la patria en guerra.

La inmensa pampa muestra su esplendor al caminante y Alfredo siente en sus pulmones un aire más puro que le llena de alegría. Allí, en ese escenario magnífico, canta con toda su energía mientras su caballo inicia un pasitrote para llegar más pronto a su destino.

La Zanja del Recreo aún no mantiene un caudal navegable, sino pequeñas pozas de agua estancada donde los peces agonizantes saltan entre el espeso lodo.

Alfredo observa ese canal artificial que une el río Mamoré con el Tijamuchí en época de inundación y piensa en los hombres que cavaron esa zanja sin poder imaginarse en qué siglo lo hicieron.

Las garzas, los *coto-coloraos*[61] y otras aves zancudas se alimentan felices con los peces moribundos. Al acercarse se oye el batir de alas en retirada y Alfredo observa deleitado el majestuoso vuelo de las blancas garzas contrastando con el pesado decolaje de los *batos*[62] que por su peso necesitan correr varios metros antes de alzar vuelo.

---

61 NE: Aves zancudas de cuello rojo.

62 NE: Parabas, especie de papagayo (*Diccionario de la lengua española*, vigesimotercera edición en línea, Real Academia Española, 2014; RAE de aquí en adelante).

Como la tarde se ha mantenido con un cielo nublado, el caballo no ha sentido el cansancio que normalmente sufre cuando tiene que andar a pleno sol. A las dos de la tarde ya están a orillas del río Tijamuchí.

Alfredo observa la gran cantidad de caimanes, que cual troncos semisumergidos se mantienen al acecho de cualquier presa que caiga en sus fauces. Cavilando, sentado en las raíces de un enorme árbol de la orilla ve llegar, en busca de agua, a una temerosa *hurina* (gacela) que en su ansiedad no se percata del viajero pensativo. Alfredo con mucha cautela se acerca a su caballo y de la montura retira su fusil. El viento está a su favor y, apoyándose en el tronco del árbol, apunta y dispara. El animalito da un salto y cae muerto.

Tras el disparo, salen apresuradamente el portero y otros viajeros que en la banda opuesta se encontraban descansando su siesta. Bajan por la pendiente del barranco y el portero con un ayudante voluntario suben a la canoa que sirve para el trasbordo de pasajeros y carga.

—Buenas tardes, don Alfredo –le dice el portero–, nos asustó con su tiro de fusil.

—No es pa' tanto, Inocencio –contesta sonriendo Alfredo–. Solo se trata de conseguir un poco de carne pa' esos caimancitos que por ahí andan rondando, especialmente pa' tu caimán portero que cada día está más atrevido.

Cuando la canoa ya está cargada con el ensillado y el caballo listo para emprender el nado, Alfredo agarra la gacela muerta y la arroja aguas abajo del río. Se escucha el chapaleo de los saurios que se lanzan tras la carne y rápidamente se inicia la travesía de cruzar el río remando vigorosamente mientras el caballo va nadando sostenido por su amo al lado de la embarcación.

Al llegar a la otra orilla, y sin que haya pasado aún el susto, miran hacia atrás y ven la encarnizada y permanente lucha por la supervivencia.

Al subir el barranco Alfredo se encuentra con tres hombres más, que durante varios días han ayudado al portero a reconstruir la casita rústica que sirve de pascana a los viajeros de San Ignacio, en espera de poder juntarse y formar un grupo que pueda enfrentarse a los toros salvajes que dominan la pampa del Tijamuchí y que son el terror de los caminantes solitarios.

Cuando ven que Alfredo lleva un fusil y un revólver, se sienten con el coraje suficiente para continuar su viaje. Uno de los pasajeros reconoce a Alfredo Añez y hace las presentaciones correspondientes.

—Don Alfredo, buenas tardes –le dice–, qué suerte que usted ha llegado porque ya llevamos seis días esperando aquí sin animarnos a continuar viaje.

—Buenas tardes, señores –contesta Alfredo, observando con atención al que lo saludó tan familiarmente sin acordarse de dónde lo había conocido, y al ver que una mujer sale de la choza exclama–: ¡señora!, disculpe que no la vi.

—Buenas tardes, caballero –contesta la mujer.

—Don Alfredo –dice nuevamente el viajero–, creo que usted no me está reconociendo, yo soy el maestro de la escuela de San Ignacio, mi nombre es Evaristo Méndez.

—¡Ah! –exclama Alfredo, golpeándose la frente con la mano–, ya sabía yo que en alguna parte lo había visto. ¿Cómo le va en su escuela?

—Bueno, como estamos de vacaciones aproveché pa' darme una vueltita por Trinidad. Ahora estoy volviendo antes de que empiecen las lluvias y todo esto se inunde.

—Ha tenido suerte, porque este año se atrasaron las lluvias –continúa Alfredo– y, pasando a otro tema, ¿se animan a seguir viaje ahora mismo?

—Claro –contesta la mujer, que ha estado escuchando atenta la conversación–, si salimos ahurita podemos ir a dormir a la pascana de Ñiacha. Más bien no perdamos tiempo y alistemos las cosas.

La mujer lleva mercadería para vender en San Ignacio. Una mula que estuvo pastoreando tranquilamente cerca del lugar soporta con paciencia el peso de la carga. No tardan ni media hora en ensillar la mula, cargar los bultos de ropa y emprender la marcha.

Alfredo encabeza la caravana montado a caballo, les siguen los cinco viajeros a pie y cerrando la fila va la mula jalada por su propietaria. El fusil, bala en boca, preparado para cualquier ataque de los feroces toros cerriles, es llevado por Alfredo quien mantiene una posición de alerta mientras avanzan entre el ganado que come tranquilamente cabizbajo. La mayoría de los animales, al ver acercarse a los intrusos, se retira con precipitación.

Habían avanzado apenas un kilómetro cuando, al cruzarse con otro hato de ganado, observan que un macho overo negro levanta la cabeza, bufa estrepitosamente, escarba el suelo con las patas delanteras y se lanza al ataque. Alfredo lo ve venir y apunta con el fusil. El disparo asusta un poco a su caballo, que aunque está acostumbrado a esos ruidos no deja de advertir el momento de peligro. La bala atraviesa el ojo del toro enfurecido que, al sentir el impacto, da un brinco y cambia la dirección de su carrera para caer agonizante unos diez metros más adelante. El resto del

rebaño emprende una veloz carrera al escuchar el estruendo del fusil, no sin antes provocar un momento de tensión entre los viajeros que se habían agazapado tras la mula cuando vieron venir al toro salvaje.

Después del susto pudieron llegaron tranquilos a la estancia Dos Islas. Los comentarios continuaron mientras observaban otros hatos de ganado en todo el trayecto.

Saludos al capataz de la estancia, un cafecito con su refresco de achachairú[63] y a continuar el viaje para dormir esa noche en la pascana del arroyo Ñiacha, donde había una casa construida con brazos de prestación vial de los viajeros.

Alfredo se despide de sus nuevos amigos y apura su caballo decidido a llegar hasta Dolores, a orillas del río Sénero, aprovechando la luna llena que esa noche sale bien temprano y permite una claridad casi como de día.

En la pascana del Huírico solo encuentra señales de que alguien estuvo no ha mucho tiempo porque las brasas de la fogata bajo el hermoso tajibo aún no se han apagado y más bien al soplo de la brisa pampeana tratan de reavivar el fuego.

Al llegar a San Andrés se encuentra con un viajero cruceño al que le hacen ruedo los peones mientras habla:

—Después de dos quebrantos –explica eufórico el cruceño– se lanzaron a la carrera mientras las apuestas seguían subiendo de tono porque no se podía, aún en plena carrera, saber cuál ganaría. El colorao que venía a la derecha tenía el peón más liviano, pero el negro le aventajaba en preparación. Yo había apostao al negro porque lo primero que le miré fue a los músculos de las piernas, también otro detalle era que sus muñecas estaban delgaditas, señal segura de que no tenía grasa demás y por último estuve completamente seguro de que el negro iba a ganar porque cuando, al dar la vuelta en el primer quebranto, los caballos se miraron de frente, el colorao agachó la cabeza. Al llegar a la meta el negro le aventajaba con toda la cabeza.

—¿Y usted sabe preparar caballos de carrera? –pregunta uno de sus oyentes.

—Claro –contesta rápidamente–, toda mi vida he pasao entre caballos, y cuando crío uno lo hago con cariño pero sin descuidar la disciplina que es lo más importante. Un caballo gordo, pura manteca, no sirve pa' nada porque no es lo mismo que un novillo o un chancho gordo que van a dar al matadero. El caballo es un animal deportivo y

63 NE: Fruto silvestre de dos semillas con pulpa comestible, de color blanco, con sabor agridulce y cáscara de color amarillo apergaminado.

tiene que estar siempre en estado atlético. A propósito, al pasar por Trinidad me encontré con un tropero al que le aconsejé que se venga con su tropa de caballos hasta San Ignacio y yo creo que va a hacer buenos negocios en esta zona.

Don Lino, dueño de la estancia San Andrés, había estado escuchando callado pero atento toda la charla del visitante. Él también es aficionado a las carreras y cada vez se juega sus billetitos y sus buenos novillos apostando a las patas de sus caballos, solo que últimamente no tiene un buen caballo, por lo que interviene en la charla y pregunta:

—Oiga, amigo, ¿y entre esa tropa no se fijó usted si el tropero trae algún buen caballo cuadrero?

—A mi juego me llamaron –exclama el aludido–. Claro que me fijé porque cuando yo encuentro una tropa no puedo con mi carácter y eso es lo primero que hago. Hay dos, uno blanco brillante que tiene una buena estampa y puede servir pa' su lujo en el pueblo con una buena montura y riendas con argollas de plata, o si no lo puede preparar pa' las carreras porque tiene todas las cualidades necesarias. Pero hay otro colorao cariblanco que no necesita disciplina porque ese debe ser su *tapao*[64] del tropero.

—Gracias por el dato, amigo –dice satisfecho don Lino, mientras se frota los espesos bigotes–. Y a propósito, ¿cuál es su gracia?

—Mi nombre es Lorgio Antelo pa' servirlo, señor.

—Mucho gusto, amigo Antelo, es una satisfacción tenerlo en mi casa.

Ha sido un rato agradable el que ha pasado Alfredo escuchando al cruceño, mientras saboreaba una taza de aromático café ignaciano, tostado en casa a gusto del patrón. Después de agradecer la hospitalidad continúa su viaje hacia Dolores. Ha aprovechado para dejar la notificación a todos los peones de San Andrés para que se presenten en Trinidad a fin de enrolarse en el Ejército y servir a la patria en guerra. Calcula que deben ser cerca de las nueve de la noche y apura el paso porque aún le falta andar casi una legua para poder descansar.

En Dolores ya todos duermen, cuando el alboroto de los perros obliga al capataz a levantarse y recibir al viajero. Reconoce al sobrino de la patrona y le ayuda a desensillar su caballo mientras Alfredo se dirige a la casa grande a buscar alojamiento.

—A ver, Julia, levantate y hacé un cafecito pa' invitarle a Alfredito, traé de ese horneao que hicieron esta tarde…

64 NE: Tesoro oculto.

—No se preocupe, tía –le corta Alfredo–, que en San Andrés ya tomé café hace apenas una hora.

—Si no es por el café, hombre –dice la tía Dolores–, sino por saber las novedades de Trinidad, ya que con el asunto de la guerra eso debe estar que arde de actividad.

—Así es, tía, y esa es la razón principal para que yo esté aquí. Es necesario que envíe a todos sus mozos a Trinidad pa' que se incorporen al Ejército si no quieren ser declarados remisos o desertores.

—¡Pero, hijo! –exclama la señora Dolores–, ¿y quién se va a encargar de las estancias si los hombres se van a la guerra? El ganado que tanto trabajo ha costado amansar se volverá cerril otra vez.

—Mire, tía, usted mande nomás a su gente y si puede acompañarlos hasta Trinidad va a ser mejor. Allá usted le explica al general Román el problema y le pide que a uno de cada cuatro de sus mozos se lo declare en comisión pa' que le ayude a mantener la estancia. Yo he sabido que otros ganaderos con establecimientos grandes así lo han hecho, incluso a la Casa Suárez le han permitido dejar un 25 por ciento de su personal en comisión. En una semana yo estaré de vuelta y la puedo acompañar.

—Gracias –le dice la patrona de la estancia–, esperaremos tu vuelta y nos iremos todos juntos –y después de meditar un rato continúa–. Esta guerra será un desastre pa' la ganadería… con lo que cuesta luchar contra las inundaciones, las sequías y últimamente dicen que se ha presentado en algunas estancias la peste de caderas pa' completar los problemas. Yo creo que de aquí no levantamos cabeza… en fin, que Dios y la Virgen nos amparen de tanta catástrofe…

—Señora, el café ya está servido –le interrumpe la sirvienta.

—¡Oh! –exclama doña Dolores como despertando de un sueño–, me había olvidado del café. Pasemos, Alfredito, olvidémonos un rato de las cosas malas y contame algo de los amigos, y de lo que haya cambiado en Trinidad, si siguen realizándose esos hermosos bailes a todo lujo, porque lo que es yo, hace como diez años que no salgo de aquí… ya me he olvidado de todo eso.

Casi una hora duró la charla porque doña Dolores quería saber todas las novedades y preguntaba una cosa y otra. Por fin, al ver que los bostezos de su sobrino son cada rato más seguidos, le dice:

—Bueno, Alfredito, quedamos en que en una semana nos vamos a Trinidad. Yo creo que madrugarás mañana pa' continuar tu viaje.

—Así es, tía –le contesta Alfredo–, con su permiso me voy a acostar porque estoy un poco cansadito. ¡Que pase buenas noches!

—¡Que descanses bien, hijo! –le contesta la anciana, mientras permanece sentada absorta en sus pensamientos. Recuerda la época en que previo pago al Estado podía amansar todo el ganado que quisiera. A su mente vuelven las escenas de una mujer amazona que con su cabellera al viento y lazo en mano había cabalgado por esas pampas mejor que cualquier vaquero de la región. Le habían apodado *La Gaucha* por su ascendencia argentina.

Recordaba las veces en que había ido personalmente a observar, tanto en época seca como en época de inundación, los sitios donde se debía ubicar los puestos ganaderos. De tres a cinco años duraba esta observación. Las alturas debían tener agua en época seca. Mejor si había una laguna. Pero eso sí, los puertos tanto del río como de las lagunas no tenían que ser atascaderos del ganado. Y los salitrales también eran muy importantes porque eran los sitios preferidos de los animales.

Una sonrisa asoma a sus labios al recordar los consejos que una vez le diera a su hijo:

—La mejor estancia no es la que tenga alturas ni bajuras ni arrocillo ni camalote, sino aquella que tenga buenos vecinos.

Por esa época tenía más de 30.000 cabezas de ganado manso y doña Dolores Alvarado de Ávila podía considerarse feliz de haber cumplido su misión en el paso por la vida.

A las cinco de la mañana ya es de día en esa época del año. Alfredo emprende la travesía nuevamente. Pasa por San Pedro, Las Abras, San Lucas, Sipocure, Samayairi y desvía su camino para entrar al establecimiento agrícola ganadero La Casualidad.

Don Francisco Rivero, en persona, sale a recibirlo con un fuerte abrazo. Es cerca del mediodía y la jornada ha sido bien aprovechada. Ha recorrido cinco leguas en toda la mañana. Su caballo se nota cansado. Decide quedarse hasta que baje el sol para continuar viaje al atardecer y vencer las tres leguas que le faltan. Alguna vez, cuando era muchacho, había visitado el establecimiento acompañado de su padre y se había quedado varios días impulsado por la hospitalidad que le brindaban los dueños de La Casualidad.

—Pasá, Alfredito –le dice paternalmente el señor Rivero–. Vení a tomar un aperitivo antes de servirnos el almuerzo.

El edificio principal de la hacienda tenía techo de teja, cosa rara en la región donde casi todas las casas se techaban con hoja de palmera

motacú. Solo en Dolores y La Casualidad tenían la casa grande con techo de tejas.

—A manera de conocer las noticias de Trinidad y de la guerra te invitaré un macerado de alcohol y toronja, ¿o preferirías un *jarubichi*[65] de la molienda? –añade riendo por el último ofrecimiento.

—Yo prefiero un refresco –responde Alfredo tomando asiento en una cómoda mecedora tejida en Belém do Pará (Brasil).

—Avelino se fue ayer a San Ignacio –empieza don Francisco–, seguro que lo encontrarás por allá. Pero ¿qué te trae por estos trechos tan alejados del mundo?

—Mire, don Francisco –empieza Alfredo–, la misión que traigo es, aparte de visitar a los amigos, estrictamente militar ya que estoy enrolado en el Ejército y se me ha encomendado notificar a todos los establecimientos agrícolas y ganaderos pa' que envíen a todos los que estén comprendidos en este llamamiento.

Y alcanzándole el documento militar continúa:

—Tengo además la orden de enviar víveres de las haciendas agrícolas incluidas en esta lista pa' pagar con estos bonos del Ejército, mientras desde el gobierno nos envían el dinero necesario.

—En cuanto a lo primero –dice Rivero– no va a haber ningún problema, los enviaremos en unos dos o tres días, apenas cumplan ciertas labores que hay que dejar concluidas. Pero en lo de los víveres no es necesario que me dejés ningún bono porque los que no podemos defender la patria peleando lo menos que podemos hacer es enviar alimentos pa' que los más jóvenes puedan luchar sin morirse de hambre.

Algo más de una hora estuvieron conversando hasta que una muchacha, criada en la casa, les anuncia que el almuerzo ya está servido.

—He hecho matar una mamona pa' que comamos unos costillares, porque en estas ocasiones hay que comer carne tierna –explica don Francisco, mientras se acomodan en el comedor.

—Está muy bien preparada –comenta Alfredo al saborear la carne–. Después de este banquete se impone una siesta pa' ayudar a la digestión.

—Estás en tu casa, Alfredito, te tomás un buen cafecito y podés instalarte en una de esas hamacas que hay en el corredor porque ahí corre la brisa y no se siente el calor.

—Gracias, don Francisco, con su permiso –dice Alfredo después de servirse el café.

---

65 NE: Desecho del procesamiento de la caña.

A las cinco de la tarde, el viajero se despide del dueño de casa y continúa su camino hacia San Ignacio. Ya la ira del sol se ha aplacado un poco y su caballo ha pastoreado un buen rato. En Alta Gracia y Siriupaja apenas ha parado a saludar a los pobladores y hacerles conocer el llamamiento. Son más de las ocho de la noche cuando las primeras casitas del pueblo alumbradas débilmente con velas de sebo asoman, como si fueran luciérnagas, al dar la última vuelta del camino.

¡San Ignacio! Con su pintoresca torre de adobes y horcones labrados de madera cuchi,[66] donde se lucen las sonoras campanas fundidas en la Misión de San Pedro por los industriosos canichanas,[67] al mando del gran cacique Juan Maraza. Su iglesia edificada sobre una loma artificial rodeada por gruesas vigas de madera incorruptible, que a manera de muro de sostenimiento evitan que las lluvias erosionen la tierra amontonada, se erige imponente para mostrar al pueblo de los *cañacures*[68] que Dios está por encima de los hombres y su casa tiene que ser la que resalte sobre las demás.

Las casas solo cubren las cuatro aceras alrededor de la plaza y después, una que otra rústica vivienda rodeada de árboles frutales forma la zona suburbana.

Desde la torre de la iglesia el panorama es asombroso, al menos si uno dirige la vista hacia la hermosa laguna Isirere.

De madrugada, Alfredo despierta bruscamente porque de todos lados se escucha golpear una madera contra otra como si se estuvieran transmitiendo mensajes con tambores en la selva. Son las indígenas que están desmotando el algodón para preparar con sus husos de chonta[69] el hilo necesario para tejer hamacas, alforjas, tela para camisetas y también para hacer esas pequeñas alfombras que usan para hincarse en la iglesia, ya que los reclinatorios solo se permiten a las señoras de la sociedad ignaciana. Siempre le gustó despertar con el ruido de las desmotadoras de algodón.

---

66 NE: Árbol de madera muy dura y resistente, que se usa sobre todo en construcción.

67 NE: Pueblo de tierras bajas, emplazado originalmente en la orilla derecha del río Mamoré.

68 NE: Grupo étnico de la familia lingüística de los arawak que, juntamente con otros, formaron parte de la misión jesuita llamada San Ignacio de Mojos fundada en 1689.

69 NE: Árbol que constituye una variedad de palma espinosa y cuya madera, fuerte y dura, se emplea en bastones y otros objetos de adorno por su color oscuro y jaspeado (RAE).

Después de vestirse se dirige a la casa del Alcalde y le explica su misión de reclutamiento.

—Mirá, Alfredo –dice el Alcalde–, lo primero que haremos será llamar a una reunión general. Ordenaré que las campanas toquen a rebato pa' reunir a todo el pueblo –y pensándolo un poco añade–. Mejor vamos caminando hacia la iglesia y buscamos al sacristán.

—¡Vamos entonces! –contesta Alfredo.

Al entrar a la iglesia aspiran un olor característico.

—¿Qué es lo que produce esa fragancia? –pregunta Alfredo.

—Es la albahaca –le contesta el Alcalde– que todos los miércoles y los sábados las mujeres traen como alimento para el Santo San Ignacio, y esa flor de pajarilla (ceibo) que se ve allá es el ají.

El sacristán vive al lado de la iglesia y le sirve de cuidador. El Alcalde le explica los motivos por los que se necesita tocar las campanas y al rato el tañido insistente rompe el silencio habitual de la tranquila villa de San Ignacio de Mojos.

De todos lados van saliendo los moradores del pueblo y sus alrededores, alarmados por el llamado angustioso de las campanas. Cuando se ve un buen número de habitantes reunidos, el Alcalde hace la presentación del enviado del general Román y después de tocarles la vena patriótica los insta a cumplir con su deber como bolivianos.

Poco es lo que puede añadir Alfredo y al concluir la reunión queda organizado el Comité de Reclutamiento formado por los que por su edad ya no serán llamados a filas.

Después del almuerzo, Alfredo ensilla su caballo y atraviesa el monte de San Ignacio hasta salir a las pampas del Apere. Al sentir al olor de la casa, su caballo inicia una serie de relinchos tratando de expresar de esa manera su alegría y esperando que de un momento a otro le contesten el saludo desde la estancia El Chiverío.

Durante tres días hay actividad en la estancia.

—Marcial –ordena Alfredo–, que vaya un *propio*[70] en canoa notificando a todos los que viven a orillas del río Apere. Mandá a alguien convencedor pa' que no se les ocurra esconderse en el monte y quedarse como emboscados. Y que me los notifiquen a Crisanto Jare y a Eusebio Nálema pa' que se vengan a acompañarte y a ayudarte mientras nosotros estemos en la guerra, porque a ellos no les toca el llamamiento.

—'Ta bien, patrón –contesta automáticamente el capataz, sin creer aún la noticia de que todo el esfuerzo que desplegaron durante los últimos años

70 NE: Mensajeros en comisión que se movían por arterias fluviales.

por formar una estancia se va a perder por falta de brazos para *vaquear* el ganado y que va a tener que ver cómo día a día sus vaquitas se irán alejando hasta volverse cerriles nuevamente. Con sus dos ancianos ayudantes y algunas mujeres podrán mantener solamente unas lecheras para proveerse de alimento. Mientras dure la guerra, no habrá quién vaya hasta Trinidad. Habrá que economizar la pólvora y los perdigones de su vieja escopeta porque va a ser difícil reponer las municiones. Y de los trapos para la ropa habrá que cuidar y remendar lo que tienen hasta que se pueda conseguir algo en San Ignacio.

—Mañana temprano saldrá el primer contingente. Caminando rápido, en tres días pueden estar en Trinidad. Hay que repartir entre sus familiares los víveres necesarios pa' que aguanten hasta la primera cosecha. Yo saldré pasado mañana a caballo y los alcanzaré por el camino.

En el viaje de retorno va empujando a la gente movilizada y haciendo enviar víveres para el Ejército. Al llegar a San Andrés se encuentra con don Lino, que está estrenando un hermoso caballo blanco con montura mexicana y riendas con argollas de plata. ¡Todo un lujo!

—Felicidades, don Lino –dice Alfredo después de los saludos–. Veo que los arrieros cruceños hicieron negocio al pasar por aquí.

—Claro que hicieron negocio los muy pillos –le contesta el ganadero–. Tuve que pagar cien novillos gordos por el cuadrero y después me enteré de que el tal Antelo había sido socio de ellos, que se había adelantado pa' ir haciéndole propaganda a los caballos. Por un lado, el caballito es lindo y tiene buena estampa, pero creo que pagué mucho por él y había que escucharlos a los muy sinvergüenzas cuando les pregunté si lo vendían:

—No podemos –me dijeron– porque lo estamos reservando pa' nuestro regresero. Usted no puede pagar el precio que vale.

Y cosas así por el estilo, hasta que yo me empeciné y pagué lo que me pidieron.

—No se queje, don Lino –dice riendo Alfredo–. ¡A lo hecho, pecho! Total, ahora que es suyo mándese la parte porque el animal es más elegante y de repente puede desquitar algo de lo que pagó si lo mantiene con entrenamiento y lo lleva a las carreras.

—Eso pienso hacer –dice don Lino–. Y, en cuanto a la gente que ha estado llegando, no te preocupés, Alfredito, que yo te los voy a empujar y junto con ellos enviaré los víveres que se me han solicitado.

Luego pampa, monte, pampa, río y el azul del horizonte que Alfredo trata de grabárselos en la memoria para que cuando se encuentre entre los espinales del Chaco esa visión sea un motivo más para defender con ahínco su vida, pensando en su hermosa tierra que lo estará esperando

con su inmensa riqueza ganadera y sus fértiles campos, que serán en un futuro la reserva alimenticia de Bolivia.

Después de presentarse al cuartel y dar el informe de sus actividades, empieza la instrucción militar intensiva.

La Compañía 21 será la última en movilizarse porque el general Román quiere que sus efectivos sean preparados como oficiales para formar un regimiento solo con soldados benianos y del territorio de Colonias. ¡Vana ilusión! Antes de llegar al frente de batalla ya los benianos estaban repartidos en todos los demás regimientos.

Diario de viaje del soldado Alfredo Añez de la Compañía 21

Domingo 4 de febrero de 1934

9:00

Es un espectáculo impresionante y emotivo el que se ve en el puerto Esquina Barrios del arroyo San Juan, donde estamos embarcando en distintas canoas para partir rumbo al Gran Chaco a defender la patria. Una multitud de gente que forma una sola masa se confunde con nosotros en cariñosos abrazos y llantos de despedida.

Cuando se dio la orden de salida, las novias y esposas de muchos de los compañeros, con el agua a la cintura, no querían soltarse de las canoas. Luego se vio infinidad de pañuelos que flotaban en las aguas en señal del último adiós.

El viaje en canoa por el arroyo San Juan duró cinco horas hasta la desembocadura en el río Ibare. Desde una de las canoas se escuchan las notas de la banda de músicos "Oriental" mientras una botella de alcohol rebajado con agua circula de mano en mano para disipar, o por lo menos adormecer, en esta forma la profunda tristeza y emoción que embarga nuestros corazones al alejarnos de nuestras familias, de los seres tan queridos, de nuestra tierra amada y de todo lo que hasta hoy fue la razón de nuestra existencia.

14:00

En la boca del arroyo nos espera el vapor *Luis Antonio* para trasbordarnos y seguir la marcha. Desembarcamos en la orilla y, después de que nos hicieron formar en círculo, el señor Prefecto del Departamento, don Carlos F. Garret, se intercaló entre nosotros y emocionado hizo un discurso de felicitación y despedida. Le agradeció a nombre de la Compañía 21 nuestro comandante, doctor Zenón Sandi. El teniente coronel Crespo también habló para darnos con sus palabras un poco de valor y resignación, exaltando el espíritu patriótico de los soldados. De entre la

tropa dio un paso al frente el sargento Gilberto Roca, que a nombre de los movilizados agradeció las palabras de las autoridades.

El pito de la lancha nos asustó un poco y la actividad empezó nuevamente cuando dimos el último abrazo a nuestros familiares y amigos que nos acompañaron hasta allá.

15:30

Embarcamos, largaron cables y empezó la navegación por el tranquilo río Ibare. Los ánimos ya se han calmado un poco, la charla es animosa y cada uno desahoga un poco su tensión de nervios recordando o contando anécdotas de su vida y de sus hijos. Nadie quiere hacer mención de la guerra.

24:00

En la oscuridad de la noche, al encostar, se escucharon los lamentos de los habitantes del puerto de San Antonio de Loras al despedir a algunos movilizados. Luego, aunque un poco incómodos, pudimos dormir un rato después de que nuestros oídos se acostumbraron al golpeteo de las olas del caudaloso río Mamoré sobre el casco metálico de la lancha.

Día 5 de febrero

Hemos navegado toda la noche y al despertar nos hemos encontrado con el cielo nublado. A las 8 cayó un aguacero que duró más de media hora, pero después las nubes negras se fueron hacia otra zona.

10:15

Tenemos a la vista el puerto de Limoquije, donde el señor Mariano Méndez Roca tiene amarrado un hermoso novillo que ha obsequiado a la Compañía 21. Bajamos a tierra donde el señor Méndez nos espera con caballos y carretones para invitarnos a visitar su hacienda. En todo el trayecto vamos atropellando agua y barro. Unos van a pie y otros a caballo. Los carretones se han quedado en el puerto. En la casa, la señora de don Mariano nos invitó un rico cóctel como aperitivo mientras esperábamos el almuerzo que resultó excelente. Había carne en abundancia. Comimos y retornamos al barco inmediatamente.

14:30

El señor Méndez nos acompañó durante una media hora y luego se regresó en su canoa, que venía de remolque de la lancha. Cariñosa

despedida de nuestro amigo Malaco Méndez, hijo del propietario de la hacienda Limoquije.

17:30

Al llegar al puerto de Torno Largo nos esperaba su propietario, el señor Manuel Melgar, con una mamona que inmediatamente fue embarcada para tener reserva de carne. Fuimos invitados a bajar y a visitar su casa, donde nos servimos un refresco de tamarindo. Nos llamó la atención que haya podido conservar el tamarindo desde agosto. Algún día, si vuelvo, le preguntaré cuál es el secreto. También nos regalaron una *tablilla de leche*[71] a cada uno. Permanecimos una hora y media en la casa y luego nuevamente emprendimos el viaje. La noche era sumamente oscura y tempestuosa. A lo lejos se veía la tormenta con sus relámpagos cual si fuera una fiesta con luces de bengala. Se oyen los gritos de los marineros y la campana de marcha y contramarcha suena insistentemente. Nos hemos salido del cauce y estamos en una laguna donde la vegetación acuática no deja avanzar al barco. Hemos dado vuelta, retrocedemos y por fin volvemos al Mamoré.

Día 6 de febrero

Al clarear el día, despertamos al sentir que la lancha había encostado. Observamos a los marineros formando cadena para cargar la leña que se encuentra apilada en la orilla. Algunos voluntarios colaboran. Se nota que el día va a estar despejado.

10:30

Nuevamente la lancha ha encostado, esta vez en el puerto de la barraca del señor José María Vásquez donde se carga más leña. Aprovechamos para bañarnos mientras otros juegan a la taba en la orilla. Todos están entusiasmados con el viaje como si no quisieran acordarse del sitio a donde hemos sido destinados. Después de una hora de descanso, suena la corneta llamando a formación y a continuar la navegación.

12:30

El río Grande, que tanto da que hablar en el camino a Santa Cruz por Guarayos, aquí se lo ve tan tranquilo que parece un arroyuelo al

71 NE: Postre tradicional del oriente boliviano, hecho a partir de leche, harina, azúcar y canela en polvo.

desembocar en el majestuoso Mamoré. Estamos en Puerto Esperanza y hemos encostado para dejar a Antonio Velasco, comandante de la lancha, que tiene que regresar en una pequeña embarcación acompañando a su señora que ha retornado de La Paz. Algunos tratan de jugar nuevamente a la taba pero la gran cantidad de mosquitos no permite quedarse en la orilla. Por lo menos en el barco corre una brisa que espanta la mosquitera.

14:15
El viaje continúa rumbo al Sur.

17:00
En una curva del río nos encontramos con la lancha *Estrella del Oriente* que viene de Todos Santos. Los dos vapores encostan y aprovechamos para comprar algunas cositas en el almacén de a bordo. Saludamos a algunos amigos y conocidos. A poco de reanudar la marcha encostamos en Puerto Alegre para alzar un poco de leña.

Nuevamente aumenta la presión del caldero para mover las paletas que impulsan el barco.

21:00
Llegamos a la boca del río Chapare y continuamos la navegación por el río Chimoré. Mientras tanto, nosotros aprovechamos para descansar un poco. Los que dirigen el derrotero continúan firmes en su puesto del deber, toda la noche.

Día 7 de febrero

Otra vez amaneció nublado y a las nueve de la mañana un fuerte aguacero con viento nos sacó de nuestras posiciones y nos obligó a acurrucarnos en la proa de la embarcación.

10:00
Encostamos para aprovisionarnos de leña. Mientras cargan las astillas, ha ido disminuyendo la lluvia. Continuamos viaje y el día se va componiendo.

17:30
Tenemos al frente la desembocadura del arroyo Muiva. En la orilla nos invita a hacerle compañía el vapor *Rodolfo Araúz* que retorna del campamento Ichoa, después de haber dejado contingentes movilizados.

Saludos al escaso personal que retorna y luego a nuestros puestos sobre cubierta para seguir el viaje.

Día 8 de febrero

Al amanecer hemos encostado en otro puesto de leña. Nos llama la atención que, a medida que avanzamos aguas arriba de este río, aumentan las palizadas que entorpecen la navegación.

17:30

Después de un día monótono llegamos a la boca del río Sacta y continuamos *arribando*.[72]

Día 9 de febrero

Hemos navegado toda la noche y, como ya nos estamos acostumbrando al vaivén del barco en movimiento, el descanso durante la noche se hace más placentero.

7:00

Formamos en cubierta y nos pasan revista por si alguien se hubiera caído mientras dormía. Y eso no es nada raro, porque en el vapor *Rodolfo Araúz* estaban llevando con la pierna rota al viejo Sosa que se había caído en el viaje de ida del mismo barco mientras dormía y al caer se rompió la pierna, pero aun así pudo nadar hasta la orilla donde lo habían encontrado para llevarlo a Trinidad y poder avisar por radio a San Carlos, ya que en la Compañía 11 lo habían declarado desertor.

9:00

Hemos llegado al campamento Isarzama en la desembocadura del río del mismo nombre. No teníamos nada que hacer en ese campamento por lo que se continuó la marcha. El río Ichilo, que es el que estamos *arribando*, tiene bastante agua con un turbión que acaba de llegarle.

15:45

Estamos pasando frente a Puerto Dorado y desde la orilla nos saludan cinco soldados que por suerte han conseguido quedarse en retaguardia,

72 NE: Navegando contra la corriente.

aunque sus conciencias de patriotas les estén martillando para que continúen viaje hacia el campo de batalla.

16:45

El campamento Víbora está a la vista, pero como tenemos leña suficiente seguimos de largo.

22:00

La lancha se ha detenido en el campamento que está en la desembocadura de un río que resultó ser el Ichoa. Hemos aprovechado para lanzar la *liñada*[73] y pescar un poco. No es mentira la fama que tiene el río Ichilo y su gran riqueza en peces. Hemos sacado en cantidad suficiente como para comer pescado por tres días.

Día 10 de febrero

A las cinco de la mañana zarpó nuevamente la lancha *Luis Antonio* y esta vez el viaje fue sin etapas durante nueve horas de marcha consecutiva hasta que en un recodo del río pudimos divisar el campamento Grether.

14:00

La alegría de ver caras conocidas indujo a Serafín Rivero a gastarle una broma a su amigo el Comandante de Puerto, subteniente Heraclio Melgar, que consistió en ponernos a todos de acuerdo en omitir el saludo militar y simplemente darle la mano. No le gustó el chiste y nos castigó. Inclusive quería despacharnos adelante esa misma tarde. Nuestro comandante, doctor Zandi, ha intervenido en el asunto y, calmados los ánimos, saldremos recién mañana.

Día 11 de febrero

A mucho ruego nos han permitido quedarnos hoy día en Puerto Grether. De paso hemos aprovechado para festejar el primer día de carnaval pensando que tal vez sea nuestro último carnaval y con este motivo nos tomamos una botella de alcohol rebajado. El Comandante de Puerto sigue bravo con nosotros.

---

73 NE: Conjunto de hilo de pesca, plomada, anzuelo y una lata vacía. La "línea" se enrolla en la lata y forma la "lineada".

Día 12 de febrero

Salimos de Puerto Grether a las nueve de la mañana con la mochila a la espalda. Después de caminar como unas tres leguas atravesando en su mayor parte barro y agua que no bajaba de la rodilla y a trechos de la cintura, pudimos llegar a eso de las dos de la tarde al campamento El Carmen, donde nos quedamos a pernoctar.

Día 13 de febrero

La jornada de este día fue similar a la de ayer, aunque el camino estaba en pésimas condiciones. Además de esto, se cernía sobre nosotros una fuerte lluvia que hacía más resbaloso el piso, lo que nos impedía una marcha normal. Por fin a eso de las 11 y 30 llegamos al campamento Yacuma en el río Moile, donde almorzamos y donde también, rendidos por la caminata, nos quedamos a dormir.

Día 14 de febrero

Esta vez hemos madrugado y sin tomar desayuno empezó la travesía que duró hasta las nueve de la mañana llegando, después de caminar dos leguas, al campamento Trinidad o Tacú, donde el jefe de campamento, Fabián Carranza, nos esperaba con una res descuartizada y nos atendió muy bien con el rancho. Apenas almorzamos y después de andar dos leguas y media por camino más firme, llegamos al campamento Riberalta más o menos a las cuatro de la tarde, donde nos atendió el sargento Leandro Pedraza.

Día 15 de febrero

A las seis de la mañana, y después de tomar un rápido desayuno, continuamos la caminata recorriendo dos leguas hasta el campamento Víbora, para ir a pernoctar una legua y media más adelante a orillas del arroyo Ichore o campamento Iténez, donde nos esperaban con dos turriles de chivé[74] preparado con agua y *empanizado*,[75] y donde el jefe de campamento, Elector Jiménez, nos atendió muy bien.

---

74 NE: Refresco preparado a partir de harina tostada de yuca.

75 NE: Confite hecho de chancaca con almendras y nueces, típico de las regiones del oriente (RAE).

Día 16 de febrero

La jornada de hoy empezó a las seis de la mañana y se recorrieron cuatro leguas antes de llegar al campamento Yapacaní, más o menos al medio día. El sargento Medeiros, a cargo de este punto, no obstante decir que era evacuado, ignoraba el trato que debían dar a los soldados. En primer lugar, ni agua nos hizo poner para lavarnos, peor ofrecernos rancho.

El río estaba a unos 500 metros y allá nos dirigimos para el aseo. Varios soldados trataron de cruzarlo a nado y, como consecuencia fatal, murió ahogado el soldado Cleto Tibi. Fue la primera baja de la Compañía 21. Los demás fuimos cruzando de a poco en una pequeña canoa. Continuamos viaje y después de andar dos leguas y media llegamos al pueblito de San Carlos, donde fuimos recibidos por el comandante de Guarnición de ese pueblo, don Carlos Loaiza.

Día 17 de febrero

Permanecimos en descanso. Algunos aprovecharon para ir a Buena Vista en busca de aventuras. Teníamos la puerta franca hasta las 21 y 30.

Día 18 de febrero

Todo el día tuvimos instrucción militar en la plaza del pueblo.

Día 19 de febrero

Continuó la instrucción.

Día 20 de febrero

Solamente hasta el mediodía hice instrucción porque por la tarde salí en comisión a Santa Rosa en compañía de Rómulo Llanos y José Méndez. Ese día caminamos hasta donde se nos entró la luna, o sea, a orillas del río Palacios.

Día 21 de febrero

El río estaba lleno, tuvimos que cruzar a nado. A las ocho de la mañana llegamos a Santa Rosa y estuvimos haciendo averiguaciones para

saber dónde conseguir víveres para la tropa. Yo seguí viaje hasta Taca a saludar a una hermana que vive en esas regiones.

Día 22 de febrero

Hoy nos han informado sobre un cargamento de arroz que está de viaje hacia San Ignacio y, después de confirmar los datos, hemos salido con el sargento Llanos en persecución de los carretones.

Día 25 de febrero

Recién en San Ignacio de Velasco pudimos alcanzar a los carretones, cuyo cargamento decomisamos y hoy estoy retornando a San Carlos escoltando la caravana.

Día 26 de febrero

A las diez de la mañana entregué el arroz a la Intendencia de Guerra de la guarnición y por la tarde, acompañado del cabo Rivero, partí otra vez hacia Santa Rosa en busca de reses para el abastecimiento. Recorrimos toda la zona durante varios días. Fuimos hasta Palometa, de donde recogimos algunas cabezas, luego a Loma Alta. Juntamos diez reses que arreamos hasta San Carlos. Al día siguiente me comisionaron a perseguir a un anciano al cual se sindica de ser espía paraguayo y al que encontramos en Flores, desde donde lo trasladamos como prisionero.

Parece que el comandante de la Guarnición no quiere que yo haga instrucción militar porque más tardé en llegar que en salir nuevamente en comisión, esta vez junto con 20 hombres al mando del sargento Méndez, a reclutar emboscados. Recorrimos toda la región. Después de cuatro días tuve que retornar a San Carlos acompañando a un soldado enfermo de pulmonía. Volví a Santa Rosa en diferentes comisiones y recién el 16 de abril salí rumbo a Portachuelo. Ya me había olvidado de que tengo que marchar hacia el campo de batalla.

Día 17 de abril

Caminando llegamos hasta Montero y de ahí en camión hasta Santa Cruz. Como estaba ya desvinculado de mi compañía, decidí emboscarme y me escondí en casa de unos familiares. De noche salía junto con otro compañero a conocer la ciudad y alegrarme un poco. Después de tres

días de libertad me encontré con unos amigos que me convencieron de que me presente a la Comandancia para evitar un proceso de guerra por deserción. Al día siguiente me presenté.

Día 22 de abril

Hoy, antes de salir hacia Charagua, sucedió un caso que merece anotarse. En el cuartel me dieron una cama al lado de la del sanitario Campos y por eso nos hicimos amigos.

Por la mañana entró el teniente Abraham Hurtado y revisando el equipaje de cada uno descubrió en la mochila del sanitario una botella de alcohol que tenía junto a algunas medicinas. El teniente no quiso comprender que tenía la botella como parte de su trabajo y, después de insultar a Campos, lo agarró a patadas en forma abusiva. El sanitario no se defendió por no faltar a un superior, pero yo no me aguanté y salí en defensa de mi amigo atacando al teniente.

Eso me valió la enemistad del individuo y el arresto apenas llegamos a Charagua.

Día 28 de abril

Salimos de Santa Cruz el 22 de abril a las 10 a.m. y llegamos al río Grande a horas 20 en una columna de diez camiones, integrando el Destacamento Lanza. Al día siguiente reanudamos el viaje bien temprano llegando a Charagua a horas 15 e inmediatamente fui conducido a un calabozo por orden del teniente Hurtado, donde llevo ya cinco días sin saber qué va a ser de mi suerte. Hoy me visitó el secretario de la Guarnición, Miguel Rea, quien me comunicó que se había elevado mi expediente al Alto Mando, donde se me había juzgado por insubordinación, rebeldía y por ser un individuo opositor a la política del gobierno. Como el Alto Mando no tiene tiempo para investigaciones, dice que ha llegado la orden de fusilamiento, y aunque no son muy alentadoras sus noticias, le agradecí su preocupación. Yo estaba asustado y cuando observé la luz de la ventana calculé que serían las seis de la tarde más o menos. Seguramente que en la noche me sacarían para fusilarme. Al rato se me ocurrió mover la cama para alcanzar la ventanilla alta que servía de iluminación al calabozo y, como las paredes eran de tabique y barro, con un poco de forcejeo pude aflojar todo el marco y salirme por el agujero. Seguí por los techos del vecindario y llegué hasta el poste de luz que había en la esquina, que me sirvió para bajar. Ni había pisado tierra cuando sentí el fusil del guardia que estaba en el corredor de esa esquina.

—¡Alto! ¡De dónde viene! –fue la voz que escuché a mis espaldas. Yo primero no atinaba a responder por el susto, pero luego me animé y le conté que era un prisionero que por abusos del teniente Hurtado iba a ser fusilado sin proceso. Seguramente vio en mi cara la desesperación, porque me dijo: –Le creo, yo no he visto nada así que desaparezca antes de que venga alguien.

No esperé la segunda invitación y fui a refugiarme a la última casita del pueblo, donde una anciana me invitó un mate que parecía de té o paja cedrón endulzado con empanizado. No me animé a caminar de noche por la selva por lo que le pedí hospitalidad por esa noche. Me acomodé en un rincón y con unos trapos que me prestó la viejita para que me sirvan de almohada me dormí inmediatamente.

Día 29 de abril

No había amanecido aún cuando abandoné la casa. Le agradecí a la anciana y me marché, pero en vez de dirigirme hacia Santa Cruz, donde seguramente me buscarían, enfilé mis pasos hacia el frente de batalla.

Había caminado una media hora cuando escuché el ruido de camiones. Inmediatamente me escondí a un lado del camino pensando que serían mis perseguidores, pero al pasar el primer camión escuché voces de gente oriental. No esperé más e hice señas al segundo camión.

—¡Qué pasa! –me gritó el chofer, contrariado.

—¡Me caí del primer camión! –le contesté también a gritos para hacerme oír.

—¡Suba rápido! –me ordenaron desde la cabina.

Era otra compañía de benianos que entraba a la guerra. Encontré a varios amigos, que me hicieron un lugar en la carrocería del camión y así llegué al frente de batalla sin documentos.

Al mediodía llegamos al fortín San Francisco. Enseguida llegamos al río Parapetí, donde se facilitó el paso del camión por el río con la ayuda de dos yuntas de mulas y la fuerza de todos nosotros.

Después de media hora de viaje llegamos al puesto de gasolina Casa Alta. Paramos diez minutos y continuamos la marcha llegando a eso de las dos de la tarde al fortín Santa Fe, donde después de un ligero almuerzo nos entregaron fusiles, bayonetas y municiones, todos flamantes y recién desencajonados. Ya con ese armamento nos sentimos un poco más seguros de poder repeler cualquier ataque del enemigo. A las cuatro de la tarde subimos nuevamente a los camiones y después de viajar toda la tarde

llegamos a las nueve de la noche al fortín 27 de Noviembre, donde nos quedamos a dormir.

Día 30 de abril

Después del desayuno continuamos viaje. A eso de la una de la tarde llegamos a un puesto de auxilio, donde no había ser viviente y donde encontramos agua para calmar la sed y engañar un rato el hambre de nuestros estómagos. Los previsores que se guardaron algo del desayuno comieron a escondidas. La marcha continuó hasta las nueve de la noche, hora en que llegamos al fortín Ingavi, final de nuestro destino.

Día 1 de mayo

Al presentarme a la comandancia me encontré con el suboficial Pedro Miguel Álvarez, quien junto a cinco soldados de la Compañía 21 estaban organizando el viaje hacia una estancia del Ejército ubicada a 15 leguas de donde estábamos, en un lugar denominado Las Islas del Palmar. A fin de evitar el trato militar, me hicieron una seña para salir de la oficina.

—Hola, Alfredo –me dijo Pedro Miguel–, ¿en qué compañía estás y cuál es tu destino?

—La verdad –le contesté preocupado– es que no sé a cuál compañía pertenezco ni que será de mi vida.

Como era mi amigo, le conté el problema que tuve con el teniente Hurtado, mi fuga y mi situación de indocumentado.

—Bueno –dijo Álvarez– primero dirás que te robaron tus documentos, te darán otros como soldado raso. Mientras tanto, te irás esta tarde con nosotros a la estancia y te quedarás allá hasta que yo te avise.

—Gracias –le contesté entusiasmado–. No sabés cuánto te agradezco. No le veía salida a mi problema.

—Pa' todo hay remedio, menos pa' la muerte.

Después del almuerzo salimos con rumbo al fortín Ravelo por orden del mayor Vargas. Después de viajar toda la tarde, llegamos a eso de las seis al fortín, puesto de retaguardia ubicado en las faldas de un cerro del mismo nombre.

Día 2 de mayo

Anoche, al pensar que donde menos se espera hay un amigo que puede ayudarlo a uno y que "no hay mal que dure cien años" pude

dormir tranquilo y a pierna suelta. A las cinco de la mañana continuamos el viaje y después de una hora llegamos a la estancia. Lo primero que hicimos fue un reconocimiento del terreno y una *vaqueada* para saber la cantidad y la calidad del ganado.

Día 3 de mayo

¡Quién creyera! ¡Recorrer toda Bolivia de Norte a Sur solamente para cambiar de estancia! Mientras que muy cerca de aquí están nuestros compatriotas arriesgando su vida, nosotros estamos prácticamente emboscados y, aunque la misión de cuidar el alimento para la tropa también es importante, me siento un inútil. El suboficial Álvarez ha sido llamado al frente de batalla mientras nosotros, como reyes, solo nos preocupamos de pastorear el ganado, llevarlo a tomar agua a las pozas y cuidar que no se vaya a extraviar entre tanto espinal de los alrededores. Ayer llegó otra tropilla de 50 novillos, traída desde Roboré.

Día 18 de mayo

¡Se acabó mi vacación! Mi situación militar ha sido aclarada. Algún día tengo que agradecerle a Pedro Miguel por su ayuda. Hoy llegaron mis documentos y la orden para volver al fortín Ingavi y luego trasladarme al frente de batalla. También me han dado la noticia de la muerte del teniente Hurtado en combate con el enemigo, y hay quien dice que lo mató un soldado de su mismo regimiento en venganza por los abusos que cometía a diario con su gente. ¡Nunca se podrá comprobar quién lo mató!



Y Alfredo Añez se ve de pronto envuelto en el torbellino de la guerra ya que, como bautizo de fuego, apenas sale de la estancia del Ejército se encuentra frente a frente con el invasor paraguayo en la batalla de Cañada Strongest.

Las continuas retiradas, el tener que cavar nuevas trincheras y el constante encontrarse con la muerte, que puede agarrarlo el rato menos pensado, lo hacen olvidarse de su diario, que permanece en el fondo de su envejecida mochila.

Por acciones de guerra, principalmente por sus constantes incursiones por detrás de las posiciones enemigas en misiones de patrullaje, y

más que todo porque al saber desenvolverse en la región sus compañeros se agrupan en torno a él, consigue varios ascensos, llegando al grado de subteniente.

En septiembre de 1934, mientras efectúan una misión de cuatreraje, son sorprendidos por el enemigo, que no les da tiempo a escapar. Alfredo Añez queda herido en el brazo derecho y es conducido como prisionero de guerra hasta Isla Poi. No recibe atención médica oportuna y la herida se le infecta al extremo que poco falta para que tenga que amputársele el brazo. En Isla Poi un enfermero le hace una curación con tintura de yodo. El viaje prosigue un trecho en camión y luego en ferrocarril hasta Puerto Casado, sobre el río Paraguay, para continuar en una lancha cañonera hasta Asunción.

Los alojan en el campamento Cambio Grande, ubicado en los alrededores de la capital paraguaya. Este es el galpón de una abandonada estación ferroviaria, donde los prisioneros se instalan en el suelo acosados por todo tipo de insectos.

Dos días después los llevan hasta el campo de concentración de prisioneros Paraguarí, ubicado más o menos a 60 kilómetros de Asunción. Se trata de un cuartel de caballería y los presos son instalados en las caballerizas. El contorno ha sido reforzado con nuevas hebras de alambre de púa y los centinelas tienen su puesto de vigilancia cada cien metros.

El plato único del día es una especie de locro de maíz y cola de lagarto. Pero el organismo del hombre se acostumbra a todo y en poco tiempo sienten sabrosa esa comida.

Un día reciben la visita de una comisión de la Cruz Roja Internacional y, con sorpresa, Alfredo se encuentra con una vieja amiga de la familia: la señora Ana Rosa Tornero. La vigilancia es estricta durante estas visitas, pero la señora aprovecha un momento de distracción del guardia para decirle:

—Si necesitas ayuda, trata de comunicarte con la señora Julia que colabora con la Cruz Roja Paraguaya. Su teléfono en Asunción es 4646. Memoriza y no anotes nada.

—Gracias, señora –contesta emocionado Alfredo, entusiasmado al saber que la fuga no es una cosa imposible.

—Como sé que vas a necesitar algún dinero –continúa la señora Ana Rosa, abriendo su cartera– te dejaré estos pesos paraguayos que se los cobraré a tu señora cuando vuelva a Bolivia.

—No sé cómo agradecerle, señora Ana –dice Alfredo–, y le ruego que cuando le escriba a mi esposa le explique que yo estoy bien de salud, que eso es lo principal, y que tal vez por ser oficial no me tratan tan mal como

supuse al principio. Espero que pronto termine esta guerra pa' volver o tal vez antes pueda escaparme…

—¡Calla! –le interrumpe la señora Ana Rosa, al ver acercarse al guardia–. Estos remedios son para sus soldados –continúa, cambiando el tema–. Cualquier cosa que necesiten yo procuraré volver antes de fin de mes.

—Gracias, señora, Dios se lo pague –responde el subteniente Añez.

La entrevista concluye y en el ánimo de Alfredo se anida el gusanillo de la fuga. Uno de los prisioneros había conseguido unas tijeras para cortar fierro, que se mantuvieron bien ocultas hasta que fuese el momento oportuno. Tres noches después, mientras la lluvia caía torrencialmente, después de cortar los alambres, Alfredo y cuatro amigos inician la fuga pasando por dos puestos de guardia. Los centinelas, protegidos de la lluvia con sus frazadas, gritan la contraseña sin mirar a su alrededor.

Toda la noche caminan por el bosque tratando de seguir rumbo al Norte, guiados por el resplandor que la luna llena mostraba, rompiendo la barrera del cielo cubierto. Los fugitivos tienen que poner distancia de por medio antes que se den cuenta de la fuga. La ventaja es que cinco compañeros de prisión tienen la misión de contestar por ellos cuando se pase la lista.

Como arma solo llevan un puñal, ya que las tijeras, después de cortados los alambres, fueron regresadas al campo de prisioneros para ayudar a otras fugas. Al amanecer encuentran una ternera que inmediatamente es degollada y su carne, rociada con jugo de limón de una planta que había en ese lugar, resulta exquisita después de tanto tiempo sin probar carne vacuna. Cortan unos trozos, que son preparados al limón, y esperan en ese lugar que llegue la noche para continuar el viaje.

La segunda noche nuevamente la lluvia cae torrencialmente, mientras los fugitivos siguen caminando hacia el Norte. Al acercarse a las estancias ganaderas les llama la atención que todas mantienen la luz toda la noche, obligando a efectuar rodeos en cada uno de esos ranchos para evitar ser denunciados. Si hubieran sabido que se trataba de los famosos jenecherús o amanecedores, troncos que mantienen el fuego encendido toda la noche, hubieran podido acortar distancias.

Al empezar la tercera noche se encuentran con una pampa, de unos cinco kilómetros de largo, desde donde se divisa a lo lejos unas ondulaciones montañosas donde los fugitivos calculan que se halla el río Paraguay. A medida que avanzan, lo que creyeron que era una simple pampa pantanosa resulta ser el lago Ipoá, donde la gente dice que viven enormes

sicurices[76] (anacondas). Toda la noche caminan pisando agua y barro, descansando a ratos en los macollos de paja que sobresalen al nivel del agua. Al final, cuando están completamente agotados, llegan al río Ipoá, donde una patrulla paraguaya los está esperando porque un muchacho los había visto la noche anterior y dio la voz de alarma.

Además, en el campamento Paraguarí, la noche siguiente a la fuga, otro grupo trató de seguirlos pero fueron descubiertos y se movilizaron las patrullas en busca de los que habían escapado anteriormente. Amarrados con un lazo a los brazos y jalados de la cincha de un caballo, todo ese día caminan hasta llegar a un pequeño rancherío desde donde serán trasladados en camión hasta la cárcel de Asunción.

Y empieza el hostigamiento de parte de los reos comunes allí alojados, que les hacen la vida imposible por el simple hecho de ser bolivianos. Casi todos tienen cuchillos y cada vez aparece algún preso muerto sin que se sepa quién lo ha matado. Cuando la situación se hace insostenible un reo llamado *Torito* Gómez les ofrece protección. Este es un bandido conocido al que los demás temen porque tiene en su haber varios asesinatos, uno o dos en la misma cárcel. Se hace amigo de Alfredo Añez y una noche cada uno cuenta parte de su vida.

—Mirá, Alfredo –le dice Gómez–, si vos te comprometés a llevarme a tu tierra y darme trabajo en tu estancia yo te ayudo a escapar de aquí.

—Pero ¿cómo? –dice Alfredo–, si todo está protegido por rejas de fierro y guardias armados.

—Ese es mi negocio –contesta Gómez–. ¡Mirá!, ¿ves esa ventana? Pues ya tengo limados todos sus barrotes –y subiendo sobre su catre mueve las gruesas barras de fierro que protegen las ventanas–. El problema es que no sé a dónde se sale por esta ventana, de repente vamos a caer en la Comisaría.

—Yo puedo conseguir información –dice Alfredo, recordando los datos que le diera la Presidenta de la Cruz Roja Internacional.

—Por si te sirve de dato –añade Gómez–, parece que esto colinda con el patio de una casa de niñas porque cada noche se oye la música y las risas. Además, si necesitás enviar algún mensaje afuera, mañana sale libre un amigo de confianza.

Al segundo día se presenta un sargento en busca de Alfredo Añez.

—Me manda la señora Julia para saber qué necesita –dice el sargento, sin preámbulos.

76 NE: Manera local de formar el plural de sicurí.

—Gracias, amigo –contesta Añez–. Lo único que necesito es un croquis de esta cárcel y de las viviendas que hay alrededor, además que se me indique cuál es el camino más seguro pa' llegar a la frontera argentina.

El error del sargento fue que en la próxima visita de cárcel, en vez de llevar el encargo personalmente, envió a un soldado al que los guardias decomisaron la carta. Eran, más o menos, las cinco de la tarde. Toda la noche, Alfredo espera que lo llamen a declarar, pero recién al día siguiente es conducido a la Gobernación y lo hacen esperar toda la mañana, mientras escucha los gritos de un hombre al que estaban torturando.

A las tres de la tarde, sin almorzar, lo hacen pasar a la sala de torturas donde lo espera el Director de Investigaciones.

—¡De dónde es usted! –es la primera pregunta.

—De Bolivia –contesta Alfredo.

—¡De qué parte de Bolivia! –continúa el interrogador.

—De Bolivia –vuelve a contestar Alfredo, eludiendo la respuesta que trata de sacarle el paraguayo, ya que no quiere el trato preferencial que se da a los presos orientales frente a los collas bolivianos, para evitar que sus propios coterráneos lo mantengan aislado en territorio enemigo.

Aunque el Director de Investigaciones sabe, por la forma de pronunciación, de qué región es Alfredo, continúa con sus preguntas.

—¡Por qué está preso!

—Por tratar de huir del campo de prisioneros en Paraguarí –responde Añez.

—¿Y sabe usted que podemos aplicarle la ley de fuga?… mire esta carta firmada por Jorge… ¡Quién es Jorge! –vuelve a inquirir el Director de Investigaciones, cambiando de tema.

—La verdad es que alguien debe haberse enterado que yo estoy aquí y trató de ayudarme a escapar, pero no sé quién puede haber sido –responde Alfredo.

—¡Y con quién pensaba fugarse! –sigue preguntando el paraguayo.

—En realidad y conociendo la seguridad de la cárcel, yo no he pensado fugarme –responde Añez, recordando que por ningún motivo debe mencionar a su amigo Gómez porque eso sería su sentencia de muerte.

Siguen las preguntas, cada vez más subidas de tono, mientras Alfredo se pregunta en qué momento empezará la tortura, aunque tiene la esperanza que de algo valdrá su grado militar. Vuelve a su celda y se encuentra con que todos los presos están con doble guardia para evitar una fuga en masa.

No volvieron a interrogarlo y a los tres días se presenta en la cárcel un caballero alto, bien vestido, que le dice:

—De parte de la señora Julia, tengo el encargo de comunicarle que su hermano Jorge está a salvo después de la operación que le hicieron en La Paz.

Alfredo entiende el mensaje de que no hay más peligro de interrogatorios y que el caso de la carta está cerrado.

Todavía estuvo quince días más en la cárcel y luego, junto con los otros bolivianos, es conducido nuevamente a Paraguarí. Otra vez a estudiar la forma segura de fugarse. Cada noche, un tren cargado de madera hace alto cerca del campamento, y así decide escaparse, pero esta vez solo.

Las tijeras hacen su parte y en el tren de carga llega hasta Asunción. Tiene que hacerse el mudo, mostrando la lengua doblada, porque al que no habla guaraní lo consideran enemigo. Camina hasta una cantina cuyo propietario, un súbdito alemán, le proporciona alojamiento en un cuarto del fondo. Desde allí telefonea a la señora Julia:

—Aló, ¿hablo con la señora Julia? Aquí le habla Alfredo Añez, recomendado de la señora Ana Rosa Tornero, de la Cruz Roja Internacional.

—¿Dónde está? –pregunta la voz femenina.

—Estoy en el bar Berlín –dice Alfredo–, necesito ayuda.

—Hoy ya no se puede hacer nada –continúa la dama– pero mañana, a las siete de la noche, espere en la esquina que pasará un auto y lo recogerá. No hable con nadie. Sus compañeros de viaje están hospitalizados, listos para salir. Usted se sentará al lado del chofer…

—Gracias, señora, hasta mañana.

Al día siguiente, cuando llega el auto, se encuentra con tres compatriotas ansiosos de retornar al país. Avanzan unos diez kilómetros y el carro se detiene.

—Bájense y síganme –dice el chofer, después de esconder el automóvil.

Caminan media hora atravesando un bosque hasta encontrar el río Paraguay cerca de su afluencia con el Pilcomayo. Hay una canoa con su remo asegurado. Después de agradecerle al chofer, Alfredo guía la embarcación.

Al desembarcar los sorprende un:

—¡Arriba las manos! –mientras cuatro fusiles les apuntan a la altura del estómago–. ¡Quiénes son ustedes!

—Déjenme hablar –les dice en voz baja Alfredo a sus compañeros, y dirigiéndose a los soldados, que con sus uniformes bastante envejecidos dan una visión de la pobreza del ejército paraguayo, exclama:

—Somos contrabandistas, y si nos ayudan les vamos a pagar bien.

Los soldados, incrédulos, empiezan a revisarles los bolsillos, encontrando por un lado trescientos pesos paraguayos y por otro cien.

—¡Tienen plata! ¡Sigan buscando! –dice uno de ellos entusiasmado y descuidando la guardia.

Eso esperaba Alfredo para darle un golpe en pleno estómago al soldado que estaba más cerca, mientras sus compañeros, como si se hubieran puesto de acuerdo, hacen lo mismo con los demás, logrando desarmarlos y emprender la carrera para cruzar el *pico de plancha* o vértice que forman los dos ríos antes de juntar sus aguas. Se esconden entre las raíces de un gigantesco árbol mientras se oyen los gritos de las patrullas que los buscan.

Falta todavía cruzar el río Pilcomayo. Sus compañeros no se animan a seguir por miedo a los saurios que se ven en las orillas. Además, uno de ellos dice que no sabe nadar. Se decide que Alfredo cruce primero, robe una canoa y vuelva la noche siguiente a recoger a los demás. Le hacen prometer, bajo juramento, que no los abandonará.

De madrugada, protegido por la espesa neblina, Alfredo se lanza al agua manteniendo solo la cabeza afuera y esperando recibir en cualquier momento el balazo de los guardias. Mientras avanza va pisando el fondo del río y solamente al llegar a la orilla argentina tiene que nadar unos treinta metros, por lo que hace señas a los demás para que lo sigan. ¡Imposible! Tiene que volver, explicarles la situación y ayudarles a cruzar.

Siguiendo una senda llegan a Clorinda, un pequeño pueblo argentino donde piden asilo. El cónsul boliviano en Formosa llega y los acompaña hasta Formosa. Luego Jujuy, La Quiaca y Villazón. ¡Por fin Bolivia, después de tanto sufrimiento! ¡Han sido ocho meses de cautiverio!

De Villazón, en tren boliviano a La Paz, donde lo declaran inválido de guerra por su herida en el codo que no le permite empuñar el fusil. Nuevamente en ferrocarril, con rumbo a Cochabamba, para luego continuar hacia la añorada tierra beniana.



El hidroavión *Nicolás Suárez* ha despegado a las ocho de la mañana de Cochabamba con rumbo a Trinidad. El informe del tiempo asegura que se puede pasar haciendo piruetas entre las cumbres de la montaña y siguiendo los cañadones donde se forman los ríos que se dirigen hacia las extensas llanuras del Beni.

El subteniente Alfredo Añez es uno de los cuatro pasajeros que aún no se han repuesto del susto de sentirse suspendidos en el aire, sin

estribos donde apoyar los pies ni riendas para controlar la dirección del aparato.

Al principio, los turbulentos vientos andinos no le permiten al capitán de la nave ni un momento de distracción y tanto él como el copiloto mantienen tensos los músculos de los brazos tratando de controlar el avión. Recién cuando se observa abajo la selva amazónica de la región del Chapare, la turbulencia del aire deja lugar a una suave brisa del Norte que permite a los tripulantes y pasajeros respirar más tranquilos y calmar un poco la indisposición estomacal.

El capitán, tratando de levantar el ánimo de sus pasajeros, busca conversación con Alfredo Añez, de quien tiene buenas referencias como próspero ganadero del Beni.

—¿Contento de volver a casa? –le pregunta.

—Sí –dice Añez–, hace casi año y medio que salí y muy pocas noticias he tenido durante ese tiempo… no sé cómo estará mi casa.

—Pero ¿en su estancia quedó alguien cuidando las vacas? –vuelve a preguntar el piloto.

—Allá quedó el capataz, que por su edad no pudo ser movilizado, pero de nada sirve si no tiene peones que le ayuden a *vaquear* el ganado. Yo pienso que todo el trabajo que hice antes de esta guerra pa' amansar mis vacas ha sido en vano. Ahora hay que comenzar de nuevo.

—¿Y es muy sacrificada la vida del ganadero? –insiste el capitán, ya con los nervios más calmados.

—Con decirle que la felicidad del ganadero radica en la seguridad de que al día siguiente tendrá igual trabajo que el día anterior, se explica lo difícil que es la vida en el campo –contesta Añez sonriendo.

Con los pasajeros ya más tranquilos, Añez continúa su explicación al capitán de la aeronave.

—En realidad, la falta de mercado seguro pa' la carne beniana no permite mejorar los métodos antiguos, y el ganadero tiene que diversificar su economía pa' poder vivir tranquilo. Una temporada siembra caña, arroz, maíz, yuca y plátanos. Luego se empieza la molienda pa' tener el dulce necesario, un poco pa'l consumo de la gente y otro poco pa' llevar a vender al pueblo y tener con qué comprar ropa, herramientas, armas y municiones. Lo malo es que cada día se hace más difícil aumentar la cantidad de animales porque con las inundaciones y las sequías muere mucho ganado, ya sea ahogado, por sed, por hambre cuando se pudre el pasto o por último porque se le ablandan las pezuñas al estar todo el día en el agua y no tener un sitio seco donde dormir. A todo esto hay que aumentar el problema de la peste de caderas, que ha llegado parece que

desde la Argentina y que liquida las estancias en pocos días. Y si se salva de una cae en otra, llámese uñeta, lengüeta o lo que se llame, sin que falte alguna calamidad pa' acobardarlo a uno.

—Pero, ¿y el gobierno no les envía vacunas para controlar esas enfermedades? –pregunta el capitán que ha seguido atento la explicación del ganadero.

—Alguna vez llegan vacunas desde La Paz, pero nunca sirven porque, por falta de refrigeración, llegan pasadas. En realidad el gobierno debería instalar laboratorios de vacunas en Trinidad y en otros pueblos ganaderos del Beni, pa' evitar las enfermedades del ganado. Claro que hay estancias donde todavía se piensa que con santiguaciones del lugar y curaciones al secreto van a poder salvar su ganadería. También el gobierno debería instalar institutos de enseñanza pa' mejorar los métodos usados hasta hoy y si los bancos colaboraran con esta tarea, concediendo créditos de fomento, yo creo que se podrían comprar sementales pa' mejorar la raza del ganado…

—A mí me habían dicho que ser ganadero era fácil –le interrumpe el capitán–, que solo se tiene que esperar a que el toro haga su trabajo con las vacas y… a vender torillos.

—Ese cuento yo también lo escuché en Cochabamba –contesta Añez–, pero la verdad es que, si el ganadero no vive en el campo junto con sus vacas, trabaja pa' los abigeatistas que el rato menos pensado arrean tropas grandes y ha habido casos en que no han dejado ni el toro pa' que sirva de cría. Han arrasado hasta con los terneros de la estancia.

—Pero ¿y la Policía? –pregunta asombrado el piloto.

—La Policía no tiene ni siquiera caballos pa' movilizarse, y ocurrió un caso en que un ganadero pudo apresar, ayudado por sus peones, a unos abigeatistas y los entregó a las autoridades creyendo dejarlos en buenas manos, pero mediante coimas muy pronto quedaron libres y ahora andan espiando al ganadero que no duerme tranquilo por miedo a que lo maten cualquier noche de estas… o de repente ya lo han matado porque esta noticia es de hace dos años.

En el horizonte ya se divisa la laguna Suárez, ubicada a una legua de distancia de Trinidad, que sirve de pista de acuatizaje al avión anfibio.

Primero dan una vuelta por el pueblo para que sepan que está llegando la aeronave del Lloyd Aéreo Boliviano y avisen a los pasajeros que abordarán el avión en su viaje de retorno.

Un acuatizaje perfecto y luego a la orilla, donde el agente de la empresa aérea espera con caballos ensillados para transportar a los pasajeros

y tripulantes. Los equipajes irán en un carretón tirado por dos yuntas de bueyes.

Los pasajeros llegan a Trinidad después de dos horas de viaje por una pampa inundada donde el agua llega a momentos hasta la altura de los estribos. Las maletas se recogen cuando ya es noche cerrada.

Entre los nuevos pasajeros, que aparecen al día siguiente, viaja una muchacha de quince años que de Cochabamba tiene que continuar viaje hasta Sucre, donde está decidida a conseguir su título de maestra normalista. El trayecto hasta la laguna Suárez es recorrido desde la madrugada hasta el mediodía. Allá tienen que esperar porque recién a las dos de la tarde, cuando el último viajero estuvo junto a la nave, se pudo fijar la hora de partida del hidroavión.

Al llegar a su casa, después de un emotivo encuentro plagado de largos abrazos, los esposos Añez comienzan a contarse ansiosamente todo lo que ha ocurrido en el año y medio que ha durado su separación:

—…y tuvimos que irnos a vivir a la estancia –le explica la señora Miriam de Añez a su marido– porque en Trinidad cada día era más difícil conseguir alimentos. Llegó un momento en que no hubo azúcar a ningún precio, tuvimos que endulzar con caramelos pero también se acabaron, y ahí agarré a mi hijo y me fui al campo… por lo menos allá siempre hay carne y con ayuda de las mujeres y de don Marcial nos dedicamos a sembrar, por lo que nunca nos faltó comida. Cuando supe que te habían licenciado y que estabas regresando me vine a esperarte. El compadre Alcindo me llevó la noticia y ya no veía la hora de verte nuevamente… Te he extrañado tanto y he pasado tantas noches sin dormir pensando que te podían matar en cualquier momento… si alguna lechuza pasaba *cortando su mortaja en el aire*, ya no podía pegar pestaña por el resto de la noche…

—Ya todo acabó, mi amor –le dice tiernamente Alfredo–. Empezaremos de nuevo. Nos iremos a la estancia y a todos esos cerriles los vamos a ir aquerenciando nuevamente. Va a ser un trabajo muy duro pero con tu ayuda, y Dios mediante, en uno o dos años tendremos reorganizada la estancia… allá van a nacer nuestros hijos y se criarán sanos y fuertes…

Afuera, la quietud del ambiente y el calor insoportable dan paso a las ráfagas del viento sur que acompañadas de un violento aguacero azotan las endebles viviendas. Los árboles se doblan impotentes ante la fuerza del ventarrón, mientras en el hogar de Alfredo Añez dos seres separados por la guerra durante tanto tiempo agradecen al cielo por la felicidad de encontrarse nuevamente unidos, sanos y salvos.

Datos históricos

Camino San Borja a Huachi.- El contratista señor Belarmino Gutiérrez asegura que en cuatro meses más, será puesto al servicio público la parte que le corresponde trabajar. Consiguió que el Jefe de Reclutamiento le deje todo su personal y la autorización de enganchar para su trabajo a los remisos y desertores al servicio militar.

Firmado: Rodolfo Ibáñez. Subprefecto de la Provincia Yacuma
San Borja - Huachi.-

Aunque la Prefectura carece de informes oficiales, se tiene evidencia que la construcción del camino ganadero de San Borja a Huachi, se hace en pésimas condiciones, pudiendo afirmarse que los fondos invertidos, en esa obra llamada a mejor suerte, han sido derrochados lamentablemente.

Se sabe que la estrecha senda que se construye actualmente, se encuentra obstruida ya por la exuberante vegetación tropical.

Con objeto de comprobar la veracidad de las anteriores afirmaciones sería conveniente que el señor Ministro de Fomento, disponga la investigación necesaria e inspección de la obra, en resguardo de los capitales invertidos hasta el presente.

Firmado: Doctor Pablo Saucedo B. Prefecto del Beni

Del informe del doctor Pablo Saucedo Barbery,
prefecto del Beni (1934-1935).

Segunda parte

1945 - 1965

Datos históricos

En 1941 con la eficaz colaboración del Representante Nacional Sr. Miguel Mercado Moreira y otros Senadores y Diputados a quienes comprometí, se dictó la Ley del 17 de abril de 1941 que declara Camino Nacional el que va de Tahua Cruz - Huachi a San Borja y vota la suma de dos millones anuales durante diez años.

Con estos fondos, en 1942 se han consolidados los anteriores trabajos desde Tahua Cruz y continuado hasta el Chorito, en una extensión de 70 kilómetros.

El año 1944 se han construido 10 km hasta Chacompampa, que dista dos leguas de Cocapata.

Este camino que de Cochabamba va por Huachi hasta San Borja no solo tiene la ventaja de comunicarse con el Beni intensificando el comercio entre los dos departamentos y hacernos llegar al Atlántico, sino también incrementa la agricultura en esas tierras fértiles y facilita la extracción de ganado para proveernos de carne, necesidad harto sentida principalmente en los tiempos actuales en que el precio del ganado es ya fantástico.

A fin de abaratar el precio de la carne he propuesto la idea de construir un matadero en Chacompampa u otro punto adecuado para que el ganado a la salida del bosque sea carneado y conducida la carne en camión a esta ciudad en el tiempo de cuatro horas cuando más, es así, saliendo el camión del matadero a horas cuatro de la mañana, estaría en la ciudad a horas ocho para poder pasar inmediatamente a Oruro y La Paz, así se evitará que el ganado al atravesar la Cordillera del Tunari hasta llegar al llano de Quillacollo y Cochabamba, se despee, se enferme y enflaquezca perdiendo en calidad y consiguientemente en precio. Algo más, el ganado del Beni, acostumbrado al pasto solamente, a su llegada al llano de Cochabamba no quiere comer ni alfa-alfa, ni cebada y se enflaquece necesitándose algún tiempo para entrenarlo y habituarlo poco a poco a comer alfa-alfa poniendo gran cuidado en que no sufra hinchazones y se muera, lo que aumenta el costo de la carne. Se evitará todo esto con un matadero en la cima de la Cordillera, de tal modo que la construcción del matadero, es condición complementaria a la extracción del ganado por esta ruta…

Del informe del doctor Damián Z. Rejas, ex ministro
de Fomento y Comunicaciones de Bolivia.

Las palideces de la aurora asoman tímidas sobre el horizonte verde de la pampa como si temieran despertar al mundo animal que habita la región. Poco a poco se va encendiendo el candil de fuego y al sentir el calor de sus rayos los multicolores pajarillos empiezan su concierto de trinos, mientras las fieras de la selva buscan lo más recóndito del bosque para descansar después de su lucha nocturna por el sustento vital.

Pablito despierta junto con las aves y no espera ninguna orden paterna para salir a gozar de esa libertad que todos ostentan en la pampa. Se acerca a un bañador de fierro enlozado para mojarse la cara, más por limpiarse los legañosos ojos que por hábito de higiene, y colgándose al cuello su honda de resorte negro sale descalzo a encontrarse con la naturaleza.

Antes de iniciar la faena, aspira dos bocanadas de aire matinal puro, saturado de oxígeno, como queriendo tomar ánimo para iniciar el ejercicio diario. Limpios sus pulmones de cualquier residuo carbónico, emprende veloz carrera sin rumbo definido.

Con sus escasos seis años ya es dueño de su vida. Agazapado, avanza tratando de que las distraídas aves no noten su presencia y buscando un mejor ángulo de tiro. Contiene la respiración como si con ello ayudara a conseguir tornarse invisible. Su emoción aumenta con los agitados latidos de su corazón. Levanta lentamente el brazo y afina la puntería antes de lanzar la bola moldeada por sus propias manos en arcilla. Se escucha el aleteo desesperado de las avecillas al tratar de ponerse a salvo del cazador, pero una que no tuvo tanta suerte queda inerte en el campo ante la alegría del niño que deja oír su grito en la inmensidad de la pampa. Tomando su presa retorna a la casa, eufórico, y en su loca carrera no siente en sus pies ni el candente suelo ni las afiladas espinas que se oponen a su paso rasgando la piel.

Ya la ordeña ha concluido. Pablito se encamina a la cocina.

—Doña Edú –le dice a la cocinera– ¿puede asarme esta chaicita[77] que maté?

La mujer lo mira y empieza a regañarlo:

—Pero vean a este jovencito, que ya no se le ve por la casa y cuando vuelve está tan arañado que parece escapao del tigre. Antes de pensar en asar ese pajarito, primero usted se toma su taza de leche porque se sale de la casa sin comer nada, y cuando acordemos se va a soltar de flaco porque no tiene tiempo ni pa’ comer.

El niño agacha la cabeza. Le tiene respeto a esa anciana que lo cuida como si fuera su propia madre o tal vez con ese cariño que estaba destinado

77 NE: Paloma colorada de unos 14 centímetros de largo.

al nieto que nunca tuvo. Obediente se sienta a tomar su tazón de leche caliente y, cuando cree que ya no lo regañará más, vuelve a pedir:

—Doña Edú, ásemela pues mi chaicita, que ya estoy tomando la leche.

—'Ta bien, niño –responde la mujer– pero primero me va a decir quién le regaló este pajarito, porque yo pienso que usted no puede haberlo cazado.

—¡Yo lo cacé! –responde inmediatamente el joven cazador, herido en su amor propio.

Sonriendo por la broma y la reacción del niño, la mujer empieza a sacarle las plumas al pajarillo, después de rociarlo con agua caliente.

—Enseguida estará listo su plato, jovencito, y podrá darse un banquete.

Después de tomar la leche, el niño sale de la cocina y se dirige a la casa grande.

—Ya vuelvo, doña Edú –le dice mientras inicia su carrera–. ¡Cuide que no se queme la chai!

—Vaya tranquilo, mi niño.

Al entrar en la casa, encuentra a su madre y a su hermana, que están dedicadas a la tarea de zurcir una de sus camisas. Su padre había salido temprano al campo. Entra dando gritos:

—¡Mamá, mamá! ¡Cacé una chaicita con mi honda y doña Edú me la está cocinando!

La madre, al igual que la cocinera, antes de contestar le mira las piernas y no puede dejar de exclamar:

—¡Pero, hijo, dónde te metés pa' volver con las piernas que parecen mapas y con la ropa hecha jirones! Es que no tenés cuidado ni con vos ni con tu ropa. Todo el día estamos zurciendo y encima hay que curarte… ¡A ver, María Claudia! –exclama dirigiéndose a su hija– ¡andá, traeme el frasco de yodo!… y usted, señor cazador, venga acá a lavarse esas piernas pa' que yo pueda curarlo y no se infecten esas heridas.

Desmoralizado porque nadie lo felicita por su hazaña como cazador, el niño se acerca a su madre que, bañador en mano, se apresta a lavarle las piernas para pintarlo de rojo como si fuera un indio salvaje en tiempo de guerra.

Después de soportar la labor de enfermería, Pablito vuelve a la cocina donde lo esperan con su plato sobre la mesa y la presa reducida a su mínima expresión:

—¿Qué pasó con la chaicita? –pregunta el niño asombrado.

—Pasó que estos pajaritos cuando se los pone al fuego se achican.

Nueva decepción para el cazador, pero al empezar a comer se olvida de todo y se dedica con mucho entusiasmo a saborear cada uno

de los minúsculos huesecillos que van quedando blanqueados sobre el plato.

Doña Eduviges ha dejado sus tareas y apoyada en el marco de la puerta contempla extasiada la felicidad del niño.

—¡Fernando, enséñame a hacer un corral!

El hermano mayor casi nunca tiene tiempo para jugar con él porque las faenas propias de la estancia no le permiten volver a ser niño. Pero como aquella tarde no iba a *vaquear*, accedió a jugar.

—Primero vamos a cortar tallos de jipi-japa pa' amarrarlos y formar el corral. Después te traés todos los huesos de patas que encontrés detrás de la cocina. ¿Conocés cuáles son vacas y terneros?

—Sí, conozco –responde Pablito– y también conozco los toros porque con esos juega papá a la taba.

—Bien, te traés también algunas canillas pa' que sirvan de bueyes y escogés una quijada que no esté rota pa' formar el carretón. Yo voy a preparar los bejucos pa' amarrar los bueyes al carretón con un yugo también de jipi-japa.

El niño va y viene escogiendo los huesos más limpios, blanqueados por el sol y las hormigas.

—Oí, Fernando, ¿sabés qué le falta a esta estancia? Los caballos. No sé cuáles son los caballos.

—Esta es una estancia sin caballos –responde el hermano.

Cuando se cansan de jugar a la estancia y a fin de aprovechar la tarde libre, deciden ir al río a nadar.

—Pero tengo miedo ir al río porque no sé nadar y, además, si lo sabe mamá me va a dar guasca.

—No te preocupés que yo te voy a cuidar. ¡Vamos!

A la carrera salen rumbo al río y, mientras Fernando nada y se zambulle como un pez, el hermano menor prudentemente se mantiene a la orilla, en una especie de playa pequeña que forma el río en ese lugar.

Más de una hora dura el baño y luego, cansados y contentos, agarrados de la mano regresan a la casa a buscar la cena y a dormir a la hora en que el sol se oculta, para poder levantarse también en el momento de su aparición al día siguiente.

Ya van saliendo las vacas atropelladamente por la tranquera. En el chiquero, a pedido de Alfredo, se han dejado algunos terneros mayores para ver si tienen aptitudes naturales para servir como bueyes-caballo.

—¡Ese overo negro! ¡Atájenlo! ¡Fernando, alístate pa' montarlo! –grita Alfredo.

—Ya voy, papá –contesta el muchacho, mientras se empolvorea con tierra las palmas de las manos para que no resbalen en la guasca de cuero que le están colocando al ternero a fin de que el joven tenga de dónde agarrarse.

—'Ta listo –le dice Pancho–. Agárrese fuerte, niño Fernando, y *aprete* los tobillos pa' no caerse.

El becerro, apenas siente que le sueltan el lazo del cuello, empieza a corcovear tratando de eliminar ese peso que lleva sobre sus lomos. Luego, emprende una veloz carrera hasta atropellar la tranquera en un esfuerzo inútil por romper el corral. Sigue la cabalgata bordeando el corral y antes de chocarse contra algún estacón y romperse las rodillas el joven prefiere saltar hacia un costado.

—Muy bien, hijo –le felicita su padre–. Te has portado como un hombre.

Un rubor de satisfacción y orgullo invade todo el cuerpo del muchacho que, subido en la tranquera, recién empieza a sentir los efectos del miedo, relajada ya la tensión de sus músculos y nervios.



En la casa de hacienda, Alfredo Añez conversa con Pedro Azebedo sobre compra y venta de ganado. Parece que ya han discutido sobre el precio porque el comprador finalmente dice:

—Está bien, señor Añez, le voy a pagar el precio que pide por sus novillos pero encierre bastante ganado para que pueda escogerme los mejores, ya que solo estando bien gordos aguantan hasta el Acre.

—No se va a arrepentir, amigo Azebedo, porque el material que le voy a entregar es de primera calidad. La mayoría de mis novillos tiene más de cinco años de edad y ninguno da menos de doscientos cincuenta kilos.

—Eso del peso también es importante pa' poder tener un poco de ganancia –contesta Azebedo.

—¿Y qué tal es el negocio de llevar ganado al Acre? –pregunta Alfredo después de dar la orden al capataz para que salgan a *vaquear*.

—Arrear el ganado hasta el Acre –explica Azebedo– es bastante sacrificado, pero por el precio que pagan allá vale la pena arriesgarse.

Se saca el doble de lo que se invierte pero, como en todo negocio, uno puede perderlo todo el rato menos pensado. Este mercado se ha abierto porque en el Acre ha habido un aumento de gente pa' explotar la goma que nuevamente ha tenido buen precio. Lo malo es que ahora que se ha terminado la Segunda Guerra Mundial seguro que otra vez baja el precio de la goma y se acaba la venta del ganado.

—Bueno, por lo menos es un alivio pa'l ganadero porque es una posibilidad de comercializar el ganado beniano que hasta ahora no tenía precio. ¡Pero si no hace ni cinco años que matábamos las reses solo pa' vender el cuero y había que abandonar la carne en la pampa!

—Ahora, con este mercado que se ha abierto, se aprovechará la carne pa' que coma la gente y no como antes, que se dejaba toda la res pa' los *suchas* y se vendía solo el cuero –comenta Azebedo.

—La venta de cueros siempre fue un ingreso pa' los que se dedican a criar vacas pero también lo ha sido pa' los abigeatistas que aumentaron su actividad en la época del cuereaje,[78] o sea después de la Guerra del Chaco, en que las casas comerciales alemanas instaladas en Trinidad compraban los cueros sin fijarse en la marca ni pedir certificados de venta. Recién después supimos que desde esa época Alemania venía preparándose pa' la Segunda Guerra Mundial. Miles de cueros salieron por la vía del Amazonas con destino a Hamburgo, hasta que los aliados comenzaron a decomisar los cargamentos en Belém do Pará y prepararon la lista negra contra Alemania.

—Fue la peor peste pa' la ganadería –añade el comerciante– que junto con la lengüeta, la uñeta y la peste de caderas casi exterminaron el ganado en el Beni.

—En mi puesto de La Bellacada se presentó la peste de caderas y me dejó solo un caballo flaco y cincuenta vaquillas que se salvaron no sabemos cómo. Fue dos años después de mi retorno de la guerra y cuando teníamos medio amansado el ganado otra vez. Llegó un momento en que lloré de impotencia al pensar que estamos tan abandonados de la mano de Dios y de los gobiernos, y que no hay forma de conseguir que lleguen vacunas en buen estado. ¡Ni con santiguadas al lugar pudimos parar la mortandad!

—Pensar que estas pestes no había en el Beni y el ganado se criaba sano y sin problemas, pero yo creo que la culpa la tienen los arrieros cruceños que traen caballos desde la Argentina. Es de allá que han traído todas las enfermedades y, como nuestros animales no tienen defensa ni

78 NE: Venta ilegal de cueros de ganado vacuno.

hay vacunas pa' inmunizarlos, cuando la peste llega a una estancia no se salvan ni los perros.

—Mire, amigo Azebedo, mejor nos olvidamos de las cosas malas y pasemos a servirnos un costillar que debe estar muy sabroso, ya que la mamona estaba bien gorda. He hecho preparar costillar porque, como usted sabe, la carne más sabrosa es la que va pegada al hueso.

—Seguro que me quiere impresionar mostrando que su ganado está gordo –comenta riendo Azebedo.

—Claro que está bien alimentado, le aseguro que no se le va a morir ninguno en el camino salvo por accidente o picadura de víbora –contesta Añez.

—Y hablando del viaje, ¿no se animaría a acompañarme hasta el Acre? –pregunta Azebedo.

—En eso estaba pensando y me gustaría acompañarlo –contesta Añez pensativo–. Déjeme consultarlo con mi almohada y con la patrona y mañana le aviso.

—Si se anima, y pa' que su viaje no sea solamente de paseo, se lleva usted unos cincuenta novillos más y se gana unos pesos.

—La idea es buena, yo creo que me voy a animar, mañana veremos.

Durante ocho días se *vaquea*, se selecciona y se marca la novillada antes de salir rumbo a Santa Ana del Yacuma, donde Azebedo tiene que contratar a los peones conocedores de la ruta para arrear la tropa.

Alfredo Añez decide viajar al Acre para conocer la ruta, calculando que estará de vuelta antes de la Navidad.

Por la noche encierran el ganado y cuando los primeros fulgores de la aurora iluminan el ambiente se abren las tranqueras del corral para dar paso a una desordenada tropa, acostumbrada tanto tiempo a la libertad, que trata de salir en estampida ocasionando gran ajetreo entre los experimentados vaqueros.

—¿Tiene aquí suficiente pa' expandir su ganadería? –pregunta Azebedo, mientras cabalgan tras la tropa que, con gritos y carreras de los vaqueros, ha sido enfilada en la ruta hacia Santa Ana del Yacuma.

—Según las escrituras tengo ocho leguas cuadradas, pero casi todos los campos vecinos son baldíos, a excepción del lado del naciente, donde tiene su propiedad don Ángel Bello.

—Le hice la pregunta porque he sabido que hay gente en el Parlamento tratando de hacer aprobar una ley revirtiendo al Estado todas las tierras que no las haga trabajar el propietario.

—Si hacen eso lo único que conseguirán será la desconfianza de los inversionistas porque no se puede negar que, mientras en el Beni no se

construyan caminos que nos vinculen con el altiplano o con algún centro de consumo, el ganadero no puede invertir dinero en hacer potreros de engorde debidamente alambrados, si no puede comercializar su producto. Mientras tanto, seguirá necesitando por lo menos cinco hectáreas por cabeza de ganado y el latifundismo continuará.

—Eso lo sabemos nosotros –añade Azebedo a la opinión de Añez– pero en La Paz los que manejan el gobierno solo conocen al Beni en el mapa y no se imaginan lo que es criar ganado.

—Y eso pasa no solo con los ganaderos porque el agricultor tiene los mismos problemas, ya que no puede ampliar sus sembradíos si no tiene en qué trasladar sus productos hasta el mercado. Y aumentemos el problema de la falta de gente que se dedique a la agricultura porque hasta ahora no se puede reponer todo ese potencial humano que se movilizó a defender el Chaco Boreal y que murió por la patria o se quedó en otras ciudades donde encontró mejores condiciones de vida. ¡Con decirle que este año se ha tenido que comprar arroz del Chapare!

Es algo monótono arrear ganado por esas pampas sin horizonte definido, donde el caballo tiene que avanzar lentamente siguiendo el paso de los novillos. Y cuando llega la hora del descanso, mientras los animales se alimentan, la gente piensa en el despoblamiento de ese rico y extenso territorio, piensa en su familia, sueña con ver llegar el progreso al Beni y por donde se mire ver los tractores roturando la tierra, con caminos o con surcos donde la semilla germine para que no haya hambre en el mundo.

Ya por la noche, a la luz de una fogata y mientras hierve la olla con el café batido, los dos amigos continúan su conversación.

—Al ver la inmensidad de esta tierra –empieza Añez, acomodando su frazada como cabecera y las caronas del ensillado como mullido colchón–, conociendo su fertilidad y sabiendo que nuestro problema principal es la falta de brazos, se debería pensar en mecanizar la agricultura. Y aquí viene el pero de siempre: ¡cómo hacemos pa' llevar esos productos al mercado del altiplano! Faltan caminos, miles de kilómetros pa' llegar hasta las fronteras. Además, hay que preparar a la gente mediante la enseñanza en alguna escuela de agricultura.

—Lo malo es que no sabemos apreciar lo que tenemos –añade Azebedo– porque ya hubo una escuela así en la Loma Suárez, cerca de Trinidad y tuvo que cerrarse por falta de profesores y de alumnos.

—Yo conocí esa escuela –le corta Añez–. Por esa época había regresado del Chaco y me encontraba en Trinidad. En realidad funcionó durante tres años pero sin presupuesto pa' pagar los sueldos y la Casa Suárez trató

de seguir adelante con su idea, pero las autoridades y los representantes nacionales no le ayudaron. ¡Pueblo chico, infierno grande! Solo porque era la Casa Suárez la que impulsó esa escuela tuvo mucha guerra y la causa de todo siempre es la política.

—¿Y qué tiene que ver la política con la Escuela Práctica de Agricultura? –pregunta Azebedo.

—El problema fue que como don Napoleón Solares fundó e impulsó el Frente Único pa' candidatear en las elecciones, los integrantes de todos los otros partidos políticos de esa época se pusieron de acuerdo y lo combatieron. Y como en guerra y en amor cualquier recurso vale, pues le pusieron mil obstáculos al funcionamiento de la Escuela, sin pensar que con su actitud perjudicaron a los campesinos y a la educación en el Beni.

Datos históricos

Decreto Supremo

Art. 1º.- Acéptase la oferta formulada por el Sr. Medardo Solares en representación de la Casa Suárez Hermanos, Sucesores, del Beni, para el establecimiento de una Escuela de Agricultura y Ganadería, de acuerdo a las siguientes cláusulas:

a) El representante de la Casa Suárez, cede al Supremo Gobierno, gratuitamente y por el término de seis años, un terreno de tres leguas cuadradas, situadas dentro de las propiedades de la Casa entre las haciendas "La Loma" y "San Borja" debiendo el proponente edificar por su cuenta un edificio destinado a Escuela de Agricultura y Ganadería, en el citado terreno, distante de la ciudad de Trinidad, tres leguas sobre la margen derecha del río Ibare.

b) Los terrenos apropiados para el desarrollo de la Agricultura, serán destinados en su totalidad a estudios experimentales poniendo igualmente a disposición de la Escuela, los ejemplares seleccionados del ganado equino y vacuno existente actualmente en la propiedad, y los establos instalados.

c) El representante de la Casa Suárez Hermanos, Sucesores, pone igualmente al servicio de la Escuela, y en carácter gratuito implementos agrícolas, como arados, rastras de discos, cultivadores, abridoras de zanjas y arranca cepas en número suficiente, así como el elemento de fuerza animal, necesario para el manejo de las maquinarias industriales.

d) El Estado por su parte contribuye al funcionamiento de la Escuela de Agricultura y Ganadería proporcionando los muebles, útiles y material de escritorio, instrumentos de agrimensura e instalación de un laboratorio para el estudio de las enfermedades animales y productos agrícolas, así como para la preparación de medicamentos veterinarios.

e) El Estado dotará con fondos propios al personal docente, el que estará constituido por un Director Agrónomo-Veterinario, y dos ayudantes expertos en la materia, cuyos haberes serán señalados oportunamente. El plan de estudio y programa será materia de un decreto complementario.

f) El Estado concederá ocho becas gratuitas, para los distritos provinciales del Beni, número susceptible de aumentarse de acuerdo con la capacidad económica

del Tesoro Nacional, debiendo por su parte la Casa Suárez Hermanos Sucesores sostener de seis a diez estudiantes seleccionados del personal de la casa.

g) A la terminación de los seis años del funcionamiento de la Escuela, y graduados cuatro grupos de estudiantes, Suárez Hermanos Sucesores obtendrá el control y dominio de los terrenos, edificios e implementos entregados por ella, quedando de propiedad del Estado el mobiliario, útiles y enseres que hubiera aportado el Supremo Gobierno.

Art. 2º.- Los fondos necesarios a que se refieren las cláusulas d), e) y f), serán proporcionados del Superávit del Tesoro Nacional, mediante traspaso y decreto especial.

El Señor Ministro de Estado en el despacho de Agricultura, queda encargado de la ejecución del presente decreto.

En La Paz, a los 16 días de mayo de 1935.

La tropa llega a Santa Ana cuando ya los últimos reflejos del sol se pierden en el horizonte y se da la orden de descansar en una estancia a orillas del río Rapulo. Al día siguiente llevan a pastorear al ganado sin alejarse mucho de las casas.

El señor Azebedo cruza el río y en Santa Ana va directamente a buscar a un conductor con quien ya ha viajado anteriormente: don Serapio Vaca.

—¡Señora! –grita desde la calle, sin bajarse del caballo por miedo a los perros tigreros que ladran furiosos a su alrededor–. ¿Está su marido?

—Sí, señor –contesta desde adentro la dueña de la casa–. ¡Serapio, te buscan! —grita dirigiendo la voz hacia el patio de la casa donde en una hamaca, a la sombra de unos frondosos árboles de mangos, descansa el marido.

Al escuchar las voces y el ladrido de los perros, don Serapio sale a la calle y se encuentra con el comprador de ganado.

—Buenos días, patrón –le dice al reconocer a quien en otra oportunidad lo había contratado.

—Buen día, Serapio –contesta Azebedo–. Tengo un trabajito pa' vos y quisiera saber si estás libre como pa' empezar ahora mismo.

—La verdad, patrón, es que mañana yo tenía que ir a hacer unos corrales donde don Rómulo Parada, pero si el contrato es pa' arrear ganado al Acre me voy ahurita mismo, y arreglo la cosa de modo que otro se encargue de los corrales y yo me dedico a buscar a mis arreadores.

—De eso mismo se trata –exclama Azebedo–. Tenés que contratar unos veinticinco buenos peones porque los que me han acompañado hasta aquí son de la estancia de Alfredo Añez y se regresan apenas entreguen la tropa. Me tenés que conseguir unos diez caballos que me faltan y dos carretones pa' llevar los víveres y las camas.

—¿Y ya consiguió mulas, patrón? –pregunta don Serapio–. Porque, si no, acaban de ofrecerme cuatro animales silloneros bien alimentaos que se podrían comprar baratos.

—Aunque ya tengo algunas, si vos ves que sirven también las podemos llevar y además necesito ensillaos pa' los caballos que se van a comprar.

—Tiene suerte, patrón, porque hace una semana don Rómulo ha traído unos lindos ensillaos de Santa Cruz.

Después de algunas otras órdenes e indicaciones se despiden. Don Serapio inmediatamente empieza a recorrer el pueblo buscando a sus arreadores ya conocidos.

La noticia circula rápidamente y por la tarde algunos jóvenes están esperando para ver si consiguen contratarse. Aunque esos días no falta

trabajo de arreador al Acre, es siempre una garantía viajar a las órdenes de un conductor con la experiencia de don Serapio Vaca.

Después de preguntar al postulante si alguna vez acompañó una tropa hacia el Acre, el capataz le hace mostrar la pierna. Si el peón tiene canilla delgada lo contrata, porque los de canilla gruesa –dice– no aguantan la caminata en el bosque.

Durante tres días hay mucha actividad en casa de don Serapio. Se entregan los adelantos correspondientes para que los familiares tengan lo necesario para subsistir mientras dure la ausencia de los viajeros.

Según el contrato firmado, el monto que se paga al peón por cada viaje es el valor de dos novillos al precio del Acre. No hay tiempo de duración de contrato y depende del comportamiento de los animales arreados. En condiciones normales, se tarda sesenta días entre ir y volver.

Por la noche se prepara una fiesta de despedida, con asado y bebidas alcohólicas, donde el dueño del ganado hace su recomendación a la gente:

—Esta noche pueden emborracharse, muchachos, pero después se despiden de la botella hasta que lleguemos al Acre porque al que sorprendamos borracho durante el arreo puede considerarse despedido y tiene que volver con sus propios medios. Lo mismo sucederá con aquel que se enferme o no pueda seguir caminando, tendrá que quedarse porque no hay forma de socorrerlo o trasladarlo a otro lugar.

La faena va a ser muy difícil y si alguno ve que no podrá aguantar, aún está a tiempo de renunciar y dar campo a otro.

Después del discurso, la charla sigue más amistosa y luego el patrón se retira discretamente de la fiesta antes de que empiecen las peleas que siempre suceden cuando hay alcohol de por medio.

Los doscientos novillos comprados en la estancia de Añez se han duplicado con el ganado que Azebedo recogió de los alrededores de Santa Ana. Cada novillo debe pesar más de 250 kilos para que al llegar al Acre pese por lo menos 150 kilos, después de tan penosa caminata.

La tropa, el día anterior, ya ha cruzado el río Rapulo y espera a orillas del río Yacuma, cuando se da la orden de la movilización. Algunos peones apenas han dormitado un rato y siguen con los vapores etílicos en la cabeza. Se les sirve un café bien cargado y previo baño en el río, que en esa época no tiene mucho caudal, empieza la travesía.

A las once de la mañana se da la orden de descansar en La Alameda, estancia que tiene buenos corrales y que constituye la primera parada obligatoria de la ruta. No se puede hacer caminar más a los animales porque el ardiente sol de mediodía deja laxados tanto a los arreadores

como al ganado. Los trasnochadores aprovechan para echar una siestita a fin de recuperar energías.

La caminata se reinicia a las cuatro de la tarde y se llega a San Juan a las nueve de la noche. Se encierra el ganado en los corrales y el personal puede descansar a pierna suelta después de cumplir la primera jornada de viaje.

—Estás hecho un arreador –le dice don Serapio a un joven que viaja por primera vez y que por su falta de experiencia ha sufrido escaldaduras en la entrepierna después de cabalgar todo el día.

Una risotada general acompaña a la observación de don Serapio al ver al muchacho que camina con las piernas separadas y con el dolor expresado en las facciones de su cara.

—Ya me estoy acostumbrando –responde valientemente el muchacho–. Siempre sucede esto el primer día, pero mañana ya estaré bien.

—Mañana estarás peor si no te curás hoy –le dice don Serapio–. Más bien, tomá esta vela de sebo, te sacás los pantalones y te frotás en las partes lastimadas… ¡es santo remedio!

El muchacho obedece y se aplica la medicina casera, muy eficaz para este mal tan común entre los arreadores.

—Cuando uno vive todo el tiempo sobre el caballo la entrepierna se vuelve callo y es más difícil escaldarse –le explica el conductor–. Ya verás, si seguís en este trabajo, que llegará un día en que vos y tu caballo se van a complementar de tal modo que te será incómodo andar a pie.

—Yo creo, don Serapio, que este será mi primer y último viaje al Acre –dice el muchacho– porque con los billetes que pienso ganar me voy a ir a Cochabamba a estudiar. Yo sé que esa plata me servirá solo pa' vivir un tiempo, pero no faltará donde trabajar pa' poder seguir estudiando.

—¿Y qué pensás estudiar?

—Quiero estudiar medicina porque he visto que eso es lo que el Beni necesita. Si en todos los pueblos hubiera un médico yo creo que no ocurrirían las muertes naturales que con tanta frecuencia se presentan. Claro que también es necesario que el gobierno construya hospitales, postas sanitarias y provea de otros medios pa' defender la salud de los benianos –se calla un momento y luego agachando la cabeza continúa–. Mi madre murió de parto y se desangró por falta de auxilio adecuado.

Algunos ya estaban durmiendo. Don Serapio le da el "buenas noches" correspondiente al muchacho y apaga la vela. Pero no todos duermen, a lo lejos se oye el bramar de los toros en la pampa y muy cerca un grillo

deja sentir su chirrido continuo y estridente. Mil ruidos más se sienten en el bosque cercano donde recién comienza la lucha por la vida.

A las dos de la mañana los cocineros, que también tienen la misión de conducir los carretones, empiezan a juntar fuego para el desayuno y a despertar a todo el personal. Como complemento del café batido, se entrega a cada hombre tres pequeñas tortas abizcochadas de harina de maíz con charque, y comienza la jornada. A las tres el ganado ya está caminando.

A las seis se detienen para que los animales coman pasto humedecido con el rocío matinal. Este descanso dura una hora y luego se reanuda la marcha. Recién entonces el ganado *tranquea*, es decir, avanza más rápido y en correcta formación.

Ya el sol está calentando fuerte cuando llegan a Juvena, otra estancia ganadera de la ruta, donde el ganado es encerrado en el corral después de tomar agua. Cuando la ira del astro rey disminuye, la tropa inicia nuevamente su caminata para llegar ya entrada la noche a Santa Rita, donde se encierra nuevamente a los animales para que los mozos puedan retirarse a descansar.

Mientras el arreo sea en pampa los vaqueros podrán descansar por la noche, pero cuando lleguen a la zona del bosque, donde no hay corrales, se tiene que hacer guardia durante la noche para evitar que algún animal se separe del rebaño o se produzca una estampida.

Es todavía de noche cuando el ajetreo indica que la labor diaria comienza y a poco ya están nuevamente caminando. A las nueve llegan a Balzora, a orillas del río Iruyañe, e inmediatamente cruza la tropa y se hace *mediodía*[79] en la banda del río. La mitad de los arreadores vigila mientras los animales pastorean durante un rato y luego todos buscan la sombra de algún arbolito que los proteja del calor.

Antes de partir se junta la tropa, se la arrea hasta el río a tomar agua y sigue una jornada corta hasta Horizonte, donde existen magníficos corrales. Las mulas permanecen amarradas con guasca larga durante la noche porque en la zona no hay potreros alambrados.

Al cuarto día de viaje tanto arrieros como ganado se conocen. Se empieza a formar la tropa de retaguardia con los animales gusanientos, los novillos maricones que al final resultan ser los más débiles para el

79 NE: Acampar para tomar el descanso del mediodía.

viaje, y alguno que ha quedado manco o rengo y que está destinado al matadero o servirá para cambiarlo por arroz. Con este grupo de animales van tres arreadores y el propietario. También junto a ellos cabalga Alfredo Añez.

Desde Horizonte se hace jornada larga hasta Los Paquioses sobre el río Tapado, se cruza el ganado y se descansa en la banda.

Hay dos novillos que sufren de infección agusanada, ambos en la paleta derecha. Son grandes y aún están gordos, por lo que don Serapio decide curarlos. Llama a uno de sus antiguos arreadores y le pide que *cure al rastro* a los novillos, mientras que él hará la *curación al color*.

No deben enlazar a los animales ni tumbarlos para que no pierdan fuerza y aguanten la caminata. Tampoco se los debe hacer correr ni trotar, sino que deben ir al paso normal.

El mozo encargado por don Serapio para curar a los novillos sigue la huella de los animales y cuando ve una pisada en terreno blando le hace una cruz con su cuchillo, luego corta la forma dejada por el novillo en la tierra, levanta el molde formado y le da vuelta. Este método es conocido como la *curación al rastro*.

Mientras tanto don Serapio elige una pajita de hierba de la pampa y con ella hace un nudo y dice:

—Hay un novillo de color overo negro que tiene gusanos en la paleta derecha, tiene siete gusanos, le saco uno y quedan seis –aprieta un poco el nudo y continúa–, le saco otro y quedan cinco –y así sucesivamente hasta que dice–: le saco el saldo y queda sano –cierra el nudo y arroja la pajita hacia atrás por encima de su hombro izquierdo. Luego hace una cruz en el aire, en dirección al animal y concluye–: en Dios creo, que sana.

—Es cosa de no creer –comenta el futuro médico– pero a las dos horas la herida empezó a sangrar y los gusanos fueron saliendo. A los dos días el animal estaba sano.

Han descansado hasta las cinco de la tarde porque para llegar a Los Ángeles la distancia no es muy larga. Concluido el encierre del ganado los mozos se dirigen al galpón de ordeña y se acomodan mientras Azebedo y Añez se instalan en el corredor de la casa.

La habilidad de los moradores de Los Ángeles y el material arcilloso que usan han dado fama a este lugar de fabricantes de vasijas de barro cocido. Son muy cotizados los cántaros, donde el agua se mantiene fresca todo el día.

—Señora, a mi vuelta téngame listo un cántaro pa' llevarme hasta San Ignacio –le dice Añez a la dueña de casa.

—’Ta bien, señor –contesta la humilde alfarera, mientras le embarga una sensación de superioridad al pensar que una de sus obras de arte será apreciada en un lugar donde también saben hacer estas cosas, por lo que se anima a preguntar–, ¿y por allá no hacen cántaros?

—Hacen –responde Añez– pero la fama de los que ustedes fabrican ha llegado tan lejos que quiero compararlos con los de allá. El problema va a ser el embalaje pa’ que no se rompa en el viaje.

—De eso no se preocupe, señor, que nosotros le hacemos una *jaba*[80] bien protegida con hojas y paja pa’ que pueda llegar bien hasta donde vaya.

—Si es así entonces no me preocupo. A mi vuelta hacemos negocio.

Después de desearles que pasen bien la noche, la mujer se retira y los dos ganaderos conversan un rato hasta que el sueño los vence.

La quinta jornada se hace hasta Puerto Yata, previo descanso al mediodía en un lugar llamado Francia.

El río Yata, en ese sitio, recibe las aguas de su afluente, el río Yatita. En esta época del año, el Yatita está seco y el Yata tiene aguas cristalinas que animan a los vaqueros a darse un baño reparador, aun a riesgo de encontrarse con una anguila, una raya, pirañas, o sufrir el ataque de algún caimán aburrido al que no le ha gustado que le turben su tranquilidad. Por suerte, no hay ningún percance con la gente y más bien el “doctor”, como llaman al joven postulante a médico, sacando fuerzas de su cansancio, decide probar suerte… al día siguiente el desayuno es pescado fresco a la brasa.

El descanso de medio día en La Constanza es breve, porque en ese lugar solo hay una noria para proveer de agua a los moradores. Se apura la tropa por llegar al Corralito ubicado en las cabeceras del río Jordán.

En el Beni existen muchos ríos Jordán y no es que la gente haya querido recordar el río sagrado de la Biblia, sino que hubo un tiempo en que el topógrafo de la Prefectura, don Froilán Jordán, se encargó de la demarcación de casi todas las estancias ganaderas y cuando preparaba sus planos y no sabía el nombre de algún río o arroyo, no tenía inconveniente en bautizarlo como río Jordán o arroyo Jordán.

Las jornadas largas o cortas para medir las distancias se deben a los lugares donde hay agua, elemento vital que permite efectuar esta penosa y difícil travesía.

---

80 NE: Cajón acondicionado especialmente para transportar botellas, piezas de loza u otros objetos frágiles (RAE).

Al día siguiente el trayecto va paralelo al río Jordán hasta llegar a Buena Hora, que es el puerto por donde se cruza el ganado inmediatamente, y por la tarde se descansa después de pastorear a los animales. Esta es la última pascana donde el ganado se mantiene encerrado en corrales y los arreadores pueden descansar durante la noche.

—Le voy a contar –dice Azebedo, dirigiéndose a Alfredo, después de instalar su hamaca– lo que le sucedió al dueño de esta barraca cuando se produjo la baja en el precio de la goma. Allá por los años veinte mucha gente vivía de la explotación de los siringales de la zona y se combinaba con la producción agropecuaria que se tenía en los chacos y la estancia. El precio que se pagaba por arroba de goma era de una libra esterlina, o sea 16 bolivianos, pero cuando se cerró el mercado de este producto, y pa' evitar que su gente se vaya a otra región, el propietario de Buena Hora les ofreció seguir comprando goma y les propuso pagar un boliviano por arroba. Como no había otra fuente de trabajo, la gente aceptó y así se fueron acumulando las bolachas hasta que después de veinte años se juntaron algo más de 80.000 kilogramos de goma. Se produce la Segunda Guerra Mundial y, quién lo hubiera creído, nuevamente la goma tiene buen precio, convirtiendo en millonario al dueño de esta barraca. Todo el cargamento se lo compró la *Bolivian Rubber* y, después que vendió todo, se fue a vivir a Trinidad.

—Bonito el negocio –dice Añez, mientras sofoca un bostezo y trata de mantener los párpados abiertos.

—En realidad –continúa Azebedo, que no tenía sueño aún– unos dicen que fue una explotación inhumana a su gente, pero yo pienso que fue un golpe de suerte porque si la goma no hubiera recuperado precio esas bolachas estarían aún acumuladas y todo lo que había gastado el dueño durante veinte años lo habría perdido. Además, los mozos picaban su goma por tener algo en qué entretenerse, su chaco no les quitaba mucho tiempo después de la *chaqueada*[81] y la quema.

Al notar silencio en la hamaca de su vecino, Azebedo se calla y trata también de dormir un rato.

El octavo día de viaje se recorre hasta Palma Flor a hacer *mediodía* y a dormir a Siringalito. El paisaje va cambiando y la pampa ya no se ve tan amplia

81 NE: Quema anual de los restos de la cosecha o de arbustos, con el fin de habilitar tierras para el cultivo.

como al principio. La ruta va orillando los filones de monte que delimitan la humedad de los arroyos, la mayoría secos en esta época. La jornada se prolonga hasta las dos de la mañana para que el ganado no desee más que echarse un rato y pueda dormirse. Ya no hay corrales y al llegar a la pascana todos los vaqueros empiezan a rodear lentamente el rebaño hasta que las reses, que ya han perdido su bravura inicial, se echan mansamente a descansar.

El conductor da las órdenes correspondientes y distribuye a la gente en cuatro grupos que llama *cuartos*.

—Los del primer cuarto –ordena– se van a traer leña pa' encender las fogatas y los del segundo cuarto sigan rodeando el ganado. Los otros tienen dos horas pa' dormir hasta el relevo. Instalen sus camas contra un árbol por si ocurre un disparón y los encargados de las fogatas hagan lo mismo. Antes de dormirse amarren bien sus caballos pa' tener siempre a mano en qué salir a buscar a los que se disparen. ¡Nunca se sabe cuándo va a suceder!

El cambio de turno se hace a las cuatro de la mañana y después de dos horas ya todos se hallan rumbeando hacia la poza del Borochi en una jornada larga porque no hay agua en el trayecto. Se llega a las dos de la tarde y desde ese momento empieza el rodeo del ganado, pero esta vez se hace a pie porque ya los novillos están mansos y además porque tienen que irse acostumbrando para cuando lleguen al bosque donde no pueden entrar los caballos. Nuevamente la gente se distribuye en *cuartos* y se comparte el tiempo de rodeo.

La poza del Borochi es una especie de manantial donde el agua brota permanentemente, lo que permite dar de beber a todas las tropas que pasan por esta ruta.

El año 1940 se contaron más de doce mil reses que pasaron hacia el Acre, ya que en Río Branco se compraba el ganado en cierta época y se mantenía en potreros de engorde.

La época ideal para el arreo comienza en octubre y dura hasta diciembre. Después la ruta de la pampa se inunda por las lluvias y los grandes ríos desbordan sus aguas en los *curiches* del bosque. La otra época, con menos facilidad de arreo, es de mayo a julio, pero tiene el inconveniente de que a la vuelta ya no hay agua ni siquiera para los arrieros, peor para sus mulas.

Nuevamente se pastorea el ganado a la hora en que los cristales de rocío se equilibran en el trapecio de las finas hojas de pasto, antes de que el ardiente sol los evapore, y luego la interminable marcha hacia el Norte.

En Cavador tienen que abrir una senda entre el follaje tupido para llegar a las pozas que todavía mantienen agua en el cauce del arroyo escondido en la floresta. El ganado ya está manso y puede ser arreado de veinte en veinte cabezas a tomar agua.

La jornada continúa hasta Marimonos, donde nuevamente hay que repetir el juego del rodeo durante toda la noche.

Con el ganado ya en tren de viaje, el arreo por la noche se vuelve monótono y no es raro que alguno se duerma mientras su caballo avanza para despertar en el suelo después de chocar contra una rama atravesada en la senda.

Al mediodía la tropa está llegando a Pailón, sobre un afluente del río Viata, y por la noche entrando a San Juan, la última estancia ubicada a orillas del río Viata. Hay buen pasto, agua abundante y se decide dejar a los animales en recuperación por un día.

—Oiga, don Jacinto –le dice Alfredo Añez al dueño de la casa–, ¿y a usted no le da miedo vivir en estos parajes tan alejados de la civilización?

—Amigo Añez –le contesta–, el hombre se acostumbra a todo y la verdad es que yo vivo más feliz cuando ya no pasan las tropas de arrieros, ya sea en época seca o en tiempo de lluvias. Aquí no me falta nada, hay cacería en abundancia pa' escoger la carne que uno desee, no faltan cereales porque las tierras son muy fértiles. Con proveerse abundantemente de pólvora y munición, lo demás viene del cielo.

—Pero ¿y las ventajas de la ciudad no le atraen?, ¿las diversiones, los bailes en sociedad, la política y tanta cosa diferente que hay por allá?

—No envidio ni extraño nada porque toda mi vida la he vivido aquí, salvo algunas veces que he viajado a Río Branco. Allá he asistido a las casas de diversión donde las mujeres le sacan a uno todas las ganancias por un rato de placer, pero ni eso extraño porque, cuando mi mujer no puede atenderme, aquí tengo varias criadas que solucionan mi problema y los muchachos que nacen, bueno, son mis hijos y tienen todos los derechos de la casa. En cuanto a la política, me da lo mismo si el presidente es Peñaranda, Busch o Villarroel porque yo no tengo ningún cargo público.

Alfredo Añez se queda un buen rato pensando en la felicidad de don Jacinto, que no ansía mejorar porque lo tiene todo.

Pero aún no se ha avanzado ni la mitad del camino. Después de despedirse del dueño de San Juan, los viajeros salen rumbo a Vera Cruz. Antes de llegar se atraviesa una lengua de monte de una legua de ancho, acortando el camino antiguo en unas cinco leguas. Se cruza el arroyo Vera Cruz y se espera que baje un poco el sol.

A Maquinisto llegan casi a la media noche. Se organizan los turnos y las fogatas.

A las seis de la mañana, mientras los animales están comiendo su pasto con rocío mañanero, los cocineros reparten la ración de agua caliente con su hoja de paja cedrón y las tres tortas de maíz. El café que llevaron se había acabado en Buena Hora. Casi todos disuelven las tortas en el agua caliente y se sirven un sabroso caldo de maíz con charque. A las diez llegan a La Señorita y se encuentran con un hombre degollado. La deducción es fácil, todos coinciden en que volvía del Acre con sus mulas cargadas de mercaderías y que sus mozos se le sublevaron y lo mataron. La casualidad hizo que esto ocurra precisamente en La Señorita, pascana famosa por sus *duendes* y *bultos*, por eso todos procuran pasar de día por allí para evitarse sorpresas en la noche.

—No me va a creer –le dice Azebedo a Alfredo– pero en el anterior viaje que nos tocó dormir en este sitio y cuando ya me había instalado en mi hamaca sentí que alguien me mecía. Primero no le di importancia pero cuando empezaron a sacudirme como pa' tumbarme de la hamaca encendí la linterna y saqué el revólver y, cosa increíble, no había nadie por ahí cerca. Ni qué decir que no pude dormir y me pasé la noche a paseos y rezando todo el tiempo.

—Mientras no los vea –le dice Añez– yo no voy a creer en *bultos* ni en *aparecidos*.

Don Serapio, que también forma parte del grupo, interviene en la charla:

—Todo lo que digan sobre *aparecidos* en este sitio yo lo creo, porque son muchos los casos que han sucedido como pa' convencer a cualquiera. En un viaje anterior, estando yo de turno en el tercer *cuarto*, vi con mis propios ojos a un hombrecito con sombrero grande que, subido en uno de los novillos, empezó a torcerle la cola, y después le dio con el sobrero en la cara al que estaba más cerca mientras nosotros mirábamos sin poder movernos. Imposible meterle un tiro porque las balas no le hacen nada y más bien asustan al ganado. Al final se produjo el disparón y recién en San Juan pudimos alcanzar a los animales. Cuando los recontamos, después de cuatro días de atraso, faltaban doce novillos y teníamos ocho entre mancos, rengos y heridos, que tuvimos que abandonar. Esta es una de las razones por las que una tropa de 400 novillos debe salir de Santa Ana con 450 animales porque, en un viaje normal, por lo menos 50 se pierden.

—Y supongo que habrá otro *bulto* más –dice Añez señalando el montón de tierra donde se ha dado sepultura al degollado.

—Mire, patrón –interviene nuevamente don Serapio–, yo creo que tenemos que acortar el descanso del mediodía y salir rápido de este lugar maldito porque los animales están nerviosos y nosotros también.

Apenas hierve la olla con el menú diario, locro carretero a base de arroz y charque, los mozos comen apresuradamente y la caravana continúa su viaje hasta La Pailita, última pascana que tiene algo de pasto natural para los animales y donde se bifurcan dos caminos: al Acre y a Riberalta.

Un problema que siempre se presenta en esta zona es que, debido a que el terreno es cascajoso, el ganado se *despea*,[82] eso quiere decir que se les desprende la uña. A estos animales se los lleva en caminata lenta de cuatro días hasta Riberalta.

En La Pailita hay un corral sin dueño que es arreglado permanentemente por los arreadores que pernoctan en ese lugar.

Una senda entre la densa vegetación conduce a la tropa hasta Peña Amarilla, sobre el río Beni. Al frente hay una pequeña población llamada Copacabana y el trabajo de esa gente es precisamente ayudar con canoas al cruce de ganado. Se arrea la tropa una legua aguas arriba y ahí se larga a los novillos en hatos de veinte cabezas con un buey-caballo[83] como guía, jalado desde una canoa. El peligro de las palizadas es tan grande que muchas veces se ha perdido toda la tropa arrastrada por la corriente del río.

Normalmente se tarda una hora entre ida y vuelta de la canoa. Los 400 novillos de Azebedo cruzaron en tres días.

—Yo soy muy católico, amigo Añez –dice Azebedo, después de haber sufrido durante los tres días la penitencia de estar hincado de rodillas en la barranca del río– y he hecho una promesa a la Virgen de Cotoca, que la tengo que cumplir apenas llegue a Río Branco, porque me ayudó a pasar todos los novillos sin ningún percance.

—Pero si se ahogaron cuatro –le interrumpe Añez.

—Es cierto, pero esos se ahogaron porque les topó la anguila eléctrica y ya la virgen no pudo hacer nada contra esos bichos que viven en las profundidades del río, pero solo fueron cuatro y por eso estoy agradecido. También tengo que agradecer a mi amigo Pedro Antelo por haber mandado esos seis peones que ayudaron con las canoas de los costados.

---

82 NE: Dicho de una persona o de un animal, maltratarse los pies por haber caminado mucho (RAE).

83 NE: Buey amansado para ensillarse y que se maneja con riendas. Hace las veces de burro para atravesar terrenos fangosos (Bayo, *op. cit.*).

En realidad, para apurar el cruce del ganado, los troperos que venían por detrás y que se instalaban en las diferentes pascanas esperando turno enviaban de a dos peones por grupo, con lo que se facilitaba la tarea del que estaba cruzando su tropa en el río.

En Copacabana se dejan los caballos para recogerlos a la vuelta pagando pastaje por adelantado.

—De aquí pa' adelante cada hombre se encargará de arrear 20 novillos –ordena el conductor–. Se les entregará cada día, después de su desayuno, una porción de chivé y su pedazo de empanizao. Las jornadas serán continuas y no hay parada al mediodía. Tienen que tener mucho cuidado con las sendas gomeras que atraviesan el camino porque por ahí se les pueden escapar las reses. Cuando eso les ocurra tienen que correr por el monte pa' salirles adelante. Van a tener mucho cuidado porque es fácil desorientarse en la carrera. Pa' llegar a Jenechiquía se tardan doce horas, así que ya pueden salir, siguiendo al marucho.[84]

Las tropas van saliendo y por delante un muchacho con su corneta de cuerno vacuno va guiando la marcha. Ese es el marucho.

Al llegar al río Madre de Dios se arrea el ganado una legua aguas arriba para que al ser arrastrado por la corriente pueda encostar en Loreto frente a Jenechiquía. Las tropas cruzan de 20 en 20, siempre guiadas por un manso buey-caballo. Dos días se tarda en cruzar todo el ganado.

—Llevamos 21 días de viaje –dice Añez que, aburrido ya de tanto andar, lamenta el momento en que decidió acompañar a la caravana–. ¿Cuántos días faltan?

—A ver –contesta Azebedo–, vamos a hacer un cálculo: en Maravilla dos días, al río Orthon dos días más, a Nacebe otros dos días, luego a Curichón y a Santa Rosa del Abuná, en total ocho días. Ahí se pierden normalmente dos días en trámites e invitaciones a los aduaneros. A San Francisco sobre el río Rapirrán otro día, y después de pasar la frontera tres días más y estamos en Río Branco. O sea que aún nos faltan 14 días pa' llegar a destino.

—La verdad es que ya estoy cansado del viaje, yo no sirvo pa' este negocio, así que mejor me dedico a criar mis terneritos y que otro gane la plata con los viajes al Acre.

Al ver que Serapio Vaca ha llamado a los arreadores, los dos ganaderos se acercan al grupo a escuchar:

—El tramo que vamos a pasar hoy día –explica el conductor– es el más difícil porque hay que cruzar el *curiche* del Sama que mantiene agua

---

84 NE: Guía explorador del grupo.

todo el año y con el paso del ganado tiene el piso puro escalones. Hay que medir bien el paso pa' no caerse y llenarse las manos con espinas de marayaú,[85] planta que abunda en esta región.

—Don Serapio –pregunta un arriero– ¿y qué hacemos si algún novillo se separa de la tropa?

—Lo dejan nomás, porque esta misma noche regresarán algunos a buscar las reses perdidas mientras los demás esperan en Maravilla, solo un día, ya que el ganado no tiene pasto pa' comer. Hay una hierba que se llama *bella unión*, que si a algún novillo se le ocurre comer se muere en pocas horas, así que cada uno tiene que vigilar su tropa pa' evitar accidentes.

Y el viaje sigue con todas sus penurias. Tanto el dueño como los arreadores se sacrifican en su alimentación y en su forma de dormir por ganar unos billetes que no compensan tan terrible odisea de treinta y cinco fatigosos días.

En Río Branco se entrega el ganado en las estancias Maya y Cía y después de darle un adelanto al personal se les da permiso para divertirse o emborracharse.

—Vamos a estar tres días –conversa Azebedo con Añez– y después nos regresamos. El último día recorreremos todos los sitios de diversión pa' recoger a nuestros arrieros. Los pagos se entregarán cuatro horas antes del retorno pa' que puedan comprarse algo y no lleguen con las manos vacías a sus casas.

—¿Y qué se puede llevar de aquí? –pregunta Añez.

—Cualquier mercadería que usted lleve de aquí es canjeable por ganado y pa' que se dé una idea le voy a hacer una relación de los precios en el Beni: un sombrero de *curi* se cambia por un buey; una camisa con su pantalón valen una vaca, lo mismo le pagan por una hamaca; por una caja de alcohol le dan una yunta de bueyes grandes; por tres bolsas de sal de treinta kilos le dan una vaca gorda, y si quiere mandarse la parte en Trinidad, llévese unos tres sacos de harina de trigo pa' hacer pan de trigo.

—Si es así no hay razón pa' llevar dinero y que lo asalten en el camino –dice Añez, pensando en el degollado que encontraron en La Señorita.

—Como ese es mi negocio yo siempre vuelvo con mercadería y gano por partida doble –responde Azebedo.

—Yo sigo pensando que este trabajo es muy sacrificado y la ganancia no compensa el riesgo.

85 NE: Palmera acuática.

Tres días después se inicia el retorno, ya más tranquilos, porque no tienen que preocuparse de arrear novillos y es más rápido porque cada uno va pensando en sus hijos y en el hogar.

—Murieron casi al mismo tiempo –explica la señora Miriam a su esposo sin poder controlar las lágrimas–. Fue una muerte tranquila, natural.

—Estaban ya viejitos y vivieron su vida a su modo –dice Alfredo a manera de epitafio para don Marcial, su capataz, y doña Eduviges, su jefa de cocina y ama de llaves, que habían muerto mientras él estuvo por el Acre.

—Todo el mundo los quería –continúa la esposa– y todas estas noches no he podido dormir tranquila pensando en ellos. Hay ratos que se oyen, a eso de la medianoche, moverse las ollas, como si doña Eduviges estuviera preparando la comida –y abrazando a su esposo le dice–, cariño, yo quiero adelantar el viaje a Trinidad hasta que me pase un poco este temor… además hay que inscribir a los muchachos en la escuela y alistarles la ropa y los útiles escolares.

—Está bien, mi amor –le contesta Alfredo–. Mañana empezaremos a preparar lo que tenemos que llevar y en unos tres o cuatro días podremos salir, así pasaremos la Navidad en Trinidad.

Miriam se queda un rato pensativa, con la mirada ausente, por lo que el marido le pregunta:

—¿Alguna otra preocupación, mi niña?

—Sí –contesta la señora, sacudiendo su cabeza para volver a la realidad–. Estaba pensando en lo complicada que es la vida de algunas personas y en que cada vida es un mundo.

Nuevamente su pensamiento vuela, abandonando el cuerpo mientras Alfredo la observa en silencio.

—¡Perdón! –continúa–, estaba pensando en las cosas raras que suceden… Dos días antes que muera doña Eduviges llegó su hermana. Parece que presintiendo que iba a morir la hizo venir y yo escribí la carta sin imaginar que ella quería ver a su hermana por última vez. Durante el velorio me contó la vida y la tragedia de nuestra viejita… Era de Portachuelo y cuando a su marido lo *engancharon*[86] en una cantina de Santa

86 NE: El enganche era un sistema de servidumbre por deudas que resultaba del anticipo de pago en bienes o dinero, y originaba un endeudamiento creciente para retener a los trabajadores.

Cruz mediante un contrato que le hicieron firmar durante su borrachera, ella decidió acompañarlo hasta los siringales del norte. En un batelón y con cadenas a los pies viajaron desde el puerto de Cuatro Ojos en el río Piraí hasta Guayaramerín y de allí empezó la odisea durante dos años sin poder salir del torbellino económico. Aunque trabajaban día y noche, el saldo en contra cada vez aumentaba más porque el precio que les pagaban por su goma era muy bajo y los víveres que les entregaban estaban calculados como para amarrar de por vida a los peones, a sus hijos y a sus nietos. Agobiados por la situación decidieron escapar, arriesgándose a ser capturados por los guardias y sus perros. Se lanzaron selva adentro, rumbo al Sur, evitando acercarse a los puestos ganaderos cuando salieron a la pampa y comieron frutas, raíces, pescado crudo, insectos, huevos de aves o lo que alguna vez podían cazar con trampas de peso que construían rústicamente con sus herramientas, ya que algo que no puede faltar en una huida es el hacha, el machete, los anzuelos y la sal. Tuvieron suerte y después de seis meses llegaron a San Ignacio, donde murió su marido a los pocos días.

Alfredo escucha atento el relato y comenta:

—¡Paz en su tumba! ¡Ahora está junto a su marido!

Miriam se persigna y prosigue su relato:

—Después del entierro, invité a la hermana de doña Eduviges a que se quede por un tiempo. Se quedó una semana, como si supiera que don Marcial también se iba a morir, porque después del segundo entierro se fue nomás. Ella vive todavía en Portachuelo. Durante el velorio me contó la vida de don Marcial o por lo menos la parte que nunca quiso contar el viejito, ya que después de trabajar en Rogaguado, como él decía, se instaló al sur de Loreto con un ganadito que le dieron pa' que críe al partido. Todo iba bien hasta que un día que él no estaba en la estancia una pandilla de abigeatistas se robó todo su ganado arreándolo hacia Santa Cruz. La mujer quiso oponerse y la mataron igual que a su hija, después de violarla. Cuando llegó don Marcial, acompañado de su hijo Pedro, se encontró con la tragedia de su vida. Sin comentar nada, enterraron a las muertas, rezaron un rato con lágrimas en los ojos y luego don Marcial agarró su vieja escopeta, afiló su machete pequeño y ensilló nuevamente su caballo. El hijo, como si leyera sus pensamientos, también afiló su cuchillo de carneo y al verlo buscar las huellas del ganado y enfilar por el camino real, lo siguió en silencio. Marcharon dos días preguntando en los ranchos hasta que al atardecer del tercer día se encontraron con los ladrones. Observaron la marca desfigurada en el anca de los animales y después de saludar a los cinco arrieros pidieron permiso para acompañarlos esa noche. Ni el

padre ni el hijo dieron señales de ser los dueños del ganado y la charla fue sobre noticias que don Marcial había escuchado en su último viaje a Trinidad, relacionadas con la política del momento.

—¿Y qué hacen por estos trechos? –preguntó el jefe de la pandilla.

—Hemos sido contratados por don Jesús Chávez pa' arrear un ganado desde su estancia hasta Trinidad y vamos a ayudarle a sus mozos.

—Lo que son las cosas –dijo riendo el ladrón–, mientras ustedes van a traer ganado, nosotros llevamos hacia Santa Cruz esta tropa que hemos comprado.

Por la noche, cuando todos se fueron a dormir, don Marcial se ofreció acompañar al que iba a hacer la primera guardia. Conversó un rato mientras preparaba y fumaba un cigarro y, cuando escuchó los ronquidos de los demás, sacó su machete y de un solo tajo le cortó la cabeza al atónito guardia que no pudo dar ninguna alarma. El hijo, que observaba los movimientos de su padre, se levantó y degolló a los dos que estaban durmiendo a su lado. Sigilosamente, padre e hijo se acercaron donde el jefe de la pandilla y su segundo descansaban tranquilamente y, colocándose cada uno al lado de cada ladrón, hicieron ruido para despertarlos. Estos despertaron bruscamente y buscaron automáticamente sus revólveres sin encontrar nada, por lo que el abigeatista principal exclamó:

—¡Qué pasa!

—No pasa nada –contestó pausadamente don Marcial–, simplemente que queremos hacer unas pequeñas preguntas pa' tranquilizar nuestras conciencias.

—¿Dónde están los demás? –preguntó, presintiendo la respuesta.

—Están muertos.

—Pero, ¿por qué? –dijo asustado el ladrón de ganado.

—¿Recuerdan a la mujer que salió a defender su ganado? ¿Y recuerdan a la muchacha que violaron y mataron ustedes en la estancia de donde sacaron este ganado cuya marca está desfigurada?

Los dos hombres, paralizados por el miedo antes que por los cuchillos cerca de sus cuellos, no dijeron nada pero sus rostros hablaron por ellos.

—No necesitan declarar nada, porque nosotros sabemos lo que pasó sin necesidad de haber estado ahí y por el descanso del alma de mi mujer y de mi hija ustedes deben morir.

Un solo tajo simultáneo y las cabezas cayeron mientras un borbotón de sangre brotó de las yugulares, lavando así el crimen cometido contra las indefensas mujeres. Padre e hijo esperaron que la claridad matinal ilumine un poco el lugar y enterraron a los muertos aprovechando una zanja, cavando la tierra con sus machetes. Luego juntaron el ganado y

volvieron a la casa. La pena no les permitió, ni a don Marcial ni a su hijo, seguir viviendo en ese sitio y al poco tiempo devolvieron el ganado, anularon su contrato y cada uno siguió su camino por la vida.

Alfredo ha escuchado el relato con mucha atención, y al final comenta:

—¿Y cómo esa mujer, la hermana de doña Eduviges, conocía esto que ni nosotros sabíamos?

—Porque ella era concuñada de don Marcial, o sea que su marido era hermano de la mujer de don Marcial.

—Pero, ¿y la Policía nunca encontró los cadáveres de los abigeatistas?

—Nunca.



Mientras en el Club Social de Trinidad la alegría del carnaval de 1947 se hace sentir a través de los acordes de la banda de músicos y las comparsas bailan ruidosamente, el agua de rebalse del río Mamoré avanza, casi se diría que arrastrándose lentamente con movimientos serpenteantes por las calles de la ciudad, aumentando a su paso el espejo líquido que ya abarca un ancho de cincuenta kilómetros.

Cuando Alfredo y su esposa, cansados de divertirse, regresan a su casa, tienen que descalzarse dos cuadras antes para poder ingresar a la vivienda, que por suerte o por previsión fue construida previo relleno del lote.

Durante una semana el nivel del agua va subiendo entre cinco a diez centímetros por día y, cuando empieza a lavar el corredor de la calle, se contrata un albañil para construir un cordón de ladrillo y cemento alrededor de la casa para evitar que el agua ingrese a las habitaciones. Casi todos los vecinos han tenido que conseguir tablones de madera para levantar tarimas interiores donde se pueda permanecer con los pies sobre una superficie seca y, para completar el panorama, una torrencial lluvia cae sobre la ciudad después de varios días de llovizna intermitente, lo que obliga a la población a salir a las calles en largas procesiones para pedir al cielo, mediante rogativas en voz alta, que calme su furia y su castigo.

Las autoridades y vecinos notables, organizados en un Comité de Emergencia, navegan por las calles repartiendo los alimentos de ayuda que han llegado mientras la faja de aterrizaje permitió el ingreso de las aeronaves militares que evacuaron a mucha gente.

Solo queda seca el área de la plaza principal y cien metros a la redonda.

Llega un momento en que el agua permanece en un nivel estable y luego, faltando tres días para la Semana Santa, empieza a bajar lentamente.

Apenas empiezan las aguas a invadir las calles de la ciudad, Alfredo decide ir a la estancia para tratar de salvar algo de su ganado y esa madrugada, en una embarcación impulsada por un motor fuera de borda y acompañado de dos ayudantes, sale rumbo a El Chiverío.

Navega el arroyo San Juan hasta Puerto Almacén, sigue por el Corte Toribio, un canal artificial que comunica las aguas de los ríos Ibare y Mamoré, cruza este último y continúa por la Zanja del Recreo –otro canal artificial de más de doce kilómetros– hasta el río Tijamuchí. Continúa aguas arriba navegando por el río Sénero para entrar por la Zanja de Navegación de San Ignacio hasta La Garita, una cuadra antes de la plaza. La embarcación es arrastrada por una yunta de bueyes hasta la laguna Isirere, casi un kilómetro, y la navegación continúa hasta llegar a la estancia El Chiverío sin camino, por media pampa o por arroyuelos en el bosque, ya que el río Apere también se ha desbordado de su cuenca hidrográfica.

En cada isla de monte o loma artificial encuentra reunidos ganado, jaguares, víboras, gacelas, tapires, infinidad de aves, insectos y roedores que asustados ante la inmensidad de este mar de agua dulce tratan de sobrevivir, aun a riesgo de que la ley de la selva impere en esas islas.

En El Chiverío no encuentra a nadie pues el nuevo capataz, después de haber observado detenidamente la altura en que los caracoles habían colocado sus huevos en los arbustos, y tras compararla con la marca de anteriores inundaciones en los árboles, había arreado todo el ganado hasta el puesto de La Chacotera, ubicado en un lugar alto, libre de inundaciones, pero que en esa época seca no tiene agua y es propenso a que se presenten plagas en el ganado y su pasto no es tan bueno como el de la zona baja. De todos modos, no se tuvo que lamentar pérdidas.

En cambio, en las estancias que no tienen alturas o donde el dueño o el capataz no tuvieron interés o previsión para salvar el ganado, el desastre fue casi total. Por todas partes se ven flotando miles de vientres hinchados en plena putrefacción porque las aves de rapiña no se dan abasto en su oficio de enfermeros de la selva y a la cantidad de ganado ahogado hay que añadir el que muere porque se le desprende las pezuñas por estar mucho tiempo en el agua y el que sucumbe de hambre después de la inundación porque el pasto se pudre y desaparece. Y cuando llega el

primer surazo aumentan los lamentos, porque por cada cabeza de ganado caída por la inundación caen ocho o diez por el frío y el viento.

¡Cuando pasa el desastre hay que empezar de nuevo!

—¡Yuju!, ¡yuju! ¡Den paso!

Los gritos de los arreadores se confunden con el retumbar de las pezuñas que retumban en una densa polvareda mientras la tropa de novillos, seguida por un grupo de chiquillos, pasa por la calle 18 de Noviembre hasta la "Esquina del Peligro" y es enfilada luego hacia el matadero de la Casa Suárez.

Cuatro peones a caballo, parados en media calle Mamoré, obligan al ganado a ingresar por el ancho portón que lo conducirá a la muerte. En el patio se ha construido un corral para recibir a las tropas que cada día van transformándose en alimento para los mercados de La Paz y para las minas de estaño.

En toda la planta baja del edificio de la calle Mamoré está ubicado el matadero, con sus modernas instalaciones de guinches, tecles, roldanas y ganchos. En un extremo está instalada una cámara frigorífica que ha entusiasmado a mucha gente a dedicarse a la compra de novillos, derribe y transporte de carne al interior del país usando los aviones DC-3 del Lloyd Aéreo Boliviano.

Un hermoso novillo de más de cinco años de edad y de aproximadamente 250 kilos es conducido por un angosto brete hasta el matadero donde recibe una certera puñalada en la nuca e inmediatamente es degollado. La sangre se recibe en un estanque de cemento, desde donde se traslada en turriles sobre un camión, junto con el excremento del ganado, hasta un lugar alejado de la ciudad de Trinidad.

La res ya está colgada y un experto peón, después de sacarle el cuero, la está dividiendo en cuatro partes.

—¿De quién es el carneo? –pregunta Alfredo Añez a uno de los mozos.

—Es de los Gómez –le contesta el mozo sin mirarle siquiera, mientras sigue cortando la carne con su afilado cuchillo–. Ellos están en el corral –continúa.

—Gracias –dice Alfredo dirigiéndose al patio.

Al verlo llegar, lo saludan los hermanos Néstor y Edmundo Gómez que, acompañados de Alcides Sattori, están vigilando el carneo.

—Hola, Alfredo, ¿qué te trae por acá? –le dice Néstor.

—Hola, muchachos –contesta Alfredo–. Vi pasar esta hermosa tropa y no pude resistir la tentación de venir a averiguar de quién era.

—No se puede negar que son novillos gordos –acota Alcides–. Van a dar un buen promedio.

—Como ustedes siempre están comprando ganao –dice Alfredo– les doy el dato de que don Ignacio Salazar está vendiendo todo porque, según dice, entre la uñeta, la lengüeta y la *segundeta* está quedando sin estancia.

—¿Y cuál es esa peste llamada *segundeta*? –pregunta Néstor.

—Su hijo Segundo –dice riendo Alfredo– y pasando a otro tema, ¿ya tienen el informe del tiempo? –pregunta, mientras observa el cielo sin nubes.

—Sí –responde Edmundo–. Según la oficina del Lloyd mañana va a estar despejada la cordillera, el avión llegará bien temprano. Por eso nos hemos decidido a derribar el ganado pa' meterlo a la cámara.

—No sé, no sé –dice Alfredo pensativo–. A veces esos informes no son muy exactos y yo confío más en el reumatismo de mi brazo que anoche no me dejó dormir… en fin, si los técnicos dicen eso, así será.

—¡Balanza! –se oye el grito del encargado de pesar la carne.

Todos se dirigen al matadero, donde hay que controlar el peso de cada una de las piezas.

Por la mañana, sin haber pegado pestaña ni un momento, Edmundo se traslada al aeropuerto a esperar informaciones de la llegada del avión para ordenar el traslado de la carne refrigerada y envuelta en tocuyo. Los informes del tiempo resultaron equivocados y a las nueve de la mañana cayó una lluvia que dejó inoperable la pista de aterrizaje. Al día siguiente continuó la llovizna y al tercer día se tuvo que sacar la carne de la cámara frigorífica para transformarla en charque, con lo cual hubo una pérdida de casi un 50 por ciento de su valor.

Al lado de los corrales se tiende el charque ya salado en los parrales y, cuando se lo ve seco, se empieza a hacer los *pacotes*[87] usando moldes de madera donde se va doblando el charque para obtener cuatro arrobas en seco.

Pero no todas las veces se tenía que charquear la carne y la pequeña cámara frigorífica sirvió para entusiasmar al gobierno a conceder divisas en dólares americanos para construir tres grandes frigoríficos en el Beni y comprar aviones que faciliten el transporte de la carne beniana al interior del país.

---

87 NE: Paquetes, en portugués.

En un principio la Casa Suárez Hermanos, entusiasmada por los resultados obtenidos, inició charlas con Antenor Patiño, dueño de las minas de estaño, para instalar un moderno matadero-frigorífico para proveer carne a los mineros. Se necesitaban 300.000 dólares para hacer realidad el proyecto, pero por falta de entendimiento entre los técnicos no se llegó a ningún acuerdo.

La industria beniana –con sus tres frigoríficos– recién se pudo instalar después de tres años de negociaciones y trámites.

El 3 de octubre de 1948 Alfredo Añez se encuentra en San Borja, listo para emprender la caminata de arreo de ganado hacia La Paz.

Todo empezó cuando le llegó un *propio* llevando una carta de su amigo Belarmino Gutiérrez comunicándole su intención de intensificar el comercio de ganado en pie arreado desde San Borja hasta Santa Ana de Huachi, a orillas del río Alto Beni, donde ya había hecho los contactos con los pequeños comerciantes yungueños. Lo invita a conocer la ruta.

Acompañado de Julio Teco, lleva diez novillos gordos para entroparlos a los 40 que Gutiérrez arrea en esa oportunidad. Forman la partida Alfredo Añez, Severiano Temo como conductor, cinco peones, el marucho (el muchacho con su corneta de cuerno vacuno) y atrás el arriero con su mula cargada de víveres y utensilios de cocina. El dueño de la tropa ya está en Santa Ana de Huachi, esperándolos.

De madrugada, cuando aún no ha aclarado, sale la caravana, arreando a caballo los 50 novillos de tres años de edad. Se eligen así por ser más livianos y más ágiles, porque la senda está con permanentes derrumbes que impiden el paso. La primera jornada es fácil por ser en la pampa y al mediodía están en La Embocada, donde descansan esa noche para ingresar al bosque de madrugada y tener tiempo de llegar al río Yucumo con algo de luz solar.

Cada día se reparten los víveres para el almuerzo, que consiste en chivé, chancaca y tortas de maíz. El arroz, el charque, la manteca y la sal quedan a cargo del arriero encargado de preparar la cena diaria. La jornada es desde las seis de la mañana hasta las cuatro o cinco de la tarde.

Ese día hay problemas para cruzar los ríos Querecha, San Lorenzo y Chaparina, y el grupo llega al río Yucumo bien entrada la noche. Además, el ganado estaba miedoso de entrar en el bosque e iba retrasando la marcha. Se hace un corral de palos delgados para dar a los animales la sensación de estar protegidos de las fieras de la selva.

Toda la gente, después de comer un locro de charque, se acomoda dispersa y rodeando al ganado para evitar que alguno provoque una estampida. Hasta ese sitio el terreno es plano, con pequeñas ondulaciones, pero de ahí en adelante empieza a presentar subidas.

—Hay que tener cuidao con el novillo gacho gateao[88] –dice José Botelho– porque es muy regresero, bravo y mañudo al cruzar los arroyos.

—Que no se mezcle con mi tropa el cojudo –le contesta Pérez– porque le *quebro* el cuerno con mi bastón.

—En un viaje que hice hasta el Acre –comenta Severiano Temo– había un novillo parecido a este gateao. Un día en la estancia Horizonte le brincó a uno de los peones, que por eludir la embestida saltó hacia un lao con tan mala suerte que uno de los cuernos le agarró parte del pantalón, se lo rasgó, llevándose además uno de sus huevos, que quedó colgando en un arbusto. ¡Quedó listo el pobre!

—¿Y qué hicieron con el tipo? –pregunta Julio.

—Se quedó en la estancia porque tuvimos miedo de que se le infecte la herida y más allá no había dónde dejarlo.

—Igual nos puede pasar ahora –interviene Alfredo–. Esa es la vida del tropero. Nunca se sabe si volverá a su casa sano y salvo, pero apenas regresa ya le están picando los pies nuevamente pa' emprender la aventura de otro viaje.

—Don Alfredo tiene razón –le corta Severiano– y como ejemplo me tienen a mí, que mientras las fuerzas de mi cuerpo lo permitan seguiré viajando. Algún día escucharán la noticia de que me embistió un novillo o de que desaparecí en el monte arrastrao por algún tigre.

—Oiga, don Severiano –dice Julio, más para sí mismo que esperando respuesta–, hay algo que siempre me pregunté: ¿quién le enseña al ganao que debe tenerle miedo al tigre cuando lo oye *cantar* en la noche o al perro cuando huele sus huellas y se le encrespa la columna vertebral de miedo?

—El miedo al tigre lo llevan esos animales en el instinto –contesta el conductor– igual como llevan el confiar en la corneta del marucho y agruparse alrededor del fuego. Eso nos facilita la labor de arreo y al segundo o tercer día ese ganao, que en la pampa no se podía domar ni con lazo, en el monte está asustao y busca la protección del hombre.

La charla sigue un rato más, hasta que uno a uno se van durmiendo, quedando solo los del turno para hacer guardia.

---

88 NE: Con manchas como de jaguar.

A las seis de la mañana del día cinco, después de recibir su agua caliente y disolver las tres tortas de carne reglamentarias, la tropa sale para hacer *mediodía* en Los Velásquez, nombre de un arroyo al que se lo pasa tres veces, y la caminata concluye a las seis de la tarde en la Cumbre del Pilón. No se han encontrado problemas serios de derrumbes, salvo algunos árboles fáciles de apartar. Esa noche se instalan cuatro hombres a cada punta del camino con fogatas encendidas ya que el fuego tranquiliza al ganado.

—Casi no cuento el cuento –empieza la charla Pedro, el marucho– porque por ir tocando la corneta no me fijé dónde debía poner el pie pero, como parece que tengo un dios aparte, no sé cómo vi a la *pucarara*[89] en lo que daba el salto hacia mi pierna. ¡Apenas pude hacerle el lance!

—No he visto todavía uno que haya muerto picao por una *pucarara* –dice Severiano–, parece que no es venenosa.

—Pero si me siguió un buen trecho, dando mordidas al aire sin toparme porque yo boté la corneta y corrí más rápido que ella. ¡Estaba condenada de rabia!

—Lo más peligroso es el miedo que le tenemos a las víboras y eso hace que el veneno circule más rápido por la sangre cuando lo muerden a uno.

—Con una cascabel, tenga miedo o no, da lo mismo, y no hay tiempo pa' buscar remedio.

—En eso del miedo –empieza nuevamente Severiano– hay un cuento de una víbora y un jaúsi, ese pequeño e inofensivo lagarto verde, que discutían sobre lo que pasa si un hombre siente que le ha picao la víbora, y pa' comprobarlo le dice la víbora: "al primero que pase yo le voy a morder y vos te mostrás pa' que te vea". Así lo hicieron y cuando el mozo mordido vio al jaúsi que envalentonado le hacía frente se *riyó* y siguió su camino. Después le tocó el turno de atacar al lagarto verde y mostrarse a la víbora. El hombre, al ver quién era su atacante, empezó a palidecer y a sentirse enfermo hasta que en pocos minutos se murió. ¡Y murió de miedo!

—Bueno, pa' cuento pasa –dice Julio riendo–. Yo creo que hay víboras venenosas y por lo tanto peligrosas, pero hay otras como la *boyé* que se cría debajo de la cama y no deja ratones, chulupis ni ningún bicho de esos que son sucios y contagian enfermedades.

—Ya alcanza de víboras –interviene Alfredo– porque seguro que esta noche me sueño peleando contra alguna. ¡Hasta mañana!

---

89 NE: Serpiente de cascabel.

El sol de esas regiones no es muy madrugador y a las seis de la mañana está todavía oscuro y con neblina.

La tropa empieza a bajar desde la cuesta del Pilón y al rato ya está subiendo hacia la serranía de Marimonos. Al pasar por un lugar deleznable el overo hosco y el overo negro se desbarrancan. Tienen que quedarse Zacarías y José tratando de recuperar los novillos mientras los demás siguen hasta la cumbre de Marimonos. De allí se vuelven Severiano y Julio, mientras los otros rodean al ganado con la orden de proseguir el viaje si hasta media tarde no regresa el conductor, para poder hacer noche en el río Quiquibé.

Mientras tanto los rescatadores han abierto una senda hasta donde están los animales. Pueden arrear uno y abandonan al otro. A las diez de la noche llegan al río con el overo hosco.

—Es una pena –dice José–, en vez del locro de charque podíamos estar comiendo un rico asado de carne fresca, ¿por qué no volvemos y lo carneamos?

—A esta hora es peligroso –contesta Severiano– por las víboras o por el tigre y no vale la pena que por un pedazo de carne se perjudique el viaje porque, si te pasa algo, no podríamos arrear las 12 reses que te corresponden. A la vuelta, si no ha comido *bella unión* o alguna otra planta venenosa, podemos carnearlo.

—¿Y por qué no lo enlazaron? –pregunta Alfredo Añez–. Entre los cuatro pudieron sacarlo a jalones.

—Eso no se puede hacer –contesta Severiano– porque el novillo se empaca y no anda ni a jalones, peor aún en este caso que estaba como a 50 metros barranco abajo.

—Bueno, si es así no digo nada.

—Yo pude dar la orden de meterle cuchillo –continúa Severiano– pero de repente al patrón Belarmino se le ocurre decir que por querer comer carne fresca no hicimos lo suficiente pa' salvar al novillo. Uno nunca sabe cómo piensa la gente y, con la experiencia que tengo y los diferentes patrones con los que he trabajao, mejor lo dejo ahí como prueba.

—Yo creo que lo que sucede, por algo será –interviene Pedro Vaca, un joven que por estar todo el día soplando la corneta de cuerno vacuno siempre está ronco–. Tal vez con este novillo los tigres de la región calmen su apetito y nos dejen de vigilar porque yo no duermo tranquilo escuchando *cantar*[90] al tigre en el silencio de la noche.

—La charla de ustedes sí que es interesante –dice Julio– porque si no hablan de víboras se la agarran con los tigres, y por último solo falta que

90 NE: Rugido del jaguar, también llamado tigre amazónico.

empiecen con los *bultos* y *aparecidos*, que en estas soledades deben vivir muy tranquilos. De todos modos me *fregan* la noche porque me hacen dormir a sobresaltos.

—No seas miedoso, hombre –le corta Severiano– que nadie se muere la víspera, salvo el chancho que muere la víspera del cumpleaños.

—No –contesta Julio–, si no tengo miedo de morir, lo que pasa es que con los desvelos al día siguiente no puedo aguantar la caminata y hay ratos que siento que siento que voy durmiendo en andando y cualquier rato me daré un buen porrazo.

El río Quiquibé, con sus límpidas aguas saltando entre las rocas, despide a los viajeros con su rumor de torrente. La marcha continúa hasta La Cascada, una legua más allá, donde se encuentran con un derrumbe que obstruye completamente el paso. Sobre la mula, entre las ollas y víveres, se tienen algunas herramientas de zapa.

—Traigan las palas y las picotas –ordena Severiano– y empiecen a limpiar la tierra. Los demás sacaremos las piedras grandes y los árboles caídos. Pedro y Ramón se quedan a cuidar la tropa desde ese lado. Enciendan una fogata en medio camino.

—Con esto yo creo que vamos a perder un día –opina Alfredo Añez.

—Así es, don Alfredo –contesta Severiano, sin dejar de arrojar piedras hacia el barranco–, si no hubiera sido por el derrumbe, esta noche nos tocaba dormir en Palos Blancos y tenemos que sudar fuerte si no queremos perder dos días.

—¡Ojalá que no haya más derrumbes!

Todo el día duró la faena y cuando la noche fue borrando el color del paisaje los agotados arrieros tenían una angosta senda para que pueda pasar la tropa, con mucha precaución, apenas amanezca.

—Que cada uno se prepare un bastón resistente porque vamos a servir de brete pa' que los novillos vayan pasando por la brecha –ordena Severiano, mientras con su afilado machete va preparando su bastón–. Háblenle al ganado pa' que no se asuste, pero no le griten porque puede espantarse.

—¡Vamos chico! ¡Arre, arre! ¡Cuidao con ese que es bravo!

Cada uno, con su bastón listo para descargar el golpe en la frente del animal, formando un brete humano, ayuda en la peligrosa tarea de vencer el paso difícil. Al final no se pudo evitar la caída de tres novillos al barranco. No pueden retrasar más el viaje y los dejan abandonados a su suerte y a su muerte segura.

Al medio día pasan por el río Inícua y por la tarde, sin más percances, llegan a Palos Blancos a orillas del río Alto Beni, donde hay un rancherío con corral para las tropas de ganado que llegan desde Mojos. Se pastorea a los animales en los alrededores donde hay unas manchas de capín,[91] pasto que se ha ido extendiendo de alguna plantita llevada por algún arriero.

Esa noche varía la rutina porque con el ganado encerrado los viajeros pueden dormir tranquilos en el alojamiento-pensión de Félix Huanca.

—Este asado en olla lo venía deseando durante todo el viaje –dice Pedro, mientras se sirve su cena con todos los condimentos de la región.

—Cuando la carne está bien preparada es difícil saber de qué animal se trata –añade Severiano.

—A mi paladar no lo engañan así nomás –interviene Julio– porque si esto no es ciervo seguro que es anta, pero por el gusto a hoja se trata de carne de monte.

—Es anta –contesta Huanca– porque en estas regiones no se come carne de vaca, aunque por aquí pasa el ganado en viaje a La Paz, donde pagan mejor precio.

Al escuchar al dueño de la pensión, José Botelho se levanta y le dice en voz baja a Severiano:

—Jefe, por qué no le ofrece al colla los tres novillos que se quedaron en La Cascada.

—Tenés razón –y dirigiéndose a Huanca le dice–, oye, Félix, quiero hacer un negocio con vos. Tengo tres novillos que se quedaron en La Cascada y pensaba regresar mañana a traerlos, pero si te interesan te los vendo bien baratos.

—¿Y cuánto vas a pedir? –pregunta Huanca, tratando de no mostrar ningún interés.

—Mirá, por habernos atendido bien te los voy a dar a mil doscientos bolivianos cada novillo, o sea al precio que se paga en San Borja, sin contar el arreo.

—Pero es mucho problema el sacarlos del barranco y tal vez estén muertos –dice Huanca–, mejor es que vayas nomás mañana y cuando yo los vea te los compro.

—En ese caso los llevo hasta Santa Ana y me pagan el doble –se calla un rato y continúa–. Está bien, te voy a rebajar a mil cien bolivianos, pero ni un peso menos porque son novillos gordos y seleccionados.

—Te pago ochocientos –ofrece Huanca.

91 NE: Especie de maleza de la familia de las gramíneas, originaria de Europa.

—Ni que los hubiera robao –contesta Severiano–. En ese caso, dentro de tres días vuelvo por aquí y los saco, ya sin el problema de cuidar la tropa.

Después de ofertas y contraofertas se firma el certificado de venta por 1.000 Bs cada novillo, con documento para descargo ante el dueño de la tropa.

La última jornada de seis leguas, por un camino que va paralelo al río Alto Beni, conduce la tropa hasta Santa Ana de Huachi. Don Belarmino Gutiérrez los estaba esperando rodeado de 12 compradores a los que se les entregó el ganado.

El día diez los mozos descansan, lavan su ropa y con el valor del arreo compran peinetas, perfumes, algún corte de saraza para el tipoy de su mujer, collares, abalorios u otros regalos a fin de no llegar con las manos vacías, pero siempre buscando cosas que no sean muy pesadas porque el viaje de vuelta es largo.

De madrugada se reparten los víveres. A cada uno le dan tres latas de sardina, un empanizado, un kilo de chivé, 20 panes de harina de trigo y 12 tortas de carne.

Ni Pérez ni José Botelho aparecieron para salir junto a los demás. Con las alforjas al hombro, tienen que hacer ahora doble jornada por día, ya que no hay que andar al paso del ganado.

Se llega al atardecer al río Quiquibé y, como ya no hay motivo para tocar la corneta del marucho, se debe encender fogatas y atizar constantemente el fuego para ahuyentar a las fieras de la selva.

—Pedro hace la primera guardia –ordena Severiano– y a medianoche lo releva Julio. Mañana me toca el turno a mí con Ramón.

—¿Qué habrá pasao con José Botelho y con Pérez? –pregunta Severiano.

—Seguro que se pusieron a beber toda la noche y el sueño les agarró de madrugada. A esta hora deben estar lamentándose.

—Lo malo es que es peligroso andar solos por este camino, pero no les queda más que afrontar la situación porque tienen que regresar de todos modos.

Al día siguiente, mientras caminan por el sitio donde se quedó el novillo overo negro, deciden bajar a buscarlo. No encuentran ni los huesos.

Sigue la caminata hasta llegar al río Yucumo.

—Ya me hallaba comiendo un asado con la carne del novillo –comenta Julio.

—Yo también –dice Pedro.

—Lo que ha pasao –explica Severiano– es que ha sido una pareja de tigres que se lo ha arrastrao hasta el fondo del barranco y en alguna cueva lo tienen como reserva pa' sus hijos.

—De todos modos, esta noche hay que tener precaución y mantener encendidas las fogatas toda la noche, por si acaso –dice Alfredo Añez, después de escuchar las deducciones sobre los tigres de la región y el novillo.

—Lo que es yo, como no me toca hacer guardia, me duermo aunque me coma el tigre porque ya no doy más de mis piernas –comenta Julio mientras se acomoda con su frazada.

—Yo también –añade Pedro.

La noche transcurre sin sobresaltos y al amanecer nuevamente están caminando rumbo a la casa. A la llegada, el comentario entre los amigos y luego la visita de las mujeres de Pérez y Botelho, que preguntan por sus maridos.

—Buenas noches, compadre –saluda una de ellas a Severiano–. ¿Cómo les ha ido en el viaje?

—Buenas noches, comadre, nos fue bien –contesta el dueño de casa, sacando dos sillas al corredor de la calle–. Siéntese, comadre. Siéntese, doña Juana.

—Sabe, compadre –se anima la mujer de Botelho–, en realidad nosotras vinimos a saber noticias de nuestros maridos porque hasta ahora no han llegado a la casa.

—Mire, comadre, la verdad es que se entusiasmaron con los tragos y nosotros no podíamos esperarlos todo el día, así que los dejamos en Santa Ana de Huachi, pero supongo que mañana o a más tardar pasado mañana los tendremos por acá.

—Quiera Dios que no les pase nada –dice la mujer de Pérez a manera de ruego.

—En realidad, no hay por dónde perderse porque no hay más que un camino –concluye Severiano.

Dos días después llega a San Borja José Botelho con la noticia de que a Pérez se lo llevó el tigre.

—¿Y cómo sucedió? –le preguntan los compañeros de viaje, quienes al saber que había llegado se juntan en su casa.

—Les voy a contar –empieza José, después de que todos están bien sentados y atentos al relato–. Nos quedamos porque Pérez se emborrachó y yo por no dejarlo me quedé a acompañarlo, por lo que ya no pudimos salir el mismo día que ustedes, pero al día siguiente bien temprano salimos y con una caminata de todo el día llegamos al río Quiquibé, ya de noche. Pérez me dijo: "mientras vos ardés el fuego, yo voy al río a traer agua".

Así lo hizo y mientras yo estaba soplando pa' encender la fogata escuché los gritos: "¡José, me salió el tigre! ¡Jole, carajo! ¡Jole! ¡Defendeme, José, porque me va a comer el tigre! ¡Jole, carajo!".

—¿Y vos qué hiciste? –pregunta nervioso Pedro.

—No pude hacer nada porque yo tampoco tenía arma, fuera de mi machete que en estos casos no sirve. Además la noche estaba oscura y yo no tenía linterna ni antorcha siquiera. Yo lo seguía escuchando sin poder moverme: "¡Ay, José, me agarró el tigre! ¡Me está comiendo vivo! ¡José, no dejés que me coma vivo!". Y de ahí se fue callando hasta que no se oyó nada. Yo me subí a un árbol y pasé toda la noche sin dormir. Bien temprano me bajé, miré hacia el río y en una piedra plana de la orilla vi el charco de sangre donde lo había matado y la *rastradura*[92] por donde se lo llevó al monte. Ahí nomás puse mis alforjas al hombro y salí casi corriendo, siempre mirando hacia atrás. Temprano llegué al río Yucumo y me subí a otro árbol donde pasé otra noche sin dormir por miedo a que me haya seguido el tigre. Al llegar a La Embocada ya no daba más con dos noches sin dormir, por lo que me quedé todo el día descansando.

—Más bien tuviste suerte –le dice Severiano– porque, cuando el tigre es matrero, rápido se da cuenta que uno está solo y lo sigue hasta que lo pilla durmiendo.

—Lo que me preocupa –continúa José– es que no me animo a contarle todo a la viuda de Pérez, sin quedar de cobarde por no haber podido defender a su marido.

—¿Y cuál era el nombre de Pérez? –pregunta Pedro.

—Muy pocos conocían que su nombre era Heráclides y, como es un nombre muy raro, le decíamos Pérez nomás –explica José Botelho–. Apareció un día por aquí, le gustó la zona y se quedó pa' siempre. Era tan callado que nunca supimos de dónde vino, tal vez su mujer sepa si tiene familiares en alguna parte.



Noche de octubre en la capital beniana. Ya el sol ha desaparecido en el firmamento, pero ni una leve brisa corre por el caldeado ambiente de la ciudad, lo que sirve de pretexto para que la gente se junte alrededor de una mesa de cantina a enfriar la garganta con un agradable vaso de cerveza fría.

En el Hotel Tropical de la calle Cipriano Barace, a una cuadra de la plaza, se encuentran en sus acostumbradas farras Orlando Álvarez, Alfredo

92 NE: El rastro.

Ávila, Orlando Moro, Carlos Arteaga y Alfredo Añez. Dos días antes había amanecido un hombre muerto en la plaza principal, con evidentes señales de haber sido victimado con algún garrote o cosa similar.

—…y el cojudo de Cayo Muñoz –les comenta exaltado Álvarez– se permitió sentar denuncia en la Policía de que yo había matado al camba que amaneció tendido en la plaza. Yo podía demostrar que esa noche estuve chupando en Puerto Almacén y que me había quedado a dormir allá, pero decidí ir a hacerle una visita y a eso de las nueve de la mañana toqué su puerta y me entré a la sala con el revólver amartillado. Apenas apareció, todavía con piyamas, se lo puse al pecho y le dije que iría a la cárcel pero por un motivo noble, o sea, por haber matado a un perro *socialero*. Ahí nomás se me hincó, negó haber hecho la denuncia y se comprometió a arreglar el asunto inmediatamente. En efecto, por la tarde supe que había retirado la acusación.

—¡Cómo cambia la gente cuando consigue un cargo importante! –comenta Ávila–. Antes, cuando era empleado público, andaba tras de nosotros.

—Que porque juntan un poco de plata ya no lo conocen a uno, pero ni falta que me hace la amistad de cierta gente –dice Álvarez.

—¡No somos todos! –le corta Ávila– porque yo tengo harta plata y no por eso voy a cambiar de lo que he sido siempre.

—No lo dije por vos, hombre –contesta Álvarez, palmeándole la espalda–. Pero es que hay gente que me enferma con sus ínfulas de grandeza, que porque nos ganaron las elecciones del 47 con sus trampas y sus "Lucas Gómez".

—¿Y quién es ese? –pregunta Alfredo Añez, que hasta ese momento había estado escuchando la charla silenciosamente.

—¡Ah! –responde Álvarez–. Seguro que vos estabas en el campo pa' las elecciones y por eso no supiste que los socialistas, pa' poder ganar las elecciones, trajeron a todos sus mozos y como ninguno sabía leer ni escribir les enseñaron solamente a firmar. Había un camba que se llamaba Lucas Gómez al que lo habían hecho ensayar su firma durante varios días, pero al llegar a la mesa electoral se había olvidado y en su nerviosismo escribió "Laca Gamos", lo que anuló su voto.

—Pero, aún con todas esas trampas, el PIR [Partido de Izquierda Revolucionaria] mandó sus parlamentarios, por mayoría, en la representación beniana –añade Moro–. Aunque a nivel nacional el PURS [Partido Unión Republicana Socialista] nos ganó por menos de trescientos votos en ochenta mil votantes.

—De todos modos nos ganaron las elecciones –dice Álvarez– y a nosotros nos meten presos cada jueves y domingo, pero no nos van a hacer cambiar de opinión, seguiremos siendo piristas[93] aunque en el interior los collas quieran disolver el partido sin consultarnos siquiera.

—Como pa' demostrar que hubo trampas en las elecciones generales –se anima a intervenir Carlos Arteaga, dirigiéndose a su amigo Añez–, pa' las elecciones municipales, a fines de ese mismo año y con todo el poder político en contra, el PIR logró que sus munícipes elegidos puedan frenar un poco el saqueo de la plata del pueblo, pero los pursistas[94] no los dejaban tranquilos y cada vez que había reunión teníamos que ir a defenderlos de las peleas que se armaban en la puerta de la Alcaldía. Esto fue así hasta que el peluquero Tordoya decidió salir adelante con su navaja de afeitar abriendo cancha, corte a quien corte.

—Pero pudo degollar a algún inocente –dice Añez.

—Claro que pudo –le contesta Arteaga–. Pero de los que estaban en la puerta ninguno era inocente y el que más o el que menos tenía un palo pa' defenderse.

La conversación fue interrumpida con la llegada de un joven que, sofocado por la carrera, apenas podía hablar.

—¡Don Orlando! –balbucea dirigiéndose a Orlando Álvarez–. ¡La Policía está atacando el cuartel general!

—¡Otra vez los pursistas y sus pacos! –dice Álvarez, levantándose y saliendo del local seguido por todos–. ¡Vamos! ¡Anotá la cuenta, te pagaremos mañana! –le grita al cantinero que, absorto, los mira mientras salen corriendo.

—¿Y dónde es el cuartel general? –pregunta Añez.

—Al final de la calle 6 de Agosto, frente al tanque de agua, en la casa de doña Justa Gil –le contesta Ávila.

Al llegar a la esquina 6 de Agosto y Prefecto Carrasco ven que los policías, a caballo, vienen persiguiendo a un grupo de hombres y mujeres. Un carretón está estacionado casi en la esquina. Álvarez y Añez, que tienen revólveres calibre 38, se han instalado debajo del carretón, mientras otros cruzan al frente para intervenir si fuese necesario. Dejan que pase el grupo en retirada y comienza la balacera porque al ver que un caballo cae herido los pocos oficiales también sacan revólver, mientras los policías rasos retroceden inmediatamente al galope. El lugar está iluminado solamente por el resplandor de la luna, que por la densa humareda de las pampas no se deja ver. El servicio de luz eléctrica ya ha apagado sus generadores

93 NE: Simpatizantes del PIR.

94 NE: Simpatizantes del PURS.

a las diez de la noche, por lo que es difícil hacer blanco. Con el ruido van llegando refuerzos gobiernistas y los piristas se van replegando hacia el barrio de Rancho Chico ubicado sobre el cementerio viejo, desde el Portal del Centenario hasta el arroyuelo que lo separa del cementerio nuevo. Muchas tumbas construidas de ladrillo y cemento, por la erosión del tiempo, han sufrido deterioros dejando ver en su interior espacios vacíos que sirven a los fugitivos como escondites provisionales. Además, la Policía evita ingresar a ese barrio porque es peligroso para los encargados del orden público.

—¡Vamos donde mi compadre Ponciano! –dice Álvarez, después de reunir el grupo nuevamente– y de ahí podemos mandar a alguien a comprar una botella de alcohol pa' rebajarlo.

Cada uno carga por costumbre una linterna en el bolsillo trasero, así que no les cuesta llegar a la casa indicada. Una luz de lampión ilumina la sala. Debido al calor sofocante la gente está en el corredor tratando de averiguar el motivo de los balazos que se oían en el silencio nocturno.

—¡Buenas noches, compadre! –dice Álvarez al llegar.

—Buenas noches –contesta don Ponciano, tratando de ver en la oscuridad de la calle quiénes son los visitantes.

—¡Soy su compadre *Cuchillo* Álvarez! ¿No me reconoce? –continúa Álvarez.

—Hola compadre, pero usted siempre es bienvenido –dice el dueño de la casa haciéndolos pasar–. ¡Seguro que eran ustedes los que estaban haciendo un poco de bulla y dándoles trabajo a los pacos!

—Era solo pa' que justifiquen el sueldo que ganan por mantener el orden público –amplía Añez.

—Hace un rato –continúa don Ponciano– comentábamos con mi vecino y yo le dije: "¡seguro que es mi compadre el de los balazos!"… pero no se queden aquí, vámonos al corredor de adentro por si se les ocurre pasar a los de la ronda más tarde.

—Oiga, compadre –dice Álvarez–, no tiene alguien a quien podamos mandar a comprar una botellita de alcohol pa' acompañarlo esta noche, porque usted disculpará pero hemos venido a visitarlo y va a ser hasta la madrugada.

—Faltaba más, compadre, ya sabe usted que esta es su casa y aquí está su compadre pa' acompañarlo.

—Lo único que no podremos hacer es traer la banda de música porque se nos vienen los perros *socialeros*[95] y ya por hoy tuvimos bastante.

---

95 NE: Modo despectivo de referirse a quienes simpatizan con la ideología socialista.

—Me esperan un ratito –dice don Ponciano–. Ahurita mando a comprar bebida y enciendo una lámpara pa' que estemos más cómodos, aunque se nos vengan los bichos tras la luz, pero cuando estoy con amigos me gusta que haya luz.

—En la empresa de Luz y Fuerza no confíe mucho, don Ponciano –interviene Carlos Arteaga– porque desde que se inauguró el año pasado con su nuevo motor más alumbran mis ojos que los focos de mi casa. Tanta alharaca, bombo y platillo que hicieron el 18 de Noviembre.

—Yo estuve en la inauguración que hicieron de ese motor –dice Ávila–. Por casualidad llegué del campo y me invitaron, aunque ha debido ser por mi familia porque a mí no me tragan. Todavía me acuerdo de las palabras del discurso que leyeron a nombre de Céspedes Añez, más o menos así: "formulo mis votos porque este servicio sea de larga duración, que los apasionamientos políticos no lleguen hasta él y que su funcionamiento no sea confiado a manos inexpertas" …y ya vieron que antes de seis meses comenzaron los apagones, por falta de repuestos o de combustible.

—En este pueblo nunca tendremos nada duradero porque todo el tiempo nos estamos peleando entre nosotros y ponemos de pretexto la política, pero la verdad es que da rabia que se roben la plata del Estado y no hagan nada por el pueblo. Por último se perdonaría que roben algo siempre que hagan alguna obra.

—Pero no todo está mal –interviene Alfredo Añez– porque yo, como ganadero, todos los años soñaba con conseguir vacunas y ahora me han dado la esperanza de que en todas las provincias se instalarán fábricas de vacunas a partir de la experiencia del doctor Álvaro Zalles y los jóvenes veterinarios cruceños que lo colaboran. He estado anteayer en la Granja Experimental y he visto que con un poco de decisión y algo de ayuda económica se puede solucionar el problema de sanidad animal en el Beni.

—Peor ahora que se han instalado los frigoríficos –añade Ávila–. Es imprescindible imponer el control de pestes para que podamos llegar con nuestra carne no solo a las minas, sino al exterior. Aquí ya el ganado está consiguiendo buen precio y circulan los billetes entre la gente que interviene en el faeneo y la comercialización. También en las minas están contentos porque dejarán el charque, que durante años ha sido parte de su alimentación, para tener carne fresca en su comida.

—Sí, pero hay una campaña bien fuerte en la prensa de La Paz –dice Moro–. Especialmente, los de *El Diario* dicen que con la instalación de los frigoríficos se acabará el ganado del Beni.

—Eso es algo difícil –contesta Ávila– porque todavía hay harto ganado, aunque sea arisco, que a lazo se puede agarrar. Lo de la cantidad puede solucionarse con importación de ganado hembra, pero lo que hay que cuidar es la calidad mediante el mejoramiento de razas, vacunaciones periódicas, pastos cultivados para engorde, aguadas para tiempo seco y alturas para época de inundación. Y en fin, que en eso tienen razón los periodistas, pero ya sabemos que el gobierno no dará créditos al Beni porque nosotros tenemos muy pocos votos para las elecciones.

—Hace poco –habla Moro– los senadores benianos interpelaron al gobierno sobre las cantidades de divisas en dólares americanos que se han entregado a los dueños de los frigoríficos y resultó la danza de los millones… dicen que todo se ha hecho por conseguir dólares a cuarenta y dos bolivianos y venderlos a cien. ¡Bonito el negocio!

—Pa' los que son ganaderos –interviene don Ponciano con voz pausada– esto de los frigoríficos va a resultar directa o indirectamente un beneficio, pero pa' nosotros los pobres y tal como he venido escuchando, si se comienza a matar en forma indiscriminada, el ganado va a escasear y muy pronto el kilo de la carne se irá por las nubes. La comida en el Beni es a base de carne y arroz, no se olviden de eso, por lo que yo creo que los frigoríficos serán la ruina de los benianos.

—Don Ponciano tiene razón –dice Álvarez– y por eso en los postulados del PIR se contempla siempre que hay que tomar en cuenta la opinión del pueblo antes de proceder a hacer algo que perjudique a la economía popular, pero… esto está muy conversado así que… ¡salud!

—¡Salud! ¡Y viva el PIR! –grita Arteaga que ya estaba dormitando con la charla de sus amigos.

—Hay algo más –empieza nuevamente Ávila– como ventaja de la instalación de los frigoríficos y es la compra de aviones para el traslado de carne, que a su vuelta nos traerán productos del altiplano a mitad de precio.

—Bueno, carajo –dice Álvarez– ya me cansaron con eso de los frigoríficos… mejor nos vamos a comer una *patasca*[96] donde doña Severa porque ya me dio hambre… supongo que los pacos ya se habrán ido a dormir.

—¡Vamos, don Ponciano! –dice Añez desde la puerta.

---

96 NE: Sopa de cerdo con maíz.

Datos históricos

Petición de informe de los senadores por el Departamento del Beni a los Ministros de Hacienda, Economía y Agricultura sobre los siguientes puntos:

1) *¿Qué cantidad de divisas se ha otorgado para la implantación de la industria de frigoríficos en el país y a qué empresas, indicando las cantidades concedidas a cada una de ellas?*
2) *¿Cuál es la capacidad financiera de las firmas concesionarias?*
3) *¿Cuál el estado de las instalaciones industriales realizadas hasta el presente por esas mismas empresas?*
4) *¿Cuál la capacidad de producción diaria de carne refrigerada en el Beni, de cada una de esas empresas y cuál la relación con la cantidad de divisas otorgadas a cada una de ellas?*
5) *¿Qué maquinarias se han adquirido en el exterior con las divisas concedidas y cuáles las importaciones efectuadas a la fecha?*
6) *¿Está en relación la concesión de divisas para la importación de aviones con la capacidad de producción de carne de cada una de las empresas?*
7) *¿Cuál es el plan de las empresas frigoríficas para el fomento de la ganadería del Beni?*
8) *¿Cuáles son las condiciones en que se han suscrito los respectivos contratos con las firmas industriales de los frigoríficos y término de su cumplimiento?*
9) *¿En qué forma ha asegurado el Gobierno el cumplimiento de las cláusulas de estos contratos y si las firmas concesionarias están obligadas a la devolución de las divisas recibidas en caso de incumplimiento?*
10) *¿En qué condiciones se desenvuelve el proyecto de Reyes de la Corporación Boliviana de Fomento y cuál es la producción diaria actual de carne para el abastecimiento de los mercados de consumo y a qué costo?*
11) *¿Con cuántos aviones cuenta la Corporación Boliviana de Fomento, para el transporte de carne de Reyes a los centros de consumo y cuál es el costo mensual de su mantenimiento?*

12) *¿Cuáles son las existencias de ganado con que cuenta actualmente la Corporación Boliviana de Fomento para el abastecimiento de carne a los centros de consumo?*

13) *¿Cuál es el programa o Plan del Ejecutivo para la defensa y fomento de la industria pecuaria de la República de Bolivia y del Beni en particular?*

Transcríbase al Poder Ejecutivo.

Datos históricos

Informe del Ministerio de Hacienda sobre monto de divisas a los Frigoríficos "Ballivián", "Los Andes" y "Suárez Hermanos"

Nº 4/53/50 - La Paz, 4 de mayo de 1950

Al Señor:

Presente.-

Tengo el agrado de referirme a su atento Oficio Nº 66/50, de fecha 15 de abril último, mediante el que se ha servido transcribirme solicitud del Delegado por Pando, H. Ismael Zuazo Rioja, pidiendo informe detallado sobre las divisas concedidas a los frigoríficos: "Ballivián", "Los Andes" y "Suárez Hnos.".

En respuesta, me cumple consignar los siguientes datos proporcionados por el Banco Central de Bolivia:

Frigorífico "Los Andes"		
Para adquisición de tres aviones	*$us*	*155.000.-*
Complemento del anterior	*$us*	*25.520.-*
Diseños, planos, complemento de los anteriores	*$us*	*21.980.-*
Para adquisición de un equipo de refrigeración y de radio comunicaciones	*$us*	*490.000.-*
Total	*$us*	*692.500.-*
Frigorífico "Ballivián"		
Para adquisición de aviones, gasolina, repuestos y cámaras frigoríficas	*$us*	*224.545,70.-*
Total	*$us*	*224.545,70.-*
Frigorífico "Suárez Hermanos"		
Para adquisición de dos transportes aéreos	*$us*	*152.578.-*
Para adquisición de dos cámaras frigoríficas y maquinaria agrícola	*$us*	*39.997,45.-*

Adquisición de maquinarias y equipos para instalación de dos mataderos-frigoríficos	*$us*	*89.702,79.-*
Adquisición de equipo completo para instalación de una fábrica de conservas alimenticias, maquinaria para envases y un frigorífico	*$us*	*51.063,37.-*
Adquisición de maquinaria y equipos completos para instalación de un matadero en Santa Rosa y un equipo de extracción de grasas	*$us*	*60.054,26.-*
Adquisición de 16 estaciones de radiocomunicaciones para bases aéreas y haciendas ganaderas	*$us*	*26.162,83.-*
Total	*$us*	*419.558,70.-*

La entrega de dichas divisas se hizo al cambio de 42 Bs. por dólar estadounidense, que regía en 1949 para las necesidades del comercio y la industria.

Esperando haber absuelto satisfactoriamente la información solicitada, reitero a Usted las seguridades de mi consideración distinguida.

(Fdo.). Ernesto Fricke Lemoine. - Ministro de Hacienda y Estadística.

Datos históricos

Informe del Gerente del Banco Central sobre los créditos en moneda nacional concedidos a las Empresas Frigoríficas

La Paz, 3 de mayo de 1950
Al señor:
Presidente de la Comisión Legislativa
De la H. Cámara de Diputados
Presente.-

Señor:

Nos cumple referirnos a su atento Oficio Nº 74/50 de fecha de 21 de abril último, dirigido a nuestro señor Presidente, en el cual mencionando haberse aprobado una moción presentada por el H. Ismael Zuazo Rioja, Representante Nacional por Pando, se sirve Usted solicitarnos una información sobre los créditos en moneda nacional concedidos por el Banco Central a las empresas frigoríficas, para la explotación de la industria ganadera del país.

Sobre el particular, nos cabe hacer conocer a Usted a continuación un informe que absuelve los puntos enunciados en su citada nota.

1º. Frigoríficos Ballivián Ltda.- Por resolución del Directorio del 23 de diciembre de 1949, se otorgó a esta entidad un préstamo comercial de Bs. 3.000.000.- a 90 días de plazo, con un interés del 10% anual y con la garantía de la firma social Johansson y Cía S.A. Este crédito tiene un saldo actual de Bs. 2.875.000.- con vencimiento al 21 de mayo en curso.

2º. Frigoríficos Los Andes A.A.- Esta entidad no ha obtenido crédito en el Banco, para los fines en cuestión.

3º. Suárez Hnos. Soc. Resp. Ltda.- Mediante resoluciones del Directorio de fechas 12 y 25 de agosto de 1949, se concedió a esta firma social:

a) Un préstamo comercial por Bs. 10.000.000, a 90 días plazo, con el interés del 10% anual y con la garantía de sus propiedades en Cachuela Esperanza y su establecimiento "Ivon", consistentes en edificaciones, terrenos, maquinaria

e instalaciones fabriles, bienes que se hallan situados en la provincia Vaca Díez del Departamento del Beni.

b) Un préstamo industrial por Bs. 3.000.000.- a cinco años plazo con amortizaciones semestrales, con el interés del 7% anual, con la garantía hipotecaria de dos casas en la ciudad de Trinidad y la subsidiaria prendaria de una planta de mataderos y frigoríficos, además de sus embarcaciones a vapor, remolcadoras y albarengas. Estos créditos figuran a la fecha con saldos de Bs. 9.000.000.- con vencimiento al 10/7/50 y Bs. 2.700.000 al 25/9/50 respectivamente.

En esta oportunidad, nos es grato saludar a Usted con nuestra mayor atención.

Banco Central de Bolivia
(Fdo.). A. Molina - Presidente
Dámaso Carrasco - Gerente General

Cuando las campanas del reloj público rompen el silencio de la noche, una cuerda bien templada da la nota inicial a la serenata. Canciones románticas que no pasan de moda. Añorada costumbre que se va perdiendo en los pueblos con la llegada del progreso. Fernando Añez y su grupo, que prestan su servicio militar, se han escapado del cuartel aprovechando su amistad con el cabo de guardia y están ganándole horas al día, haciendo un poco de música.

—Gracias, muchachos, lo han hecho muy bien –dice Fernando Añez.

—Con esta serenata, seguro que te conquistás a la suegra más –comenta Julio.

—No es pa' tanto –exclama Fernando–. Me conformo con la hija nomás.

Los jóvenes se encuentran en la calle Sucre frente a la escuela Nicolás Suárez, y al lado de una ventana de antiguos balaustres de madera. A treinta metros aproximadamente se oyen discursos y aplausos. Es una asamblea organizada por el exdiputado Claudio Muñoz, cuyo partido político se ha dividido en dos bandos, ahora enemigos a muerte: el partido de la Unión Republicana Socialista y los socialistas puros.

Y mientras se celebra la asamblea a puerta cerrada, el otro bando ha organizado una manifestación que desde tempranas horas ha estado recorriendo las calles de la ciudad, con gritos cada vez más eufóricos de ¡viva! y ¡muera!

—¿Dónde va a ser la otra serenata? –pregunta uno de los artistas.

—Donde mi corteja –exclama Julio– pero es un poco lejos… allá por la Marconi.

—No importa, la noche es larga y caminando no se siente la distancia –contesta Fernando– pero antes canten la canción de despedida.

—Mejor nos vamos ya –dice Carlos, quien lleva la primera voz del conjunto musical improvisado– porque este barrio no me gusta nada, es muy oscuro y de repente se nos vienen por acá los pursistas que deben estar ya borrachos.

—No seas miedoso –dice Fernando– y cantá la última.

Mientras los jóvenes están distraídos con su serenata, cuatro sombras instalan una ametralladora en la acera del frente, amparados por la oscuridad del barrio y antes que la música concluya, por la esquina aparecen los manifestantes eufóricos. Los muchachos se callan y se esconden tras los pilares de la casa observando el tumulto que pasa por media calle. Apenas el último hombre ha pasado frente a la casa de Muñoz, de esta salen varias personas con la intención de provocar pelea, y en ese momento se escucha el traqueteo de la ametralladora y una voz que ordena:

—¡Tire bajo! ¡Tire más bajo!

Multitud de heridos y entre ellos, Estanislao Bejarano que no se levanta más.

Mientras las balas cruzan la calle, los jóvenes cantores no esperan la orden para salir en loca carrera, con las guitarras al hombro, en dirección contraria a los manifestantes, y no paran sino cuando se hallan frente al centinela del cuartel.

A la semana siguiente se produce el esperado sorteo entre los conscriptos nuevos y la desmovilización de los que ya han prestado su servicio a la patria por un año. Se hace un sorteo para ver quiénes van a hacer agricultura y guarnecer las fronteras. Los que tienen alguna influencia y algunos otros se quedan en la capital a hacer vida cuartelaria y a colaborar en la fabricación de ladrillos, para uso del Ejército.

Fernando, que ya ha estado un año en el cuartel, después de haber abandonado sus estudios secundarios, es un dolor de cabeza para sus padres porque se ha dedicado a la bebida y la ociosidad.

Al salir desmovilizado, su padre logra convencerlo de ir a estudiar a la Escuela Nacional de Carabineros, y en el primer avión carguero el joven sale rumbo a la ciudad del Illimani. No tiene problemas en el ingreso por las recomendaciones que lleva y porque ya tiene vencido el cuarto curso de secundaria.

A los quince días llega la primera carta:

“La Paz, 25 de mayo de 1951.

”Queridos papás:

”Espero que todos gocen de buena salud porque, lo que es yo, vivo resfriado todo el tiempo en esta heladera. El estudio es fuerte debido a que durante el tiempo que estuve en el cuartel me había olvidado de muchas cosas y ahora tengo que igualarme por lo que tengo que estudiar hasta tarde cada noche. Lo único que me molesta es el regionalismo de algunos compañeros que se burlan porque no hablo haciendo sonar las eses pero ya he puesto en su sitio a los más burlescos y por eso me respetan. Tengo algunos amigos que me quieren así como soy, ya que no pretendo cambiar ni mi forma de hablar ni mi modo de ser.

”De todos modos, estoy contento y creo que voy a poder salir adelante…”.

Primer día de clases. Blancura de guardapolvos de los escolares. Alegría al encontrarse de nuevo con los amigos. Comentarios sobre las travesuras durante las vacaciones o las emociones de un viaje.

Pablito sale con su pantalón largo blanco y su camisa celeste irradiando limpieza. Su rostro denota sorpresa al ingresar al Colegio Nacional 6 de Agosto como alumno regular, después de haber vencido el examen que le permitió pasar de quinto de primaria a primero de secundaria, sin cursar el sexto.

Nota sonrisas burlonas entre los alumnos mayores al verlo pasar el portón principal, no sabe en qué momento es alzado y trasladado a un cuarto donde, sobre una mesa grande bastante sucia, recibe la bienvenida al colegio con una soberbia bruñida a la mesa con sus impecables ropas.

Al retornar a su casa, mientras su madre reclama por la ropa dominguera, el padre se ríe recordando que también él pasó por la misma prueba cuando estrenó su primer pantalón largo.

Pablito, por un lado siente la humillación recibida, pero por otro lado piensa que ha pasado la prueba y que ahora ya es un hombre del Colegio Nacional, y sonríe feliz.

—No te vas a estar todo el día con esa mugre, andá a bañarte y te ponés ropa vieja pa' estar en la casa. Cuando vuelva del hospital te voy a lavar tu ropa nueva –dice Miriam, mientras se alista para salir acompañada de su hija–. ¡Vamos, María Claudia! ¡Apurate que tenemos que volver rápido a cocinar!

—Ya voy mamá, ya voy –contesta la hija saliendo a la carrera con el peine aún en la cabeza.

—Pasá por el correo, a ver si hay carta de Fernando –le pide Alfredo.

El hospital Germán Busch está ubicado a cinco cuadras al noreste de la plaza principal, en una zona alta no inundable pero que aún no tiene viviendas, por lo que se tiene que caminar por media calle, a pleno sol, sin la protección de los corredores de la parte central del pueblo. Desde la casa de Alfredo Añez son diez las cuadras que deben ser recorridas a pie.

El médico de servicio que los recibe es un joven tarijeño que se encuentra haciendo su año de provincias, ya que la capital beniana, por el aislamiento en que se encuentra con respecto al resto del país, es considerada como una provincia.

El médico queda impresionado por la belleza y simpatía de María Claudia y el examen a la madre lo hace en forma mecánica, perdiendo a ratos el hilo de la explicación. Escribe la receta y, mientras recibe el agradecimiento de Miriam, retiene la mano de la hija en señal de despedida. Ambos se dan cuenta del momento de éxtasis y retiran las manos impulsivamente.

Al ingresar a la vetusta casa donde funcionan las oficinas del correo, doña Almanzora se le adelanta a la pregunta de rigor:

—Hola, Miriam, llegó una carta de tu hijo… a ver… a ver… aquí está… está gruesa… parece que el muchacho tiene tiempo pa' escribir cartas largas.

—Esta Almanzora no necesita abrir las cartas pa' saber quién las escribió y lo que dicen –contesta sonriendo Miriam, mientras acaricia la carta de su hijo ausente y se despide con la curiosidad acicateada por saber cómo vive su adulado en las tierras andinas.

Alfredo, al ver la cara de satisfacción de su esposa, sabe que ha llegado carta de Fernando y espera ansioso la lectura:

"La Paz, 20 de abril de 1952

"Queridos papás –comienza la lectura Miriam, cuando ya se han puesto cómodos– recién puedo escribirles después de todo lo que me ha ocurrido últimamente. Como les contaba en la carta anterior la revolución ya era un hecho y ahora que se ha producido, nos ha tocado llevar la peor parte.

"El día 7 nos trasladaron a la Cancha Zapata con la orden de no dejar pasar a nadie por esa zona y nosotros en cumplimiento del deber nos quedamos sin comer durante dos días, casi nos congelamos durante dos noches y por último estuvimos en la zona donde las balas y los morteros se hicieron sentir con más fuerza.

"Tuvimos varias bajas y no sabemos cuántos habrán caído con nuestra artillería, pero por suerte y la protección de la Virgen a mí no me pasó nada. Lo único, sí, que les digo es que no me gusta este oficio porque para cada revolución o para cada bulla que se produce nosotros somos los primeros en movilizarnos y por eso voy a buscar una profesión que no sea tan riesgosa y donde uno pueda actuar más libremente. No vayan a pensar que esta decisión la he tomado con motivo de esta revolución, sino que la vengo madurando desde el primer encuartelamiento que se produjo con problemas de gobierno. He tomado contacto con unos amigos y voy a intentar estudiar topografía en el Instituto Geográfico Militar…".

Una densa neblina, que hace parecer fantasmas a los madrugadores trinitarios, da el marco invernal a las calles de la capital beniana. Eso no le impide a Alfredo Añez llegar al Mercado Municipal, cuando apenas las primeras luces del día tratan de romper las tinieblas nocturnas, para escuchar las últimas novedades y saborear una tacita de aromático café. Uno a uno van llegando los cotidianos clientes, con una puntualidad que asombra, como si tuvieran obligación de estar a la hora de costumbre.

—Anoche nuevamente hubo peloteras –comenta Ernesto, que siempre llega con la última noticia.

—¿Y qué pasó? –pregunta Alfredo.

—Los Sikuajaras les metieron bala a los falangistas que estaban realizando una asamblea.

—¿Hubo muertos?

—No cayó ninguno, pero parece que hay varios heridos porque dicen que los movimientistas se fueron armados con garrotes y no les negaron a los que ofrecieron resistencia. Me contaron que, cuando se produjo la desbandada, el peluquero *Perlita* se acordó que las dos lámparas a kerosén que iluminaban el patio eran de él y regresó a recogerlas. Con el nerviosismo no pudo apagarlas así que decidió huir con las dos lámparas encendidas cuando escuchó que uno de los chinos gritaba: ¡Tírenle al de la lámpara!, por lo que al oír los balazos botó las lámparas y siguió su carrera.

—La verdad es que aún no ha empezado la represión –dice Alfredo– porque yo he sabido que se están preparando campos de concentración pa' llevar a todos los presos políticos.

—Cada gobierno tiene sus métodos pa' mantenerse en el poder –añade Jorge– y organizar las fuerzas necesarias pa' ello… A propósito, ¿cómo le va a tu hijo en la Academia de Carabineros?

—Según la última carta que recibí anda un poco desmoralizado de la Academia y ahora no sabe si va a ser paco o pillo. Parece que va a estudiar topografía.

—Debería aguantar un poco más y después podría estar sentado todo el día, jugando ajedrez, esperando que suceda algún robo, un asesinato o una revolución –comenta Jorge nuevamente mientras llama para pagar el consumo.

—Creo que eso último es lo que no le gustó –contesta Alfredo, levantándose a comprar su carne–. Bueno, gracias por el cafecito y veremos si consigo un poco de carne haciendo valer las amistades ya que parece que hoy día tampoco alcanzarán las reses que han traído.



—¡Por fin llegamos!

—¡Ya no daban mis riñones!

—No se alegren mucho, que recién comienza lo difícil.

Uno a uno van bajando de la vagoneta los cinco flamantes ingenieros militares de la primera promoción de egresados de la Escuela Militar de

Ingeniería, que por motivos especiales no han querido firmar en los registros del partido gobernante y que, entusiasmados por los exorbitantes sueldos que ofrece el Punto Cuarto, se han contratado para estudiar una posible ruta desde Caranavi hasta el río Alto Beni. Esta institución caminera mixta, boliviano-norteamericana, tratando de facilitar el ingreso hacia la colonización de las fértiles tierras de los Yungas paceños, se ha propuesto vencer los obstáculos que la montaña pone a quien trata de modificar el paisaje natural.

Frente a ellos, imponentes, se alzan los farallones que forman en el fondo de su precipicio el famoso río Coroico. Absortos miran la masa de granito que hasta esa fecha no pudo ser vencida y está ahí, como un freno al paso de la civilización.

—Hasta aquí, como han visto –explica el ingeniero norteamericano Gordon Dabney, director del Punto Cuarto–, se pudo llegar con camino, que aunque le falta mucho para llevar ese nombre, permite por lo menos llegar sobre cuatro ruedas. El trabajo de ustedes, como ya se les explicó, consiste en salir a Caranavi y de allí organizar la exploración hasta encontrar el río Alto Beni.

Al observar que la senda de herradura va orillando el río, con mucho riesgo de vidas y cabalgaduras, uno de los militares observa:

—Ingeniero Dabney, una simple pregunta, ¿hay todavía turbiones en este río, pensando que ya estamos en el mes de junio?

—Este río es peligroso todo el año –contesta el aludido– y esa ha sido una de las razones por la que nunca antes se pudo continuar con la construcción de este camino.

Ese día, 10 de junio de 1953, se encuentran en El Choro, punto final del camino que una década antes construyera la Empresa Cristian y Nielsen. Las cristalinas aguas del río dan una sensación de paz y tranquilidad al lugar. De arriba cae una tenue llovizna producida por el choque de las innumerables cascadas, que cual trajes de novia van transformando con su rocío la tétrica montaña en un panorama lleno de vida y esplendor con la densa vegetación que cubre completamente la roca.

—Yo les aconsejo –vuelve a decir Dabney– que apenas lleguen los topógrafos y los soldados que completan el grupo, todos se trasladen uno o dos kilómetros más adelante, o sea detrás de los farallones, por si acaso llegue la riada esta noche. Mientras tanto, que las mulas con el mulero vayan vadeando el río para ganar tiempo.

—La idea es buena –dice el doctor Max Sheir, Jefe de la Comisión de Exploradores–. Así que antes de que nos agarre el cansancio nos pondremos en movimiento y, como ustedes van a retornar con la vagoneta,

cuando se crucen con el camión de los topógrafos, por favor, les explican el sitio donde estaremos acampados esperándolos.

—Si es así –comenta Antonio Bazoberry, poniéndose la mochila al hombro y empezando la caminata– yo me voy adelantando para instalar mi carpa temprano. ¡Vamos, muchachos!

Después de despedirse del director del Punto Cuarto, inician el vadeo del río Coroico. Adelante, haciendo equilibrio entre las resbalosas piedras de la orilla camina Bazoberry seguido de cerca por Enrique Vargas Guzmán, pisándole los talones sigue Hugo Ortiz Matos, guiando con sus pisadas al doctor Sheir, y cerrando la marcha, René Adriázola y José Luis Belmonte. Todos ostentan el flamante grado de capitanes del Ejército de Bolivia y el título de ingenieros militares.

—Todavía sigo dolorido de tanta inyección y vacunas que me han metido –comenta Vargas Guzmán.

—Yo estoy igual –le responde Bazoberry–. He quedado inmunizado para toda la vida y contra todo virus o peste que se presente en la zona. Así voy a llegar a viejo sin enfermarme.

—Si no te atacan los salvajes que hay en esa zona a donde estamos yendo –comenta Vargas queriendo asustar a su compañero, pero sin estar muy seguro de no sentir un escalofrío por la espalda.

—Claro que también hay la posibilidad de un encuentro con un tigre, un oso, un puma o cualquier otra fiera de la selva, sin descontar a las víboras o a los mosquitos que nos puedan dejar para siempre como cruces al costado del camino –completa Bazoberry.

—Mejor nos callamos –le corta Vargas–, no vaya a ser que seamos boca-calientes[97] y después tengamos que lamentarlo.

Y la verdad es que cuando los contrataron les habían explicado que si pagaban un buen sueldo era porque el trabajo no estaba libre de peligros. Les habían dicho que la zona de Caranavi, donde no había más que una hacienda aislada, era considerada insana, por lo que antes de iniciar el viaje fueron obligados a vacunarse contra la fiebre amarilla, la malaria, el paratifus, la viruela y otras enfermedades tropicales que figuraban en las listas de la Sanidad de La Paz. Además, se les había entregado copias de los únicos mapas de la región a estudiarse, que habían sido dibujados por los jesuitas o por los franciscanos, dos siglos atrás.

Días antes, a fin de reconocer el terreno, los llevaron en un avión militar DC-3 a sobrevolar la zona para que puedan grabar en la memoria

97 NE: Agoreros, pronosticadores.

algunos accidentes geográficos que faciliten la exploración. Pero una cosa fue mirar desde arriba y otra cosa fue cuando estuvieron debajo de los árboles, sin poder siquiera orientarse del sitio donde se encontraban. Unas tres veces habían recorrido la zona, pero como el avión tenía que hacer muchas maniobras en vuelo para mantener su estabilidad entre aquellos cañadones, donde los vacíos de aire pueden hacer fracasar la observación, cuando aterrizaron en la pista de Santa Ana de Huachi, que había sido ampliada previamente, ninguno estaba en condiciones de opinar sobre lo que habían observado. Cuando tuvieron que decolar nuevamente todos estaban con el Jesús en la boca.

Los demás integrantes de la expedición llegaron en la noche al campamento y después de los saludos de rigor cada uno buscó su comodidad para poder pasar la noche lo mejor posible.

Los capitanes, alrededor de una fogata, charlan animadamente y ríen de los cuentos de Ortiz Matos, como tratando de alejar esa duda que a ratos cubre parte de sus pensamientos: “¿En qué aventura me he metido? ¿No hubiera sido más fácil firmar en los registros del Movimiento Nacionalista Revolucionario jurando lealtad al gobierno? Pero ¿acaso nos han enseñado en los cuarteles que no debemos meternos en política porque nosotros formamos parte del patrimonio nacional y debemos estar libres de compromisos partidarios para defender a la patria en cualquier momento sin divisiones dentro del Ejército Nacional?”.

Las bromas, principalmente relativas a los cadetes del Colegio Militar y a sus profesores, hacen más ameno el ambiente.

—¡A ver, cadete! ¿Dónde queda el río Rapulo? –había preguntado el catedrático.

El cadete, que en su vida había escuchado ese nombre, callaba, asustado ante la perspectiva de un seguro aplazamiento en la materia de geografía.

El catedrático, que había dado ese nombre porque fue lo primero que se le vino a la memoria, trataba de buscar disimuladamente en su libro de geografía de Bolivia mientras replicaba al alumno:

—¡Así que el cadete no sabe! ¿No? ¡Así que no ha estudiado el cadete!

Y como el alumno permanecía callado y el catedrático no pudo encontrar la respuesta, le dijo:

—¡Está bien, cadete! ¡Déjelo nomás que ese es un río brasileño!

Algunos alumnos, que conocían la respuesta, sonrieron pero callaron disciplinadamente.

Fuertes risotadas acompañan a la narración porque todos conocen al catedrático y saben que la anécdota es verídica. Largo rato estuvieron

conversando y contando cosas de la vida diaria, hasta que uno de ellos hace notar que tienen que madrugar y hay que descansar un poco.

No ha amanecido aún cuando un estruendo ensordecedor los despierta a todos asustados, sin saber lo que pasa. Parecía que un terremoto iba a producirse en cualquier momento, pero la realidad era que el río Coroico, en turbulenta avenida, llegaba al sitio donde los azorados exploradores se encontraban durmiendo. Fue una suerte que por las advertencias del ingeniero Dabney hubieran instalado las carpas en un lugar elevado, pero, por las dudas, al escuchar el estruendo del chocar de piedras todos se pusieron de pie, empezaron a levantar el campamento y a subir un poco más en la montaña.

—¡Llegó el turbión! –grita un topógrafo que no había podido pegar ojo toda la noche, un poco por cansancio otro poco por los mosquitos, pero más por la preocupación de haberse metido en una aventura que después de observar el panorama ya no le estaba gustando. Tendría unos 22 años y jamás se había alejado de Oruro, su tierra natal, donde todo es plano, salvo los pequeños cerros que rodean la ciudad.

Después de egresar como topógrafo del Instituto Geográfico Militar, los amigos lo habían animado a formar parte del grupo, entusiasmados por la buena paga, pero cuando vio los enormes precipicios y cuando le explicaron que más adelante tendría que afrontar fieras y salvajes su opinión cambió totalmente. Ese mismo día se puso a probar diversas yerbas hasta que consiguió provocarse un cólico estomacal que lo hizo retorcerse entre espasmos y gritos mientras la fiebre le subía rápidamente. Fue la primera deserción del grupo, ya que tuvieron que permitirle retornar hasta El Choro a probar suerte de que algún camión llegue hasta allí. El enfermero se dio cuenta de la artimaña, pero se calló porque observó el terror en la cara del muchacho.

En medio de la desordenada huida, se oye la voz angustiosa del mulero que pide ayuda para controlar a los enloquecidos animales que asustados tratan de soltar sus ataduras. Uno lo consigue y sale en estampida, ante la mirada impotente de los hombres que ven cómo el animal empieza a correr, resbala y cae rodando entre las piedras que lo aplastan mientras la masa semilíquida se encarga de arrastrar sus restos dando volteretas a gran velocidad. ¡Fue la segunda pérdida en el grupo!

Una vez tranquilizados los ánimos, se organiza la travesía para llegar a Caranavi. En este primer tramo solo tienen que verificar algunos accidentes geográficos y completar los planos existentes. Recién al año siguiente, 1954, se tiene planificado iniciar los estudios de esta ruta, siguiendo en su mayor parte la senda actual con ligeras variantes para

mejorar sus curvas, sus rectas y sus pendientes, a fin de permitir la construcción a breve plazo.

Cuando el alboroto pasó, empiezan las órdenes para iniciar la travesía.

—Revisen bien que los instrumentos topográficos y el papel se distribuyan sobre varias mulas por si tenemos la mala suerte de perder alguna otra –ordena el doctor Scheir.

—En ese caso, que se haga también una buena distribución de los víveres –añade Vargas, mientras dobla cuidadosamente su carpa de campaña.

Los soldaditos distribuyen las innumerables latas de alimentos al mando de un topógrafo que ostenta el grado de sargento. La cantidad de alimentos es tal que si no tuvieran a disposición las siete mulas restantes hubiera sido muy difícil emprender la marcha con esa carga sobre las espaldas.

Cuando todo estuvo en orden y después de tomar desayuno empieza la marcha. Las mulas van delante con un grupo de soldaditos que son los encargados de preparar el nuevo campamento unos diez kilómetros más adelante. Para el mediodía cada uno lleva en su mochila la ración enlatada suficiente, y recién al caer la tarde podrán probar una comida caliente. Con brújula, eclímetro y midiendo las distancias con pasos se van completando los planos existentes para que sirvan de base a los topógrafos que se encargarán del estudio posteriormente.

—Mira –le dice Belmonte a Bazoberry–, según estos planos, desde La Paz hasta El Choro hay 140 kilómetros que seguramente los han medido cuando construyeron el camino, pero de aquí hasta Caranavi la distancia marcada de 35 km. Yo creo que es aproximada y si trabajamos con pasos seguirá siendo un dato malo. Lo interesante hubiera sido que hubiéramos traído una huincha para medir las distancias.

Belmonte es un militar tan callado que con todo lo que dijo ese rato ha cumplido con su cupo de palabras al día.

—Oye, Luchito –le responde Bazoberry–, en realidad a nosotros nos están pagando por explorar de Caranavi en adelante y esto que estamos haciendo es solo para recabar información básica, ya que vendrán otros a completar este trabajo. Yo pienso que sería interesante si alguno de nosotros vuelve para continuar esta labor. Tal vez yo me anime a volver el próximo año.

—¡Yo no vuelvo! –es la escueta respuesta de Belmonte para dar por concluida la conversación, mientras se dedica a calcular ángulos y distancias para anotarlos en la libreta de campo. ¡Ironías del destino! Al año siguiente volvió Belmonte a recorrer esas regiones como topógrafo del

Servicio Nacional de Caminos, después se quedó como Residente de los caminos de Yungas, ocupó el cargo de Jefe del Distrito La Paz y por último, como Subdirector del Servicio de Caminos, integró la caravana oficial de inauguración del camino La Paz - Trinidad en 1976.

En realidad, no fue muy difícil el trabajo esos primeros cuatro días hasta llegar a Caranavi, hacienda agrícola ubicada en el sitio donde el río Yara mezcla sus aguas con el caudaloso río Coroico.

Un día después, mientras la recua transita por la angosta senda, se siente el angustioso relincho del animal que va en segundo lugar de la fila, y luego todos ven cómo pierde el equilibrio y cae hacia el río. Lo que ocurrió fue que una víbora que dormía tranquilamente a la vera del camino despertó bruscamente cuando sintió la pisada de la mula guía y, cuando la segunda quiso pasar, ya el reptil estaba en acecho listo para el ataque.

—¿Qué pasó? –pregunta el doctor Scheir al encargado de las mulas.

—¡Una víbora, doctor! –responde el hombre, mientras trata de apaciguar a los demás animales.

Ninguno se anima a acercarse al enfurecido ofidio que, con la cabeza en alto y sacando y metiendo rápidamente la fina lengua, mira desafiante a los viajeros. Podían dispararle un tiro, pero eso espantaría a las mulas, que no tenían mucho espacio para maniobrar. Por fin el mulero exclama:

—¡Agárrenme a las mulas que yo me encargo de esa desgraciada!

Y empuñando su látigo la emprende contra el reptil, que no aguanta dos certeros chicotazos. Después observa el barranco y empieza a bajar en busca de la mula que había caído. Tiene que darle el tiro de gracia porque tiene una pata rota.

Al llegar a Caranavi recién se dan cuenta del porqué se considera a la región como zona insana, al ver a casi todos los moradores con enfermedades de la piel. Hay uno al que solo le quedan los huesos donde antes estuvo su nariz, lo mismo que el saldo de sus orejas acabadas por la lepra. La mayoría de los habitantes de la zona sufre de leishmaniasis o espundia, y hay otros que tienen los brazos y las piernas cubiertas con unas escamas como de pescado.

La primera impresión desmoraliza a los viajeros y esta situación empeora cuando ven que la mayoría de los soldaditos tienen la piel infectada al rascarse los sitios donde han recibido picaduras de mosquitos. El sanitario no puede atenderlos a todos y multiplica sus esfuerzos yendo de un lado a otro.

—Yo creo que debemos devolver a todos los soldaditos antes de que lamentemos una situación incómoda –opina Ortiz Matos.

—Yo pienso igual –añade Bazoberry.

—¿Y con qué gente abriremos las sendas? –pregunta preocupado Vargas Guzmán.

El doctor Scheir escucha todas las preguntas y comparte las preocupaciones, por lo que propone:

—En primer lugar, el centro de operaciones de nuestro trabajo va a ser Alcoche, donde conseguiremos peones sanos para abrir las sendas. Con esa gente saldrá un grupo de trabajo que regresará estudiando la ruta Alcoche - Caranavi - Santa Ana de Huachi. Allí hay un convento de franciscanos y será el sitio de reunión de los dos grupos. Si alcanzan los peones de Alcoche se organizará el segundo grupo; si no, se seguirá hasta Teoponte donde se completará la comisión. Este grupo tendrá la misión de estudiar la ruta Alcoche - Teoponte y siguiendo el río Kaka buscará un lugar por donde se pueda apartar hasta topar nuevamente con el río Alto Beni. Después seguirán orillando el río aguas arriba hasta llegar a Santa Ana a reunirse con los del primer grupo. Ahora, sortearemos quiénes integrarán cada grupo –y sacando una caja de cerillas dice–: los dos que saquen los palitos sin cabeza van por Teoponte y los otros dos van directo a Santa Ana.

En el sorteo, el grupo de Teoponte queda a cargo de Bazoberry y Vargas Guzmán, y en el otro grupo forman Ortiz Matos y Belmonte. René Adriázola regresa a La Paz al mando de los evacuados.

Al salir rumbo a Alcoche se sorprenden al ver una peladora de arroz instalada en Caranavi y todos se preguntan cómo pudo llegar esa máquina hasta allí.

En 1948, el Banco Agrícola transportó la peladora en camión hasta El Choro y luego en callapos, navegando las turbulentas aguas del río Coroico. En el naufragio se perdieron las calaminas que llevaban para construir el galpón, pero la maquinaria pudo ser rescatada y después de sortear mil peligros llegó a Caranavi.

La comisión de estudios camina los 20 kilómetros que separan Caranavi de Alcoche y allí se encuentran con el español Jesús Gracia, último colono viviente en la zona de la colonización que el año 1948 se efectuó cuando era Ministro de Agricultura don Carlos Gonzalo Saavedra. En esa época habían llegado al país veinticinco familias españolas en calidad de inmigrantes, huyendo de la represión del gobierno del generalísimo Francisco Franco. Se los envió a colonizar la zona cercana a la población de Alcoche y se les entregó una pala y una picota. Estos valientes colonos formaron una cooperativa que se llamó Santa Fe. La mayor parte de su producción agrícola se perdía por falta de mercado, por lo que un día se lanzaron a la

aventura de llevar sus productos en callapos, a través del río Coroico, para venderlos a los mineros de Teoponte, Guanay e inclusive de Tipuani.

Los naufragios acobardaron a los colonos españoles que uno a uno fueron saliendo hacia La Paz, donde trabajaron como albañiles, carpinteros y varios otros oficios.

—Señor Gracia –le dice el doctor Scheir al español que era a la vez Alcalde de Alcoche, Jefe de Policía, notario, profesor y vecino notable–, necesitamos su colaboración para conseguir algunos peones a fin de cumplir nuestro objetivo.

—Pues bien –contesta entusiasmado el español–, faltaba más. Aquí yo soy un simple inmigrante, pero si ustedes han venido a estudiar el camino es una obligación de todos los habitantes colaborar en ese trabajo. Ahora que, si aparte les pagan un salario, no va a ser difícil conseguir la gente.

—Preferimos que sean jóvenes y estén sanos –añade el doctor Scheir recordando a la gente de Caranavi–, mejor si alguna vez, como cazadores, han recorrido la zona que queremos explorar –y mostrando sus anticuados mapas continúa–. Nos interesa llegar a Teoponte y luego seguir el curso del río Kaka hasta algún punto para de allí separarnos hasta encontrar el río Alto Beni.

El español escucha atento y lamenta que ese trabajo no se haya efectuado unos años antes de que sus compatriotas hayan desertado precisamente por falta de caminos. Luego, como haciendo un poco de memoria, exclama:

—En Teoponte van a encontrar a algunos jóvenes que trabajaron con la Empresa Bolinca haciendo prospecciones auríferas, precisamente en el río Kaka, que tenía su campamento en un sitio llamado Sipiapo, por donde ustedes tienen que pasar. Ellos les van a servir de guías porque conocen bien la región.

La conversación dura un largo rato y la permanencia en Alcoche dura otros tres días más.

En ese tiempo las otras seis mulas se han infectado con un gusano conocido con el nombre de *boro*,[98] agravada la situación con el problema de que cada noche los vampiros[99] han ido consumiendo la sangre de los animales, al punto que, cuando las comisiones quisieron partir, las mulas ya no pudieron estar en pie y tuvieron que ser abandonadas.

---

98 NE: Larva parásita de climas cálidos, que a veces alcanza a introducirse en la piel humana.

99 NE: Murciélago vampiro común. Ataca al ganado y a ungulados salvajes; muy raramente a los perros y al hombre.

A cada grupo se le distribuye la cantidad de alimentos que se puedan cargar en las espaldas, y después de despedirse cada uno parte en dirección opuesta.

—Yo no sé si mi carga ha aumentado de peso o mis fuerzas han disminuido –comenta Bazoberry a la hora del almuerzo.

—Yo creo que es lo último –le responde su compañero de grupo Vargas Guzmán–. Propongo que dejemos unas cuantas latas de comida escondidas pero bien referenciadas con estacas, y si se nos acaba lo que llevamos podemos enviar a alguien a recogerlas.

La idea les parece excelente y comienzan a seleccionar solo lo indispensable: armas, balas, sal, brújulas, eclímetros, papel y algunas latas de comida.

Cuando llegan a Teoponte, 50 kilómetros más adelante, tienen que conseguir otra clase de alimentos porque retornar a buscar lo que habían escondido sería perder tiempo.

—Mi capitán –exclama un topógrafo– ¿podríamos ensayar uno o dos días lavando arena para ver si encontramos oro?

—La idea me parece excelente –contesta Vargas Guzmán– y mientras ustedes buscan fortuna nosotros averiguaremos sobre esos muchachos que antes trabajaron en la empresa Bolinca, para que nos sirvan de guías.

Con ese motivo la estadía en Teoponte es de una semana y antes de partir nuevamente cada uno de los muchachos tiene en su mochila un frasquito de vidrio (de penicilina) lleno de brillantes chispitas de oro.

Machete en mano, la comisión empieza a reabrir la antigua senda paralela al río Kaka, que por haber sido abandonada se encuentra cubierta nuevamente de vegetación.

Al finalizar cada día, los agotados exploradores solo desean tomar algo caliente y buscar su mosquitero para aliviar un poco su piel del escozor de las picaduras de insecto.

—Sanitario, necesito un poco de yodo –pide Bazoberry, después de quitarse los botines y observar los hongos que se han formado entre los dedos de sus pies por el permanente estado húmedo y por atropellar la siempre remojada vegetación de esa zona–, pero espera un rato, primero me daré una rascadita y luego me colocas yodo entre los dedos.

Cada noche, el problema para el sanitario es casi el mismo.

Los víveres que habían llevado desde Teoponte ya se han agotado y se han dedicado a vivir de la caza en el monte.

El plato preferido es asado de marimono a fuego lento. Un día, uno de esos pobres animalitos cae herido en el estómago y en su agonía se lamenta igual que si fuera un niño moribundo. Todos lo miran absortos

sin animarse a darle el tiro de gracia pensando tal vez en sus hijos o en sus sobrinos. Desde ese día se suprime la carne de mono en el menú.

El bosque se torna cada día más denso y los árboles más altos y coposos no dejan pasar ni un halo de luz solar. El suelo, cubierto por la hojarasca, da la sensación de andar sobre una mullida alfombra, pero se tiene que ir con cuidado porque el rato menos pensado algún agujero tapado por las hojas puede producir una fractura de pierna o por lo menos un tobillo luxado.

—Para evitar sorpresas en el suelo –dice Bazoberry– que cada uno lleve a manera de bastón una varilla y vaya tanteando el terreno.

Debajo de la arboleda muy pocos arbustos sobreviven, por lo que el trabajo del machete ha disminuido. Bazoberry ha cortado una rama bastante recta y para que se vea más elegante le ha quitado completamente la corteza con su puñal, quedando al final convertida en un hermoso bastón blanco. No se sabe qué resina tendría la varilla, pero el resultado es que en contacto con la piel de las manos comienza a producirle una alergia tan violenta que el sanitario tiene que efectuarle una sangría tratando de aliviar la situación.

Llevan ya dos meses de caminata y cada día se encuentran con nuevos ríos y arroyos que no figuran en sus primitivos mapas y que son bautizados con los nombres de los integrantes de la comisión. Después tienen que usar nombres de aves, de animales o de lo que se les ocurre. Los expertos conocedores se han fugado una noche después de que la senda se separó de las márgenes del río Kaka.

—Yo creo, mi capitán –opina un sargento– que debemos retornar por el mismo camino por donde hemos venido, porque me da la impresión de que vamos caminando paralelamente al río y ya nos hemos alejado bastante del sitio que teníamos que encontrar…

—No, es más fácil continuar –le interrumpe el capitán Vargas– y si seguimos con rumbo Este clavado llegaremos al río Alto Beni.

Temprano comienza la caminata ese día, no obstante la persistente llovizna que ha empezado a caer en la zona. El cansancio se ve no solamente en los rostros de los exploradores, sino al levantar los pies para evitar los innumerables bejucos que cual serpientes obstaculizan el paso, provocando a cada rato la caída de los agotados viajeros. Las plantas espinosas aumentan el malestar general cuando alguien trata de aferrarse a ellas para evitar la caída. Ejércitos de insectos de las más variadas especies y tamaños inyectan con sus afiladas agujas un poco de ácido a la piel y succionan sangre, como si en toda esa región no tuvieran otra fuente de alimentos.

Deciden ganar tiempo y no descansan al mediodía continuando la caminata en horario continuo. El sargento que avanza como puntero trata de eludir las cañadas y orillea en uno u otro sentido estos sitios con agua. A las dos de la tarde se produce un alboroto con las lamentaciones del sargento. Bazoberry se adelanta y pregunta:

—¿Qué pasó, Sargento?

El aludido lo mira, baja la vista y levantando lentamente el brazo derecho le muestra al capitán una huella sobre la tierra húmeda y luego contesta:

—Mi capitán, todo el día hemos caminado en círculos y por aquí pasamos bien temprano. ¡Ahí delante están nuestras huellas!

Ni con los mapas ni con sus brújulas pudieron orientarse en esa maraña por donde no penetra el sol. Después de tres días de incertidumbre y cuando ya la desmoralización y la desesperación empezaban a cundir entre los del grupo, aparece el río con todo su esplendor y su aire de salvación.

Ya de allí el panorama mejora notablemente porque orillando el río durante dos días llegan a las puertas del antiguo convento de franciscanos de Santa Ana de Huachi. Allí se quedan un tiempo hasta reponerse del susto. Conviven con los indígenas de la tribu Mosetenes a quienes los religiosos trataron de evangelizar.

Belmonte y Ortiz Matos habían llegado quince días antes y ya estaban cansados de tanto esperar.

La vuelta es más sencilla, se hace directo a Caranavi ¡Y esa queda como ruta elegida para construir el camino!

Noticias de la prensa nacional

La Nación, 24 de enero de 1954. "Se construirá camino San Pedro - Caranavi".

En conferencia de prensa ofrecida por el Sr. Ministro de Obras Públicas, Sr. Ángel Gómez García, se informó que la construcción de la carretera de 40 km desde San Pedro hasta Caranavi se iniciará el próximo mes de febrero ya que su financiamiento está asegurado. Este camino continuará posteriormente hasta las ricas regiones auríferas de Guanay. La administración estará a cargo de entidades técnicas del Ministerio de Obras Públicas, del FF.CC. La Paz - Beni y otras dependencias fiscales, lo que permite asegurar el éxito de la obra. El llamamiento a propuestas se realizará en breve y la Confederación Sindical de Constructores participará en las propuestas para dar trabajo a sus afiliados que actualmente se hallan sin ocupación.

La Nación, 6 de mayo de 1954.

La empresa encargada del FF.CC. La Paz - Beni envió detalle de las herramientas a adquirirse con la ayuda americana para la construcción del camino San Pedro - Caranavi. El Ing. Director del FF.CC. propuso el siguiente presupuesto:

Dinamita	*$us*	*77.000*
Fulminantes	*$us*	*16.300*
Acero ochavado para barrenos	*$us*	*8.000*
Carretillas y combos	*$us*	*13.200*
Palas, picotas, hachas y machetes	*$us*	*8.500*
Cables de acero, hierro de construcción	*$us*	*9.500*
Aceite, grasas (lubricantes)	*$us*	*5.500*
Tubos de diferentes diámetros	*$us*	*12.000*
Total:	*$us*	*150.000*

La Nación, 13 de mayo de 1954.

El Ministerio de OO.PP. visitó la punta de rieles del FF.CC. La Paz - Beni. Se trata de una plataforma de 4 metros de ancho que está muy cerca de Coroico. El tramo más importante es de Siberia a Atalaya (5 km.) cerca a Coroico. Hay un camino auxiliar para llegar a la Estación Tejada Sorzano.

La Nación, 11 de junio de 1954.

Se firmó convenio entre EE.UU. *y Bolivia para asistencia económica y se autorizó una inversión de 150.000.000 Bs. para llevar a cabo estudios del camino San Pedro - Caranavi. Estos estudios los llevarán a cabo los técnicos del* FF.CC. *La Paz-Beni.*

La Nación, 25 de octubre de 1954.

El Ministro de OO.PP.*, Sr. Ángel Gómez García, indica que el estudio del camino San Pedro - Caranavi está en plena ejecución y que costará 150.000 dólares americanos.*

La Nación, 15 de mayo de 1955.

Ayer, el Ministro de OO.PP.*, Sr. Ángel Gómez García, hizo estallar una carga de dinamita como inicio simbólico de los trabajos del camino San Pedro - Caranavi. La ceremonia se realizó a 2 km. del campamento San Pedro. Después hubo una recepción de honor a los visitantes por parte de la Empresa Bartos, contratista de la obra. Estuvieron presentes: el Prefecto de La Paz Sr. Max Mendoza López y el Jefe del Punto* IV *Ing. Gordon Dabney. La Alcaldía de Coroico y la administración del* FF.CC. *La Paz - Beni también agasajaron a las autoridades visitantes. Con esta obra se abre, por fin, la soñada ruta hacia las llanuras mojeñas.*

Alfredo Añez Parada
Miriam Suárez de Añez

Mario Chamas Romer
Adela Trigo de Chamas

Participan a Ud.(s) el enlace matrimonial de sus hijos

María Claudia y Mario

que se efectuará en la Catedral de la Santísima Trinidad
el día sábado 18 a horas 20.

Trinidad, diciembre de 1954

La casa de Alfredo Añez muestra desde tempranas horas de la mañana un ajetreo inusitado. Los cortinados tejidos a crochet, con su blancura, dan a la casa un ambiente de limpieza. En la cocina las órdenes se atropellan para el preparado de las diferentes clases de comida. De rato en rato hay que salir a recibir los regalos y las flores enviadas por los invitados.

Por la tarde la señora Miriam y su futura consuegra se dedican a preparar a la novia: su vestido, su peinado y algo de maquillaje facial.

A las seis de la tarde la banda de músicos empieza a tocar en el corredor de la tarde y los curiosos se van amontonando frente a las ventanas con balaustres de madera.

A las siete comienzan a llegar los primeros invitados y media hora más tarde se efectúa el matrimonio civil para salir minutos después en forma apresurada hacia la Catedral, donde los demás invitados ya están esperando. La novia luce esplendorosa con su velo de tul en el rostro y su traje de larga cola alzado por dos hermosos chiquillos.

El novio es un médico tarijeño que después de egresar en la Universidad de Sucre decidió rodar mundo y llegó hasta estas lejanas tierras norteñas en busca de fortuna. El amor le tendió sus redes y ahora frente al altar, al lado de su esposa ante la Ley, se apresta a completar su juramento: “hasta que la muerte los separe”.

Cumplido el ceremonial religioso, y ya en la casa, empiezan las felicitaciones y los deseos de eterna felicidad. El calor está sofocante y se siente más fuerte aún por los elegantes ternos de lino blanco o de casimir tropical. Se van formando grupos familiares o de mayor intimidad alrededor de las mesas que se hallan distribuidas en todo el patio enladrillado.

Después de bailar el tradicional vals, las muchachas separan a los novios para cumplir con los demás ritos: captura del bouquet, cintas con sorpresas en la torta y fotografías con la novia.

El flamante marido, al verse abandonado, se acerca a la mesa de la familia, donde en un extremo las mujeres hablan sobre la escasez de carne en el mercado y la dificultad para encontrar servidumbre honrada, mientras

los hombres discuten sobre la Reforma Agraria, la nueva conquista social dictada el año pasado por el nuevo gobierno revolucionario, etcétera.

—Acá en el Beni –dice Añez después de presentar a su yerno– no podrá implantarse la Reforma Agraria porque lo que sobra es tierra cultivable, pero si no hay caminos estables por donde traer los productos hasta el mercado nadie va a solicitar esas tierras.

—Alfredo tiene razón –añade don Pedro, estanciero con más de diez mil cabezas de ganado– porque si alguno quisiera solicitar pampa para criar ganado primero tiene que tener capital para comprar ese ganado y tener una reserva para sobrevivir mientras lo cría. Además los mozos prefieren no arriesgarse a perderlo todo en una sequía, en una inundación o si se les presenta una peste entre su ganado.

—En Tarija ha sido diferente –interviene el padre del novio– porque allá el campesino tenía que pagar alquiler de la tierra y así nunca podía superar el atraso en que se vive aún, pero que se espera que cambie en poco tiempo. Hay mucha expectativa y se cree que con esta ley Bolivia se convertirá en un país que no necesite importar ninguna clase de alimentos y tal vez se pueda, más bien, exportar productos agrícolas elaborados, como azúcar y otros.

—La Reforma Agraria –vuelve a intervenir Alfredo Añez– será un éxito en el altiplano, los valles y tal vez hasta en Santa Cruz, pero aquí, donde no tenemos caminos, el único producto que puede competir, llevándolo en avión, es la carne… lo único que me preocupa es que toda la expectativa que pusimos en la instalación de frigoríficos se está yendo al tacho con la política que el gobierno le está aplicando a estas industrias.

En ese momento, María Claudia toma del brazo a su esposo, pide disculpas al grupo y se lo lleva para brindar mesa por mesa con todos los invitados.

—Procurá no tomar mucho en cada brindis –le sugiere al oído– no te vayas a entusiasmar a la moda de Tarija y empecés con el "yo te invito".

—Voy a tratar de engañar a los invitados –contesta Chamas– pero es bastante difícil porque son muchos y aunque bese solamente la copa igual me vas a recoger "uva" de borracho.

Mientras tanto en la mesa de Alfredo Añez la charla sobre frigoríficos continúa:

—Lo malo es que no hay forma de controlar las pandillas organizadas de abigeatistas que están liquidando la ganadería, sin mencionar a los que roban ganado en complicidad con los empleados de los frigoríficos y, para colmo de males, el gobierno está en favor de las masas populares y en contra de los gamonales dueños de estas industrias. Yo les aseguro que si los frigoríficos no han declarado la quiebra muy pronto tendrán que

hacerlo y comenzará otra vez el problema en el Beni para conseguir la comercialización de la carne.

—Permiso –dice con voz gangosa el doctor Chamas–, queremos brindar una copa con ustedes.

—¡Un momento! –dice Alfredo– yo voy a hacer el brindis: quiero brindar por la felicidad de mi hija, que ojalá encuentre en este joven comprensión y cariño en las horas felices y en los momentos difíciles. Yo sé que ella será una buena esposa porque fue educada dentro de la casa y sabrá responder con sacrificio por el bienestar de su nuevo hogar. Y cuando lleguen los hijos, la felicidad será completa. No quiero dudar siquiera de que mi hija será feliz. Que Dios los guíe y…

No puede seguir con el brindis porque las lágrimas nublan sus ojos y la voz se le corta, mientras abraza cariñosamente a su hija. Había estado tratando de disimular con la charla entre amigos una emoción contenida al pensar que su hija adorada se iría al otro confín de la patria: a Tarija.



Pasado todo el papeleo de presentación de propuestas, adjudicación y firma de contrato, la empresa Bartos moviliza sus técnicos y su equipo pesado para tratar de vencer a la naturaleza pétrea que transformada en verticales farallones dice ¡Alto! a la invasión del hombre hacia los fértiles valles del río Beni y sus afluentes.

Hasta San Pedro, la empresa Cristian y Nielsen no tuvo problemas para abrir la brecha algunos años antes, siguiendo el trazo del ferrocarril La Paz - Beni por si algún día se continuaba el tendido de rieles desde la estación de Hichuloma, hasta donde se había podido llegar.

En San Pedro, antigua hacienda de la familia Bellot, se instala el campamento central de la empresa Bartos y, a fin de no perder tiempo, se decide postergar la construcción de los primeros cinco kilómetros que necesitan trabajos preliminares con explosivos.

—Hay que construir una senda provisional que suba en zig-zag sobre los farallones del río Cajones –ordena el ingeniero Alfonso Balderrama, residente de la empresa, y dirigiéndose a su capataz continúa–. Iver, te llevas la dinamita necesaria y la compresora grande para abrir el camino que necesitamos. Encontrarás las estacas correspondientes después que completemos el trazo topográfico.

—Está bien, ingeniero –contesta el capataz–. Comenzaremos inmediatamente por la parte baja donde ya está estaqueada la línea.

—Como no sabemos por dónde estará la brigada topográfica del Punto Cuarto, necesito un voluntario que se adelante y pida los planos que deben tener ya preparados, aunque sea en libretas de campo, para que podamos avanzar algo en la construcción –y al ver que uno de los alarifes da un paso al frente, el ingeniero continúa–. ¡Muy bien! Apenas te encuentres con el ingeniero Raúl de la Quintana, le entregas la nota que voy a preparar y me traes las libretas.

—Estoy listo, mi ingeniero –dice el joven, que no pierde aún la costumbre que adquirió en el cuartel cuando cumplía su servicio militar.

Y mientras el enviado sale a buscar a los topógrafos de la entidad caminera, los tractores de la empresa abren, con la potencia en su cuchilla y la ayuda de explosivos, una senda preliminar para llegar a un lugar menos escarpado donde puedan hacer notar su fuerza arrasando lo que encuentren a su paso y transformando la montaña en una vía que facilite el transporte de los productos que la madre tierra de esa región quiere enviar hacia las desérticas zonas del altiplano.

Tres kilómetros adelante, donde el río Quita Calzón desemboca en el impetuoso río Coroico, se ha instalado el campamento del supervisor de obra.

Tenues velos de cristal, cual felices novias en el templo, las múltiples caídas de aguas alegran el paisaje gris de la granítica roca y dejan embelesado al caminante que osado ha querido pasar por ese estrecho paso del río. Desde tiempos inmemoriales los viajeros tuvieron que bajar hasta el cauce mismo del río Coroico como único posible camino en la ruta hacia las llanuras mojeñas.

Hoy, desafiante, un grupo de audaces ingenieros, confiados en sus seis envejecidos tractores, deciden iniciar un duelo a muerte contra el muro de granito y abrirle las entrañas para dejar un tajo que sirva para unir el altiplano con las tierras bajas.

Después de un arduo trabajo, un grupo ya está llegando a la parte superior del farallón con la ruta de acceso, mientras otro está en la parte baja con sus taladros y sus explosivos dinamitando la roca. Es el invierno de 1955 y aunque la niebla aún cubre las carpas, que día a día acompañan a los trabajadores, ya la tarea de los perforistas es intensa. Todo el día tragando polvo, sílice y aire impuro. Cada hora dañando su vista con los minúsculos fragmentos de afilada roca.

No se sabrá nunca si fue el cansancio o un descuido del perforista, que ese momento estaba taladrando la roca, pero en cuestión de segundos, sin dar tiempo a nada, una inmensa roca lo arrastra hacia el precipicio, de donde lo recogen sus compañeros como si fuera una masa gelatinosa y lo llevan al campamento San Pedro.

En el grupo de avanzada no se enteran del accidente, del velorio ni tampoco de que los trabajadores de San Pedro habían decidido suspender actividades al día siguiente para efectuar el entierro.

Las labores en la parte superior del farallón empiezan a la hora de costumbre. A las nueve de la mañana, aparece un grupo de arrieros por esa senda. La manguera de la compresora estorba el paso de las mulas por lo que el capataz, Iver Padilla, trata de solucionar el problema con tan mala suerte que la manguera se desconecta de la máquina y el aire comprimido envía por los aires a ese servidor de la patria. Un árbol sin ramas ni hojas retiene el cuerpo sin vida, que es izado con sogas por sus compañeros de trabajo. Al trasladar el cadáver al campamento principal se enteran recién de la desgracia del día anterior, confirmando una vez más el conocido aforismo: "Cada camino cobra sus vidas".

Si bien los accidentes han dejado en el alma de todos los del campamento un vacío y una inquietud porque también a ellos les puede suceder algo similar, la idea de llegar a destino es una cosa superior que les impulsa a seguir adelante, dispuestos a vencer.

Dos jóvenes topógrafos tienen a su cargo la brigada topográfica: Fernando Añez Suárez y Percy Amelunge Cronenbold, cruceño que al igual que Fernando se encuentra consiguiendo experiencia y tratando de ahorrar algunos billetes bien ganados, exponiendo a diario su vida, ya que tanto los topógrafos como sus alarifes tienen que trabajar, la mayoría de las veces, colgados de la cintura con sogas mientras hacen equilibrio para nivelar el teodolito en alguna saliente de la roca. Para colmo de males, miles de pequeñas moscas, llamadas "señoritas", no dejan trabajar a los topógrafos porque se les entran entre los párpados.

Los dos amigos han egresado del Instituto Geográfico Militar y, aunque tenían la obligación de trabajar para el Estado durante cinco años, han conseguido liberarse de ese compromiso al aceptar entrar en las inhóspitas zonas del Alto Beni a colaborar con la empresa Bartos en la construcción de este importante camino para el país.

Se trabaja durante tres semanas seguidas, de lunes a domingo, para tener derecho a salir una semana hacia La Paz. Pero la mayoría de las veces no se puede llegar a la casa porque los pasos difíciles del camino, especialmente en Farallones y Sacramento, impiden el paso del camión y la semana se pasa tratando de desenfangar el vehículo.

Lo más importante de la construcción de este camino es que por primera vez se está usando explosivos en forma masiva y organizada para vencer, principalmente, la región del río Cajones. Se han llevado expertos desde las minas, que colocan los explosivos previa perforación de la roca, unen todas las mechas, las encienden y corren a protegerse de la explosión.

Después del conteo de las explosiones, comienza el problema porque la mayoría de las veces, de cada 40 cartuchos de dinamita, quedan cinco a diez sin explotar, produciendo un riesgo muy grande para reiniciar el trabajo de las nuevas perforaciones o para el tractorista que tiene que empujar los escombros.

Cuando las máquinas, descendiendo del farallón, se encuentran con la pequeña planicie de Jacopampa, ya los topógrafos del Punto Cuarto, colaborados por los de la empresa Bartos, están mucho más adelante dejando como señal de su paso pequeñas estacas pintadas de blanco y rojo, como diciendo: ¡sígannos y apúrense!

Las laderas, las terrazas, los angostos y, en fin, los sitios que faciliten la construcción son buscados y explorados sin alejarse mucho del camino natural: el río Coroico.

La montaña ahora presenta otro panorama… Ya no es la roca granítica difícil de vencer para construir el camino, pero que no exige mucho trabajo de mantenimiento y limpieza. Es una masa de arcilla con algunas incrustaciones rocosas que, aunque facilitan la labor de construcción, continuamente están presentando deslizamientos sobre la plataforma.

El señor Jorge Bartos, cuando sus obligaciones administrativas lo permiten, prefiere compartir en el campo las incomodidades de la región y observa entusiasmado cómo el tractorista René Molina va empujando los restos, dejados por la carga de dinamita, hacia el río que corre cincuenta metros abajo. En cada maniobra aumenta su audacia y se acerca peligrosamente hacia el borde del barranco. Bartos trata de advertirle del peligro, pero cuando llega hasta el lugar de trabajo es demasiado tarde porque el terreno ha cedido al peso de la máquina y esta se encuentra en peligro de volcar hacia la pendiente. El operador, sereno, baja la cuchilla a manera de freno y maniobrando lentamente enfila en posición de retroceso hacia el cauce del río. La suerte fue que a su paso no se presentó ninguna saliente de la roca principal y el tractor pudo llegar, después de mantener el equilibrio, hasta el fondo del barranco.

Bartos, al ver la valentía y serenidad del maquinista, en agradecimiento se quita su reloj de oro y se lo obsequia a Molina, quien recién empieza a temblar después de haber estado con los músculos en tensión durante todo el tiempo que duró el descenso.

Durante tres años, la labor diaria ha sido casi la misma: ganarle a la montaña cada metro de camino. El 31 de diciembre de 1957 ya se puede llegar a Caranavi con alguna dificultad por los continuos derrumbes. La maquinaria está distribuida a lo largo de los 34 kilómetros, en frentes de trabajo.

Ese día, alegres, los jefes de grupo acompañan a Balderrama a un local de Caranavi donde se aprestan a festejar la llegada del año nuevo.

La lluvia ha empezado desde las seis de la tarde y poco a poco ha ido aumentando hasta convertirse en una verdadera tormenta.

—Salud, don Alfonso –invita Amelunge–. Debemos festejar porque no tengamos problemas el próximo año y, ya que no pudimos estar al lado de nuestros familiares ni siquiera pa' la Navidad, por lo menos compartiremos hoy con los amigos y compañeros de trabajo.

—Gracias, Chichi –le contesta Balderrama–. Pero no vayas a pensar que si estamos aquí en este día es porque la empresa abusa de los sentimientos de sus trabajadores, sino que nos hemos quedado porque en este momento es peligroso abandonar el trabajo y es precisamente en época de lluvias cuando los camineros son declarados en emergencia porque hay que estar listos para limpiar cualquier derrumbe que se produzca. No te olvides que aún no hemos entregado el camino.

—Ya lo sé, don Alfonso –insiste Chichi–. Pero lo que pasa es que apenas tomo unas copas me acuerdo de mi familia y me entra una gran nostalgia que me obliga a preguntarme: ¿Y qué hago yo aquí, lejos de mi casa?

—Ya vamos a terminar este trabajo –le dice Balderrama, palmeándole cariñosamente la espalda– y entonces podrás volver a Santa Cruz, pero con platita en el bolsillo porque supongo que por lo menos lo de tus horas extras estarás ahorrando, ¿o no es así?

—Sí, don Alfredo, en realidad yo aquí no gasto nada y ya tengo mis buenos ahorros porque quiero instalar una estación de servicio y una maestranza en Santa Cruz. Hasta el lote ya lo tengo comprado.

—Y vos, Fernando –le pregunta dirigiéndose al beniano–, ¿qué piensas hacer con tus ahorros?

—Yo he estado comprando ganao y se lo he dejado a mi padre pa' que me lo críe al partido.

—¿Cómo es eso? –interviene Chichi.

—Es una forma de negocio –explica Fernando– que consiste en entregar vacas y toros a una persona que se encarga de cuidarlas durante cinco años y, de las crías, se queda con la mitad.

Afuera, los continuos relámpagos iluminan el escenario, como si fueran luces de bengala que festejan la llegada de un nuevo año.

Uno de los trabajadores que tuvo que salir a la calle vuelve alarmado:

—Don Alfonso, al río Yara le está llegando el turbión y ya no vamos a poder volver al campamento.

—En ese caso, es mejor que suspendamos la reunión y tratemos de cruzar el río –dice Balderrama levantándose, seguido de los otros muchachos.

—Ingeniero –exclama uno de los trabajadores– nosotros nos quedaremos porque nuestro grupo tiene permiso mañana a cuenta de horas acumuladas.

—En ese caso –dice Balderrama– solo cruzaremos los tres –y saliendo del local continúa–. ¡Apúrense si no quieren aparecer mañana flotando aguas abajo!

Tal vez si no hubieran tenido vapores etílicos en el cerebro no se hubieran animado a cruzar, tomados de la mano y manteniendo el equilibrio, cuando ya el agua les llegaba arriba de la cintura.

El campamento de los perforistas, ubicado frente a Caranavi, estaba sobre una formación rocosa, la última del tramo, llamada Turco-Ckala.

A las ocho de la mañana, al salir de la carpa, el espectáculo que ofrece la confluencia de los dos ríos, el Yara y el Coroico, es como para asustar a cualquiera. Casi doscientos metros de ancho, con las aguas pasando a una velocidad vertiginosa, arrastrando piedras, árboles, restos de viviendas y de rato en rato una mula debatiéndose por salir de la corriente o el cadáver de un campesino.

—Alisten palas, picotas, cables y víveres por si no podemos llegar –ordena Balderrama–. ¡Nos vamos al campamento de San Pedro! Se quedarán solo los serenos aquí porque estoy seguro que hay problemas en todos los frentes de trabajo y se necesitarán muchos brazos.

Y efectivamente, la montaña se había derrumbado por lo menos en mil sitios. Limpiando solo el espacio suficiente para que pase el camión fueron avanzando. A ratos se tuvo que llevar el combustible para los tractores en baldes o latas y a pie porque los derrumbes eran tan grandes que la fuerza del hombre era insignificante para limpiar los desastres ocasionados por la tormenta.

En Puerto León, el día anterior, habían alistado todo lo necesario para construir un puente pequeño de hormigón armado.

Después de la riada, el río mostraba su forma natural. No se veía el encofrado ni los materiales acumulados, ¡ni siquiera la mezcladora!

Durante muchos días se tuvo que trabajar a doble turno para tener nuevamente transitable el camino.

Para los campesinos de la zona, la gente más importante eran los tractoristas porque ellos dejaban libre el camino. En cambio los topógrafos, perforistas, ingenieros y otros eran simplemente el personal de ayuda.

Cuando la empresa constructora venció la zona del río Cajones con camino abierto, don Jorge Bartos premió a cada compresorista con una flamante bicicleta.

Datos históricos

…En la ciudad de La Paz, el 26 de agosto de 1949, ante el Notario de Hacienda, se suscribe el contrato Nº 112 celebrado entre el Gobierno de Bolivia, representado por el Ministro de Agricultura y Ganadería, señor Gilfredo Cortés Candia, por el Controlador General, Tesorero de la Nación y Fiscal de Gobierno, con la firma Suárez Hnos. Suc. de Resp. Ltda. representada por don Medardo Solares Arias.

Con este contrato se protocoliza la Resolución Suprema Nº 33996 de 21 de julio de 1949 y por la que la firma Suárez se compromete a dar estricto cumplimiento a las disposiciones sobre la conservación, aumento y mejoramiento de las fuentes de producción pecuarias, para lo que la empresa impetrante, "asegura" tener preparado un plan de inversiones con un presupuesto que asciende a la suma de 419.568.70 dólares, monto de divisas que el Estado le acuerda y concede con objeto de que pueda efectuar las importaciones para las siguientes adquisiciones e instalaciones:

1. *Instalación de un matadero-frigorífico en Trinidad con capacidad de 30 toneladas diarias.*
2. *Instalación de una cámara de conservación frigorífica en Trinidad, anexa al matadero, con capacidad de 40 toneladas.*
3. *Instalación de una planta industrial anexa al matadero de Trinidad, para aprovechamiento de subproductos y envase de carne.*
4. *Instalación de una cámara frigorífica en Cochabamba, con capacidad de 20 toneladas.*
5. *Instalación de una cámara frigorífica en La Paz, con capacidad de 40 toneladas.*
6. *Adquisición de maquinaria agrícola para mejorar las haciendas ganaderas.*
7. *Establecimiento de un servicio de radiocomunicaciones entre sus centros de producción.*
8. *Establecimiento de un servicio de transportes aéreos propio.*
9. *Instalación de un frigorífico y matadero en San Lorenzo, con capacidad de 12 toneladas.*

10. *Instalación de un frigorífico y matadero en Santa Ana, con capacidad de 20 toneladas.*
11. *Importación de maquinaria agrícola destinada al cultivo de plantas forrajeras.*
12. *Importación de máquinas perforadoras para el establecimiento de abrevaderos para el ganado.*
13. *Importación de sementales de raza para la mestización del ganado criollo…*

…El 20 de febrero de 1952 don Napoleón Solares Arias, en su calidad de albacea de doña Judith Arias v. de Suárez, publica un desmentido, de que la firma Suárez haya vendido dólares en bolsa negra, y califica de calumniosa tal imputación a lo que le sale al encuentro Octavio Bianchi, el 8 de marzo de 1952, y le refuta diciéndole que la firma Suárez Hnos. S.R.L., obtuvo la suma de $us 420.000.- para la instalación de frigoríficos, y que el primer acreditivo Nº 4769 por $us 293.444,16 lo pagó Suárez Hnos. Ltda. al cambio de $b. 42,42 con un préstamo de $b. 13.000.000.- otorgado por el mismo Banco Central. De esta primera entrega, explica Bianchi, Solares vende la suma de dólares 51.500 en bolsa negra, a los cambios de Bs. 115 y 135 durante el mes de diciembre de 1949 y de enero a abril de 1950, con lo que se hace la suma de Bs. 6.300.000.- con lo que cubre cerca del 50% del préstamo bancario que le fuera otorgado para pagar casi $us 300.000.- (negocio redondo). Y el trámite que se corría era el siguiente: el Banco Central giraba el importe del acreditivo a su corresponsal el Chemical Bank de New York, de donde luego la firma Suárez Co. Inc. de New York sacaba los dólares para su libre comercialización, previo depósito en el Bank of London South American Ltda. de New York, de donde los cheques eran girados por don Alfredo Jordán G. abogado del señor Solares y con amplios poderes de este.

Por otra parte el señor Solares, por la firma Suárez hacía el descargo de divisas sin ningún control de precios en las fracturas de origen, ya que las facturas eran extendidas por la misma firma Suárez de New York. Y tan así era el enorme "interés" demostrado en el logro de tan buena operación, que por un avión "Curtis" que entonces costaba de $us 25.000 a 28.000 (Frigoríficos Los Andes adquirió uno en 27.500 y el LAB en $us 19.000), Suárez lo hace figurar en sus facturas (de comprador y proveedor) en $us 62.603 por un avión, casi un 300% de recargo, es decir que por dos aviones "Curtis" con más accesorios, se descarga en el Banco, de golpe y porrazo, de un valor de dólares 152.578 (permiso de importación Nº 9392). La verdad, dice el denunciante, es que existen documentos que prueban que Napoleón Solares solo pagó $us 24.000 por cada uno de los "Curtis".

¡La diferencia a rayarla en la espalda de un camba!…

Del informe sobre la firma Suárez Hnos. presentado
por el H. Diputado Nacional Ignacio Callaú Barbery
el año 1957.

—¡Patrón, patrón! –exclama Jacinto, un mozo nuevo de la estancia, despertando a Alfredo Añez, que se encuentra durmiendo la siesta en una hamaca guaraya–. ¡Venga a ver esta tropa que está llegando!

—Ya voy –contesta Alfredo, despertando bruscamente de una modorra antes que de un sueño–. ¿Qué es lo que pasa?

—Patrón –le dice Jacinto–, está llegando una hermosa tropa de ganao de raza, todos blancos y piden que les demos corral o potrero.

—Está bien, ya voy –contesta buscando su sombrero y dirigiéndose luego donde se escucha el alboroto de los arreadores y animales.

Al verlo llegar, se adelanta el que parece ser el capataz y se presenta.

—Buenas tardes, señor Añez, mi nombre es Germán Vaca Ribera y estoy llevando esta tropa de ganado cebú hasta Reyes pa' la Corporación de Fomento.

—¿Cuántas cabezas están llevando? –pregunta Añez.

—Son seiscientas hembras de pura raza cebú.

—Que las lleven al potrero grande –dice Alfredo–. ¡Ese que se ve allá!

—Gracias –contesta Vaca dirigiendo su caballo hacia la tranquera del potrero–. ¡Hey, arreen hacia acá!

Alfredo va hacia la cocina y ordena que preparen café para los visitantes y que averigüen si ya almorzaron.

—Ya están encerradas las vaquitas –dice el jefe de arreadores, desmontando frente a la casa principal. Lo acompaña el segundo jefe de arrieros: Heraclio Melgar Pinto, viejo amigo de Alfredo.

—Vengan a tomar un cafecito mientras preparan algo para comer –invita Añez, seguro ya de que los arrieros están sin almorzar.

—Gracias, señor Añez –dice Germán Vaca acomodándose en un banco rústico.

—Muy hermosa la tropa –empieza Añez–. ¿Me decía que son de la Corporación de Fomento?

—Sí, señor, son para el Centro de Reproducción Ganadera de Reyes –dice Vaca.

—Algo he oído de ese centro y me alegra que los proyectos ganaderos se hagan realidad, especialmente aquellos que son pa' mejorar la raza del ganado beniano.

—Nosotros asistimos a un cursillo que dieron en Reyes pa' convencer a los ganaderos de esa región sobre las bondades del proyecto. A ver, usted, don Heraclio –dice Vaca, dirigiéndose al segundo jefe–, usted sabe explicar mejor estas cosas.

—Sí –empieza Melgar–, es un proyecto muy ambicioso y comenzó a criar cuerpo cuando el año pasado arreamos las primeras doscientas vacas cebú de pura raza desde el puerto sobre el río Grande hasta Reyes. Vos no estabas aquí cuando pedimos pernocte a tu mayordomo. Ahora estamos llevando seiscientos y posiblemente al año llevemos otro hato similar. El año pasado tardamos setenta y cinco días en completar el viaje y pensamos que ahora lo haremos en menor tiempo. Tenemos treinta y cinco vaqueros escogidos. En cuanto a las intenciones de la Corporación de Fomento, según sus cálculos pretenden vender mil quinientos toretes cada año dándoles a los ganaderos todas las facilidades de pago.

—¡Pero eso es fantástico! –le corta Añez entusiasmado–. Yo voy a ser uno de los primeros en conseguir esos toretes. ¿Supongo que aún es tiempo de inscribirse, no?

—Yo creo que no están todavía distribuidos todos –continúa Melgar–. Pero si vos querés podemos llevarte una carta de solicitud para que te separen unos cuantos y cuando podás ir vos arreglás los asuntos del crédito. Según mis cálculos de aquí a dos años, o sea a fines de 1957, podrás recoger tus toretes y vaquillas.

—Esa es buena idea –dice Alfredo–. Pero seguí con tu explicación.

—¡Ah! –empieza nuevamente Melgar–, según nos explicaron, la idea es producir toretes y vaquillas de pura raza por los toros cebú que llevarán directamente en avión y cada año para entregarlos a los ganaderos para que hagan el mestizaje de su ganado. Una vez conseguido el animal resistente a la región, ofrecerán en el centro la monta de las vacas mestizas en celo con alguno de los quince reproductores de raza "Santa Gertrudis", que también llevarán en avión, para conseguir mejorar el peso y la calidad del ganado.

—Pero eso será solamente pa' los ganaderos que viven cerca de Reyes –dice Añez resignado–. Nosotros podemos llegar hasta el mestizaje solamente. De todos modos es una gran cosa.

—Esa región de Reyes va a mejorar mucho –continúa Melgar– porque hemos visto que están alambrando grandes potreros donde están sembrando pastos de varias clases. Han llegado técnicos bolivianos y gringos pa' atender el ganado y la siembra de pastos. Están instalando un moderno matadero y una cámara frigorífica pa' almacenar la carne por si llueve mientras carnean, y por último están vacunando a todo el ganado de los alrededores de Reyes. ¡Va a ser algo muy grande!

—Yo creo que con este proyecto de mejoramiento –interviene nuevamente Añez– se acabará la importación de ganado argentino y los famosos cupos, porque con todos los frigoríficos que se han instalado en el Beni

y este mejoramiento ya no habrá pretexto pa' seguir con los negociados de los permisos de importación.

La conversación fue interrumpida con el anuncio de que la olla de locro ya estaba hirviendo y que se invitaba a los viajeros a pasar al comedor.



Igual que todos los años, los preparativos para salir a San Ignacio a pasar la fiesta comienzan dos semanas antes. Hay que dejar todo en orden. En el puesto La Bellacada se quedará como cuidador Carmelo Ichu, un muchacho que trabaja junto a Juanito Nojune, quien a la sazón ya frisa los 45 años. Rosita, su mujer, ha envejecido más rápido y aparenta ser mayor que su marido, tal vez porque después de ocho embarazos ha quedado bastante rellena de carnes. De sus hijos solo han sobrevivido cuatro, los demás no llegaron al primer año de vida.

Después de diez días de ausencia y de fiestas, Juanito decide quedarse un día más en la estancia principal, antes de seguir viaje de vuelta a su rancho.

De los que batallaron junto al patrón desde el principio, solo queda Francisco Semo, actual mayordomo. Los otros mozos son gente nueva.

Por la noche, y con esa confianza que le otorga el haber trabajado con Alfredo Añez durante casi treinta años, apenas termina de cenar, Juanito le informa:

—Patrón, por fin pude averiguar por qué se le fueron los peones que tenía usted el año pasao.

—Algo yo supe –lo interrumpe Añez– de que se fueron a buscar la Loma Santa[100] o algo por el estilo.

100 NE: El auge de la explotación del caucho, a fines del siglo XIX, trajo a tierras mojeñas una oleada de criollo-mestizos ávidos de riqueza. Entonces, la población indígena de la región fue conducida a las barracas caucheras en condiciones de esclavitud que produjeron un drástico descenso demográfico. Ante tales circunstancias, empezó a revivir la ancestral idea de retornar a los parajes de donde habían sido sacados por los misioneros. Así se inició el movimiento de la "Loma Santa", un mito que en varios momentos volvería a recorrer las comunidades indígenas del Oriente, haciendo que los indígenas dejen los pueblos. En la Loma Santa esperaban encontrar aquello que los invasores les quitaron: libertad y seguridad material (Jürgen Riester, *En busca de la Loma Santa*, La Paz: Amigos del Libro, 1976, pp. 48 y 311-339).

—Así es –le dice Juanito–, pero los detalles nadie los sabe y los que volvieron este año no quieren contar nada, porque tienen vergüenza de lo que les sucedió.

—¿Y vos cómo lo supiste?

—Por pura casualidad, patrón –contesta Juanito– pura casualidad… sucede que en la víspera de la fiesta del Santo San Ignacio me fui a Belén, o sea, al Cabildo, a tomar unos vasitos de chicha y allí me encontré con mi compadre Cándido Malale, que el día anterior había regresao después de más de un año que salió del pueblo. Durante un tiempo había estao buscando la Loma Santa y al final se quedó en Pueblo Nuevo a hacer chacos. Al principio no quería contar nada, pero cuando la chicha se le subió a la cabeza empezó a llorar y a pedir perdón al Santo San Ignacio por haber abandonao su pueblo… Al fin se armó de coraje y en un rincón apartao me contó a mí solamente todas sus penurias…

Transcurría el año del señor de 1958. En la apacible capital de la provincia Moxos todo era tranquilidad y bienestar. El tiempo no valía nada. San Ignacio hasta entonces era una población aislada del resto del departamento porque, por no estar a la orilla de un río navegable, no tenía comunicación fluvial. Para llegar por tierra a través de la senda que existía hasta Trinidad se necesitaban cinco días en carretón o tres a caballo, bien andados. Y la vía aérea atendida por el Lloyd Aéreo Boliviano con sus aviones DC-3 solo tenía como itinerario un vuelo semanal, el día miércoles, con la agravante de que, cuando llovía y la pista de aterrizaje se ponía inoperable, el vuelo se postergaba hasta la siguiente semana. Sin embargo, este aislamiento no influía para nada en la tranquila vida de los ignacianos que solo se preocupaban del tiempo para saber cuándo era la fiesta patronal y cuándo había que ir al campo a marcar la parición del año.

El sábado 5 de julio llega a San Ignacio un personaje que dio mucho que hablar entre los vecinos. Como una maldición para este pueblo aparece el indígena guarayo José Vaca Iva, junto con un ignaciano que, a la vez que le sirve de intérprete, actúa como su lugarteniente: Paulino Chimo Temo.

El guarayo es de regular estatura pero de anchas espaldas y cuerpo fornido y musculoso, mientras que su ayudante, más bajo, tiene una notoria obesidad.

Al llegar piden audiencia al corregidor de entonces, don Carmelo Taraune, quien es la máxima autoridad entre los indígenas.

Bastante gente acude a la sede de Belén, al llamado de su jefe, sin imaginarse el motivo de la reunión. El corregidor, al ver que muchos extraños están parados junto a las puertas y ventanas del local, ordena que se retire

esa gente. Cuando todo está tranquilo, el cacique se levanta y golpea su bastón de *tembe*[101] para imponer silencio, luego saluda a su pueblo:

—*Yatihipa Tata Naveana* (Buenas noches, señores míos).

—*Yatihipa Tata* –le contestan en coro los concurrentes.

—El señor José Vaca, aquí presente, me ha pedío que reúna al pueblo ignaciano pa' escucharlo ya que tiene cosas muy importantes que quiere comunicarnos, por eso, voy a dejar que explique el motivo de su visita.

A una señal del corregidor, el guarayo se levanta y empieza su alocución, traducida por Paulino Chimo:

—Señoras y señores, he venío hasta aquí porque el Santo San Miguel me ha mandao. Yo también soy indígena igual que ustedes y traigo el mensaje del Santo San Miguel pa' llevarlos hasta Loma Santa, donde todos tendremos una vida llena de felicidad, viviremos en familia y nadie sufrirá. Allá trasladaremos todo el pueblo porque este ya no es de ustedes sino de los *carayanas*.[102] Yo les repartiré vacas de las miles que el Santo San Miguel tiene en una laguna. Este ganao es bien *guatoco*[103] y todas las tardes sale a pastorear y en la noche se vuelve a entrar a la laguna de miedo a que lleguen los *carayanas* y lo encuentren. Allá tenemos casas, sembradíos y hasta ovejas. Todo será pa' ustedes, así que dejen aquí todo lo que tengan porque allá no precisan nada. Lleven solamente sus prendas de oro pa' ofrecerlas al Santo San Miguel…

Para muchos de los presentes esta era una noticia que escuchaban por primera vez, pero para los ancianos la búsqueda de la Loma Santa no era una novedad y sabían que selva adentro viven nómadas, muchos ignacianos, trinitarios, yuracarés y de otras razas, buscando la tan mentada Loma Santa. Ya sus padres y antes sus abuelos salieron también en busca de la tierra prometida.

Esta peregrinación mesiánica comenzó el año 1887, después del fracaso de la sublevación indígena dirigida por el cacique Andrés Guayocho y que se conoció como la *guayochería*. Los sobrevivientes emigraron hacia la selva, capitaneados por José Santos Noco Guaji y fueron fundando rancheríos como Todos Santos, San Miguel de Isiboro, Santo Rosario, Trinidacito, San Francisco y por último San Lorenzo de los Indios, donde se sentaron las bases de su gobernación. Pero muchos no estaban conformes y siguieron peregrinando hacia las montañas buscando ese

101 NE: Palmera que crece a orillas de ríos y arroyos, de la cual se aprovechan los frutos y los cogollos, así como la madera para la fabricación de utensilios.

102 NE: Apelativo que dan al criollo los indígenas de tierras bajas.

103 NE: Regordete.

paraíso terrenal que Guayocho les había prometido. Mucha gente había muerto en la travesía. Las noticias que trajeron los pocos que pudieron regresar eran muy vagas; unos decían que el Santo San Miguel cuida las vacas para sus hijos indígenas en una pampa muy hermosa rodeada de *yomomos*[104] y que, cuando la caravana llegue e ingrese, el Santo soltará todas las fieras de la tierra para acabar con el hombre blanco. Otros decían que la Loma Santa se encuentra en un valle rodeado de montañas donde los jucumaris[105] no dejan pasar a los viajeros solitarios y que solo yendo juntos podrán penetrar a ese paraíso semiterrenal. Y no faltaba otro más imaginativo que al no encontrar nada en su peregrinación decía que la Loma Santa se encuentra encantada por ahora para evitar que los *carayanas* se lleven el ganado y les quiten la tierra.

El guarayo sigue su exposición con una admirable elocuencia. Mientras habla, su cara va cambiando de acuerdo al énfasis de sus palabras. Su mirada es hipnótica y el tono de su voz subyuga y adormece los cerebros de los oyentes, que lo miran extasiados y absortos.

Su poder de convicción es muy grande y él lo sabe. Esta, tal vez, es la razón por la que se ha lanzado a la aventura de imitar la labor de Moisés y los israelitas en busca de la tierra prometida donde reine la paz de la raza indígena oprimida por el blanco durante tantos años.

Mientras habla va observando los rostros de los presentes y sabe que los tiene a todos convencidos.

—…Y pa' poder llegar a Loma Santa todos tendrán que ir vestidos de blanco. Ninguno podrá ir si no está casao por la Iglesia. Antes de viajar yo tengo que tener una mujer pa' mi compañera y en Loma Santa el Santo San Miguel nos va a casar. A mí me ha dao toda la potestad, en el camino santificaré a todas las mujeres…

El calor en el atestado local es sofocante y en el ambiente reina cierta tensión por saber la opinión del corregidor, quien al final decide negar su colaboración hasta averiguar la veracidad de los ofrecimientos hechos por el guarayo.

Entre los asistentes se encuentra el *taita*[106] Avelino Nálema y la *mama* Victoria Guachurne acompañados de su hija Emilia, una niña de once años de edad.

---

104 NE: Pantanos.

105 NE: Oso de anteojos, también conocido como oso andino, originario de Sudamérica.

106 NE: Padre, pero también persona respetable.

La *moperita*,[107] que no entiende nada del tema que se está tratando, se entretiene en agarrar las trenzas de sus negros cabellos para evitar que le venza el sueño. De rato en rato estruja entre sus dedos el ramo de flores de siyeye que lleva colgado al cuello, para contrarrestar con su fragancia el humo del tabaco de los fumadores que en la sala han enrarecido el oxígeno del ambiente.

El corregidor, después de tomar su decisión, abandona el cabildo con un: *imacarine tata naveana* (hasta mañana, señores míos), que es contestado en coro por los asistentes.

Como persona inteligente que es, ha estado observando los rostros que se transfiguran al escuchar las palabras del guarayo. Él sabe que ya todos han decidido marchar hacia Loma Santa sin importarles la determinación de su corregidor. Ha perdido toda autoridad, inclusive la de sus consejeros que forman el cabildo indigenal. ¡Nadie puede hacerlos volver atrás!

Apenas sale el corregidor, el guarayo ocupa su asiento y ya no consulta, sino que ordena:

—El que no tenga ropa blanca es urgente que se compre. Hoy día cumple años el Santo San Miguel y ustedes me darán a mi mujer para que yo la santifique…

En la sala hay varias *moperitas*, la mayoría casadas. El guarayo las va observando a todas mientras sigue con sus órdenes. Junto a una de las ventanas que dan al patio, se encuentran dos mujeres bastante atractivas: la mujer de Cirilo Yaca y la de Longino Guachurme que, cansadas de la reunión y con los ojos irritados por el humo de los cigarros en chala de maíz, se han parado buscando un poco de aire puro. Disimuladamente, la mirada de José Vaca se ha posado sobre ellas. Y continúa hablando mientras observa a las demás mujeres.

—Saldremos el otro sábado, o sea de aquí a una semana a las doce de la noche, pa' que el Santo San Ignacio no nos vea y no se enoje con nosotros. Hasta ese día tienen tiempo de alistarse con su ropa blanca…

Al llegar al sitio en que Emilia se encuentra sentada junto a sus padres, la observa detenidamente y continúa:

—Yo tomaré como esposa y mujer a esta chica y la santificaré por los siglos de los siglos, amén.

Todos se santiguan, menos Emilia, quien al notar que el hombre se refiere a ella lo único que atina es a apoyarse a su madre como buscando protección. Sin embargo, su estupor aumenta cuando escucha a su padre, que dice:

---

107 NE: Muchacha campesina (Chávez, *op. cit.*).

—*Tiuri tata, Nuhuaraá* (Está bien, señor, acepto).

La decisión está hecha y a la niña solo le queda obedecer, como es costumbre entre los indígenas ignacianos.

De la mano de su padre es llevada a la silla al lado del guarayo mientras Paulino Chimo se coloca detrás para seguir traduciendo las frases del orador. La madre, impotente ante la decisión de su marido, solo atina a cubrirse la cara con las manos tratando de atajar el llanto que fluye por sus pupilas y con su silencio se convierte en cómplice de lo que está sucediendo.

Emilia, humilde y sumisa, aún no comprende nada de lo que se ha decidido y mira asombrada a todos lados. Sus pies solamente alcanzan el barrote de la silla porque aún no ha completado el proceso natural de crecimiento y su transformación en mujer apenas si debe haberse iniciado.

Mientras a su alrededor todo es algarabía y entusiasmo, en su alma hay desconcierto y asombro por lo que está sucediendo. No sabe todavía que, vestida de blanco, símbolo de pureza, debe acompañar a sus padres y a los de su raza en una peregrinación mesiánica interminable.

La voz de José Vaca se escucha nuevamente, y dirigiéndose a un ignaciano gordito que se encontraba dormitando en su banco le dice, siempre a través de su intérprete:

—Vos me vas a ayudar con mis cosas porque sos joven y fuerte.

—*Tiuri tata* (Está bien, señor) –contesta Bruno Nuni, que aún no sale de su ensoñación y ya se ve al lado del Santo San Miguel con sus vacas propias, su casita y su chaco lleno de arroz, maíz y plátanos–. ¿Y puedo llevar mi bajón?[108]

—¡Ya les dije que no se debe llevar nada más que sus joyas! –contesta enojado el guarayo.

Esa semana el comercio de San Ignacio aprovecha para vender todos sus géneros blancos: imperial, lienzo, trenzado. Nadie pregunta ni regatea el precio, lo importante es ganar tiempo para costurar su ropa antes del sábado. Hubo un comerciante que aprovechándose de las circunstancias hizo el trueque de una pieza de trenzado blanco por dos yuntas de bueyes con su carretón. También en la iglesia hubo mucha actividad para el sacerdote, quien tuvo que efectuar matrimonios en serie y de toda edad. Había parejas con más de siete hijos que recién cumplían con el sagrado sacramento influenciados por la promesa de poder ingresar a la Loma Santa.

El miércoles 9 llegan los habitantes de Santa Rita al mando de su corregidor Bartolo Yuco. Han caminado más de seis leguas para integrarse a la caravana. Tienen todavía tres días para preparar su ropa blanca a fin

108 Instrumento musical de viento, antecesor del fagot, usado especialmente para interpretar música sacra (RAE).

de no quedarse sin llegar a destino. Han traído sus marcas para señalar el ganado que les entregarán en la Loma Santa, pero después de conocer que ninguno podrá llegar artículos de fierro, con resignación las abandonan en San Ignacio.

El subprefecto de la provincia Moxos, don Demetrio Ruiz Cambará, al enterarse de las noticias que circulan en el pueblo se presenta a sus oficinas y llama al único carabinero, Gualberto Guamayo. Al recibir el consabido "¡la guardia sin novedad, mi subprefecto!", estalla:

—¡Qué guardia sin novedad ni qué niño muerto! ¡Ahora sí que hay novedades y usted ni se entera!

El soldado lo mira asustado sin atinar a responder y permanece en posición firme con la mano pegada al costado de la gorra.

—¡Inmediatamente agarra su fusil y me trae preso a ese guarayo que está revolucionando la tranquilidad de este pueblo! ¡No podemos permitir que se vayan todos los cambas y dejen las estancias sin gente!

Y bajando el tono de voz, dice para sí mismo:

—Sobre que todos tienen sus cuentas adelantadas con sus patrones, ya siento los problemas que se me vienen encima.

Al ver a su ayudante esperando órdenes, exclama:

—¡Si necesita ayuda llévese a su compadre Vicente Yomeye con el otro fusil!

El soldado y su compadre buscan infructuosamente por todo el pueblo sin poder localizar el paradero del guarayo, quien contaba con la protección y complicidad de todos los indígenas ignacianos.

El párroco, R.P. Andrés Sáenz de Vicuña, el sábado por la mañana, llama a misa con campana grande y dos redoblantes al estilo de la fiesta patronal. Solo unos cuantos feligreses asisten. El nerviosismo se nota entre los concurrentes como si sus conciencias les martillaran haciéndoles ver que no pueden quedar en paz con el Santo San Ignacio y marchar en éxodo hacia la Loma Santa abandonando a su pueblo. El sermón del cura denota su impotencia para atajar ese desbande de gente con rumbo desconocido, y trata inútilmente de aconsejarles:

—San Ignacio es el pueblo de ustedes, no lo abandonen. No se dan cuenta que lo que quieren hacer es una aventura temeraria y peor aún si llevan a sus hijos, que no podrán aguantar el hambre ni la sed ni afrontar los peligros de la selva. Aquí viven ustedes felices… ¡para qué van a buscar algo que no existe!

El escepticismo que reflejan los rostros de los asistentes parece decir: "¡Este cura no quiere que seamos ricos!".

En su desesperación, el párroco invoca en nombre de Dios que desistan de su propósito, hace recuerdo de los castigos que el cielo puede

enviar a quien desobedece a su representante en la tierra, gesticula, grita y luego nuevamente baja el tono de voz y suplica, humildemente. Después observa los rostros y comprende que el resultado de su sermón ha sido como arar en el desierto. Angustiado, dobla las rodillas delante del altar, levanta los brazos y repite las palabras de Jesucristo en la cruz:

—¡Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen!



A media noche empieza la movilización, saliendo un grupo por el Monte Grande y otro por Flores Coloradas a fin de arrastrar a más gente. Los dos grupos se encuentran en Monte Rico para continuar hacia La Asunta con rumbo sudoeste y con destino a:

—¡Loma Santa, *Tata naveana*!

El majestuoso río Apere en esta época se encuentra casi seco, por lo que no ofrece ninguna dificultad a la multitud para cruzar a la otra orilla en Puerto Suárez (antes Puerto Diputado Camargo).

Atrás queda todo abandonado: sus casas, los sembradíos, la reserva de arroz en las *piruas*,[109] zurrones de azúcar negra, camas y utensilios domésticos. A los perros, gatos y gallinas ya nadie les dará su alimento. Cuadrillas de ladrones se encargan de aprovechar lo que los incautos indígenas dejan abandonado.

La primera pascana fue Exaltación de la Santa Cruz, que está a unas cuatro leguas después de cruzar el río Apere y que desde ese momento se llamó Pueblo Nuevo.

El ranchito ya tenía su plazuela rodeada de naranjos y otros árboles frutales. Su escuela rústica estaba a cargo del profesor don Gilberto Egüez Parada, que hacía las veces de corregidor, notario y vecino notable.

Hasta allá llega el padre Andrés, quien, después de meditar varias horas, comprende que no puede darse por vencido ante el éxodo de las almas que Dios le ha encomendado.

Al llegar le sale al encuentro el profesor Egüez.

—¡Padre Andrés! ¿Usted también va en busca de la Loma Santa?

—No, señor –contesta el sacerdote sin contener su rabia por la estupidez de la pregunta– más bien yo vengo siguiendo a esta gente que no me quiere escuchar y marcha a ciegas sin rumbo conocido.

—Permítame que me presente, padre Andrés, yo soy el profesor Gilberto Egüez Parada y como soy yo el corregidor de este rancho ayer me

109 NE: Construcciones que hacen las familias campesinas para guardar y conservar alimentos de larga duración.

han pedido que efectúe un matrimonio entre José Vaca y Emilia Nálema. Lo que me extraña es que a esta gente que dice ser tan católica no les preocupa el matrimonio religioso… dicen que en Loma Santa los casará el Santo San Miguel. Y otra cosa, padre, he escuchado que están esperando a que una nube baje del cielo y los lleve a Loma Santa sin tener que caminar mucho. Todo el día cantan y rezan.

—Profesor Egüez –dice el sacerdote después de escucharlo atentamente y viendo en él a un posible aliado en su obra de convicción–, usted tiene que ayudarme, no es posible que esta gente se interne a la selva, donde se morirán los niños primero y luego los demás. Ayúdeme a convencerlos de que deben regresar a San Ignacio, que es absurdo lo que está sucediendo y que…

—¡Cálmese, padre! –le interrumpe el profesor, a quien los años le han enseñado que no hay que perder la serenidad para encarar un problema–. Cálmese un poco… más bien venga a mi casa, tomaremos un cafecito y estudiaremos la mejor forma de convencer a la gente para que vuelva a sus casas.

El padre Andrés lo sigue dócilmente. Lleva el ánimo abatido y cada rato que pasa ve que su lucha es estéril. ¡Nadie lo escucha!

Después de tomar el café, sin sentirle gusto, le explica al profesor sus planes de celebrar la santa misa en la plazuelita, para lo cual solicita que le preste una mesa con su mantel blanco o una sábana y que le sirva de ayudante.

Cuando ve que la gente acude a su llamado, frente al altar improvisado, el sacerdote comienza la celebración de la misa.

Aún no ha concluido el santo oficio cuando se le acerca un grupo.

—Padre –dice uno de ellos–, este joven se llama Carlos Pariqui y su novia es Ignacia Álvarez, quieren pedirle su bendición y que los junte en matrimonio en nombre de Dios.

En su desesperación por evitar el éxodo, el sacerdote comete la gran imprudencia de poner como condición para efectuar ese matrimonio que estos jóvenes no sigan adelante y regresen a su pueblo.

¡Como respuesta silenciosa, la gente abandona el lugar!

El padre Andrés Sáenz de Vicuña conversa entonces con cada uno de los peregrinos. Conoce a casi todos por su nombre y habla su dialecto, pero después de un día de súplicas y ruegos, abatido física y moralmente, solo le queda darles su bendición y regresar a su parroquia vacía.

Los caminantes abandonan Pueblo Nuevo y se dirigen a Puerto Noco sobre el arroyo Cabito. Allí forman un campamento grande y limpio.

Este puerto había sido fundado por Aniceto Noco, nieto del famoso cacique de los trinitarios: José Santos Noco Guaji. Su población estaba

formada casi exclusivamente por trinitarios y algunos chimanes que trabajan para ellos en calidad de braceros.

Cada noche, José Vaca escoge una mujer, comenzando por las más jóvenes y bonitas, para santificarla en nombre del Santo San Miguel y se interna con ella selva adentro. Allí efectúa el acto sexual colocando a la mujer en posición genupectoral o de plegaria mahometana, a fin de que no se ensucie la espalda y los maridos no duden de la santificación.

La gente de la comitiva mesiánica cada día va en aumento. Y empiezan los contratiempos. Primero son los niños y ancianos que van muriendo de insolación, de sed o de hambre. Las sabandijas aumentan la tensión de nervios ya que, por más que andan y andan, la nube no desciende del cielo. Siguen adelante en busca de barbechos o chacos abandonados donde pueden encontrar algún racimo de plátanos, yuca o por lo menos palmito de motacú. El último buey-caballo que servía para llevar a los enfermos o a los niños que ya no podían caminar fue sacrificado y repartida su carne entre todos. ¡Sirvió solo para engañar los estómagos!

Ese día llegan cuatrocientas familias que salieron de Trinidad arrastrando a su paso a cuanto indígena encontraron. Entre ellos hay también gente de San Lorenzo y San Francisco. El desaliento empieza a acicatear los adormecidos estómagos hambrientos de los peregrinos. Los únicos que han llevado armas y herramientas son los punteros que fueron designados para que vayan abriendo sendas y preparando los campamentos donde tiene que pernoctar la caravana. A los demás, el guarayo les ha prohibido llevar herramientas ni armas que tengan fierro porque por su peso –les decía– la nube no podrá cargarlos a todos. Al llegar a Concepción ya la desesperación ha llegado a su límite.

Al ver que las cosas no pueden seguir así y que peligra su vida, el guarayo reúne a toda la gente y les habla:

—Hermanos míos, hay que tener paciencia y confiar en que el Santo San Miguel no nos va abandonar y va a enviar la nube a recogernos. Tal vez hay algunos *carayanas* cerca de su laguna y, pa' evitar que ellos la descubran, el Santo San Miguel no ha podido venir a buscarnos. De todos modos y pa' que vea que nosotros lo estamos esperando vamos a depositar todas las joyas en este trapo y, después de hacerle un nudo, lo vamos a enterrar al pie de este árbol de bibosi. Será una ofrenda pa' que nos escuche. Ahora todos a cantar, a rezar y luego a dormir. Yo tengo que santificar todavía a algunas mujeres.

Obedientes, todos cantan, rezan y olvidándose del hambre se acuestan. El guarayo hace todavía una última "santificación" y, cuando calcula que todos duermen, desentierra el atadijo y desaparece para siempre.

De madrugada cunde el pánico y, al darse cuenta del fraude y la mentira, con un estoicismo digno de la raza mojeña, cada uno trata de volver sobre sus pasos.

La mayoría se queda por esos ranchitos perdidos en la selva. Muchos han muerto en la aventura o se encuentran tan enfermos que muy pronto sucumben por debilidad. Los más fuertes salen hasta Pueblo Nuevo y se quedan allí. Por vergüenza, no se atreven a regresar hasta San Ignacio. La población aumenta en villorrios como Santa Rosa, Natividacure, Pueblo Nuevo, Puerto Noco, Puerto Suárez, El Retiro y otros. Algunas mujeres se quedan a vivir con los chimanes que deambulan por esas selvas, viviendo nómadas de la caza y la pesca.

Emilia está casada ahora con Miguel Tivi y vive feliz, sin acordarse de la increíble odisea que tuvo que sufrir por seguir al maniático sexual llamado José Vaca. Su hijo se llama Santos, debido a Santo San Miguel, que tanto les hizo esperar.

Nadie sabe qué pasó con el famoso guarayo y unos comentan que fue victimado por los movimas al pretender repetir su hazaña; otros dicen que aún vive en Guayaramerín. Tal vez fue encontrado y ajusticiado por los mismos peregrinos del éxodo mesiánico; pero a ciencia cierta nadie sabe, o no quiere decir, qué fue de la vida del insigne bribón.

No obstante, muchos indígenas de todas las tribus orientales aún siguen buscando la fabulosa tierra del Canaan Mojeña llamada Loma Santa y confían en encontrarla, aunque dicen que por ahora se ha encantado y permanece invisible y sumergida en el Lago Santo para evitar que los de la raza blanca la puedan encontrar.



—¿Ya llegó la señora Miriam? –pregunta doña Zobeida a la sirvienta que sale a atender ante el llamado de la puerta.

—Sí, señora, anoche llegó junto con el patrón Alfredo y ahora están descansando.

—No importa, andá a decirle que llegó carta de su hijo y que como yo tenía que venir a visitarla se la he traído.

—Pase, señora, siéntese que ahurita le hablo a la señora.

—Como escuché tu voz, aquí estoy –interviene Miriam entrando a la sala.

—Te traje una carta –dice doña Zobeida– y vine a ver cómo les ha ido en el campo.

—Hemos llegado bien, aunque un poco apaleados del cuerpo después de cinco días de viaje y te agradezco que te hayas molestado en traerme

esa carta aunque yo iba a ir más tarde al correo porque tenía la seguridad de que había carta de mi hijo.

—No es ninguna molestia. ¡Faltaba más!

—¡A ver, Camila! –grita Miriam dirigiéndose a la sirvienta–, ¡traé un cafecito!

—Ya voy, señora –contesta la empleada–, ya estaba preparándolo, enseguida lo llevo.

—Disculpame, Zobeida, pero quiero saber si mi hijo está bien así que voy a leer la carta.

"Queridos papás:

"Seguramente esta carta llegará cuando ya estén ustedes en Trinidad, tal como me decían en la carta anterior y ruego a Dios que los conserve con buena salud. Por suerte yo aquí no tengo problemas fuera de algunos catarros debido a mi rinitis alérgica.

"El trabajo continúa adelante y este año ya han comenzado a llegar los colonos que se instalarán en la zona. El programa de colonización es muy interesante y bien organizado. Cuando el Beni tenga caminos yo creo que se harán programas similares allá donde hay tanta tierra apta para la agricultura. Aquí, le entregan a cada familia 12 hectáreas de terreno cultivable y en cada parcela el Programa de Colonización manda a construir, previamente, una casa con techo de motacú para que los colonos tengan dónde vivir a su llegada. Además se les entrega dos hectáreas ya cultivadas con maíz, arroz, plátanos y yuca como ayuda inicial y se les facilitan plantines de cacao, café y cítricos para que tengan plantaciones perennes en su parcela. Durante seis meses les proveen de víveres para su subsistencia. Todos estos gastos deben ser pagados con las cosechas en un plazo de diez años. ¡Da gusto ver cómo está progresando esta región solamente con la construcción del camino! Como por arte de magia van apareciendo escuelas, postas sanitarias y hasta un moderno hospital.

"Todos estos datos, más el estado actual de la construcción del camino, le estoy mandando en carta aparte a Malaco Méndez Roca para que a través de la Juventud Progresista del Beni solicite que el camino continúe por lo menos hasta San Borja y no se quede solamente en Caranavi.

"Y ustedes reciban el cariño de su hijo que los quiere y extraña:

Fernando."

Datos históricos

El acuerdo original para promover la colonización fue firmado el 28 de marzo de 1958, en la ciudad de La Paz, entre el Ministro de Economía Nacional y la Misión de Operaciones de los Estados Unidos en Bolivia (USOM/B).

…Este proyecto tuvo por objeto promover un programa de colonización en las áreas de Inquisivi y Caranavi del Departamento de La Paz.

…El Poder Legislativo promulgó una ley el 7 de noviembre de 1959, por la cual el Supremo Gobierno concedía a la Corporación Boliviana de Fomento (C.B.F.) la extensión de unas 250.000 hectáreas aproximadamente, para llevar a cabo Proyectos de Colonización.

…La C.B.F. encomendó a la Empresa Bartos y Cía. la ejecución de esta obra. Se comenzaron los trabajos a fines de enero de 1960, cuyas características son:

Ancho de plataforma	*4,50 mts.*
Gradiente máxima	*7%*
Radio mínimo	*20,03 mts.*

…Se llevaron a efecto los siguientes trabajos: replanteo y estacado de la línea central en una longitud de 75+500 km; supervisión, diseño y estacado de puentes sobre los ríos Espíritu, San Lorenzo y Carrasco; obras de arte en general, variantes, etc.

…La Empresa Bartos concluyó esta obra en el año 1963, con un movimiento de tierras de 2.477.000 metros cúbicos y la construcción de cuatro puentes mayores, con 66 mts. de luz en total.

De la “Reseña histórica del Proyecto Alto Beni”.

La brigada topográfica del Proyecto de Colonización, a mediados de 1960, está en el kilómetro 52, cuando llega a Bolivia un grupo de inspectores enviados por USAID para verificar los informes enviados. En la Junta de Planificación del Ministerio de Obras Públicas designan a los ingenieros Alfonso Balderrama, Wálter González y Néstor Dalenz para que acompañen a los delegados extranjeros (un ecuatoriano y un salvadoreño). El viaje se programa para llegar a Caranavi, pernoctar allá y volver al día siguiente. En ese tiempo deben observar el avance tanto del camino como del Programa de Colonización.

Al legar a Caranavi deciden continuar hasta punta de camino en el kilómetro 30, donde la empresa Bartos tiene su campamento. Allí se encuentran con el ingeniero Jaime Taborga, quien se integra al grupo y los entusiasma para continuar hasta el cerro de Bella Vista, donde tiene su campamento la brigada topográfica. Wálter González regresa a La Paz.

Al principio avanzan entusiasmados con el panorama que se les presenta a la vista, pero poco a poco, al ver el inexorable final de la luz diurna, deciden apurar el paso sobreponiéndose al cansancio muscular. Llegan de noche al campamento, atropellando un barro rojo y pegadizo porque el día antes ha llovido en la zona.

La luminosidad proyectada por la luna trata de abrirse paso entre la neblina para iluminar la senda a los viajeros que no han tenido la previsión de llevar linterna, pensando llegar al campamento topográfico con las últimas claridades de la tarde.

La esfera fosforescente de uno de los relojes pulsera muestra las nueve de la noche. En las carpas ya todos duermen agotados después de haber estado, como cabras de montaña, buscando la mejor ruta para guiar la construcción del camino.

—¡Juanito! ¡No es hora de dormir! ¡Levantarse, flojos! –grita Taborga al llegar.

Juanito Milardovich, cubierto con una frazada, aparece en la puerta de su carpa sin imaginarse quiénes pueden ser los inoportunos visitantes. Al reconocerlos, se alegra de ver caras amigas.

—¿Qué ha pasado? –pregunta y, antes de que los otros hablen, él mismo se responde–, seguro que cayó el gobierno y ustedes vienen huyendo, pero no se preocupen que hasta aquí no llegan los del Ministerio de Gobierno.

—No es eso –contesta Taborga siguiéndole la broma–. Lo que pasa es que venimos enviados por el juez porque tu mujer te tiene demandado por abandono de hogar y retraso en el pago de pensiones. ¡Seguro que te has vuelto a casar en Caranavi!

—¡Eso sí que no! –contesta Milardovich– porque es mi mujer la que cobra el sueldo en La Paz. A mí solo me pagan lo que corresponde a las horas extras y, hablando en serio, es una alegría tenerlos en mi humilde campamento para saber por lo menos las noticias y los chismes de actualidad. Pero no se queden ahí, ¡pasen!

Después de escuchar las novedades, el jefe de la brigada topográfica les muestra los planos, las fotografías aéreas de la zona y les da un informe verbal del avance de trabajo.

Luego, cansados de la caminata, se acomodan en el suelo con algunas frazadas recolectadas entre los trabajadores y empieza el contrapunteo de ronquidos en el silencio de la noche.

Por la mañana, y mientras toman un café con fritos como desayuno, el jefe de la brigada los anima.

—Si de verdad quieren conocer la zona y presentar un buen informe deben hacer un esfuerzo más y continuar hasta el río Alto Beni.

—¿Y cuántos kilómetros faltan? –pregunta Dalenz, que no estaba muy entusiasmado de continuar el viaje.

—Según la poligonal preliminar que hicimos faltan aproximadamente 25 kilómetros, pero como es de bajada no les llevará más de cinco horas, a paso de topógrafo –contesta Juanito.

Por decisión mayoritaria continúa el viaje.

Desde esa altura se aprecia a lo lejos el río Alto Beni como si fuera una pincelada azul en el infinito.

La senda serpenteante se mantiene limpia de vegetación porque los indios mosetenes continuamente la transitan en busca de carne silvestre. Las cinco horas calculadas por Milardovich se hacen ocho y a las cuatro de la tarde llegan al río Suapi, tres kilómetros antes del río Alto Beni. Cansados, deciden quedarse a pasar la noche bajo un frondoso árbol arriesgándose a encontrarse con algún animal salvaje, una víbora venenosa o por lo menos tarántulas o escorpiones. Toda la noche estuvieron vigilantes y cualquier ruido de la hojarasca les ponía los nervios en guardia. Temprano reinician la marcha para poder descansar en la Misión de Santa Ana de Huachi, ubicada en la orilla opuesta del río Alto Beni. En una balsa armada rústicamente cruzan el río y llegan al antiguo convento donde unas asustadas mujeres mosetenes, protegiendo a sus hijos, los observan extrañadas de su presencia. Los hombres de la tribu junto a su cacique han salido de cacería y retornan recién al día siguiente. Esa noche, después de comerse las últimas provisiones traídas desde el campamento topográfico,

duermen bajo un árbol de tamarindo porque en el convento habían visto gran cantidad de vampiros.

Al llegar el cacique, después de presentarse como ingenieros encargados de dirigir la construcción del camino, le preguntan:

—Y fuera de la senda por donde hemos venido, ¿qué otra posibilidad tenemos para llegar a algún lugar donde haya pista de aterrizaje y radio?

—Rurrenabaque a siete días aguas abajo y Covendo a tres días aguas arriba –contesta Francisco Chinari, cacique de los mosetenes.

—¿Por cuánto nos llevas hasta Covendo? –pregunta Balderrama.

—Podemos llevar a todos por doscientos pesos –contesta el cacique.

—¡Trato hecho! –le dice Balderrama–, ¿pero tienes alguna canoa?

—¡No! –dice el cacique–, nosotros llevarlos en balsa.

Y empieza un viaje de ensueño al acomodarse los cinco pasajeros en una rústica balsa formada por diez o doce troncos de madera liviana, amarrados con lianas o bejucos. Desde la orilla, tres indígenas jalan la embarcación mientras uno de ellos, desde la misma balsa con una vara larga, trata de dirigirla hacia la parte más profunda del río.

—Me dan ganas de cantar los "Barqueros del Volga" –dice Jaime Taborga al ver a los sudorosos indígenas que incansables siguen caminando por la orilla–. Así ha debido ser la vida de los que inspiraron esa bella música.

—Este Jaime ve rusos por todas partes –dice Dalenz bromeando.

—En realidad, me da vergüenza –continúa Taborga– ver a esta pobre gente jalando a cinco ociosos que deberían ir caminando por la orilla junto con ellos.

—Si quieres ir a ayudarles, eres libre de hacerlo –le dice Balderrama–. Así disminuirías el peso que hay sobre la balsa y tendríamos menos riesgo de hundirnos.

—Prefiero seguir aquí –contesta Taborga.

Al mediodía, acampan en la orilla para asar un poco de pescado que los mosetenes habían conseguido mediante el uso de arco y flechas, y que tienen que servírselo sin sal, acompañado de yuca cocida y plátanos asados en las brasas. El hambre ayuda a sentir sabrosa la comida.

Por la noche encostan en una de las islas que el río va formando en su largo recorrido, para evitar encontrarse con algún animal nocturno que llegue al río en busca de agua.

Los dos extranjeros, hasta entonces, muy poco es lo que han dicho de la extraña introspección que están haciendo, pero la verdad es que, igual que sus compañeros, no pueden explicarse cómo es posible que después de casi 150 años de vida republicana haya zonas tan fértiles prácticamente deshabitadas.

—Yo quisiera preguntar algo de geografía de Bolivia –dice el salvadoreño y, al ver a sus compañeros de viaje que lo observan atentos, continúa–, me interesaría saber la extensión geográfica del departamento de La Paz y en especial de la provincia en que estamos en este momento.

—La cifra exacta no recuerdo –dice Dalenz– pero el departamento de La Paz tiene aproximadamente ciento treinta mil kilómetros cuadrados y la provincia Sur Yungas, que es donde estamos, debe estar por los veinte mil kilómetros cuadrados.

—Hice la pregunta –continúa el extranjero– porque mi país, El Salvador, tiene precisamente veintiún mil kilómetros cuadrados y alberga a tres millones de habitantes, mientras que, por lo que he visto en estos días, no pasan de mil las personas que viven en esta región tan hermosa.

—Creo que todos estábamos pensando en lo mismo –añade Taborga–. Por eso hemos iniciado este programa de colonización, a fin de construir caminos, hospitales, escuelas y todo lo que se necesita para fomentar la agricultura y la comercialización de productos agrícolas.

—La mayor fuente de divisas de mi país –le corta el salvadoreño– está en base a los productos agrícolas, principalmente café, bananos, cítricos, caña de azúcar, etc., que necesitan un clima y suelo como el que tienen aquí. Yo creo que con un pequeño impulso Bolivia puede ser un país rico en poco tiempo.

—Yo también pienso así –interviene el ecuatoriano– porque la economía de mi país se basa principalmente en la agricultura y a todos esos productos que ustedes han mencionado yo podría añadirle el cacao, que se da muy bien en regiones como esta. Y no creo que sea muy difícil conseguir un convenio de ayuda para información técnica desde el Instituto Ecuatoriano del Cacao, que tiene más de cincuenta años de investigación y ya ha conseguido varias especies de plantas híbridas resistentes a las plagas y que producen a los cuatro años.

—Cuando comparan a Bolivia con un rey pobre sentado en un trono de oro –interviene Balderrama, que había escuchado atentamente– no solo se refieren a sus minerales, sino también a su tierra fértil, pero primero tenemos que construir caminos a todas las regiones de Bolivia si queremos verla progresar. Y va a ser una tarea bien difícil porque para unir la zona agrícola despoblada con la zona altiplánica y minera, donde está la mayor población, tenemos que vencer la barrera de la Cordillera de los Andes y esto aumenta los costos en la construcción de caminos.

Al segundo día, después de navegar ocho horas, pernoctan en San Miguel de Huachi, un rancherío de no más de seis familias.

Al verlos llegar se les acerca un mulato que estaba bañando una de sus mulas y después de charlar un rato, al saber que Balderrama tenía que ir a Cochabamba después de salir de esta aventura, le entrega una carta.

—Le ruego hacerla llegar a mi familia, en el barrio de Zarco –dice–. Yo llevo ya dos meses por estas regiones y todavía no puedo retornar.

—¿Usted vive en Cochabamba? –pregunta incrédulo Taborga.

—Sí –contesta el mulato– pero me gano la vida recorriendo estas hermosas tierras, abandonadas a su propia suerte, cambiando alguna mercadería por cueros silvestres, un poco de oro y alguna otra cosa de valor.

—¿Y por dónde es su ruta? –vuelve a preguntar Taborga.

—Yo utilizo la ruta de Cocapata y del valle del río Cotacajes, que sale a Covendo. Normalmente me regreso desde ahí, pero ahora decidí avanzar un poco más y aquí me tienen.

Se instalaron en una casa que servía a la población de depósito, oficina y casa de huéspedes.

—Pensar –comienza a reflexionar Balderrama– que estamos en el punto de cruce de la antigua senda ganadera San Borja - Huachi - Chulumani con la otra, que venía desde Cochabamba y que todavía usa el negrito para sus negocios de trueque.

—Cada rato –continúa las reflexiones Taborga– vemos que el trabajo de hacer caminos a esta zona se va complicando más y más por las distancias a construir. Yo creo que al retornar a La Paz tenemos que hacer una campaña periodística bien fuerte para concientizar a las autoridades nacionales sobre la necesidad de construir estos caminos.

—No creo que nos escuchen –añade Dalenz– porque ahora lo único que les preocupa son las elecciones y si conseguimos que alguno nos lleve el apunte va a ser para ampliar sus promesas de candidato. No es el momento de hablar mucho.

—Siempre será momento de pelear por construir los caminos que faltan en Bolivia. ¡Nos falta tanto todavía por hacer! –concluye Balderrama.

Temprano se inicia la navegación el tercer día y aunque los mosetenes están algo cansados no disminuyen el ritmo de marcha.

La neblina matinal recién levanta a las nueve de la mañana y el ambiente se nota pesado por el exceso de humedad. El ecuatoriano empieza a quejarse de que el reumatismo le afecta el brazo derecho, hasta el hombro. Balderrama, después de observar el cielo cubierto, sentencia:

—Esta tarde nos va a llover.

—¿Y qué pasará con nuestra rústica y endeble balsa si se nos viene un turbión de este río? –pregunta Taborga.

—Tendremos que abandonarla nomás y salvar el pellejo nadando hasta la orilla –contesta Dalenz.

—Lo malo es que yo no sé nadar –dice el salvadoreño.

—¿Y se ha animado a subir a esta balsa sin saber nadar? –pregunta Taborga.

—Bueno –dice balbuceando el aludido–, no había otra salida y por eso no me animé a contarles mi problema y, aunque aún sigo con miedo, me reconforta saber que todavía no se ha desarmado la balsa y ya llevamos tres días de navegación.

—Sí, pero en cualquier momento podemos chocar con una piedra que no se vea o con un tronco semisumergido o puede llegarnos el turbión porque anoche ha debido llover fuerte aguas arriba. Se veían relámpagos a cada segundo –le explica Balderrama.

—En ese caso me agarro de uno de los troncos de la balsa y que me arrastre la corriente –dice resignado el salvadoreño–. Quizá más allá pueda acercarme a la orilla.

No pudieron seguir la conversación porque, al dar la vuelta en un torno del río, divisaron una solitaria cabaña.

—¡Cacique Chinari! –grita Balderrama–, queremos caminar un poco.

Después de acercar la balsa a la orilla y mientras los viajeros se adelantan, el cacique Chinari le dice:

—Espérennos en esa casa porque ahí vamos a almorzar.

—Conforme –contesta Balderrama–. Mientras tanto vamos a estirar un poco las piernas y a mover los tendones caminando porque de tanto estar quieto me estoy entumeciendo en la balsa.

Al llegar a la solitaria vivienda ven junto a la puerta un tímido muchacho de unos diez años de edad que los observa asustado. La madre, al sentir la llegada de gente extraña, obliga a su hijo a entrar a la casa y cierra bruscamente la rústica puerta.

En vano los viajeros llaman a la asustada mujer. Se estaban retirando para buscar otro lugar donde asar el pescado cuando Taborga le dice, en *queshua*, a Balderrama:

—¡*Jacu ripuna*! (Vámonos).

Al escuchar ese idioma, se abre la puerta y una mujer, muy pobremente vestida, pregunta tímidamente también en *queshua*:

—¿Ustedes son cochabambinos?

—Sí –le contesta Taborga.

—Yo también soy del valle –dice la mujer– pero hace muchos años que me vine a vivir aquí. Pasen, no hay mucha comodidad, ustedes disculpen, aquí pueden sentarse, mi marido está carpiendo el chaco –y dirigiéndose al muchacho que observa atento en un rincón le dice–: ¡Andrés, anda y llama a tu padre! ¡Dile que tenemos visitas que han llegado de Cochabamba!

El muchacho sale a la carrera, pero aunque los viajeros se quedaron casi dos horas no pudieron conocer al extraño agricultor.

La mujer les contó que en la época de la Guerra del Chaco ella trabajaba como cocinera en uno de los campamentos de la empresa que estaba construyendo el camino de Cochabamba al Chapare, por la cumbre, y que como mano de obra usaban prisioneros paraguayos. Se enamoró de uno de ellos y huyeron, sin camino, hasta llegar a estos remotos parajes donde se instalaron desde entonces.

Recién tres o cuatro años después de que terminó la guerra el paraguayo lo supo, pero ya no quiso regresar a su país.

Después de almorzar el pescado sin sal, al que ya se estaban acostumbrando, pregunta Balderrama:

—¿Y cuánto falta para llegar a Covendo?

—Solo dos vueltas del río –le contesta el cacique.

—¿Y caminando en qué tiempo lo haríamos? –continúa la pregunta.

—Poco más de una hora –responde Chinari.

—En ese caso, dejamos la balsa aquí junto a la casa del *pila*, se la pueden encargar a la mujer, y nos vamos caminando.

Dos horas después, la misión de Covendo se presenta a la vista en un hermoso valle rodeado de cerros cubiertos de vegetación. Se huele la fertilidad de la tierra.

El cacique Chinari se adelanta a buscar al administrador, don Federico Helena, quien en ese momento se encuentra en su huerta preparando unos tablones para sembrar verduras.

—Patrón, he traído unos señores que me han mandado a buscarlo.

—¿Y no te han dicho quiénes son? –pregunta el administrador.

—Dicen que son ingenieros –dice pensativo el cacique Chinari– pero yo lo dudo porque ni sal siquiera tienen.

Sonriendo por la deducción del cacique, don Federico Helena lo sigue y se encuentra con los viajeros, a los que hace pasar al convento, donde los instala mientras llama por radio a La Paz para que envíen alguna avioneta a recogerlos. Esa noche el cielo vacía sus negros nubarrones y el diluvio se desata cuando ya todos se encuentran bajo techo y con frazadas.

Al día siguiente, el capitán Wálter Lehn, en una avioneta militar, aterriza en la pista de Covendo y la exploración de esa región del territorio boliviano concluye.

—Tienes que buscar un sitio próximo a algún arroyo para que no falte agua al campamento, mejor si hay algunos árboles para que haya sombra –instruye Juanito Milardovich, jefe de brigada, a su topógrafo Fernando Añez, que ahora trabaja en el Programa de Colonización–. Los otros detalles tú ya los conoces. Construyen una casita para oficina y otra un poco más reforzada para almacén. Que las paredes sean firmes para evitar que se pierdan las latas o los víveres.

—No se preocupe, don Juanito –contesta Añez–, vamos a tener el mejor campamento de la zona.

Salen temprano desde el kilómetro 52 a recorrer la región buscando un sitio que reúna las condiciones exigidas. Llegan a un arroyo seco, pero cavando un pozo en el cauce ven que inmediatamente mana agua cristalina de la corriente subterránea.

—Aquí podríamos armar el campamento –dice uno de los alarifes.

—No sé por qué, pero no me gusta el lugar –contesta pensativamente Fernando–. Me recuerda lo que contó una vez don Jorge Bartos –se sienta en una gran piedra redonda de la orilla del arroyo y continúa–. Estas piedras grandes y esta quebrada encajonada dan la sensación de que en cualquier momento y sin previo aviso llega el turbión y arrasa con todo, y eso le sucedió a Bartos cuando recién estaba comenzando con su empresa constructora. Fue el año 1943 y había conseguido un contrato con la Junta Impulsora de Caminos de Yungas para ensanchar la senda ganadera de La Asunta a San Miguel de Huachi. Por esa época habían instalado su campamento en una quebradita parecida a esta. Habían cavado pozas entre la arena del cauce para tener agua. Estuvieron tranquilos dos días hasta que una noche llegó el turbión y, por suerte, el estruendo del chocar de piedras era tan fuerte que los alertó porque, si no, se hubiera tenido que lamentar desgracias personales. Salieron despavoridos montaña arriba, la mayoría sin mucha ropa encima. Cuando aclaró un poco, ya de madrugada, comprobaron que sus carpas con todas las cosas habían desaparecido, incluyendo la bolsa de goma donde tenían el dinero para comprar víveres y pagar los sueldos. A esa hora el arroyuelo mostraba un panorama de tranquilidad como si nunca hubiera pasado una gota de agua.

—¿Y no encontraron sus cosas? –pregunta, preocupado, uno de los alarifes.

—Caminaron durante tres días. Algunas latas de alimentos pudieron recuperarse entre la arena y por suerte el tercer día encontraron la bolsa retenida entre unos arbustos espinosos. Las carpas se hicieron girones entre las piedras, lo mismo que la ropa –concluye Fernando.

—Si eso puede suceder, entonces mejor seguimos buscando otro sitio porque no me gustaría despertar bruscamente a medianoche y estar después en calzoncillos por estos cerros –dice jocosamente el dibujante.

Siguieron caminando hasta encontrar otro arroyuelo cuyas márgenes estaban más abiertas y con un hilo de agua transparente que circulaba entre guijarros y arena limpia. En la orilla dos frondosos árboles de ochoó[110] daban frescor al ambiente y ofrecían protección para instalar las carpas a la sombra. Todo ese día hubo actividad cortando los horcones, las vigas y los travesaños para colocar la cubierta con hojas de *chuchío*[111] a fin de construir primero el almacén.

Por la mañana, al ir a buscar agua, se encuentran con la desagradable sorpresa de que el arroyuelo se había secado completamente.

Deciden abandonar todo y seguir hasta el río Alto Beni. Allí instalan sus carpas separándose unos 200 metros de la orilla.

—No se mueve ni una hoja –dice el dibujante, un hombre ya cincuentón, acostumbrado a la vida incómoda del trabajador de los caminos–. Puedo apostar que esta noche se nos cae el cielo encima.

—Entonces tenemos que apurarnos a armar las carpas antes que oscurezca –responde Añez.

—Además, los loros han pasado hacia sus dormitorios antes de las seis, que es la hora en que pasan cada día, como si ya estuvieran huyendo de la lluvia –continúa el dibujante.

No ha oscurecido aún cuando se siente una pequeña brisa en la tranquilidad de la tarde. Un momento después, una ráfaga de viento un poco más fuerte empieza a hacer flamear las puntas de las carpas que forman el campamento. No se oye ningún ruido en la selva. Los trinos de los pajarillos enmudecen y todos los animales, al presentir la tormenta, buscan refugio en sus cuevas o en sus nidos. Lo mismo hacen los topógrafos.

---

110 NE: Árbol cubierto de espinas, cuya sabia resulta tóxica para los seres humanos. De gran tamaño, constituye una especie maderable con alto valor económico.

111 NE: Caña crecida en los bajíos, delgada y fina.

La fuerza del viento va aumentando y llega un momento en que parece que las carpas saldrán volando por los aires. Las gotas de lluvia caen casi horizontalmente, empujadas por el viento huracanado que azota el campamento. La tormenta dura casi cuatro horas.

Al día siguiente, al pasar por el sitio donde el día anterior habían empezado la construcción del almacén, se encuentran con un panorama desolador. La fuerza central del huracán había prácticamente arrasado la zona en un ancho de dos kilómetros. Los frondosos árboles que iban a servir de sombra yacían sobre los escombros de la rústica construcción abandonada y daba la impresión de que un tractor gigante hubiera pasado aplastando árboles como si fueran palillos de fósforos, dejando una ancha senda abierta.

Por fin, deciden instalarse cerca a la desembocadura del río Suapi en el río Alto Beni.

Periódicamente, van a Santa Ana y sus alrededores para conseguir víveres entre los colonos de la zona. La primera vez que estuvieron en la antigua iglesia les llamó la atención un tachonado y desvencijado baúl donde encontraron ropas de sacerdote y todo lo necesario para celebrar misa, incluyendo un hermoso cáliz de oro, guardado celosamente por los indios mosetenes. Nadie quiso darles información al respecto.

—Don Silverio –le dice Juan Milardovich a un antiguo morador de la orilla del río Alto Beni–, usted debe saber por qué no hay sacerdote en Santa Ana, no obstante tener todo lo necesario para celebrar misas.

—Hace mucho tiempo –empieza el anciano mientras se prepara un cigarrillo sacando su envejecida tabaquera de goma y una hoja de *papeliño* marca "Teresita"– Santa Ana tuvo su cura y los mosetenes dejaron de beber y se dedicaron a trabajar con más entusiasmo. Pero parece que a esa gente no le gusta más que cazar, pescar y dormir, así que un día se prepararon a escondidas del cura grandes cantidades de chicha de yuca fermentada y se armó la gran borrachera. El sacerdote se enojó tanto que los insultó, por lo que los mosetenes, ya borrachos, lo amarraron desnudo en una balsa y lo soltaron por el río. ¡Nunca más se supo de él!

—Pero el Obispado debería enviar a otro sacerdote –comenta Fernando Añez, quien junto a los demás había escuchado atentamente– porque hemos visto a un anciano de la tribu que efectúa una especie de misa en su idioma.

—No sabemos por qué, pero la verdad es que hay regiones con mucha más población que la que tenemos aquí, con sus caminos abiertos, y sin embargo no tienen sacerdote.

—Eso es cierto –añade Milardovich– y una cosa parecida sucede en la zona de Yapacaní, al norte de Santa Cruz, donde los pastores protestantes se han instalado con escuela e iglesia. ¡Ahora por allá todos son evangelistas!

Los trabajos topográficos son seguidos por el ruido de los motores a diesel de los envejecidos tractores que a punta de cuchilla van apartando la granítica montaña para dar paso a la nueva ruta que se abre.

Por esa época el Batallón de Ingenieros "General Román", con su comandante Sigfredo Montero, solicitó a la empresa Bartos que le ceda 10 kilómetros del contrato suscrito para construir los 76 kilómetros entre Caranavi y el río Alto Beni. Una comisión de ingenieros militares recorrió toda la ruta buscando un tramo donde no fuera necesaria mucha excavación en roca porque sus compresoras estaban en mal estado.

Se decide que el batallón trabaje entre el kilómetro 50 y el 60, pero cuando los contratos ya están firmados se encuentra que hay zonas deleznables y lodosas que precisan muchas toneladas de piedra como relleno. Las volquetas van y vienen desde la cantera hasta el sitio conocido como Abra de las Brujas, sin poder nunca llenar las zonas hasta la plataforma diseñada. Los derrumbes y los hundimientos del camino ya preparado son permanentes. El enfangamiento de los tractores obliga a estar todo el día en jaloneos en vez de avanzar con la construcción.

Pero también la empresa Bartos tiene zonas difíciles como el kilómetro 21, donde por querer hacer una media galería se les derrumbó el cerro, aumentando el trabajo programado.

Sin embargo, la visión que se presenta desde los sitios elevados de la región obliga a los que otean el horizonte a soñar y a trabajar con más ahínco para unirse muy pronto con ese infinito que se ve y que siempre atrajo como un embrujo a los que contemplaron el paisaje: el Imperio del Gran Paitití.

La inmensidad de la llanura es un acicate para los soñadores que construyen ese camino para no desmayar en su empeño, sin pensar en las dificultades de cada día, en los insectos ni en las fieras de la selva, sino en la integración de Bolivia.

Datos históricos

Senda Ganadera San Borja - Sapecho.- La Compañía Nº 3 de colonización al mando del Tte. (r) Luis Trigo, en los años 1962-1963 participó en los trabajos de la antigua senda ganadera Sapecho - San Borja…

…El Prof. Sr. Gastón Bejarano, Jefe de exploraciones del Proyecto Alto Beni, tuvo a su cargo la dirección y ejecución de esta importante obra…

…El éxito de esta obra se debe en gran parte a la colaboración del elemento humano de la zona, que conducido por el señor Alcalde de San Borja, don Abdón Mitre, realizó los trabajos de desmonte y ensanchamiento. Se utilizaron de 60 a 80 personas durante ocho meses.

La senda tiene 7 metros de ancho en las partes planas y de 2 a 2.50 mts. en las laderas. Su longitud es de 152 km y llega a conectarse con la Brecha "A" de Sapecho que se une al camino troncal Santa Ana - Covendo a la altura del km 19.

Objetivos:

a) Su objetivo principal es el transporte de ganado en pie para proveer de carne a las áreas de colonización.

b) Además se estima de que algunos comerciantes puedan negociar el ganado en pie desde el Beni al Departamento de La Paz.

c) Por otra parte se considera la posibilidad que sobre este trazo se desarrolle un futuro camino de penetración al Beni con poca erogación.

d) Constituye una vía de acceso a nuevas áreas de colonización.

Primer transporte de ganado:

En fecha 5 de junio de 1965, los señores Selim Matluf y Humberto Yañez –ganaderos de San Borja– con varios arrieros, salieron hacia Sapecho, conduciendo cuarenta cabezas de ganado vacuno en pie. El trayecto lo cubrieron en siete días sin pérdida alguna de ganado, llegando a la Brecha "A" el 12 de junio por la mañana. Constituye este hecho un significativo triunfo para todos los que han contribuido con su entusiasmo y decisión a tan feliz resultado.

De la "Reseña histórica del Proyecto Alto Beni preparada por la Corporación Boliviana de Fomento", 1965.

Tercera parte

1967 - 1976

Todo el pueblo trinitario se ha dado cita a orillas del arroyo San Juan para ver el desembarco de un tractor que la Prefectura del Departamento ha comprado con los ingresos que recauda para impulsar las obras públicas. Esta fecha está marcada en el almanaque del progreso beniano como el 22 de enero de 1967.

Es un espectáculo soberbio ver cómo esa gigantesca máquina avanza, ya en tierra, seguida por los chiquillos del pueblo con rumbo a la plaza principal para estacionarse frente al edificio de la Prefectura.

Alfredo Añez, todavía bajo los efectos de los vapores etílicos absorbidos durante la noche pasada, también está entre los curiosos que observan la máquina, y comenta con su amigo Jorge:

—Yo creo que con esta máquina se acabarán los barriales que se forman en las calles en época de lluvias.

—Así va a ser –contesta el amigo–. Parece que por fin le llegó su turno de progreso al Beni.

—Dicen que este tractor no solamente va a construir caminos, sino que también servirá pa' rellenar y nivelar las calles del pueblo.

—Si sucede eso –dice Jorge– ya podemos ir comprándonos movilidades porque como están las calles ahora, llenas de pozos, no hay carro que aguante –y al ver los ojos enrojecidos de Alfredo añade–, ¿y hasta qué hora se quedaron los borrachos anoche?

—La mayoría de los invitados se retiró poco después de que se escaparon los novios, pero los borrachos *largueros* conocidos se quedaron y recién ahora, antes de salir a la calle, pude despacharlos a sus casas. ¡Todavía se me enojaron!

—Oye, Alfredo –exclama Jorge–, pa' componer el cuerpo te invito a comer una patasquita.

—Buena idea, vamos –contesta entusiasmado Alfredo, que con motivo del matrimonio de su hijo Pablito no ha pegado pestaña en toda la noche–. Dejemos al tractor tranquilo por ahora. Ya vendremos mañana a verlo trabajar.

El primer paso en la construcción de caminos en el Beni se dio cuando la Prefectura firmó un convenio con el Servicio de Caminos para instalar una oficina distrital en Trinidad.

Aunque siempre hubo oficina de Obras Públicas nunca se encaró la construcción de terraplenes usando maquinaria pesada, comprada exclusivamente para ello. Las sendas abiertas con hacha y machete todos los años absorbían el presupuesto vial sin permitir el paso de ninguna movilidad de cuatro ruedas debido a los troncos que quedaban en el ancho de la vía.

No puede decirse que nunca hubo equipo pesado en el Beni, ya que en 1938 llegaron una pala cargadora, un tractor de orugas y una volqueta que

sirvieron para rellenar con tierra algunos barriales de las calles, y en 1943 el Lloyd Aéreo Boliviano trasladó dos tractores con traílla y una motoniveladora para construir las pistas de aterrizaje en Trinidad y otros pueblos benianos. Pero esa maquinaria muy pronto quedó paralizada, primero por falta de repuestos y luego por la acción del clima y del tiempo.

Con la llegada del nuevo tractor se organiza una oficina para que se dedique exclusivamente a la construcción de caminos. Hay que contratar dos operadores de equipo pesado porque ya se tiene noticias de la llegada de otro tractor, comprado por el Servicio de Caminos. Se piden fondos para refaccionar el derruido caserón, que antes perteneció a la familia del doctor Joaquín de Sierra y que fue adquirido con fondos de la cuenta de Obras Públicas. Se inician los estudios del camino Trinidad - Casarabe y, como no se dispone de ningún material de escritorio ni de topografía, el pedido a la oficina central es bastante extenso: equipo de radio, teodolitos, niveles, muebles, formularios y tanta otra cosa que se necesita para comenzar a trabajar. Además, para transporte de combustible y provisión de agua al campamento se compra un carretón con una yunta de bueyes, y para uso de la brigada topográfica se amplía el equipo de transporte con dos caballos.

Y mientras el ingeniero distrital organiza su oficina y el estudio topográfico avanza hacia Casarabe, el tractor de la Prefectura, con número interno D7-6P, se encarga de arreglar algunas calles cuando las lluvias lo permiten, con beneplácito de todo el vecindario. Como operador se contrata al súbdito brasileño Dionisio Fabro y a Hilario Jimenéz como ayudante.

El 4 de mayo llega a Trinidad el otro tractor con el número interno D7-5 y se contratan los servicios de Rubén Robles como operador y Napoleón Heredia como ayudante.



A fin de programar los trabajos camineros se llama a reunión del Comité Departamental de Planificación, Coordinación y Desarrollo. Cumplidos los saludos de rigor, el prefecto, coronel Juan Ortiz Avaroma, explica:

—Se los ha citado hoy para decidir la construcción de una obra que marcará un hito en la historia del Beni, cual es la iniciación de su red caminera. El ingeniero distrital de caminos hará una amplia explicación de los posible planes que serán realidad en breve plazo…

—Perdonen si me extiendo un poco en la explicación, pero el tema así lo exige –comienza el ingeniero– y voy a comenzar leyendo el convenio que en fecha 16 de marzo del año pasado se firmó entre el Servicio de Caminos y la Prefectura del Beni:

"…La Prefectura pondrá a disposición del Servicio un tractor Caterpillar D7 para que se utilice en las obras iniciales del camino Trinidad - Casarabe corriendo por cuenta del Servicio de Caminos los costos de mantenimiento y operación respectivos…

"…El Servicio de Caminos, que tiene a su cargo la responsabilidad del 55% de la cuenta de regalías petroleras destinadas a este camino, transportará su maquinaria pesada al Distrito de Trinidad para iniciar el trabajo de movimiento de tierras…".

Concluida la lectura del documento, el ingeniero continúa:

—Según la ley del 22 de septiembre de 1938 se destina el 27,27% de las regalías petroleras que recauda el Tesoro Departamental de Santa Cruz para el fomento de la vinculación fluvial y terrestre de ese departamento y el Beni, como una compensación por el millón de libras esterlinas oro que el Brasil canceló a Bolivia por el canje desigual de territorios después de la contienda del Acre, y que fue destinado a la construcción del ferrocarril Corumbá - Santa Cruz. Aunque la ley inicial ha sufrido algunas variaciones de forma, en el fondo la finalidad continúa. Ahora nos toca decidir si encaramos como prioridad el camino Trinidad - Casarabe - Guarayos - Santa Cruz o primero nos vinculamos con el río para tener una comunicación mixta terrestre y fluvial. Como el problema principal es la falta de equipo caminero, hay una posibilidad para vencer el círculo vicioso que se ha presentado hasta hoy: "El Servicio de Caminos tiene maquinaria solo para mantenimiento de la red vial y como el Beni no tiene ningún camino no se puede trasladar maquinaria pesada". Ahora, si construimos el camino que ofrezca menos dificultades y podemos terminarlo hasta fin de año, el Servicio de Caminos puede contemplar en su plan de mantenimiento esta nueva ruta y así enviar maquinaria del crédito de cinco millones de dólares que se está recibiendo como reposición del equipo obsoleto. Este camino es el de Trinidad - Loma Suárez de 10 kilómetros según los estudios efectuados en 1963, por el ingeniero Humberto Soto…

Siguen algunas explicaciones más sobre el tiempo de trabajo, cantidad de tierra a moverse y otros datos técnicos. El prefecto y el comandante de la Fuerza Naval hacen oír sus argumentos en favor del camino al Puerto de Loma Suárez sobre el río Ibare.

Después de las explicaciones, casi todos coinciden en la importancia de construir el camino hacia el río, fuente de vida y transporte en el Beni. Alfredo Añez, como representante de la Sociedad Rural, interviene diciendo:

—He escuchado atentamente las opiniones de hacer un camino hacia el río Ibare, por ahora, que después se continuará hasta La Paz y

Cochabamba sin abandonar la idea de vincularnos con nuestros hermanos cruceños. No podemos negar la importancia que todo camino tiene en el progreso de los pueblos, más aún si hasta ahora el Beni después de casi 150 años de vida republicana sigue aislado del resto del país. Pero no debemos olvidar que, si en todo ese tiempo no se ha podido construir un camino hacia el Beni, mal podemos querer ahora tener tres caminos al mismo tiempo: hacia Santa Cruz, La Paz y Cochabamba. Y si me permitieran elegir, yo opino que el camino tradicional siempre fue hacia Santa Cruz, pueblo con el que estamos unidos no solamente por vínculos de sangre, sino que este camino será, como han explicado los técnicos, la base para la integración latinoamericana al unir las cuencas del Amazonas y del Plata. Además, los dineros con que se ha comprado el tractor y los que servirán para hacer funcionar la oficina de Caminos vienen de las regalías petroleras que están destinadas a la construcción del camino a Santa Cruz.

—A nombre de la clase campesina –dice Vicente Noe– yo estoy de acuerdo con el camino hacia el río Ibare, aunque hubiera sido preferible hacer el camino hacia Puerto Almacén. Pero, si no hay más caso que llegar al puerto de Loma Suárez, nosotros ofrecemos mano de obra pa' cortar los troncos necesarios pa' la construcción de los puentes de madera porque sabemos que si hay caminos los productos podrán llegar al mercado a un precio más bajo, traídos en camión y no en carretón como se hace ahora.

Aprobada la ruta hacia el río Ibare se firma el acta correspondiente, a las 12 del día 29 de mayo de 1967.

Y comienza la construcción, venciendo el inmenso *curiche* que hay a 200 metros del kilómetro cero. Las máquinas van empujando el lodo y a 80 centímetro de profundidad se encuentran con tierra seca. El entusiasmo, tanto del personal del Servicio de Caminos como del público que todo el día observa los trabajos, es contagioso y muy pronto las máquinas se van alejando de la ciudad, dejando una huella de diez metros de ancho y cincuenta centímetros de altura.

Los problemas van en aumento puesto que, como no se tiene camión, camioneta ni ningún equipo de apoyo, el abastecimiento de combustible se lo hace con un carretón que tiene que llevar los turriles de diesel para los tractores, el agua para el uso del campamento Las Trancas del kilómetro 4 y los víveres para la alimentación del personal. Las salidas hasta Trinidad se hacen a pie. Todos ponen el entusiasmo y trabajo necesarios para ver pronto concluido el camino.

El jefe de la brigada topográfica, Miguel Chávez, después de estudiar 17 kilómetros en el camino a Casarabe, recibe la orden de replantear el eje del trazo a Loma Suárez mientras los tractores le van pisando los

talones. Pero su trabajo se ha facilitado un poco, ya que desde las nevadas cumbres de Potosí le ha llegado un compañero de trabajo, el topógrafo Enrique Alquizalet, un joven que siguiendo un impulso ha bajado desde los 5.000 metros sobre el nivel del mar a las pampas mojeñas cuya altitud apenas si llega a los 155 metros. El cambio ha sido brusco, pero él acepta lo que le ha marcado su destino y se lo ve, a pleno sol, unos ratos dando línea a los tractores y otros marcando el nivel al que deben levantarse los terraplenes.

Agosto, pleno tiempo seco, entusiasmo general al ver avanzar las máquinas roturando la tierra y dejando una superficie resplandeciente al paso de la cuchilla.

—El brasileño Fabro quiere retirarse, ingeniero –dice el jefe de brigada–. Parece que fuera gitano y que no puede vivir en un sitio mucho tiempo –añade a modo de comentario.

—Ahora sí que estamos listos –dice el Distrital– porque hasta que podamos conseguir otro operador o hasta que pueda venir otro desde el altiplano vamos a perder el mejor tiempo para trabajar.

—Perdón, ingeniero –interrumpe el ayudante Heredia– conozco un japonés que está trabajando en el taller de motocicletas de Tanaka y que, según he sabido, es operador de tractor.

—Si es así, yo me encargo de buscarlo –dice el ingeniero, mientras enciende la motocicleta particular en la que hace sus inspecciones al campo– y si acepta vamos a hacer la escuela de operadores destinando, aparte del ayudante, un peón más para que aprendan a operar los tractores.

Así entra a formar parte de la familia caminera Shingi Matsumoto, quien inicia actividades cuando ya la punta del camino está a cuatro kilómetros de Trinidad. En ese sitio hay un pantano que mantiene agua aún en las grandes sequías y es el terror de los viajeros a caballo por el atascadero que se produce al querer pasar.

Las máquinas, atropellando el barro y amontonándolo en dos camellones, han dejado una franja seca al centro como si fuera el Mar Rojo abierto para dar paso a los israelitas. En ese momento llega Alfredo Añez en su motocicleta, a extasiarse con el trabajo de los tractores. Cada tarde, como si tuviera que cumplir un horario, se le ha hecho costumbre ir a ver cuánto han avanzado ese día.

—Buenas tardes, ingeniero –saluda, mientras busca un sitio donde estacionar su motocicleta a la sombra–, qué tal el trabajo.

—Ahí vamos, avanzando poco a poco, don Alfredo –contesta el ingeniero de caminos y adelantándose a la próxima pregunta continúa–, como puede usted ver, hoy día hemos tenido un avance de trescientos

cincuenta metros de camino y si los días siguen así, con sol fuerte, antes del 18 estaremos en la Loma Suárez.

—Mire, ingeniero –los interrumpe el ayudante del tractorista–, estas dos hermosas *sicurices* que encontramos.

—¡No las vayan a matar! –interviene Alfredo, al ver las anacondas– esos son los *jichis*[112] de este lugar y si las matan se seca el *curiche*.

—Pero si eso es lo que queremos –dice el ingeniero– para poder facilitar el tránsito de vehículos.

—Sí, pero el ganado también necesita agua en tiempo seco –contesta Alfredo.

—Mejor las matamos nomás –concluye el ingeniero–. No vaya a ser que alguna de estas se coma un ternero y el dueño lo achaque a los trabajadores del Servicio de Caminos, pero antes vamos a sacarnos una foto para la posteridad. Esperen un rato –y se dirige a donde dejó su máquina fotográfica–. A ver, don Alfredo, acomódese usted también delante de los tractores. Llamen a los otros para que salgan todos en la fotografía.

Después de posar, Matsumoto dice:

—Ingeniero, yo queriendo invitar cena, ¿pudiendo quedarse? A usted, señor, también invitando.

—Está bien, Matsumoto –contesta el ingeniero–, ¿y qué cosa tan especial has preparado para la cena?

—Siendo sorpresa –dice Matsumoto mientras se dirige a su tractor a concluir la tarea del día.

Cuando llega la hora de salida todos se dirigen al campamento para observar las habilidades culinarias del japonés quien, después de sazonar unas gruesas anguilas con salsa soya, las pone al fuego ensartadas en un alambre.

Es la primera vez que se prepara un plato así en la zona, por lo que Napoleón Heredia tiene que ofrecerse como voluntario para servir de conejillo de indias y, después de su aprobación, todos saborean lo que resultó una comida deliciosa.

El trabajo se hace ameno, hay mucho compañerismo y, aunque las dificultades e incomodidades son muchas, las cosas se hacen con patriotismo, sabiendo que lo que el Beni necesita son caminos para salir del atraso en que vive.

La brigada topográfica cumple su trabajo y el 2 de septiembre se envían a La Paz los planos, dibujados a tinta, del camino Trinidad - Loma Suárez.

112 NE: Seres mitológicos relacionados tradicionalmente con los cuerpos de agua. Aunque se los asocia con anacondas, se cree que pueden asumir otras formas. Detentan poder sobre ríos y lagunas, necesarias para la supervivencia humana y animal.

El avance en el movimiento de tierras se acelera tratando de cumplir con el plan de trabajo y completar la ruta antes del 18 de Noviembre, fecha cívica que recuerda la creación del departamento del Beni y que coincide con la llegada de la época de lluvias.

A fines de septiembre se presenta a la oficina el mecánico Wálter Jaimes para informar:

—Ingeniero, el tractor D7-5 se ha parado, es necesario destapar el motor para saber la causa de la falla.

Es el primer problema mecánico serio. Hay que pedir auxilio al distribuidor de Caterpillar en Bolivia.

—Wálter –dice el ingeniero–, no podemos destapar el motor sin consultar con los representantes de la fábrica, así que inmediatamente voy a llamar a La Paz para que envíen un mecánico autorizado. Mientras tanto, el tractor queda parado y se trabajará a dos turnos con el otro tractor. ¡No podemos parar el trabajo!

—Otra noticia, ingeniero –dice el jefe de maestranza–, pero esta es buena, hemos habilitado esa motoniveladora vieja que el Lloyd Aéreo traspasó al Servicio de Caminos, así que vamos a necesitar un operador y un ayudante para hacerla andar.

—He sabido que hay un operador que trabajó antes en el Lloyd Aéreo, tal vez podamos contratarlo.

Aunque fue una alegría ver trabajar la vieja motoniveladora, los problemas para el mecánico aumentaron porque cada día algo tenía que fallar. De todos modos, fue una solución para nivelar el tramo de camino construido.

Para el 13 de octubre el informe daba cuenta del avance de siete kilómetros y el 15 de noviembre los pobladores de Loma Suárez despertaron con el ruido de las máquinas en esa zona.

En el programa de festejos de ese año se destacan, entre los juegos deportivos, tres acontecimientos que marcaron época en la historia del Beni: la creación del Comité Cívico del Beni, la inauguración del primer camino en el departamento y la creación de la Universidad Técnica del Beni General José Ballivián.

A las diez de la mañana de un soleado 18 de noviembre, en el kilómetro cero, hacen columna de honor, a un lado, todos los trabajadores del Servicio de Caminos y, al otro, efectivos militares del Distrito Naval. El presidente de Bolivia, general René Barrientos, después de cortar la cinta inaugural, felicita uno por uno a todos los camineros.

Los discursos contagian entusiasmo y las promesas de que las cosas van a ser mejor el próximo año resultan el tema del comentario del día. Se hace el recorrido de unos tres kilómetros del nuevo camino y después

la comitiva se dirige a la Prefectura donde desde los balcones se da lectura a la ley que viene a llenar un vacío en la educación del pueblo beniano. La consabida salteñada, un vaso de cerveza fría a las autoridades e invitados especiales, cometarios elogiosos a los parlamentarios que presentaron y defendieron la promulgación de la ley y despedida en el aeropuerto al Presidente y su comitiva.

Por la noche, en una de las esquinas de la plaza Ballivián, presta juramento el primer directorio del Comité Cívico del Beni, creado para luchar por el progreso de este abandonado jirón de la patria con la consigna de que la institución no debe inmiscuirse en los problemas político-partidarios, siendo su objetivo principal analizar e impulsar los programas que beneficien al Beni.

Presidente	Dr. Jorge Hurtado Cuéllar
Primer vicepresidente	Dr. José Lorgio Zambrano I.
Segundo vicepresidente	Prof. Joaquín Hurtado Ch.
Secretario de Relaciones	Dr. Guillermo Caballero S.
Secretario de Hacienda	Sr. Pedro Balcázar M.
Secretario de Actas	Dr. Armando Ribera G.
Secretario de Educación y Cultura	Sr. Adán Bravo M.
Secretario de Planificación y Obras Públicas	Ing. Rodolfo Pinto P.
Secretario de Salud y Asistencia Social	Dr. Samuel Shiriqui V.
Secretario de Prensa y Propaganda	Sr. Eduardo Velasco C.
Secretario de Deportes	Sr. Gustavo Nagashiro R.
Vocales	Sr. Alcides Sattori G.
	Sr. Rubén Vaca M.
	Dr. Armando Rivero A.

—Y resulta que cuando los cruceños nos modificaron la resolución aprobada en la comisión y llevada a plenaria sobre el restablecimiento de la ley inicial de regalías petroleras, el doctor René Ibáñez y el doctor Guillermo Caballero trataron insistentemente de reclamar, pero el Presidente del Congreso, que sabía de la modificación que se había hecho a la ponencia del Beni, no les concedió la palabra… Tuvimos que gritar por encima del que estaba hablando y la delegación beniana abandonó el Congreso seguida del Colegio Médico que también tuvo problemas –es la explicación que hace uno de los que viajaron a Santa Cruz integrando la comisión

que asistió al Quinto Congreso Nacional de Profesionales–. Ya en la avioneta decidimos organizar una institución que hable a nombre del Beni y defienda sus intereses…

Los discursos después de la toma de juramento se oyen cada vez más fogosos y eufóricos: ¡Viva el Beni!… ¡Viva! ¡Viva el Comité Cívico!… ¡Viva!

Sigue la marcha cívica acompañada de la banda de músicos que interpreta la pieza musical "Viva Trinidad" y que desde entonces ha sido el grito de guerra para todas las manifestaciones posteriores.

Pasada la euforia del momento, la labor caminera se reinicia y, según el convenio, el tractor D7-6P retorna a Trinidad para construir un camino de acceso a los hangares de las avionetas en el aeropuerto y luego, con fondos de operación de la Alcaldía Municipal, se empieza a rellenar la calle Portachuelo, más conocida como calle Honda.

—El trabajo de relleno en esa calle –explica el ingeniero de caminos– debería ser hecho mediante acarreo de tierra con volquetas, pero como no tenemos volquetas ni pala cargadora, vamos a empujar con la cuchilla casi trescientos metros hasta rellenar la calle. Las orugas no nos aguantarán mucho tiempo y el rendimiento será muy bajo, pero no tenemos ninguna otra forma de solucionar el problema.

La suerte de los vecinos fue que ese año el mes de diciembre resultó seco, lo mismo que casi todo el mes de enero siguiente, por lo que se pudo avanzar bastante en el relleno de la famosa calle.

Alegría desbordante del carnaval oriental. Las comparsas uniformadas corren y bailan al son de las bandas de los músicos olvidando todo tipo de problemas, aunque saben que con eso solo los postergan. La cerveza repone el líquido humano que sale por los poros de la piel debido al intenso calor del ambiente.

En una casa particular, acompañados de una rústica bombilla[113] formada por tres músicos: caja, flauta y bombo, los integrantes de la comparsa "Los Peligrosos", en su mayoría descendientes de japoneses, se encuentran unos bailando y otros consumiendo alcohol rebajado con jugo de toronjas. Poco a poco, la charla se vuelve discusión y, antes de que alguno pueda intervenir, Shingi Matsumoto saca un cortaplumas, da un salto felino y aplica once puñaladas a Osman Sikujara.

Gritos y desmayos entre las muchachas al ver la sangre que brota, y final de fiesta para Matsumoto que termina en la cárcel por intento de asesinato. Por suerte, la resistencia de Sikujara le salvó la vida y no hubo parte civil contraria.

113 NE: Conjunto musical improvisado.

La falta de reemplazante como operador del tractor hizo que Matsumoto salga bajo fianza y continúe trabajando en el Servicio de Caminos.

—De ahora en adelante –dice uno de los ayudantes– tenemos que vigilar mucho a Shingi porque por ahí se hecha unas copas demás y va a querer "medir el aceite" a cualquiera de nosotros.

—Y con lo que es "karatista" es tan ágil que uno no se escapa de que lo costure con más de once puñaladas por minuto –comenta otro.

—La culpa es del alcohol –dice un tercero– y como Shingi es pa' nada pa'l trago, ahí nomás pierde la cabeza y se vuelve loco.

De todos modos y por precaución, Matsumoto nunca más fue invitado a los cumpleaños, ni siquiera a festejar el viernes de soltero.



Al conseguir una beca de especialización, el presidente del Comité Cívico viaja a México dejando la responsabilidad al primer vicepresidente, doctor Lorgio Zambrana, que el 3 de marzo hace su debut con una movilización de todo el pueblo trinitario que culmina con la renuncia del prefecto del Departamento.

En los salones del Comité Cívico del Beni se plantea la decisión de prioridades para iniciar la construcción del próximo camino. Todo el pueblo interviene directa o indirectamente en el debate.

El rol de oradores es extenso y los discursos cada vez son más fogosos. Cada uno quiere que se construya el camino de acuerdo a sus intereses. Muy pocos actúan desinteresadamente, guiados por ver progresar la región. Al final quedan dos grupos: uno que propugna la ruta Trinidad - Casarabe y otro que da más importancia a la vinculación de la capital beniana con el río Mamoré para complementar con el transporte fluvial.

—El camino hacia el río Mamoré es una idea nueva –expone emotivamente el doctor Armando Ribera– que ha nacido en cierta forma de la experiencia del camino a La Loma, porque esta ruta no termina en el puerto, sino más bien comienza y se prolonga varios centenares de kilómetros al entroncar con el camino de agua llamado Mamoré… Además los campesinos asentados en Casarabe recibirán más beneficios de su camino si Trinidad, su punto de abastecimiento, ha sido favorecida previamente con el abaratamiento del costo de todos los productos de consumo por la ruta al Mamoré. Ahora, si esta vinculación se hace por Loma Suárez o por Puerto Almacén es indiferente, dependiendo esa elección de los técnicos que evalúen el costo más económico y el menor tiempo de construcción…

Aunque los defensores de la ruta a Casarabe tienen mayor número de oradores, los vecinos de Trinidad, que asisten a las deliberaciones de la

mesa redonda convocada por el Comité Cívico, aplauden efusivamente las palabras del joven abogado y muchos, que hasta ese momento se portaron indiferentes, toman partido por la ruta al Mamoré.

Las intervenciones continúan durante tres días.

—El camino al Mamoré se dice que tiene más importancia socioeconómica que el camino a Casarabe –expone pausadamente el profesor Germán Lecaro–. Se habla de nuestro acercamiento a las vías naturales de navegación y del beneficio a más de tres mil campesinos con el abaratamiento de la vida en la ciudad, que ese camino no significará mucha erogación al Estado por ser corto. Señores, ese será el camino más caro del país porque su mantenimiento cada año costará igual que su construcción ya que, por pequeñas que sean las crecientes de los ríos, las lluvias y la poca agua goteante, tendrán que terminar con el terraplén. Debemos considerar que todo terreno que es anegadizo cerca al Mamoré tiene una gran proporción de lodo y se destruirá por acción de las lluvias…

Los aplausos del público llenan el recinto y los comentarios siguen al expositor:

—Esa es la verdad –dice Alfredo Añez, quien no se ha perdido ninguna de las intervenciones de los oradores– porque con el Mamoré no se juega y lo que le faltó decir es que los campesinos que viven a orillas del río deberían irse a vivir a la zona alta de Casarabe para evitar que cada año el río se lleve sus cosechas y los mantenga, casi cuatro meses, subidos en *chapapas*[114] y aislados por las aguas de la inundación.

—Eso es imposible –contesta airado un campesino– porque las tierras a la orilla del río son más fértiles y allá uno con su canoa puede sacar sus productos a vender al mercado, y si falta carne tiene pescado en el río, mientras que en Casarabe, que es una zona seca cuando no llueve, se pierde la cosecha y el flete de los carretones o camiones, si se hace camino, vale más que lo que uno lleva al pueblo pa' vender.

Las discusiones suben de tono cada día. El problema se lo vive en carne propia y después de cada una de las reuniones se continúa discutiendo en un banco de la plaza o en el cafetín. Ni qué decir del tono de la charla si la discusión se hace en una cantina al calor de unos tragos. ¡Inevitablemente termina en pelea!

—La prioridad debe ser el camino al río Mamoré –explica el doctor René Ibáñez Carranza–. Pero no por el puerto de Loma Suárez, sino por el tradicional de Puerto Almacén que, aunque atraviesa una zona más inundadiza, evita el problema de tener que pasar por un territorio militar como es la Escuela de Marinería Litoral ubicada en Loma Suárez, donde hay un

114 NE: Armazón de madera o de ramas, a la manera de una plataforma rústica.

letrero que declara zona militar y una tranca que no permite el tránsito libre de personas ni vehículos. Eso nos sucedió el sábado pasado a los integrantes del Club de Caza y Pesca que tuvimos la mala suerte de encostar con nuestra embarcación en ese puerto y se nos decomisó la escopeta y el rifle *salón*,[115] armas necesarias cuando uno se adentra en la selva.

La mesa redonda se prolonga en tiempo y no se llega a ninguna conclusión porque se anuncia la llegada del ingeniero Ernesto Méndez, subdirector del Servicio de Caminos. Luego se programa una expedición desde Loma Suárez al Mamoré y otra de Trinidad a Puerto Manuel Julio pasando por Puerto Almacén.

Una senda abierta para los estudios topográficos, desde Loma Suárez, sirve de vía para los expedicionarios que tienen que atravesar varias cañadas y arroyos pasando sobre los árboles tumbados a manera de puentes provisionales para llegar a Río Viejo, pequeña población agrícola ubicada a orillas de una laguna que años atrás fue cauce del río Mamoré. De ahí hasta el río son tres kilómetros que en esa época del año (mayo) hay que recorrerlos con el agua a la cintura. Decepción de los viajeros y más puntos a favor de la ruta por Puerto Almacén.

—Voy a referirme al tema que han tomado como punto de partida ciertos señores para lanzar sus ataques –explica en conferencia de prensa el teniente de fragata Avelino Rivero, comandante de la Escuela de Marinería–. Se trata de una tranca y un letrero colocados al finalizar de la carretera en construcción a Loma Suárez. El letrero en cuestión dice: "Zona militar - 5 km por hora". Esta inscripción, similar a la que se coloca cerca de una escuela, determina que en los alrededores funciona un local militar y el límite de velocidad es para precautelar la vida de numerosos niños que salen o entran del local escolar de Loma Suárez. El letrero no prohíbe el tránsito de personas ni vehículos por el camino a cualquier hora del día o de la noche. Si se hace la revisión de carga y pasajeros es por la seguridad del Instituto Militar, para tener la nómina de personas, carga o vehículos por si alguna autoridad policial o de tránsito lo solicita y por último para conservar el camino en buen estado en época de lluvias.

Como todos los oradores que intervinieron en la mesa redonda tenían parte de razón en sus argumentaciones, el Directorio del Comité decide dejar el fallo final en manos de las autoridades. Los comunicados para influir en el resultado oficial dan trabajo tanto a las emisoras locales como al diario *El Heraldo*.

La comisión –formada por el ingeniero del Servicio de Caminos, el prefecto del departamento, el comandante de la Novena División de Ejército

115 NE: Rifle de calibre 22.

y el presidente del Comité Cívico del Beni– coincide con sus opiniones y hace una declaración en sentido que: “la voluntad del pueblo emitida en la mesa redonda será cumplida y el camino se construirá primero hacia el río Mamoré, faltando solamente decidir cuál de las dos rutas a seguir”.

El domingo 12 de mayo, en un acto oficial en la Capitanía de Puerto Almacén, a orillas del río Ibare, se da la última palabra y el primero de junio ya los tractores están con su cuchilla orientada rumbo a ese puerto.

Lo demás es tarea de rutina: sol, tierra, trabajo duro, sudor, diesel, aceite y la esperanza de ver pronto concluido el terraplén. A ratos, cuando el ardiente sol calienta mucho los cerebros de los operadores, ven pasar raudamente autos de carrera sobre la plataforma pavimentada y al fondo el verde retoño del infinito de la pampa.

Apuntes del Secretario de Actas.- Reunión del Directorio del Comité de OO.PP. cuyos fondos son administrados por la Prefectura del Beni.- Jueves 16 de mayo de 1968 a horas 16 - Temas:

1. Presentación del informe sobre apertura y nivelación de calles en el Barrio Fátima usando tractor y moto niveladora.
2. Presentación por el ingeniero de caminos del proyecto de la Avenida de Circunvalación de Trinidad. Resumen de la reunión:

El trabajo de apertura de calles se concluirá hasta el 31 de mayo. Se presentó un proyecto con su plano respectivo para la construcción de una Avenida de Circunvalación que tendrá un largo de 7 km con una anchura de 30 mts. contando con cunetas laterales de 6 metros debidamente canalizadas y 2 canales: uno hacia el Sud con desagüe al arroyo San Juan y otro hacia el Noroeste para comunicar las aguas con el arroyo del Estribo. El ingeniero explicó la importancia de esta vía para facilitar la urbanización de las distintas áreas dentro y fuera de la ciudad, permitir el paso de ganado con destino al matadero sin cruzar por las calles de Trinidad y por último la unión de los diferentes caminos. Fue aprobado por unanimidad y se ofreció el apoyo para conseguir los terrenos por donde pasará la avenida.

Nota.- También el capitán Herrera, prefecto del Beni, informó que, con la colaboración de Caminos, se ha concluido una amplia avenida para unir la capital beniana con su aeropuerto modificando completamente el camino antiguo.

El día 13 de julio, el movimiento de gente y máquinas se concentra en el aeropuerto de Trinidad para recibir la nueva maquinaria que desde la oficina central se envía para reforzar el equipo pesado y liviano del Distrito Caminero del Beni. Un avión Hércules, de la Fuerza Aérea Norteamericana, efectúa dos vuelos ese día trasladando una motoniveladora, un camión de servicio con grúa, un camión con carrocería metálica y doble tracción, un rodillo pata de cabra, un tanque estacionario para combustible, herramientas y repuestos.

—Con la llegada de este equipo –dice a los reporteros el ingeniero de caminos– ya podemos garantizar la conclusión hasta fin de año del camino Trinidad - Puerto Almacén. Solo se espera un próximo vuelo del avión Hércules, que desde Cochabamba trasladará otro tractor D6, que está listo para embarque.

—Una pregunta, ingeniero –interrumpe un periodista–. Según hemos sabido, la primera etapa del camino estará concluida para el 6 de agosto. ¿Es cierto eso?

—En realidad, se está haciendo un cuneteado previo para facilitar el tráfico en época seca, que estará concluido, efectivamente, antes del 6 de agosto, pero ese no es el camino terminado ya que los terraplenes tienen que levantarse con un promedio de dos metros de altura y, como tenemos que hacer trabajos tanto en la ciudad como en el campo, tal vez no se pueda concluir este año. Pero cuando bajen las aguas y con el esfuerzo del nuevo tractor que está llegando podremos construir el camino, posiblemente, hasta el río Mamoré.

La motoniveladora completa la labor de los tractores nivelando el camino a Loma Suárez y las calles, después el camino a Puerto Almacén y nuevamente las calles.

—Ingeniero –pregunta Miguel Chávez, jefe de brigada–, y ahora, que ya tenemos un camión, ¿qué hacemos con el carretón, los bueyes y los caballos?

—Voy a pedir autorización para que se haga un remate, antes de que "hallen dueño" o se muera alguno de los animales.

—En cuanto a la nivelación de la calle 6 de Agosto, ya se concluyó y los vecinos están muy entusiasmados con los trabajo de enladrillado –continúa informando–. La señora Dorys dice que ya tiene el dinero necesario pa' los ladrillos, el cemento y el pago a los albañiles pa' la primera cuadra. Ha sido una gran idea y yo creo que eso va a servir de ejemplo pa' poder enladrillar por lo menos las calles céntricas. Un poco tiempo más y el que conoció antes Trinidad no la va a reconocer.

Ya con solamente la primera etapa del camino Puerto Almacén es un lugar de paseo, especialmente los fines de semana, y todos los vecinos de Trinidad quieren salir un rato a recibir aire puro del campo.

—¡Ingeniero, se rompió el oleoducto! –fue el informe que dio el chofer del camión, enviado apresuradamente desde Puerto Almacén, para que el ingeniero busque solución al problema que se ha presentado.

—Calma, calma –le dice–. Explique con más calma qué es lo que ha sucedido y dónde.

—Mientras Matsumoto trabajaba en la playa de Puerto Almacén preparando la bajada al río, su tractor rompió el oleoducto, que en ese momento estaba lleno de kerosén y hasta que dejaron de bombear se ha perdido mucho combustible.

—Está bien, vamos a ver qué se puede hacer, pero primero pasemos por las oficinas de YPFB para dar el aviso y llevar al jefe de zona.

Con el accidente, los únicos beneficiados fueron los vecinos de Puerto Almacén que en baldes, latas, ollas o cualquier vasija que encontraban recogieron el combustible para solucionar el problema de alumbrado domiciliario.

El oleoducto en esa zona no tenía señales visibles y estaba enterrado solamente a veinte centímetros de profundidad. ¡YPFB perdió en total 3.000 litros de kerosén!

Las máquinas, después de terminar la primera etapa, retornaron al kilómetro cero para levantar terraplenes a su rasante y cuando el presidente Barrientos hizo la inauguración simbólica, en ocasión de la fiesta departamental, el terraplén solo había sido concluido hasta el kilómetro 4.

—No importa que haya pasado el 18 de Noviembre –explica el ingeniero al personal caminero–, las vacaciones solo serán concedidas cuando las lluvias y la inundación no nos dejen avanzar más en la construcción.

—¿Y el tractor D6 que tenía que llegar? –pregunta uno de los operadores.

—Ya llegaron noticias de que ha sido embarcado en el motor *Mosetenes* y que tal vez la próxima semana lo tendremos por aquí. Lo malo es que llegará cuando ya las aguas no dejen hacer nada. Ha sido un gran perjuicio que no se haya podido conseguir transporte, ni aéreo ni fluvial, durante la época seca. Si ese tractor hubiera llegado junto a la motoniveladora, en este momento seguro que estábamos llegando con el terraplén a Puerto Almacén.

Cuando el tractor fue desembarcado en Trinidad, ya el mar de la pampa había cubierto toda la zona de trabajo. El terraplén inconcluso se veía como una línea blanca en medio de las aguas. Las máquinas se replegaron,

una parte del personal se dedicó a colaborar en la maestranza y el resto salió de vacaciones.

Alfredo Añez sale satisfecho de la oficina del gerente del Banco Central de Bolivia, agencia Trinidad, donde acaba de firmar un documento de crédito para la compra de 250 vaquillas cebú para mejorar su hato ganadero y se dirige al cafetín situado al lado del Cine Beni, sitio donde se efectúan los mejores negocios, especialmente de compra y venta de ganado y estancias.

—¿Y a cómo te sale cada vaquilla? –le pregunta un amigo.

—Todavía no he calculado el precio con todos los papeleos, pero según me explicó el Gerente del banco el precio es de 55 dólares por cabeza puesta en Trinidad, y si uno se arriesga a arrear desde Puerto Paila en Santa Cruz le cuesta 50 dólares. Lo malo es que es mucho riesgo esa caminata y yo prefiero que me entreguen el ganado aquí.

—¿Y los plazos? –sigue la consulta.

—El crédito es a ocho años y con el doce por ciento anual, pero los dos primeros años se paga solo intereses por semestre vencido y recién a partir del tercer año se amortiza el capital. Lo interesante hubiera sido que el banco consiga un financiamiento con menor interés pa' que nos pueda dar el crédito al ocho por ciento anual, pero parece que la Sociedad Rural que ahora se llama Federación de Ganaderos del Beni no ha conseguido nada. También se pidió que durante los cuatro primeros años se amortice capital y que los intereses se acumulen hasta que se puedan vender los novillos, igual como se hace en Santa Cruz con los créditos pa' algodón y arroz, que recién se empiezan a pagar después de la cosecha. Por lo menos el pago de intereses no debería ser semestral, porque la marcación se hace una vez al año y lo obliga a uno a vender ganado que no tiene la edad ni el peso necesarios.

—¿Y pa' cuándo llegarán las vaquillas? –sigue preguntando el amigo.

—Me han asegurado que antes de Navidad podré recoger mis vaquillas, pero me da miedo que por algún motivo se atrasen y pa' venir de Santa Cruz hay que cruzar varios arroyos a nado… aunque ese es problema del banco.

—La intención de repoblamiento ganadero es importante –comenta otro que escuchó atentamente la explicación– pero mientras, por un lado, se dan créditos para incrementar la cría de ganado, por otro otorgan permisos pa' importar novillos argentinos, como pasó en el mes de enero

que se autorizó el ingreso de seis mil novillos pa' consumo de La Paz y el altiplano. Y después de este, cada vez han ido saliendo los permisos con cualquier pretexto, mientras que nosotros no podemos pagar nuestros créditos porque no hay dónde vender la carne.

—Eso es lo malo de algunos personeros de gobierno, que de todas formas buscan ganar comisiones sin importarles el perjuicio que ocasionan –dice preocupado Alfredo–. Hace falta definir una política ganadera especialmente en cuanto a mercados internacionales se refiere, porque de aquí a poco tiempo la exportación de carne va a ser una necesidad.

—La venta de carne siempre será negocio seguro –dice el amigo de Añez– porque mientras no se inventen los bifes de petróleo la gente seguirá nomás saboreando la carne de res.

—Y volviendo al tema de los créditos –dice preocupado Alfredo–, yo creo que nuestra situación va a mejorar notablemente con la creación del Banco Ganadero.

—Ayer estuve charlando con *Picolé* Vieira –comenta uno– y lo he notado un poco desmoralizado porque la idea de creación del banco no ha recibido el apoyo que esperaba, y no obstante que muchos ganaderos pudientes inscribieron un cierto número de acciones, cuando tuvieron que pagarlas, pusieron mil pretextos.

—Es que nuestra gente es incrédula –contesta Añez–, al menos cuando se trata de algo tan grande como crear un banco, peor si los que lo impulsan son benianos que lo hacen con cariño a su tierra. Pero si fuera un gringo el organizador, ya le hubieran dado la plata aun sabiendo que muchos se han mandado cambiar después de contarles el cuento del tío.

—Lo único que yo les digo es que, si el banco llega a ser una realidad, van a aparecer más de cien fundadores, y de *Picolé* Vieira, *Cuchillo* Álvarez, el doctor *Tacho* Rivero, *Ambi* Durán, *Monseñor* Anasagasti y *Chigua* Salvatierra, que hace rato que están taloneando en los trámites, ni se van a acordar.

Datos históricos

Ferrocarril La Paz - Beni

En el tratado de Petrópolis, firmado el 17 de noviembre de 1903 para finalizar la Guerra del Acre, se estipula que: Por no haber equivalencia en las áreas de los territorios permutados entre las dos naciones, los Estados del Brasil pagarán una indemnización de dos millones de libra esterlinas, que la República de Bolivia acepta con el propósito de aplicarla principalmente a la construcción de caminos de hierro u otras obras tendientes a mejorar las comunicaciones y desenvolver el comercio entre los dos países…

El Presidente Ismael Montes, en su mensaje al Congreso el 6 de agosto de 1905 refiriéndose al tratado de Petrópolis y al ferrocarril Madera - Mamoré dice:

"Mas, dicho ferrocarril solo llenaría en parte su importante objeto, si de nuestro lado no adelantáramos desde los principales centros del interior, las vías férreas y fluviales llamadas a ligarse con la línea Madera - Mamoré. Por eso, el plan ferrocarrilero estudiado por el gobierno comprende las líneas de La Paz a Puerto Pando y de Cochabamba al Chimoré".

El 27 de diciembre de 1905 se dicta:

El Poder Ejecutivo hará estudiar y mandará construir, mediante los contratos necesarios, previa convocatoria a propuestas, los siguientes ferrocarriles:

De Oruro a la margen izquierda del Río Desaguadero, frente a Ulloma, donde se empalmará a la línea Arica - La Paz.

De Oruro a Cochabamba, debiendo construirse esta línea a la brevedad posible independientemente de la anterior.

De Uyuni a Potosí.

De Potosí a Tupiza o de Tupiza a Potosí, según el lugar a donde llegue primero la línea.

Contratará y ejecutará igualmente, la construcción del ferrocarril de La Paz a Puerto Pando, empleando como garantía o en otra forma, la cantidad proveniente del aumento sobre el impuesto departamental de la coca de La Paz y quinientos mil bolivianos (Bs. 500.000) anuales de la renta nacional de alcoholes, fondos que se asignan a dicho ferrocarril hasta su conclusión.

En el contrato Speyer del 22 de mayo de 1906 se establece la obligatoriedad de la construcción del FF.CC. *La Paz - Puerto Pando para tratar de alcanzar las praderas y florestas.*

La construcción de este ferrocarril que tenía que atravesar las fronteras de Nor y Sud Yungas, se inició el 23 de abril de 1915 y se pudo llegar después de un arduo trabajo hasta Hichuloma (km. 54) o Estación Tejada Sorzano.

Se paralizaron trabajos y recién en 1947 se pudo continuar la construcción hasta Chuspipata (km. 66) donde se paralizó definitivamente el avance.

En 1969, durante la Presidencia del Gral. René Barrientos Ortuño, se levantaron las rieles y la huella dejada por la mano del hombre fue borrada por las condiciones naturales de la región.

De los antecedentes a la Ley de 8 de septiembre de 1969 presentada por el Senador Guillermo Tineo.

De fuentes varias.

No se puede hacer nada hasta que las aguas bajen de nivel. Al construir el camino a Loma Suárez (10 kilómetros), mejorar las calles de Trinidad y comenzar el camino a Puerto Almacén (parcial 4 kilómetros), mucha gente ha encontrado una fuente de trabajo en el transporte y se ha endeudado al comprar a plazos camiones y camionetas que necesitan un mayor campo de acción para pagar los compromisos económicos contraídos. Y el 5 de mayo de 1969 se produce la primera marcha de protesta por la mala conservación de las carreteras a La Loma y a Puerto Almacén.

"Un promedio de 90 movilidades –publica la prensa local– más las motocicletas que hacen el servicio de taxis, en correcta y pacífica manifestación contra el Servicio de Caminos, recorrió las principales arterias de la ciudad para rematar en las instalaciones del SENAC. Después de las explicaciones del ingeniero distrital sobre el relleno de las orugas que se estaba haciendo al tractor de la Prefectura por desgaste, y a fin de reparar los daños causados por el terraplén debido a las intensas lluvias, se resolvió trabajar en equipo, aprovechando la ayuda de los transportistas que con peones y movilidades acarrearon tierra seca para vencer los cortes del terraplén producidos por la inundación. También se consiguió la colaboración del Ejército que donó dos camionadas de cascote de su tejería y mano de obra para colaborar con esta jornada de unidad y compañerismo entre instituciones, para conseguir sacar al Beni del aislamiento en que se encuentra."

Mientras tanto en el norte del Beni, debido a la caza de los felinos de la selva, se produce un desequilibrio ecológico haciendo famoso a un insignificante ratoncillo llamado *calomis callosus* que, al ver desaparecer a sus enemigos tradicionales, prolifera sin control, y muy pronto, después de vivir siempre en la espesura del bosque, se arriesga a invadir las ciudades transmitiendo a su paso la terrible fiebre hemorrágica que en 1963 diezmara a la población de San Joaquín.

—Primero se presentó en La Caboya –explica el Alcalde de Magdalena a la comisión de gobierno que se ha hecho presente en esa región– un villorrio que tuvo que ser incendiado para matar el posible virus letal, pero la mala suerte fue que les encomendaron la tarea a unos soldaditos, quienes separaron una bolsa con chivé (harina de yuca) y la llevaron a su cuartel de Magdalena. ¡Fueron los tres primeros muertos!

—Con este tractor del Servicio de Caminos que hemos traído –explica el doctor Luis Valverde Chinel, director de Laboratorios de Salud del

Ministerio– tenemos la idea de construir un cordón de seguridad para aislar la población de Magdalena de los ratones silvestres y luego proceder a una limpieza general del pueblo para que los roedores no tengan dónde esconderse.

—Y algo más –explica en su castellano el médico norteamericano Karl Johnson, integrante del grupo médico del Instituto MARU de Panamá–, tenemos el propósito de fomentar la cría de ratones caseros porque son los únicos que pueden evitar la entrada de los *calomis callosus*. El envío de gatos que se hizo hace algunos años a San Joaquín sirvió solamente para exterminar a los ratones caseros.

—¿Usted estuvo antes en San Joaquín? –pregunta extrañado el alcalde.

—Sí –le contesta el médico–. Al volver a Panamá se me presentaron los síntomas de la fiebre hemorrágica, lo mismo que a mi señora, pero en el hospital de allá nos salvaron la vida.

—Pero –insiste el alcalde– si ya se salvaron en San Joaquín, ¿por qué se animan nuevamente a contagiarse?

—Precisamente porque ya estamos inmunizados es que nos hemos atrevido a regresar, esperando que esta vez podamos ayudar a aislar el virus y conseguir una vacuna. Mi señora se encargará de la caza de ratones en la selva, mientras nosotros estudiamos los casos en el laboratorio.

La charla se desarrolla en el aeropuerto de Magdalena, el 28 de mayo de 1969, mientras observan a los técnicos del avión Hércules norteamericano que desembarcan un tractor con el personal necesario para operarlo.

En Trinidad ya se conocía que por lo menos diez personas morían cada día atacadas por el terrible flagelo. Fue una decisión difícil elegir al operador y a su ayudante para que se traslade a Magdalena junto con el tractor D6-21. El ingeniero Ernesto Méndez, subdirector del Servicio de Caminos, después de explicar a todos los trabajadores la responsabilidad que se estaba asumiendo en favor de los hermanos de Magdalena, solicitó dos voluntarios para que ejecuten el peligroso trabajo con el tractor en la limpieza de calles, lotes baldíos y apertura de una avenida de circunvalación para facilitar la eliminación de ratones.

—Quiero que den un paso al frente –dice– los dos valientes que representarán a la institución caminera en este momento difícil.

Eduardo Vaca, operador, y su ayudante, Freddy Salvatierra, dieron el paso adelante. Un respiro de alivio se oyó entre los demás.

—¿Usted cree, ingeniero –pregunta uno de los presentes– que este tractor volverá algún día a Trinidad?

—Los que no van a volver son los operadores –se oye una voz agorera entre el grupo.

La tarea diaria en Magdalena es efectivamente peligrosa, en especial para el ayudante, quien junto a las mujeres y los niños se dedica garrote en mano a exterminar a los roedores al paso del tractor.

Las visitas periódicas de las autoridades departamentales dan un poco de ánimo a los sobrevivientes, pero nada es comparable a la veneración que se le tiene al tractor, considerado como la única tabla de salvación.

¡Apoyo la moción presentada por el doctor Inchauste de dar un plazo de 48 horas al gobierno para que solucione el problema económico del Comité de Obras Públicas! ¡Y en caso contrario, lanzarnos a una huelga con carácter departamental! –son las fogosas palabras del representante de los transportistas ante el Comité Cívico del Beni, en reunión celebrada el 10 de junio de 1969.

Después de escuchar la opinión unánime de todo el Consejo de Delegados, el presidente del comité, doctor Lorgio Zambrano, interviene:

—Como la decisión es unánime, se harán los radiogramas correspondientes al Presidente de la República haciéndole conocer la decisión, mientras tanto, que el Comité de Huelga tome contacto con los representantes cívicos de las provincias para que se preparen por si llegamos al recurso extremo.

En la otrora tranquila ciudad de Trinidad la actividad es enorme haciendo los preparativos para lanzarse a una aventura jamás efectuada en Bolivia, la unidad de todo un departamento en una huelga general por conseguir una migaja de progreso. De La Paz llegan emisarios para tratar de cambiar la actitud del Comité Cívico y desistir de tan descabellada idea. Nadie cambia, el Beni se lanza a la huelga. Se bloquea el aeropuerto y se retienen dos aviones DC-3 y un DC-6 de la empresa aérea nacional. El presidente Siles Salinas envía un emisario personal para negociar. Es el tercer día de paro y, no obstante las arduas discusiones, no se soluciona nada y los ánimos van caldeándose cada día más.

—Doctor Chacón –dice el presidente cívico en la reunión efectuada en los salones de la Prefectura– como no hemos podido llegar a ningún acuerdo con usted, el Comité Cívico ha decidido invitarlo muy cordialmente a permanecer en Trinidad mientras dure esta emergencia.

—¡Eso no es posible, es un abuso! ¡Me quejaré al Presidente de la República! –contesta airado el emisario.

—No se preocupe, doctor –le corta Zambrano–, le daremos todas las garantías personales, aunque hay opiniones por ahí de que a fin de hacernos escuchar en nuestras peticiones deberíamos trasladarlo a la zona A de Magdalena.

Al escuchar la palabra *Magdalena*, Chacón palidece.

—Como explicación –continúa el dirigente cívico– le diré que el Ministerio de Salud ha dividido a la ciudad de Magdalena en cuatro zonas con motivo de la terrible epidemia de fiebre hemorrágica que en este momento está diezmando a la población y precisamente la zona A es la que no tiene sobrevivientes.

—¡Esto es un abuso! –balbucea Chacón.

—Doctor Chacón –dice Zambrano–, todo lo que le he explicado es solo la petición de gente exaltada, y para contrarrestar estos arranques impulsivos estamos nosotros como dirigentes cívicos. Ya le expliqué que usted tendrá todas las garantías personales, pero nosotros continuaremos con nuestra lucha por sacar a este pueblo de la miseria, el atraso y el abandono en que se encuentra –y dirigiéndose a los demás asistentes dice–: ¡La reunión continúa en la oficina del Comité Cívico!

—La idea de sobrevolar la ciudad de La Paz para lanzar panfletos es peligrosa porque sabemos que el general Ovando está esperando una oportunidad como esta para tomar el poder con un golpe de Estado. Nada raro que mediante los aviones del Ejército obliguen a los pilotos a aterrizar en La Paz y apresen a los que estén en el avión.

—Tendremos que correr ese riesgo –dice Guachalla– y yo me ofrezco para volar hasta La Paz.

—Yo también –añade Inchausti– quiero ir como voluntario.

—Muy bien –concluye el doctor Zambrano–, mañana a las once de la mañana saldrá un DC-3, calculando estar a las doce y media sobrevolando El Prado en La Paz y así tendremos la seguridad de que nuestros volantes serán leídos por el pueblo paceño para que comprenda y apoye nuestra lucha.

Al día siguiente el plan de vuelo funcionó perfectamente y la nave regresó a su base. Llegó la noticia de que el Gabinete Ministerial estaba reunido desde el mediodía analizando la nueva propuesta del Comité Cívico del Beni, consistente en el aumento progresivo del presupuesto para el Comité de Obras Públicas durante tres años hasta llegar a la cifra de $us 800.000 con cargo al "factor agotamiento" del petróleo boliviano.

Mientras tanto, el Comité sigue en reunión permanente y la huelga continúa. En una casa particular se encuentran reunidos los principales directivos y el grupo llamado Cuerpo de Choque.

—A las seis de la mañana, el avión "verdulero" los llevará hasta Cochabamba. Al llegar les entregarán pasajes para volar en el avión *Electra* desde Cochabamba a Santa Cruz. Según el itinerario, ese vuelo sale a las diez de la mañana y su misión consiste en obligar a los pilotos a desviar la ruta hasta Trinidad. Con esta acción seguro que conseguimos que se firme el decreto. La clave es "operación mosquito". ¿Alguna pregunta?

—Todo está bastante claro, pero ¿ya tienen comprados los pasajes?

—Sí, esta tarde nos confirmaron por radio que ese encargo ha sido cumplido.

Hubiera sido el primer secuestro aéreo de la historia contemporánea, pero no pudo realizarse porque esa noche se firmó el decreto destinando los fondos para que pueda funcionar el Comité de Obras Públicas del Beni.



—…Y se entrega esta obra –dice el prefecto en su discurso de inauguración del camino a Puerto Almacén el 7 de agosto de 1969, en el kilómetro cero– que será el pulmón por donde podrá respirar económicamente la capital beniana. Además, será la calle que nos unirá al eje troncal de vertebración del departamento, o sea al río Mamoré… Es ilógico pensar que hasta hoy resultaba más caro transportar un producto por estos ocho infernales kilómetros de pampa y *curiche* que navegar los quinientos hasta el Chapare… el agradecimiento, a nombre del gobierno que represento, para estos hombres que bajo el sol abrasador han sabido cumplir con su trabajo…

Más discursos, refrigerios, comida, entusiasmo, felicitaciones y a seguir trabajando hasta la próxima inauguración.

—¡Hola, Alfredo! ¡Hola, Mario! ¿De dónde vienen tan acalorados?

—Venimos de la inauguración del camino al puerto –contesta Alfredo, mientras con su pañuelo se limpia el sudor de la frente–. Era un solazo tan fuerte que me hizo doler la cabeza o tal vez serían los discursos tan largos, sin consideración al público sufrido.

—¿Pero el camino ya está terminado? –pregunta el amigo.

—No, porque lo que se ha inaugurado es solo una primera fase. Como dijo el ingeniero de caminos, van a seguir elevando el terraplén hasta llegar a una altura que no se inunde.

—Estos del Servicio de Caminos se han agarrado todas las fiestas patrias y quieren inaugurar caminos para el 6 de Agosto y para el 18 de Noviembre aunque no estén terminados ni tengan puentes. La cuestión es llenar el programa de festejos.

—En eso tenés razón –dice Alfredo– porque he visto que han construido unos puentecitos de palma que se van a romper apenas pase el primer camión cargado, pero de todos modos lo que se está haciendo es mejor que lo que había antes cuando a Puerto Almacén solo se podía ir en tiempo de inundación o en tiempo bien seco, y después el camino era un solo barrial que ni el tractor del *Chueco* Melgar podía pasar.

—Lo que he visto –interviene Mario– es que todo el ganado de los alrededores del pueblo va a dormir al terraplén nuevo y cuando uno va en carro, de noche, no se puede pasar por el camino porque esas vacas flojas no escuchan la bocina.

—La solución es que los camiones *caimán* del ejército vayan una noche por ese camino atropellando lo que se les ponga adelante y vas a ver cómo al día siguiente el dueño las encierra en su corral.

—Y hablando de vacas –dice Mario dirigiéndose en particular a Alfredo– ¿qué tal te fue con las que te entregó el Banco Central?

—La verdad es que hice un mal negocio porque, de las doscientas cincuenta vaquillas que recogí, hasta la fecha se me han muerto treinta… me las entregaron muy flacas, pero como ya estaban firmados los papeles tuve que recibirlas nomás.

Y la fiebre caminera continúa porque el progreso de la región así lo exige y porque cada vecino quiere que se construya primero el camino que de una u otra manera beneficie a sus intereses. Ninguno puede esperar.

Con un tractor se reconstruye el último kilómetro del camino a Loma Suárez (Norte), con el otro se levantan terraplenes desde el río Ibare hasta el Mamoré (Oeste), se regresa para iniciar el camino a Laguna Suárez (Sur) y se comienza el camino directo a Casarabe (Este), se *cunetea* el ramal a Puerto Ballivián, se empieza la Avenida de Circunvalación y por último, por estar con las máquinas de un lado a otro, al cruzar el río Ibare se hunde la motoniveladora. Limpieza total, cambio de aceites y pérdida del precioso tiempo seco.

El jefe de la brigada topográfica hace su informe anual de los estudios camineros efectuados: del río Ibare al Mamoré, cinco kilómetros; Ramal a Puerto Ballivián, dos kilómetros; estudio Magdalena - San Ramón, 92 kilómetros; estudio Trinidad - Sachojere, 23 kilómetros; estudio Sachojere - Casarabe, 32 kilómetros.

—Yo creo, ingeniero –dice Miguel– que a los muchachos de la brigada, con las horas y días acumulados que tienen, más su vacación, no los vamos a ver hasta marzo o abril del próximo año.

—Bueno, si ya cumplieron su trabajo, que se pierdan de vista –dice el Jefe de Distrito mientras lee el informe–. Además, como ya tenemos los planos de los primeros 17 kilómetros en la ruta directa a Casarabe, podemos organizar otra mesa redonda con el Comité Cívico para decidir por cuál ruta se hace el camino a Casarabe. ¡Y que el pueblo decida!



Por decisión del Consejo de Delegados, con 56 votos contra 10, se construirá la carretera a Casarabe pasando por Sachojere, firmado a los 25 días del mes de enero de 1970 años –informa el secretario de Actas del Comité Cívico del Beni.

—Y con las dos mototraíllas autocargantes de once yardas cúbicas de capacidad que nos están llegando podemos afirmar –dice el informe del ingeniero de caminos en la reunión del Comité Cívico– que el camino a Sachojere se terminará a fines de 1970 y hasta Casarabe se llegará con una primera fase en 1971.

Al retornar a su oficina le sale al encuentro el radio operador Arturo Padilla.

—Ingeniero, ha llegado este radiograma: "Mientras cumplía funciones de gobierno ha fallecido en Washington el subdirector del Servicio Nacional de Caminos, ingeniero Ernesto Méndez Guevara".

—Es lamentable –comenta el ingeniero distrital– ya que antes que un jefe era un amigo. Quiso mucho al Beni y por eso nos ayudó en todo lo que estuvo a su alcance, como con la ley que se promulgó donde se da prioridad al camino Covendo - San Ignacio de Moxos - Trinidad con ramal Oromomo - Puerto Patiño para vincular el Beni con La Paz y Cochabamba… Hay que enviar condolencias a sus familiares –y subiendo nuevamente en la camioneta que hace unos días le ha llegado continúa–. Si alguien me llama, indique que volveré a las cinco de la tarde porque tengo que ir a ver el trabajo hacia Puerto Almacén.

Al llegar a la punta del camino se encuentra con su fiscal permanente, Alfredo Añez, quien se deleita mirando el trabajo del tractor.

—No me canso de admirar la fuerza de esta máquina –le dice Alfredo después de saludarlo–. Si tuviéramos unos diez de estos tractores podríamos transformar al Beni.

—Ya van a seguir llegando máquinas como esta y más grandes, don Alfredo –contesta el ingeniero–. Además, apenas los caminos se vayan construyendo llegarán empresas con maquinaria agrícola pa' sembrar en forma mecanizada y después de la cosecha aprovechar pa' sembrar pasto y formar potreros de engorde pa' la ganadería.

—Eso sería lo ideal, pero no hay créditos como pa' hacer una empresa así y pasarán muchos años antes de que algún gringo traiga maquinaria pa' trabajar en esa forma.

—No sea pesimista, don Alfredo, ya verá cómo va a comenzar el progreso de esta zona en poco tiempo.

—Si fuera así yo me animaría a alquilar equipo, no a comprar porque no le entiendo a las máquinas y es pa' que los mecánicos me cuenten el cuento del tío.

—Oiga, don Alfredo –pregunta el ingeniero–, y usted ya no vive mucho tiempo en su estancia, ¿no?

—La verdad es que con las avionetas, aunque cobran caro, hemos ahorrado tiempo pa' vigilar la estancia porque antes perdíamos cinco días de ida y cinco días de vuelta pa' cargar en el carretón la mitad de lo que lleva la avioneta, y no tenemos que preocuparnos de cuidar los bueyes en el pueblo.

—No le dé tanta vuelta y diga nomás que usted se ha convertido en un ganadero de cafetín.

—Esa es la verdad. Y usted, ingeniero, ¿no tiene intenciones de dedicarse a la ganadería? –pregunta Alfredo.

—No sé todavía, aunque la verdad es que no me entusiasma ser ganadero porque pienso seguir trabajando en mi profesión, construyendo los caminos que el Beni necesita, y si uno no vigila su ganado, el único que sale ganando es el capataz o tal vez los abigeatistas.

—Por eso fue que alguien dijo que "el ojo del amo engorda el caballo", pero podría comprar ganado y entregarlo al partido o en alquiler.

—Perdone que sea tan pesimista, don Alfredo, pero he charlado con mucha gente que entregó ganado al partido y lo único que sacó fue un bonito pleito al concluir el período del partidazgo.

—En todas partes hay pillos –insiste Alfredo–. Pero cuando uno entrega su ganado tiene que ver primero si el partidario es responsable y si tiene un buen lugar porque la mayoría de las veces los pleitos ocurren debido a que los terrenos son muy inundadizos y no tienen alturas para salvar el ganado o, por el contrario, son muy secos y las plagas están en forma permanente.

—Oiga don Alfredo, cuénteme cómo son sus campos –pregunta el ingeniero, interesado en la conversación, mientras las máquinas atropellan

el bosque llevándose los árboles por delante y transformando el paisaje natural.

—Yo tengo alturas donde hay que arrear diariamente al ganado en busca de agua, en los años que son muy secos, y tengo otra estancia que se inunda cada año y de donde hay que sacar el ganado para evitar sorpresas.

—Pero ¿cuál es mejor para criar ganado?

—La zona alta es interesante si en el momento oportuno se atajan los arroyos para conservar la humedad del pasto y si se vacuna periódicamente. En cambio, en la zona baja se tiene mejor pasto y el ganado engorda más rápido, solo hay que estar atento al momento de la inundación y tener dónde trasladar a los animales.

—Perdone que le haga una pregunta un poco privada –dice el ingeniero–, ¿a usted le gusta criar ganado y vivir en una estancia?

—Esa es una pregunta muy interesante y hasta podrían ser dos –empieza Alfredo, mientras busca la respuesta adecuada– porque una cosa es criar ganado y otra es vivir en el campo –piensa un poco y continúa–. Cuando yo me fui a vivir al campo no tenía otra alternativa porque en esa época nuestros padres no pensaban en enviar a sus hijos a estudiar y la única fuente de trabajo era la ganadería. Pero después que ya tuve un buen rebaño me vine a vivir a Trinidad porque la verdad es que cansa estar todo el día matando mosquitos. Y aunque a este pueblo le falta mucho todavía para ser ciudad, por lo menos tenemos un servicio higiénico sin que los chulupis le hagan a uno cosquillas en las nalgas. La iluminación nocturna deja todavía mucho que desear porque hay ratos que no se ven los focos aunque tengan corriente eléctrica, pero eso es mejor que los lampiones a kerosén o los mecheros de la estancia.

—¿Y no ha pensado vender toda su ganadería y poner una industria o algún otro negocio? –pregunta el ingeniero.

—Pero ¿qué negocio se puede emprender con una población que no llega a veinte mil habitantes, más exactamente dieciocho mil quinientos según la encuesta del Comité de Obras Públicas? Peor todavía sin caminos para llegar a otros mercados… no tenemos otra industria más que la ganadería, que puede soportar un transporte aéreo por más caro que sea frente al transporte terrestre.

—Bueno, en realidad, yo como usted creo que lo que falta para que el Beni progrese son caminos… alguien tiene que dedicarse a dirigir la construcción de los mismos, por eso yo me he impuesto la meta de vincular el Beni, aunque por trabajar para el Estado no tenga tiempo de ganar dinero.

—Bonita frase –contesta Añez con una sonrisa–, pero nadie le quita la satisfacción de haber contribuido en algo al progreso de esta tierra.

—Lo malo es que todos los que dirigen las instituciones del Estado terminan siempre echados del trabajo y tildados de ladrones –concluye el ingeniero.

En julio de 1970, después de muchas reuniones en el Directorio del Comité de Obras Públicas, se resolvió llamar a una mesa redonda a nivel departamental con el tema "Vinculación caminera del Beni".

En su exposición el ingeniero Hans Schlink, Gerente técnico del Comité, explicaba:

—El carácter monoproductor del país ha gravitado fuertemente en la concepción de la política vial de la República de Bolivia, haciendo que los caminos se proyecten y se ejecuten en las áreas occidentales de la nación, dejando sin medios de comunicación y transporte a casi el 50% del territorio nacional… todo ha quedado en promesas y proyectos. Han sido innumerables las gestiones ante las autoridades responsables para resolver el problema, que para los benianos viene a ser el problema número uno… Estas razones han motivado a que, en el seno del Comité de Obras Públicas del Beni, se estudie la forma de resolver esta situación. En base a la ley de 24 de enero de 1969 esta mesa redonda debe apoyar la prioridad del camino Trinidad - San Ignacio - Oromomo - Puerto Patiño para unirnos con Cochabamba y del ramal a Covendo para llegar a La Paz.

Y después de una amplia justificación económica concluye:

—Y propongo buscar los canales crediticios para que el Comité de Obras Públicas adquiera equipo caminero por valor de un millón y medio de dólares americanos con la garantía de sus recursos permanentes. Los fondos de operación de este equipo estarán a cargo del Servicio de Caminos.

La aprobación fue unánime y los trámites ante el gobierno permitieron, después de muchos decretos, resoluciones, huelgas y peleas, la compra del equipo que recién pudo llegar al Beni a fines de 1973.

Mientras tanto, la construcción de terraplenes continúa, esta vez hacia Sachojere, población agrícola ubicada a 23 km al sur de Trinidad.

—¿Cuál es su plan de trabajos para comenzar el camino a Sachojere, ingeniero? –pregunta el prefecto.

—Como ya tenemos un acceso transitable hasta el kilómetro 4, o sea hasta la Laguna Suárez. De ahí llevamos el combustible por agua hasta el kilómetro 7, luego con camioneta *power wagon* doble tracción hasta el kilómetro 10, que es donde se ha iniciado la construcción, considerando que el campamento está en el kilómetro 14. Cuando seque la parte de la

cola de la laguna recién podremos trabajar con las dos mototraíllas, que por ahora están colaborando en el relleno de calles.

Barro, sol, tierra, inspecciones.

—Tenemos el plan de iniciar el camino de Trinidad a Cochabamba y La Paz, aunque sea con nuestro propio equipo –dice el ingeniero Alfonso Balderrama, Director Nacional del Servicio de Caminos en una de sus visitas al Beni–. Vamos a hacer lo posible para que durante esta época de lluvias que viene se trasladen cuatro tractores D7 que ya cumplieron su trabajo en otro proyecto y uno o dos tractores D6 del equipo nuevo que nos está llegando como reposición.

El 15 de mayo de 1971, en una hermosa y soleada mañana a orillas del majestuoso río Mamoré y ante una selecta concurrencia, el ministro de Transportes hace sonar el silbato inicial para la carrera contra el tiempo, la selva, la pampa, el río y los problemas económicos, vinculando después de casi 130 años a la capital del Beni y al río Mamoré, columna vertebral de la región, con la red nacional de carreteras.

—Gracias al esfuerzo de la brigada topográfica, que no ha vacilado ante la lluvia ni la inundación para preparar tanto el trabajo de campo como los planos de este camino, es que hoy podemos ver cumplido el anhelo del Beni de salir hacia el exterior con su vinculación caminera. Rendimos nuestro agradecimiento al director del Servicio de Caminos por el apoyo que hemos recibido, a las autoridades nacionales y sobre todo al Comité de Obras Públicas del Beni que ha ofrecido hipotecar sus recursos por varios años a fin de trabajar junto a nosotros para materializar este proyecto.

Después de las emotivas palabras del ingeniero distrital siguieron otros discursos, más promesas, felicitaciones, compromisos y el deseo de que pronto cambie el panorama natural de la selva.

Quince días después el gobierno dicta el Decreto Supremo autorizando al Comité de Obras Públicas conseguir equipo caminero por valor de un millón quinientos mil dólares americanos. ¡Lo demás fue trámite y papeleo! Mientras tanto el avance del camino es lento porque los terraplenes son muy altos y el equipo escaso. Sin embargo, se va rotulando la selva y rellenando *curiches* con la fe inquebrantable de llegar a destino.

—Para evitar abusos con las movilidades –ordena por radio a todos los distritos el Director del Servicio de Caminos– deben enviarlas al campo, dejando solo lo mínimo indispensable en las ciudades.

La orden se debe a que ha estallado una revolución en el país dirigida por el coronel Hugo Banzer. En Trinidad queda solamente una camioneta para uso de la oficina durante el día y del Ejército durante la noche. Una

semana transcurre y un día en que se hace una inspección a Casarabe, la camioneta se enfanga y retorna a las once de la noche. Los soldaditos se quedan sin rancho y el ingeniero distrital es detenido, junto a los dirigentes del Comité Cívico, en calidad de preso político durante ocho días. La inquietud de estos dirigentes por ver progresar el territorio beniano es mal interpretada y provoca envidias y enemistades. Nuevamente se retrocede en la marcha por vencer el atraso; los odios personales superan el sentimiento por hacer algo por la patria. Pero poco a poco se va normalizando la situación, se dan garantías a los profesionales y empieza una época de bonanza para impulsar el trabajo. Se inicia una lucha contra el tiempo por empalmar los dos frentes de trabajo y ver unidos por carretera a los pueblos del Beni y La Paz.

Noticias de la prensa nacional

La Razón, *Trinidad, 5 de junio de 1972*

Entrevista de la semana: "Operación Complejos Frigoríficos - BECASA"

Durante el transcurso de este año se iniciaron las gestiones para la construcción de los complejos frigoríficos a cargo de la Federación de Ganaderos del Beni y su ente comercializador: BECASA.

Esta institución ha sido creada como una necesidad de contar con una entidad que se haga cargo de la comercialización de la carne beniana. Al iniciar sus operaciones contaba con un capital de arranque de $b 800.000.- y en la última junta de accionistas se elevó a $b 12.000.000.- (un millón de dólares) que será pagado con aportes en ganado para derribe por todos los socios de la Federación en un número de 5 cabezas por socio en el plazo de un año. Actualmente está comercializando un volumen de 300.000.- dólares por mes vendiendo carne para el consumo nacional y para la exportación a las Repúblicas de Chile y Perú con más de 3.000 novillos mensuales. Es necesario aclarar que primero se abastece el consumo interno con 12.000.000.- de kilos al año.

BECASA ha obtenido un crédito de 2 millones de dólares para la instalación de un complejo frigorífico en Trinidad de la firma SIPCE-TEAMEX avalado por el Banco de la Nación Argentina de Santa Cruz. La construcción se iniciará el 1º de septiembre de 1972 de acuerdo a los estudios de prefactibilidad y de factibilidad.

Debe estar instalado, listo para el trabajo y llave en mano en el lapso de 18 meses.

Este complejo tendrá una capacidad de matanza de 100 novillos diarios. Se tendrá carne higiénicamente procesada que permita exportar a los mercados internacionales, basándose en los requerimientos más modernos de la industria frigorífica. Tendrá como complemento la producción de harina de hueso, sebo industrial, grasa comestible y algunos embutidos.

Se instalarán además 3 frigoríficos pequeños en Reyes, Santa Ana y Magdalena con un costo de 300.000.- dólares cada uno y con capacidad de matanza de 50

novillos diarios. El primero se instalará en 7 meses y los demás durante el año 1973. Para el financiamiento de estos frigoríficos se tiene el aval del Banco do Brasil.

El presidente de BECASA, *Sr. Edwin Bruckner, recalca la gran importancia que tienen estas instalaciones para nuestro departamento, pues eso permitirá, en un futuro cercano, la industrialización de la ganadería beniana.*

Pablito y Armando, su abogado, salen de las oficinas de Derechos Reales después de haber inscrito las falsas propiedades ganaderas, cuyos títulos fueron hábilmente preparados desde la solicitud al Ministerio de Agricultura hasta la adjudicación correspondiente.

Ya se ha hecho el pago de impuestos al Catastro Rústico y a la Renta. Tienen inventarios debidamente legalizados donde se certifica que Pablito Añez es propietario de dos estancias ganaderas con mejoras de casas y corrales, más caballos, carretones y bueyes para la atención de dos mil cabezas de ganado.

—Solo falta conseguir la firma de tres garantes solventes –dice el abogado– y podemos hacer el trámite del crédito en el banco.

—Mi tío Alcides seguro que me garantiza –contesta Pablito, entusiasmado con la idea de tener cien mil dólares en el bolsillo–. También podemos solicitarle al doctor Mendoza, quien le debe favores a mi padre, y por último le pido a papá que me ayude también con su firma.

—Bueno, hasta aquí cumplí mi parte –indica el abogado– las garantías son problema tuyo.

—Nos veremos el martes, entonces –contesta Pablito despidiéndose–. Necesito este fin de semana para convencer a mis futuros garantes, especialmente a mi padre, que no cree que se puede ganar más plata engordando novillos que criando los terneros desde antes de que nazcan.

—Tenés que hacerle ver que, teniendo un buen capital, en cada viaje que se haga al Brasil llevando ganado se gana mucho más –añade el abogado alejándose–. Nos vemos el martes, chau.

—Chau –contesta Pablito mientras se dirige hacia su casa.

Al llegar ya sus padres están sentados a la mesa, saluda y le da un beso en la mejilla a su madre. La sonrisa siempre a flor de labios hace que todo el mundo lo considere un muchacho simpático. No le faltan amigos. En las reuniones irradia y contagia felicidad y eso lo vuelve el animador de las fiestas.

Termina el almuerzo y se retira a descansar a su cuarto. Decide esperar hasta la noche para conversar con su padre.

A las cinco de la tarde, en el Café Beni, se encuentra con algunos amigos que están como siempre solucionando múltiples problemas, especialmente el que se refiere a la comercialización de la carne. Saluda y se sienta a escuchar la exposición de Antonio.

—Y recibió su indemnización dos meses antes de la devaluación monetaria, pero como él ya tenía información de lo que iba a suceder comenzó a comprar vaquillas de dos años a cuatrocientos pesos y, si los

vendedores estaban apurados, a trescientos cincuenta pesos, hasta invertir todo su dinero, y ahora cada una de esas vaquillas cuesta dos mil pesos. ¡Fue un golpe de suerte!

—Eso es cierto –dice Lucho– pero yo creo que esta bonanza de la ganadería no durará mucho y ahora se viene una época difícil.

—Pero ¿por qué? –se anima a preguntar Pablito.

—El problema ha comenzado –responde el aludido– con la subida vertiginosa del precio del petróleo, ya que los países europeos han tenido que equilibrar su balanza de pagos limitando las divisas que usaban en la compra de carne argentina o uruguaya, obligando a la gente a consumir carne de aves, de pescado o mariscos. De la misma forma, los principales países productores de carne tendrán que invadir los mercados ya disminuidos del Perú y de Chile, por lo que la exportación de carne beniana se paralizará, limitándose solamente al consumo nacional.

—Pero si eso sucede –interviene Pablito– queda siempre el Brasil, o sea, el Acre.

—Sí, pero será por poco tiempo –continúa Lucho– porque también los ganaderos de Matogrosso llevarán ganado de mejor calidad hasta esa zona y en mejores condiciones de transporte que nosotros.

—O sea que ahora recién se hará ganadería de verdad –interviene Hans– porque se tendrá que criar ganado de raza en establos, con alimento balanceado, destetando al ternero a los tres meses y luego se construirán modernos frigoríficos para industrializar totalmente la res.

—Eso sería lo ideal –interviene Carlos, que había estado escuchando en silencio– pero hay varios problemas que resolver antes: la energía eléctrica barata, los caminos pavimentados y el capital necesario para instalar todas esas industrias.

—Créditos se consiguen –vuelve a hablar Hans– cuando el país goza de tranquilidad política y libertades ciudadanas, pero…

Y café tras café se van solucionando los problemas del país.

Por la noche Pablito, después de cenar, conversa con su padre y le explica sus planes de conseguir un crédito del banco.

—El crédito lo dan a un año plazo y al dieciséis por ciento de interés, más los gastos de papeleo. O sea que si compro novillos de dos años a mil ochocientos pesos por cabeza, los engordo durante un año y los llevo al gancho puedo conseguir tranquilamente tres mil a tres mil quinientos pesos, lo que significa más del sesenta por ciento de ganancia. No creo que los gastos de engorde sean muy altos.

—No me convence mucho tu idea –dice pensativo Alfredo Añez– y más aún con eso de que han falsificado títulos de propiedad y los han inscrito en Derechos Reales.

—De eso no hay problema –contesta Pablito– porque me han dicho que la investigación que hacen no es muy estricta y confían en los documentos que se les presentan.

—Eso de que no revisen tus papeles puede ser cierto –le corta Alfredo– pero yo creo que ellos se basan más en la solvencia de los garantes.

—Así es, papá, pero no te preocupés mucho porque, como ya te expliqué, con ese dinero se puede salir adelante en poco tiempo. En cambio, si sigo como hasta ahora, comprando y vendiendo novillos en pequeñas partidas, nunca voy a levantar cabeza.

—Está bien, hijo –contesta resignado el padre–. Te voy a garantizar, podés traer los papeles.



La ciudad del Illimani amaneció con un fondo blanco y un aire frío penetrante porque el día anterior estuvo nevando en los principales cerros que la contemplan. Pablito Añez, al salir del Hotel Sucre, no aprecia la blancura del paisaje porque después de estar casi dos semanas haciendo sus trámites bancarios y sufrir las molestias del *sorojche* o mal de altura lo único que desea es regresar pronto a sus pampas. Necesita respirar a pulmón lleno y anhela su libertad, oprimida por la visión pétrea de los nevados andinos.

A las once de la mañana firma el último documento y le entregan su flamante chequera con cien mil dólares depositados en su cuenta. Afuera lo esperan varios amigos que quieren invitarlo a compartir un rato de esparcimiento.

—Nos iremos a un local bien soleado donde podamos tomar unas cervecitas y comer un buen plato mientras jugamos un Sapo y unas Generalas –dice uno de ellos.

—Yo he invitado a unas amigas para que nos acompañen –añade otro.

—Está bien –contesta Pablito–. La verdad es que necesito soltar un poco la tensión de los nervios acumulada después de tanto renegar por el frío, la altura, el desnivel de las calles y todo esto, tan diferente en mi tierra.

Al influjo del alcohol todos se alegran, mientras los dados van girando sobre el tapete.

—¡Ocho al tonto!

—¡Falta Generala para ganar!

—¡Generala de ases!

—¡Salud! ¡Ese tiro valió plata!

—Propongo que dejemos el juego y nos vayamos a bailar.

—Buena idea. ¡Vamos!

Estuvieron jugando toda la noche y, cuando quisieron arreglar la cuenta por el consumo, se enteraron de que Pablito había pagado todo.

Música suave, bebidas más fuertes, ambiente especial, donde las horas de la noche pasan sin sentirse. Las chicas también toman bebidas alcohólicas.

—Propongo que rematemos en mi casa –dice Álex, hijo único de una familia adinerada–, allá tengo bebida suficiente.

—¡Vamos! ¡Distribúyanse en los autos para hacer una carrera y el que llegue último pagará dos botellas de whisky!

Salen del local haciendo notar su presencia y, apenas suben a los carros, estos parten como bólidos por las silenciosas calles paceñas. Son las tres de la mañana, nadie detiene a los veloces coches que se dirigen hacia Sopocachi Alto haciendo rugir los motores.

Nuevamente el ambiente acondicionado.

—Oye, Álex –dice Pablito ya bastante mareado–, no me siento bien y quisiera retirarme.

—No seas tonto –contesta el dueño de casa–, yo te voy a curar. ¡Ven conmigo al baño!

Pablito lo sigue dócilmente.

—Ponte este polvo blanco en cada una de las fosas nasales e inhala profundamente, ya verás que en un momento se te pasa la borrachera. Además, te fumarás este cigarrillo especial y así te sentirás mejor y muy contento.

Después de eso las cosas cambiaron y Pablito se sintió volar por los aires junto a sus amigos, en una orgía total que duró cinco días.

—Para variar un poco –dice Jimmy hastiado de comer, beber, hacer el amor y volar en alas de la imaginación narcotizada– propongo que vayamos a la casa de doña Chepa a jugar a los dados. Siempre van pavos forrados de plata, que con un poco de habilidad y un par de dados cargados pueden ser desplumados fácilmente.

Ambiente cerrado, densa humareda, rostros que se desfiguran al ver que los puntitos negros de los cubitos de hueso hacen cambiar de dueño los arrugados billetes de banco, ilusión de convertirse en millonario en un golpe de suerte, tensión de nervios, ansias de ganar.

—¡Diez mil la blanca! –grita el coimero y, al escuchar que uno de los jugadores golpea la mesa, continúa–. ¡Largue!

—¡Mil al tiro! –se oye una voz.

—¡Pago! –le contestan.

—¡Iguale ese nueve! –animan los apostadores, mientras el jugador se esfuerza por igualar el nueve. Al sacar siete se siente que sale la tensión reprimida mientras estuvieron en juego las apuestas.

—Yo te cambio tu cheque –dice Álex cuando Pablito, entusiasmado, toma los dados.

Las horas transcurren, la fiebre del juego aumenta y, cuando el torbellino de emociones concluye, Pablito Añez se da cuenta que de su crédito quedan menos de cincuenta mil dólares. Retorna a Trinidad y comienzan las lamentaciones y el arrepentimiento tardío. El insomnio se apodera de él mientras piensa cómo recuperar el dinero perdido.

—Si te animás –le dice Sergio Vaca– podrías entrar en sociedad conmigo porque he conseguido un bonito contrato pa' hacer un camino en la zona de Guarayos y terraplenes a varias estancias, así como aguadas y otros trabajos secundarios. Ya tengo dos tractores, verás que vamos a ganar plata violentamente.

—No sé, hombre –contesta Pablito pensativo–. No me animo porque ese es un trabajo que no lo entiendo… ni tendría ningún control de mi capital. Dejame pensarlo un poco y mañana te aviso lo que decida.

—Si tu idea es comprar torillos –continúa el amigo– y si, como me has dicho, no tenés más que la mitad del dinero, en ese negocio es imposible ganar como pa' pagar al banco… la otra posibilidad que te queda es irte al norte de Santa Cruz y dedicarte a fabricar cocaína.

—No sé, estoy tan preocupado que he pensado en esa alternativa, pero… ya veremos –y se aleja, cabizbajo, sin disimular su desesperación.



En la plaza principal de Trinidad, sentados en un banco frente a la Catedral, cada noche se reúnen los amigos de Alfredo Añez a comentar los chismes que circulan por el pueblo: la fecha del próximo golpe de Estado, que la fulana está en amoríos con el zutano, que el equipo de fútbol nacional no sirve porque son unos borrachos, etcétera.

—¿Y qué es de Alfredo? –pregunta Rubén al darse cuenta de la ausencia de Alfredo Añez.

—Seguro que su mujer no le dio permiso pa' salir –le contesta Néstor.

—Mejor no hablen porque allá viene –interviene Alcides.

—Buenas noches –saluda Alfredo al grupo.

—Buenas –le contestan.

—¿Qué novedades hay por el mundo? –pregunta más como rutina que por saber las noticias.

—La novedad –dice Alcides– es que ayer se firmó en BECASA el contrato con la Fábrica de Compresores del Brasil para la instalación de los frigoríficos en Trinidad, Santa Ana y Magdalena, y hasta ahora siguen festejando el acontecimiento.

—Pero es que realmente es un acontecimiento porque así podremos ganar un poco más por nuestras vaquitas y además tendremos mercado seguro en el exterior.

—Con el convenio firmado en diciembre para la exportación de carne a Arica se completa el panorama –continúa Alcides.

—Yo creo que con BECASA la comercialización de la carne beniana será un éxito –vuelve a intervenir Alfredo–. Yo no sé cómo no se les ocurrió antes organizar una institución así.

—Hubo varios intentos de organizar una empresa así, pero fracasaron –dice Alcides–. Yo estuve en una de esas sociedades que fracasó porque nos confiamos en un "gaucho" que era el que vendía la carne en La Paz y cuando nos dimos cuenta nos había contado el cuento del tío.

—Y la organización de SEMEGABE, ¿en qué quedó? –pregunta Rubén cambiando de tema.

—Según la Federación, el estudio técnico está muy avanzado y dicen que el Servicio Médico Ganadero es casi una realidad –contesta Alcides, que es el que mejor conoce las actividades de la Federación de Ganaderos.

—Preguntaba –continúa Rubén– porque ya es tiempo de que los ganaderos se preocupen de sus mozos y no los dejen a la mano de Dios.

—Todos estamos optimistas en ese aspecto porque según el estudio habrá dos avionetas y una ambulancia para llegar a cualquier estancia del Beni con la atención de urgencia; tendrán equipos de radio en las estancias y, como los caminos ya se están construyendo, se está haciendo la importación de jeeps para atender las estancias más cercanas.

—Yo ya tengo preparado mi jeep –dice Alfredo– porque cada día que pasa el precio de los vuelos en avioneta sube que da contento y muy pronto los que tengan estancias alejadas tendrán que visitarlas una vez al año y confiar en sus mayordomos.

—Solo el ojo del amo engorda al caballo –sentencia Néstor que había estado escuchando atento–. Por suerte yo tengo mi estancia cerca y me voy a caballo.

—Pues como ganadero casi pueblero –le corta Rubén– deberías vender carne a la Alcaldía pa' que no falte en el mercado porque es el colmo que estemos llevando carne a La Paz, a las minas y hasta exportando a Chile, y en la casa del ganadero estemos comiendo pollo. Lo que el alcalde debe hacer es lanzar una ordenanza municipal reteniendo un porcentaje de la carne pa' que quede en cada pueblo del Beni.

—No vayas a creer que es una ganga tener estancia cerca del pueblo –contesta Néstor–. Aquí cerca salen los tigres de cabeza negra, o sea los abigeatistas puebleros, que cada día se comen un ternero o un novillo, y ha habido casos en que han exterminado estancias, como esa vez en que el intendente municipal era el jefe de la banda de abigeatistas que acabó con la lechería de don Horacio.

—Hablando de abigeatistas –dice Alfredo– no sé si ya se enteraron de que al famoso Carmelo Montaño lo mataron ayer en Santa Ana. Me lo contó Toñito y de paso pude averiguar parte de su interesante vida.



En las vecindades de Camiare y con sus estancias ganaderas como Chagüisá, Sapuná, Villa Eligia, Triunfo y Lontananza vive don Julio Montaño, donde apacienta más de 5.000 cabezas de ganado manso y de buena calidad. Ha enviado a su hijo Carmelo a estudiar en la Facultad de Derecho de Santa Cruz de la Sierra.

—Buenos días a todos –saluda el jinete, mientras amarra su caballo al horcón de la casa.

—Hola, Genaro –contesta don Julio–, ¿qué vientos te traen por acá?

—Estoy de paso a mi estancia –empieza don Genaro Cholima– y como ayer estuve con tu hijo en Santa Ana vengo a contarte las novedades.

—¿Y qué hace mi hijo en Santa Ana? –pregunta asombrado Montaño.

—Está dedicado a la política, ha dejado sus estudios y ha conseguido que lo elijan diputado suplente por la Provincia Yacuma.

—Si será flojo pa'l estudio –comenta don Julio– tanto esfuerzo que hice por mandarlo a la universidad y me sale con que quiere ser político. Pa' estar después huyendo tras que caiga su partido.

—Pero buena labia tiene el muchacho –prosigue Cholima– porque anteanoche asistí a una asamblea ¡y se mandó un discurso de primera! Convence a cualquiera… ¡Ah!, y a propósito, me debés ocho vacas que le di a tu hijo anteayer.

—¿Y pa' que quería ochos vacas? –pregunta Montaño.

—Vos sabés que con tres reses que carnean cada día en el mercado de Santa Ana alcanza pa' vender a todo el pueblo pues. El día de las elecciones hizo derribar ocho reses y las regaló personalmente a toda la población ¡Había carne de sobra!

La popularidad de Carmelito Montaño fue en aumento, logrando en julio de 1950 ganar las elecciones como diputado suplente por la Provincia Yacuma, habiéndose presentado como candidato independiente. Sin embargo, su carrera política concluyó con la Revolución de 1952. Montaño organizó entonces una empresa para producir charque en *pacote* y trasladarlo por vía fluvial hasta el Brasil. De paso, aprovechaba a sus vaqueros para incursionar, de vez en cuando, en las estancias vecinas a las de su padre.

Un día se presentó bien temprano en una de esas estancias y pidió *vaquea*, con el pretexto de buscar novillos extraviados con la marca de su padre. Sentado en la tranquera, fue calculando mentalmente el peso aproximado de las reses más grandes mientras su gente iba encerrando el ganado. Cuando se presentó el dueño de la estancia, Montaño le increpó:

—Mire, amigo, tengo informaciones de las veces que usted le robó ganado a mi padre y vengo a cobrar la deuda.

El caballero, al ver la decisión en las facciones de Montaño, se quedó callado.

—Por ahora me llevaré setenta novillos –continúa Carmelo– para hacer dos vuelos desde Camiare, pero tenga por cierto que la deuda aún no está saldada y cualquier rato estaré por aquí de vuelta.

En Camiare la operación comercial estaba arreglada de antemano y Carmelo con sus arreadores hicieron su entrada al atardecer.

Así comenzó Carmelo Montaño una actividad que practicaban muchos ganaderos en la zona, hasta convertirse en un personaje de novela. Siguió cobrando viejas cuentas de su padre. Muchas veces incluso le achacaron robos que habían sido efectuados por gente considerada honorable. Cada que llegaba a Santa Ana había carne gratis en su casa para la gente pobre. Le llamaban el Robin Hood movima. A su saladero le llevaban tropas de ganado robado para que se conviertan en *pacotes* de charque.

Un día llegó una comisión policial de treinta soldados al mando del capitán Selman en busca de Carmelo Montaño. Iban de estancia en estancia buscando datos sobre su paradero, mientras Carmelo los iba siguiendo a prudente distancia. Así estuvo durante seis días hasta que los soldados regresaron a Santa Ana sin haberlo encontrado.

En otra ocasión, herido en una pierna, estuvo un día y una noche semisumergido en un pozo con vegetación acuática, mientras sus perseguidores lo buscaban afanosamente por tierra y aire.

Un día se encontró con un pariente que insistentemente lo invitó a tomar una cerveza fría. Fueron varias cervezas. A la primera sigue la segunda y luego la tercera. Carmelo nota el nerviosismo de su pariente, pero no le cree capaz de enfrentarse con él. Cuando, después de haber hecho un buen consumo, Carmelo sale al patio para efectuar una necesidad fisiológica, siente que los proyectiles se le van incrustando en la espalda y cae para no levantarse más. El asesino, que había sido pagado por los enemigos de Montaño, se da a la fuga, protegido por sus contratantes.

—El primer vuelo del avión Hércules –instruye por radio el jefe de la División de Equipos al ingeniero distrital– llegará a las ocho de la mañana y luego hará un segundo vuelo a medio día. Deben tener listo todo lo necesario para colaborar en el desembarco.

—No habrá problemas –contesta–, ya tenemos todo listo porque desde hace dos días está con nosotros un gringo de la tripulación del avión Hércules que ya ha inspeccionado la pista metro a metro, ha puesto señales con banderines y ha dado sus opiniones por radio.

Gran acontecimiento en Trinidad porque con esta maquinaria que llega se podrá cumplir el sueño de tantos pioneros que dieron sus mejores años en explorar y abrir a machete las sendas camineras. Se podrá conocer, colonizar y hacer producir la fértil tierra abandonada durante tantos años.

Desde tempranas horas de la mañana del 13 de diciembre de 1973 la actividad en la oficina de caminos es grande. La pista de tierra endurecida con cascotes de ladrillos está operable mientras que en la faja paralela la maquinaria de la empresa Bartos continúa con los trabajos previos a la pavimentación.

Ya se han cumplido los dos primeros vuelos sin novedad. De la parte posterior de la gigantesca nave han descendido en cada viaje un tractor y una movilidad.

—Las movilidades las llevan hasta el distrito –ordena el ingeniero– y los tractores que avancen hasta la otra faja… al lado de la maquinaria de Bartos.

Cumplida la orden todos se van a almorzar tranquilos.

—¡Se están quemando los tractores! –grita el empleado que, en motocicleta, ha ido a buscar al ingeniero hasta su casa.

—¿Qué ha pasado? –pregunta este sin comprender nada aún.

—Acaba de aterrizar de emergencia un avión con un motor incendiado y después de correr por toda la pista ha torcido al final y se ha ido a estrellar contra los tractores que estaban en la otra faja.

El espectáculo es impresionante: el avión en llamas cobija bajo sus alas a los dos tractores recién llegados. Nadie se anima a acercarse. ¡Solo resta gestionar con la agencia de seguros la devolución de las máquinas!

La fuerza aérea norteamericana suspende los vuelos y se decide trasladar el resto del equipo por tierra desde Santa Cruz hasta Puerto Villarroel, sobre el río Ichilo, y luego por vía fluvial hasta Puerto Ganadero, cerca de Trinidad. Todo este programa se cumple y dos meses después, en febrero de 1974, llegan las primeras embarcaciones, cuando las casas del Puerto estaban con 1,5 metros de agua dentro. Se busca una zanja o canal que permita el ingreso a la Laguna de Los Puentes (antiguo cauce del río Mamoré) y se desembarca la maquinaria en la Loma Kiusiu, una altura artificial de la época legendaria en que el imperio del Gran Paitití dominó esas llanuras.

Para operar el equipo nuevo fue necesario trasladar personal con experiencia desde el altiplano.

—Y me comprometo –les dice el ingeniero– a conseguirles su transferencia nuevamente a sus distritos de origen después de tres años de trabajo en el Proyecto San Ignacio, pero les pido como condición el compromiso de enseñar por lo menos a dos jóvenes benianos a operar las máquinas, para hacer escuela. A esos muchachos primero les haremos dar un cursillo de mecánica y operación de equipo, y luego se contratará a los mejores como ayudantes de ustedes.

Uno de los operadores se adelanta del grupo.

—Ingeniero –dice– yo tengo sesenta y dos años de edad, pero he solicitado venir al Beni porque siempre soñé con llegar hasta aquí para contribuir con mi trabajo al progreso de mi patria y para que mis hijos se sientan orgullosos del trabajo de su padre.

—¿Y de dónde ha sido usted transferido? –pregunta el ingeniero.

—De Potosí, y aunque es un cambio un poco brusco bajar desde los cinco mil metros hasta los doscientos sobre el nivel del mar, yo creo que aguantaré… Mi nombre es Serafín Laguna.

—Muchas gracias, don Serafín, a nombre del Beni y de Bolivia –contesta emocionado el ingeniero de caminos–. Gente como usted es la que necesitamos para vincular esta tierra.

A la estancia El Chiverío llega Alfredo Añez en avioneta y, tal como había instruido en el mensaje por la radioemisora Ibare, los peones ya tenían carneadas dos vacas gordas que retornaron en la aeronave para entregarlas a un frial en Trinidad y amortizar, en parte, el alto costo del transporte aéreo.

—Buen día, patrón –se acerca Juanito Nojune, que trabaja como mayordomo–. Escuchamos anoche su mensaje y esta madrugada, cuando vimos que amaneció despejado, salimos a buscar dos vacas gordas y las trajimos.

—Gracias, Juanito –responde Alfredo–, ¿y qué otras novedades tienen por aquí?

—Casi nada –dice el mayordomo–, solo que hace unos tres días le picó la víbora al potro bayo del niño Fernando y necesitamos vacunar contra la cadera a todo el caballaje.

—De eso no te preocupés porque aquí en este termo estoy trayendo Naganol pa' que comiencen a vacunar a todos los caballos antes de que tengamos la peste en casa porque he sabido que donde nuestro vecino Emar han caído algunos animales con mal de caderas.

—Fuera de eso, todo aquí sin novedad, patrón –concluye su informe el mayordomo–. Más bien, usted es el que tiene las noticias que nosotros queremos saber.

—¿Sobre qué? –pregunta Alfredo.

—Sobre la construcción del camino –contesta Juanito– porque aquí llegó la semana pasada mi compadre Pancho y dijo que han desembarcado en el puerto más de cien máquinas y que es impresionante ver cómo tumban los árboles de un rempujón.[116]

—No es para tanto –dice riendo Alfredo–. Ya les voy a contar esta noche después de que *vaqueemos* y vacunemos el ganado.

Después del majadito, y mientras saborea una taza de aromático café, Alfredo inicia la charla:

116 NE: Impulso violento con que se mueve a alguien o algo (RAE).

—Son muchas las máquinas que han desembarcado en Puerto Ganadero pa' empezar el camino a San Ignacio, pero eso es nada comparado con la cantidad de tractores que han llevado a Los Yungas pa' construir el camino desde la otra punta y dicen que en dos o tres años podremos viajar a La Paz en camión. Pero la noticia que les quería dar es que mi hijo Fernando me ha escrito diciendo que está solicitando su traslado desde Oruro hasta el Alto Beni. Vendría como jefe de los topógrafos pa' dirigir la construcción.

—Si le asignan el trabajo a Fernandito –interviene Juanito– seguro que llegan rápido porque uno es igual que los bueyes, cuando sale de la casa va lento pero pa' volver no hay cansancio que valga.

—Yo voy a hablar en Trinidad con el ingeniero de caminos pa' que le colabore en esa transferencia y así lo podremos tener pronto por aquí.

—Oiga, patrón –pregunta Juanito, después de pensar un rato–, y esos tractores ¿cómo van a hacer pa' cruzar el río Tijamuchi?

—Bueno –contesta Añez– no se me había ocurrido ese problema, pero yo creo que los ingenieros sabrán cómo solucionarlo, tal vez construyendo primero un puente, pero… no… es muy ancho el río y eso tardaría mucho tiempo… tal vez la solución sea trasladando un pontón en tiempo de aguas.

—En ese caso van a tener que comprar varios pontones porque después tienen que cruzar el Apere, el Cuverene, el Museruna, el Chevejecure, el Matos y el Maniqui pa' llegar a San Borja.

—En una película de guerra –dice Alfredo Añez– yo he visto a unos gringos que llevaban un puente de fierro y lo armaban en un ratingo. Tal vez podrían comprarse algunos puentes de esos pa' solucionar el paso.

—Un día de estos quiero ir hasta donde están los tractores –exclama el capataz– solamente pa' ver cómo esas máquinas tumban un árbol de un rempujón mientras nosotros aquí con un hacha tenemos que bregar todo el día.

—¡Oh! –le corta Alfredo–. Me olvidaba constarles que Pablito también está haciendo caminos y aguadas pa' los ganaderos de la zona de Guarayos… Ojalá le vaya bien porque está arriesgando una plata que consiguió del banco y tiene que hacer las cosas rápido porque los intereses son fuertes. Lo que no me convence es que se ha metido a oficio ajeno. Bueno –añade conteniendo un bostezo– vámonos a dormir porque mañana tenemos que madrugar pa' seguir con el trabajo. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana, patrón!

Sentados en un banco de la plaza de San Ignacio, buscando un poco de aire fresco y noticias, se encuentran varios amigos que rodean a Alfredo Añez, que había estado vacunando en sus estancias.

—He traído –explica– la invitación de la Federación de Ganaderos a las filiales pa'l V Congreso Extraordinario que se efectuará en Trinidad en el mes de mayo. Va a estar interesante por los temas a tratarse, ya que se verá el problema de la inundación, de los créditos con indexación, el problema de BECASA y el precio de la carne.

—Lo que es yo –dice Rea– estoy fregao con un crédito del Banco Agrícola, de esos con indexación, porque cada día que pasa debo más y más. ¡Más barato me hubiera salido si conseguía un crédito corriente al catorce por ciento y sin tantas pellejerías!

—La verdad es que mucha gente se entusiasmó con esos créditos y ahora son los lamentos –interviene Máximo Salvatierra–. Por suerte yo todavía no he necesitado del banco.

—Pero es que nosotros estamos empezando –le corta Rea–. Somos ganaderos chicos.

—Pero ahora se ha conseguido un aumento en el precio de la carne –dice Alfredo– y algo es algo.

—Está bien que consigan un aumento razonable –interviene don Lucho, profesor de la escuela– pero no se les vaya a ir la mano y sigan pidiendo aumentos porque dentro de poco tendremos a dólar el kilo de carne y ahí sí que no habrá canasta familiar que se pueda igualar. Lo que es nuestros suelditos, son cada vez más ridículos.

—Sí –dice Alfredo– pero también el tiempo de trabajo está cada vez más recortado y no les alcanza ni para cumplir el programa de estudios.

—Pero Alfredo –le corta el profesor–, de qué sirve que tengamos tiempo libre si no hay fuentes de trabajo en qué ocupar ese tiempo.

—En eso tenés razón, pero ya va a haber porque según las declaraciones del ingeniero del Servicio de Caminos pa'l día de la fiesta las máquinas estarán llegando con camino hasta San Ignacio y de ahí pa' delante habrá que pensar en poner un restaurante o un hotel, porque te aseguro que esto se llena de turistas atraídos por el paisaje de la laguna.

—Yo he estado pensando en conseguir un préstamo pa' poner un restaurante, pero primero voy a esperar que llegue el camino –dice don Lucho–. No vaya a suceder que esos cuarenta kilómetros que faltan los hagan en tres años y yo mientras tanto dele a pagar intereses. Prefiero esperar. Además, me da mala espina eso de que cuando ya estaba todo listo pa' continuar el camino desde San Ignacio hacia Cochabamba, ahora que

los comités cívicos están peleándose, se ha dado la orden de ir primero hacia La Paz pasando por San Borja. No sé, veremos qué pasa.

—Otra cosa que hay que solicitar –empieza Alfredo, cambiando de tema– es la instalación de una Agencia del Banco del Estado o del Banco Ganadero porque es el colmo que se tenga que guardar la plata debajo del colchón o en refrigeradores con llave. La verdad es que es mucha tranquilidad de la gente… ya ven que ni siquiera tenemos la filial San Ignacio de la Federación de Ganaderos y aquí hay nomás un buen número de cabezas. Podríamos tener también una de BECASA pa' comercializar la carne, pues según he sabido el Directorio de la Federación ha garantizado un crédito a BECASA por tres millones y medio de dólares pa' comprar aviones, instalar oficinas y frigoríficos en todo el Beni. ¡Va a circular la platita!

—Seguro que el Congreso Extraordinario –interviene Salvatierra– es pa' ratificar la decisión tomada por el directorio en ese crédito de BECASA. ¡Ojalá sepan manejar tanta plata y no se hagan pisar con los intereses!

—Bueno –dice Alfredo–, en el Congreso también se planteará el problema de los ganaderos que han sufrido pérdidas por la inundación porque lo que es en la zona del Tijamuchí el camino nuevo está sirviendo de dique y ya no se ven más que los techos de las casas en las estancias. ¡Es fuerte la pérdida!

—Eso es verdad –añade Salvatierra– porque lo que es San Pedro nunca se había inundado y sin embargo ahora el agua ha entrado hasta dentro de las casas, ni qué decir del campo. ¡Olea en la pampa! Si no le hacen puentes a ese camino, cada año va a ser un problema pa' nosotros.

—Yo no sé si este camino –interviene nuevamente Alfredo– será beneficiosos o perjudicial pa' la ganadería porque, aparte del problema del embalse del agua de inundación, cuando los camineros llegan a una estancia no dejan muchacha sin ofrecerle matrimonio, aunque ya tengan tres mujeres. A los mozos los convencen de dejar su trabajo porque el Servicio de Caminos paga mejor, les da buena comida, servicio médico y otras gangas, de donde en poco tiempo más nos quedaremos sin peones pa' las estancias.

—Y sin sirvientas en la casa –concluye Salvatierra.

El presidente del Comité de Obras Públicas, coronel Adolfo Velasco Ávila, conversa con el ingeniero del Proyecto San Ignacio:

—¿Y usted cree, ingeniero, que podremos llegar con la apertura del camino hasta San Ignacio antes de la fiesta de ese pueblo?

—Sí, coronel –contesta el ingeniero–. Según los cálculos que tenemos en nuestro plan de trabajos es posible llegar con una primera fase antes del 31 de julio y, si no falla el aprovisionamiento de diesel, muy pronto los ignacianos se van a quejar de que no pueden dormir tranquilos la siesta con el ruido de las máquinas.

—Si es así, vamos a comunicar esta noticia al señor Presidente de la República para que programe con tiempo su viaje a San Ignacio ese día, o por lo menos para que envíe al ministro de Transportes. Es necesario darle todo el realce a este acontecimiento, ya que es la inauguración del primer tramo del camino que unirá el Beni con el resto del país.

Cuando el entusiasmo es general, el 1° de julio, la oficina de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos en Trinidad pone su balde de agua fría a la situación. ¡Se acabó la reserva de diesel y el río Ichilo está seco!

Radiogramas, conferencias, sugerencias, órdenes, pedidos y al final se tiene que contratar aviones cargueros para trasladar el combustible. ¡No se puede fallar en la fecha de inauguración!

En San Ignacio siguen haciendo cábalas y apuestas sobre si se hará o no el camino cuando, faltando dos días para su fiesta patronal, hace su aparición, rompiendo el bosque, el primer tractor amarillo produciendo el desconcierto entre los atónitos habitantes de los alrededores del pueblo.

La actividad de campo obliga al personal caminero a ampliar las horas del día a fin de cumplir el compromiso. A las cinco de la mañana ya todos están sobre las máquinas ganándole a la selva metro a metro.

Uno de los mecánicos, recién transferido del altiplano, se acerca a saludar al ingeniero jefe del proyecto.

—Vaya, vaya. Parece que nuestro enfermo ya está recuperado –le dice el ingeniero después de contestar el saludo–. A ver, quiero saber cómo fue el accidente.

—No fue accidente, ingeniero –contesta el mecánico–. Lo que pasó es que el día que llegué y me incorporé al trabajo no sabía dónde hacer mis necesidades y, cuando le pregunté a Landívar, este me indicó que me sentara debajo de un árbol que llaman palo santo que tiene unas hormigas que pican como diablo y eso me hizo dar fiebre y me tiró a la cama. Pero ahora estoy contento porque el dolor de huesos que tenía no me dejaba ni siquiera tomar una cervecita, ni qué decir cuando aumentaba la humedad del ambiente; en cambio, ahora estoy sanito y no me duele nada.

—Vamos a pasarle el dato al médico pa' que pueda sanar a sus enfermos de reumatismo –contesta el ingeniero antes de alejarse para continuar su inspección.

Con motivo de la fiesta patronal de San Ignacio, el 31 de julio de 1974, con las máquinas ingresando al pueblo, se efectúa la ceremonia de estilo:

—Y de aquí a dos años estaremos efectuando este mismo acto de inauguración en la localidad de San Borja –expresa el ingeniero Alfonso Balderrama, director del Servicio de Caminos, en el momento en que el grupo de máquinas pesadas se acerca hacia el sitio en que las autoridades se han congregado para dar por inaugurada la comunicación entre San Ignacio de Moxos y Trinidad.

—La obra realizada por el Servicio de Caminos –dice el coronel Velasco, presidente del Comité de Obras Públicas– será muy beneficiosa para la región por los diversos aspectos que acarrea y por la manera cómo ha de influir en la existencia y el desarrollo del pueblo. Para hacer realidad el crédito con el que se adquirieron las máquinas ha sido preciso comprometer casi todos los recursos del comité, pero estamos satisfechos de haberlo hecho porque vemos que estamos dando a nuestros pueblos obras como esta, que estarán para el servicio y la superación de sus habitantes y para el engrandecimiento de la patria.

El padre Alfonso Elorriaga, párroco de San Ignacio, se encarga de repartir bendiciones y pedir a Dios que proteja este camino contra la destrucción de las fuerzas naturales y el abandono de las autoridades de turno.

El subsecretario de Transportes, licenciado Federico Salces Paz, corta la cinta mientras las palabras le salen entrecortadas, embargado por la emoción de ver progresar su pueblo.

Mientras tanto, en Trinidad, el Comité Cívico del Beni organiza una huelga general y declara "enemigos del progreso" a todos los que asistieron a la inauguración del camino, especialmente al presidente del Comité de Obras Públicas, a su jefe de Relaciones Públicas y al ingeniero del Servicio de Caminos. ¡Ironías del progreso!

Con la llegada de las máquinas San Ignacio se transforma y muy pronto sus calles, que hasta entonces se mantenían alfombradas con la menuda grama de la región, sienten el paso de la cuchilla de las motoniveladoras y el continuo atronar de los camiones que dejan a su paso un polvoriento espectáculo que obliga a los vecinos a añorar los tiempos de tranquilidad provinciana en que se vivía antes.

—Yo llegué hace treinta años –comenta José Villafani, un cochabambino que se encariñó y se quedó en el tranquilo pueblo– cuando en San Ignacio solo había casas alrededor de la plaza y hasta una cuadra en cada dirección. En esa época no había radios a transistores ni luz eléctrica, aparte del motor que había en la pista para hacer funcionar la radio del Lloyd Aéreo Boliviano. Las noticias llegaban cuando algún pasajero traía un periódico, aunque sea un poco atrasado.

—¿Y ahora qué le parece el cambio? –pregunta el ingeniero del Servicio de Caminos.

—Mire, ingeniero –contesta rápidamente–, estoy haciendo algunas averiguaciones y me han dicho que en Santa Rosa se vive como se vivía antes en San Ignacio. Si es así, muy pronto voy a liar maletas y me voy, aunque me va a costar un poco moverme porque estoy arraigado desde hace tiempo en este lugar.

Los camineros sudan tratando de consolidar el camino levantando más la altura del terraplén antes de que comiencen las lluvias.

En agosto, septiembre y octubre no hay tráfico en el río Ichilo por falta de caudal suficiente y la provisión de combustible comienza a fallar. Se hacen las reclamaciones correspondientes y para no parar el trabajo se traslada combustible por vía aérea.

—Sabemos que las obras camineras se han paralizado –explica en conferencia de prensa el jefe de zona de YPFB en Trinidad– pero estamos haciendo todo lo posible para abastecer por lo menos a la cooperativa de luz eléctrica y para ello hemos conseguido un avión Hércules que hará once vuelos trasladando solamente combustible. En cuando a la provisión para caminos, tenemos que esperar hasta que el caudal de los ríos normalice la navegación, y para evitar que se repita esta situación YPFB ha de instalar a principios del próximo año tres enormes depósitos con capacidad de un millón de litros cada uno.

—¿Y usted no avisó a su oficina central que en el Beni ha aumentado el consumo de combustible? –pregunta uno de los periodistas.

—Miren –dice el jefe de zona– la cantidad de radiogramas y pedidos, pero yo pienso que en La Paz no creen que aquí pueda aumentar la demanda en forma tan vertiginosa.

—¿Y la causa no será –dice otro periodista– lo que es un secreto a voces, o sea que prefieren enviar mayor cantidad de combustible a Guayaramerín, donde el litro cuesta un peso con cincuenta centavos, mientras que en la banda brasileña cuesta tres cruceiros, o sea nueve pesos?

—El envío de combustible a Guayaramerín no depende de esta agencia, sino de Cochabamba directamente –contesta rápidamente–. Las embarcaciones pasan con manifiesto de carga dirigido a esa frontera.

❧

Gran actividad en el aeropuerto de Trinidad, donde invitados especiales están reunidos con motivo de la bendición de los dos aviones Fairchild F-27J de la flota AEROBECASA. Discursos, felicitaciones y la tradicional botella de champán que se rompe con los augurios de que el éxito acompañe a la Empresa Beneficiadora de Carne S.A.

Alfredo se acerca al presidente de la entidad, Erwin Bruckner, y le dice:

—Felicidades, Vin, y que el paso tan grande que han dado los personeros de BECASA al comprar estos aviones y al instalar los frigoríficos sea bien comprendido por todos los ganaderos pa' que les den el apoyo moral y material que les hace falta.

—Gracias, don Alfredo –contesta emocionado Bruckner–. Estamos seguros de contar con el apoyo de todos los ganaderos y por si hubiera alguno que todavía dude del éxito de BECASA yo creo que muy pronto tendrá que confiar en lo que estamos haciendo porque, con el cálculo de vuelos que tendremos que hacer, muy pronto vamos a tener que comprar dos aviones más.

—Nuevamente mi felicitación, Vin –contesta Alfredo.

—Felicidades, señor Bruckner –se acerca un invitado, mientras Alfredo se retira a conversar con un grupo que rodea a monseñor Carlos Anasagasti, Obispo de Trinidad.

—Yo creí que el problema del abigeato se había terminado –comenta Monseñor al escuchar el relato de Chichín Núñez.

—Buen día, Monseñor; buenos días, caballeros –saluda Alfredo.

—Buen día –le contestan.

—¿Qué te parece, Alfredo, lo del abigeato en tu zona? –pregunta Enrique.

—Algo supe –contesta Alfredo– pero me gustaría saber detalles de primera fuente.

—Yo le voy a contar –interviene Núñez–. Sucede que mi partidario había encerrado en uno de los potreros treinta y cinco novillos pa' llevarlos al matadero y hace cuatro días desaparecieron. Pero como todavía hay gente que ve y avisa, alguien observó una tropa de ganado que pasó por San Ignacio y que tenía toda clase de marcas, contramarcas y quemazones.

En una de esas reconoció mi marca y me avisó por intermedio de Radio Serrano. Yo armé un grupo y nos fuimos en un jeep aprovechando que el camino ya está bonito hasta más allá de San Ignacio. Preguntando y preguntando seguimos casi sin camino hasta cerca del río Matos, donde sorprendimos a los ladrones que al vernos nos metieron bala, pero nosotros íbamos preparados con una ametralladora, así que les contestamos el fuego. Al fin apresamos al cabecilla y lo trajimos hasta San Ignacio junto con el ganado. Los otros huyeron al monte. En la plaza de San Ignacio lo amarramos desnudo en un poste, pa' que el pueblo lo conozca porque no era la primera vez que se perdía ganado en la zona. Después de tenerlo amarrado todo el día lo trajimos y lo entregamos a la Policía.

—Lo malo es que con un poco de influencia y un poco de "aceite", rápidamente salen en libertad y otra vez empiezan su actividad.

—Tan contento que yo estaba –dice Alfredo– con el camino que ya muy pronto va a estar cerca de mi estancia, pero por lo que estoy escuchando hay el peligro de que alguno pase ya no a caballo sino con su camión alzando torillos ajenos.

—Y hablando de caminos –interviene Luis– dicen que el embajador de Italia ha vuelto a presentar la propuesta de traer colonos italianos al Beni y lo más interesante es que si el gobierno acepta la propuesta van a invertir ciento cincuenta millones de dólares por año, durante diez años, pa' construir caminos y comodidades para los colonos. Van a traer quinientos mil italianos. Eso sí, dicen que todos son agricultores y técnicos medios.

—No vaya a suceder como con las inmigraciones anteriores, que se dedicaron al comercio –acota Enrique.

—La ventaja de los italianos es que son gente trabajadora y de repente, entre medio, llega una como Sofía Loren y ahí me animo a casarme –dice Luis.

—Pero si vos ya te has casado por lo menos tres veces –le corta Monseñor.

—Lo que pasa, Monseñor –contesta el aludido–, es que las mujeres no me comprenden, por eso sigo buscando la mujer ideal.

—Esos son cuentos –concluye Monseñor–. Mejor cambiemos la hoja. ¿Alguno quiere acompañarme a mirar los trabajos que la empresa Bartos está haciendo en este aeropuerto?

—Yo lo acompaño –dice Alfredo.

—Yo también –añade Enrique.

—¡Vamos!

Datos históricos

Durante los meses de febrero y marzo de 1974, debido a la inundación de la ciudad de Trinidad que afectó a la faja de aterrizaje en operación del aeropuerto, se tuvo que habilitar la nueva faja que estaba en construcción cuando solamente tenía colocada la capa base de suelo-asfalto con la limitación para aviones Fairchild, Curtis C-45 y otros menores.

En abril se amplió la capa base de 18 m a 30 m de ancho de faja y de 1.200 m a 1.600 m de largo.

La producción de concreto asfáltico empezó el 20 de noviembre de 1974 y se aprovechó que la época lluviosa se atrasó para colocar la carpeta asfáltica durante los meses de diciembre de 1974 y enero de 1975.

El 2 de febrero de 1975, aterrizó en Trinidad el primer avión Jet Boeing 727-100 trayendo a los personeros de la Empresa Petrolera Petti-Ray que continuaron viaje, en otro avión, hasta el Departamento de Pando.

El 18 de junio de 1975 se concluyó la colocación del concreto asfáltico del proyecto en 36 m x 2.600 m.

La empresa Bartos fue la encargada de ejecutar este trabajo.

En abril de 1975 la brigada topográfica del Proyecto San Ignacio ha avanzado, con el agua a la cintura, buscando la parte menos profunda en la famosa cuenca del río Apere.

—Toda la pampa es un mar, no hay forma de eludirla –explica el jefe de brigada–, por lo que ya hemos hecho el reconocimiento de cinco rutas diferentes y la conclusión es que el camino viejo de carretones es el más factible de mejorar.

—En ese caso esperaremos un mes y comenzaremos los trabajos de topografía siguiendo la ruta marcada por nuestros abuelos que durante siglos han ido cambiando el trazo en busca de las zonas más altas –concluye el ingeniero jefe del proyecto.

La decisión se ha tomado en una pequeña altura boscosa a 15 kilómetros de San Ignacio después de navegar la laguna Iserere y recorrer el posible trazo atropellando barro y agua.

Mientras tanto, en Palos Blancos, a orillas del río Alto Beni, el ingeniero Conrado Camacho ha logrado trasladar el 80% del equipo caminero que el año anterior se compró del Brasil aprovechando un crédito de gobierno a gobierno, con la condición de usar esas máquinas en la construcción del tramo que falta para completar la ruta Arica - Manaos. Primero hay que mejorar y mantener el camino entre Caranavi y el río Alto Beni para que se facilite la logística del trabajo.

El 6 de abril de 1975, el presidente Banzer en acto especial inicia oficialmente la “Marcha al Norte”. Lo acompañan todos los miembros de su gabinete, del Alto Mando Militar y algunos representantes extranjeros. En su discurso dice:

—Creemos que el día en que el boliviano de Cobija pueda trasladarse en su propio vehículo a Yacuiba, o que el de San Matías llegue a Uyuni, ese día recién vamos a poder ser nación e integrarnos entre los bolivianos. Pero mientras estemos desvinculados jamás podremos pensar de la misma manera. Esta es la tarea que se ha impuesto el gobierno que presido: buscar la unidad nacional y la integración de Bolivia…

Y el ruido atronador de los tractores empieza a romper la barrera de granito que durante siglos separó a los habitantes del altiplano de los valles, del bosque y de la pampa.

La ceremonia se repite en varias comunidades campesinas para culminar en Palos Blancos, donde se ha preparado el almuerzo que es servido a las cinco de la tarde. Las nubes ya cubren la visibilidad de la montaña y los planes de vuelo se cancelan hasta el día siguiente. Los invitados extranjeros, el contralor general y los periodistas pasan la noche bajo el ala del avión, matando mosquitos y tratando de conseguir un poco de

calor con una bebida de alcohol rebajado con agua o con una taza de café acompañado de maldiciones para los organizadores de la ceremonia.

Al día siguiente, en el Club de La Paz se realiza una cena de desagravio a los periodistas.

Como el año 1974 no se pudo gastar todo lo presupuestado por la falta de provisión oportuna de combustible, repuestos y las dificultades para transporte, cuando se aprobó el presupuesto de 1975, los magos del Ministerio de Finanzas no tuvieron inconveniente en reducir el presupuesto, aduciendo falta de capacidad de gasto, cuando ya se tenía todo organizado para avanzar aceleradamente la construcción. Para colmo de males, por instrucciones del Ministerio de Transportes, el año 1974 se tuvo que desviar el equipo a construir del tramo Remolinos - Covendo, que se dirige hacia el Sur, cuando el rumbo para llegar al departamento del Beni es hacia el Noreste. Ese año se hubiesen podido construir los 18 kilómetros con un ancho de 4,5 metros que se necesitaban.

Como la brigada topográfica, a cargo de Fernando Añez, tenía que continuar con su trabajo desde Palos Blancos hacia San Borja, se tuvo que organizar otro grupo topográfico para hacer el replanteo de la ruta a Covendo.

El topógrafo Ángel Vásquez, de 28 años, se presenta en la oficina principal del Proyecto Sapecho, ubicada en la ciudad de La Paz, para ofrecer sus servicios de acuerdo a un llamamiento que se hiciera por la prensa nacional.

—Antes que ganar unos billetes me interesa sobre todo servir a mi patria en un proyecto tan importante como este –dice mientras llena su solicitud de empleo.

—¿De dónde es usted? –le pregunta el ingeniero.

—De Potosí –contesta rápidamente el joven postulante.

—Muy bien, que le preparen el contrato, le esperamos mañana a las seis de la mañana para trasladarlo al lugar de su funciones.

Todavía no se ha levantado el manto de neblina cuando sale el jeep del ingeniero Camacho llevando al nuevo topógrafo. El camino va serpenteando, tras las curvas de nivel, ganando poco a poco altura hasta llegar a la cumbre. Al alejarse, miran atrás y ven a la ciudad con su techo de nubes como si fuera algodón extendido en el aire.

Desde la cumbre hasta Caranavi el descenso se efectúa durante todo el día, y el ingeniero aprovecha para ir explicando al nuevo funcionario en qué consiste su trabajo. Toda clase de preguntas hace el joven sobre los animales que encontrará en la selva, si hay salvajes todavía, cada qué tiempo

serán las salidas del personal y, en caso de accidentes o de enfermedad, cómo se comunicará con la jefatura.

A medida que va descendiendo en altitud, la montaña cambia de color y la exuberante vegetación va asustando al topógrafo y aumentando su preocupación.

Después de dos días en carro, salen en la madrugada del tercer día con las mochilas a la espalda y los instrumentos topográficos en las manos, con rumbo al sitio hasta donde el anterior topógrafo pudo avanzar con su senda de estudios.

El avance del equipo pesado del Servicio de Caminos durante el año 1975 fue el mejoramiento y ripiado de los 30 kilómetros entre Santa Ana y Palos Blancos. Al mismo tiempo, se ha avanzado siete kilómetros con otro grupo, desde Bella Vista a Piquendo.

De Palos Blancos hacia Inícua, el Batallón de Ingenieros mejoró la parte faltante de su contrato con el estabilizado de la plataforma, siguiendo un trazo que serviría como camino de acceso para atacar desde varios frentes de trabajo cuando se inicie la construcción de la ruta definitiva.

De Inícua a Quiquibey, los soldados trabajaron de acuerdo a planos definitivos y ese año llegaron con la brecha inicial hasta los cajones del río Quiquibey, donde colocaron un puente metálico "Bailey" igual al que se colocó en el río Inícua.

Lo interesante de esa época fue que, como no había comodidades en los campamentos provisionales y el equipo caminero llegó antes, los choferes dormían en las cabinas de sus movilidades y los demás donde podían acomodarse. No había refrigeradores ni carne fresca sino cuando conseguían algo de carne silvestre. Era una época de supervivencia en la que todos trabajaban con un cariño a la patria que superaba cualquier deficiencia, y en que un día se hacía albañilería o se tenía que ser cocinero sin que haya quejas entre el personal.

Fue un contraste cuando ya se tuvo campamentos con alguna comodidad, donde los dirigentes sindicales no hallaban qué reclamar para hacer notar su condición de dirigentes y permanecer más tiempo gozando de la ventaja sindical de ganar un sueldo sin tener que trabajar, haciendo mal uso de la conquista social del derecho a sindicalizarse.

Alfredo Añez, aprovechando un viaje de negocios a La Paz, coordina con Fernando para visitar a la nuera y los nietos. Además, quiere conocer la zona donde su hijo está trabajando. Temprano salen en una camioneta para observar el panorama y empieza el descenso por un serpenteado camino que después de tantas mejoras y ensanches aún sigue siendo

peligroso para la conducción de un vehículo. Alfredo, al observar los precipicios en las proximidades de Chuspipata, dice:

—Yo creo que viajar en avión es menos peligroso que recorrer este camino, como lo atestiguan las cruces que he visto desde que salimos de La Paz, y lo que más nervioso me pone es cuando tenemos que cruzarnos con un camión. Yo creo que esta será la primera y la última vez que te visito, y si hubiera alguna avioneta que salga de Santa Ana de Huachi me regreso por aire.

—No es pa' tanto, papá –contesta riendo Fernando–. Cuando uno tiene que pasar a cada rato por aquí le pierde el miedo al camino.

Al llegar a Palos Blancos, Alfredo se siente más tranquilo al caminar por un terreno plano y con vegetación tropical. Al ver las máquinas trabajando, una emoción le embarga el pecho al pensar que muy pronto esos tractores estarán pisando territorio beniano y su ganado podrá viajar en camiones frigoríficos para ser vendido en La Paz, en las minas o en el exterior de la República. Después de observar el campamento, almorzar con los demás trabajadores camineros y charlar con ellos, Alfredo queda convencido de que la vinculación caminera La Paz - Beni ya es una realidad.

Por la tarde, después de un baño rústico con balde y tutuma, se encuentra charlando con su hijo cuando llegan los que habían ido a bañarse al río Alto Beni con la noticia de que Alfonso Gómez se había hundido y no podían recuperar su cadáver. El ingeniero Camacho, al conocer la noticia, llama a todos los que están en el campamento y les pide que vayan a ayudar a buscar al ahogado. Mientras se fondean las orillas con varas largas con un gancho en la punta, el ingeniero pregunta:

—A ver, a ver, ¿cómo sucedió?

—Como usted sabe, ingeniero –dice un chofer con una tranquilidad que altera los nervios de los oyentes– esta mañana no pudimos hacer nada por la lluvia, pero en la tarde el trabajo se hizo con tanto entusiasmo que pudimos ripiar un poco más de tres kilómetros y cuando terminamos el trabajo Gómez le dijo a Limachi: "te gané porque yo pude hacer treinta y nueve viajes y tú no hiciste más que treinta y siete, así que me debes las seis botellas de cerveza de la apuesta. Ahora, si quieres, te doy la revancha por otras seis… el que aguante más tiempo bajo el agua en el río gana". Pedro Choque se quedó en la canoa, bañándose con una tutuma porque no sabe nadar, y fue nombrado árbitro de la apuesta. Gómez se tiró de cabeza y no salió más. Cuando vimos que ya era mucho tiempo empezamos a buscarlo, pero no lo pudimos topar.

—¡Está viendo, señor Añez, los problemas que ocasiona una imprudencia! –le dice el ingeniero al visitante–. ¡Como si los que tenemos no fueran suficientes!

—Es el precio del progreso –dice Alfredo– y aún falta mucho todavía porque cuando el camino esté construido comenzarán los accidentes automovilísticos.

—Lo malo es que con este ya son cuatro los que se han ahogado y, como no hemos podido recuperar ninguno de los cadáveres, se me produce un problema al explicar a los familiares, que deben hacer entierros simbólicos porque el río no devuelve los cuerpos –calla un instante y continúa–. Ahora he pedido que me envíen dinero para construir una piscina en el campamento para que los trabajadores practiquen la natación sin riesgo. ¡Ojalá me autoricen!

Todos se dirigen al río a colaborar en la ubicación del cadáver y allí dice Alfredo:

—En mi tierra, cuando ocurre una desgracia así, se larga una tutuma con una vela de sebo encendida a la corriente del río y, cuando se ve que empieza a dar vueltas en un solo sitio, es seguro que debajo está el ahogado.

Ni con la vela en la tutuma ni con la vara larga con el gancho se pudo encontrar el cuerpo de Gómez, por lo que a medianoche abandonan la búsqueda y regresan al campamento.

—Papá, te presento a mi amigo Sergio Medrano. Es el sanitario del campamento –indica Fernando.

—Mucho gusto, señor Añez, ¿qué le ha parecido la zona y el trabajo que hacemos? –pregunta Medrano.

—La región es muy linda y creo que el camino que ustedes están construyendo es muy importante tanto pa' La Paz como pa'l Beni –responde Alfredo.

—¿Y usted se quedará unos días con nosotros?

—No, aunque me gustaría. Pero mis obligaciones no me permiten quedarme más tiempo.

—Permiso, señor Añez, me están llamando… que tenga buen viaje.

—Gracias.

—Este muchacho –explica Fernando a su padre– era estudiante de medicina y ya había vencido el segundo año cuando se vino a pasar vacaciones aprovechando que su padre trabajaba por acá como capataz de uno de los campamentos. Cada tarde al terminar la faena se iba de visita a casa de unos amigos. Ella, una muchacha joven, y él, un caballero entrado en años que trabajaba en una oficina dependiente del

Ministerio de Agricultura. Poco a poco, fue enamorándose de la dueña de casa y un día en que las circunstancias así lo permitieron, o tal vez porque fue algo premeditado, cayeron uno en brazos del otro en ausencia del marido, que muy pronto se enteró de la noticia y salió con su escopeta decidido a cortar de raíz las visitas del muchacho. Tuvieron que hacerlo salir a medianoche hacia el último campamento, transferido temporalmente hasta que las nubes de tormenta se calmen. Nunca se supo si fue el amor de esa mujer, la sensación de pureza del aire que se respira aquí, la vegetación que absorbe con su belleza al que llega, o simplemente que su vocación era construir caminos, la verdad es que Sergio no volvió a la universidad y se quedó como sanitario de las brigadas topográficas para trabajar en los lugares más inhóspitos, siempre en la punta de camino.

En ese momento llega el ingeniero Camacho, agotado por la tensión nerviosa y con el pesimismo en el rostro después de la búsqueda infructuosa del cadáver.

—Fernando –le dice–, a partir de mañana se cambiarán los planes y tú te harás cargo de la conclusión del estudio topográfico a Covendo a fin de poder cumplir con las órdenes del Ministerio.

—¿Y qué pasó con el nuevo topógrafo? –pregunta sonriente Fernando, aunque ya sabía lo sucedido con el postulante.

—Se corrió. Le entró miedo y no hubo forma de convencerlo para quedarse.

Alfredo Añez, sentado en un tronco cortado a manera de silla, escucha atento el relato del ingeniero Camacho.

—Desde el primer momento tuvo miedo a la zona y cuando llegamos a Santa Ana y vio a los indios mosetenes se puso receloso y ya se sentía hirviendo en una olla como muestran las figuras de las revistas. Seguimos viaje hasta el pueblito donde vive el padre Julián y ahí quiso confesarse y comulgar. Cuando llegamos a la comunidad llamada Cristo es la Única Esperanza ya sus nervios se habían disparado y no sabía lo que hacía.

—¿Y por qué se llama así ese pueblo? –pregunta Alfredo Añez, a quien le llamó la atención semejante nombre.

—En realidad –contesta Camacho–, ese nombre le pusimos nosotros a partir de una inscripción que hay en el frontis de un rústico hospital evangélico, donde realmente Cristo es la única esperanza, ya que cuando solicitamos no tenían ni siquiera agujas hipodérmicas para colocar una inyección a uno de los peones de la brigada topográfica. Esa noche llegamos hasta Remolinos, desde donde teníamos que continuar con el trabajo y

por la madrugada me presentó su renuncia. No pude convencerlo de que se puede. Le prometí enviarle equipo de radio, movilidad y otras ventajas. El joven dijo que él creía ser valiente, pero que se necesitaba más valor aún para hacer el trabajo en esas condiciones de aislamiento.

—¿O sea que tenemos que abandonar el tramo principal? –pregunta Fernando.

—Esas son las órdenes hasta que podamos conseguir otro topógrafo. Permiso, señor Añez, que pase buenas noches.

—Buenas noches, ingeniero –contesta Alfredo.



En el Beni el candente sol ya ha secado el barro de la pampa y los tractores hunden su cuchilla levantando terraplenes. Pero los camineros no están solos, ya que la mirada vigilante de las autoridades nacionales y de los pobladores de la región está pendiente cada día de la labor que se viene efectuando.

—Ingeniero, quiero conversar con usted en privado por favor –dice el jefe de maestranza Quintín Méndez, cuando el ingeniero distrital está de inspección en la maestranza principal en San Ignacio–, si me permite unos minutos.

—¿Cuál es el problema? –pregunta el ingeniero picado por saber el motivo de tanto misterio.

Los dos van caminando hasta un lugar del campamento donde los árboles frutales ofrecen sombra y el sitio les permite conversar lejos de la indiscreción de los demás.

—Mi problema es serio, ingeniero –comienza el mecánico– y le pido el retiro de la empresa porque, si bien es cierto que yo puedo presentar mi renuncia, como aún no he cumplido los ocho años para el retiro voluntario, perdería toda mi indemnización y la verdad es que necesito ese dinero.

—Pero ¿no es posible arreglar de alguna forma tu problema? –pregunta nuevamente el ingeniero–. Es difícil trasladar otro jefe de maestranza porque tienen miedo a venir al Beni, y además todos estamos conformes con tu trabajo. Es la primera vez que no hay equipo parado por mucho tiempo.

—Mi problema es familiar, ingeniero –dice Quintín, después de meditar un momento–. Sucede que mi hija ha huido de mi casa con un tipo que es casado. Mi hijo anda con una pandilla de maleantes dedicado a hacer fechorías. Y me escribe mi mujer que ella ya no puede controlarlos,

por lo que me pide que regrese aunque no tenga trabajo. Ella tiene un puesto en el mercado y al principio iré a ayudarla hasta poner mi propio taller, pero la cuestión es estar cerca de la casa para rescatar algo de mi antiguo hogar.

—Comprendo tu situación, Quintín –le contesta emocionado el ingeniero–, y creo que esto o cosa parecida debe sucederles a todos los trabajadores camineros que, por cumplir su deber para que progrese nuestra patria, tienen que abandonar la educación y el cuidado de sus hijos. Dame unos diez días de plazo hasta que consiga un reemplazante y te pasaré tu carta de retiro. ¡Ya buscaremos el motivo para que figure en el memorándum!

—Gracias, ingeniero, en estos días completaremos el arreglo de todo el equipo para que el nuevo jefe de maestranza empiece su trabajo sin máquinas paradas.

—El agradecimiento es para vos, Quintín, y para todos los demás que sacrificando la felicidad de sus hogares han venido a ayudarnos en la tarea de vincular este territorio abandonado por los gobiernos durante tantos años.



A las ocho de la noche, Alfredo Añez, sentado en el cómodo sillón perezoso en el corredor de su casa, descansa después de una jornada de actividad consiguiendo víveres y vacunas para enviar a la estancia. Su amigo Joaquín Chávez, con aire preocupado, lo saluda y ocupa la silla frente a él:

—Cómo has estado, Alfredo –empieza, sin disimular su preocupación.

—Yo bien, pues estuve todo el día despachando víveres y vacunas pa' la estancia –contesta Alfredo– y a vos te veo preocupado.

—Es cierto y mi problema es grave, por eso vengo a consultarte. Se trata de una letra en blanco que le firmé a un amigo y ahora los del banco me han notificado que esa letra de cambio fue aprobada para un crédito de cincuenta mil dólares y mi nombre figura como garante. Los otros dos garantes son el doctor Vargas y Tito Suárez, por cifras similares.

—¡Pero cómo se te ocurrió firmar una letra en blanco! –exclama Alfredo.

—Necesitaba un inventario un poco abultado para unos trámites y este amigo me lo consiguió, pero a cambio me solicitó como ayuda mi firma para renovar un documento por diez mil pesos y yo, confiado, no le hice llenar la cifra previamente. Ahora resulta que la cifra es cien veces mayor.

—Pero es raro porque lo normal es que el banco te haga una entrevista si vas a ser el garante –comenta Alfredo.

—Pues esta vez no lo hicieron porque todo había sido un fraude preparado con ayuda del gerente del banco y ya habían sacado tres créditos de ciento cincuenta mil dólares cuando una tarde llegaron sorpresivamente auditores de la central de ese banco y esa noche hicieron una auditoría. Parece que ya tenían datos de la situación porque no le dieron tiempo al gerente a huir y se lo llevaron preso a su país. El negocio estaba bien preparado. Se habían inventado un ganadero llamado José Joaquín Cuéllar Santiesteban, con varias estancias debidamente inscritas en el catastro y en Derechos Reales, con títulos ejecutoriados legalizados en el Ministerio de Agricultura y Ganadería, con impuestos pagados al día y con garantes tontos como nosotros que cometimos el error de confiar en la buena fe de las personas.

—¡Pero eso es increíble! –dice Alfredo.

—Así sucedió –continúa Chávez– y si no los hubieran sorprendido ya tenían firmado el certificado de defunción del ganadero para finalizar legalmente la estafa.

—¡Cómo cambian los tiempos! –comenta Alfredo, después de escuchar atónito la historia de su amigo–. Antes nos alarmábamos cuando alguien firmaba un certificado de venta por cuatro cabezas de ganado que no tenía y se le quitaba la confianza porque todos nos enterábamos. Ahora se habla de miles de dólares y se quiere cargar el problema a los amigos. Realmente esa gente debería ir a la cárcel, pero estoy seguro de que no les harán nada, y como premio a su audacia les concederán un crédito del Banco Agrícola pa' que lo paguen cuando puedan.

—Estoy pensando vender todo lo que tengo –continúa Chávez– antes de que el banco me embargue las propiedades y me contramarque el ganado.

—¿Y ya has consultado con un abogado? –pregunta Alfredo.

—Sí, y él cree que la mejor solución es que yo venda todo, aunque sea como venta ficticia. Por eso vengo a buscarte, pa' que me ayudés poniendo a tu nombre mis estancias, y como nadie tiene la vida comprada, por si acaso me firmás un documento privado.

—Yo lo haría con gusto y te agradezco la confianza, Joaquín, pero el caso es que yo he garantizado a mi hijo por un crédito de cien mil dólares y no le está yendo muy bien en los negocios. No vaya a suceder que por huir de las brasas caigas al fuego y el banco me embarque primero mis propiedades.

—En ese caso no me queda más que venderlas realmente y trabajar con ese dinero sin usar los bancos. ¡Ya buscaremos una solución! –finaliza Chávez levantándose–. Gracias de todos modos. Hasta mañana.

—Hasta mañana –le contesta Alfredo mientras observa al amigo que, cabizbajo, se aleja.



El rato menos pensado se recibe una comunicación directa del ministro de Transportes, ingeniero Julio Trigo Ramírez:

—Y de aquí a una hora debe esperarme en San Ignacio para acompañarme a hacer una inspección a la punta del camino.

—Allá lo esperaré, señor Ministro –responde el ingeniero del Servicio de Caminos.

Media hora de vuelo en avioneta, una hora en jeep y concluye la inspección con un informe que el Ministro eleva al Gabinete, sin esperar el recorrido burocrático de los informes oficiales.

Pero nada se hubiera hecho sin el apoyo económico del Departamento de Coordinación y Control de Proyectos, dependiente del Ministerio de Finanzas a cargo del ingeniero Fadrique Muñoz Reyes.

"…Hoy en la mañana he tenido una reunión con el Ministro de Transportes, el cual, una vez revisado su informe, ha ordenado al Director del Servicio Nacional de Caminos que se licite de inmediato la compra de los repuestos que ustedes necesitan y además ha indicado que se les envíe una radio para la brigada de estudios, y que en todo caso se dé prioridad a las solicitudes que ustedes hagan a ese servicio. También debo informarles que ya se han adjudicado las propuestas de las alcantarillas, y espero que estas lleguen oportunamente. Deseo felicitarle por el interés y empeño que usted pone en el trabajo que se le ha asignado y espero…".

El 10 de octubre se concluyen los estudios topográficos entre San Ignacio y San Borja y, cuando ya las aguas de inundación paralizan las actividades de movimiento de tierras, el terraplén ha llegado a orillas del río Cuverene, a 27 kilómetros de San Ignacio. Pero la parte más difícil ya está vencida y lo que falta por construir va por zona alta, libre de inundaciones.

Noticias de la prensa nacional

Presencia, *15 de agosto de 1976 - Corresponsal de Trinidad*

En la maravillosa zona del río Quiquibey se encuentra el campamento del Batallón de Ingenieros del Ejército que está a cargo de la construcción del tramo caminero Quiquibey - San Borja. Entrevistamos al capitán Carlos Monje, encargado de la construcción, para que nos informe del avance de su trabajo.

—La punta del camino –dice– está en el lado este del cerro El Pilón, última estribación de la cordillera, con 1.200 metros sobre el nivel del mar. Para poder pasar ha sido necesario efectuar grandes esfuerzos tanto de los hombres como de los cinco tractores que tenemos en la zona. El movimiento de tierras es impresionante especialmente en la parte donde se tiene que hacer grandes cortes en la montaña. Últimamente estamos moviendo un promedio de veinte mil metros cúbicos por día. Mucho tiempo nos costó vencer las partes montañosas como el Cerro Pelado, Cajones, El Pilón y otras, debido a que no teníamos buen equipo de perforación para preparar los disparos de dinamita. A fines de agosto los trabajos estarán cerca del río Yucumo y de allí se acelerará el avance porque ya comienza la llanura beniana. ¡Estaremos en San Borja antes de la fiesta!

—Otra pregunta: ¿puede informarnos sobre el impasse que tuvieron con el Jefe del Proyecto Sapecho, en el mes de diciembre?

—Lo que pasó fue que los del Servicio de Caminos quisieron avivarse y tratar de pasar con todo un equipo caminero con el pretexto de hacer una pista de aterrizaje en Yucumo, no obstante que ya está convenido que los primeros que deben llegar con maquinaria a San Borja somos nosotros.

—Pero, según informaciones, ustedes los amenazaron con ametralladoras.

—Simplemente no los dejamos pasar y ellos se quejaron a la Dirección de Caminos y al Comando de Ingeniería pero, al final, nos dieron la razón y todo quedó como antes.

Las aguas en su lento caminar hacia el Norte van inundando los campos ganaderos, dejando a su paso el pasto muerto por exceso de humedad. El ganado que se salvó de ahogarse ahora sufre por falta de alimento y los animales más débiles mueren de hambre. Pero, apenas aparece el color de la tierra, los tractores reanudan su labor de transformar el paisaje. Hasta el 3 de agosto se tiene un avance total de 40 kilómetros y el ingeniero de caminos informa en conferencia de prensa:

—Tenemos el plan de construir dos kilómetros por día hasta completar los cien que faltan para llegar a San Borja. Como la zona es alta solamente haremos un mínimo terraplén y el próximo año lo completaremos a rasante; inclusive, si las condiciones económicas mejoran, se puede ripiar y hasta pavimentar el camino.

—O sea –dice un periodista– que, si se cumple su plan, antes de la fiesta de San Borja se completará el trabajo.

—Así es –responde el ingeniero–. Lo único que nos preocupa es que los tractores del Batallón de Ingenieros General Román también avancen con el mismo ritmo y se puedan unir los dos caminos el 10 de octubre. Ya nos hemos puesto en contacto con el general Hugo Bretel y se nos ha garantizado que los trabajos del batallón van a ser acelerados con dos turnos.

El 3 de octubre los tractores del Servicio de Caminos rugen a orillas del río Maniqui, frente a San Borja, después de haber cumplido su parte.

Los extremos en Mojos ahora muestran un panorama de tierra partida por la espantosa sequía que afecta principalmente al sector ganadero. En los mismos campos que cinco meses atrás estuvieron inundados ahora no se encuentra alimento vegetal para el ganado y el trabajo del peón de estancia se ve aumentado con la obligación de arrear diariamente todo el hato a su cargo en busca de alguna laguna que permita calmar la sed de esos pobres animales.

—La sequía va a continuar –le dice Alfredo Añez a su capataz, mientras cabalgan arreando el ganado– porque, si te fijás en el color del atardecer, le darás la razón al que dijo alguna vez: “cielo rojo al poniente, buen tiempo al día siguiente”.

—Eso lo sabemos todos aquí, patrón –contesta el mayordomo–, así que tendremos que seguir nomás arreando el ganado cada día hasta la Laguna de los Ciervos.

En El Chiverío, para completar el panorama de la sequía, se ha presentado la fiebre aftosa.

—Nunca se puede tener la seguridad de que las vacunas no están pasadas –se lamenta Alfredo Añez al ver los estragos que van mermando

su ganado–. Tal vez estaban buenas cuando me las vendieron en la farmacia y en el transporte se han malogrado, pero yo creo que me las dieron pasadas porque las traje en avioneta, personalmente, usando termos con hielo y luego fueron directo al refrigerador.

—A veces no es problema de transporte, sino que así las venden los fabricantes extranjeros –comenta Juanito Nojune, que ha envejecido junto a su patrón y continúa en el cargo de capataz de la estancia.

—De todos modos –dice Añez– entre la sequía, la falta de pastos y la uñeta hemos perdido más de doscientas cabezas, la mayoría de raza cebú, de las que le compré al banco.

—Siempre se ha sufrido de los mismos problemas en el Beni, patrón –dice Juanito tratando de consolarlo.

—Yo sé que estas cosas han sucedido siempre, pero es que antes no costaba tanto hacer ganadería. En cambio, ahora es un montón de plata lo que cuesta mantener una estancia si contamos los sueldos, los alimentos pa' la olla que antes no se compraban en el pueblo, la ropa de los peones, los remedios pa'l peón y toda su familia, etcétera. Y para poder pagar cada expreso de avioneta hay que vender dos vacas.

—Así es, patrón –contesta Juanito–, pero ahora una vaca cuesta también su buena platita.

—Yo sé que el precio está pasable –añade Alfredo–, pero los riesgos son cada día más. Como ejemplo te cuento que tengo pendientes de pago en BECASA dos vuelos que hice hace más de tres meses y creo que les voy a hacer nomás la cruz porque según he sabido la Beneficiadora de Carne está en quiebra y, pa' colmo de males, en el Congreso de Ganaderos de Guayaramerín han decidido que entre todos los ganaderos paguemos las pérdidas ocasionadas por la incapacidad de los que tenían a su cargo esa empresa.

—Cálmese, patrón –dice el mayordomo al verlo exaltado.

—Qué me voy a calmar si encima de esto los malditos del banco me tienen notificado con que van a rematar la estancia con todos sus puestos instalados más el ganado que queda. ¡No sé qué voy a hacer porque lo que debe Pablito es mucho dinero y no tengo con qué pagar!

—Pero podría venderse algo de ganado, patrón –se anima a decir el mayordomo.

—No te imaginás la cantidad de dinero que se necesita pa' pagar la deuda, Juanito, y lo peor es que con estos 65 años que llevo encima ya no estoy pa' empezar de nuevo. Lo mismo le va a suceder a Joaquín Chávez, que por garantizar a un amigo también su propiedad está en las listas para remate.

—Pero ¿acaso no estaba Pablito trabajando con tractores en la zona de Guarayos? –pregunta Juanito.

—Estaba –contesta el patrón, moviendo la cabeza de arriba hacia abajo–, pero no supieron administrar las cosas y, como no entendían de mecánica ni de tractores, se paraba una máquina y hasta que conseguían el repuesto había que pagar sueldos sin avanzar ni un metro de camino, hasta que les agarró la época de lluvias y completó la situación. Dejaron de pagar las cuotas de los tractores y la firma comercial se los quitó, con lo que quedaron parados sin poder cumplir el contrato y Pablito ha perdido todo el dinero del préstamo.

En silencio, preocupados por la situación, los dos jinetes, amigos más que empleado y patrón, regresan en silencio a la hacienda. Frente a ellos el sol se ve como un disco rojo por la densa humareda del ambiente y se va perdiendo en el horizonte dejando el mundo en tinieblas, igual que la mente de Alfredo que no encuentra una salida honrosa a su problema.



—Se ha decidido –explica el ministro de Transportes en su despacho– que después de los festejos del 20 de Octubre, aniversario de la fundación de La Paz, saldrá la caravana que llegará hasta Trinidad. Ya se han mandado a imprimir las invitaciones especiales para los embajadores y las autoridades más representativas.

—Hay más de ochenta movilidades de doble tracción, entre jeeps y vagonetas, comprometidas a integrar la caravana –añade el director del Servicio Nacional de Caminos.

Después de escuchar las noticias y los preparativos, el ingeniero jefe del Proyecto San Ignacio pregunta:

—¿Y han tomado en cuenta que en el Almanaque Bristol dice que del 16 al 19 de octubre posiblemente habrá lluvias a lo largo del río Marañón y, como la luna nueva es el 22, ese anuncio seguro que se cumple?

—Eso es cierto –añade don Fadrique– y, como no podemos arriesgarnos a que nos caiga una lluvia antes de que salga la caravana, tenemos que avisar al Presidente para que adelante el viaje y si no se han repartido aún las invitaciones debe cambiarse la fecha –y sacando un pequeño almanaque continúa–. Las movilidades podrán salir el sábado para llegar el domingo 17 a Trinidad –luego dirigiéndose al ingeniero Balderrama le pregunta–, ¿será posible llegar en dos días?

—Bueno, es posible llegar en ese tiempo, pero creo que sería mejor si se avanza con la caravana el sábado hasta Palos Blancos para poder continuar

bien temprano el día domingo, almorzar en San Borja y pernoctar nuevamente en San Ignacio. Eso permitiría cruzar todos los carros durante el día tanto por el río Maniqui como por el Mamoré. Así se ingresaría a Trinidad a mediodía del lunes 18.

—Creo que es buena idea –dice el ministro Trigo–. Vamos a consultar con el general Banzer y le haremos conocer el cambio de planes. Esta tarde sabremos la última palabra. Muchas gracias, señores, por sus informes.

El 10 de Octubre, fiesta patronal de San Borja, las máquinas del Batallón de Ingenieros ingresan a la plaza, realzando la fiesta con su presencia está el presidente Banzer acompañado de los trabajadores del Batallón y del Servicio de Caminos.

Se define que el viaje de la Caravana de la Amistad salga de La Paz el sábado 16.

A las siete de la mañana, en la Plaza Murillo, frente al Palacio de Gobierno, casi un centenar de vehículos esperan la orden de partida en su marcha hacia las desconocidas regiones del Beni.

Madres, esposas y hermanas despiden a los viajeros. Hay algunas que no pueden contener las lágrimas pues aún piensan que el Beni es una región donde las víboras se cruzan por las calles mientras los tigres están esperando que alguien se aleje un poco de los centros poblados para atacarlo. Y cuando piensan que para llegar a destino se tiene que atravesar un camino que va por selvas vírgenes, llenas de indios salvajes, las recomendaciones de cuidado y precaución aumentan la tensión del ambiente.

El ruido de los motores aumenta y la caravana inicia la primera etapa del viaje: La Paz - río Alto Beni. Siete horas de viaje para descansar en el campamento del Servicio de Caminos ubicado en Palos Blancos y en la Colonia Militar de Tomonoco.

—Hasta aquí todavía es terreno conocido –comentan por la noche los viajeros–. Recién mañana podremos ver el camino nuevo.

—En ese caso mejor nos acostamos temprano para poder aguantar el largo viaje que nos espera y para que no estemos mañana llorando de dolor de espalda.

—¡Hasta mañana!

En San Ignacio, desde hace varios días la actividad es intensa, ultimando detalles.

—Emilio se encargará –instruye el ingeniero del Proyecto San Ignacio– de entregar las tarjetas de alojamiento para cada una de las delegaciones. Óscar y Bernardo esperarán con las cervezas frías a la entrada del pueblo

de San Ignacio… El ingeniero Hinojosa ya tiene listo su puente flotante de balsas en el río Maniquí y ojalá que no llegue un turbión para que no sea difícil el cruce de los 83 vehículos… Yo estaré con Yulo y Antonio Carvalho, corresponsal de *El Diario*, en el río Quiquibey esperando la caravana.

Todo está organizado. Carlos Martínez queda encargado de que todos los detalles se cumplan al pie de la letra. Se han analizado las posibles variantes en caso necesario. Los pontones en el río Mamoré, su capacidad, el tiempo que tarda cada uno para hacer la travesía, las balsas en el río Maniqui por si un turbión de última hora destruye el puente flotante, la cantidad de camas para el alojamiento en San Ignacio, la comida, la fiesta por la noche y un sinfín de otras cosas que parecen insignificantes pero que pueden hacer que fracase la marcha al Oriente.

La masa granítica y el bello paisaje que forma el río Quiquibey, límite departamental entre La Paz y el Beni, sirven de marco a un puente provisional metálico y al camino, que demuestran que la mano del hombre ya estuvo en ese hermoso lugar alejado de la civilización. Se instala la carpa y, mientras los miembros del Comité de Recepción se dan un baño en las cristalinas aguas del río, un emisario del coronel Terán, comandante del Batallón Román que tiene su campamento al otro lado del río, llega con una invitación para visitar las instalaciones del regimiento.

—Hemos preparado la recepción a la Caravana de la Amistad –explica el comandante– que se hará en el puente metálico donde estará formado todo el batallón.

—¿Y esos letreros que hay en el puente, coronel? –pregunta el escritor Carvalho.

—¡Ah! –exclama el coronel Terán–. Eso fue ocurrencia de uno de los capitanes. Así tenemos a este lado "Buen viaje, pues" y al lado beniano "Bienvenidos, puej". Es una idea original que les va a gustar a los viajeros.

La charla continúa mientras se toman unos vasitos de singani para entrar en ambiente. Se habla de los problemas en la elaboración de los planes de colonización, del inmenso potencial económico que tiene esa región y de lo que debería hacer el gobierno. Al final, el coronel Terán dice:

—Supongo que aceptarán nuestra hospitalidad y se vendrán a dormir a nuestra casa de huéspedes.

—No se puede, coronel –contesta el ingeniero del Servicio de Caminos–. Le agradecemos la invitación, pero no tenemos autorización para viajar a La Paz, así que nos quedamos nomás en el Beni, o sea, al otro lado del puente.

A las cuatro de la mañana comienzan a pasar los camiones del regimiento con sus efectivos rumbo a San Borja. ¡Habían recibido una orden radiográfica de replegarse junto con sus tractores!

A esa misma hora los integrantes de la caravana están tomando su desayuno y alistando sus automóviles para cumplir la segunda etapa del viaje. Se ha fijado como hora de salida las seis de la mañana.

—¡Que todos los choferes revisen agua, aceite y baterías! –indica el ingeniero mecánico del Servicio de Caminos, dirigiéndose a los conductores de los carros que participan en la caravana–, y tienen que apurarse porque no tarda en llegar el señor Presidente desde Tomonoco.

A las seis menos cuarto la columna de vehículos con la vagoneta presidencial a la cabeza se pone en movimiento.

Los pobladores de la zona, parados a la vera del camino, ven pasar los vehículos y saludan alborozados, pensando en los colonos de tierra adentro que hoy tendrán comunicación terrestre y podrán igual que ellos, algún día, trasladar los productos de la tierra hasta los mercados de consumo.

Los niños, con sus vientres abultados, también saludan el paso de su Presidente sin comprender la significación histórica de este acontecimiento.

Han pasado 132 años desde que el explorador José Agustín Palacios Pinto recorriera a pie la senda que había entre San Borja y Santa Ana de Mosetenes, y de allí por el valle del río Bopi para llegar a Chulumani, en la comisión que le encargara el presidente José Ballivián.

—¡Ya viene! –exclama entusiasmado el chofer que desde su puesto de vigía, cien metros antes del río Quiquibey, ve acercarse la fila de vehículos dejando una estela de polvo en el camino. Antonio Carvalho está listo para filmar la escena en el momento en que los carros pasen el puente e ingresen al territorio beniano. El ingeniero distrital de caminos espera que los viajeros desciendan de sus movilidades y da la bienvenida al Presidente Banzer. Breves comentarios y sigue el viaje hasta llegar a La Embocada, pequeña población agrícola ubicada en el último filón de bosque y luego, la pampa.

—Fue como si de pronto, después de estar en un sótano oscuro –explica un integrante de la Caravana de la Amistad–, hubiéramos salido a un gran patio donde el sol nos encegueció con su esplendor. Es un cambio de panorama tan brusco que el viajero queda atónito por la belleza que se le presenta.

—Después de andar por ese bosque alto y montañoso –completa otro– no esperábamos encontrarnos tan de golpe con la pampa. No se

puede explicar y hay que conocer esta región para poder decir que uno conoce Bolivia. ¡Esto es algo diferente!

Los comentarios son expresados mientras se sirven el almuerzo ofrecido por los pobladores de San Borja, que alborozados no saben cómo demostrar la alegría de sentirse parte de Bolivia después de haber permanecido aislados por tantos años, al igual que los demás habitantes del Beni.

Mientras tanto, en el puerto sobre el río Maniquí, dos kilómetros adelante, bajo el sol candente, la actividad es intensa para conseguir cruzar los 83 vehículos por un puente flotante hecho con troncos de madera balsa. El problema se complica porque algunos choferes irresponsables han venido consumiendo bebidas alcohólicas durante el viaje y no están en condiciones de manejar sus vehículos.

—Haga el favor de entregar la llave de su carro –ordena el ingeniero distrital de caminos que está dirigiendo las operaciones de trasbordo en el río– porque en esas condiciones lo único que conseguirá es hundir el jeep y paralizar toda esta operación.

Algunos comprenden la difícil situación y entregan las llaves, pero es necesario utilizar la fuerza militar para convencer a otros.

A las dos y media de la tarde empieza la carrera porque, al ver la plataforma del camino bien nivelada, nadie se priva del placer de pisar el acelerador y los 140 kilómetros hasta San Ignacio son vencidos en algo más de dos horas.

A orillas del río Apere, los alumnos de la escuela agitan sus pequeñas banderitas tricolores al paso de los vehículos. El general Banzer detiene su carro y desciende para saludar a su amigo, el ganadero Alfredo Añez, que desde su estancia ha venido a esperar el paso de la caravana.

—Bienvenido, señor Presidente –dice al estrecharle la mano.

—Muchas gracias, don Alfredo –le contesta el general Banzer–. Por fin pudimos venir a visitar sus propiedades.

—Le agradezco, señor Presidente –continúa Añez–. Primero, por el honor de parar su caravana solo por saludar a este humilde ganadero y, después, y a nombre de todo el Beni, por el camino que durante tantos años hemos estado esperando.

—Esa era una tarea que nos impusimos hace tiempo –dice el general Banzer– y que recién ahora hemos podido cumplir. Espero que de aquí en adelante el Beni pueda comercializar, con un mínimo de costo de transporte, su carne hasta los mercados de consumo. ¿A usted cómo le ha ido con su ganadería?

—Señor Presidente, en realidad la situación no es muy buena –dice Añez mientras busca las palabras adecuadas para expresar su opinión–.

Este camino que durante tantos años se nos prometió ha llegado un poco tarde. De los ganaderos que soportamos todas las calamidades sin ninguna ayuda del gobierno ya no quedan muchos, la mayoría ha muerto esperando esta vinculación. La Guerra del Chaco, el cuereaje, los abigeatistas, las enfermedades del ganado sin atención oportuna de vacunas y remedios, las inundaciones, las sequías y por último los intereses de los bancos nos han llevado a la ruina. Yo creo que hoy termina la época en que el ganadero podía hacer su actividad sin mucho capital y autoabasteciéndose de productos agrícolas con ayuda de su familia y sus peones solamente. Ese ganadero ya no podrá gozar de las ventajas que traerá este camino. De todos modos, esta es una obra que para el Beni es de vital importancia y ya vendrán nuevos capitales, llegarán profesionales, se hará un repoblamiento ganadero, se darán facilidades mediantes créditos a largo plazo y bajo interés, las instituciones correspondientes facilitarán la sanidad animal con la fabricación de vacunas en el Beni y, en fin, que será otra época para la ganadería. Así muy pronto veremos, o mejor dicho verán mis hijos o mis nietos, nuevamente las pampas llenas de ganado, como era antes. Vea, señor Presidente, cómo son las cosas en otros países… Hace cuarenta años fuimos a pelear contra el Paraguay y, si bien es cierto que defendimos la zona petrolera, perdimos un inmenso territorio que para nosotros siempre fue inútil, pero que ahora alberga más de siete millones de cabezas de ganado de raza. Mientras que en las pampas del Beni, por falta de incentivo estatal, apenas pasamos del millón. ¡Si este camino se hubiera construido hace cuarenta años otro panorama se tuviera hoy!

—Oiga, don Alfredo –le corta el Presidente–, por qué no se acopla a nuestra caravana y en Trinidad me sigue explicando todo esto con más calma.

—No es necesario, señor Presidente –contesta Añez–, porque allá los técnicos de la Federación de Ganaderos le mostrarán con cifras todo el panorama. De todos modos, gracias por la invitación.

—Don Alfredo –concluye Banzer despidiéndose–, el rato que usted pueda viajar a La Paz no dude de presentarse en el Palacio de Gobierno. Aquí le dejo esta tarjeta especial para facilitarle el pase.

—Muchas gracias, señor Presidente, que tenga buen viaje.

—Hasta luego, don Alfredo.

Y los viajeros continúan mientras Alfredo se queda a la vera del camino esperando a su hijo Fernando, que llega en un jeep del Servicio de Caminos.

—¿Pero no llegarás hasta Trinidad? –le pregunta el ingeniero Camacho, al ver que el jefe de la brigada topográfica baja con su maletín de viaje.

—No, ingeniero, aquí está mi padre y como tengo unos días de vacación quiero quedarme con él.

—Buenas tardes, señor Añez –dice Camacho, bajando del carro al encuentro de Alfredo que se ha acercado al jeep–. Aquí le dejo a su hijo sano y salvo.

—Ingeniero Camacho, me alegra verlo por estos trechos y lo felicito por haber culminado con la construcción de este camino tan importante para el Beni.

—Gracias, don Alfredo –contesta–. A la vuelta retornaré por esta misma ruta. Deseo quedarme unos dos días en su estancia y, como Fernando me ha invitado, le ruego me considere su huésped.

—Es un honor para mí, ingeniero, que se quede en mi casa por unos días. Lo estaré esperando con caballos en este mismo lugar.

Y mientras padre e hijo continúan el viaje a caballo hacia la estancia El Chiverío, los carros van llegando a San Ignacio, donde se ha preparado una fiesta general con bailes folclóricos.

—Como justo agradecimiento del pueblo ignaciano –expresa en su discurso la Alcaldesa de San Ignacio de Moxos, señora Nelly Vélez de Abularach– hacia el único Presidente de Bolivia que quiso unir a los bolivianos mediante la construcción de caminos, por voluntad de todos los habitantes de este pueblo, hemos resuelto que la plaza principal lleve el nombre del general Hugo Banzer Suárez.

Emocionado, el Presidente agradece la distinción. Luego, todos buscan su alojamiento.

—Ingeniero, perdimos el control de las tarjetas para alojamiento.

—¿Pero qué ha pasado? –pregunta el ingeniero de caminos–. Si todo estaba bien organizado.

—Así era, pero llegó el ministro de Urbanismo y no quiso el alojamiento que le habíamos preparado y se fue donde su compadre Rivero, y el ministro de Transportes ha ordenado que todos los militares vayan al campamento y se les busque otra ubicación a los empleados del Servicio de Caminos.

—Bueno, traten de solucionar las cosas hasta donde se pueda, y a los que queden sin cama prométanles que esta noche durante el baile se les indicará el lugar de alojamiento.

—¡Qué te parece! –dice Martínez–. Cuando todo estaba perfectamente organizado se produce el desastre. Hay casas donde están sobrando camas, pero ya no sabemos cuáles son.

—Calma, calma, Carlitos –le contesta el ingeniero distrital–. Ya una vez le sucedió una cosa similar a don Fadrique Muñoz cuando dirigía el

campamento de YPFB en Camiri y ahora vamos a solucionar nuestro problema de la misma forma. A los que no tengan cama se les promete que esta noche, durante el baile del Club Social, les daremos ubicación y cuando se retire el señor Presidente hacemos apagar la luz del pueblo dejando lámparas encendidas en el Club Social y así el que no conozca su alojamiento amanece bebiendo.

A las cinco de la mañana sale el primer grupo comandado por el Ministro de Transportes y a las siete le sigue el Presidente de la República, manejando una vagoneta y con la Primera Dama de la nación como acompañante.

Hora y media de viaje hasta el río Mamoré, donde 15 embarcaciones se encargan del trasbordo de las movilidades, que prosiguen su marcha hasta el río Ibare, distante a ocho kilómetros de Trinidad, donde se colocan en fila todos los carros para hacer su ingreso triunfal, precedidos de todas las movilidades de la capital beniana. El pueblo en los bordes del camino forma dos extensas filas que vitorean a la caravana.

El 18 de octubre de 1976 se declara Día de la Integración Nacional y cuando las autoridades, ubicadas en el atrio de la Catedral, se dirigen al pueblo beniano en efusivos discursos, el cielo se vacía torrencialmente obligando a los oyentes a refugiarse en las galerías de los edificios vecinos.

El acto continúa en los salones de la Prefectura, siendo transmitido por las emisoras locales y nacionales.

—Pueblo de Bolivia –dice el general Banzer– la obra que hoy inauguramos es una de las más importantes en la construcción de la nueva patria… Esta obra no hubiera sido posible sin el esfuerzo de dos instituciones que mancomunadamente ejecutaron el proyecto: El Comando de Ingeniería del Ejército y el Servicio Nacional de Caminos, a los que tengo la satisfacción de distinguir con la máxima condecoración que el país otorga a sus servidores: El Cóndor de los Andes.

En la pared del Palacio de Justicia hay un papel pegado con tachuelas. Alguien, entre los que esperan que la lluvia calme su furor, levanta la vista y empieza a leer:

Aviso de remate

El Juez Instructor… seguido por el Banco… contra Alfredo Añez, garante de… remata las propiedades ganaderas llamadas El Chiverío, La Bellacada y La Chacotera con setecientas cincuenta cabezas de ganado, corrales, casas de hacienda, etc. al precio base de… El remate se verificará el día…

Fin



En el marco de la celebración de los 200 años de la Independencia de Bolivia, en 2025, la Vicepresidencia del Estado Plurinacional, a través de su Centro de Investigaciones Sociales (CIS), determinó la creación de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB), cuyo propósito principal es seleccionar, publicar y difundir 200 de las más representativas obras del pensamiento y conocimiento de nuestro país para promover la lectura, el estudio y la investigación de lo boliviano, fortalecer el sistema educativo y la reflexión sobre la identidad plural de Bolivia.

La BBB es un proyecto editorial que toma en cuenta aspectos cronológicos, históricos, geográficos, étnicos, culturales, lingüísticos, etc., con la intención de conformar una colección de obras representativas de y para la historia de nuestro país en cuatro colecciones: historias y geografías; letras y artes; sociedades; y diccionarios y compendios.

Historias y geografías

1. Alarcón, Ricardo: *Bolivia en el primer centenario de su Independencia*
2. Albó, Xavier y Barnadas, Josep: *La cara india y campesina de nuestra historia*
3. Anónimo: *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia*; Pentland, Joseph: *Informe sobre Bolivia* (libro fusionado)
4. Armentia, Nicolás: *Relación histórica de las Misiones Franciscanas de Apolobamba*
5. Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé: *Historia de la Villa Imperial de Potosí*
6. Arze Aguirre, René: *Participación popular en la Independencia de Bolivia*
7. Bakewell, Peter: *Mineros de la montaña roja. El trabajo de los indios en Potosí*; Mitre, Antonio: *Los patriarcas de la plata*; Tandeter, Enrique: *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826* (libro fusionado)
8. Baptista Gumucio, Mariano: *Cartas para comprender la historia de Bolivia* (publicado)
9. Barnadas, Josep: *Charcas. Orígenes históricos de una sociedad colonial*
10. Barragán, Rossana: *Espacio urbano y dinámica étnica. La Paz en el siglo XIX*
11. Block, David: *La cultura reduccional de los llanos de Mojos*
12. Cajías, Fernando: *La provincia de Atacama*
13. Calancha, Antonio: *Crónica moralizada*
14. Choque, Roberto: *La masacre de Jesús de Machaqa*
15. Chungara, Domitila (Moema Viezzer): *Si me permiten hablar*
16. Coímbra, Juan: *Siringa. Memorias de un colonizador del Beni* ; Pinto Parada, Rodolfo: *Arreando desde Mojos* (libro fusionado [publicado])
17. Combès, Isabelle: *Etno-historias del Isoso. Chané y chiriguanos en el Chaco boliviano*
18. Condarco, Ramiro: *Zárate, el "temible" Willka*
19. Condori, Leandro; Mamani, Carlos y THOA: *El escribano de los caciques apoderados*; *Taraqu, 1866-1935: Masacre, guerra y renovación en la biografía de Eduardo L. Nina Qhispi*; *El indio Santos Marka T'ula*… (libro fusionado)
20. Crespo, Alberto: *Esclavos negros en Bolivia*; Inge Buisson-Wolff: *Negerklavereiundnegerhandel in Hochperu 1545-1640* [*Esclavitud y tráfico de negros en Alto Perú*] (libro fusionado)
21. Dalence, José María: *Bosquejo estadístico de Bolivia*
22. De Ribera, Lázaro: *Moxos: Descripciones e historia fiel de los indios, animales e plantas de la provincia de Moxos en el virreinato del Perú*
23. De Viedma, Francisco: *Descripción geográfica y estadística de Santa Cruz de la Sierra*; Comajuncosa, Antonio; Hanke, Tadeo y La Cueva, Francisco: *Otros* (libro fusionado)

24. Del Valle, María Eugenia: *Historia de la rebelión de Túpac Catari*
25. D' Orbigny, Alcide: *Viajes por Bolivia*
26. Dunkerley, James: *Rebelión en las venas*
27. Escobari, Jorge: *Historia diplomática de Bolivia*
28. Finot, Enrique: *Historia de la conquista del oriente boliviano*; García Recio, José María: *Análisis de una sociedad de frontera: Santa Cruz de la Sierra en los siglos XVI-XVII* (libro fusionado)
29. Gamarra, Pilar: *Amazonia norte de Bolivia: economía gomera (1870-1940)*
30. Guevara, Ernesto: *Diario del Che en Bolivia*
31. Irurozqui, Marta: "*A bala, piedra y palo": La construcción de la ciudadanía política en Bolivia*
32. Klein, Herbert: *Orígenes de la revolución nacional boliviana*
33. Larson, Brooke: *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia: Cochabamba 1550-1900*
34. Lofstrom, William: *La Presidencia de Sucre en Bolivia*
35. Lora, Guillermo: *Historia del movimiento obrero*
36. Mendoza, Gunnar: *Obra reunida*
37. Mendoza, Jaime: *Obra reunida*: *El Macizo Boliviano* y *El factor geográfico en la nacionalidad boliviana* (publicado)
38. Mercado, Melchor María: *Álbum de paisajes, tipos humanos y costumbres de Bolivia (1841-1869)*
39. Montes de Oca, Ismael: *Geografía y recursos naturales de Bolivia*
40. Moreno, Gabriel René: *Últimos días coloniales en el Alto Perú*
41. Parkerson, Phillip: *Andrés de Santa Cruz y la Confederación Perú-Boliviana*
42. Pärssinen, Martti: *Tawantinsuyo*
43. Platt, Tristan: *Estado boliviano y ayllu andino. Tierra y tributo en el Norte de Potosí* (publicado)
44. Platt, Tristan; Harris, Olivia y Bouysse-Cassagne, Thérèse: *Qaraqara-Charka*
45. Poma de Ayala, Guamán: *Nueva corónica y buen gobierno*
46. Querejazu, Roberto: *Guano, salitre y sangre. Historia de la Guerra del Pacífico*
47. Querejazu, Roberto: *Masamaclay: Historia política, diplomática y militar de la Guerra del Chaco*
48. Roca, José Luis: *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado nacional en Charcas*
49. Rodríguez, Gustavo: *Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia*
50. Sanabria, Hernando: *Obra reunida* (*En busca de El Dorado*; *Apiaguaiqui Tumpa. Biografía del pueblo chiriguano y su último caudillo*; *Breve historia de Santa Cruz*)
51. Serulnikov, Sergio: *Revolución en los Andes. La era de Túpac Amaru*
52. Soux, María Luisa: *El complejo proceso hacia la independencia de Charcas*
53. Suárez, Nicolás: *Anotaciones y documentos sobre la campaña del Alto Acre, 1902-1903*
54. Thomson, Sinclair: *Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*
55. Trigo, Eduardo: *Tarija en la independencia del Virreinato del Río de la Plata*
56. Vargas, José Santos: *Diario de un comandante de la Guerra de la Independencia* (publicado)
57. Vázquez Machicado, Humberto: *Obra reunida*
58. Wachtel, Nathan: *El regreso de los antepasados. Los indios urus de Bolivia del siglo XX al XVI. Ensayo de historia regresiva*
59. *Antología de arqueología*
60. *Antología de biografías*
61. *Antología de ciencias de la tierra*
62. *Antología de cronistas coloniales de Charcas*
63. *Antología de diarios de viajes y expediciones*
64. *Antología de documentos históricos fundamentales de Bolivia* (publicado)
65. *Antología de estudios regionales*
66. *Antología de folletos*
67. *Antología de la problemática marítima*
68. *Atlas general e histórico de Bolivia*
69. *Nueva historia general de Bolivia*

Letras y artes (72)

70. Aguirre, Nataniel: *Juan de la Rosa* (publicado)
71. Alfaro, Óscar: *Obra reunida*
72. Antezana J., Luis H.: *Ensayos escogidos*
73. Arguedas, Alcides: *Raza de bronce*
74. Bascopé Aspiazu, René: *Obra reunida*
75. Bedregal, Yolanda: *Obra reunida*
76. Borda, Arturo: *El Loco*
77. Camargo, Edmundo: *Obra reunida*
78. Cárdenas, Adolfo: *Periférica Blvd.*
79. Cerruto, Óscar: *Obra reunida* (dos volúmenes)
80. Céspedes, Augusto: *Sangre de mestizos*
81. Chirveches, Armando: *Obra reunida*
82. Costa du Rels, Adolfo: *El embrujo del oro*
83. De la Vega, Julio: *Matías, el apóstol suplente*
84. Echazú, Roberto: *Poesía completa* (publicado)

85. Gerstmann, Roberto: *Bolivia: 150 grabados en cobre*
86. Gisbert, Teresa y Mesa, José: *Historia del arte en Bolivia*
87. Gisbert, Teresa: *Iconografía y mitos indígenas en el arte*
88. Gumucio, Alfonso: *Historia del cine boliviano*
89. Guzmán, Augusto: *Obra reunida*
90. Jaimes Freyre, Ricardo: *Obra reunida*
91. Lara, Jesús: *Yanacuna* (*Yawarninchij*)
92. Medinaceli, Carlos: *La Chaskañawi*
93. Medinaceli, Carlos: *Obra reunida*
94. Mitre, Eduardo: *Obra reunida*
95. Montes, Wolfango: *Jonás y la ballena rosada*
96. Moreno, Gabriel René: *Obra reunida*
97. Mundy, Hilda: *Obra reunida* (publicado)
98. Otero Reiche, Raúl: *Obra reunida*
99. Paz Soldán, Edmundo: *Río fugitivo*
100. Pentimali, Michella; Gisbert, Teresa; Paz, Valeria; Calatayud, Jacqueline: *Bolivia: los caminos de la escultura*
101. Piñeiro, Juan Pablo: *Cuando Sara Chura despierte*
102. Poppe, René: *Interior mina*
103. Quiroga Santa Cruz, Marcelo: *Los deshabitados*
104. Querejazu, Pedro: *Las misiones jesuíticas de Chiquitos*
105. Querejazu, Pedro: *Pintura boliviana en el siglo xx*
106. Reynolds, Gregorio: *Obra reunida*
107. Rocha Monroy, Ramón: *El run run de la calavera*
108. Saenz, Jaime: *Felipe Delgado*
109. Saenz, Jaime: *Obra reunida*
110. Salazar Mostajo, Carlos: *La pintura contemporánea en Bolivia*
111. Sanjinés, Javier: *Literatura contemporánea y grotesco social en Bolivia*
112. Shimose, Pedro: *Obra reunida*
113. Sotomayor, Ismael: *Añejerías paceñas*
114. Spedding, Alison: *De cuando en cuando Saturnina*
115. Suárez, Jorge: *Obra reunida*
116. Suárez Araúz, Nicomedes: *Obra reunida*
117. Tamayo, Franz: *Obra reunida* (dos volúmenes)
118. Terán Cabero, Antonio: *Obra reunida*
119. Urzagasti, Jesús: *Obra reunida* (dos volúmenes)
120. Vaca Guzmán, Santiago: *Obra reunida*
121. Viaña, José Enrique: *Cuando vibraba la entraña de plata* (publicado)
122. Wicky, Jean Claude: Bolivia: *Mineros*
123. Wiethüchter, Blanca y Paz Soldán, Alba María: *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*
124. Wiethüchter, Blanca: *Obra reunida*
125. Zamudio, Adela: *Obra reunida*
126. *Antología de la arquitectura en Bolivia*
127. *Antología de la caricatura en Bolivia*
128. *Antología de crónica literaria y periodística*
129. *Antología del cuento boliviano* (publicado)
130. *Antología de ensayo y crítica literaria en Bolivia*
131. *Antología de fotografía boliviana*
132. *Antología de gastronomía boliviana*
133. *Antología de literatura aymara*
134. *Antología de literatura colonial*
135. *Antología de literatura infantil y juvenil de Bolivia* (publicado)
136. *Antología de literatura quechua*
137. *Antología de literatura de tierras bajas*
138. *Antología sobre la música en Bolivia*
139. *Antología de poesía boliviana*
140. *Antología de tradición oral en Bolivia*
141. *Antología de teatro boliviano*

Sociedades (49)

142. Albarracín, Juan: *Sociología boliviana contemporánea*
143. Albó, Xavier: *Obra reunida*
144. Almaraz, Sergio: *Obra reunida*
145. Anónimo: *El manuscrito Huarochirí*
146. Arguedas, Alcides: *Pueblo enfermo*
147. Arze, José Antonio: *Obra reunida*
148. Baptista Caserta, Mariano: *Páginas escogidas*
149. Bouysse-Cassagne, Thérèse; Harris, Olivia; Platt, Tristan y Cereceda, Verónica: *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*
150. Díez Astete, Álvaro: *Compendio de etnias indígenas y ecorregiones Amazonia, oriente y Chaco*
151. Francovich, Guillermo: *Obra reunida*
152. García Jordán, Pilar: *Unas fotografías para dar a conocer al mundo la civilización de la república guaraya*
153. García Linera, Álvaro: *Obra reunida*
154. Gianecchini, Doroteo: *Historia natural, etnográfica, geográfica, lingüística del Chaco boliviano*
155. Guillén-Peñaranda y Pérez, Elizardo: *Warisata, la escuela ayllu; Utama* (libro fusionado)
156. Holmberg, Allan y Stearman, Allyn: *Nómadas del arco largo: los sirionó del oriente boliviano; No más nómadas* (libro fusionado)

157. Hurtado, Javier: *El katarismo* (publicado)
158. López Menéndez, Felipe y Barnadas, Josep: *Compendio de historia eclesiástica de Bolivia*; *La Iglesia Católica en Bolivia* (libro fusionado)
159. Marof, Tristan: *Obra reunida*
160. Montenegro, Carlos: *Nacionalismo y coloniaje* (publicado)
161. Murra, John: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*
162. Ovando, Jorge: *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*
163. Quiroga Santa Cruz, Marcelo: *Obra reunida*
164. Reinaga, Fausto: *La revolución india*
165. Reyeros, Rafael: *Historia social del indio boliviano. "El pongueaje"*
166. Riester, Jürgen: *Obra reunida*
167. Rivera, Silvia: *Oprimidos pero no vencidos*
168. Romero Pittari, Salvador: *Obra reunida*
169. Saignes, Thierry: *Obra reunida*
170. Urquidi, Arturo: *Obra reunida*
171. Van den Berg, Hans: *Obra reunida*
172. Villamil de Rada, Emeterio: *La lengua de Adán* (publicado)
173. Zavaleta Mercado, René: *Obra reunida*
174. *Antología de antropología de tierras altas*
175. *Antología de antropología de tierras bajas*
176. *Antología de ciencias políticas bolivianas*
177. *Antología de ciencias de la vida*
178. *Antología sobre ciudad, mestizaje y economía popular*
179. *Antología del deporte boliviano*
180. *Antología de economía en Bolivia*
181. *Antología de educación en Bolivia*
182. *Antología de farmacopea indígena*
183. *Antología de filosofía boliviana*
184. *Antología sobre las Fuerzas Armadas y la Policía*
185. *Antología sobre la hoja de coca*
186. *Antología sobre el minero y la minería en Bolivia*
187. *Antología del periodismo y estudios de comunicación*
188. *Antología de sociología boliviana*
189. *Antología de tradiciones, folklore y mitos*
190. *Antología sobre textiles*

Diccionarios y compendios (10)

191. Barnadas, Josep: *Diccionario histórico de Bolivia*
192. Bertonio, Ludovico: *Vocabulario de la lengua aymara*
193. Coello, Carlos: *Diccionario de bolivianismos*
194. Gianecchini, Doroteo: *Diccionario chiriguano-español, español-chiriguano*
195. Gonzales Holguín, Diego: *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú*
196. Herrero, Joaquín y Sánchez, Federico: *Diccionario quechua*
197. Layme, Félix: *Diccionario aymara*
198. Marbán, Pedro: *Diccionario de lengua mojeña*
199. Ortiz, Elio y Caurey, Elías: *Diccionario etimológico y etnográfico de la lengua guaraní hablada en Bolivia*
200. *Vocabulario de los pueblos indígenas*



Álvaro García Linera
Vicepresidente del Estado

Amaru Villanueva Rance
Director general del CIS

COORDINACIÓN GENERAL
Víctor Orduna Sánchez: Editor general
Claudia Dorado Sánchez, Kurmi Soto Velasco, Alfredo Ballerstaedt Gonzales,
Wilmer Urrelo Zárate e Iván Barba Sanjinez: Editores
Juan Carlos Tapia Quino, Marcos Flores Reynoso
y Oscar Claros Troche: Responsables de diseño e imprenta
Ana Lucía Velasco: Responsable del Proyecto
Francisco Bueno Ayala: Asesor jurídico
Andrés Claros Chavarría: Asistente general

CONSEJO EDITORIAL, GESTIÓN 2016
Alba María Paz Soldán
Ximena Soruco Sologuren
Godofredo Sandoval
María Luisa Soux
Mauricio Souza Crespo
Fernando Mayorga

COMITÉ EDITORIAL ENCARGADO DE LA SELECCIÓN
Adolfo Cáceres Romero, Alba María Paz Soldán, Ana María Lema, Beatriz Rossells,
Carlos Mesa, Claudia Rivera, Eduardo Trigo, Elías Blanco Mamani, Esteban Ticona, Fernando
Barrientos, Fernando Mayorga, Germán Choquehuanca, Godofredo Sandoval, Gustavo
Rodríguez, Hans van den Berg, Isaac Sandoval,
José Antonio Quiroga, José Roberto Arze, Juan Carlos Fernández, Jürgen Riester,
Luis Oporto, María Luisa Soux, Mariano Baptista Gumucio, Pablo Quisbert,
Pedro Querejazu, Pilar Gamarra, Ramón Rocha Monroy, Roberto Choque, Rubén Vargas (†),
Verónica Cereceda y Xavier Albó.

Este libro –la obra 16 de la Biblioteca
del Bicentenario de Bolivia (BBB)– se
terminó de imprimir en diciembre
de 2016. Para su composición se
emplearon las tipografías Swift, Myriad
Pro, Filosofía y Fedra en sus distintas
variantes y tamaños. Se imprimieron
2.000 ejemplares –1.500 en rústica
y 500 en tapa dura– en papel bond
ahuesado de 70 g y el emblocado se
realizó en cuadernillos costurados.



El presente es el primer volumen de la colección de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB) que fusiona dos obras de diferentes autores, las cuales tienen una vinculación tanto temática (literatura de viajes) como territorial.

Siringa, crónica novelada, relata la epopeya de un grupo de jóvenes colonizadores seducidos por la creciente riqueza generada por la extracción de la goma a finales del siglo XIX. La narración retrata la intrepidez de aquellos aventureros, las características de los núcleos sociales resultantes del enriquecimiento rápido y aun las escaramuzas entre brasileños y bolivianos que antecedieron la Guerra del Acre.

Arreando desde Mojos –desde la perspectiva de una familia arquetípica: los Añez– cuenta con rigor documental la prodigiosa aventura de construir un camino que comunique la capital del Beni con la ciudad de La Paz, emprendimiento obligado por la necesidad de reforzar la economía predominantemente ganadera de Mojos.

Así, ambas obras emprenden el retrato en palabras de la selva del noroeste boliviano: "Esos verdes mares, serpenteados por ríos enormes, poderosos y a veces infranqueables, con sus temidas cachuelas", en palabras de Claudia Bowles O. (autora del estudio introductorio de este volumen), una región poco frecuentada por la imaginería de los escritores del país.

